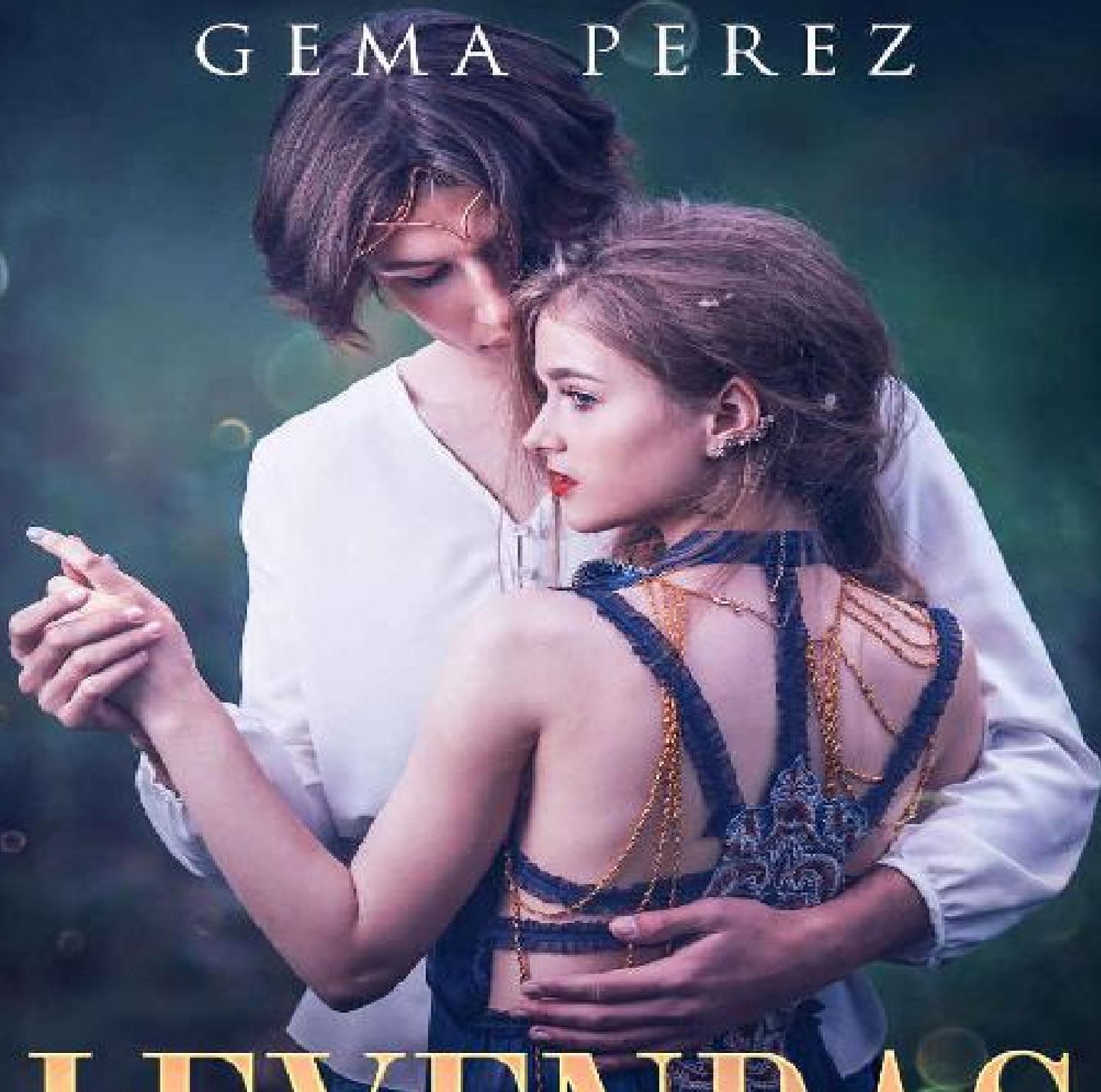
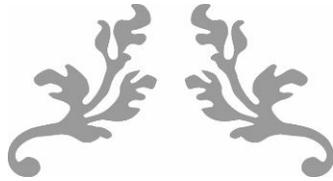


GEMA PEREZ



LEYENDAS *del Sexo*

— ❖ —
COLECCIÓN DE 10 NOVELAS
DE ROMANCE, FANTASÍA Y ERÓTICA



LEYENDAS DEL SEXO

Colección de 10 Novelas de Romance, Fantasía y Erótica



Por **Gema Perez**

© Gema Perez, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Gema Perez.

Primera Edición.

Autora Best Seller en Fantasía Épica y Fantasía Oscura

Dedicado a;

Belén, por ser mi magia durante muchos años.

Guillem, por reforzar mi pasión por la escritura y la fantasía.

Índice

1. El Caballero Inmortal — *Romance y Pasión con la Princesa y el Soldado Medieval*

2. Besos de Plebeya — *Romance Sincero entre el Príncipe y la Campesina*

3. Princesa Vendida — *Matrimonio de Conveniencia y Sierva del Príncipe Rico y Poderoso*

4. La Elegida del Vampiro — *Romance y Fantasía con el Inmortal y la Campesina*

5. Princesa, Esclava y Enmascarada — *Romance y Sexo con el Soldado Dominante*

6. Matrimonio de Fuego — *Romance, Sexo y Fantasía con la Princesa y el Rey Medieval*

7. Nieves y Bestia — *Romance Medieval con la Campesina y el Rey Licántropo*

8. Highlander — *Romance con el Guerrero Escocés*

9. Mordida — *Romance Medieval con el Licántropo Alfa*

10. Amor Monstruoso — *Romance con el Vampiro y Fantasía Oscura*

Bonus — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

Título 1

El Caballero Inmortal

*Romance y Pasión con la Princesa y el
Soldado Medieval*

I

El ascenso del mal

Enamorarse en medio de uno de los periodos más oscuros que había atravesado el reino parecía una completa locura, pero después de cruzarse con la mirada profunda y penetrante de aquella joven de cara sucia y manos cubiertas de carbón, las cosas habían perdido el sentido para el nuevo rey.

Nunca se había derramado tanta sangre en el reino como en aquella ocasión en la que una batalla liderada por Alexavier estaba destinada a liberar al pueblo escocés de Eara. Después de tantos años de opresión y desidia, aquel joven había decidido emprender una de las travesías más difíciles que cualquier hombre hubiese podido soportar.

Escapó del reino tan pronto tuvo oportunidad, en busca de la esperanza de volver acompañado de los guerreros más poderosos nacidos en la tierra, quienes le darían un respaldo y soporte durante su travesía en el camino a convertirse en el próximo rey del reino de Eara. Cuando Alexavier vio caer el cuerpo de su padre ya sin vida después de haber sido atravesado con una espada por los hombres de Evan, su vida nunca volvió a ser la misma.

Había jurado tomar venganza en contra del rey, lo que, se traduciría como un largo recorrido hacia la conversión de un guerrero cuyo espíritu era indomable e impenetrable. Alexavier invertía gran parte del día en su entrenamiento, buscando la manera de derrocar al actual rey, pero solo no podría hacerlo. Aunque reuniera a todos los miembros del reino de Eara y les proporcionara una espada cada uno de ellos, no serían suficiente fuerza humana para poder romper con las filas del ejército del rey.

Eran hombres despiadados e inhumanos que estaban listos para asesinar a cualquiera que intentara comprometer el desarrollo del reinado de aquel hombre. El hambre se había posicionado y adueñado de aquel lugar, por lo que, la desesperación de cada uno de los habitantes de aquel lugar los había llevado a cometer actos inimaginables para poder saciar el apetito que los carcomía día a día.

Violaciones, asesinatos y suicidios se desarrollaban en el reino por parte de aquellos que perdían la cordura con el pasar de los días. La hambruna y la desesperación había hecho estragos en aquel lugar, el cual se encontraba rodeado por una gran muralla que evitaba que los habitantes escaparan de allí.

Evan había conseguido hacerse con la corona después de asesinar a su antecesor, quien era uno de los reyes más bondadosos que hubiese pisado Escocia.

Había protagonizado una de las etapas más productivas y prósperas del reino, pero siempre surgían adversos que buscaban todo el poder y riquezas a los que tenía acceso este rey. El ascenso de Evan se llevó a cabo como uno de los más traicioneros, convirtiéndose en la mano derecha del rey Sloan hasta conseguir asesinarlo mientras dormía. La posibilidad de convertirse en rey llegó a las manos de Evan, que no desaprovecharía esta posibilidad y se haría con todo el poder absoluto para dominar aquellas tierras y más allá de sus límites.

Rápidamente se ganó la aceptación de muchos de los habitantes de aquel lugar, y el ejército que anteriormente estaba a cargo del rey Sloan, pasó a ser dirigido inmediatamente por Evan.

La opresión y el autoritarismo eran las características más relevantes que definían aquel reinado, el cual no tenía condescendencia con ninguno de los habitantes del pueblo. Fue en aquella etapa oscura en la que Alexavier había tenido la desgracia de haber perdido a su familia.

Su madre, al ver morir a su esposo, no pudo soportar la cruda realidad y una mañana decidió quitarse la vida, dejando completamente solo en el mundo a Alexavier, quien encontró el cuerpo sin vida de su madre colgado en la rama de un árbol a tan solo unos pocos metros de su modesta casa de campo, en los límites del reino.

Aunque la sed de venganza por su padre era lo que prácticamente alimentaba el espíritu de Alexavier, aquella mañana, después de conseguir el cuerpo sin vida de su madre, se dio cuenta de que ya no podía esperar más.

Con solo 15 años de edad, Alexavier tomó algunas de las pocas pertenencias que aún le quedaban, la espada de su padre y decidió emprender un camino incierto hacia la búsqueda de ese ejército soñado con el que volvería tarde o temprano para conseguir recuperar el control de un reino que había sido el más hermoso de la tierra.

Sloan no había tenido una oportunidad de defenderse, había muerto a traición por un hombre en el que confiaba y a quien le había proporcionado acceso a absolutamente todo en el reino.

Evan era una bestia solapada, oculto detrás de un hombre sumiso y tímido, quien ocultaba una personalidad oscura y cruel, la cual se liberó finalmente aquel día cuando cegó la vida del rey Sloan.

Aquel bondadoso rey que había llevado hasta la cima el reino de Eara, se había enamorado profundamente de una chica durante sus años mozos, convirtiéndola en su esposa y quien le daría uno de los regalos más hermosos que hubiese soñado.

Sloan había tenido una hermosa hija a quien llamo Beth, una preciosa niña de cabellos rubios que había venido al mundo a llenarlo de felicidad y alegría. Tras la muerte de Sloan, Evan había creado una realidad completamente distorsionada entorno a Beth, culpando a los traidores del pueblo y sacrificando a una gran cantidad de inocentes para justificar la muerte de Sloan.

La joven chica había creído cada una de las palabras que se le habían dicho, pensando siempre en que Evan era un ángel protector en quien podría confiar durante el resto de su vida.

No estaba de acuerdo con la forma en que se hacían las cosas en el reino, ya que, todo había cambiado drásticamente en comparación a como se desarrollaban cuando Sloan tenía las riendas del poder.

A pesar de esto, Beth no se atrevía a cuestionar las decisiones de Evan, quien se había convertido en una especie de Salvador para ella. No tenía a más nadie en el mundo, ya que, su madre había fallecido dos años después de la muerte de su padre en condiciones muy extrañas para todo el mundo.

Doire era una mujer saludable, llena de vida y alegría, quien quedó sumida en una profunda tristeza tras perder al hombre que amaba.

Todo había sido perfectamente arreglado para que la muerte de Sloan no dejará testigos ni evidencias. El día en que el puñal atravesó el pecho de un hombre dormido en la cama de la habitación real, Doire no se encontraba en el reino de Eara. Se había programado una visita a un reino vecino, por lo que, a su regreso, la reina encontraría noticias horribles acerca del asesinato de su esposo.

La existencia de Beth en su vida fue determinante para intentar superar aquella depresión y tristeza, pero Sloan era muy difícil de sustituir en su vida, había dejado un vacío irremplazable que nadie podría llenar, ni siquiera la sonrisa de su hermosa hija de cabellos dorados. Una extraña enfermedad invadió progresivamente el cuerpo de Doire, quien se fue extinguiendo poco a poco y cada vez con mayor velocidad.

Ya un día simplemente no puedo salir de la cama, cayó en un profundo sueño que la llevaría a una muerte triste y misteriosa, ante la cual, comenzó a despertarse la curiosidad de Beth al ver el poco impacto que esto generó en

Evan.

El rey que sustituyó a Sloan, no había mostrado señales de tristeza o deterioro tras el fallecimiento de la mujer, por lo que, Beth comenzaba a sospechar que todo había sido orquestado por el nuevo rey para eliminar cualquier posibilidad de un relevo del poder.

Aunque Evan había tomado las funciones de Sloan, la mujer aún seguía estando al mando de una gran cantidad de decisiones que se tomaban el reino, por lo que, su muerte fue el último detalle, al menos para Evan, para poder alcanzar el poder absoluto.

Aunque su corazón estaba lleno de odio y rencor, sediento de poder y control, Evan sentía un profundo amor que iba más allá de lo fraternal hacia Beth. Se había desarrollado un amor retorcido por aquella jovencita que con el pasar de los años se hacía mucho más hermosa.

Era pura Inmaculada, una niña virgen de 14 años que sería una excelente alternativa cuando llegara el momento de escoger a su reina. No quería involucrarse con las aldeanas de aquel pueblo, quería sangre real y pura a su lado, y aunque intentaba comportarse como un padre para Beth, en el corazón de Evan se tejían una gran cantidad de planes y trampas que llevarían a Beth hacia un abismo lleno de incertidumbre y dolor.

Parecía que haber asesinado a su padre y a su madre no había sido suficiente. Evan estaba dispuesto a convertir a aquella chica en su esposa, proporcionándole la posibilidad de tener un heredero que asumiera el mando de Eara tarde o temprano. Evan había perdido completamente la cordura y todo el pueblo había perdido la fe tras el poder incalculable que había adquirido este hombre.

Nunca antes alguien se había comportado de una manera tan déspota y nefasta, por lo que, todos temían enormemente a Evan. El amor que en algún momento Beth llegó a sentir por un hombre a quien consideraba su propio tío, comenzó a transformarse poco a poco en miedo, aunque para Evan solo era algo de respeto. La veía con ojos penetrantes que parecían desvestirla en cada oportunidad.

La mayoría de edad cada vez se encontraba más cerca, y con cada año que transcurría, Evan comenzaba a desarrollar una ansiedad aún mayor al no poder esperar más por llevar a cabo sus planes de convertirse en el rey absoluto e inquebrantable del reino de Eara.

No había absolutamente nadie que pudiera interponerse entre los planes de Evan, ya que, solo él conocía el destino que estaba deparado para Beth, quien

vivía en la ignorancia de saber que había planes ya estructurados para ella.

Ni en sus peores pesadillas habría imaginado que terminaría casada con un hombre con el que sentía que existía un vínculo familiar. Mientras jugaba en los jardines del reino, imaginaba que algún día contraería matrimonio con algún príncipe, mientras Eara se caía a pedazos, la chica fantaseaba.

En lo más profundo de su corazón, Beth sabía que tarde o temprano llegaría el momento de reestructurar todo el daño que se había formado en aquel reino. Evan explicaba constantemente que no era su responsabilidad lo que había ocurrido en aquel lugar, ya que, el mismo pueblo se había puesto en su contra y tenía que actuar de manera drástica para poder corregir a los pobladores.

Aunque Beth se mostraba escéptica en muchas oportunidades, esto comenzó a desaparecer, las palabras de Evan ya no tenían validez para ella y la desconfianza comenzó a poblarla. La joven chica estaba madurando, ya no era una ingenua, estaba preparada para enfrentar cualquier situación que se suscitara en el futuro.

Era imposible ocultar que corría sangre real por sus venas, ya que, parecía que el mismo espíritu del rey Sloan comenzaba a poseer el cuerpo de la chica. Las órdenes de Evan comenzaban a perder efecto en la princesa, quien se llenaba de ira al conocer noticias acerca de nuevas arremetidas de Evan en contra del pueblo.

Beth parecía ser la única esperanza para los pobladores, aunque no podía sublevarse en contra del rey, ya que, sería acusada instantáneamente como una traidora y encerrada automáticamente en la oscura torre que podía verse desde la ventana de su habitación, la cual estaba llena de historias de dolor y muerte.

Aquellos que osaran ir en contra de los deseos del rey, tenían un destino asegurado hacia este lugar, donde morirían sin hacer preguntas o alguna oportunidad de perdón. A lo lejos, podían escucharse los gritos de dolor producto de las torturas que se llevan a cabo en aquella torre. Durante las noches silenciosas, todo el reino parecía estremecerse con los gritos de aquellos que tenían la desdicha de ser llevados a aquel lugar.

Nadie, ni en sus peores pesadillas podría imaginarse el tipo de acto que se llevaba a cabo en aquella torre oscura, la cual se elevaba de forma imponente en los cielos del reino de Eara, donde nadie podría sobrevivir tras su entrada. Sloan nunca hubiese aceptado la construcción de un lugar como este, ya que, su reino estaba definido por la prosperidad y la felicidad.

Tras la llegada de Evan, todo el concepto que definía al reino, cambió

drásticamente, pero siempre buscaba la manera de justificar sus decisiones y actos de manera absurda. Fueron los miedos de Evan, los que llevaron al hombre a la toma de la decisión de construir un lugar que se convirtiera en un sinónimo de miedo y temor, siendo esta torre del dolor, un lugar en el cual darían sus últimos respiros aquellos que tan solo pensarán en traicionarlo.

La curiosidad consumía a Beth por saber qué había detrás de aquellas sólidas paredes que ocultaban los actos retorcidos que se llevaban a cabo en aquella torre. Quizá, si descubría lo que allí ocurría, finalmente podría hacer las preguntas correctas que la llevaran a la solución de todas esas dudas que habían crecido en su mente. Aunque una parte de ella quería creer en las palabras de Evan, su corazón le gritaba que tenía que huir de aquel lugar.

Ver como los ciudadanos que una vez adoraron a su padre eran torturados a la luz del día, hacían que la chica se enardeciera de impotencia al no poder hacer nada por ellos. Su padre estaría completamente decepcionado de ella si viviera, lo que comenzó a generar cambios en la actitud de Beth.

Ya no era tan complaciente con Evan, y tan solo la presencia del rey en la misma habitación que ella, le repugnaba. Esto comenzó a hacerse evidente con más intensidad cada vez, lo que despertaba la ira de Evan.

No quería mostrarse como un ser demente y violento frente a quien aseguraba se convertiría en su esposa, por lo que, reprimía su odio y dejaba que este fluyera a puertas cerradas mientras se encontraba en su habitación. Sus manos sangraban mientras drenaba toda su furia contra las paredes de su habitación, preguntándose el por qué de la imposibilidad de poder entrar a la habitación de Beth y convertirla en su mujer de una vez por todas.

Era el rey, nadie podía juzgarlo o limitarlo. El poder comenzaba a corromper la mente de Evan, quien se hacía más peligroso con cada respiro. No era un hombre estable mentalmente, y los resultados devastadores de esto habían acabado con la poca esperanza que respiraba en el reino.

Beth habitaba en el mismo castillo que un ser despreciable y desquiciado, quien se escudaba en su corona para poder llevar a cabo actos atroces. Estaba seguro de que la justicia nunca le llegaría.

El destino tenía un desenlace para cada uno, y el que estaba labrándose Evan para sí mismo, no era el mas prometedor.

II

Una esperanza en el bosque

La convicción y la creencia de que su pueblo podía ser liberado en algún momento había llevado a Alexavier a través de los escenarios más difíciles. Habían impulsado a enfrentar uno de los enemigos más peligrosos que jamás hubiese enfrentado, él mismo.

A través de aquella travesía, Alexavier tendría la posibilidad de conocerse, ya que, pasaría días en completa soledad, en los que tendría que aprender a lidiar con todos sus fantasmas y demonios.

No sería fácil poder afrontar un reto tan difícil como el hecho de convertirse en el líder de una resistencia en contra del reinado de Evan. Para poder conseguirlo, debía transformarse y dejar todos sus miedos atrás. Alexavier estaba hecho de inseguridades y dolor, lo que había forjado un corazón de piedra que poco a poco se transformaba cada vez más en un guerrero indolente y despiadado.

Cada vez que levantaba su espada, Alexavier la dejaba caer para llenar de sangre la tierra a donde llegaba. Su intención no era infundir miedo, muerte y dolor, pero sí necesitaba ganarse el reconocimiento y respeto de los pueblos.

Su búsqueda lo llevó por mares, desiertos y selvas, intentando acumular a los guerreros más feroces que hubiesen habitado la tierra y que pudieran ser parte de aquella rebelión que acabaría con el reinado de Evan.

Su primera adquisición, y quien se convertiría en su mano derecha sería un joven llamado Kade, a quien encontraría en las profundidades de la selva, y a quien algunos solían llamar Cheetah.

Tenía grandes habilidades, rápido como el rayo y fuerte como roca. Sus puños podían romper un roble en dos después de múltiples ataques, por lo que, después de escuchar todas estas referencias, Alexavier sabía perfectamente que debía contar con este sujeto.

Kade no era un hombre normal, había hecho un voto de silencio que había llevado a cabo de manera impecable durante 4 años. No había dicho una sola palabra, y solía comunicarse con algunos animales y otras especies a través de un grito ensordecedor que podía estremecer la selva completa.

Mientras Alexavier realizaba la búsqueda de este particular personaje, solía dormir a la intemperie bajo la copa de los árboles, los cuales se

convirtieron en sus refugios durante cada noche.

En la soledad nocturna, Alexavier podía escuchar en la distancia de los gritos y alaridos de Kade, quien cada vez se encontraba más cercano a él. Durante sus estancias en la selva, Alexavier tuvo la oportunidad de aprender a dominar sus pensamientos, los cuales están minados de rencor, ira y dolor.

Solo al recordar como había sido asesinado su padre y ver cómo aquella situación había llevado su madre al suicidio, se le nublaba el pensamiento con dudas y unas ganas intensas de buscar a Evan y cortar su cabeza.

Esto lo llevaba actuar de manera impulsiva, por lo que, aquel proceso de curación sería parte del viaje que llevaría a Alexavier a convertirse en el rey que el reino de Eara necesitaba.

Una espada que había sido manchada con la sangre de cientos de guerreros iba en la espalda de Alexavier, quien solo contaba con eso y un pequeño escudo ornamental que había fabricado él mismo con la ayuda de su padre. Su musculatura había crecido progresivamente, y su estatura había alcanzado los 1.8 m.

Era un guerrero nato, a pesar de ser hijo de campesinos, Alexavier había logrado conseguir una condición física óptima. Aunque una gran cantidad de miedos y traumas podían jugar en contra de él en los momentos más determinantes. Muchas fueron las veces en las cuales se encontraba frente a frente en contra de sus contrincantes y había caído al suelo derribado ante la pérdida de la concentración al recordar a sus padres.

Los mismos motivos que lo habían llevado una vez a salir de su reino, escapando de manera casi imperceptible, eran los que estaban amenazando con causarle la muerte tarde o temprano.

Si Alexavier no aprendía a controlar sus pensamientos y emociones, pronto sería derribado y no volvería a levantarse jamás. Había hecho las cosas de manera perfecta hasta ese punto, pero su próximo encuentro con aquel guerrero de la selva, amenazaba con hacerlo fallar de manera mortal.

Kade había sido descrito como un guerrero imbatible, y Alexavier, aunque se encuentra preparado, no cree estar listo para una confrontación con este personaje. Su intención es lograr convencerlo de que se una a él en contra de Evan, pero un hombre que pelea por sus propias convicciones, difícilmente se une a los ideales de otros, por lo que, Alexavier se verá obligado a manejar la situación de una forma tal, que lleve a Kade a combatir a su lado. Fueron muchas las noches antes de que Kade y Alexavier finalmente se encontraran.

Todo se llevó a cabo durante un atardecer, mientras Alexavier, quien había

sufrido de una intensa sed durante largos días, finalmente había dado con un riachuelo de agua dulce. Este había sido el hallazgo más valioso con el que había dado en los últimos días, por lo que, cuando logró dar con esta corriente de agua, corrió directamente hasta la orilla, dejando caer su escudo y su espada a unos cuantos metros, quedando completamente indefenso.

Sin saberlo, había entrado en los dominios de Kade, quien ya se había percatado de la presencia de un extraño desde la noche anterior. La forma en que los animales actuaban podía ser percibida por Kade, quien parecía comunicarse con ellos de manera efectiva. Los alaridos y gritos del guerrero no fueron escuchados durante la noche, por lo que, Alexavier había creído que se estaba alejando de su objetivo.

Su concentración y atención desaparecieron absolutamente cuando se encontró frente aquella corriente de agua fresca, la cual podría regresar la parte de su energía y vitalidad, pues no había bebido agua en más tiempo del que podía soportar. Mientras sus manos tomaban un poco de agua para llevarla a su boca, un grupo de aves partieron de los árboles de manera abrupta, como si algo las hubiese asustado repentinamente.

Alexavier, quien no estaba acostumbrado a la interacción con la naturaleza, no le dio demasiada importancia a este hecho, pero desde los árboles, unos ojos llenos de violencia observaban con detalle a Alexavier estudiando su contextura y dimensiones, alistándose para atacar al guerrero forastero que había llegado a los dominios de Kade.

Alexavier estaba completamente desprevenido, ya que, aquel hombre había realizado movimientos cuidadosos para descender de los árboles. Se movía con mucha cautela, como un animal listo para atacar a su presa.

Aunque sentía una sensación bastante desagradable en el cuello, Alexavier no hizo caso a su instinto, por lo que, continuó llenando algunos recipientes con un poco de agua para mantener su reserva durante algunos días posteriores.

De pronto, un sonido proveniente de algunas piedras llamó la atención de Alexavier. Justo sobre él se encontraba una pequeña cantidad de rocas, las cuales fueron derribadas por Kade, Alexavier se lanzó al agua para evitar ser aplastado, mientras Kade corría directamente hacia su espada y escudo para robárselos de manera casi instantánea.

Cuando Alexavier salió del agua, pudo notar que sus armas ya no estaban, por lo que, para defenderse solo contaba con un pequeño puñal que llevaba consigo, el cual nunca lo abandonaba y generalmente iba oculto en sus botas.

—¿Quién anda allí? —Exclamó el asustado guerrero.

El ambiente se tornó tenso, la respiración de Alexavier parecía comenzar a fallar. Estaba tan asustado que temblaba de miedo. Era la primera vez que experimentaba un terror similar, ya que, si se encontraba cerca de Kade, y todo lo que habían dicho sobre él era cierto, la muerte podía estar muy cerca de Alexavier.

—No busco problemas. Quien quiera que seas, muéstrate.

Nadie respondió.

Las aves parecían dar señales que Alexavier comenzaba a comprender. Muchas especies revoloteaban en los cielos alrededor justo sobre la cabeza de Alexavier, como si quisieran alertarlo o darle indicaciones de que el peligro estaba justo cerca de él.

Por alguna razón, mientras se encontraba dentro del agua, Alexavier se sentía seguro, por lo que, si decidía salir de allí, sería una presa fácil de alguien que conocía perfectamente aquellos dominios.

Pero no podía quedarse allí para siempre, por lo que, decidió salir rápidamente y correr hacia el bosque sin ninguna dirección específica. Necesitaba huir de allí, y el miedo lo había invadido.

Traicionándose, a sí mismo, Alexavier corría como un pequeño niño desamparado, quien era perseguido por una criatura monstruosa que pronto pondría sus colmillos en su carne. Pero el episodio de terror no duraría mucho, por lo que, Alexavier finalmente se detuvo y aunque su respiración era agitada, logró calmarse.

El silencio era abrumador, ya que, era un sinónimo de peligro y en cualquier momento algo nefasto podría pasar. Y así fue.

El escudo que solía llevar Alexavier en su brazo izquierdo, golpeó su cabeza con tanta fuerza, que perdió el conocimiento de manera casi instantánea. El cuerpo de Alexavier es arrastrado lentamente por el bosque, mientras su piel se ve lastimada por algunas raíces de los árboles y espinas de plantas que se incrustan en ella. Kade ha logrado capturar a una nueva presa.

Al no saber de quién se trata ni cuáles son sus intenciones, decide atarlo al tronco de un árbol mientras espera a que este recupere el conocimiento. Alexavier había conseguido llegar al campamento de Kade, quien esperaba pacientemente a que recuperara el sentido, siempre manteniéndose alerta ante cualquier sorpresa que pudiese tener el fornido hombre desconocido para él.

Cuando Alexavier abrió sus ojos, pudo ver una pequeña fogata frente a él, algunas pieles de animales aún frescas y un campamento que había sido

elaborado con bastante destreza. Podía ser resistente a una gran cantidad de embates de la naturaleza.

Su mirada se paseó por todo el lugar, pero no logró ver absolutamente a nadie. De pronto un par de hojas cayeron desde los árboles, lo que alertó a Alexavier nuevamente, aunque su vista no se dirigió hacia esta dirección. En ese momento supo que quien quiera que estuviese en aquel lugar, lo estaba observando desde la copa de los árboles.

Alexavier hizo un gran esfuerzo para liberarse de las cuerdas que lo ataban al tronco de un gran árbol, y aunque Kade había hecho un excelente trabajo realizando los nudos, la fortaleza de Alexavier podía romper con los esquemas de cualquier hombre.

Acumuló toda su energía y fortaleza para romper las cuerdas, y después de algunos minutos, Alexavier finalmente se había liberado. Eran cuerdas realmente gruesas que habían sido tejidas por el propio Kade, quien las había elaborado con fibra de muchas plantas combinadas que crearían una cuerda irrompible.

Al ver esta fortaleza tan brutal que había demostrado Alexavier, los ojos de Kade se quedaron perplejos al no saber qué hacer ante un hombre tan fuerte. Era rápido y muy preciso sus golpes, pero si Alexavier tomaba entre sus manos a este guerrero, fácilmente lo partiría en dos, debido a su gran fuerza. Alexavier se sacudió un poco y camina directamente hacia su escudo y su espada, los cuales estaban a unos cuantos metros.

Kade no podía arriesgarse a permitir que Alexavier tomara su espada, por lo que, se abalanzó sobre él en un movimiento muy rápido. Derribó a Alexavier instantáneamente, debido a la combinación de su peso con la gravedad. Comenzó una lucha instantánea entre dos hombres que eran desconocidos el uno para el otro, aunque Alexavier no tenía intenciones de mostrarse hostil contra él.

—Tú debes ser Kade... No he venido a luchar contigo. Necesito tu ayuda.

No obtuvo ninguna respuesta positiva por parte del guerrero.

De manera instantánea, Kade se abalanzó en contra de su contrario, pero Alexavier no estaba dispuesto a lastimarlo, por lo que, simplemente se dedicó a esquivar cada uno de los golpes intentando hacer razonar al guerrero de la selva.

—Solo necesito que me escuches. Necesito de tu ayuda. —Dijo Alexavier. Nuevamente fue ignorado.

Parecía que aquel sujeto no entendía las palabras de Alexavier, ya que,

nada de lo que decía este parecía tener sentido para él. Al ver como Alexavier se desarmaba, Kade interpretó un mensaje completamente distinto. Se sintió subestimado por el Guerrero, quien posiblemente sentía que con sus manos sería suficiente para poder acabar con él.

Esto llevó a Kade actuar de una manera mucho más agresiva, haciendo uso de todas sus habilidades para eliminar la amenaza. Trepaba algunos árboles y utilizaba el impulso para ir en contra de Alexavier, quien veía con mucha impresión todas las destrezas de aquel guerrero. Era precisamente esto lo que necesitaba a su lado, un ejército de guerreros como Kade que lo acompañaran a combatir a Evan.

Alexavier tenía pocas oportunidades de sobrevivir ante los continuos ataques de Kade, que mostraba una agilidad tremenda y no parecía agotarse con facilidad. Esto era una desventaja para Alexavier, quien ya comenzaba a cansarse de tener que esquivar cada uno de los golpes de este hombre. Tenía que responder con un ataque certero que pudiese inmovilizar a Kade. Esto le daría la posibilidad de explicarle qué era lo que necesitaba de él.

Si el guerrero salvaje no accedía a su ayuda, simplemente abandonaría aquel lugar sin mediar una sola palabra. Pero esta no era una posibilidad que alimentara los planes de Alexavier, por lo que, estaba obligado a convencer al guerrero de que lo acompañara a la lucha, ya que, potenciaría enormemente sus probabilidades de victoria. Alexavier visualizó la cuerda con la que había sido amarrado, la cual serviría para poder neutralizar al intrépido guerrero.

Kade se movió con velocidad hacia uno de los árboles, saltando con toda su fuerza directamente hacia Alexavier. Solo unos segundos fueron necesarios para que Alexavier apenas pudiese esquivar el cuerpo de Kade, la mano del guerrero del reino de Eara tomó una de las cuerdas y logró enlazar el cuello de Kade.

Este se movía como una fiera, pero mientras más se movía, más apretada se volvían las cuerdas. Alexavier no tenía intenciones de hacerle daño, pero era su única oportunidad para poder neutralizar la violencia que mostraba el salvaje guerrero.

—Necesito demostrarte que no quiero seguir con esto. Te liberaré, pero necesito que me escuches.

Kade no estaba acostumbrado a la piedad, siempre que combatía, uno de los dos guerreros debía morir, por lo que, al ver la piedad en la mirada de Alexavier, decidió dejar de luchar, ya que, se encontraba en una desventaja notable. De haber continuado con su lucha, fácilmente Alexavier podría

haberle roto el cuello y dejarlo muerto en medio de la selva.

Kade bajó sus manos y finalmente cedió ante las demandas de Alexavier, quien quitó la cuerda de su cuello para posteriormente estrechar su mano en señal de tregua. Alexavier se dedicó a explicar detenidamente cuáles eran sus razones para estar en aquel lugar, algo ante lo que, Kade parecía comenzar a mostrar cierta comprensión.

El voto de silencio que había sido respetado de manera absoluta durante tantos años, se rompió de manera instantánea cuando Kade escuchó el nombre de Evan. Parecía que se había encendido automáticamente en su interior todo el odio y la violencia que un ser humano pudiese albergar.

III

La gigante de las montañas

—¡Acepto! —Dijo Kade con una voz gruesa e intensa.

No lo había dudado ni un segundo, ya que, al saber que aquella rebelión que estaba intentando armar Alexavier era en contra de Evan, mostró su completa disposición de ser parte del proceso. Como muchos otros, Kade había sido víctima de la violencia que había desatado Evan no solo en su propio reino, sino que esta se había extendido hacia reinos cercanos.

Tenía la intención de convertirse en el rey absoluto de todos los territorios conocidos por el hombre, por lo que, llevaba sus tropas y caballería hacia el horizonte para proveer destrucción y violencia. Estos caballeros sin rostro solían estar pintados con sangre humana, eran el ejército de los 500 demonios que operaban bajo las instrucciones del propio Evan. Tras la llegada a la aldea en la que habitaba Kade, nadie tuvo oportunidad de defenderse.

Pocos habían sido los sobrevivientes de aquel nefasto ataque, siendo Kade, uno de los que había tenido la fortuna de sobrevivir ante aquel cruel destino. Sus dos hermanas habían sido asesinadas al igual que su madre y su padre, mientras los ojos llenos de lágrimas de un joven de apenas 13 años de edad, se llenaban de ira y sed de venganza al no poder hacer absolutamente nada para responder en ese momento.

Corrió tan rápido como pudo hacia el horizonte, huyendo de aquel destino fatal en el que había caído sobre su pueblo, corriendo hasta que sus pies sangraron y no respondieron más.

Kade se internó en el bosque, alejándose para siempre de cualquier ser humano, ya que, relacionaba a las personas con violencia y destrucción. Se había entrenado para que algún día, cuando llegara la oportunidad de poder cobrar venganza, estar listo para el momento.

Cuando escuchó las palabras de Alexavier, supo perfectamente que esa señal que tanto había estado esperando, había llegado. Alexavier se llenó de alegría al poder contar con este joven, quien lo invitó a disfrutar de la carne fresca de conejo que había cazado para la cena.

Durante el resto de la noche, ambos jóvenes compartieron experiencias acerca de lo que había ocurrido en sus vidas, forjando dos guerreros que habían dado inicio a una alianza que tenía como objetivo desmantelar aquel

reino de terror y dolor creado por Evan.

Aunque el proceso había sido lento, al menos había dado inicio. No era sencillo encontrar hombres valientes que quisieran enfrentarse a un ser con tanto poder. Evan había dominado grandes territorios, había devastado ejércitos poderosos, haciéndose cada vez más invencible.

Alexavier sabía que para poder derrotar a este rey debía reunir a los hombres más letales que jamás hubiese imaginado, lo que los llevaría al éxito y podría levantar la corona del rey de Eara y darle un nuevo curso a la historia.

Todos aquellos que habían tenido la iniciativa de sublevarse en contra del rey Evan, habían corrido con un destino similar. Eran despellejados a la vista de todos, enviándole un mensaje a cada uno de los habitantes del reino para que no se les ocurriera hacer lo mismo.

El propio Alexavier había sido testigo de múltiples ataques, asesinatos y violaciones, acumulando el odio necesario para saber que tarde o temprano sería él mismo quien atravesaría el abdomen del rey para cegar su vida y acabar con toda la maldad que se había posado sobre el reino.

—No podremos hacer esto tú y yo nada más. Necesitaremos que se nos unan más personas. —Dijo Alexavier mientras sus manos sostenían la carne fresca.

Kade sonrió como si guardara un secreto muy valioso.

—Partiremos en la mañana muy temprano. Tendremos que atravesar las montañas para poder llegar a las tierras de Ayla.

—¿Quién es ella? —Preguntó Alexavier.

Es la guerrera más feroz que te puedas imaginar. Cuando sostiene sus espadas en sus puños, nadie puede contra ella.

—¿Cómo sabes de ella? ¿Alguna vez las visto?

Kade levantó sus ropas hechas de piel de animal, mostrando una enorme cicatriz que atravesaba su pecho y llegaba hasta la parte baja de su abdomen.

—¿Eso lo ha hecho ella?

—En su paso por estas tierras, intenté robar una de sus espadas. Esta fue la consecuencia. Pero, aun así, no me dejó morir, se encargó de mí hasta que pude valerme por mí mismo. —Respondió el guerrero

—¿Y qué te hace pensar que querría unirse a nosotros?

—He visto la cadena de oro que llevas en tu cuello. A cambio de oro es capaz de hacer cualquier cosa. —Replicó Kade

Para Alexavier sería realmente difícil deshacerse de esta prenda, era el

último recuerdo que le quedaba de su madre. Esta cadena había sido forjada por su propio padre con el oro más puro del reino de Eara. La suma de un miembro más a su equipo de la muerte dependía de su desapego de este elemento. Una prueba más que superar.

Sostuvo en su puño la cadena de oro, apretándola con mucha fuerza mientras en su mente se formaba el recuerdo de su madre. De alguna forma se conectó con ella e intentó pedir su autorización para poder utilizar la cadena con la finalidad de comprar la ayuda de aquella mujer que habitaba en las montañas.

Al amanecer, ambos hombres caminaron hacia las montañas.

Ayla era una mujer intimidante, aguerrida y despiadada. Su vida había estado marcada por la tragedia, aunque su belleza opacaba cualquier trauma o dolor que hubiese afrontado. No estaba acostumbrada recibir visitantes, aunque tras su paso por el bosque, se había hecho muy buena amiga de Kade.

Era una mujer ardiente y excitante, que despertaba los intereses de cientos de hombres, pero solo un par de ellos habían tenido la fortuna de follar con ella y contarlo. Su apetito sexual era difícil de domar, por lo que, periódicamente bajaba al pueblo más cercano para escoger con su dedo al hombre que se encargaría de complacerla sexualmente.

Si esta tarea no era cumplida de manera efectiva, la propia Ayla se encargaba de asesinar al caballero. Llenos de terror, muchos habían entrado a la habitación de su cabaña junto con la mujer, llenos de miedo ante la posibilidad de no poder complacer a esta guerrera que medía aproximadamente 1.95 metros de altura. Tenía grandes senos que parecían dos calabazas y un abdomen fuerte que parecía tallado en piedra.

Sus muslos estaban perfectamente definidos, musculosos y robustos, producto de los largos recorridos en ascenso y descenso por la montaña. Tenía hombros anchos y una espalda que parecía una lámina de mármol, por lo que, los hombres se sentían tan atraídos como intimidados por la chica. Para la llegada de Alexavier y Kade, la mujer no se encontraba en las montañas, ya que, había bajado a seleccionar a su próxima víctima para que cumpliera con su labor.

Ayla no era una demente del todo, ya que, si recibía lo que buscaba, realizaba un generoso pago a los hombres que le prestaban el servicio sexual. Mientras Alexavier y Kade se encontraban frustrados en la cabaña de la mujer asumiendo que esta había emigrado otro lugar, la mujer ya se encontraba de regreso acompañada de un hombre que había seleccionado en el pueblo.

Unas cuantas horas más tarde, la mujer había arribado nuevamente a su cabaña, identificando algunos objetos que no le pertenecían, ante lo que, tomó su posición de ataque y se desplazó con mucho cuidado hacia el interior de la cabaña. Al encontrarse un rostro conocido, guardó sus espadas de manera inmediata y corrió a los brazos de Kade, quien recibió a su amiga de manera muy fraternal.

—Kade, viejo amigo. ¿Qué estás haciendo aquí? —Exclamó la forma unida mujer.

Alexavier veía impresionado la contextura de Ayla, quien mostraba un escote que dejaba ver unos pechos muy voluptuoso, mientras que, sus piernas quedaban a la vista gracias a la falda de cuero genuino de buey que había sido confeccionada tiempo atrás por sus propias manos.

—Hemos venido hacer una propuesta interesante para ti. —Dijo Kade mientras tenía en brazos a la mujer.

—En estos momentos no tengo cabeza para absolutamente más nada. Creo que tendrán que abandonar la cabaña por un par de horas. Tengo trabajo que hacer. —Dijo Ayla mientras observaba con picardía al hombre que le acompañaba.

El hombre se veía temeroso, con un rostro palidecido y con una timidez que apenas le permitía moverse. Alexavier y Kade se vieron con cierta curiosidad, ya que, no conocían las costumbres de Ayla, así que, antes de despertar su molestia e incomodarla, decidieron acceder a las demandas de la mujer y abandonaron la cabaña para ubicarse en un campamento a las afueras de aquel lugar.

—Hablaemos después. —Dijo Ayla antes de cerrar la puerta y colocar los seguros hechos de hierro que no permitirían que el hombre escapara de la casa.

—¿Qué crees que está a punto de pasar allí dentro? —Preguntó Alexavier al estar lleno de curiosidad ante la actitud de la mujer y el caballero.

Kade no parecía mostrar demasiado interés, pues no le parecía correcto inmiscuirse en los asuntos privados de los demás. Tenía una buena amistad con Ayla, pero eso no le daba derecho a juzgarla o entrometerse en las cosas que giraban entorno a su vida privada.

Las preguntas de Alexavier se vieron respondidas poco tiempo después, ya que, los alaridos de aquel hombre comenzaron a dar claras señales de lo que estaba ocurriendo allí dentro.

Ayla se había desnudado completamente y había arrebatado las ropas del

caballero, sometiéndolo fácilmente mientras lo acostaba en la cama de una manera hostil. Aquel hombre no estaba preparado para ese nivel de violencia, aunque sabía que tenía que tener un desempeño bastante bueno para no perder la vida. La misma Ayla se había encargado de hacerle entender que todo dependía de la calidad del sexo que le fuese proporcionado.

Aquel hombre no gritaba de dolor, sino de placer, ya que, Ayla se había puesto de rodillas frente a su miembro erecto y lo succionaba con tal fuerza que parecía que le extraería todos los órganos a través de su miembro. El hombre se sujetaba de las sábanas de una forma brutal, mientras experimentaba una satisfacción que debía pagar tarde o temprano.

Ayla succionaba una y otra vez el miembro mientras los fluidos del caballero comenzaban a emanar poco a poco. Era fanática del miembro masculino, siendo este su sabor favorito mientras lo mantenía en la boca.

Ya lo había lubricado completamente, su lengua había recorrido desde sus testículos hasta la punta de su pene, mientras sus manos acariciaban el pecho de aquel hombre que se retorció en la cama mientras su pene llegaba hasta la garganta de la deseosa mujer.

Ayla tenía la costumbre de iniciar el ritual sexual con un desempeño magistral, demostrando al caballero que ella merecía recibir algo similar o mejor, ya que, de lo contrario, su insatisfacción la llevaría inevitablemente a cometer un asesinato al irrespetarla de aquella forma.

A Alexavier lo consumía la curiosidad, ya que, quería llegar hasta la ventana de aquella cabaña y asomarse para poder ver qué era lo que ocurría allí dentro. Cuando se puso de pie para llevar a cabo esta acción, Kade colocó su mano en el hombro de su compañero.

—Será mejor que no lo hagas. No quieres ver esa mujer molesta. —Dijo Kade mostrando una clara sinceridad en sus palabras.

Alexavier tenía toda la intención de que el plan saliera de manera correcta, por lo que, no dejaría que su curiosidad lo llevara a cometer un error tan estúpido. Tomó asiento nuevamente y desarrolló una conversación intentando evadir los sonidos que salían de la cabaña de Ayla.

Concentrarse no era sencillo con los gritos de placer que emanaban del afortunado hombre.

Después de disfrutar durante algunos minutos de aquel jugoso miembro que entraba y salía desde lo más profundo de su garganta, la mujer se posó sobre el caballero, prácticamente aplastándolo con su cuerpo musculoso y su estatura de casi 2 m.

Aquel hombre sabía que no podría dar un buen rendimiento, por lo que, al menos intentaría disfrutar de aquel acto sexual antes de morir. Su pene no tenía unas dimensiones demasiado grandes, pero estaba lo suficientemente dotado como para complacer a la mujer. Ayla se sujetó del pecho del hombre y comenzó a sacudirse de manera brutal. Parecía una bestia indomable frotándose contra aquel cuerpo sudado de aquel sujeto.

Los dientes de Ayla se incrustaron en el cuello del hombre, mientras este colocaba sus manos sobre los senos de la mujer. Apretaba con fuerza aquellos dos trozos de carne formados y duros, mientras aquella fémica se transforma en una bestia que solo buscaba el placer sexual. El miembro se frotaba contra las paredes vaginales de la chica, mientras el clítoris hacía una fricción muy agresiva contra la piel del hombre.

Todo su miembro estaba dentro de ella, pero Ayla no parecía dar señales de satisfacción absoluta. Esto solo podía significar una cosa, la muerte próxima. El hombre sujetó del cabello de Ayla, intentando someterla en medio del acto, mientras sus ojos buscaban alguna herramienta que le sirviera como arma para poder defenderse y quizás, si corría con suerte, poderla asesinar y escapar de aquel lugar antes de que ella misma fuera quien lo asesinara por no tener un buen desempeño en la cama.

Los gritos y las sacudidas de la cama hacían un ruido infernal, ante lo que, Alexavier no pudo aguantar la curiosidad y se puso de pie hasta caminar hacia la ventana. Una vez más Kade intentó detenerlo, pero esta vez, debió dejarlo que este descubriera las consecuencias de molestar a una mujer como Ayla. Alexavier quedó completamente impactado al ver la forma en que la mujer se desempeñaba en la cama.

Nunca había estado con una mujer con tal nivel de pasión y lujuria. Casi podía experimentar el placer de aquel hombre que recibía las embestidas de aquella mujer. Alexavier no tenía la menor idea de cuál sería el destino de aquel sujeto si no llevaba al orgasmo a Ayla, por lo que, ve el acto como un simple hecho de placer en el cual los dos están en mutuo acuerdo.

Kade se unió a Alexavier, quedando muy sorprendido al ver a esta mujer semidesnuda cabalgando a este afortunado hombre. Se le hizo agua la boca de inmediato.

Ambos veían fijamente como aquel hombre sostenía a la mujer del cabello, mientras los dientes del sujeto se incrustaron en el cuello de la chica dándole un par de nalgadas para incrementar el placer.

Fue entonces cuando Alexavier se percató de que el hombre había

alargado su mano para tomar un trozo de metal filoso ubicado cerca de la cama. No necesitaba ser demasiado inteligente para saber que aquel hombre tenía intenciones muy claras con la mujer.

Kade estaba como hipnotizado por el movimiento de los senos de Ayla, por lo que, no notó la gravedad de la situación.

Finalmente, la mano del hombre alcanzó el trozo de hierro, llevándolo directamente hacia el pecho de la mujer. Pero, aunque Alexavier intentó intervenir, la velocidad de la mujer superó al caballero, sosteniéndolo del cuello y bloqueando directamente su mano.

—Mala decisión. —Dijo Ayla.

El tiempo pareció detenerse.

Aquel hombre se llenó de terror al saber que había cometido una grave equivocación al alterar a aquella guerrera, la cual sacó el miembro del caballero y llevando la mano del sujeto a su propio pene, lo cortó con el trozo de hierro que iba dirigido hacia el pecho de la mujer.

Alexavier veía aterrorizado lo ocurrido, ya que, nunca había visto a una mujer actuar de esa forma. La sangre corría por todo el lugar, mientras el miembro de aquel hombre ha caído en el suelo al ser desprendido directamente desde la base.

Alaridos de dolor acompañaban las maldiciones de aquel sujeto, quien tomó el órgano que se encontraba en el suelo y corrió desnudo fuera de la casa. Intentó salir por la puerta, pero al encontrarla bloqueada, no tuvo más remedio que romper una de las ventanas para salir de allí. La mujer se vestía lentamente como si nada hubiese pasado, mientras Alexavier y Kade se han alejado de la ventana para volver a la ubicación en la que se encontraban.

—Te dije que no era una mujer cualquiera.

El asombro era claramente evidente en el rostro de Alexavier.

IV

El asalto al amanecer

Los días transcurrieron y a medida que pasaba el tiempo, Alexavier y su pareja de acompañantes fueron reclutando más y más seguidores, los cuales prometían lealtad absoluta a este grupo de guerreros que tenían como único objetivo regresarle al haber libertad al reino de Eara. Los años no habían pasado en mano y Evan se había vuelto aún más poderoso pero su salud se había deteriorado significativamente.

Se había corrido el rumor de que una enfermedad estaba carcomiendo sus tejidos, por lo que, pasaba mucho tiempo encerrado en el castillo. Esta fue en la oportunidad perfecta para que el grupo de guerreros planificara el asalto al reino, intentando neutralizar a los guardias que custodiaban la seguridad de Evan.

Durante tres largas noches habían permanecido a los alrededores del reino, esperando el momento preciso para poder ingresar y dar su golpe maestro. No tenían intenciones de asesinar en vano a los guardias o seguidores de Evan, ya que, una vez que lograsen cegar a la vida del rey, todos aquellos que habían jurado lealtad al malévolo hombre, dejarían de tener una razón para pelear.

Contar con Alexavier era determinante, ya que, conocía cada uno de las entradas y salidas del reino. Había conseguido ductos y canales que servían de acceso a los guerreros más pequeños, mientras que, estos se encargarían de habilitar las puertas para que los guerreros más fuertes y grandes pudieran ingresar para terminar el contraataque.

Alexavier conocía cuáles eran las horas más débiles en la seguridad del castillo, por lo que, había planificado el ataque en horas del amanecer. Se realizaba un cambio de guardia en el cual los hombres de Evan dejaban completamente vulnerable la entrada. Solo tenían algunos minutos para poder ingresar al castillo, por lo que, no había espacio para el error.

Alexavier, Kade y Ayla, ingresaron al lugar por el mismo sitio por donde Alexavier había escapado una vez 10 años atrás. Progresivamente, el caballero fue desplazando una de las rocas de la muralla, la cual generaba el espacio suficiente para que ingresaran muchos de los guerreros que acompañaban al trío de aguerridos rebeldes.

La oscuridad de la madrugada se había vuelto su cómplice, ocultándolos a la vista de los guardias, quienes estaban solo a unos cuantos minutos de realizar el cambio de vigilancia.

—Solo tendremos una oportunidad. No podemos fallar. —Dijo Alexavier mientras desenvainaba su espada para ingresar preparado.

Ayla y Kade también mostraron sus armas, mostrándole apoyo absoluto al líder de aquella rebelión que daría como resultado un cambio de reinado y una renovación absoluta en aquel lugar. Todos tenían una fuerte creencia de que una vez que Alexavier lograra hacerse con el poder, todo comenzaría a mejorar.

Nada podía ser peor que el daño que había generado Evan, quien se había encargado de acabar con todas las esperanzas de vida de muchos de los habitantes. Todo era una anarquía y se había convertido en un reinado autoritario y malévolo, el cual había generado que la sangre de los habitantes del reino de Eara corriera por su suelo, manchándolo con dolor y sufrimiento.

La larga jornada de vigilancia había terminado, y justo en el momento en que los guerreros bajaron sus lanzas para irse al interior del castillo, Alexavier y sus dos principales guerreros ingresaron prácticamente detrás de los guardias. Su paso era sigiloso y casi imperceptible, por lo que, debido al cansancio, aquellos guardias no se dieron cuenta de que la muerte estaba respirando muy cerca de ellos.

Alexavier levantó su espada para atacar, siendo seguido automáticamente por Kade y Ayla. Alexavier atravesó el cuerpo de uno de los guardias completamente con su espada, haciendo que este cayera de rodillas mientras otros dos guardias se percataban de lo que está ocurriendo.

El ataque de Ayla fue inminente, incrustando ambas espadas en el cuerpo de uno de los guerreros, atravesando su pecho y su abdomen de manera simultánea.

El ataque de Kade fue casi imperceptible por la vista humana, saltando sobre el caballero para romper su cuello en un movimiento instantáneo. Habían liberado el camino para poder seguir avanzando, habían hecho un trabajo impecable.

—Sígueme. —Dijo Alexavier mientras corría a lo largo de un corredor oscuro con alfombra de color rojo.

No tenía la menor idea de donde llevaba esta, ya que era la primera vez que entraba al castillo. Seguía su instinto, nada más podía guiarlo en ese momento. La adrenalina estaba en el límite, muchos de sus guerreros

esperaban la señal para poder entrar y respaldar el ataque.

Cuando el rey cayera, seguramente se desataría una batalla por la defensa del orgullo, sería entonces cuando Alexavier y los dos guerreros necesitarían del apoyo de sus seguidores, quienes permanecían ocultos en oscuridad.

Aquel corredor llevó a Alexavier hasta la puerta de una habitación, la cual, dudó en abrir, pero algo lo impulsó a hacerlo. Giró el picaporte e ingresó a aquel lugar oscuro, asumiendo que aquella era la habitación de Evan.

Era un lugar muy amplio, con grandes ventanales con cortinas hechas de la más fina tela. Alexavier avanzó lentamente hasta la cama, pero cuando se percató de quien reposaba en aquella cama, debió retroceder abruptamente.

El cabello rubio de una chica sobresalía de las sábanas, lo que obligó a Alexavier a apartar levemente aquella cubierta para poder visualizar su rostro. Cuando se encontró con aquellas facciones casi perfectas, sintió una especie de impulso eléctrico que recorrió desde su corazón hasta su cerebro.

Fue como si en ese preciso momento hubiese recibido una flecha del mismo cupido, ya que, una sensación muy fuerte despertó dentro de él, pero no había tiempo para eso, por lo que, cubrió nuevamente a la chica y salió de la habitación. Por momentos llegó a pensar que se trataba de la hija de Evan, por lo que, le indicó a Ayla que se encargará de ella.

—Llévala a la torre, espera mi señal. —Dijo Alexavier antes de salir de aquel lugar.

Ayla permaneció vigilando a la chica, quien se encontraba profundamente dormida y desconocimiento del destino que le esperaba. Alexavier y Kade se dirigieron directamente hacia la habitación en la final del corredor, la cual llevaba directamente hacia donde dormía Evan.

Aunque todo parecía avanzar de manera correcta, Alexavier y Kade se consiguieron en su camino a un par de guardias que no permitiría que estos llevaran a cabo su objetivo.

—¡Deténganse! ¿Quiénes son ustedes? —Gritó uno de los hombres.

En ese preciso instante, Kade se deslizó rápidamente por el suelo y cuarto con sus garras los tobillos de aquellos hombres, quienes se desplomaron abruptamente al suelo. Alexavier avanzó rápidamente y atravesó las espaldas de ambos caballeros quienes se encontraban tendidos en el suelo cegándoles la vida en unos pocos segundos.

El plan comenzaba a peligrar, ya que, aquel grito que había generado el hombre seguramente se había escuchado en todo el castillo. Efectivamente, muchos de los guardias que se encontraban distribuidos por todo el lugar se

alertaron ante el llamado de atención del sujeto. Todos corrieron rápidamente hacia la habitación del rey, pero Alexavier y Kade ya habían ingresado allí.

Evan se encontraba tendido en la cama sin un solo gramo de fuerza en su cuerpo para poder defenderse. Solo podía utilizar las pocas energías que le quedaban en su cuerpo para preguntar quién es eran estos hombres.

—Asumo que han venido a asesinarme... Me harían un favor. —Susurró el hombre.

Alexavier no esperaba encontrar a Evan en una condición tan deplorable, por lo que, dudo si debía asesinar al hombre o escapar y dejar que fuese el destino quien se encargará de castigar al malvado rey.

—Debería cortarte la cabeza en este preciso instante. —Dijo Alexavier mientras se colocaba en posición de ataque.

—Hazlo, así me liberarás de este cuerpo maldito inservible. —Dijo Evan con una sonrisa cínica en su rostro.

—¡Hazlo! —Gritó Kade.

El guerrero de la selva sabía perfectamente que no había tiempo que perder, ya que la puerta era golpeada con mucha fuerza por los guardias que tenían como principal objetivo defender al rey.

Aquella algarabía alertó a los acompañantes de los tres guerreros principales, quienes ingresaron ferozmente hacia las calles del reino, combatiendo con cada uno de los guardias de la fuerza bélica de Evan.

Mientras más tiempo tardará Alexavier en asesinar al rey, más muertes causaría, por lo que, Kade comenzaba desesperarse. El propio guerrero tomó sus garras e intentó dirigirse hacia Evan, pero Alexavier lo detuvo abruptamente.

—Harás que maten a todo nuestro ejército. ¿Qué estás haciendo? —Dijo el molesto Kade.

—Necesito saber por qué lo hizo... —Dijo Alexavier.

En su apetito por conocer las razones por las cuales asesinaba a las personas, incluyendo a su padre, habían llegado cometer un grave error que había generado más bajas de las esperadas.

Si Alexavier hubiese ingresado hubiese matado a Evan si mediar una sola palabra, su ejército en ese momento posiblemente se encontraría intacto. En lugar de esto, jóvenes guerreros caían ante las brutales espadas Del mortífero ejército de Evan.

—¿Acaso crees que necesito una razón para asesinar? Nunca has probado el poder, cuando lo hagas me entenderás... —Dijo Evan mientras reposaba su

cabeza en la almohada.

—Asésinalo ahora. —Dijo Kade como última advertencia.

Para ese momento, Ayla se las había arreglado para tomar a la chica en brazos y saltar por la ventana, corrió fuerte con aquella rubia en brazos, directamente hacia la torre, donde debería encerrarla hasta recibir nuevas órdenes de Alexavier. Desconocía absolutamente lo que había ocurrido en aquella habitación, ya que, pensaba que todo se había complicado.

—No eres diferente a mí. ¿A cuántos has matado para llegar hasta aquí? —Dijo Evan mientras intentaba ponerse de pie.

Alexavier no pudo emitir una sola palabra, ya que, las palabras que había pronunciado que nombre eran completamente ciertas. Todos los guerreros a quienes había asesinado posiblemente tenían hijos, familiares, amigos, y este no se había detenido a pensar en esto durante su proceso para conseguir la venganza.

Kade comenzaba a sospechar acerca de los planes de Evan por intentar manipular a Alexavier. Cada palabra entraba en la mente del guerrero como si fuese el más puro veneno. El tiempo transcurría y sus guerreros caían de manera inminente al suelo, reduciéndose el número de ellos de una forma cada vez más frecuente.

—Alexavier, tienes que hacerlo. Asésinalo ahora o yo mismo te quitaré la vida. —Dijo Kade mientras apuntaba sus dagas hacia su compañero.

Alexavier parecía estar bajo un hechizo, ya que, las palabras de Evan lo habían encantado y no le permitieron utilizar su espada para terminar con su vida finalmente.

—Tú y yo nos parecemos mucho. De hecho, has sufrido todos estos años por la muerte de tu padre. ¿Cierto? —Dijo el rey.

—¿Cómo sabes las razones por las cuales estoy aquí? —Preguntó Alexavier.

El joven guerrero se hallaba sorprendido, pues no tenía la menor idea de cómo Evan había logrado descubrir las razones por las cuales se encontraba este joven guerrero allí. Mucho menos se imaginaba que este podía llegar a reconocerlo por alguna razón, por lo que, indagó hasta finalmente dar con la cruda realidad.

—¿Sabes quién soy?

—Sé perfectamente quién eres. La marca en tu antebrazo no es una herida —Dijo Evan.

Alexavier observó su antebrazo derecho, viendo una marca que parecía ser

una serpiente que se enrollaba alrededor de él. Era una marca de nacimiento que no tenía la menor idea de cómo se había formado.

Justo un segundo después, Evan descubrió su antebrazo, mostrando una marca exactamente igual a la de Alexavier. Esto dejó estupefacto al joven Guerrero, quien cayó de rodillas al descubrir una posible realidad que no cabía en su pensamiento.

—¿Qué rayos está pasando? —Preguntó Alexavier.

Kade veía estupefacto lo que estaba ocurriendo, ya que, estaba siendo el único testigo de un evento sin precedentes en el que, Alexavier estaba descubriendo una realidad tan dolorosa, que parecía que comenzaría a llorar gotas de sangre.

—¿Eres mi padre? —Preguntó Alexavier.

El miedo lo consumía.

—Así es... Lamento que lo hayas descubierto tan tarde. —Dijo Evan antes de comenzar a sufrir algunos espasmos que le generaron una tos seca y árida.

Aunque esto posiblemente habría arruinado finalmente los planes de Alexavier, generó una ira incontenible que lo llevó a saltar encima del rey. Su espada se incrustó en el abdomen de aquel malévolo hombre, generando una herida que no cerraría jamás.

Evan veía con ojos de incredulidad lo que estaba ocurriendo, no se imaginaba como Alexavier había acumulado el valor para generarle la muerte a su verdadero padre. Había crecido completamente engañado, pensando que había nacido en una familia feliz, siendo el hijo de aquel hombre que había derramado tanta sangre en el reino de Eara y otros territorios.

Evan aún conservaba cierta cantidad de energía, la suficiente como para poder darle explicaciones a Alexavier de lo que había ocurrido aquel día en el cual, el hombre a quien siempre creyó su padre, había muerto.

—Tuve que asesinarlo, no podía lidiar con la idea de que fuese él quien estaba al lado de tu madre. Yo la amaba. —Dijo Evan.

—¡Cállate!

Alexavier incrustó su espada mucho más profundo en el abdomen del hombre, quien soltó un alarido de dolor.

—¡Muere ya de una vez! —Exclamó el guerrero.

Dejó salir toda su furia.

Aunque sentía un dolor profundo, Evan pudo sonreír en el último segundo de vida, dedicándole las últimas palabras a quien fuese su verdadero hijo y a quien no había podido asesinar aquel día.

—¿Acaso crees que no sabía que este día llegaría? Te dejé vivir aquella noche. Lamento que hayas descubierto la verdad de esta manera. —Dijo Evan antes de morir.

Alexavier extrajo su espada de aquel sujeto, llevando el filo de la hoja directamente a su garganta. En un solo movimiento decapitó a Evan, levantó su cabeza lo más alto que podía mientras esta destilaba gotas de sangre fresca que caían en el suelo. Alexavier dejó salir un grito de dolor y victoria, algo muy fuerte había nacido en su interior.

La puerta fue derribada unos pocos segundos después, los guerreros se encontraban estupefactos al ver el cuerpo de su rey ya sin vida. Alexavier levantaba su cabeza en señal de júbilo, por lo que, aquellos hombres ya no tenían absolutamente nada porque luchar. Todos dejaron caer sus espadas, pero la sangre de muchos inocentes se había derramado.

El nombre de Alexavier se había manchado con la sangre de sus seguidores mientras Ayla se encontraba en el punto más alto de la torre lidiando con una aguerrida joven que luchaba para no ser encerrada. Beth daba patadas golpes y mordiscos para intentar liberarse, pero Ayla era una contendiente difícil de derribar.

Cuando la reja de aquella celda se cerró, el destino de la chica había quedado confinado a cuatro paredes. Alexavier había decidido encerrar a la joven princesa en aquella torre como castigo por ser la hija de aquel rey demente, pero ahora debía lidiar con la idea de que era él quien llevaba la sangre del hombre más malvado que había pisado las tierras del reino de Eara.

V

Hilos dorados

Habían pasado varios meses desde que Alexavier había conseguido hacerse con el poder en el reino de Eara. Tal y como se había pronosticado, las cosas habían comenzado a mejorar gradualmente. Muchos de los prisioneros que habían permanecido encerrados durante los últimos meses por simple capricho de Evan, habían sido liberados tras la llegada de Alexavier.

Todo se encontraban inmensamente felices al poder contar con un rey que pertenecía al propio pueblo, pero tanta sangre y violencia había transformado a Alexavier, ya que su piedad no era tan transparente como todos creían. Aunque era benevolente con ciertas personas, había vaciado todo su odio en contra de aquella rubia que había encontrado durante su llegada al castillo.

No se había dado a la tarea de averiguar realmente quién era, por lo que, simplemente asumía que era la hija de Evan. Solo por esto, debía castigarla con el encierro y la oscuridad absoluta durante el resto de su existencia.

Alexavier asumía que aquella joven hermosa había respaldado todas las acciones de maldad que llevaba a cabo Evan, ignorando por completo que la chica estaba en desacuerdo absoluto con cada uno de los actos deplorables que ejecutaba el rey.

Tras enterarse de su muerte, Beth sintió cierta alegría, aunque su encierro no representaba el mejor momento de su vida. No podía comprender como un hombre que ni siquiera la conocía, era capaz de tratarla como si fuese una criminal. La única culpa que tenía Beth era haber nacido como una princesa, la cual había quedado bajo la responsabilidad de Evan tras la muerte del antiguo rey.

Beth intentaba no doblegarse ante la actitud de Alexavier, quien se había convertido de la noche a la mañana en el nuevo rey del reino de Eara. Se mantenía erguida durante las visitas de aquel joven caballero, quien intentaba humillarla, pero Beth respondía llena de dignidad y orgullo. Las visitas eran cortas, ya que, siempre justificaba las mismas con su intención de asegurarse de que su sufrimiento fuese cada vez mayor.

Pero la verdad era que Alexavier se había dejado llevar por sus instintos, y la necesidad de ver frecuentemente a Beth, cada vez era más intensa. Desde aquella noche en que había arribado al castillo, Alexavier había quedado

completamente enamorado de aquella mujer, claro, aún no lo sabía, pero en su corazón crecía un enorme sentimiento que se hacía cada vez más difícil de controlar.

Durante las noches, sueños recurrentes no lo dejaban dormir en paz, sentía que estaba cometiendo un grave error, aunque no sabía exactamente cuál era. Tenía una fijación absoluta con aquella mujer de cabellos rubios, la cual dormía en una cama de piedra y pasaba el resto del día en la oscuridad. El propio Alexavier custodiaba durante ciertas horas del día las puertas de la prisión, justificándose en la idea de que posiblemente, alguien la liberaría para ayudarla.

Pero todo esto simplemente era un invento de Alexavier para estar cerca de la chica, quien sentía cierta curiosidad por saber cuáles eran las verdaderas razones que llevaron este joven actuar de ese modo en su contra. Aunque Beth hacía continuas preguntas, Alexavier nunca respondía, ya que, sentía que no podía entablar una conversación con una mujer que tuviese la misma sangre de Evan.

El simple hecho de que fuese su media hermana, lo llenaba de una frustración increíble, por lo que, había decidido mantenerla encerrada, ya que, liberando a esta chica, posiblemente no podría controlar sus instintos de abordarla y caer profundamente enamorado de ella. Aunque sonara retorcido, Alexavier había determinado esta actitud con el objetivo de mantenerse aislado de la joven princesa, quien no tenía la culpa de absolutamente nada, más que de ser absurdamente hermosa y atractiva.

El nuevo rey no podía negarlo, Beth era todo lo que él deseaba a su lado, por lo que, la pensaba día y noche, la extraña a cada segundo y con cada día que avanzaba, más incontenibles eran las ganas de entrar en aquella celda y convertirla en su mujer. Los continuos pensamientos de que era su propia hermana lo atormentaban, y lo llenaban de una ira increíble que se desataba cuando se encontraba en soledad.

Alexavier estaba obligado a reprimir todos sus sentimientos hacia la chica, por lo que, debía silenciar a su corazón y su alma para poder continuar su reinado. Los meses avanzaron, y el reino de Eara volvió a ser el mismo de antes, los jardines florecían y los cultivos comenzaron a crecer, retomando cada uno su vida normal mientras todo era una felicidad absoluta en aquel lugar.

Pero todos estaban llenos de una plenitud absoluta excepto Alexavier, un rey infeliz que se encontraba solitario en su habitación durante la mayor parte

del día. Se había deprimido enormemente al saberse hermano de la mujer que había comenzado amar, por lo que, había considerado, en más de una oportunidad, quitarse la vida.

Su principal objetivo como ser humano después de la muerte de su padre, y posteriormente la de su madre, había sido cobrar venganza y asesinar con sus propias manos a Evan, por lo que, después de lograrlo se había generado un enorme vacío que no sabía con qué llenar. De alguna forma, Beth había pasado a sustituir este espacio, llenándolo con pensamientos y fantasías que vinculaban a la joven con el nuevo rey.

Esta represión no podría durar para siempre, o al menos el cuerpo de Alexavier no la resistiría. Fue entonces cuando una noche, cuando todos dormían, cuando Alexavier decidiría traicionarse, a sí mismo.

Quería escuchar la voz de Beth, saber que tenía que decir y por primera vez, darle la oportunidad de argumentar sus razones para ser libre. Alexavier salió secretamente de su habitación por su ventana, sin que nadie se diera cuenta de su desplazamiento hacia la torre más alta del reino.

Llegó hasta allí y pudo escabullirse sin ser visto por los guardias a través de algunos bloques de piedra que se encontraban un poco flojos. Alexavier entró en la torre y subió por los escalones hasta el punto más alto, llegando nuevamente a la celda de la princesa.

Para ese momento, la chica dormía en su cama de piedra, su lugar de descanso desde hacía meses. Su cuerpo ya se había habituado a la dura superficie, por lo que, no parecía del todo incómoda.

Aun así, su celda era fría y solitaria, algo que no se merecía una joven bondadosa y tierna como Beth, cuya voz había sido cegada por la maldad y rencor de Alexavier. Se detuvo frente a los barrotes y observó detenidamente a la joven, mientras sentía un arrepentimiento que lo carcomía al saber que lo que estaba haciendo estaba muy mal. De pronto, sacó un grupo de llaves que liberaron las cerraduras de la celda.

Su intención era dejar la puerta abierta e irse, dándole oportunidad a Beth de que escapara, pero no podía permitirse perder a esta mujer de vista, estaba muy enamorado, ya era tarde.

Cuando la reja de la celda se abrió, un sonido agudo producto del óxido en las bisagras despertó a Beth, quien siempre se mantenía alerta ante la posibilidad de que algún guardia entrase a intentar abusar de ella.

Nunca había sucedido algo así, pero su constante estado de alerta la había llevado a imaginar y soñar con algo similar a esto. Los cabellos dorados

cubrían su rostro cuando despertó, pero la chica los quitó rápidamente, mostrando ese bello rostro que constantemente se encontraba la imaginación de Alexavier.

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido a matarme? —Dijo la joven.

El miedo era evidente.

—Necesito que hablemos.

Beth se sorprendió al ver que el odio que constantemente se veía en la mirada de Alexavier parecía haber desaparecido.

—Algo ha cambiado... ¿Qué está pasando? —Preguntó Beth con algo de desconfianza.

Alexavier caminó algunos pasos y se sentó en el borde de la cama de piedra donde solía descansar Beth. La chica retrocedió un par de pasos para alejarse del rey, quien parecía derrotado y devastado internamente. Alexavier llevaba a cabo una lucha en contra de sí mismo, ya que, no debía estar en ese lugar.

El hombre que había asesinado a su padre, al menos el de crianza, le había generado un sufrimiento que había cargado durante toda su vida, no podía tratar bien a esta joven, que, aunque no era culpable, llevaba los genes de un asesino.

—Siéntate a mi lado. Necesito curarme todo este odio y dolor... —Dijo Alexavier casi a punto de llorar.

Al ver esta actitud, la chica sintió que tenía una oportunidad de salir corriendo de la celda, pero algo se lo impidió, una fuerza mucho más grande que ella la obligó a quedarse allí y conocer qué era lo que tenía que decir este hombre. Su cambio de actitud era muy curioso, por lo que, Beth decidió acceder a las demandas de Alexavier y se sentó a su lado.

La princesa no había tomado un baño en mucho tiempo, por lo que, una especie de olor ácido emanaba de sus cabellos, pero esto no pareció molestarle a Alexavier, quien se sentía muy feliz de tener a la joven chica a su lado.

—Lamento haberte hecho todo esto. —Dijo Alexavier.

Beth observaba con cierta incredulidad, tanta bondad no parecía provenir del mismo hombre que la había encerrado durante tanto tiempo.

Cuando se encontró con la mirada de Alexavier estando tan cerca, Beth parecía haber visto a través de ellos. Era como si hubiese entrado directamente al fondo de su alma, conectándose directamente con lo más profundo de su ser. Alexavier no era el hombre que parecía, estaba lleno de

una luz increíble y un espíritu bondadoso, el cual se había hecho una coraza llena de odio, rencor y maldad para poder proteger a este hombre frágil que habitaba allí dentro.

—No pude controlar todo este odio. Evan, tu padre me hizo mucho daño. Alguien tenía que pagar sus deudas— Dijo Alexavier.

Beth experimentó una gran confusión al escuchar las palabras del joven, ya que, finalmente había entendido cuáles habían sido las razones que bien llevado a Alexavier a comportarse de aquella manera.

—¿Mi padre? Evan no era mi padre. —Dijo Beth.

Alexavier levantó su mirada y observó los ojos de la chica, los cuales mostraban una absoluta sinceridad, lo que le devolvió parcialmente las ganas de vivir al rey. Descubrir que la joven chica no tenía nada que ver con aquel malévolos ser, le regresaba la oportunidad de acceder a la posibilidad de tener algo con ella.

Estaba absolutamente convencido de que era la mujer que necesitaba. Después de tantos años en soledad, Alexavier había encontrado el amor, aunque no estaba muy seguro que, después de hacer tanto daño, este fuese correspondido.

—Mi padre fue asesinado por Evan. El rey Sloan fue mi verdadero padre.

Alexavier sintió una alegría enorme en su pecho, tanto así, que decidió abrazar a la chica.

Beth no tenía la menor idea de qué lo había motivado a hacer esto, pero correspondió al abrazo y rodeó al caballero con sus delgados y delicados brazos, los cuales se encontraban sucios con tierra y carbón.

Por alguna razón, Beth también sintió una conexión increíble con aquel hombre, por lo que, fue difícil para ella despegarse del cuerpo de este. Su aroma parecía penetrarlo, y una gran sensación se despertó en su vientre.

Beth se había mojado inmediatamente al sentir el contacto con la piel de aquel hombre, algo que nunca había experimentado en el pasado. Esto la obligó a separarse de él, pues sintió cierta vergüenza, mientras sus mejillas estaban sonrojadas, por fortuna, la grasa y el sucio no permitió que Alexavier notara este cambio

En el pantalón de Alexavier también había surgido una erupción que no era esperada. Su pene se había endurecido rápidamente al sentir el contacto con la suave piel de aquella joven rubia. De manera inmediata, intentó cubrir aquel reflejo involuntario de su órgano sexual, pero era evidente que el deseo estaba a flor de piel.

Había tenido la oportunidad de estar con muchas mujeres en el pasado, pero ninguna le había despertado tal cantidad de atracción y deseo como Beth, por lo que, parecía que sus cuerpos eran controlados por una fuerza sobrenatural los llevaba hacia un momento de lujuria que ninguno de los dos podía evitar. Los rayos de luna entraron como clandestinos en la celda, a través de un pequeño orificio ubicado en la parte superior del techo.

Al iluminar el rostro de Beth, Alexavier se vio perdido en sus ojos, obligándose a no sucumbir ante el deseo de acercarse a ella y besar sus labios. Era demasiado rápido, todo había cambiado de tono drásticamente y ninguno de los dos entendía qué estaba ocurriendo. Apenas y habían cruzado unas pocas palabras y ambos ya querían devorarse uno al otro.

Esta era la clase de sensación que Beth había estado esperando vivir durante mucho tiempo, por lo que, le parece bastante absurdo y extraño que sea precisamente con el hombre que le ha generado tanto sufrimiento durante los últimos meses.

—A partir de hoy serás libre. Puedes ir a donde quieras. —Dijo Alexavier al verse perdido en la mirada de la chica.

—¿Hablas en serio? ¿Así de simple? ¿Puedo irme? —Preguntó Beth con cierta incredulidad.

—Todo esto ha sido un grave error de mi parte y sabré compensártelo si me lo permites. —Dijo Alexavier

Beth había quedado impresionada con la forma en que la había tratado Alexavier, y la humedad entre sus piernas aún no cesaba. De hecho, se había convertido en un intenso calor que parecía que comenzaría a consumirla como una antorcha.

Mientras observaba al rey, experimentaba unas ganas increíbles de saltar en sus brazos y que la despojara de sus pocas vestiduras, que la convirtiera en su mujer y le hiciera el amor sobre aquella cama de piedra, pero Alexavier no mostraba signos de sentir algo similar.

Lo cierto era que aquel hombre se encontraba reprimiendo todos sus sentimientos, y sus intenciones eran muy similares a las de Beth, pero quería comportarse como un caballero. Fue entonces cuando el caballero decidió retirarse de aquella celda, dando la oportunidad a Beth de dirigirse hacia donde quisiera, ya que, no sería más su prisionera.

—Por la mañana todo será diferente para ti. —Dijo Alexavier antes de abandonar aquel lugar.

Se fue en la oscuridad de la noche, mientras la chica se quedaba sentada en

la cama de piedra, ya que, no podía creer lo que estaba pasando. Beth llegó a pensar que todo se trataba de una trampa, que quizás saldría de aquel lugar y sería asesinada por una mentira de Alexavier, por lo que se tomó su tiempo para pensar bien qué hacer.

Lo único cierto y absoluto es que ambos sabían que se había generado una enorme atracción física y emocional entre ellos, algo que no sería fácil de evadir y que ninguno podría negar.

Escapar de aquella química que crecía entre Alexavier y Beth, era imposible, ambos debían enfrentarla de la mejor manera, ya que, las circunstancias se habían dado de manera perfecta para que la pareja finalmente se uniera.

VI

Atracción ineludible

Alexavier despertó al día siguiente completamente confundido, ya que, había internalizado la idea de que cuando llegara nuevamente a la celda de Beth, no volvería a verla.

Si era inteligente, Beth desaparecería en la oscuridad de la noche para no ser vista de nuevo en aquel territorio. Los cambios repentinos de estado de ánimo de Alexavier, podían generar consecuencias graves inesperadas en la vida de Beth, quien había sido encerrada por una simple suposición.

Alexavier no tenía ninguna prueba que la vinculara con Evan, pero, aun así, la había hecho pagar por creer que era su hija. Si cambiaba de parecer nuevamente, Beth no tendría una segunda oportunidad de volver a ver la luz del día.

Aun así, a Alexavier le esperaba una sorpresa increíble que no tenía la menor idea de qué ocurriría. Durante la mañana, Alexavier sentía una presión en el pecho y no podía sacarse del pensamiento a Beth, quien para ese momento debía estar muy lejos.

Posiblemente habría tomado uno de los caballos del reino y habría huido tan lejos como el galope de aquel animal le permitiera llegar. Pero de pronto, Alexavier sintió un enorme deseo por ir a visitar la celda en la que había habitado Beth durante los últimos meses.

Quizás encontraría algo de ella que le permitiera recordarla o revivir su aroma. La ansiedad de la ausencia de la chica lo estaba torturando, por lo que, Alexavier salió de su castillo y caminó directamente hacia la gran torre donde se encontraba encerrada la mujer.

Al no querer ser visto comportándose de una manera extraña frente a los guardias, Alexavier ordenó que todos los vigilantes de aquella torre que se alejaran de aquel lugar.

El lugar quedó desolado de manera inmediata, permitiéndole al gran rey ascender por las escaleras hasta llegar a la celda que ocupaba Beth. Sentía una profunda tristeza al imaginar que, al llegar a aquella celda, la reja estaría abierta, encontrando un vacío absoluto en aquel lugar que salía ser su favorito de los últimos días.

Disfrutaba observando a Beth, solo estar en la misma habitación que ella

le genera una felicidad indescriptible, por lo que, los días de tristeza parecían estar acercándose nuevamente a la vida de Alexavier. Su paso en su camino hacia la celda es lento y pesado, como si llevara cientos de rocas pesadas arrastradas. Finalmente, Alexavier llegó a la celda, encontrando la puerta cerrada.

Su impresión no tuvo límite cuando vio una especie de bulto acostado en la cama de piedra.

De manera instantánea, su corazón se aceleró rápidamente, ya que, la joven no se había ido. Pensó que sus ojos estaban jugando una broma, alguna especie de ilusión producto de su enorme necesidad de poder conservar a Beth en su vida, por lo que, corrió hacia la reja y sostuvo los barrotes.

Beth se encontraba profundamente dormida, ya que, después de su visita nocturna había quedado sumamente agotada. Le había costado quedarse dormida, pensaba una y otra vez en el acercamiento de Alexavier y lo que ella había experimentado.

Aunque tardó un poco en tomar esta decisión, Beth no quería alejarse de Alexavier, había comenzado sufrir una especie de síndrome en el cual se sentía mucho más cómoda estando cerca de Alexavier.

Aquella noche en la que habían compartido algunas palabras y roces, Beth había sentido algo incontrolable en su corazón y en su área genital. La atracción sexual que sentía por Alexavier la superaba, por lo que, no podía alejarse como si nada hubiese pasado, pues no podría olvidarlo.

Aunque parecía una decisión demente, Beth había preferido quedarse al lado de aquel hombre que se había convertido en su carcelero durante mucho tiempo.

Pero fueron suficientes unos cuantos minutos para poder descubrir que este hombre le generaba una intensa sensación en su interior, algo que no estaba dispuesta a dejar ir. Fue por esto, que prefirió acostarse nuevamente en la cama de piedra y esperó a la mañana siguiente la visita del rey.

Alexavier no daba crédito a sus ojos, estaba completamente seguro de que Beth tomaría sus cosas y se marcharía para no volverlo a ver. No conoce las razones de su permanencia en aquel lugar, pero la curiosidad lo obligó a abrir la reja inmediatamente e ingresar para cerciorarse de que lo que veían sus ojos no era algo imaginario. Al escuchar el sonido de las bisagras, Beth se alertó rápidamente al encontrándose con el rey que había habitado sus sueños durante las últimas horas.

—¿Aún estás aquí? —Dijo Alexavier mostrando una alegría enorme en su

rostro.

La joven notó la transparente felicidad que mostró el rey, por lo que, se sintió muy agrada de haber tomado la decisión de quedarse.

—No pude irme. Algo muy extraño me está pasando.

Alexavier sonrió y avanzó algunos pasos hacia la chica.

Apartó el cabello rubio de su rostro y lo acarició. No eran necesarias las palabras para saber que la chica había revelado la existencia de un sentimiento que era muy similar a lo que él estaba experimentando.

—He pensado en ti todo el tiempo, no te podido sacar de mi mente. ¿Qué me está pasando? —Dijo el rey.

Beth lo miró fijamente con sus ojos, y ahora, con algunos rayos de luz del día iluminando su cara, su belleza era aún más evidente. No pudo resistirse ante tanta belleza, por lo que, sujetó entre sus manos el rostro de la joven, y besó suavemente sus labios.

Beth intentaba oponer resistencia, pero le encantó, el hombre la hechizó y la dejó sin ningún tipo de defensa. Sintió como los suaves labios de aquel caballero tocaron los suyos, generando una leve presión en ellos, mientras succionaba con una intensidad leve.

Beth no sabía hacia dónde llevar sus manos, por lo que, reposaron a un lado de su cuerpo. Alexavier acariciaba su rostro y dejaba que sus dedos se entrelazarán entre el cabello de la chica, mientras esta disfrutaba del aliento fresco de aquel excitante caballero. La misma humedad que había experimentado el día anterior comenzaba a surgir en ese preciso instante.

Su ropa interior se empapó en unos pocos segundos, y casi destilaba agua a través del tejido. No podía creer como esto era posible, nunca imaginó que un hombre la excitaría de una manera tan extrema, por lo que, decidió colocar las manos en el pecho del caballero y alejarse un poco.

—No debemos hacer esto. Tú eres el rey y yo soy...

Su mirada se llenó de tristeza.

—Tú eres la mujer que siempre desee. Eso es lo que eres. —Dijo Alexavier con una seguridad absoluta.

La chica sintió una emoción increíble al no poder creer las palabras que estaba diciendo que el hombre. Era nada más y nada menos que el rey de Eara quien estaba declarándole su intención de estar a su lado.

Cualquier chica del reino se sentiría afortunada detener este privilegio, pero lo único que experimentaba Beth en ese momento era un terror indescriptible. Sentía miedo de no conocer a aquel hombre del que se estaba

enamorando, por lo que, por primera vez, se dejó llevar por sus impulsos y saltó a los brazos del rey.

Esta vez, Alexavier la sujetó con mucha más firmeza colocando sus manos en su espalda, tocando la piel de la chica, la cual era suave y tersa. Alexavier no podía controlarse, y la erección que se había formado en su pantalón, comenzaba a ser incontenible.

Beth sintió como el bulto del caballero hacía presión contra su cuerpo, por lo que experimentó cierta vergüenza. Esta sensación desapareció unos segundos después, cuando su instinto la llevó a sujetar el trozo de carne entre sus dedos.

Alexavier sintió como su corazón se aceleraba al ver la iniciativa de la chica, así que, la puso suavemente sobre la cama de piedra. Levantó su vestido hasta la cintura, y extrajo su ropa interior de manera suave y delicada.

Comenzó a besar sus pantorrillas, describiendo un camino lento pero constante hacia su entrepierna, pasando por sus muslos y proporcionándole leves mordidas que la excitaban aún más. Beth colocó sus manos en el cabello del rey, mientras este dirigía su mirada periódicamente hacia la vagina de la chica y se encontraba nuevamente con su mirada.

—Amo tus ojos. —Dijo Beth, mientras esperaba que el hombre llegara a su zona sensible.

Alexavier no respondió ante el comentario de la chica, pero sonrió antes de dejar salir su lengua, la cual lamió delicadamente el clítoris de Beth. La zona estaba a punto de arder en llamas. Alexavier sintió aquella temperatura, la cual se elevaba drásticamente con cada lamida. Estaba llena de humedad y sus fluidos era un néctar delicioso que disfrutaba Alexavier.

La lengua del caballero se paseó por los labios vaginales de la chica, disfrutando de la zona mientras esta gemía descontroladamente. Las piernas de la joven se posaron sobre los hombros del caballero, mientras este la penetraba suavemente con su lengua una y otra vez. Las manos de Alexavier fueron directamente a los pechos de Beth, los cuales fueron desnudados de manera instantánea.

La joven bajó su vestido hacia sus hombros y permitió que el caballero realizará pequeñas caricias alrededor de sus pezones. Estos se endurecieron rápidamente, siendo una muestra absoluta del placer que está experimentando la chica.

—Bésame. Quiero sentirte... Hazme tuya. —Ordenó Beth.

Alexavier se colocó de pie, haciendo caso a las palabras de la chica.

Liberó su pantalón y lo dejó caer al suelo, mostrando un miembro enorme y húmedo que estaba ansioso por insertarse en lo más profundo de aquella joven rubia. Separó las piernas de su amante y se posó sobre ella, penetrándola con mucha fuerza en la primera embestida.

Beth era una joven virgen que siempre había soñado con su primera vez, que, aunque sentía que sería tratada como una princesa de manera delicada, Alexavier había dejado todos los protocolos a un lado y la había convertido en mujer sin tener contemplaciones. Aunque podría sentir dolor y de alguna manera buscaba la ternura, disfrutaba de lo que hacía el caballero.

Beth gritó, pero no con la intención de generar que Alexavier se detuviese. Lo que hacía el caballero la trasladaba hacia otra dimensión. La hacía flotar sobre el suelo y la gravedad había perdido efecto sobre ella. Cada penetración generada por el caballero, le genera un placer indescriptible que le avisaba. Sus poros la delataban al no poder resistir cada una de las sensaciones que despertaba Alexavier en ella.

Aquel caballero sujetó sus muñecas, asegurando los movimientos de la chica, la cual mantenía sus piernas separadas mientras el cuerpo de Alexavier la embestía. Sus pechos se movían de manera extrema con cada una de las sacudidas, los cuales fueron lamidos con mucha intensidad por el caballero. Alexavier succiona sus pezones hasta llevarlos a su máxima erección, Beth gimió descontroladamente al no poder controlar su placer.

Los gritos de aquella chica retumbaban por toda la torre, la cual, por fortuna se encontraba completamente sola. Alexavier liberó las muñecas de la chica, dejando que está llevara sus manos directamente a los glúteos del caballero.

Lo empujaba hacia su cuerpo, como si quisiera que la penetrara aún más profundamente. Alexavier intentaba complacerla y lo hacía cada vez con más intensidad, ante lo que, la chica dejó salir una explosión de fluidos que fueron seguidos por un alarido de placer.

Beth había alcanzado su primer orgasmo del encuentro, el cual la había dejado sin fuerzas, mientras Alexavier continuaba penetrándola una y otra vez. Aunque no era el lugar más cómodo para estar juntos, Alexavier había hecho caso omiso de esto, olvidando por completo que se encontraban sobre una superficie de piedra. Volteó a la chica y la colocó de espaldas, besando un par de veces su espalda antes de acomodarse justo detrás de ella.

Las rodillas de Beth comenzaban a rasparse contra la superficie sólida de piedra, pero no importaba, necesitaba recibir aquellas descargas de placer y

lujuria que le estaba proporcionando aquel ardiente rey. Sus glúteos se movían con cada penetrada, los cuales fueron sujetados por las manos de Alexavier, quien daba algunas nalgadas que generaban reacciones inéditas en el cuerpo de Beth.

Aunque era la primera vez que estaba conociendo aquellos actos, Beth necesitaba más, parecía que con cada segundo del encuentro sexual con Alexavier, su cuerpo necesitaba saciarse de manera inmediata de una gran cantidad de sensaciones reprimidas que había guardado durante muchos años. Alexavier sujetó el cabello rubio de la chica, embistiéndola cada vez con más fuerza mientras buscaba su placer propio.

Estaba muy cerca de liberar una explosión de semen en el interior de la chica, por lo que, no se detenía ni un segundo a tomar un respiro. Beth se sacudía de forma coordinada con el caballero, generando movimientos que parecían ser una especie de coreografía sexual.

Alexavier cerró sus ojos con mucha fuerza, como si de ellos dependiese el poder contenerse para dejar salir todos sus fluidos dentro de la chica. Beth volteó para ver el placer en la cara de aquel joven, el cual la penetra sin piedad. Supo perfectamente que estaba a punto de recibir una descarga de fluidos en su interior, por lo que, genera una contracción muy fuerte de sus paredes vaginales.

Al aumentar la presión sobre el miembro de Alexavier, este experimentó un placer mucho más grande. Ya no pudo resistir más, debía dejar salir todo su semen dentro de la chica. Alexavier eyaculó brutalmente mientras sus piernas perdían la fuerza y su corazón parecía que se le iba a salir por la boca. Su respiración era torpe, y su aliento demostraba el absoluto agotamiento que sentía.

Las gotas de fluido emanaban desde lo más interno de Beth, quien se había desplomado en la cama de piedra mientras sus rodillas mostraban algunas heridas producto de la fricción. No era la primera vez que siempre había esperado, pero había disfrutado enormemente de satisfacer al rey de Eara.

—¿Volverías conmigo al castillo? —Preguntó Alexavier.

Para Beth era demasiado pronto para hacer planes con el caballero, ya que, había vivido encerrada durante mucho tiempo y no sabía cómo habían cambiado las cosas en el reino. Había escuchado algunos comentarios acerca de lo evolución que había sufrido aquel lugar, pero debía explorar las diferentes opciones que se presentaban frente a ella antes de comprometerse con Alexavier.

—Creo que es demasiado pronto. No creo que estés listo para tenerme como acompañante. —Dijo Beth con algo de humor.

—He escuchado que las princesas son difíciles de complacer. ¿Es así?

—Si hablamos de complacencia, al menos has hecho un buen trabajo hasta ahora. —Dijo la chica antes de besar los labios del rey.

VII

Un secreto en la sangre

Las diferentes situaciones que perturban la mente de Alexavier lo habían llevado a un estado de intranquilidad constante. A pesar de que esta sensación se había apaciguado parcialmente después de que Beth comenzara a vivir en el castillo, aún las pesadillas continuaban.

Alexavier no podía lidiar con la idea de que había asesinado a su padre biológico, pero aún era más duro para él tener que afrontar la idea de que sus padres lo habían engañado durante toda su vida.

De algún modo pensaba que su padre merecía la muerte que había tenido. Se había llenado de rencor, de odio de una gran cantidad de sentimientos podridos que lo carcomían por dentro y lo hacían comportarse de formas impredecibles en muchos momentos.

Se habían repetido muchas oportunidades las ocasiones en que Alexavier y Beth compartían la mesa a la hora de la comida, cuando de repente Alexavier se levantaba abruptamente y la abandonaba, dejándola sola y sin ninguna explicación.

Había un solo personaje en toda la historia que conocía la verdadera realidad queda afrontaba Alexavier en su interior. Kade había sido el único testigo que había presenciado la revelación que colocaba a Alexavier en una situación donde fungía como el único heredero del reino de Evan.

Aunque tenía la intención de convertirse en un rey desde el principio y regresarme el honor a su familia, de algún modo, Alexavier había heredado el reinado de un hombre malvado y lleno de una crueldad que nunca se había visto en ningún reino.

El hecho de llevar en sus venas la sangre de este hombre, era casi insoportable para el Guerrero. Nadie podía saber la verdad, por lo que, Kade debía actuar como una tumba para que este secreto jamás fuese revelado a nadie.

Sería la propia Beth quien volcaría toda su ira en contra de quien ahora es su amado compañero, ya que, en algún momento, sería el rey quien encerraría a la chica por estas mismas razones. Alexavier, llevando la misma sangre del rey malvado, se había dejado llevar por estos sentimientos oscuros, algo que nunca antes había aflorado en él.

Con el pasar de los días, la conducta de Alexavier dejó de ser cariñosa y atenta con Beth, ya que, se había dejado consumir por los demonios que rondaban esta realidad en la que, él era el único hijo del ser el que más muertes había causado en aquel reino.

Esto despertó la preocupación de sus dos mejores amigos, los guerreros que lo habían ayudado a ascender al poder y que no habían demandado nada a cambio, solo deseaban vivir en un lugar tranquilos rodeados de gente alegre donde pudiesen llevar a cabo sus sueños y proyectos sin miedo a que alguien los asesinara a medianoche por traidores.

Ayla y Kade paseaban a caballo durante una tarde mientras desarrollaban una conversación vinculada a Alexavier. Se suponía que aquella realidad triste y dura no podía ser revelada a nadie, pero Kade sentía que estaba reventándose por dentro al no tener la posibilidad de compartir aquella información que era de vital importancia y que podría estar determinando el comportamiento de Alexavier y el futuro del reino.

—Algo no ha estado bien con Alexavier en los últimos días. ¿Lo has notado? —Preguntó Ayla.

La inseguridad que mostró Kade fue muy evidente, quedando al descubierto de forma inmediata. Ayla no era una chica tonta, podía percibir rápidamente los cambios de actitud en las personas, por lo que, al estudiar el comportamiento de Kade, descubrió que había algo que estaba ocultando y que debía conseguir a cualquier precio.

No todos tenían la posibilidad de procesar esta información de la mejor manera, ya que, un heredero y descendiente de la dinastía de Evan, representaba un riesgo para cualquier pueblo.

Fácilmente se generaría el rumor de que Alexavier se convertiría en el sucesor de este rey del terror que de forma abrupta ascendió al poder a través de la destrucción y la muerte.

Alexavier quería cuidar lo que había logrado y mantenía este secreto que lo estaba consumiendo internamente. Beth había notado el cambio, ya que, su forma de hacer el amor ya no era la misma. Parecía que su mente y su cuerpo no estaban en el mismo lugar y aquella pasión que le había demostrado en aquella celda, había desaparecido.

Alexavier sentía que debía liberarse de aquella realidad, pero no sabía cómo. Pensaba durante todas las noches cuál sería la solución para enfrentar una situación tan delicada ya que, conociéndose, sabía perfectamente que no podría vivir con eso mucho tiempo.

La imagen de su madre colgada de un árbol, y la de su padre siendo asesinado habían sido sustituidas rápidamente por pensamientos que lo agobiaban al proyectarse en una realidad en la que era rechazado por su propio pueblo.

Ese mismo pueblo al que había liberado, ese pueblo por el que tanto había luchado por regresarle la paz, posiblemente lo rechazaría. Kade ya no aguanta más guardar el secreto, y una propuesta difícil de rechazar, sería más que suficiente para poder revelar la verdad que Alexavier guardaba.

Kade, quien había sido testigo de aquel encuentro demente entre Ayla y aquel sujeto que había llegado prácticamente obligado a su cabaña, no había podido olvidar aquella particular escena.

Sabía que Ayla era una mujer ardiente y adicta al sexo, por lo que, una proposición por parte de aquella mujer sería el precio que este sujeto pondría a la información clasificada.

La pareja de amigos se había bajado de sus caballos, encontrándose a las orillas de un lago, donde Ayla le pidió gentilmente a Kade que se acostara sobre el pasto verde. Para la mujer, siempre era un placer tener un encuentro sexual con algún hombre, por lo que, aquel encuentro con Kade no era desagradable para ella.

El guerrero de la selva tenía un cuerpo de infarto, completamente conformado de fibra y con un porcentaje muy bajo en grasa. Su cabello negro largo y piel bronceada, se ajustan perfectamente a lo que a ella le gustaba. Disfrutaría enormemente de follarse a aquel sujeto, quien sentía una gran atracción hacia ella desde que la conoció. Kade se dejó caer en el pasto, mientras Ayla se deshacía de sus pantalones de forma casi instantánea.

Al desnudar su miembro, la mujer se colocó de rodillas y se dirigió directamente a él. Lo introdujo en su boca mientras succionaba con una fuerza que parecía que despegaría el órgano desde la base.

Kade se excitó rápidamente, consiguiendo una rigidez que nunca antes había experimentado. Realmente sentía una atracción por Ayla, quien contaba con pechos grandes y voluminosos, y unas nalgas bien formadas que quería tener entre sus manos.

La guerrera sujetaba el pene del caballero entre sus manos, sacudiéndolo rápidamente mientras su lengua daba latigazos agresivos a su glande. Hacía sonidos al succionarlo, lo que excitaba enormemente a Kade. Estaba a punto de traicionar a Alexavier, pero parecía que el precio era el adecuado. Había deseado a Ayla desde la primera vez que la vio, pero sabía que no podía

atreverse a intentar seducirla, de lo contrario una espada perforaría su abdomen.

Bajo la luz del sol y el fresco pasto verde, Ayla realizaba la mejor sesión de sexo oral a aquel hombre, quien sostenía su cabello mientras la mujer se sacudía agresivamente como queriendo despegar su pene del cuerpo del caballero.

Nunca antes alguna mujer había mostrado tal apetito por el sexo, por lo que, Kade disfruta afortunado. Ayla desnudó sus senos, incrementando el estímulo visual para el caballero, quien los tocó y por primera vez sintió aquella textura con la que tanto había fantaseado. Acarició sus pezones y les proporcionó suaves apretones que hicieron que la mujer se excitara de manera instantánea.

No pasaría demasiado tiempo para que Kade explotara en la boca de la mujer, ya que, esta tenía la técnica perfecta para poder estimular a los hombres y sacarle todos sus fluidos en muy poco tiempo. La mujer llenó su boca con el delicioso néctar, el cual disfrutó antes de ingerirlo.

Kade estaba satisfecho, nada podía ser mejor, por lo que, acarició el rostro de la guerrera y agradeció. Subió sus pantalones y se dispuso a ir hacia su caballo. La mujer cubrió sus pechos y limpió los bordes de su boca.

—Si hubiese sabido que eras así de delicioso lo había hecho antes... Teníamos un trato. Comienza a hablar.

Kade sabe perfectamente que con una mujer como Ayla no se puede jugar. Es una mujer despiadada y que no dudaría un segundo en atravesar su pecho con la espada. No tiene intenciones de iniciar una confrontación con la mujer, ya que, debe cumplir su palabra y revelar la información que tanto ha guardado.

—No creo que sea lo mejor. Perdona. —Dijo Kade mientras mostraba una gran vergüenza.

Sus palabras despertaron la ira de la guerrera de casi 2 m, la cual tomó a su compañero del cuello y prácticamente no levantó como si se tratara de una hoja seca

—El sexo ha estado delicioso. Pero no intentes hacerte el tonto. Quiero la información la quiero ahora. —Dijo Ayla, mientras apretaba fuertemente el cuello de Kade, amenazando con estrangularlo.

El joven sabía perfectamente que aquella mujer no duraría ni un segundo en romperle el cuello si era necesario. Aunque lo único que tenía a su favor era el hecho de que manejaba una información que absolutamente más nadie

tenía. Si Ayla se atrevía a matarlo, su secreto moriría con él, ya que, no había forma de que esta descubriera lo ocurrido.

La avaricia y la sed de poder estaban trastornando a Ayla, quien buscaba de forma constante una manera de poder ascender al trono y convertirse en alguien tan influyente y poderosa como Alexavier. Presentía que la información que guardaba Kade estaba relacionada con el rey, por lo que, en el último momento, justo antes de escuchar crujir el cuello de Kade, lo dejó libre, lanzándolo al suelo.

—Sabía que no me matarías. No eres tan tonta. —Dijo Kade mientras sus manos daban leves masajes alrededor de su cuello.

—Lamento haber actuado así... Lo que sea que sepas debe valer mucho. —
Dijo Ayla.

Kade desconocía cuáles eran las intenciones de aquella mujer por conocer la verdad, ya que ni en sus pensamientos más oscuros vinculaba a aquella mujer con una traidora. Solo asumía que se trataba de curiosidad, por lo que, no tardó mucho en finalmente revelar el secreto.

En un intento de poder ganarse la confianza de aquella mujer y posiblemente acceder a una relación con ella, algo que era muy poco probable, finalmente Kade reveló todos los detalles de lo que había ocurrido aquella noche, cuando Alexavier finalmente descubrió que era el hijo único del antiguo rey Evan.

—Tienes que estar inventándolo. Alexavier no puede ser el hijo de Evan.

—Fue horrible escuchar eso de la propia voz de un moribundo Evan. Pero es la realidad.

Ayla supo que esta información iba ser de gran utilidad de manera inmediata, ya que, aunque sentía mucho aprecio y respeto por Alexavier, su sed de poder y acceso a absolutamente todo lo que la riqueza le proveyera, la tenían cegada

De manera casi instantánea, Ayla subió a su caballo y cabalgó rápidamente para volver al pueblo. Kade notó el cambio en la actitud de aquella mujer, quien se vio transformada en un ser diabólico y lleno de maldad. Sus intenciones de ganarse la confianza de esta guerrera desaparecieron de manera instantánea, ya que, había puesto en peligro a su mejor amigo para poder ganar algo de atención de la mujer que tanto deseaba.

Había encontrado la posibilidad de acceder al sexo con aquella mujer, pero esto no volvería a repetirse nunca más. La desesperación invadió a Kade, quien supo que aquella mujer estaba dispuesta a traicionar al rey, llevándolo a

la desgracia al revelarle a todos quién era realmente.

Nadie podría tolerar, al menos en el reino de Eara que quien se hacía llamar su rey, fuese el hijo directo de quien sembró el dolor y asesinó a tantas familias. Kade no tuvo más opción que seguir a Ayla para poder conocer sus verdaderas intenciones.

Ambos cabalgan a toda velocidad en dirección hacia el pueblo, pero debido al peso de Ayla, su caballo corre más lento que el de Kade, quien la alcanza con facilidad.

—Por favor, detente. Tenemos que hablar. —Dijo Kade mientras encontraba a un lado de Ayla.

La guerrera, quien se encontraba transformada en un ser completamente diferente, no estaba dispuesta a negociar su silencio, por lo que, utilizó toda su fuerza para patear brutalmente el caballo de Kade, el cual, debido a la velocidad fue derribado instantáneamente. Kade, quién era realmente hábil, saltó del caballo antes de que este lo aplastara con todo su cuerpo tras la caída.

Vio por un par de segundos como Ayla se alejaba directamente al pueblo, por lo que, debía hacerse responsable de su error y darle solución antes de que todo fuese demasiado tarde.

Comenzó a correr tan rápido como pudo detrás de Ayla, aunque no era competencia para el caballo. Fue entonces cuando utilizó su último recurso y el que menos hubiese querido emplear. Tomó una de sus dagas y la lanzó tan fuerte como pudo directamente hacia el cuerpo de Ayla.

El objeto punzo penetrante se incrustó directamente en la espalda de la guerrera, quien cayó de manera instantánea de su caballo. La daga había perforado hasta incrustarse en uno de sus pulmones, por lo que, sus probabilidades de vida eran completamente nulas. Hizo un intento para ponerse de pie y luchar contra Kade, pero la herida era realmente grave.

El guerrero había sabido dónde atacar, ya que gran parte del cuerpo de la mujer estaba conformado por grandes músculos y hierirla sería realmente difícil. El daño que hizo Kade al cuerpo de la mujer fue suficiente para inmovilizarla, acercándose a ella con mucho cuidado para intentar ayudarla.

—Lamento mucho haberte hecho esto, pero Alexavier es mi amigo y pude leer la tradición en tus ojos.

—Has hecho lo correcto. Me he dejado corromper por la codicia. Me merezco esto. —Dijo la mujer antes de dejar salir un par de lágrimas de sus ojos.

Kade tuvo que ver morir a la mujer que más había deseado en su vida, todo por cubrir una mentira que protegía el reinado de Alexavier, pero no podía callar más, era el momento de enfrentar a Alexavier y resolver aquella situación en la que todos los habitantes del pueblo se habían visto involucrados en una mentira.

Kade tomó el caballo de Ayla y cabalgó a toda velocidad hacia el castillo. El cuerpo sin vida de la mujer lo acompañaba, pues no había sido capaz de abandonarla allí.

Al llegar a las puertas del castillo, fue recibido por el propio Alexavier, quien no entendía lo que estaba pasando.

—¿Qué ha pasado? ¿Los atacaron?

La preocupación invadió al rey

—Esto debe terminar hoy mismo, Alexavier. Esta mentira no puede continuar... —Dijo Kade.

El terror y la confusión invadieron a Alexavier, pero su miedo se incrementó al escuchar la voz de Beth detrás de él.

—¿Qué es lo que debe terminar? —Preguntó la princesa.

VIII

Reinado sustituto

Años de soledad habían transcurrido en la vida de Alexavier, quien, tras revelar la verdad a Beth, tuvo que enfrentar las peores consecuencias. La chica se había marchado al amanecer para más nunca ser vista en los dominios del reino de Eara. Todos fueron testigos de la más profunda tristeza que había invadido al rey, quien no había podido soportar el vacío que la joven había generado en su vida.

Ante tanta tristeza y desolación, Alexavier no era capaz de llevar a cabo su reinado, por lo que, el reino se veía amenazado en caer en desgracia ante el profundo dolor que experimentaba Alexavier.

Su partida había sido lo más traumático que había vivido después de afrontar hechos que habían forjado a un hombre lleno de heridas y traumas. Ante la incapacidad de poder gobernar, un nuevo reinado surgió de forma paralela, siendo dirigido por Kade, quien se convertiría en el nuevo rey de Eara.

Alexavier había confiado todo su poder al único hombre que le había demostrado verdadera amistad y apoyo, alejándose del reino para más nunca regresar. Cinco largos años habían transcurrido desde que Alexavier había abandonado sus tierras, limitándose únicamente a lamentar sus errores, los cuales lo habían llevado a esa realidad tan dura que afrontaba actualmente. Se había localizado en una vieja cabaña en las montañas nevadas, donde nadie lo buscaría jamás y nunca volvería a saber de ningún ser humano hasta el día de su muerte.

Había perdido la fe absoluta en sí mismo, entregándose a la soledad y esperando a que los años comenzaran a generar el daño progresivo, convirtiéndolo en un hombre inútil que moriría finalmente ante las bajas temperaturas.

Aunque había dejado de luchar tras haber perdido al amor de su vida, Alexavier tenía un espíritu fuerte que se negaba a rendirse, este parecía tener aún esperanzas de que tarde o temprano volvería reunirse con Beth, cuyo paradero era desconocido para él.

Alexavier pensaba en ella cada día, y deseaba con todas las fuerzas de su corazón volver a reflejarse en aquellos ojos castaños que tanto amaba. Los

cabellos amarillos de Beth aparecían de pronto en la mente de Alexavier con solo cerrar sus ojos, imaginaba su aroma y la textura de su piel mientras la tenía entre sus brazos.

Se había convertido en un completo demente, alucinando constantemente con la aparición de aquella chica en la puerta de su cabaña, que de pronto se desvanecía para volverlo a sumir en una realidad llena de desolación y una muerte segura.

Por su parte, Beth se había tomado el tiempo suficiente para poder procesar aquella nefasta realidad que había llegado a su vida. Se había enamorado de un hombre que llevaba la sangre de un asesino.

Las manos de Evan se habían manchado con la sangre real. Había asesinado a su padre y había generado la muerte de su madre, por lo que, era difícil para aquella joven princesa poder aceptar la realidad de que el hombre que amaba era descendiente de este sujeto.

Los años fueron el único remedio para poder sanar la herida en el corazón de Beth, quien tarde o temprano volvería de nuevo al reino de Eara buscando el perdón de Alexavier. Justo a la tardecera, cuando los rayos del sol eran débiles y el cielo se pintaba de un color naranja combinado con algunas tonalidades de azul, Beth llegó cabalgando a los dominios de Eara.

Los guardias observaron atentos como la chica llegaba cabalgando en su caballo blanco, mientras su cabello se sacudía en la brisa y su rostro proyectaba unas ansias increíbles de volver a ver a Alexavier. Fue recibida por los guardias, quiénes le ayudaron a bajar su caballo, mientras la chica corría directamente hacia el castillo para encontrarse con un rey que no era precisamente a quien esperaba ver.

—¿Kade? ¿Qué estás haciendo en el trono? —Preguntó la confundida Beth.

Había entrado de manera abrupta a la habitación, sorprendiendo al nuevo rey, quien se alegró enormemente al volver a verla.

—Beth, finalmente has regresado. Déjame abrazarte. —Dijo Kade mientras se acercaba a la chica.

Beth sintió cierta desconfianza, ya que, por un momento había pensado que Alexavier había sido derrocado por su propio amigo. Posiblemente, había regresado a la propia cueva del lobo al estar frente a un traidor asesino.

Dejó que los brazos del antiguo amigo de Alexavier la rodearon, pero sentía cierto rechazo al imaginar que este había traicionado a su compañero. Vio la capa roja que solía llevar Alexavier, y al ver la corona, experimentó un escalofrío que la llevó casi a un colapso.

—¿Dónde está Alexavier? —Dijo la chica.

—La tristeza lo consumió masivamente después de tu partida, no tuvo valor para continuar el reinado y me cedió el trono. —Dijo Kade mientras caminaba de nuevo hacia la gran silla dorada.

—¿Ha dónde ha ido? Necesito hablar con él. —Dijo Beth.

El rostro de Kade mostró una gran decepción al no saber qué respuesta darle a la chica. Esto preocupó enormemente a Beth.

—Nadie ha visto o escuchado de Alexavier en años. Dicen que fue a las montañas heladas, pero no es posible que haya sobrevivido todo este tiempo.

—Tengo que encontrarlo. —Dijo Beth antes de abandonar aquella habitación.

La visita había sido corta pero muy útil, aunque experimentaba una enorme decepción por no haber encontrado al hombre que amaba ocupando el trono, sentía una gran emoción por saber que emprendería una nueva aventura para encontrarlo. Si no se encontraba en las montañas, Beth se arriesgaba a perder la vida por las bajas temperaturas. Pocos habían podido tener la fortuna de ir hacia aquel lugar y poder regresar con vida.

Pero el amor que sentía por Alexavier lo valía, así que tomó su caballo, un abrigo y cabalgó hacia las montañas, no sin antes ser detenida por Kade, quien ordenó su detención justo antes de abandonar el reino.

—No podemos permitir que se vaya. Señorita. —Dijo uno de los guardias que alcanzó a Beth cabalgando un bello corcel de color blanco.

Beth sintió cierto miedo, pues pensó que todo se trataba de una trampa o una conspiración para evitar que la chica buscara a Alexavier. Era muy posible que Kade se hubiese enamorado del poder, y ya una vez que se hubiese habituado a tener el control absoluto del reino de Eara, posiblemente no sería fácil soltarlo.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Beth con cierto temor de conocer la respuesta.

—El rey Kade ha ordenado su detención. Llegará enseguida para notificarle el mismo lo que ocurre.

Unos pocos minutos después, tal y como le había indicado el guardia, Kade llegó al lugar cabalgando su corcel negro. Llevaba su capa y su corona en las manos, ya que, se las había quitado justo antes de subir a su caballo.

—¿Qué está pasando, Kade? —Preguntó Beth.

—Estoy seguro de que encontrarás a Alexavier, y cuando lo hagas, por favor entrégale esto y dile que siempre le ha pertenecido.

Kade entregó la corona y la capa a la chica en sus manos, esa que el

mismo Alexavier había entregado a su compañero para confiarle el reinado. Nunca se había apegado al poder, simplemente se había encargado de hacer su trabajo lo mejor posible para hacer sentir orgulloso a su amigo.

En muchas oportunidades había pensado en la posibilidad de que Alexavier estuviese muerto, pero al verlo tan devastado y triste, quizás esto sería lo mejor, ya que la felicidad que podía ofrecerle Beth no podía ser sustituida con nada.

—Me encargaré de dárselo en sus propias manos. —Dijo Beth antes de volver a su caballo y marcharse a toda velocidad en dirección hacia las montañas nevadas.

Aquel era un lugar lleno de trucos y trampas, y era precisamente por esto que Alexavier había decidido ir hasta allá. Conocía una vieja cabaña que había sido construida por un viejo herrero, la cual había sido origen de una gran cantidad de leyendas. Quería conseguir este lugar para habitar allí hasta el final de sus días, evitando que alguien lo molestara o intentara convencerlo de que volviera nuevamente al trono.

Aunque era un lugar hermoso lleno de misticismo y magia, albergaba una gran cantidad de trampas mortíferas que acabarían con la vida de los visitantes inexpertos en tan solo unos segundos. Habitaban fieras salvajes y estaba plagado de precipicios y abismos que fácilmente cegarían la vida de Beth si cometía un leve error.

Estaba muerta de miedo, pero, aun así, Beth atravesó aquellas montañas durante un par de días, resistiendo a las bajas temperaturas que amenazaban con congelarla y asesinar a su caballo. Tanto ella como su animal, tenían un espíritu indomable que estaba siendo conducido por el amor.

No podía permitirse fallar en aquella misión, ya que tenía que entregarle la corona y la capa al rey de reyes, ese que se había ganado el lugar en el corazón de todos los habitantes del reino de Eara gracias a su valor e ímpetu por devolverle la felicidad a los habitantes de aquel lugar.

Beth estaba solo a un par de kilómetros de la cabaña en la que habitaba Alexavier, cuando finalmente, sus piernas ya no respondieron más. El frío había comenzado entumecer cada uno de sus miembros, restándole la movilidad y derribándola finalmente.

Su caballo había perecido horas atrás, quedando cubierto por la nieve a los pocos segundos, después de una gran ventisca que se llevó acabo. Beth intentó resistir y había avanzado algunos kilómetros, pero no habían sido suficientes para llegar a su destino.

Cuando pensó que nada podía ser peor, cuando abrió sus ojos, el miedo la hizo terminar de quedarse inmóvil, ya que, justo frente a ella se habían posado dos enormes lobos que estaban a punto de devorarla.

Las bestias de unos 100 kilos cada uno, se encuentran amenazantes frente a la chica, la veían como su próxima cena. Aunque hubiese deseado correr, Beth no tenía fuerzas para seguir, lo único que la cubría era la capa del rey y la corona de oro que prácticamente se había pegado a sus dedos por el frío.

Pensó que era el final.

Justo en el instante en el que el lobo más grande de pelaje negro y dientes amarillos, saltó hacia Beth, una lanza atravesó el costado del animal. Acto seguido una espada hirió de muerte a la segunda bestia, desapareciendo el peligro de manera instantánea.

Alexavier había hecho acto de aparición en el lugar en el momento justo, salvándole la vida a la princesa que había llegado a aquel lugar buscándolo a él. Nunca pensó que fuese una realidad lo que está viviendo. En la mente de Alexavier, todo era un producto de su imaginación, pero cuando vio a Beth y pudo palparla, supo que todas sus fantasías y deseos se habían hecho realidad.

No había tiempo para palabras, ya que debía encargarse de llevar a la chica a un lugar seguro, pues si no actuaba rápido, muy pronto se congelaría y perdería la vida. Alexavier nunca se perdonaría si causaba la muerte de la princesa, la mujer que amaba y a quien había deseado volver a ver con tanto fervor.

La cargó en sus brazos y caminó directamente a la cabaña tan rápido como pudo. Una fogata muy débil se encontraba encendida en el interior de la vivienda, la cual mantenía medianamente la temperatura en el interior de aquel lugar.

Alexavier colocó a la chica muy cerca de la hoguera, elevando su temperatura progresivamente. Después de algunas horas de agonía, Beth volvió a abrir sus ojos, volviendo a la vida una vez más y regresando las esperanzas a Alexavier.

—¡Gracias a todos los dioses que has despertado! —Dijo Alexavier mientras acariciaba las mejillas enrojecidas de la chica.

Beth temblaba aún del frío

El caballero puso su cuerpo sobre el de ella y la abrazó, incrementando la cantidad de calor que necesitaba Beth en ese momento. Aunque estaba en un estado bastante delicado, Beth sintió una enorme felicidad al tener el cuerpo del hombre que tanto había estado buscando cerca de ella. Ambos se

encontraban con vida, y aún había posibilidad de volver a estar juntos, aunque las pruebas habían sido duras.

Haciendo un esfuerzo increíble, Beth logró articular algunas palabras, las primeras que había escuchado Alexavier en mucho tiempo.

—Debes regresar conmigo. Te necesito a mi lado. —Dijo Beth.

Aunque Alexavier se había hecho la idea de que nunca regresaría al reino, nunca había contemplado la posibilidad de que fuese la propia Beth quien fuese por él. Había huido de su triste realidad y se había refugiado en el olvido, pero encontrándose justo al lado de la mujer que ama, no tiene argumentos para poder rechazar la oferta que le había hecho Beth.

—He traído la corona y la capa del reino deberes hasta ti. Te pertenece y todos están esperando tu regreso. —Dijo Beth.

—Si mi reinado continúa a tu lado, volveré. —Dijo Alexavier antes de abrazar a la chica.

—Estaré a tu lado hasta dejar de respirar. Lo prometo. —Dijo Beth

Los labios de la pareja se unieron en un beso cálido que había revivido el alma de ambos. La recuperación de Beth sería pronta, ya que, contaba con los cuidados absolutos de Alexavier.

Después de algunos días, la pareja podría emprender un viaje de regreso que no sería nada sencillo. Tendrían que atravesar duras pruebas y los embates del clima, lo que los pondría a prueba una vez más para determinar si realmente merecían estar juntos.

La vida y la naturaleza se había confabulado para colocar pruebas en el camino de Beth y Alexavier, quienes finalmente, después de largos días de travesía, habían vuelto al reino de Eara. Todos los habitantes habían celebrado su regreso, iniciando una festividad que se extendió durante días.

A partir de ese momento, todos celebraban aquella semana de cada año la unión Del rey Alexavier con la princesa Beth, dos dinastías completamente diferentes que habían estado destinadas a unirse desde el principio de los tiempos.

Todo el pasado oscuro y doloroso que había manchado el suelo del reino de Eara, había quedado enterrado, ya que, Alexavier y Beth, con la ayuda de Kade, se encargaron de convertir aquel reino en el más poderoso y feliz donde jamás se pudiese haber vivido.

Título 2

Besos de Plebeya

*Romance Sincero entre el Príncipe y la
Campesina*

I

Pasos inseguros

Pocos reinos contaban con un sistema social y político tan organizado como el reino de Aiskel. Allí se había desarrollado una hermética civilización que tenía como principal prioridad la educación y evolución del pensamiento.

Grandes cantidades de monedas de oro habían sido invertidas en la creación de escuelas, universidades y bibliotecas, lo que había establecido a este reino como uno de los más evolucionados a nivel tecnológico y del conocimiento.

De todas partes llegaban personas buscando la oportunidad de ser parte de esta sociedad tan educada y culta, ya que, otros reinos únicamente pensaban en el desarrollo bélico.

El rey Casper, siempre se había preocupado por mantener sus fuerzas bien equipadas, pero tenía una convicción absoluta de que un pueblo sin educación estaría destinado al fracaso, sin importar cuantas guerras ganara.

La intención del rey Casper en nutrir el conocimiento de los habitantes de su pueblo, los había ayudado a desarrollar una gran cantidad de armamento, que eran la vanguardia a nivel de ingeniería y tecnología.

Aunque habían sido atacados en múltiples oportunidades, el reino de Aiskel siempre se mantenía sólido e impenetrable debido a la gran cantidad de artilugios y métodos aplicados al arte de la guerra.

No se trataba solo de la fuerza bruta y el tamaño de las armas, se trataba de inteligencia, estrategia y poder intelectual. Casper se había alzado como el rey más poderoso, guardando conocimientos de manera celosa y muy reservada en cuanto a sus recursos de armamento y tecnología.

Pero, aunque su poderío y resistencia había sido impenetrable, la salud del rey Casper no duraría para siempre, por lo que, habían comenzado los preparativos para el nombramiento de un nuevo rey, su hijo Arthur.

Con 21 años de edad, el joven heredero ya estaba preparado para poder asumir las responsabilidades de un nuevo reinado. Aunque aún no estaba completamente seguro acerca de su decisión de adelantar el nombramiento, Casper asumía que ya no le quedaba demasiado tiempo.

Su vista había comenzado a fallar, y ya no tenía la misma certeza a la hora de tomar decisiones. Se había vuelto inseguro, débil y un poco temeroso de su

entorno. Casper ya no podía estar al mando de un reino tan poderoso como el de Aiskel, por lo que, darle la continuidad a su hijo, sería la mejor decisión, aunque no estaba completamente convencido de cuales serían los resultados de esta decisión.

El reino estaba constantemente acechado por sus enemigos, quienes constantemente estaban en busca de los secretos que guardaban las murallas del mismo. Estaba atravesando un episodio lleno de paranoia y desesperación, cuya única solución era darle la oportunidad a su hijo demostrar de qué estaba hecho. Durante años había sido entrenado con una gran cantidad de habilidades, tanto a nivel de combate como intelectual, desarrollando algunos de sus conocimientos a lo largo de estudios en las academias especializadas del reino de Aiskel.

Había sido un niño privilegiado, quien había tenido los tutores más expertos y preparados para desarrollar todo su conocimiento en el área de la ingeniería y psicología. Uno de los principales pasatiempos de Arthur, eran poder desarrollar nuevas formas de incrementar el modo de aprender, cómo utilizar el pensamiento y estudiar el comportamiento humano.

No era una prioridad para el príncipe hacerse con el trono, pero su padre se había dado a la tarea de convencerlo y afianzar la idea de que tarde o temprano se convertiría en el responsable de una gran cantidad de personas que dependerían única y exclusivamente de las decisiones tomadas por él.

Aunque Arthur quería creer que posiblemente contaría con las habilidades necesarias para ser un buen rey, sus verdaderas prioridades no estaban enfocadas precisamente en tener un pueblo bajo su responsabilidad, ya que, como todo joven, tenía algunos intereses que no involucraban precisamente una corona y un trono. Arthur era un joven muy atractivo, quien siempre había tenido mucho éxito con las féminas.

Desde los 17 años, su pasión absoluta por las mujeres había sido incontrolable, habiéndose acostado con una gran cantidad de mujeres, tanto en el reino de Aiskel como fuera de él. Había tenido la posibilidad de conocer el mundo y viajar a diferentes lugares, siempre dejándose llevar por su fuerte debilidad por el perfume femenino. No podía resistirse a una fragancia intensa, lo que siempre terminaba llevando a Arthur hacia la posibilidad de seducción de una chica.

Arthur era una presa fácil de una piel tersa o unos labios rosados, por lo que, siente algo de miedo al tener que enfocar toda su atención en dirigir el reino y no poder complacer sus necesidades como hombre. Desde el día en

que su padre le había propuesto convertirse en un rey antes de tiempo, Arthur sabía perfectamente que llegaría un momento en el que no podría comportarse como aquel joven príncipe desenfadado y sin mucho interés por su reputación.

Cualquier mujer en aquel reino habría dado cualquier cosa por pasar por la cama del príncipe, quien podía hacer alarde de tener increíbles habilidades en la cama y proveer de un sexo formidable a cualquier chica. Todas las que habían tenido la posibilidad de ser poseídas por el joven príncipe podían coincidir en lo mismo, era un semental y pocas podía olvidar la forma en que las dominaban y las complacían durante el sexo.

Esto se hizo tan popular en las calles de aquel reino, que el joven solía ser apodado “el corcel”, ya que, era cabalgado con furia por muchas mujeres y todas solo podían tener buenas referencias acerca de él. Pero, aunque parecía una vida divertida y sin ningún tipo de complicaciones, esta etapa de irresponsabilidad que había vivido Arthur, estaría por terminarse un día cualquiera por la tarde cuando su visita a una de las bibliotecas del reino, lo pondría frente a una situación para la cual no estaba preparado.

Está acostumbrado a ser complacido, como buen príncipe, podría obtener cualquier cosa que deseara, por lo que, cuando algo le era negado, tenía que imprimir el triple de esfuerzo para poder conseguirlo. Arthur había cometido el error de tratar a muchas mujeres como objetos sexuales, descartando la idea de que estas eran seres pensantes y con sentimientos, las cuales necesitaban cierta atención y la necesidad de ser tomadas en cuenta como seres vivos.

El único objetivo que tenía Arthur en su mente a la hora de acercarse una fémica era llevarla a la cama y tenerla desnuda justo debajo de él. Estaba completamente condicionado a este tipo de actitudes, por lo que, después de algunos breves movimientos de seducción, generalmente siempre obtenía buenos resultados.

—Bienvenido, señor. —Dijo un joven aldeano encargado de abrir la puerta de un hermoso edificio donde se había instalado una de las bibliotecas más importantes de Aiskel.

La visita de Arthur a aquel lugar era uno de los eventos más importantes que se llevaba a cabo trimestralmente. El joven era un fanático de los libros, por lo que, solía visitar la biblioteca para actualizarse acerca de las nuevas ediciones que habían sido realizadas acerca de las investigaciones que se llevan a cabo dentro del mismo reino.

La mayoría de estos libros están escritos por pobladores y estudiosos del mismo reino de Aiskel, quienes dejaban sus registros e iban construyendo una

de las bibliotecas más enriquecidas e importantes del mundo. El conocimiento humano se hallaba distribuido en todos aquellos tomos que parecían ser infinitos y que cada vez se reproducían con mayor frecuencia. Aquella tarde, Arthur llegaría a hacer su visita habitual, pero lo que encontraría frente a sus ojos ya no sería la misma encargada de aquel lugar que siempre solía recibirlo.

—Hola, soy Arthur. Príncipe de Aiskel. ¿Eres nueva aquí?

La chica asintió con la cabeza sin emitir una sola palabra, parecía que se encontraba muy nerviosa por la visita del príncipe, por lo que, evitaba abrir la boca para cometer un error.

—¿Qué ocurre? ¿No puedes hablar? —Preguntó Arthur.

La intimidación era su principal arma de control.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de aquella joven fue determinante para saber que Arthur estaba completamente perdido. Aquella chica era un sueño de mujer, y el aroma que expedía su cabello y su piel era una debilidad absoluta para el príncipe. Su visita a aquel lugar nada tenía que ver con seducción o conquista, pero fue difícil controlarse mientras se encontraba frente a esta joven, a quién era la primera vez que veía.

Victoria es una joven que recién llega al reino. Había intentado aplicar al ingreso en una de las escuelas de investigación de aquel lugar. Provenía de un reino muy lejano cuya existencia en el mapa era casi imperceptible. Había viajado cientos de kilómetros para poder optar a una posibilidad de estudio. Era muy inteligente, pero sus recursos financieros y su poca clase a la hora de seleccionar sus vestiduras la habían catalogado como una simple plebeya que optaba por una posibilidad de evolución.

Tras tener un gran éxito en sus pruebas, Victoria había logrado sorprender a una gran cantidad de estudiosos del más alto rango de preparación en el reino de Aiskel. Esto le había dado la posibilidad de costear sus estudios tomando como responsabilidad la biblioteca principal del reino.

Este no fue ningún problema para ella, ya que, esto le daría la posibilidad de acceder a una gran cantidad de libros y material que servirían para mejorar su preparación en el área investigativa.

Pagaría con trabajo la posibilidad de estudiar en aquel lugar, y de esta forma, su éxito estaría asegurado en aquel pueblo. Se le había asignado una residencia privada exclusiva para ella, donde habitaría durante el tiempo que fuese necesario mientras desarrollaba sus estudios. El reino de Aiskel tenía una única condición, y esta estaba relacionada con el hecho de permanecer

viviendo en aquel lugar después de obtener el rango más alto de preparación.

No podían arriesgarse a que todas las investigaciones y hallazgos realizados fuesen desarrollados en otros lugares, por lo que, el reino de Aiskel era muy egoísta y hermético con la educación y formación de sus miembros. Cuando Arthur se encontró con los ojos de Victoria, supo perfectamente que aquella chica no era alguien corriente. No era una plebeya de esas que camina por la calle con pies descalzo y con olor ácido.

Arthur pudo percibir una dulzura muy particular en la mirada de la chica, quien emanaba un aroma floral que lo cautivó desde el primer momento. El príncipe hacía un esfuerzo sobrenatural para poder controlar sus deseos de acercarse a la chica e inhalar con fuerza para guardar una memoria de su aroma, trataba de mantenerse sólido y ecuánime, pero por cada segundo que pasaba frente a esta joven, su perdición estaba cada vez más cerca.

—¿Podrías indicarme cuáles son los nuevos tomos desarrollados en el último mes?

Intenta disimular.

—Por supuesto, acompáñame. —Dijo Victoria antes de darse media vuelta y caminar por un largo corredor que dirigía hacia una habitación con enormes estantes abarrotados de libros.

Arthur escuchó la voz de la chica, y al hacer esto, supo que tenía que entablar una conversación con ella.

Su tono era suave y penetrante, una voz sutil que necesitaba ser escuchada por los oídos del caballero, quien siguió a la joven mientras sus ojos recorrían el cuerpo de la chica de manera inconsciente. No era sencillo controlar sus instintos, por lo que, el príncipe detalla las curvas de la joven de 20 años, quien apenas ha llegado al pueblo de Aiskel unos 20 días atrás.

La talentosa joven ha desarrollado su trabajo de manera impecable, sin generar críticas o cometer errores, por lo que, se convierte fácilmente y de manera casi instantánea en uno de los prospectos más importantes que pueda tener aquella casa de estudios.

Su trabajo en la biblioteca simplemente es complementario, las prioridades de Victoria no están enfocadas en hacer dinero, sino construir un talento impecable y buena preparación en el área de investigación. La pareja camina acompañada de un par de guardias, quienes llegan hasta la puerta de la habitación y permanecen afuera por órdenes de Arthur.

El príncipe quería tener una oportunidad de estar a solas con aquella chica para utilizar su talento, pero por primera vez, posiblemente aquellas

habilidades y capacidad de persuasión, no surtirían efecto en alguna fémica.

Victoria estaba demasiado enfocada en sus objetivos por lo que, dejarse seducir por un caballero no sería sencillo. Aún conservaba su virginidad y no tenía malicia alguna con respecto a los hombres. Sabía que era una joven deseada, pero no utilizaba este recurso para su beneficio.

Lo último que pasaría por la mente de Victoria en ese instante era que las intenciones de Arthur en esa habitación eran convertirla en una más de su lista de conquistas, a quienes había llevado a la cama a disfrutar del placer más puro y delicioso.

La puerta se cerró a sus espaldas mientras cada uno de ellos estaba enfocado en un objetivo en particular. Mientras Victoria se esforzaba por ubicar los tomos que habían sido solicitados por el príncipe, este se encargaba de detallar las pantorrillas de la joven. Sus ojos se paseaban por el cuerpo de la señorita como si se tratara de una revisión minuciosa.

Mientras más la observaba, más seguro se encontraba de que era la candidata perfecta para su próxima sesión de sexo salvaje. Arthur estaba cometiendo un grave error al juzgar a esta chica como si se tratara de un trozo de carne. Victoria no solo era una joven diferente, sino que también va a convertirse en la horma de sus zapatos.

—En esta área encontrarás lo que busca. Si necesitas de mí, estaré en la recepción.

La joven caminó hacia la puerta para retirarse.

Su trabajo allí había terminado. La tarea que le fue solicitada había sido cumplida, por lo que, no tenía más nada que hacer allí. Arthur no estaba acostumbrado a ser tratado con tal indiferencia, por lo que, se queda asombrado al ver como la joven se dispone a abandonarlo allí solo.

—No te he autorizado para que te retires. —Dijo el príncipe.

Los pasos de Victoria se detuvieron de manera inmediata. Hubo un silencio absoluto en aquella habitación, pues la joven no estaba acostumbrada a tratar con la realeza.

Una risa rompió el silencio.

—Solo es una broma. Puedes volver a tus labores si lo deseas.

Aunque Arthur estaba bromeando, por dentro se estaba incendiando de la molestia por ser tratado como cualquier sujeto. Era el hijo del rey de Aiskel, el lugar más importante del mundo, y la joven bibliotecaria lo había visto como un hombre común. Aunque parecía extraño, la mujer le generó cierto interés sobrenatural.

—Si necesitas algo más, puedes pedirlo sin problema.

La puerta se cerró y Arthur se quedó solo en aquel lugar.

Ya no podría concentrarse más, su principal objetivo era saber más acerca de esta bibliotecaria, a quien estaba seguro que conquistaría, aunque sus primeros movimientos con ella habían resultado en un fracaso inminente.

Victoria sentía que su corazón estaba acelerado sin explicación. Algo extraño estaba pasando.

II

Acceso

Las visitas de Arthur a aquella biblioteca se habían hecho mucho más constantes. La frecuencia con la que acudía a aquel lugar era mucho más evidente con el pasar de los días. En ocasiones, quería ir dos veces al día, algo que parecía completamente absurdo, ya que, no había razones para que un príncipe acudiera a una biblioteca tantas veces a la semana.

Había un cronograma de actividades que seguir y obligaciones que cumplir, pero Arthur había descuidado absolutamente todo para poder dedicarle tiempo aquella bibliotecaria que había encontrado en un lugar al que no solía acudir con demasiada regularidad. Arthur había dejado pasar sus entrenamientos con espada, descuidando sus clases de modales y las instrucciones diplomáticas.

Un rey debía estar preparado para cualquier situación, y Arthur, en vez de enfocarse en su futuro más cercano, había descuidado completamente su vida para poder ver periódicamente a esta joven pelirroja que se estaba adueñando de su mente. No quería comportarse como un acosador o un demente, pero Arthur, cada vez que se encontraba la chica por las calles del reino, solía seguirla hasta que llegaba a la biblioteca.

En alguna oportunidad, llegaron casi al mismo tiempo al edificio, pues Arthur pasaba la noche en vela esperando la hora de apertura de aquel lugar. La ansiedad solía consumirlo constantemente, ya que, este sentimiento de vacío solía apaciguarse rápidamente, y cuando se encontraba cerca de la joven no importa si se encontraban separados por una puerta, el simple hecho de estar en el mismo edificio, hacía que Arthur se sintiera en paz consigo mismo.

Llevar a cabo ciertas conversaciones que giraban entorno a los libros de investigación, ya que, Victoria mostraba una enorme pasión por el material que se almacenaba en aquella biblioteca. Tan solo en unas semanas de trabajar allí, Victoria había logrado revisar una gran cantidad de tomos, poniéndose al día de muchas investigaciones que se habían desarrollado en el reino de Aiskel.

Su manera de expresarse y de dirigirse a Arthur, era muy respetuosa, algo que despertaba cierto morbo en el príncipe, ya que, no había confianza en el príncipe a pesar de sus constantes intentos por conquistar la atención de la

hermosa joven. La mente de Victoria era sumamente inocente, y en muchas oportunidades ni siquiera se daba cuenta de que estaba recibiendo halagos y cortejos por parte del príncipe.

Su mente siempre estaba ocupada pensando en cuáles serían sus próximos pasos durante cada día. Victoria estaba acostumbrada a ser una mujer muy planificada, por lo que, sacarla de su rutina era realmente difícil.

Muchas de las conversaciones que se desarrollaban entre Arthur y Victoria eran muy agradables, pero hasta cierto punto, el príncipe se había convertido en una pequeña piedra en el zapato de la joven, quien veía interrumpida sus obligaciones en aquel lugar.

Arthur no veía más allá de sus intenciones de poder conquistar a la nueva bibliotecaria, por lo que, intentaba ocupar gran parte de su tiempo y distraerla de todas las obligaciones que le competen a Victoria.

Pero no sería sino hasta una mañana cualquiera de un día martes, cuando Victoria descubriría que las intenciones de Arthur no iban dirigidas precisamente a mantener conversaciones inteligentes.

El caballero había resistido una gran cantidad de impulsos, pero la batalla interna que se lleva a cabo para poder mantener una relación neutral con la joven está siendo perdida. Los encantos del príncipe y heredero del reino de Aiskel siempre habían sido irresistibles para cualquier mujer. Enfrentarse con esta joven chica que no muestra ningún tipo de interés hacia él, levanta muchas sospechas.

Arthur desarrolla una investigación entorno a la chica, para saber si detrás de aquella inocencia, posiblemente haya algún miedo que le impida vincularse con alguien. La frustración domina la mente de Arthur, quien suele desesperarse con mucha facilidad en cada ocasión que abandona la biblioteca sin tener éxito alguno con la chica. Esta mañana Arthur estaba completamente decidido a llevar a cabo un plan que finalmente le permitiría entrar en contacto con Victoria.

Si esto no daba resultados, posiblemente tendría que dejar todo a un lado y enfocar sus intereses en alguien más. Desde que conoció a Victoria, no había enfocado su mirada hacia otra fémica, ya que, esta había abarcado su absoluta atención y no tenía intenciones de relacionarse con alguien más. Mientras Victoria no cayera en sus redes, Arthur no estaría satisfecho, por lo que, había hecho uso de todo su arsenal de seducción para poder conquistarla, pero todo había fallado de manera catastrófica.

—¡Buenos días! Has llegado más temprano el día de hoy. —Dijo la joven

mientras organizaba algunos libros en las estanterías principales.

Arthur mostró cierta indiferencia.

—Hoy tengo intenciones de estudiar durante todo el día. Necesitaré que me apoyes durante un par de horas. —Respondió el príncipe.

Victoria mostró cierta duda en su rostro, ya que la planificación diaria que había establecido debía cumplirse. Los nuevos planes del príncipe no convergen para nada con lo que tiene planificado y su agenda está muy ajustada.

Aunque sabe perfectamente que no tiene tiempo para dedicarle al caprichoso príncipe, debe doblegarse para no despertar la furia de la realeza. Victoria es una joven muy inteligente, y sabe perfectamente que está allí en ese lugar gracias a los beneficios que le han proporcionado en el reino de Aiskel, negarse a colaborar con el hijo del rey, no daría buenas impresiones.

Casi de manera instantánea, Arthur notó el cambio de actitud de la chica, quien se había mostrado sonriente al recibirlo. Al intentar imponer sus deseos, el príncipe pudo evidenciar el cambio de humor de la joven, de quien se borró la sonrisa que se había dibujado en el rostro al verlo entrar por la puerta de la biblioteca.

—Como ordenes... Estoy aquí para eso. —Dijo Victoria con cierta molestia.

Arthur hizo caso omiso al comportamiento de la hermosa joven, ya que, la intención era sacarla de su zona de confort. Debía incomodarla, confundirla, hacer que se doblegara ante sus deseos, ya que, las estrategias dóciles no habían dado resultado alguno para el príncipe.

—Estaré en el salón principal. Te espero allí. No quiero que nadie nos moleste. —Dijo el príncipe mientras caminaba por el corredor.

Dos guardias caminaron hacia la puerta de la biblioteca y se ubicaron frente a ella, impidiendo el paso de algunos de los pobladores, ya que, cuando el príncipe se encontraba en interior de aquel lugar, el paso era bastante limitado. Esto no era del todo negativo, ya que, muchos se congregaban a las afueras de la biblioteca para saber qué libros había revisado el príncipe, esto aumentaba la demanda de la búsqueda de estos tomos, mejorando la popularidad de la biblioteca.

Pero Arthur no estaba interesado en alimentar el conocimiento, no al menos el intelectual, ya que, su intención absoluta era iniciar una interacción con Victoria, quien ya había acabado con su paciencia y a quien debía meter en la red de seducción con medidas un poco más agresivas.

Mientras hablaban en aquella gran sala, el eco retumbaba debido a la altura de los grandes pilares que sostenían el techo elaborado en madera sólida. Cada palabra, no importa con cuanta baja intensidad se pronunciara, generaba una reverberación muy exagerada en aquel lugar. Los tomos eran colocados sobre una mesa, generando un sonido percutido que recorría todo lugar.

—Me gustaría revisar aquellos que se encuentran en lo más alto. —Dijo Arthur señalando un grupo de libros con una cubierta de color vino tinto y letras doradas.

Estas investigaciones habían sido desarrolladas por importantes científicos del reino. La tecnología en armamento más sofisticada se había vaciado en aquellos tomos, los cuales eran cuidados con una gran dedicación.

—Para llegar hasta allí necesitaré la escalera. Iré por ella. —Dijo Victoria, mientras abandonaba la habitación para ir a buscar este implemento.

—Te acompaño...

Ambos caminaron por un largo corredor hasta llegar a una especie de depósito donde se guardaban múltiples objetos, obras de arte y material inservible que había sido devorado por los insectos o ratas.

—No conocía este lugar. —Dijo Arthur.

—Hay demasiado polvo como para que un príncipe pase por estos lugares. —Dijo Victoria mientras tomaba una gran escalera entre sus manos.

Arthur se encargó de ayudarla, llevando la escalera de nuevo a la gran sala de donde habían salido minutos antes. El comentario referente a su estatus social, había herido un poco su ego.

Había interpretado aquel comentario como una forma de crear una marcada distancia entre la chica y él. Victoria nunca se imaginaría involucrada con un príncipe, por lo que, después de haber pasado tanto tiempo con él, finalmente ha comenzado desarrollar cierta confianza para poder hacer comentarios incisivos, propios de la personalidad agria y directa de la joven plebeya.

Aunque pudiese parecer increíble, para Arthur nunca existió esta diferencia en el estatus social, pero al ver la forma en que Victoria acentuaba esta condición, tenía que borrar definitivamente estas limitaciones entre ellos.

Arthur irradiaba clase, educación y una imponentia que intimidaba a cualquiera que se encontraba frente a él, pero esto no surtía efecto en Victoria, quien se sentía cada vez más cómoda en presencia de este miembro de la realeza del pueblo de Aiskel.

La escalera se apoyó sobre los estantes de aquella biblioteca que alcanzaba unos 3 m de altura. La chica ascendió por los peldaños para dirigirse a la parte más alta en donde se encontraban los tomos de color vino tinto con letras doradas.

—¿Cuál de ellos quieres? —Preguntó Victoria desde las alturas.

Arthur no tenía la menor idea de cuál escoger, ya que su única intención era visualizar a Victoria desde la parte inferior. Observaba sus pantorrillas imaginaba que había debajo de aquella falda que cubría la zona de sus muslos y sus glúteos.

Deseaba que una fuerte brisa levantara aquella prenda de vestir y mostrara la piel de la joven, pero esto no iba a ocurrir. Fue entonces cuando la mentalidad macabra de Arthur se puso de manifiesto, solicitando el tomo más alejado y difícil de alcanzar, complicando la tarea para la joven bibliotecaria.

—Ese, el de la izquierda. Ese es precisamente el que estoy buscando.

Victoria pensó instantáneamente que el príncipe era un hombre bastante molesto, ya que, ya había solicitado el libro más difícil de alcanzar desde su ubicación. Pero, como buena profesional y responsable, intentó cumplir la tarea sin quejas.

Su brazo se extendió tanto como pudo, pero fue difícil alcanzar el tomo solicitado por el príncipe. Su dedo pulgar e índice sujetaron torpemente los extremos de aquel libro, pero su escalera, de manera inexplicable, perdió su estabilidad.

El pie del propio Arthur había generado dicho movimiento, aunque Victoria no lo había percibido. Un grito se escuchó en todo lugar, Victoria aseguraba que se precipitaría al suelo, y desde esa altura, lo más seguro era que se lastimara gravemente.

Arthur tenía todo absolutamente calculado, ya que, se había colocado en una posición estratégica para poder atajar a la chica, la cual cayó en sus brazos de manera segura.

Las manos de Arthur sujetaron sus muslos y su espalda, aprovechando la confusión y el miedo de la joven para que sus dedos palparan los firmes músculos de sus piernas. Fue un movimiento rápido, pero fue suficiente para que las manos de Arthur hicieran un mapa mental al tocar a la joven.

Victoria, con su poca malicia e inocencia marcada, no dio demasiada importancia a la forma en la que el príncipe la tocaba, ya que, daba mucha más prioridad al hecho de que debía agradecerle el no haberse lastimado gracias a él.

—¡Que torpe soy! Gracias por atraparme.

Arthur y la joven estaba muy cerca, ya que, el rostro de la hermosa chica había quedado solo unos centímetros del de Arthur. Este sintió una increíble necesidad de acercarse y besar sus carnosos labios rosados. Pero prefirió contenerse antes de buscarse algún problema o rechazo por parte de la joven.

—Ha sido un placer salvarte la vida. Creo que me debes un favor. —Dijo Arthur mientras colocaba la chica en el suelo.

—Tienes razón. No sé cómo podría pagarte esto. Pude haberme roto el cuello al caer desde esa altura.

—¿Cenarías conmigo esta noche? Estoy seguro de que quedaríamos a mano. —Dijo Arthur.

Victoria sintió un enorme calor que la recorrió desde su entrepierna hasta la cabeza. Una gran temperatura comenzó a ascender por todo su cuerpo, ya que había notado el cambio de actitud de Arthur.

—¿Cenar contigo? ¿En el castillo? —Preguntó la chica con cierta incredulidad.

Hubo cierta ilusión en sus ojos.

Arthur sabía perfectamente que no podía ingresar a cualquier chica al castillo, pero al ver cierta duda en la mirada de la joven, no tuvo posibilidad de manejar aquella situación.

—Sí. Apenas termines irás conmigo al castillo. Podríamos pasarla muy bien allí.

Victoria no entendía muy bien a qué se refería el príncipe con este comentario, pero parecía estar poseída por alguien más, ya que, contestó de forma afirmativa, accediendo a la invitación del apuesto príncipe.

Su plan había dado resultados, y había logrado llevar a la chica justo hasta donde quería. Había conseguido estar tan cerca de ella, que ambos habían respirado sus alientos, algo que había sido más que suficiente para poder convencerlos de que había un deseo latente producto de tanto tiempo que habían pasado juntos en las semanas pasadas. A Arthur se le hacía agua la boca de solo imaginar a la pelirroja besando sus labios. No había ni que hablar respecto a los pensamientos vinculados al sexo.

Arthur había puesto su mirada sobre la chica y finalmente había asestado el golpe que lo dirigía hacia un encuentro lleno de lujuria con la joven bibliotecaria. Tan pronto como llegó la tarde.

Ambos abandonaron la biblioteca y fueron trasladados directamente al castillo en el carruaje real. Arthur no estaba autorizado para ingresar a ninguna

chica al castillo, por lo que, el ingreso de esta joven fue completamente clandestino, aunque intentó que todo se desarrollará con absoluta naturalidad.

—Estaciona el carruaje en el jardín trasero. —Ordenó, Arthur.

Ambos descendieron del vehículo real, caminado a un paso bastante veloz hasta el interior del castillo. Arthur se aseguraba de no ser visto, pero en cualquier momento podría ser capturado por su padre, quien no estaría muy feliz de que el futuro príncipe ingresara plebeyas al castillo.

Juntos ingresaron a la habitación de Arthur. Victoria se mostró algo intimidada al ver la cama del príncipe, ya que, esperaba una visita en el comedor.

—¿Qué hacemos en tu habitación? Espero que no estés intentando pasarte de listo.

—Tranquila, comeremos en la terraza, justo ahora ordenaré que traigan la comida. Debes tener hambre.

Arthur abandonó el lugar para dar instrucciones precisas en la cocina. Sentía una gran adrenalina recorriendo su cuerpo, pues era la primera vez que ingresaba a una chica hasta su habitación de esa forma. Estaba poniendo en riesgo su ascenso al trono, pero Victoria lo valía.

III

Las sospechas del rey

A puerta cerrada se desarrollaba una cena a la Luz de la vela, mientras la luna y las estrellas servía de testigos para un encuentro que por primera vez se llevaba a cabo. Tanto Arthur como Victoria no tenían ninguna idea de qué estaban haciendo allí realmente, pero una especie de magnetismo invisible los había juntado para ser cómplices de un acto clandestino aquella noche.

Arthur había podido ingresar de manera secreta las mejores carnes y vinos, pero lo que no sabía cómo manejar era la actitud de Victoria. Estaba muy cerca de conseguir su objetivo, pero la joven aún se mostraba renuente y un poco esquiva ante los intentos de Arthur por proveerle halagos y cortejos.

No era del tipo de chica que estaba acostumbrado a tratar, pero, aunque desconoce los verdaderos sentimientos de Victoria, está convencido de que tarde o temprano caerá en sus redes.

La recatada joven ha violado sus propios códigos de conducta, llevando a cabo los deseos de Arthur. Al verse sentada allí con su rostro iluminado por la luz de la vela, no se explica cómo es que ha aceptado una propuesta tan delicada como esta.

Victoria no es ciega, y mucho menos insensible, en cada oportunidad que se ha encontrado cerca de Arthur, ha experimentado su intenso aroma, y sería absurdo negar que siente algo muy agradable en la compañía del príncipe.

Pero los pocos avances que registra Arthur durante el día, son borrados rápidamente por Victoria durante las horas de la noche, quien se encarga de convencerse a sí misma de que no es suficiente mujer para poder llenar los zapatos de la pareja de un príncipe. Está convencida de que todo se trata de un juego o una malinterpretación de su parte, ya que, es posible que el príncipe trate de este modo a todas las mujeres del reino.

Y aunque es cierto, en otras condiciones, Arthur se habría encargado de manipular a la chica de una manera mucho más cruel, pero con Victoria ha sido diferente. La sutileza y la comprensión han evolucionado significativamente en la mente de Arthur, su personalidad se ha transformado y se ha vuelto un hombre mucho más paciente, lo que ha quedado demostrado en su continua insistencia en tratar de llamar la atención de Victoria.

Ni él mismo se conoce, ya que, fácilmente habría descartado a esta mujer y

hubiese infectado todas sus energías en tratar de conquistar a alguien más. Esto preocupa un poco a Arthur, quien ha evaluado esta situación una y otra vez durante sus meditaciones nocturnas en la misma terraza en la que se encuentra acompañado en ese preciso momento de la chica que ha ocupado gran parte de sus pensamientos de manera corrupta. Aunque no lo desea, Arthur ha permitido que Victoria se interne en lo más profundo de su pensamiento, acompañándolo durante la mayor parte del día.

Ambos se han visto involucrados en un contexto bastante particular, y ninguno quiere dar su brazo a torcer, aunque uno de los dos tendrá que ceder ante el deseo que comienza a crecer esa noche.

—La comida está deliciosa. Tenía tiempo que no comía algo así. —Dice Victoria con una gran alegría.

Arthur guardó silencio y contempló la forma tan efusiva con la que Victoria disfrutaba del sabor de la comida.

Parecía que no había probado un bocado en mucho tiempo, por lo que, Victoria comía con mucha rapidez y llevaba un bocado a su boca sin haber tragado el anterior. Esto hablaba claramente de cuáles eran las situaciones financieras en las cuales se encontraba Victoria. No tenía mucho dinero y lo poco que lograba acumular estaba destinado a su educación.

Su estadía en el reino había sido muy agradable y cómoda, pero bastante limitada en cuanto a los gastos. Era la primera vez que se alimentaba de forma tan deliciosa desde su llegada al reino de Aiskel, por lo que, no iba a desaprovechar la oportunidad de ingerir los manjares preparados por el cocinero más exquisito del reino.

No tenía límites, ni con la comida ni con el vino, algo que sería completamente contraproducente para Victoria, quien poco a poco comenzaría a desinhibirse y a dejar que una personalidad paralela que vivía dentro de ella aprisionada comenzara a aflorar.

Minutos más tarde, un sirviente de confianza se encargaría de retirar todos los implementos utilizados para la cena, dejando el área completamente despejada para que la pareja pudiera tener una conversación más privada.

—Has sido muy amable al invitarme aquí. Debe ser maravilloso ser un príncipe. —Dijo Victoria con cierta nostalgia que se dibujó en el rostro de la chica.

El solo hecho de pensar que pudiese tener acceso a esas comodidades cada día de su vida, llenaba de ilusión a Victoria, quien luchaba cada segundo de su existencia para poder lograr alcanzar el éxito y obtener un estilo de vida

bastante cómodo.

Pero era absurdo, al ver el resto de los habitantes del pueblo, sabía que podía conseguir una situación económica bastante buena, pero nunca podría compararse con la vida de una princesa.

—¿Alguna vez has soñado con tener esta vida? —Preguntó el príncipe, al ver el brillo en los ojos de la mujer.

—No tienes idea de cuánto lo deseo. —Respondió Victoria.

Arthur se tomó el atrevimiento de acariciar las mejillas de aquella joven, la cual se puso tan fría como un temprano de hielo. No sabía que estaba pasando, pero la forma en que la tocaba el príncipe le agradaba.

—Creo que debería irme. Dijo Victoria antes de alejarse un paso del príncipe.

La gran cantidad de licor que había en su organismo la hizo perder el equilibrio, entrando en escena el caballero, quien la tomó entre sus brazos. Arthur respiraba el aliento a vino de la chica, el cual se mezclaba con un aroma dulce y suave natural de la respiración de la chica. En ese punto, fue inevitable para el poder sucumbir ante los deseos de besar los labios de la joven.

Victoria lo permitió.

Los labios gruesos de Arthur tocaron los húmedos y carnosos labios de Victoria, juntándose en un beso profundo e intenso, el cual fue creciendo en magnitud con cada segundo.

Victoria sentía una increíble necesidad de apartarse, y detener aquella locura que se estaba llevando a cabo en la habitación de Arthur. Se estaba comportando de una manera muy irregular, por lo que, comienza a juzgarse una y otra vez en su cabeza.

Pero su cuerpo se comporta de una manera muy diferente a lo que se está desarrollando en su mente, ya que, sus manos, su piel y sus labios responden a los estímulos del caballero de una forma inesperada.

Arthur está completamente sorprendido por las habilidades de la chica para besar. Roza su lengua y disfruta de los juegos que se llevan a cabo en el interior de sus bocas. Rápidamente siente como su pene comienza a endurecerse en medio del beso, algo similar a lo que ocurre en la entrepierna de Victoria, quien comienza a humedecerse cada vez más rápido.

Siente la humedad como recorre toda su zona genital, con una gran temperatura que crece gradualmente mientras las manos de Arthur recorren su espalda y tocan su rostro.

El beso se detiene abruptamente por acción de Victoria, quien quiere huir de la situación, pero solo tarda un par de segundos en sucumbir nuevamente ante sus deseos y volver a besar al hombre. Este segundo beso fue mucho más intenso, era como si Victoria quisiera succionar todo el interior del caballero a través de su boca.

Lo hace con fuerza, con definición y mucha decisión. Arthur, quien en un inicio tenía el control, queda bajo los deseos de la chica, quien sujeta el cuello de su traje con mucha fuerza, pegándolo a su cuerpo sin que este pueda escapar. Arthur no tiene intenciones de detener aquella locura, y Victoria comienza sentir como el bulto del príncipe, se empieza endurecer al estar pegado a su cuerpo.

Fue entonces cuando sus pies comenzaron a moverse. Con un movimiento torpe, iban desplazándose hacia el interior de la habitación, y aunque Victoria sabía hacia donde se dirigía, no oponía resistencia.

Iban directo a la cama del príncipe, y este estaba dispuesto a hacerle el amor a esta joven hermosa pelirroja que de alguna u otra forma lo había hechizado con sus besos mágicos. Victoria tenía un don, tenía que tenerlo, ya que, era la primera vez que Arthur experimentaba tales niveles de excitación con un simple beso.

Siempre tenía el control, pero Victoria había pasado a tener en sus manos las riendas de Arthur, dirigiéndolo hacia donde ella quería y colocándolo justo en la posición en la que ambos habían deseado estar desde hacía algunos días.

Negarse ante la tentación era una tarea muy dura, y estando completamente solos en aquel lugar, aún más. Victoria cayó sobre la cama y separó sus piernas, pero esto parecía más un acto llevado a cabo por el alcohol que por sus propios deseos.

Esto hizo que Arthur se detuviera por un segundo, ya que, su intención no era aprovecharse de la joven mujer, quien tomaba su mano y la intentaba llevar hacia su cuerpo.

—Ven aquí. ¿Qué pasa? —Dijo Victoria al experimentar la duda que reflejaba Arthur.

—Creo que lo mejor será que vayas a casa. —Dijo Arthur mientras se separaba un poco de la chica.

Experimentó una decepción increíble, pues asumía que había hecho algo incorrecto que había molestado al príncipe.

—¿Qué fue lo que hice? ¿Algo está mal? —Preguntó Victoria, con mucho miedo en su mirada.

—Has bebido demasiado. No quiero que esto sea algo de lo que te arrepientas después. —Dijo Arthur mientras acariciaba el rostro de la plebeya.

Después de besar sus labios, Arthur acarició su cabello y le transmitió mucha tranquilidad y calma a la chica, quien se había dejado dominar por la desesperación.

El momento había vuelto a ser mágico y Arthur estaba a punto de perder la voluntad de dejar ir a esta chica. En su cabeza se repetía una y otra vez el planteamiento de cómo podría ser tan idiota para dejar ir a una chica tan sensual y ardiente. Pero antes de que su voluntad cediera ante los deseos, la puerta sonó un par de veces.

—Arthur, hijo. Abre la puerta necesito hablar contigo. —Dijo el rey Casper.

Ya no había nada que hacer, Arthur debía actuar rápidamente antes de que su padre descubriera que había ingresado ilegalmente a una joven plebeya del pueblo al castillo. Esto estaba penalizado por las leyes del reino de Aiskel, ya que, siempre había riesgos de espías de otro reino que buscaban ingresar a aquella fortaleza.

En aquel lugar se guardaban los secretos más profundos del reino, las verdaderas razones de su evolución tecnológica y su crecimiento como imperio. Cualquiera que tuviese acceso a esta información, podría debilitar fácilmente las defensas de Aiskel, acabando con este lugar en muy poco tiempo.

—Es mi padre. Tienes que salir de aquí. —Murmuró Arthur.

Victoria no estaba en sus cinco sentidos, por lo que, siente cierta duda acerca de lo que dice el príncipe.

—¿Irme? ¿A dónde? Es muy tarde. —Dijo la chica antes de dejarse caer nuevamente en la cama.

Parecía que Victoria estaba completamente dispuesta a quedarse a dormir aquella noche, planes que no tenían nada que ver con lo que tenía establecido Arthur para la joven. Tomándola en brazos, la llevó hacia la terraza, dejándola reposar en una banca de yeso muy cerca de un bello jardín de rosas.

La puerta sonó nuevamente, acompañada de la preocupación del rey.

—Arthur, ¿qué está pasando? Abre la puerta. —Dijo el rey.

—¡Un segundo! —Gritó Arthur.

El rey comenzaba a desesperarse, por lo que, no espero más para ingresar sin el permiso del príncipe a la habitación. Asumía que algo malo estaba

pasando, por lo que, al entrar, despejó sus dudas al ver a Arthur ingresar desde la terraza con una actitud bastante nerviosa.

—¿Por qué has tardado tanto para abrir?

—No estaba preparado para atender a nadie. Creo que me merezco algo de privacidad, ya no soy un niño. —Respondió el príncipe.

—Debes obedecerme. Si te digo que abras la puerta, debes hacerlo.

—Dime qué quieres, papá. —Dijo Arthur, quien estaba bastante exaltado por la situación en la que se encontraba.

—He visto ciertos movimientos extraños hacia esta habitación el día de hoy. ¿Qué está pasando aquí? —Dijo el rey.

Arthur sintió como su corazón empezó a latir de manera descontrolada, ya que, sabía cuáles serían las consecuencias para Victoria si la encontraban en aquel lugar. Nadie, absolutamente nadie podía entrar a aquel lugar sin la autorización del rey, por lo que, su decisión de llevar Victoria hasta allá, la estaba poniendo en riesgo a ella.

El rey intentó ingresar a la terraza, pero la mano de Arthur se colocó sobre el pecho del rey. La mirada del líder del pueblo de Aiskel se fijó en los ojos de Arthur, como tratando de ordenarle que le quitara la mano de encima. Aunque Arthur quiso mantener su posición, se vio obligado a eliminar el obstáculo, permitiendo que su padre avanzara a su voluntad directamente hacia la terraza.

El viejo rey paseó su mirada por todo el lugar, viendo todo en absoluta normalidad. Se dio media vuelta y caminó nuevamente hacia la puerta de la habitación de Arthur para retirarse.

—Estás actuando de manera muy extraña. Te estaré vigilando. No podemos cometer errores, tu ascenso está cerca. —Dijo el rey.

—Buenas noches, papá. —Dijo Arthur.

Tras cerrarse la puerta, el joven rey corrió nuevamente hacia la terraza sin explicarse qué era lo que había pasado y a donde se había ido Victoria. Cuando revisó en el jardín de rosas, la chica se había dado a la tarea de intentar ponerse de pie y su falta de equilibrio le había llevado a caer dentro de este. Las espinas habían lastimado un poco su piel, pero la inconsciencia de Victoria no le había permitido notar este pequeño detalle.

La oscuridad y los Rosales habían servido como camuflaje para que Victoria no fuese percibida por el rey, lo que le había dado la oportunidad a Arthur de poder sacar a la chica de forma secreta aquella noche y enviarla en el carruaje real hasta su lugar de habitación. Intentó una y otra vez indagar en

cuál era la dirección donde vivía, pero Victoria no tenía uso de razón en ese instante.

Para poder salvar la libertad y la vida de Victoria, tenía que sacarla del castillo antes de que fuese descubierta, por lo que, no tuvo más opción que llevarla nuevamente a la biblioteca, donde amanecería la joven bibliotecaria con algunas espinas en su ropa, algunos rasguños en su piel y un dolor de cabeza producto del vino.

La joven despertó sobre un gran mesón ubicado en la sala principal, cubierta por una manta tejida con los más finos hilos, la cual únicamente podía provenir del castillo de Aiskel.

No había sido un sueño.

Aunque no entendía nada, Victoria no indagó demasiado en el asunto, ya que, en ese momento su principal preocupación era no levantar sospechas acerca de su aspecto y se dirigió a arreglar sus ropas. Tocaba esperar la aparición del príncipe una vez más para que éste respondiera sus preguntas.

IV

Si los libros hablaran

La llegada inesperada de Arthur a la biblioteca, sorprendió a Victoria, quien se encontraba organizando algunos libros en las estanterías principales de aquella sala en donde todo había iniciado. El paso silencioso de Arthur no había sido percibido por la chica, quien se encontraba concentrada con sus manos sobre los tomos de aquellos libros tan importantes para el reino de Aiskel.

Sus niveles de concentración le habían impedido que escuchara o sintiera la presencia del caballero en aquella sala, mientras Arthur se tomó algunos segundos para visualizar el cuerpo de aquella chica mientras se encontraba en la escalera.

Esta vez, Arthur se había transformado en un hombre completamente diferente, ya que, no estaría dispuesto a tener condescendencias o contemplaciones para poder liberar al monstruo sexual que vivía dentro de él.

Caminó hacia la puerta de la sala, y cerró abruptamente. Esto llamó la atención de la chica, quien saltó del susto ante el sonido que se esparció exageradamente por toda la sala.

—¡Arthur! No te escuché entrar. Qué alegría verte. —Dijo la joven con cierto nerviosismo.

Arthur caminó decidido hacia ella, quitándose el abrigo de lana que llevaba puesto. No dijo una sola palabra antes de ubicarse justo detrás de la chica, quien aún se encontraba en el cuarto peldaño de la escalera. La mirada del príncipe hablaba por sí sola, ya que, sus intenciones eran claras.

Arthur salió de la cama aquel día convencido de que Victoria sería suya, no importa las condiciones buen lugar donde esto se llevará a cabo, solo tendría 24 horas para poder cumplir sus objetivos, ya que, cada vez estaba más cerca su coronación y no tendría tiempo para las continuas visitas a la biblioteca.

Posteriormente a su nombramiento, estaría lleno de responsabilidades y obligaciones que no le permitirían llegar a la biblioteca con la frecuencia que lo había hecho durante el último mes.

Tenía que ganar todo el tiempo posible, y ya los juegos de niños y enamorados tenían que quedar a un lado, Arthur debía comportarse como un

adulto y hablar claramente con Victoria y demostrarle sus intenciones con ella. La joven intentó descender de la escalera, pero las manos de Arthur la detuvieron. Sujetaron sus tobillos de manera firme pero suave, mientras sus manos recorrían lentamente sus pantorrillas para detenerse en sus rodillas.

—Arthur... ¿Qué estás haciendo? Podrían descubrirnos. —Dijo Victoria.

Lo último que deseaba la chica era ser descubierta en una situación vergonzosa con el príncipe. Esto podría poner en riesgo su futuro y su condición como beneficiada del reino.

—No digas una sola palabra. Deja que tu cuerpo sea el que conteste. —Dijo Arthur.

El caballero podía sentir el nerviosismo en su cuerpo, mientras sus manos cada vez ascendían hacia una zona prohibida que ningún hombre había alcanzado antes en el pasado. Los dedos del caballero jugaban con sus muslos, apretándolos suavemente mientras palpaban la carne fresca de aquella joven que estaba a punto de derramarse en fluidos.

Nunca había experimentado tales niveles de excitación en el pasado, por lo que, cierra sus ojos y se sujeta a esos libros que con tanto empeño había cuidado durante los últimos días. Las manos del joven se filtran bajo su falda, sosteniendo la parte trasera de sus muslos hasta llegar a sus firmes glúteos. Esto generó que Victoria se pusiera tan tensa como una barra de acero, ante lo que, Arthur reaccionó de manera muy jocosa.

—Relájate, no te haré daño, a menos de que me lo pidas. —Digo el príncipe.

Victoria quería interrumpir el acto, pero no estaba lista para hacerlo. Su mente combatía con su corazón y su corazón a su vez libraba una batalla con su zona genital, la cual parecía estar ganando con una ventaja significativa. Quería que las manos del príncipe finalmente llegaran a su destino, que la tocaran y masajearan en aquella zona genital que estaba empapada en fluidos.

Arthur acarició las nalgas de la mujer, dando leves golpes mientras palpaba su textura y suavidad. Sus pulgares dibujaron el borde de la zona redondeada, la cual parecía ser de mentira debido a su perfección. La respiración de Victoria había aumentado su ritmo, lo que evidenciaba sus niveles de excitación. Su aliento se había tornado cálido y mucho más notable, mientras sus manos apretaban con fuerza uno de los peldaños superiores de la escalera.

—No me hagas esto. No podría resistir más. —Dijo Victoria.

Arthur sujetó la ropa interior de la chica y la bajó súbitamente hacia sus

tobillos, lo que dejó a Victoria completamente indefensa ante los deseos del caballero. Arthur estaba decidido absolutamente a cumplir con su meta de aquel día, y hasta el momento, todo era éxito.

El caballero subió la falda de la joven hasta la cintura, viendo con admiración los glúteos de la chica, los cuales eran blancos y perfectos, impecables incitadores a ser lamidos. Arthur no se contuvo, incrustó suavemente sus dientes en la piel de la chica.

Victoria gimió.

—Me gusta lo que haces. Pero esto no está bien. —Dijo Victoria.

Sus palabras se vieron interrumpidas inmediatamente por el caballero, quien dejó que su lengua comenzará a lamer su entrepierna. Arthur disfrutaba del sabor dulce de los ruidos de aquella joven virgen, quien parecía estar completamente de acuerdo en su que su cuerpo fuese devorado rápidamente por aquel hombre. Mientras Arthur jugaba con su lengua en la parte trasera de la zona genital de la chica, esta realizaba movimientos circulares con sus caderas intentando complementar los movimientos del caballero.

La lengua de Arthur finalmente la penetró, generando una sensación totalmente distinta en el cuerpo de la chica. Victoria se paró levemente sus piernas e incrementó el acceso del caballero, quien extendió su lengua para comenzar a estimular el clítoris de la joven.

Victoria estaba siendo parte de un acto completamente prohibido y clandestino, lo que aumentaba la adrenalina en su cuerpo. Después de estimularla durante algunos minutos, Arthur cargó a la chica y le permitió descender de la escalera.

La llevó directamente hacia un mesón mientras sus labios se devoraban una vez más como en aquella terraza. Se lamían como bestias que quieren devorarse el uno al otro sin ninguna limitante. Se despojaron de sus ropas de una manera muy hábil, Arthur desnudaba la chica mientras esta lo hacía con su compañero, no había reglas. Cuando sus ojos se encontraron con la desnudez del otro, quedaron extasiados ante la perfección de la anatomía humana.

Se tomaron unos segundos para detallar el cuerpo del otro, estando completamente seguros de que habían tomado la mejor decisión aquella mañana. Victoria se recostó sobre el mesón y abrió sus piernas para recibir las embestidas de su compañero. Arthur fue delicado, y se subió en el mesón para acompañar a la chica.

Lamió sus pezones rosados, los cuales se habían endurecido minutos atrás. Después de palpar con sus manos la contextura de sus senos, finalmente asestó

un beso en su cuello que succionó de manera intensa su piel.

Hasta el sonido más leve que se generará en aquel lugar podría ser amplificado por el efecto de reverberación tan exagerado de aquel lugar, por lo que, los gemidos que comenzaron a salir de la boca de la chica, fácilmente podrían ser escuchados en el exterior de aquella sala.

Arthur masturba su miembro para endurecerlo tanto como fuese posible. Quería entrar en ella de una manera suave pero firme, por lo que, preparaba su órgano sexual para tener el mejor rendimiento.

La cabeza de su pene estaba completamente lubricada en fluidos, Arthur, absolutamente excitado, ya no aguantaba más las ganas de comenzar a penetrar la chica, por lo que, se puso sobre ella y dejó que su gran miembro de 17 cm ingresara hasta el fondo de la vagina de Victoria. La chica mordió el cuello del hombre mientras sentía como su compañero se abría paso en su interior. Nunca había sentido un placer tan puro y delicioso.

—¿Te duele? —Preguntó Arthur.

—Mucho, pero no te detengas. —Ordenó la joven.

Los movimientos del caballero eran certeros, ingresando una y otra vez su miembro mientras las paredes estrechas de la vagina de la chica generaban una presión increíble que lo excitaban cada vez más. La humedad y el calor comenzaron a hacerse presentes en aquella sala, mientras las gotas de sudor recorrían la espalda de Arthur en cada penetración.

Ambos emanaban olor a sexo, entregados a un acto que marcaría el inicio de una relación enfocada en el sexo. No conocían que había más allá de sus personalidades superficiales, pero aquel encuentro definiría una relación llena de locura y desenfreno, la cual estaba definida por el ardiente deseo que se sentían el uno por el otro.

Sus mentes habían perdido el control sobre sus cuerpos, dejando que el sexo fuese el único recurso para poder comunicarse. Sus cuerpos se frotaban de manera salvaje, aunque la fricción era casi nula, debido a la gran cantidad de sudor que emanaba de sus cuerpos.

Victoria tenía sus pechos completamente lubricados debido a la transpiración, la cual comenzaba a convertirse en el perfume favorito de Arthur en ese preciso instante.

Su cabello comenzó empaparse, destilando gotas de sudor que se hacían mucho más continuas con el pasar de los minutos. Arthur no tenía la menor intención de detenerse, quería que el acto se extendiera durante horas y poder tener a la chica entre sus brazos de manera indefinida.

Sentía como los pechos de aquellas mujeres chocaban contra su zona pectoral, mientras el clítoris de Victoria sentía un estímulo increíble por la fricción con la piel de la pelvis del caballero.

Victoria separó sus piernas tanto como pudo, mientras el ardiente príncipe rebotaba contra ella una y otra vez sin ánimos de detenerse. Los besos cada vez eran más deliciosos, parecían tornarse dulces, espesos y húmedos.

La única manera de que ambos pudiesen detenerse era ser descubiertos, pero Arthur se había encargado de ubicar a dos guardias de seguridad en la puerta principal de aquella biblioteca, asegurándose de que nadie entrara en aquel lugar.

Victoria intentaba reprimirse para no gritar, pues la cantidad de placer que le estaba siendo proporcionado, la superaba por mucho. Se aferraba al cuerpo del caballero, mientras trataba de sofocar sus gritos al tapar su boca con la piel del hombre.

Pero hubo un momento en el cual ya no sería posible comportarse de forma racional, por lo que, un gran alarido salió desde las profundidades de Victoria, lo que excitó aún más a Arthur, quien estaba preocupado por saber si su desempeño era el mejor.

Este alarido le dio señales claras de que lo estaba haciendo muy bien, por lo que, intensificó la velocidad de sus penetraciones mientras sus manos apretaban los muslos de la chica. Victoria ya no podía más, y sus ojos se iban a blanco cada vez que se acercaba al orgasmo. Arthur tomó a la chica y la colocó bocabajo, comenzando a las penetraciones con la misma intensidad, pero esta vez desde atrás.

Disfrutaba del panorama compuesto por su espalda y nalgas, las cuales eran una obra de arte perfectas. Se sujetaba de la cintura de la chica para generar penetraciones fuertes y continuas, las cuales llevaron a Victoria a un orgasmo inevitable al cabo de unos minutos.

La chica dejó salir múltiples alaridos que iban acompañados de una serie de fluidos que estallaron en su vagina. Arthur sintió la calidez de estos fluidos que lubricaron su miembro hasta el punto que este ya tampoco podía aguantar las ganas de dejar salir toda su pasión.

Fue entonces cuando el caballero extrajo su miembro desde lo más profundo y sacudió con su mano para expulsar una gran descarga de semen sobre los glúteos de Victoria. Nunca antes había salido tanta cantidad de esperma de sus testículos, por lo que, era claro que Arthur había aguantado mucho durante las últimas semanas, para poder darle toda aquella descarga a

esta joven chica.

Parecía que sus genitales habían tomado el control del príncipe aquella mañana, guiándolo directamente hacia el objetivo cumplido. Arthur sacudió su miembro y se acostó sobre el cuerpo de la chica. Todo el mesón estaba lleno de semen, pero esto no parecía importarle a Victoria, quien había sido convertida en mujer por un príncipe, cuyos besos la habían convertido en su presa fácil.

—¿Te ha gustado? —Preguntó Arthur.

—Me ha fascinado. —Respondió Victoria con una respiración aún agitada.

La complicidad era absoluta entre ellos, ya que, tanto Victoria como Arthur sabían perfectamente que el encuentro era completamente prohibido. El príncipe de aquel reino no podía mezclarse con cualquier mujer, pues se corría el riesgo de comprometer el prestigio de la familia Real.

Arthur actuaba de manera irresponsable y había dejado pasar las reglas para complacer sus deseos. Victoria había sido una perfecta amante durante el encuentro, teniendo un rendimiento espectacular que prácticamente había enamorado a Arthur de su cuerpo.

—¿Qué pasará ahora entre tú y yo? —Preguntó Arthur.

—¿A qué te refieres? — Preguntó Victoria.

—Esto que ha pasado hoy ha sido increíble y no ha sido casual. Lo he deseado prácticamente desde que te conozco. —Dijo Arthur.

—¿Y a qué quieres llegar con esto? Para todos está muy claro que una plebeya como yo no puede relacionarse con un hombre como tú.

—Eso puede cambiar cuando yo lo decida. —Dijo Arthur.

Victoria se sintió segura y protegida por el caballero mientras se encontraba con él en brazos, aunque aquello podría significar una gran cantidad de problemas en el futuro. Arthur estaba absolutamente seguro de que podría cambiar las reglas del reino, aunque esto era prácticamente imposible. Aunque mostrara una decisión absoluta de compromiso inquebrantable con Victoria, mientras su padre estuviese vivo, no permitiría que su hijo se vinculara con una chica común del reino.

El momento mágico en el cual sus cuerpos desnudos se encontraban fusionados sobre aquel mesón, posiblemente tendría repetición, pero los planes que tenía Arthur superaban los deseos de aquella joven, quien lo último que quería era ser desterrada de aquel lugar por involucrarse con el hombre equivocado.

—Vístete, sé perfectamente que tienes cosas que hacer. Pasaré por ti en la

tarde, iremos a un lugar muy especial.

La chica estaba completamente llena de miedo al no saber cuál era el destino que le esperaba al lado de Arthur. Estaba un poco insegura de ser correspondida por el hermoso caballero, pues no quería enfrentar los problemas que traería su relación con un hombre de la realeza.

Arthur abandonó el lugar completamente satisfecho, pero a diferencia de otras ocasiones, no estaba dispuesto a descartar a la joven. Siempre que conseguía su trofeo, pasaba a otro objetivo, pero con Victoria era diferente, la quería a su lado, suya y para siempre, por lo que, está decidido a impresionarla.

En su mente ya comienza a construirse todo el plan para poder convencer a su padre, aunque tenga que jugarse la vida, no está dispuesto a perder a Victoria ni renunciar a ese delicioso cuerpo lleno de virtudes diseñadas para el mejor sexo.

V

El sacrificio

Convencido de que bajo ninguna circunstancia su padre aceptaría aquella relación, Arthur había perdido la cabeza intentando determinar una solución que permitiera que él y Victoria estuviesen juntos de manera indefinida. Pasaba las noches en vela intentando determinar una nueva solución que le diera la oportunidad de encontrarse con la chica y quedarse con ella para siempre.

Durante aquel encuentro que había sido planificado por el príncipe, este tenía toda la intención de llevar a la joven a un lugar especial, el cual no pudiese olvidar jamás. Victoria había pasado ilusionada toda la tarde pensando en su encuentro con el príncipe, sabía que era un sujeto detallista y que siempre pensaba en lo más mínimo para poder sorprenderla.

Era imposible poder eliminar de su mente el recuerdo de lo que había ocurrido en horas de la mañana, aún sentía el olor del sudor del cuerpo de Arthur, quien la había poseído de una manera espectacular. Con solo cerrar sus ojos, podía recordar el rostro del caballero justo frente a ella mientras le hacía el amor, lo que la desconcentraba enormemente.

Muchos hablaron dirigiéndose a la joven bibliotecaria, pero nunca recibieron respuesta, ya que parecía que la mente de Victoria se encontraba en otra dimensión. Estaba desenfocada y distraída desde que Arthur había llegado su vida, sus prioridades habían empezado a cambiar. Se había ilusionado enormemente al saber que aquel príncipe se había interesado en ella.

Quizás, un poco de codicia había comenzado a crecer en la mente de Victoria, quien se proyectaba como una posible princesa. Pero estas ilusiones de que sería la acompañante de un hombre de tanto prestigio en el reino, se esfumaban rápidamente al conocer las leyes de aquel lugar. Arthur no tenía permitido involucrarse con ninguna chica que no fuese de un linaje puro.

Victoria, siendo hija de campesinos, no tenía oportunidad de mezclarse con la realeza, por lo que, debía descartar aquella posibilidad de manera inmediata. En medio de aquella situación, la única posibilidad que tenía era la de convertirse en la amante del príncipe, ya que, sería difícil renunciar a los beneficios que podía proveerle aquel hombre.

Más allá de lo financiero y las ventajas de accesibilidad a cualquier cosa

que deseara, aquel hombre podría proveerle algo que no se conseguía a la vuelta de la esquina, placer absoluto e incuestionable. Sus besos eran excitantes, y la forma en que le había hecho el amor, aunque había sido su primera vez y no tenía criterio para comparar, había sido espectacular e inolvidable.

Victoria contaba los minutos para volver a encontrarse con su príncipe, quien ya tenía planes para ellos. Durante el resto del día, Victoria intentó no pensar en Arthur, pero esto era prácticamente imposible, imaginaba cuales serían las posibilidades que habría establecido Arthur para su encuentro, pensando en que posiblemente volvería a ingresarla al castillo de manera clandestina para hacerle el amor a escondidas, lo que aumentaría nuevamente la adrenalina de sus cuerpos y los haría experimentar un placer absoluto una vez más.

Arthur era conocedor de lugares increíbles en el reino, lugares a los que solo él podía acceder. Esto les daba cierta ventaja con respecto a otros caballeros, ya que, fácilmente puede impresionar a las mujeres llevándolas ante paisajes majestuosos en los que podían sucumbir ante los encantos y deseos de aquel príncipe.

Arthur, estaba haciendo uso de todo su arsenal de guerra a nivel de seducción para poder llevar a Victoria hasta el límite de la pasión, ya que, había comenzado a enamorarse de esta joven bibliotecaria que había despertado las sensaciones más intensas en su interior. Ya no quería estar con nadie más después de aquel encuentro tan apasionado y desenfrenado que había tenido con aquella chica virgen.

No era la primera vez que Arthur inauguraba una jovencita, pero esta chica había sido diferente, parecía estar diseñada específicamente para complacerlo a él, ya que, cada movimiento, cada roce y cada beso era exactamente como a él le agradaba.

En medio de la situación en la que se encontraba, muy cercano al ascenso a sus labores como rey, no podía arriesgarse a simplemente ser parte de un capricho, debía darle el crédito necesario a Victoria para que se ganara el respeto de su padre, y entrar con ella tomada de la mano no bastaría.

Arthur ha tomado una decisión muy drástica, y está a punto de llevarla a cabo durante aquel encuentro que se ha planificado con la joven bibliotecaria. Tal y como lo había prometido, en horas de la tarde, mientras Victoria salía de la biblioteca, un carruaje se detuvo justo frente a ella. Arthur, asomándose por una pequeña ventanilla del carruaje, la invitó a subir. La chica entró al

vehículo y este se desplazó, jalado por caballos directamente hacia el bosque.

—¿A dónde vamos? —Preguntó Victoria después de besar en los labios del príncipe.

—Es una sorpresa. Sé que te gustará. —Dijo Arthur mientras sujetaba la mano de la chica.

Victoria tenía que librar una batalla muy intensa consigo misma para poder evitar saltar encima del príncipe y hacer el amor en ese preciso instante. El carruaje estaba completamente cubierto, solo tenía pequeñas ventanillas por donde entraba el aire y permitía circular la ventilación.

Arthur había escogido un carruaje de este tipo, ya que, no podía ser identificado por nadie en el pueblo al recoger a la chica, debía mantener el secreto el mayor tiempo posible hasta que su plan diera resultados.

Después de aquel encuentro matutino en el cual habían conocido sus cuerpos y cuánto placer podían experimentar estando juntos, era difícil poder controlarse mientras se encontraban en el mismo lugar. El roce de los dedos de las manos de Arthur sobre la piel de Victoria, fácilmente la incitaban a comportarse de una manera inadecuada. Estaba justo en presencia de un príncipe, un miembro de la realeza que tenía modales, prestigio y era muy refinado. Victoria, no puede comportarse como una salvaje cuya única prioridad es el sexo, pero la tentación la devora por dentro.

La mano de la chica, sostuvo con fuerza la mano de Arthur, transmitiéndole una gran seguridad y una necesidad de tenerlo cerca de ella de manera indefinida. El gesto fue respondido por Arthur con una sonrisa muy sincera, lo que, permitió que Victoria se acercara su cuerpo y apoyara su cabeza en el hombro del príncipe. Al sentir el aroma de su cabello, Arthur podía perder el control rápidamente, por lo que, rodeó con su brazo el hombro de la chica y la abrazó fuertemente.

Victoria colocó su mano izquierda sobre el muslo del hombre, quien sintió como todo comenzaba a cambiar rápidamente. La mano de la inocente chica, se deslizó de manera casi imperceptible directamente hasta su miembro, rozándolo con sus delicados dedos como si quisiera jugar con él.

—Extraño lo que ocurrió esta mañana. Fue increíble. —Dijo Victoria.

El pene de Arthur comenzaba a endurecerse rápidamente mientras el carruaje avanzaba a toda velocidad directamente hacia el bosque. La luz del día comenzaba desaparecer y la noche caía de manera inclemente para ocultarlos mientras se desplazaban por un camino de tierra bastante irregular.

Fue entonces cuando Victoria comenzó a sentir como el miembro de aquel

caballero comenzaba a endurecerse. Su mano comenzó a tocarlo de manera más firme y frotaba la zona para estimular al caballero. Arthur recostó su cabeza sobre el espaldar del asiento, mientras cerraba sus ojos para disfrutar las caricias.

—¿Quieres que continúe? —Preguntó la joven.

Arthur no tenía voluntad para pronunciar una sola palabra, así que solo asintió con la cabeza. Acto seguido sintió como la chica tocaba cada vez con más intensidad, realizando movimientos suaves pero firmes.

Su miembro estaba cada vez más duro y parecía que iba romper su pantalón. Ante esta necesidad tan extrema de liberar su pene, el mismo Arthur liberó su pantalón, mostrando así un enorme y grueso miembro que Victoria tomó entre sus manos.

Su delicada boca dejó entrar la cabeza del miembro levemente realizando suaves lamidas que estimulaban al príncipe. El movimiento del carruaje hacía que el movimiento fuese involuntario, aunque muy satisfactorio para el caballero.

Victoria sujetaba con firmeza y frotaba con suavidad, mientras su lengua daba leves latigazos que complacían a su compañero, quien comenzaba a gemir ante la estimulación. Arthur se asomó por la pequeña ventanilla y vio que se acercaban al lugar, por lo que, comenzó a moverse para estimularse él mismo con la boca de su amante.

—Quiero acabar en tu boca. —Dijo Arthur.

El príncipe buscaba la autorización de la joven, pues no quería incomodarla.

—Me encantaría que lo hicieras. —Dijo la chica antes de volver a introducir el miembro dentro de su boca.

Sus manos comenzaron a frotar con mucha fuerza el pene del caballero, como si quisieran extraer hasta la última gota de semen. Unos pocos minutos después, fue así. Arthur estalló en el interior de la chica, dejando salir todos sus fluidos en una espesa masa de esperma, la cual corría por el tronco de su miembro mientras se mezclaba con una gran cantidad de saliva de Victoria.

La joven estaba satisfecha de haber complacido a su compañero, y este estaba fascinado por las habilidades de aquella joven, quien comenzaba a mostrarle muchas más razones para tenerla a su lado.

Después de limpiar todos los residuos que quedaron alrededor de su boca, ambos finalmente bajaron del carruaje. Al llegar al lugar, se encontraron con una vista espectacular del reino. Se podían ver las antorchas y luces del lugar,

mientras una brisa fría acariciaba sus rostros y sacudía el cabello de Victoria.

—Este lugar es hermoso. —Dijo Victoria.

—Pocos en el reino conocen este lugar, por eso te traje aquí, eres muy especial para mí. —Dijo Arthur.

Antes de continuar, Arthur dio señales al conductor del carruaje que se marchara, ya que necesitaba privacidad con la chica. Se acercó a ella, acarició su cabello y la besó suavemente. Arthur, intentando regresar el favor recibido minutos atrás, llevó su mano directamente a la zona genital de la plebeya, sintiendo como esta estaba muy húmeda.

—Me encanta sentirte así mojada. —Dijo Arthur antes de oler sus dedos después de tocar la zona genital de la chica.

Esto excitó mucho más a la joven, quien tomó los dedos del caballero y los succionó con mucha fuerza. Parecía que Arthur no tenía límites cuando se trataba de tener relaciones con Victoria, ya que, aunque había quedado satisfecho después de la sesión de sexo oral, su pene volvía a endurecerse al sentir como la chica lamía sus dedos.

Pero no era momento de volver a servirse del cuerpo de Victoria, ya que, su intención era complacerla a ella. Volvió a llevar a su mano en la zona genital la chica y esta vez apartó su ropa interior e introdujo sus dedos hasta el fondo de su vagina. Victoria gimió levemente, y sonrió al mostrar signos de placer proporcionado por aquellos gruesos dedos que le habían penetrado.

Sentía que sus piernas comenzaban a perder fuerza en función a las sucesivas penetraciones de los dedos de su compañero, por lo que, se sostenía con sus manos del cuello de Arthur, quien movía su mano de manera salvaje para hacer expulsar a la chica todos sus fluidos en medio de un orgasmo.

—Estoy a punto de llegar. No aguanto más. —Dijo Victoria.

Esto fue suficiente para que Arthur incrementará su velocidad y, sosteniendo la chica con una mano en la cintura y la otra realizando las penetraciones, logró que Victoria experimentara un orgasmo tan intenso, que una cantidad de fluidos exagerados salieron desde el fondo de su ser.

—¿Satisfecha? —Preguntó Arthur.

—¡Absolutamente!

Arthur lamió sus dedos, los cuales se encontraban empapados con los fluidos de la joven y disfrutó del néctar delicioso, para después sacar un pañuelo y entregárselo a Victoria para que se limpiara.

—Quiero que estés conmigo para siempre. —Dijo Arthur mientras acariciaba el cabello de la joven.

—Y a mí me encantaría estar contigo eternamente. Pero eres un príncipe...
—Dijo Victoria con cierta decepción.

Era el momento justo para que Arthur finalmente jugara la carta maestra que le daría la posibilidad de acceder a una vida con Victoria. Se inclinó para llegar hasta su bota, extrayendo una daga de unos 10 cm de longitud, lo que, asustó enormemente a Victoria.

—¿Qué haces con eso? —Preguntó Victoria mientras se alejaba un par de pasos.

La mirada en el rostro de Arthur cambió drásticamente. La felicidad que habían compartido durante minutos, se transformó en una oscuridad tremenda. Arthur no dijo una sola palabra y apuntó el filo del puñal directamente hacia su abdomen.

—Llévame a casa. Asegúrate de que mi padre sepa que fuiste tú quien me ayudó. —Dijo Arthur antes de incrustar el puñal en su estómago.

Victoria se quedó petrificada al ver aquella horrible escena, en la cual, el hombre del que se había enamorado, comenzaba a sangrar exageradamente a través de la zona abdominal.

—¡Arthur! ¿Qué has hecho? ¿Qué locura es esta? —Preguntó Victoria completamente desesperada.

Arthur se desplomó, cayendo sobre sus rodillas, mientras su mano intentaba detener el flujo de sangre.

A pesar de que sabía que era una completa locura, no se había arrepentido de lo que había hecho. Había dado una instrucción a Victoria y si esta quería salvarle la vida, debía obedecerla de manera inmediata.

—Deberás decirle a mi padre que intentaron asesinarme, y que, al encontrarme en el bosque, no tuviste otra opción que salvarme la vida. No tienes mucho tiempo. —Dijo Arthur.

Solo unos pocos segundos después, el príncipe se desvaneció, cayendo al suelo después de haber perdido el sentido. Victoria no podía creer en la situación en la que se encontraba, ya que, Arthur había comprometido su vida para darle una oportunidad a ella y ganarse el respeto de su padre, el rey. Pero trasladar a Arthur no sería fácil, y el carruaje había sido despachado de lugar, por lo que, la chica tomó a Arthur de los brazos y comenzó a tirar de él para llevarlo hacia el castillo.

Pero el príncipe no había dejado todo en manos de Victoria, ya que, a solo unos pocos metros, se encontraban un par de caballos atados a un árbol, los cuales servirían para trasladar, tanto al príncipe como a la chica. Al ver esto,

Victoria sintió que el cielo se había iluminado, tomando ambos animales para dirigirse rápidamente al castillo.

La vida de Arthur pende de un hilo y la rapidez de Victoria determinará si se salvará o no. Siente como su cabeza palpita por el impulso de adrenalina en su cuerpo, Victoria debe actuar rápido o el amor de su vida morirá.

VI

La huésped

Fueron los kilómetros más largos que había tenido que recorrer en su vida. Victoria, con el corazón en la garganta, corría a toda velocidad dirigiendo a ambos animales hacia el castillo de Aiskel. No tenía idea de cuán profunda era la herida que se había propinado Arthur, pero no debía confiarse y tiene que avanzar rápido para poder salvar la vida de este hombre.

No solo se trataba del sujeto que amaba, el futuro del reino entero estaba en sus manos, ya que, este debía ser quien asumiera el trono dentro de muy poco tiempo. Arthur, en medio de su desesperación por no contar con el apoyo de su padre para casi absolutamente nada que él deseara, no tuvo más opción que darle la posibilidad a Victoria de acceder al respeto por parte del rey.

No habría más mérito para alguien que salvar la vida de su hijo, lo que le permitiría, al menos, estar cerca de Arthur sin sospechas. Si aquella joven había salvado su vida, era muy lógico que sintiera una gran empatía por ella, y, por ende, sería muy natural que surgiera un sentimiento. Al llegar a las puertas del castillo con un hombre ensangrentado con ella, los guardias se alertaron, apuntando sus lanzas directamente hacia los caballos dirigidos por la plebeya.

—¡Traigo al príncipe Arthur! Está gravemente herido. —Gritó Victoria en medio de la desesperación.

Los guardias desbloquearon el acceso y permitieron que la chica trasladará al Príncipe directamente hacia el interior del castillo. Dos hombres se ocuparon de tomar al príncipe en sus manos mientras lo llevaban con uno de los médicos experimentales más importantes de aquel lugar. Victoria intentó seguirlos, pero el paso fue restringido.

Mientras esperaba en una enorme sala, la aparición del rey, acompañado de dos guardias fue una de las presencias más imponentes frente a las cuales había estado Victoria jamás. Aquel hombre había sido notificado de que su hijo había llegado con una grave herida de daga en su abdomen. Arthur era un guerrero excepcional, quien difícilmente sería herido de una manera tan absurda.

Pero, habiendo tantos enemigos del reino, cualquier cosa era posible. El viejo hombre desciende por las escaleras del castillo para encontrarse con Victoria y hacer algunas preguntas que aclaren la situación, ya que, ha dejado

en manos del médico de confianza a su hijo, quien tiene un 50% de posibilidades de sobrevivir. Ha perdido mucha sangre y aunque la herida no es tan profunda, ha dañado seriamente el tejido.

—¿Así que tú eres la chica que trajo a mi hijo? Tengo algunas preguntas que hacerte. —Dijo el hombre.

La amabilidad no era uno de las virtudes de este rey, quien siempre mostraba un carácter fuerte e inquebrantable cuando se dirigía a los pueblerinos. Victoria, de acuerdo a su aspecto, era una mujer humilde, por lo que, el rey sabía que se trataba de cualquier chica del pueblo sin mucha importancia.

—Es un honor conocerlo, su majestad. —Dijo Victoria mientras hacía una reverencia ante el rey.

—Eres una joven muy hermosa, ahora que me encuentro cerca puedo notarlo. ¿Quién eres? —Preguntó Casper.

—Mi nombre es Victoria, soy la bibliotecaria del pueblo, y quien ha salvado la vida de su hijo.

—Eso lo tengo muy claro, mi verdadera pregunta se refiere a que, ¿de dónde has salido? Y, ¿por qué estabas con mi hijo en el momento en que lo atacaron? —Preguntó el rey.

Victoria, quien era parte de una gran mentira, sentía ciertas dudas al contestar las interrogantes del rey. No quería cometer un error que comprometiera el futuro de Arthur, pero ella no estaba preparada para aquella situación.

—Escuché algunos gritos en el bosque, provenientes de una especie de discusión. Al ver cómo herían a un sujeto, corrí en su ayuda. —Respondió la chica.

El rey duró por unos segundos, pero la historia parecía ser cierta.

—¿Podrías identificar al atacante? —Preguntó.

Estaba muy oscuro, no fue sino hasta encontrarme frente a el príncipe cuando pude reconocerlo, por eso lo he traído hasta aquí, tan pronto como pude. Respondió Victoria.

—No tengo palabras para agradecerte lo que has hecho. Esperemos la evolución de mi hijo y sabremos recompensarte tu esfuerzo. —Dijo el rey antes de retirarse acompañado nuevamente de los guardias.

Victoria no sabía qué hacer, ya que, no tenía la menor idea de cuál era su situación en medio de aquella tragedia. Arthur se debatía entre la vida y la muerte y ella simplemente era su salvadora. Su vida se había convertido en un

completo desastre desde la aparición de Arthur, pero, aunque está confundida y contrariada, sabe que las cosas van como Arthur lo desearía.

—Disculpe, ¿debo retirarme? —Preguntó Victoria.

—No puedo permitir que la salvadora de la vida de mi hijo se vaya a estas horas. Dormirás aquí esta noche. —Dijo el rey.

Un par de sirvientes se acercaron a Victoria y le proporcionaron algunas toallas y vestiduras para que esta pudiera dormir cómodamente. Fue dirigida hacia una habitación de huéspedes que era mucho más grande que el lugar donde habitaba, donde pudo recostarse en una suave cama mientras pensaba en la salud de Arthur. No podía creer como era posible que aquel hombre hubiese sacrificado su vida para poder darle una oportunidad a ella de vivir aquel sueño que siempre había habitado en su corazón.

Soñaba con castillos y una vida de lujos, pero nunca había pensado en que esto llegaría realmente. Se había esforzado para conseguir el acceso al reino y estudiar para obtener sus propias pertenencias, su ambición no era conquistar a un hombre rico que le proporcionará absolutamente todo, era trabajar con sus propias manos para conseguir las cosas con su propio esfuerzo. La joven plebeya estaba viviendo el sueño de cualquier chica, el príncipe se había enamorado de ella y había cometido grandes locuras para poder estar juntos.

Arthur, en ese momento inconsciente, no tiene la menor idea de cuán grande sea vuelto el amor de Victoria hacia él, ya que, al poner su vida de por medio, le ha demostrado cuán significativo es la presencia de esta joven en su vida, por lo que, Victoria hará lo posible para que esto sea recíproco.

Los días comenzaron a transcurrir y Victoria había sido relevada de sus funciones en la biblioteca. El rey mismo había ordenado que la chica permaneciera en el castillo mientras la condición de salud de Arthur no mejorara.

Esto era positivo para la joven, ya que, cada día que pasaba en el castillo ganaba cierto crédito y podía ganar territorio con el rey. A veces cruzaba algunas conversaciones y palabras con el monarca, quien comenzaba a sentir un gran agrado por aquella joven chica.

Pero no solo los ojos de Arthur y Casper, se habían fijado en la belleza de Victoria, ya que, uno de los sirvientes del Castillo había puesto sus ojos en aquella joven mujer.

Dándose cuenta de que no era una simple plebeya, imaginaba que, al estar en el mismo estrato social, tendría una oportunidad con ella. El sirviente no tenía la menor idea de que Victoria tenía un vínculo sentimental con el

príncipe del reino, por lo que, intentaba cortejarla una y otra vez sin obtener éxito.

A simple vista se notaba que era un hombre de malos sentimientos, por lo que, Victoria había comenzado sentir cierto miedo al estar en el mismo lugar que este hombre cuyo nombre era Emanuel. Era uno de los sirvientes con más tiempo trabajando en el castillo, quien se había ganado la confianza tanto de Casper como de Arthur. Cumplían múltiples labores en aquel lugar, y podía desplazarse por todo el castillo sin ninguna autorización.

Esto le daba cierta ventaja para poder estar cerca de Victoria sin que esta lo notara, ya que, había llegado hasta el límite de espiarla mientras se encontraba en su habitación. Las paredes del castillo tenían muchos secretos, y Emanuel había creado acceso a esta habitación a través de un pequeño orificio donde podía espiar a la chica mientras se desvestía antes de tomar un baño o mientras se cambiaba de ropa para ir a dormir.

Su forma de espiar a Victoria era enfermiza, ya que, había llegado hasta el punto de la obsesión. La joven, quien ya había pasado más de dos semanas en el castillo, aún no había visto por primera vez a Arthur desde que este había sido herido por sus propias manos. Comenzaba a desesperarse al no tener noticias de él, y cada vez que preguntaba por su estado de salud, simplemente recibía una respuesta básica y sin demasiadas explicaciones.

El rey quería tenerla cerca para que fuese el propio Arthur quien descartara la posibilidad de que fuese ella quien lo había herido, pero sus intenciones estaban a punto de perjudicar a Victoria. Durante la madrugada, el castillo era completamente silencioso, siendo el lugar perfecto para el descanso. Arthur, quien aún no despertaba, había sanado muy rápidamente, el médico había hecho un trabajo excepcional y su herida curaba progresivamente.

Le habían sido administrados una gran cantidad de medicamentos que lo mantenían inconsciente de forma inducida, de esta forma su sanación sería mucho más rápida. Aquella noche, mientras ciertos espasmos involuntarios parecían molestar a Arthur, como si quisieran despertarlo, Emanuel había tomado la determinación de dar un golpe certero en la habitación de Victoria.

La chica se había quedado despierta hasta tarde leyendo algunos libros, pero finalmente había sido vencida por el sueño. Decidió quitarse las vestiduras para ponerse más cómoda por lo que, dejó caer su vestido al suelo para quedar completamente desnuda. En ese preciso instante, la puerta de su habitación se abrió abruptamente, ingresando de manera desesperada un

hombre cuyas intenciones eran perfectamente claras.

Emanuel, un hombre de casi 2 m de estatura ingresó a la habitación mientras cerraba con llave la puerta. El terror invadió a Victoria, quien tomó sus vestiduras y se cubrió rápidamente de manera superficial.

—¿Qué estás haciendo aquí? Sal de mi habitación antes de que comience a gritar. —Dijo Victoria.

—Podrás gritar todo lo que desees. Pero nadie te escuchará. —Respondió el enfermo hombre.

Emanuel se había encargado de colocar una sustancia en la cena del rey, lo que lo había hecho caer en un profundo sueño que no perturbarían ni las explosiones de cañones aun lado de su cama. Emanuel estaba seguro de que finalmente conseguiría su objetivo, por lo que, se acerca lentamente caminando hacia Victoria, quien se aleja rápidamente del. No se trata de una joven cualquiera que se dejará atacar sin defenderse, pero la contextura de Emanuel es mucho más grande que el cuerpo delgado y frágil de Victoria

—Será mejor que no me subestimes. —Dijo Victoria antes de tomar un candelabro de hierro ubicado sobre una pequeña mesa en su habitación.

—Haz todo lo que creas necesario para defenderte. Todo será inútil. —Dijo el caballero mientras se quitaba la camisa.

Emanuel estaba completamente decidido a violar a Victoria, abusar de ella era la única forma en que podría acceder a su cuerpo, ya que, esta había mostrado un desinterés absoluto hacia él.

—Si no te resistes, lo disfrutarás. —Dijo el hombre.

Las paredes de la habitación parecían hacerse cada vez más pequeñas, asfixiando a Victoria, quien estaba a punto de entrar en un colapso nervioso. Estaba a punto de ser víctima de un hecho atroz, encontrándose en el lugar donde creía que sería la mujer más feliz del mundo.

La conexión existente entre el príncipe y la plebeya, parecía ser algo sobrenatural, ya que, de manera curiosa, lo que no había ocurrido en tanto tiempo, finalmente pasó. Los ojos de Arthur se abrieron abruptamente, como si un aviso lo estuviese llamando a despertar.

Al encontrarse con vida, supo perfectamente que su plan había dado resultado, de lo contrario, habría muerto en el camino hacia el castillo después de incrustarse la daga en su abdomen. Colocó su mano sobre la zona de la herida, y pudo ver que esta había cerrado casi totalmente.

El médico hacía uso de una tecnología y medicinas evolucionadas que sanaban la piel y regeneraban el tejido de manera casi inmediata en

comparación con otros reinos. Arthur tenía muy poca energía, pero no pudo quedarse acostado en aquella cama y decidió ponerse de pie. Caminaba dando tumbos de un lado al otro de manera torpe, sus piernas no se habían ejercitado en muchos días.

Necesitaba encontrar a alguien que le diera respuestas, por lo que, abandonó la habitación y comenzó a caminar por aquel corredor sin saber hacia dónde ir. Parecía una especie de magnetismo que lo guiaba directamente hacia donde estaba ocurriendo el hecho horrendo perpetrado por Emanuel, ya que, iba directamente hacia la puerta de aquella habitación. La vista de Arthur es borrosa, y sus manos palpan las paredes para intentar mantener el equilibrio.

Pero su oído no pudo engañarlo, cuando escuchó la voz de Victoria gritando por auxilio, sus sentidos se agudizaron aún más. No podía ser nadie más, era Victoria, por lo que, aceleró su paso y se dirigió hacia aquella puerta bloqueada que lo separaba de la mujer que amaba, estando a punto de ser atacada por uno de sus hombres de confianza.

Emanuel ya había inmovilizado a la chica sosteniéndola por las muñecas, mientras su lengua había recorrido desde su cuello hasta sus mejillas. Victoria había intentado defenderse al golpear al hombre con el candelabro de hierro, pero este se había deshecho al chocar con el antebrazo de aquel fornido hombre.

Emanuel, lleno de maldad, se había tomado el tiempo para disfrutar de su encuentro, por lo que, hacía todo con lentitud y calma, pero esta demora, le costaría más caro de lo que él creía. Cuando se destinaba a quitarse el pantalón para finalmente llevar el acto a cabo, la puerta sonó tres veces.

—¡Abran la puerta! ¿Qué está pasando allí? —Dijo Arthur con una voz muy débil.

Emanuel pudo ver las intenciones de Victoria de gritar para poder alertar al príncipe de lo que estaba pasando, por lo que, puso su mano sobre la boca de la chica interrumpió sus gritos.

Arthur no era ingenuo, por lo que, intentó derribar la puerta con algunos golpes, pero era inútil, se encontraba muy débil. La única forma de entrar en aquella habitación era a través de las ventanas, por lo que, decidió ir a la habitación continua y salir por la ventana para poder trasladarse hacia el lugar en donde se encontraba Victoria.

—Se ha ido... Es momento de hacerte mía.

Victoria se desplomó violentamente sobre el colchón, llorando angustiada

ante la imposibilidad de defenderse. Arthur arriesgaba su vida por segunda vez, podía ver hacia el vacío y sentirse mareado al desplazarse por un borde muy pequeño en lo alto de las afueras del castillo. Sus movimientos eran torpes y lentos, pero hasta ese momento, era la única oportunidad de Victoria de salir airoso de aquella situación.

El tiempo corre y se agota.

VII

Desterrados

Aunque su paso era lento y torpe, Arthur finalmente pudo llegar hasta la ventana de la habitación de Victoria. Esta se encontraba bloqueada con el seguro, por lo que, su intento por ingresar no dio resultados.

No tenía más opción que embestir el obstáculo de cristal y atravesar la ventana. Esto lo haría justo en el momento preciso antes de que Emanuel finalmente ultrajara el cuerpo de Victoria, quien se encuentra absolutamente desnuda sobre la cama, indefensa ante los deseos de un hombre notablemente más fuerte que ella.

Al escuchar la explosión de los cristales, los cuales cayeron al suelo de manera abrupta, Emanuel se alarmó, ya que, no esperaba tal demostración de interés por parte de Arthur. Desconocía la relación que existía entre aquella plebeya y el príncipe, imaginando que solo se trataba de una simple amistad vinculada al hecho de que le había salvado la vida.

—¡Príncipe! ¿Te encuentras bien? —Dijo Emanuel mientras se acercaba a Arthur para ayudarlo a levantarse.

Arthur, al saber perfectamente lo que está ocurriendo en aquella habitación, apartó la mano de Emanuel, quien había ofrecido su ayuda.

—Esto lo pagarás muy caro. —Dijo Arthur mientras tomaba fuerzas para levantarse.

—Príncipe... Yo no sabía. Por favor perdóneme. —Rogaba Emanuel al saber su destino.

Victoria se cubría con las sábanas, mientras lloraba desesperadamente al verse a punto de atravesar uno de los episodios más traumáticos de su vida. Sus sentimientos se encontraban divididos, ya que, se combinaba la emoción de volver a ver a Arthur en pie y el terror de haber enfrentado a un hombre que estuvo a punto de violar su cuerpo.

Cuando Arthur finalmente pudo ponerse de pie, tenía toda la intención de combatir contra Emanuel, pero era una batalla bastante desigual, ya que, con un par de golpes, Emanuel acabaría con la vida del príncipe. Esta no sería la decisión más inteligente, pues todo el peso de la ley caería sobre el sirviente.

De igual forma, por la mente de Emanuel atravesaban todas las posibilidades que vendrían en el futuro, ya que, había quedado expuesto ante

los ojos del propio príncipe, quien acababa de descubrir que era un depravado sexual.

Sus intenciones de violar a la invitada, no pasarían por alto, por lo que, debía ser juzgado. La pena máxima en el reino de Aiskel era la horca, por lo que, aquel sirviente, el cual había quedado reducido a lágrimas y temblores involuntarios en su cuerpo debido al miedo, estaba siendo invadido por el pánico y la desesperación. Sin demasiadas oportunidades, Emanuel se desplomó ante los pies del príncipe, implorando piedad por su vida, ya que, no era necesario que Arthur dictara una orden para saber qué es lo que le espera en un futuro cercano.

—Me he dejado llevar por mis impulsos. No sé qué me pasó por favor perdóname.

—No me toques con tus asquerosas manos. —Dijo Arthur mientras pateaba el rostro de Emanuel

El príncipe sentía un profundo asco por aquel hombre, ya que, este había colocado sus manos sobre la mujer que amaba, y lo único en lo que pensaba en ese momento era en asesinarlo con sus propias manos. Pero el estado de salud de Arthur no estaba totalmente recuperado, por lo que, era imposible que el príncipe pudiese hacer algo para castigar al sirviente de manera física.

—Morirás ante la vista de todos, juzgado como un enfermo sexual. —Dijo Arthur.

—No, príncipe. Por favor no lo hagas. —Dijo Emanuel, lleno de lágrimas.

Arthur dio algunos pasos hacia la cama para asegurarse de que Victoria se encontraba bien, mientras la chica se acercaba a él para refugiarse en sus brazos. Emanuel entendió que había un vínculo mucho más fuerte entre estos dos personajes de lo que él podría imaginar, por lo que, las consecuencias eran inevitables. Sin más oportunidades, Emanuel tomó la decisión abrupta de saltar por la ventana y quitarse la vida él mismo antes de ser ridiculizado y juzgado públicamente.

Al encontrarse en un nivel superior, la altura era bastante considerable, por lo que, al caer sobre su cuello, Emanuel murió casi de manera instantánea, quitándose de encima el peso de ser visto por todo el pueblo como el hombre que casi viola a la novia del príncipe. Posiblemente este era el único ser que sabía realmente la verdad acerca de lo que está pasando entre Arthur y Victoria, pero gracias a que había fallecido en ese instante, no se convertiría en un dolor de cabeza para Arthur.

—¿Te encuentras bien? —Preguntó Arthur mientras sus manos palpaban en

el cuerpo de Victoria.

—¡Estás vivo! No tienes idea de cuánto me alegra verte de nuevo. —Dijo Victoria colocando sus manos en el rostro del príncipe.

El caballero abrazó a la joven, refugiándola en sus brazos como si no quisiera dejarla ir jamás. Disfrutó del aroma de aquel cabello que tanto había extrañado, mientras los besos de la chica, fueron la cereza del pastel.

Aquel toque mágico que tenían los carnosos labios de Victoria, surtió efecto de manera inmediata. Parecía que el estado de salud de Arthur comenzaba a mejorar en función a la cantidad de besos que recibía de aquella chica, sintiéndose fuerte y viril nuevamente.

Cada vez los besos fueron más intensos, y parecía que aquel episodio en el cual había terminado un hombre muerto a las afueras del castillo, había quedado olvidado instantáneamente, ya que, Arthur se metió a la cama de la plebeya e hicieron el amor de manera salvaje aquella misma noche. La debilidad y la poca fuerza en el cuerpo de Arthur no fue ningún problema, ya que, sería la propia Victoria quien se encargaría de todo durante aquel encuentro.

Le proporcionó un placer inimaginable al príncipe, quien recién había vuelto a la vida y había sido recibido de la manera más particular que pudiese imaginar. Había visto morir a su sirviente de confianza, y acto seguido estaba haciéndole el amor a la mujer que amaba y a quien deseaba con absoluta locura.

En medio de aquella sesión de sexo descontrolada, Arthur estaba completamente seguro de que esta era la mujer que quería tener a su lado el resto de su vida, por lo que, comienza a jugar en su mente con la idea de que es el momento de revelarle a su padre, el rey Casper, qué es lo que está pasando en ese preciso instante.

Ya no vale la pena ocultar absolutamente nada, pues lo que podría ocurrir podría generar consecuencias mucho más graves que el hecho de enfrentar la realidad. Después de amanecer en la cama acompañado de su hermosa plebeya, Arthur está dispuesto a confesarle a su padre el amor que siente por Victoria.

El rey es sorprendido en las horas de la mañana mientras toma el desayuno. No está al tanto de lo que ocurrió durante la noche, y un fuerte dolor de cabeza lo tiene aturdido. Las sustancias colocadas en su comida la noche anterior por el propio Emanuel, lo han dejado muy golpeado, y al tener un estado de salud bastante desgastado y delicado, el daño ha sido un poco

severo.

Al desconocer esta situación, Arthur ingresa a la sala tomado de la mano de Victoria, una imagen que llenó de confusión al rey, quien experimentó una gran felicidad de ver a su hijo de pie, pero al ver como sujetaba a la chica, la ira se apoderó de él.

—¡Hijo! ¡Estás bien! Déjame darte un abrazo.

—Qué gusto verte, padre.

Ambos caballeros unieron en un abrazo muy fuerte, pero este gesto no significaba que la molestia del rey había desaparecido.

—Victoria, buenos días. ¿Podrían explicarme qué está pasando? —Dijo el rey.

—Podría pasar días narrándote la historia, padre. Pero seré breve. Victoria no solo es la mujer que salvó mi vida, es la mujer que amo y a quien quiero convertir en mi esposa. —Dijo Arthur.

Victoria había divagado con aquella idea muchas veces, pero nunca pensó que su sueño se hiciera realidad. La posibilidad de convertirse en esposa del príncipe nunca había sido tan real como en ese momento en que escuchó las palabras del propio Arthur diciéndoselas a su padre. La sonrisa que se había dibujado en el rostro del rey al reencontrarse con su hijo se borró de manera inmediata.

La confusión, las dudas y una gran cantidad de interrogantes se formaron en la mente del rey, quien pensaba constantemente en el futuro del reino. No era posible que Arthur estuviese enamorado de una simple plebeya, una pueblerina que recién había aparecido en su vida y que de pronto querría ascender al poder.

En la mente del rey Casper, solo se trataba de una chica oportunista que estaba buscando las posibilidades de conseguir acceso a riquezas a través de la manipulación de su hijo. Esto era completamente natural, ya que, Casper actuaba como un padre sobreprotector que lo único que quería era el bienestar de Arthur.

—Lo que dices no tiene ningún sentido. La herida y los medicamentos deben haber hecho un grave daño en ti. —Dijo Casper antes de dar la espalda a su hijo.

—Lo que te digo es completamente cierto y no cambiaré de parecer. — Respondió el príncipe.

—Es inaceptable. Y si quieres hacer tu voluntad, tendrás que fundar tu propio reino y hacer las cosas a tu modo. —Dijo el rey.

Arthur miró fijamente a los ojos de Victoria para confirmar una vez más que lo que estaba ocurriendo tenía una razón de ser sólida y transparente. Al verse reflejado en aquellos ojos verdes de la plebeya, Arthur supo perfectamente que era allí donde quería vivir, en esos ojos llenos de sinceridad y amor que le habían transformado la vida de la noche de la mañana. Fue entonces cuando decidió tomar la decisión más determinante que jamás hubiese pensado que tomaría.

—Renunciaré al reinado si es necesario. Si no cuento con tu apoyo pues me iré. —Dijo Arthur.

Victoria no podía creer lo que escuchaban sus oídos, ya que, aquel príncipe estaba renunciando absolutamente todos los beneficios y una vida asegurada, simplemente por estar con ella, descubriendo que el amor que siente Arthur es mucho más grande que cualquiera que hubiese conocido algún humano.

—Arthur, no lo hagas. Respondió la princesa mientras intentaba detener la locura.

—Ya está hecho. Ya él tomó su decisión. —Interrumpió el rey.

No había más palabras que decir, el príncipe había desertado del reinado por amor, y el rey no estaba dispuesto a aceptar que una simple plebeya ascendiera al trono en compañía del príncipe, por lo que, las relaciones entre padre e hijo se habían fracturado inevitablemente aquella misma mañana. Arthur abandonó la sala acompañado de Victoria para no volver a ver el rostro de su padre jamás.

Prepárate, saldremos en una hora. —Dijo Arthur dirigiéndose a su compañera.

Victoria no podía creer nada de lo que estaba pasando, todo un reino se estaba viendo destruido por su simple aparición en la vida de Arthur. Ella no había buscado aquel destino para el príncipe, ya que, su única intención era brindarle amor, apoyo y comprensión a este joven que se le había metido en el corazón de manera gradual.

Sus planes en aquel reino no eran los de convertirse en princesa, simplemente quería evolucionar a través de los conocimientos que impartían en aquel lugar. De la noche a la mañana, había conseguido destruir aquel reino, fracturando las relaciones entre el rey y su hijo, quién sería su sucesor en los próximos días.

—Arthur, no puedo permitir que hagas esto por mi culpa. No iré a ninguna parte contigo. —Dijo Victoria.

—No debes sentirte culpable por lo que está pasando. Esto ocurriría tarde o temprano, nunca he tenido el apoyo de mi padre para absolutamente nada. Ha terminado. —Dijo Arthur.

La decisión y determinación que mostraba el príncipe a través de sus ojos llenaron de terror a Victoria, ya que, sabía que todo se vendría abajo una vez que Arthur abandonará el reino. Tal y como le había indicado el príncipe, una hora después, ambos se encontraban sobre sus caballos dirigiéndose a las afueras del reino. Arthur es desterrado por su propio padre al no cumplir con sus demandas de olvidar el amor de aquella chica.

El príncipe sabe perfectamente cuáles serán las consecuencias de su decisión, aunque algunas de ellas serían inimaginables para el atractivo amor de Victoria. Durante todo el camino hubo un silencio ensordecedor, solo se escuchaba el cantar de las aves y el galope de los caballos, ya que, Victoria no tenía intenciones de iniciar una conversación entorno a lo ocurrido.

Para Arthur, ya todo estaba hecho y era momento de iniciar una nueva vida junto a la mujer que amaba, aunque detrás de él había dejado al único hombre que se había preocupado por él durante toda su vida.

Es inevitable para el príncipe sentir una gran presión en el pecho al saber que posiblemente no volverá a ver a su padre. Su estado de salud es delicado, y ha desmejorado mucho en los últimos días. Para el rey, su hijo ha muerto, y la ira lo consume a tal punto que lo lleva hasta la desesperación. Sabe perfectamente que, al no tener otro heredero, el reino se verá en un estado crítico tras su partida física.

Y aunque parecía increíble, aquel nivel de estrés y preocupación parecía haber acelerado enormemente el deterioro de su salud, ya que, esa misma noche, tan solo 10 horas después de la discusión con su hijo, el rey había caído en cama en una situación de salud muy delicada. El médico de la familia no había podido hacer absolutamente nada por él, ya que, parecía que su corazón comenzaba a apagarse gradualmente.

A las 11:00 p.m. de la noche de un día triste y oscuro para el reino de Aiskel, el rey Casper cerró sus ojos y murió en la tranquilidad de su cama, aunque su corazón estaba lleno de dolor y decepción. Arthur y Victoria habían llegado hasta una cabaña en el bosque, en donde guardias del reino solían acudir con mujeres a desarrollar fiestas clandestinas y disfrutar de la diversión nocturna. No era el lugar más bonito para llevar a una dama como Victoria, pero esto para ella no era importante.

Arthur se veía disperso y confundido, pero no sería sino hasta la hora de la

muerte de su padre, que Arthur se desplomaría en llanto al internalizar lo que está ocurriendo.

No solía actuar de forma tan impulsiva, pero ya no había marcha atrás, y un profundo presentimiento parecía gritarle que algo muy grave había ocurrido. Por momentos, sintió ganas de regresar, pero no tenía intenciones de lidiar con un rey testarudo que intentaría manipularlo hasta que finalmente lograra hacer su voluntad una vez más con la vida de Arthur.

Estaba cansado de ser manejado por el rey, era momento de iniciar su propia vida, por lo que, debía ser firme y establecer sus propias reglas a partir de ese momento.

—¿Te sientes bien? —Preguntó Victoria.

—Sí, solo es un presentimiento. Duerme tranquila, nos iremos por la mañana.

Arthur estaba decidido a pedir la mano de Victoria a sus padres, ese era su destino próximo, las lejanas tierras de Fralgar.

VIII

Regresos inesperados

El reino de Aiskel ha quedado con un vacío de poder absoluto, ya que, tras la muerte del rey no hay ningún sucesor. Todos los habitantes de aquel lugar sienten una incertidumbre muy aguda al no saber cuál será su destino.

Acostumbrados a ser guiados de manera efectiva por un rey bondadoso inteligente, ya no saben cuál será el camino que les depara el futuro. La noticia del destierro de Arthur se ha vuelto de dominio público, por lo que, no hay nadie que pueda ocupar el lugar del rey de manera automática.

Podría generarse un conflicto interno a la hora de establecer quien asumirá el poder, por lo que, el reino de Aiskel atraviesa una de las peores crisis conocidas. Todos claman por el regreso de Arthur, ya que, se sabe que es un joven gentil y que fácilmente llenaría los zapatos de su padre para guiar al pueblo hacia el mejor futuro. Nadie sabe cuál es el paradero de Arthur, ya que, no ha dejado pistas ni rastros durante su partida.

Un comité de emergencia se ha formado para poder solventar la solución, donde los hombres más talentosos y estudiosos del reino de Aiskel se han reunido para poder tomar medidas y no dejar que el reino caiga en un estado de crisis que no pueda manejar.

—La decisión de Casper ha sido catastrófica para todos. Debemos elegir un líder. —Dijo el más anciano de todos.

—No se trata de hoy liderazgo, se trata de valores. —Respondió alguien.

—Aiskel es un reino que ha estado en la mirada de los enemigos durante muchos años, no podemos mostrar debilidad a estas alturas. —Agregó alguien más.

Cada uno daba su opinión acerca de aquella situación, pero eran más las opiniones que las soluciones que le daban a la problemática, ninguno tenía la respuesta precisa para encontrar la manera de salir de aquella problemática, por lo que, se escudaban en su propio razonamiento y no daban luces hacia la solución de aquella crisis. Mientras estos hombres conversaban y opinaban, Arthur se encontraba cada vez más lejos del reino y más cerca de su destino.

Su camino hacia el encuentro con los padres de Victoria, había sido constante, y estaba decidido a mostrarse frente a los progenitores de la mujer que amaba como el hombre que le proporcionaría un futuro seguro y estable.

Se movían a caballo durante el día y paraban durante la noche para descansar, no sería fácil llegar allí, pero Arthur estaba decidido a hacerlo.

El corazón de Victoria estaba lleno de ilusión, al saber que el hombre realmente estaba comprometido a estar con ella el resto de su vida. No cualquiera podía renunciar al trono de uno de los reinos más importantes de la tierra, por lo que, Victoria sabe perfectamente que el amor que pregona Arthur es genuino y sincero.

El comité había tomado su decisión, era momento de hacer volver a Arthur, pues la decisión del destierro había sido tomada de manera personal por Casper, el pueblo no tenía que asumir las consecuencias de una decisión que había sido tomada en medio de la ira. Arthur debía volver y ejercer sus funciones como rey, ya que, la ruptura había sido con su padre, no con el pueblo de Aiskel.

Cientos de guardias a caballo fueron enviados en busca de Arthur, pero era como buscar una aguja en un pajar, ya que, no había manera de determinar cuál había sido su destino. Pero esta solución era mucho más efectiva que simplemente sentarse a esperar a que surgiera un mesías o un líder que los llevara por un buen camino.

Confiaban en Arthur y era él precisamente a quien necesitaban en el reino. Pero el comité había cometido un error terrible, ya que, habían utilizado gran parte de su caballería defensiva para dedicarse a buscar a Arthur, lo que había debilitado notablemente al reino en caso de una invasión.

Aquellos que siempre estaban acechando al reino en busca de los secretos tecnológicos y científicos del lugar, vieron finalmente una oportunidad para poder ingresar sin muchos inconvenientes. El reino de Aiskel se encontraba en el estado más vulnerable de su historia, por lo que, era una oportunidad de oro para sus enemigos.

Las tropas de algunos reinos vecinos comenzaron a armarse para atacar, ya que, una vez que lograron conquistar este reino, tendrían acceso a todo el poder oculto detrás de los estudios de los hombres que habitaban en Aiskel.

Para ese momento, Arthur se encontraba muy cerca de las tierras de Fralgar, las cuales eran una mina de oro para aquellos que trabajaban con la agricultura y la ganadería. Era un lugar hermoso, y Victoria se sentía llena de emoción al volver a pisar esas tierras que había abandonado hacía ya algún tiempo.

—Se siente bien volver. —Dijo Victoria.

—Es un lugar muy bello. Podríamos vivir aquí para siempre. —Dijo

Arthur.

—¿Realmente no piensas regresar? —Preguntó Victoria, quien sabía que el destino de Arthur era ser rey.

El príncipe ignora la pregunta y aceleró el paso de su caballo.

Ambos llegaron a una pequeña cabaña con algunos animales a las afueras de esta, era una cabaña de ensueño, el lugar perfecto en el que cualquier niño desearía crecer. Patos, bueyes, cabras y cerdos, caminaban libremente por todo el lugar, mientras el pasto verde hacía contraste perfecto con el cielo azul. Victoria y Arthur descendieron de sus caballos para caminar hasta la puerta, siendo recibidos de manera efusiva por la madre de Victoria.

—¡Hija mía! ¡Esto debe ser un milagro! —Gritó la mujer.

Victoria no pudo contener las lágrimas al volver a encontrarse con su madre.

—¡Cristian, nuestra hija ha regresado! Ven aquí.

Arthur veía la escena con mucha emoción, ya que, era un reencuentro del que muchas veces había hablado con Victoria.

El hombre que se mostró no parecía estar muy contento con el regreso de su hija, ya que, había algo detrás de aquella situación que la joven no conocía.

—Has traído un amigo a casa. Sean bienvenidos. Vamos a adentro. —Dijo la mujer mientras abrazaba a su hija e invitaba a su compañero a entrar.

A la mesa se sirvieron los postres más deliciosos y los platos más exquisitos que Arthur alguna vez hubiese probado. Ni el chef más prodigioso del reino tenía tal nivel de calidad culinaria, por lo que, disfruta de la comida con gran gusto.

Risas, historias y anécdotas son relatadas por cada uno de los personajes que se encuentran sentados a la mesa, pero todo ese episodio de felicidad y alegría, se convertiría en un drama total tras la intervención de Victoria.

—Creo que ya es el momento de que sepan la verdadera razón por la cual estoy aquí. —Dijo la joven.

Un silencio rotundo se generó en aquella pequeña sala, la cual era pequeña y muy acogedora.

—También tenemos algo que comentarte, pero tu primero, hija. —Dijo la madre de Victoria.

—Arthur no es solo un amigo, es el hombre que amo. —Dijo la joven con cierto temor.

Era el momento de intervenir para el joven, quien debía decir las palabras cruciales que sellarían el compromiso.

—Es verdad. Ambos estamos enamorados y me encantaría que aceptaran que me casara con su hija. —Dijo el príncipe, quien no ha revelado su verdadera identidad.

—¡Es imposible! —Dijo la mujer antes de pararse abruptamente de la mesa.

Victoria se vio extrañada al ver la actitud de la mujer, ya que, se había proyectado muchas veces en aquella situación y siempre había contado con el apoyo de su madre, por lo que, esta reacción la dejó completamente desconcertada. Acto seguido, Victoria se puso de pie y caminó detrás de su madre, necesitaba respuestas y al parecer no las obtendría delante de Arthur.

—¿Qué te ocurre, madre? ¿Por qué has actuado así? —Preguntó Victoria.

La mujer mostraba una molestia increíble en su rostro, era como si los planes de Victoria interrumpieran algo que ella ya había establecido previamente.

—No me interesa quién es ese joven, no puedes casarte con él. —Dijo la madre.

—Es el hombre a quien amo. ¿Por qué no podría casarme con él?

—Hemos prometido tu mano a Argor, y es con él con quien debes casarte, de lo contrario perderemos estas tierras.

Victoria sintió como si una gran cantidad de hormigas recorrieran su cuerpo, ya que, conocía perfectamente quién era Argor y cuáles eran sus condiciones en aquel lugar. Este era el propietario de una gran cantidad de terrenos de la zona, quien cobraba una fuerte suma de dinero por no desalojar a los habitantes. Era un matón, un asesino y temido por todos los habitantes de Fralgar.

—¿Cómo pudiste hacer eso? Además, no tenía planes de volver. ¿Qué pensabas hacer? —Dijo Victoria.

—Solo dependíamos de eso. El destino te trajo hasta aquí y ahora no podrás irte jamás. Debes casarte con Argor.

—¡Eso no va a pasar! No me casaré con ese ser despreciable. — Respondió Victoria de forma grosera.

Recibió una bofetada instantánea propinada por su propia madre, lo que llamó la atención de Arthur, quien se paró de la mesa y fue acompañar a su amada. El padre de Victoria no intervino.

—He escuchado todo lo que han dicho desde la mesa y no puedo callar más. Soy Arthur, príncipe de Aiskel, y podría pagar por estas tierras si lo desean.

La mujer soltó una carcajada al no creer las palabras del joven, pensaba que estaba completamente loco al asegurar que era el príncipe de uno de los reinos más poderosos.

—Todo está dicho, te casarás con Argor y tú, muchacho, puedes dormir aquí esta noche, pero deberás irte en la mañana.

—No permitiré que Victoria se case con ese sujeto, pelearé por ella. —
Dijo Arthur.

Había intereses encontrados en toda aquella situación, ya que, Argor deseaba a Victoria desde hacía ya un tiempo, por lo que, había permitido a los padres de la chica poseer aquellas tierras a cambio de su mano.

Esto se vieron seducidos por esta oportunidad y no dudaron ni un segundo en comprometer a su hija con aquel hombre que destruiría su vida sin dudarlo. El padre de Victoria pensó que su hija nunca volvería, pero al verla, supo que su destino estaba marcado.

—Llévame con ese tal Argor, lo retaré a un duelo a muerte, quien sobreviva será el compañero de Victoria por vida. —Dijo Arthur dirigiéndose a la madre de Victoria.

—No eres rival para Argor, pero si eso quieres, así será.

—¡No, Arthur! Te matará...

Victoria intentaba impedir la locura que estaba desarrollándose en ese instante, pero Arthur estaba determinado y la madre de Victoria quería quitarlo del medio. Confiaba ciegamente en que Argor acabaría con este joven que decía ser el príncipe de Aiskel, así que lo llevó con él.

Tocaron a la puerta de una gran casa, la cual estaba elaborada en sólida piedra y su puerta estaba hecha de roble.

—¿Quién toca? —Se escuchó desde su interior.

—Argor, lamento molestarte. Necesito hablar contigo. —Dijo la madre de Victoria.

El hombre se mostró, con un aspecto intimidante que respaldó la confianza de la madre de Victoria, quien sabía que con un solo golpe partiría en dos a Arthur.

—¿Qué deseas? —Dijo el hombre.

—Esta situación es incómoda para mí, pero este sujeto dice ser el prometido de Victoria, y quiere demostrarte su fuerza en un duelo.

El hombre fornido, de cabeza rapada y barba de 30 cm de largo, soltó una carcajada y colocó sus manos sobre su gran barriga.

—¿Quieres retarme en un duelo? ¿Tú, muchacho? Pues acepto... —

Respondió el hombre con mucha confianza.

Se dirigió hacia el interior de su casa nuevamente, saliendo de ella con una gran hacha en su mano.

Arthur había cometido un grave error, ya que, no había contemplado que el duelo se llevaría a cabo en ese mismo momento, por lo que, no se preparó. No tenía espada ni escudo, por lo que, debía usar sus manos e inteligencia para poder salir con vida de aquel duelo.

Victoria se había quedado encerrada en la cabaña de sus padres, no debía estar en aquel lugar, ya que, posiblemente vería morir al hombre que amaba, por lo que, la desesperación la invade mientras encuentra acompañada de su padre.

—Debes confiar en el destino, hija. Si ese muchacho está en tu futuro, todo saldrá bien. —Decía el gentil hombre intentando calmar a su hija.

El combate dio inicio, y el hacha pasaba muy cerca del rostro de Arthur en cada oportunidad. Apenas tenía posibilidades de esquivarlo, y un ataque cuerpo a cuerpo no surtiría resultados en contra de un hombre tan grande. Era musculoso y pesado, por lo que, Arthur no tenía posibilidades contra él.

Su única defensa eran las condiciones físicas de aquel hombre, ya que, siendo más ágil que él, podría agotarlo hasta poder aprovechar su propia arma para derrotarlo. Así lo hizo, Arthur se dedicó a esquivar al hombre una y otra vez, haciéndolo perder la paciencia de manera instantánea, liberando toda la fuerza bruta de este caballero.

—¡Deja de esquivarme, maldita sea! Eres un cobarde. —Decía el hombre mientras atacaba insistentemente con su hacha.

Después de una hora de repetidos movimientos similares, Argor se encontraba agotado, lo que se evidenciaba en su respiración. Arthur no había recibido un solo ataque, había logrado esquivar cada uno de los intentos del hombre por asesinarlo, pero también estaba comenzando sufrir del agotamiento.

En un último ataque, Arthur no vio un árbol que se encontraba detrás de él, por lo que, al darse media vuelta para intentar esquivar un ataque, estrelló su rostro contra la superficie del tronco de aquel sólido roble.

Quedando confundido, Arthur cayó al suelo, siendo una presa fácil para el gigante que se acercaba a él para acabar con el trabajo. Su hacha se levantó para cortar su cabeza, pero Arthur logró esquivarlo en el último momento.

El filo de la hoja logró alcanzar apenas el rostro de Arthur, cortando y dejando una herida profunda en su mejilla. El hombre estaba completamente

dispuesto a asesinarlo y quitarlo del medio, por lo que, Arthur no podía dejarse vencer, el amor de Victoria no podía quedar en manos de aquel sujeto, por lo que, Arthur utilizó el peso de aquel hombre a su favor. Visualizó algunas lanzas que solo estaban puestas sobre un tronco acostado en el suelo. Debía dirigirse hasta allí.

Mientras las gotas de sangre corrían por su rostro, Arthur logra ubicarse en una posición estratégica, llamando la atención de aquel hombre, quien corrió brutalmente hacia él para acabar con el trabajo. En medio de un grito de guerra, Argor levantó su hacha para asesinar a Arthur, quien pasó por debajo de sus piernas y pateó su espalda con tanta fuerza que Argor quedó incrustado en dos lanzas.

Aunque parecía imposible, el hombre aún se encontraba de pie y caminó hacia Arthur, pero no sería sino hasta después de dar unos 3 pasos que caería muerto frente al príncipe. La madre de Victoria no podía creerlo, Arthur había matado a un hombre que había asesinado a miles de hombres con su hacha.

—Volveré a Aiskel. Creo que no volverá a ver a su hija jamás. —Dijo Arthur mientras caminaba hacia la cabaña donde se encuentra su futura esposa.

La mujer quedó impactada e incrédula de lo que ocurría. Años más tarde, perdería la cordura al no soportar la ausencia de su hija.

Al ver llegar a Arthur, Victoria saltó en sus brazos de felicidad.

—Pensé que te perdería. —Dijo la joven.

—Harían falta más de mil hombres como ese para impedir que esté a tu lado. —Dijo Arthur antes de besar a su futura esposa.

Un sentimiento muy fuerte había crecido entre ellos, y era hora de hacerlo oficial. Después de tanta insistencia, Victoria logra convencer a Arthur de regresar a Aiskel. Lo hicieron en el momento preciso, ya que, solo estaban a un par de días de ser invadidos. Victoria nunca pudo perdonar a sus padres por lo que habían hecho, y la cicatriz que marcó el rostro de Arthur, le recordaba cada día la crueldad de su madre.

Arthur convirtió a la plebeya en su esposa, después de haber luchado por ella en múltiples formas. La amaba como a nadie y la convirtió en su reina, Victoria había pasado de ser una simple bibliotecaria soñadora, a ser la compañera del rey más poderoso del planeta.

Título 3

Princesa Vendida

*Matrimonio de Conveniencia y Sierva del
Príncipe Rico y Poderoso*

Estoy en una habitación oscura, donde todo es iluminado pobremente por dos antorchas de madera rústica, con llamas vibrantes que yacen a los lados, a pesar de su fulgor la habitación en la que me encuentro es tan grande y penumbrosa que las antorchas solo iluminan mi cuerpo.

Mis pies están descalzos sobre la piel de una bestia, es suave y no tengo miedo, acaricio la textura con mis dedos, en mis manos llevo un cáliz plateado con joyas incrustadas, su contenido es espeso del color de la brea, con un olor a uvas y cedros, me tiento a probarlo pero no lo hago, el olor es tan dulce y pesado que me repugna, en cambio lo subo a la altura del fuego conjurando su fuerza milenaria y lo vierto sobre mi cuello, va corriendo lento por mi pecho, descubro que estoy desnuda pero no siento vergüenza, el líquido así cubre mis senos y como una serpiente va siseando hasta llegar a mi ombligo, es tibio y me eriza la piel, baja hasta el borde de mi pelvis.

Alguien me observa con deseo, la oscuridad no me releva su rostro, sin embargo vislumbro unos ojos brillantes y sedientos como los de un depredador. Yo estoy indefensa, pero por alguna razón no tengo miedo.

La boba luz del sol que apenas se asoma en el horizonte logra colarse entre las hendiduras de las cortinas hasta aterrizar en mi rostro. Despierto, estoy sudando y no tengo aire en los pulmones, un cosquilleo baja por mi vientre y siento los calambres correr como electricidad por mis muslos.

Tomo aire, jadeo y respiro hondo, mi garganta está seca, limpio el sudor de mi frente pero aún mi espalda está empapada, llevo mi mano por debajo de mi bata hasta palpar mi sexo, está tibio y húmedo, me siento ansiosa y cansada al mismo tiempo, quiero alcanzar esa sensación una vez más y poder apreciarla totalmente despierta.

—¡Buenos días Princesa Clarissa! —exclama la criada al abrir la puerta de mi habitación.

Lleva un pequeño carro con una bandeja de frutas, otra de quesos y rebanadas de pan. Me estremezco, retiro la mano de mi entrepierna y me siento en la cama.

—Odette ¿Cuántas veces te he dicho que no entres sin tocar?

—¡Oh! Perdóneme señorita —dice cabizbaja.

—No pasa nada Odette —me muevo hasta el borde de la cama y me levanto, le sonrío, Odette siempre ha sido muy torpe pero su cariño es incondicional.

—Recuerde que hoy tiene su lección de literatura con el profesor Lynch —

volteo los ojos, tomo una rodaja de pan y me tiro de nuevo en la cama.

—Pues precisamente hoy me siento algo... Indispuesta —me estiro y bostezo, muerdo el trozo de pan, descubro el sabor del orégano, mi favorito.

—Vamos señorita, sabe que su Alteza el Rey Obvlion paga gran cantidad de dinero para que tenga la mejor educación, además... —se acerca hasta la cama y se sienta en el borde, agacha la cabeza, baja la voz como si estuviera apunto de decirme un gran secreto.

—El señor Lynch me ha pedido que le preparara una canasta con el pan de orégano que tanto le gusta, uvas, una tarta y... —mira a los lados para asegurarse que nadie entre a la habitación—. Una botella de vino de Tierra Santa —dice con los ojos abiertos de la sorpresa. Reímos, Odette cubre su boca con modestia.

—¿Qué planeará el profesor Lynch para la lección de hoy? —le pregunto sarcástica.

—Me ha dicho que le tiene una sorpresa, quizás un día de picnic en el jardín.

—Pues que así sea Odette, quizás con una copa de vino y un buen postre pueda soportar al pesado de Homero —reímos.

Me levanto de la cama y procedo a limpiarme. Me sumerjo en la bañera de madera, con una esponja estrujo mi piel y bajo hasta mi pelvis, mis piernas y muslos empiezan a temblar involuntariamente cuando recuerdo ese tenebroso y excitante sueño.

Procedo a vestirme con la ayuda de mi criada, entre las dos elegimos un vestido azul turquesa con armador, tiene flores blancas bordadas por toda la falda, ella cepilla mi cabello rojizo hacia atrás, me hace dos pequeñas trenzas que se unen detrás de mi cabeza y bajan hasta la espalda, coloca pequeñas margaritas para decorar.

Me miro al espejo de la peinadora, me veo inmaculada, demasiado arreglada para mi gusto, pero no quiero herir los sentimientos de Odette, quien puso mucho empeño en este peinado, así que simplemente le sonrío.

Se retira, me siento al lado del ventanal a esperar la llegada del profesor Lynch, a lo lejos escucho el galope de un caballo, me emociono, es él quien se baja de su corcel negro para caminar entre el jardín de crisantemos hasta el umbral del palacio. Sube su vista hasta mi habitación, me agacho, espero que no me haya visto.

—Princesa Clarissa, su profesor ya está aquí —me avisa Odette.

Salgo de la habitación, trato de no parecer emocionada o nerviosa, bajo

las escaleras hasta el recibidor, ahí está él, escoltado por dos caballeros.

—Buenos días su Majestad, dichosos son los ojos que la ven —dice mientras yo bajo las escaleras.

Sus ojos, rasgados y negros brillan y se fijan en los míos, su cabello es corto y castaño claro, no parece el tipo de hombre que se peina pero no necesita mucho para verse arreglado, lleva un bigote grueso pero bien recortado y siempre luce la sombra de la barba. Hace una reverencia solemne, le acerco mi mano para que la bese, el beso es corto y tímido.

Caminamos hacia el jardín trasero del palacio, donde están los jardines de frutos rojos, la primavera nos regala la fragancia de los cerezos, la luz del sol es vibrante pero amable y a lo lejos se escuchaba el zumbido de las abejas y alguna que otra ave cantora, es una tarde de ensueño, pero yo no estoy exactamente relajada, más bien ansiosa.

—¿Y a qué se debe este paseo por el jardín.

—Pues señorita Clarissa, como usted ha sido una estudiante excepcional estoy seguro que encontrará tediosos los métodos de educación convencionales.

—¿A qué se refiera? Sus clases siempre han sido espléndidas profesor.

—Princesa, no tiene que engañar a nadie, la vi bostezando cuando la semana pasada leíamos la *Íliada*, y lo entiendo, una mente tan joven como la suya merece estímulos, emociones, por eso he organizado este pequeño paseo... Espero que su padre el Rey de Mersalias no se entere.

Me sonrojo, Lynch ha tenido la osadía de sacarme del salón de estudios sabiendo las posibles consecuencias, la última vez que di un paseo con un hombre que no fuera mi padre era en mi clase de botánica con el sacerdote Hemming, un viejo regordete que usaba unas gafas gigantes.

Caminamos por todo el borde de piedras del jardín, no puedo evitar sonreír, trato de que no note lo emocionada que estoy. Mis manos tiemblan un poco y siento escalofríos recorriendo mi espalda con cada paso que doy a su lado, aunque no hemos salido del castillo jamás había estado sola con alguien como él, mis padres son tan celosos y sobreprotectores, supongo que los asuntos de la guerra los tienen demasiado ocupados para prestarme atención.

El patio trasero está bordeado por un muro de piedras de un metro y medio por donde crece la hiedra, es mucho menos que una muralla, pero se debe a que el palacio de Belicia no fue construido con propósitos bélicos, sino como una casa vacacional en el medio de la pradera más recóndita del reino. Escapar del palacio hacia el bosque saltando el pequeño muro siempre me

había parecido tentador, pero tenía prohibido siquiera salir más allá de los jardines.

—Estoy seguro que ya debe conocer cada rincón de este lugar.

—Es un palacio muy grande, de hecho.

—Y usted tiene mucho tiempo libre, de hecho.

Nos encontramos con una sección del muro deteriorada, derrumbada por el tiempo, las piedras están desparramadas por todo el suelo y se puede observar a unos metros de distancia un túnel natural creado por los árboles, son verdosos y se mueven con la brisa primaveral. Una voz inexistente me llama a descubrir qué hay al final del túnel. Me acerco a las ruinas y observo el camino, la dulzura del aire me hechiza.

—¿Su Alteza quisiera caminar en el bosque?

—No lo tengo permitido —le respondo.

—Será un corto paseo, no se preocupe. No la delataré...

Caminamos y el mundo después del muro es tan diferente, los insectos hacen un zumbido que al principio me parece insoportable, el chillido de aves desconocidas me asusta, pero luego de unos minutos todos los animales suenan armoniosamente, las cigarras chirrían, los grillos baten sus patas, los pájaros cantan en su idioma secreto, los carpinteros abren hoyos en los árboles. El bosque funciona como la mejor orquesta. Caminamos, en busca de un claro para sentarnos a disfrutar de la merienda que Odette nos había preparado.

—¿Qué le parece si hacemos un ejercicio? Yo usaré diferentes recursos literarios y usted deberá identificarlos.

—¡El bosque es verde como una esmeralda! —dice al mismo tiempo que daba vueltas con los brazos abiertos.

—Pues fácil, es un símil —sonrío.

—Muy bien señorita, siguiente... Eres la mujer más hermosa que ha nacido en toda la historia del reino de Mersalias.

—¡Una Hipérbole! —me sonrojo.

Lynch se ríe, se acerca a mi, está a 20 centímetros de mi rostro, lo miro y seguro nota que mi cara parece un tomate.

—¡Correcto! —me dice en voz baja, se queda en silencio y con una mirada profunda y contemplativa repasa mi rostro.

—En su rostro yacen dos ópalos azules tallados por los orfebres del cielo, su cabeza contiene finos hilos de oro bañados con lluvia de rubíes, sus mejillas, sus mejillas tienen todas las estrellas del espacio en diminutos puntitos cafés, su sonrisa cura toda la desdicha de este reino y su cuerpo,

princesa, su cuerpo es el misterio y la respuesta a su vez, su belleza haría celar a Afrodita, a Era y hasta a Helena la de los ojos de perra, usted es una mujer por la que cualquier hombre empezaría la guerra más sanguinaria de la historia.

Estoy paralizada frente a él, mi corazón late tan rápido que siento las pulsaciones en mis sienes y en todo mi cuerpo, en mi pecho pareciera que miles de colores brillantes explotaran. Me quedo sin palabras mirándolo frente a mí, pone su mano sobre mi hombro y con su dedo índice acaricia un mechón de pelo que cae en mi frente, roza mis cejas y baja hasta mis labios, ahí se detiene unos segundos.

—Y la respuesta es...

—¿Ah? —estoy perdida, no lo escuché si quiera, siento como si el tiempo y el espacio se hayan paralizado y sus palabras construyeron un nuevo mundo donde solo existíamos él y yo y ese minuto en un bucle.

—La respuesta Princesa ¿Qué recursos literarios he usado?

Vuelvo a la realidad, estoy en el bosque con un hombre, un hombre agradable y atractivo pero un hombre del que sé prácticamente nada, estoy en el medio del bosque con un extraño que tiene sus manos posadas en mis hombros. Me alejo, le doy la espalda, el mundo imaginario se rompe.

—Metáforas. Has usado metáforas y símiles creo.

—Correcto, es tan inteligente —se acerca de nuevo, vuelve a tomarme por los hombros, quito sus manos.

—No debemos estar aquí, todo esto ha sido una idea muy estúpida.

—No lo entiendo, Solo estamos aprendiendo, de una manera diferente.

—No, no le creo nada Profesor Lynch, toda ese cuento de que soy brillante, que necesito estímulos para mi mente ¡Todo es una tonta excusa! Usted ha querido llevarme a un lugar solitario para aprovecharse de mí ¿Es que acaso no tiene sentido común?

—Princesa, cálmese —Toma mis hombros de nuevo—. Sería incapaz de hacerle algo que no desee —bajo la cara.

—¿Está usted bien? —levanto mi rostro, lo miro, le respondo que sí moviendo mi cabeza.

Su mirada cálida, la manera tan sutil en que habla, sus gestos sencillos, de todo su ser emana un aura de honestidad que encuentro agradable y magnética. Lo miro, le creo, no sé si seré una ingenua pero confío en él. Lo abrazo.

Me rodea con sus brazos, poso mi cabeza sobre su pecho, puedo sentir su corazón agitado, como si estuviera tan asustado como yo, con su dedo roza mi

quijada y me levanta la cara. Lo miro, se me escapa una sonrisa, una de sosiego. La luz de la tarde de abril se cuele entre las hojas de los pinos creando miles de rayos amarillos que nos rodean, me besa la frente.

—Creo que en el castillo se deben estar preguntado por nosotros, si le parece bien podemos terminar la lección en el jardín de crisantemos.

—Me parece que ya he aprendido suficiente de recursos literarios por hoy —digo con una pizca de sarcasmo.

—Lo entiendo ¿Entonces le gustaría disfrutar de esta merienda en el palacio?

—Perfecto —me sonrío, le sonrío, nos miramos por unos segundos, se ríe, era el momento perfecto para besarnos y lo dejé ir.

—Después de usted su Majestad —alarga su brazo como un gesto de cortesía, hace una pequeña reverencia.

Llegamos al palacio y todo seguía igual, al parecer nadie había notado nuestra ausencia, son tiempos turbios para el reino, gran parte de los caballeros está resguardando el castillo de Mersalias, mientras yo estoy oculta desde hace meses en el palacio de Belicia, uno de las regiones más alejadas del reino.

De vuelta en el jardín invitamos a Odette a que nos acompañe a merendar, después de todo sabía que se habían esmerado mucho en preparar la tarta de cerezas y estaba deliciosa como de costumbre.

Cae el sol, es hora de que Lynch parta, monta su caballo y lo veo cabalgar entre los colores brillantes de los crisantemos, de vuelta en mi habitación la emoción me desborda, me tiro de cara en la cama y grito sobre la almohada.

Tomo una hoja y una pluma, trato de recordar sus palabras para así registrarlas y que jamás las olvide “Ojos de esmeralda, tallados por la joyería del cielo”, lo tacho. No recuerdo sus palabras exactas, ojala me hubiera entregado una carta, la atesoraría por siempre.

Me miro al espejo, trato de descubrir qué ha visto en mí, mi cabello es pelirrojo y marañoso como el de mi padre, las pecas de mi cara siempre me han disgustado, sin embargo él me considera una mujer hermosa, tan hermosa que ha sido capaz de arriesgar su trabajo, su reputación, y hasta su vida por estar a solas conmigo.

—Oh Lynch, si no fuera una princesa, sería tuya —pienso.

Todo está mal con esta idea, es tan disparatada que me llena de ansiedad, no solo estaba jugando con su futuro sino con el mío ¿Qué diría mi madre? Estaría tan avergonzada y decepcionada de mí que me enviaría al calabozo o a

un convento como castigo.

Pero la emoción de todo esto llena mi vida de un nuevo sentido, es tan arriesgado y tentador, cada vez que se acerca a mi tiene tanto cuidado y sutileza, como si fuera una muñeca de porcelana muy frágil que se rompería con un rasguño. No puedo olvidarme de él aunque es lo que debería hacer ¡Simplemente no puedo! Mi corazón estalla, siento ríos fluorescente desbordarse en mis venas, me siento más viva que nunca y no pienso dejar ir esta emoción.

Mi pequeña expedición con Lynch me dejó hambrienta de más, los días pasan lento en el palacio donde ya no encuentro nada que hacer para consumir el tiempo, no tengo permitido ir a la ópera, ya he leído todos los libros que Lynch me había asignado, tengo prohibido cabalgar más allá de los jardines del palacio.

Me siento encarcelada y sin oxígeno esperando con ansias la nueva lección de literatura. Todas las mañanas al levantarme trato de reconstruir el poema de Lynch frente al espejo y se ha vuelto inevitable recordar sus palabras cada vez que peino mi cabello “Hilos de oro bañados en rubí”.

Cada vez que descubro mis ojos en un espejo o un cristal “Diamantes azules”. Cuando tomo un baño y enjabono mis curvas “Tu cuerpo es un misterio”. Su voz vive en mí como un eco, como si me hablara desde un abismo al cual no tengo miedo de lanzarme.

Es una tarde convencional en el salón de estudios cuando Lynch y yo estamos leyendo La Odisea. Bajo la mesa yo rozo su pantorrilla con mi pie, él aparta la mirada del libro para observarme, sigue leyendo y subo hasta su entrepierna, me quito la zapatilla, empiezo a masajear su pene sobre el pantalón con mi pie, siento su dureza. Me arriesgo más y con mi mano palpo su sexo.

Lynch se muerde los labios, me quita la mano y se pone de rodillas, abre mis piernas y mete su cabeza en mi falda, hice bien en no ponerme ropa interior, con su lengua explora mi vulva, la besa y hace círculos en mi clítoris, yo contengo los gemidos para que no nos descubran, Introduce dos dedos en mi vagina, me estremezco.

Quiero gritar, las piernas empiezan a temblarme, él mueve sus dedos hacia arriba al mismo tiempo que succiona mi clítoris. No puedo más y me corro en su boca. Despierto, todo ha sido un sueño, estoy llena de fluidos en mi cama una vez más, espero no haber hecho tanto ruido mientras soñaba.

Al fin llega el jueves, el día que nos veríamos para una nueva lección,

Odette me ayuda a vestirme una vez más.

—Señorita ¿Qué le parece si usa el vestido verde? —me sugiere.

—Pues... Hoy me provoca usar algo más ligero Odette —me mira confundida.

—Sí, creo que usaré este.

Saco un vestido púrpura sin armador, Odette está consternada.

—No creo que su alteza la Reina le permita usar eso.

—Yo no la veo cerca ¿Tú sí?

Odette accede y me ayuda a colocarme el vestido, es uno que tengo desde hace varios años y me queda corto, dejando ver mis tobillos y hasta el borde de mis rodillas.

—¿Podrías ajustarlo atrás? —le pido a Odette.

—¡Pero si ya se ve hermosa! —me miro en el espejo. Encuentro que mis atributos no se distinguen.

—Vamos Odette, un pequeño jalón —tira las cintas de la espalda del vestido— ¡Mas fuerte!

La diferencia es notable, ahora resaltan mis pechos a través del escote, mi cintura está definida y mis caderas listas para sentir sus manos aferrárseles.

—¡Buen día su Majestad! Luce usted tan radiante como de costumbre —dice el profesor.

Baja su cabeza para hacer una reverencia, aún así puedo ver que lleva una sonrisa, una que no muestra los dientes pero hace que se formen dos hoyuelos en sus mejillas, está viendo mis piernas atónito. Me acerco hasta él, toma mi mano con delicadeza y apoya sus labios para darme un beso.

—Buenos días profesor Lynch —le respondo con una sonrisa. Nuestras miradas conectan como nunca antes había sucedido, éramos cómplices de un crimen pero debíamos mantener la compostura.

Sin necesidad de decir una palabra ambos caminamos alrededor del patio hasta casualmente toparnos con las ruinas del muro. Nos adentramos en el túnel verde sin pensarlo dos veces. Apenas nos alejamos un poco del castillo Lynch me detiene.

—Princesa le tengo una sorpresa, pero debe cerrar los ojos —me sorprendo, cierro los ojos como una niña.

—No puede hacer trampa.

—No lo haré lo prometo —río un poco.

—No, no confío en usted señorita —dice con un tono burlón y saca del bolsillo de su traje una venda negra y la amarra sobre mis ojos.

La tela gruesa no me permite ver absolutamente nada, me río de nuevo pero esta vez de nervios, Lynch toma mi mano y me guía por el bosque, estoy a su merced, si quisiera secuestrarme y entregarme a unos bándalos esta sería su oportunidad, he sido demasiado inocente, podría estar peligrosamente. Estoy temblando, sé que puede notarlo, pero no dice nada. La curiosidad no me permite revelarme contra él, quiero saber hasta donde llegará esta locura.

—¿A donde vamos profesor Lynch?

—¡Ya le he dicho que es una sorpresa!

Caminamos varios metros, trato de encontrar pistas en los sonidos y olores, puedo sentir el aire más fresco y húmedo, la tierra comienza a sentirse espesa, y ya no escucho a las cigarras del bosque.

—¡Hemos llegado!

Me quita la venda para revelar un paisaje de ensueño, estamos a orillas de una laguna cristalina donde florecen las margaritas y los dientes de león, el sol refleja todo su brillo en el agua convirtiéndola en un espejo, la brisa sopla cálida, a lo lejos veo tres cisnes flotando en la superficie y hundiendo su cuello en el agua para alimentarse de las plantas acuáticas.

—¡Qué hermoso Lynch! Jamás había venido a este lugar.

—He descubierto este ojo de agua en un viejo mapa del reino de Mersalias. Es una joya escondida entre el bosque de Belicia, tal como usted —me sonrojo, nos quedamos unos segundos contemplando el paisaje en silencio.

—¿Y dígame qué tiene que ver la laguna con la lección de hoy?

Me mira a los ojos, no dice nada, me toma de las manos.

—Su Majestad, no tengo idea.

—¿A qué se refiere?

—Hoy la lección no es sobre la palabra o la lírica, hoy quisiera que la lección sea sobre nosotros.

—Pero... No lo entiendo profesor.

—No tiene que entender nada hoy... En este día no será necesario que piense ni analice mis enseñanzas, hoy solo quiero que sienta —bajo la cabeza y sonrío, estoy realmente apenada.

—¡Mire este paisaje Majestad! ¿No le parece abrumadoramente hermoso?

—Sí, lo es.

—Pues ya he aprendido algo de usted, le gusta la naturaleza tanto como a mí.

Tendemos una manta sobre la orilla de la laguna para sentarnos, nos

quitamos los zapatos, puedo sentir el césped caliente entre mis dedos.

—Majestad, siento que aunque hayamos pasado meses aprendiendo sobre grandes obras y novelas y hayamos invertido horas leyendo y conversando, no la conozco más allá de sus preferencias por la poesía y la tarta de cereza. Me encantaría que me hablara de usted.

—Está bien profesor, pero primero le ruego que me tutee —Nos reímos.

—Está bien, lo intentaré.

—Mi nombre es Olya Clarissa Eleanora Ephiranthus en honor a mi abuela, la reina Olya III, nací en el palacio de Acremound —me interrumpe.

—No Clarissa, todas esas cosas ya las sé, es lo que los historiadores escriben en los libros, quiero saber de ti, de tus sueños, tus deseos, tus pesadillas, quiero conocer a la chica que se esconde en los grandes vestidos, no a la chica que posa horas frente a un pintor. Quiero conocer a la Clarissa real.

—Toda mi vida la he vivido bajo las reglas y los parámetros de mis padres, he aprendido a tocar violín y piano porque así lo ha hecho mi madre en su juventud, estoy segura que mi abuela también ¿Lo disfruté? Pienso que sí, pero lo disfruté solo porque era lo que esperaban de mí.

—¿No es agotador siempre tener que complacer a alguien más?

—Lo es, pero es lo que he hecho toda mi vida, tratar de honrar a mi familia y al reino.

—¿Y si no tuvieras el peso de la corona sobre tus hombros, qué te gustaría hacer?

—Pues, me encantaría... —lo miro, lo único que pienso es que me gustaría que se abalanzara sobre mí y que me besara hasta que el día se convierta en noche y nuevamente en día—. Me encantaría viajar más allá del reino y coleccionar recuerdos.

—Suenas a que serías una excelente escritora o cartógrafa.

—Yo solo quiero ser libre Lynch, o al menos sentirme libre, como me siento en este momento, es todo lo que deseo... ¿Y qué hay sobre ti? ¿Quién es el hombre detrás de los libros?

—Yo nací en el campo bajo el nombre de Vinicius Lynch, fui sobresaliente en el internado de Odrenburg y me gané una beca para estudiar en la capital, me gradué en la Academia de Mersalias con condecoraciones y así pude obtener el mejor trabajo del mundo —sonríe, yo estoy algo confundida.

—¿Cuál?

—Expandir la mente de una joven y hermosa princesa —Le da un

golpecito a mi nariz.

—¿Y cuando termines tu trabajo qué piensas hacer?

—Pues tengo planeado tomar un barco hasta las Islas Peregrinas. Es una tierra hermosa, llena de playas ricas en perlas y grandes cascadas y ríos...

Me acuesto en la manta y lo escucho, aunque no estoy prestando atención a sus palabras sino a la manera en que describe y gesticula, cómo sus ojos brillan al hablar de ese lugar y con sus manos hace mímicas de lo que creo que son animales o lugareños.

Al terminar su historia le respondo con una sonrisa sin más, podría estar horas escuchándolo hablar de cualquier cosa, o sin hablar de nada, estar a su lado ya es suficientemente agradable.

La luz del sol calienta mi rostro, tengo que entrecerrar mis ojos, hasta que los cierro completamente, respiro profundo, el aire tiene un olor tan diferente a las viejas paredes del castillo, respiro hasta poder sentir el olor de Lynch quien está sentado a mi lado, puedo sentir todavía una estela de un perfume de cuero y aceite de roble sobre la fragancia natural de su piel, es un aroma que altera mis sentidos y me hace suspirar. Siento que se levanta, pero no abro los ojos aún, estoy adormecida en este nuevo mundo de sensaciones.

—¿No quieres venir a darte un chapuzón Clarissa?

Me levanto, abro los ojos, me quedo sin aliento. Lynch está parado sobre la orilla de la laguna con nada más que su traje de nacimiento, toda la ropa está tirada en la tierra.

Sus hombros parecen la pared de un fuerte, su espalda es firme y amplia como una muralla que termina en dos apretadas nalgas, sus piernas son gruesas y sus pantorrillas definidas. Me sonrojo, la sangre bombea fuerte, me inunda la cabeza, me mareo un poco y siento un cosquilleo en zonas donde no sabía que podía sentir tal cosa, cubro mis ojos con las manos y me río.

—¡Lynch! —digo apenada. Él se ríe y lo escucho chapotear en el agua.

—Vamos Clarissa, el agua está tibia ¡Ven a refrescarte!

Me levanto y me acerco a la orilla, está jugando en la laguna como un niño, el agua le llega hasta el pecho, puedo ver sus pectorales y el vello que nace ligeramente en el medio de ellos. Toco el agua con mis pies, no mentía, se siente muy agradable. Me siento en la orilla donde crece el césped verde, sumerjo mis tobillos en el agua, puedo ver cómo algunos pececillos dorados se acercan a ellos y me hacen cosquillas.

—Ya he roto tantas reglas de decencia ¿Por qué no ir por todo de una buena vez? —pienso.

—¿No vas a entrar? —grita Lynch desde el medio de la laguna, sigue jugando, se sumerge varias veces y sale expulsado a la superficie agitando su cabeza como un monstruo— ¡Argh! No te voy a comer te lo prometo —me río, porque eso es justo lo que quiero que haga.

—¡Me mojaré toda la ropa y nos descubrirán profesor!

—¿Y por qué crees que me estoy bañando desnudo? ¿Acaso crees que andar en las lagunas desnudándome frente a señoritas es mi pasatiempo favorito? —no respondo, cubro mi boca con las manos pues estoy muy avergonzada.

—Juguemos algo ¿Qué te parece si mientras yo me sumerjo tú te cambias?

—Espero que pueda aguantar la respiración por más de un minuto.

—Y yo espero que tú puedas sacarte ese vestido con rapidez —me mira con una sonrisa retadora.

—¡Vamos por ello!

El profesor toma una bocanada de aire y se hunde en la laguna, yo procedo a desatar mi vestido, a los pocos segundos sale a la superficie.

—¡Oye, sin trampas! —suelta una carcajada.

Desamarrar mi vestido me toma unos cuantos segundos pues estaba muy apretado, no estoy segura de cuanto podrá resistir el profesor pero no creo que pueda más de dos minutos, me libero del blusón y de la ropa interior rápidamente, la brisa ahora se siente fría sobre mi piel.

El profesor aún se encuentra bajo el agua, camino hasta la laguna, el agua sigue tibia y me llega a los tobillos, debería entrar rápido hasta que la profundidad cubra mis pechos, pero me quedo estática, esperando que Lynch necesite tomar oxígeno y me descubra y descifre por fin el secreto de mi piel.

Cada segundo parece durar una eternidad, aunque tengo frío no me cubro con mis brazos, dejo que el viento erice mi piel, siento cómo mis pezones se endurecen, no sé a donde ha ido mi pudor y en realidad no me importa. Este momento jamás se repetirá, no pienso desaprovecharlo, quiero ser ese misterio y respuesta del que él habla, quiero que este hombre desate una guerra por mí, quiero que me haga su posesión, quiero apoderarme de su mirada, su mente y de todo su ser.

Lynch no sale a tomar aire, me asusto por un momento y pienso que se ha ahogado, me adentro más en la laguna para asegurarme que está bien, de repente, sale desesperado tomando oxígeno entre jadeos y chapoteando agua, cuando se recupera me observa atónito, abre un poco su boca en señal de sorpresa.

Está mudo, le sonrío, estoy un poco más cerca de él, el agua roza mis muslos y yo subo los brazos y giro lentamente en mi propio eje. Dejo que detalle cada fragmento de mí, le muestro mis lunares como si fueran estrellas y constelaciones, sus ojos están enfrascados en mis pechos, después su mirada baja por mi estomago, es tan intensa que casi siento como si me rozara con la vista, está viendo mi pelvis, mis caderas y los escalofríos van trasladándose a cada parte que él observa, ahora se concentra en mi sexo, es rosado y pequeño, como una rosa a punto de florecer.

Me sumerjo completamente, abro los ojos bajo el agua y descubro que su pene está hinchado y tenso, como un animal submarino, tiene un poco de vello púbico grueso y enrulado, jamás había visto tal cosa, la anatomía masculina era algo que solo conocía por las estatuas de mármol y las pinturas, pero no imaginaba que ese órgano podía alcanzar tales proporciones.

Nado unos metros hacia él, salgo del agua y mi cabello húmedo ahora cubre mis pechos, me acerco un poco más. Lynch está sin palabras pero su mirada lo dice todo, está extasiado.

Me toma de las caderas con ambas manos y me acerca a su cuerpo, mi ombligo choca con su pene, él se enrojece, yo le sonrío tratando de demostrarle que no tengo problema alguno, que su desnudez no me incomoda, con mis brazos envuelvo su cuello, mi corazón late tan rápido y fuerte que puedo escucharlo retumbar entre el silencio de la pradera, acaricio su pecho con mi mano y la poso sobre su pectoral izquierdo, descubro que no soy la única que está nerviosa pues su corazón está tan acelerado como el mío. Toma mi mano y la aparta de su pecho, la acaricia y la estira, hasta compararlas, sus manos son lisas y un poco más grandes que las mías, son las manos suaves de un hombre de letras, las cerramos.

Me jala y me acerca a su cuerpo, mis senos están presionados contra su pecho, roza su nariz por mi cuello, arqueo la espalda, él aspira con fuerza y va moviendo su cabeza por mis clavículas, besa mi hombro varias veces y me mira.

—Princesa.

—Profesor...

—Esto no debe ser.

—Esto es todo lo que quiero.

Me lanzo hacia él, lo beso, pruebo sus labios desesperada, no tengo experiencia en esto pero él va marcando el ritmo con sus labios gruesos, su respiración agitada me da cosquillas en todo el cuerpo, con mis piernas me

aferro a él, pongo mis brazos entre su cuello, me toma de la espalda y me carga, soy más ligera bajo el agua.

Me besa lento y delicado cuando lo que quiero es que me devore entera, me va adecuando a su medida, introduce su lengua en mi boca, entra ahí como si hubiera estado preparándose por mucho tiempo, nuestras lenguas se conocen, su saliva sabe a vino y tabaco y a un elixir único del que me vuelvo adicta de inmediato.

Puedo sentir su miembro erecto rozando los labios de mi vagina. Estoy descontrolada, quiero sentirlo adentro de mí y voy moviendo mi pelvis para lograrlo, él se aleja, me suelta y quita mis piernas de su espalda.

—¿Qué pasa Lynch? —le digo confundida.

—No podemos Clarissa, no podemos hacer esto y lo sabes.

—No me importa Lynch, tú y yo lo queremos.

—Hemos ido demasiado lejos —dice con un tono preocupado —, lo siento.

—No tienes por qué disculparte, me has dado las tardes más hermosas de mi vida —mi voz se quiebra, él no lo nota pero mis ojos están a punto de soltar las lágrimas.

—Debes entregarle tu pureza a un gran hombre, un hombre que se la merezca.

—Tú eres un gran hombre Lynch.

—Gracias, pero es una mentira Princesa, no tengo un apellido ni un estirpe, jamás podré ofrecerte ni la quinta parte de lo que tus pretendientes te ofrecerán, no tengo castillos ni joyas en mi posesión.

—¡Y yo jamás podré sentir por ellos ni la quinta parte de lo que siento por ti! —Digo enojada—. No tienes derecho a decirme lo que puedo o no puedo sentir.

—Clarissa, si descubren esto nos matarán a ambos.

—Al menos moriré con la certeza de que amé con todo mi ser.

—¿Me amas? —pregunta, yo guardo silencio—, eres demasiado joven para saber qué es amor.

—¿Y tú me amas Lynch? ¿Por qué otra razón arriesgarías tu vida de esta manera si no es por amor? —no dice palabra alguna.

Ambos hemos quedado expuestos en frente del otro, existe una atracción explícita que ha ido creciendo semana tras semana entre libros, historias fantásticas y poemas, un magnetismo tan fuerte que sobrepasa cualquier lógica. Ahora somos presa de nuestros deseos más profundos.

Salgo del agua, camino, lo hago con la cabeza en alto, la espalda arqueada y los pechos levantado, como la monarca que soy, aunque esté de espaldas sé que él me mira, que sus ojos se pierden entre mis curvas y mis glúteos, que está babeando de deseo por mí.

Me tiendo sobre la manta y dejo que el sol brillante seque mi cuerpo desnudo, él sigue en el agua, empieza a dar brazadas un rato y lo observo sin emoción, ahora quiero irme, no tengo idea de cuánto tiempo hemos pasado en esta aventura, pero me parece que el sol ha bajado comparado a cuando llegamos.

—¡Lynch, debemos irnos! —le grito.

—Un momento Clarissa —sigue dando brazadas.

Luego de algunos minutos sale del agua cubriendo sus partes íntimas, de repente ha vuelto su vergüenza. Yo ya me encuentro vestida, no hablamos en toda la caminata de vuelta.

Estamos a punto de llegar y tengo tantos sentimientos en mi cabeza que me mareo y me dan náuseas, por una parte estoy contenta, aún se me entumece el estómago y me emociona recordar lo que hicimos hace minutos, pero por otra parte no puedo evitar sentirme decepcionada y melancólica, quizás esta sea la última vez que de un paseo con mi profesor, no podré volver a la rutina del salón, las lecciones, los libros y los diagramas, jamás lo veré de la misma manera y sé que él a mi tampoco.

Aunque no haya pasado tanto tiempo nadando aún percibo el agua rebotando en mi cuerpo, de igual manera percibo sus labios contra los míos y un hormigueo me recorre el rostro.

Estamos a punto de llegar a los alrededores del palacio, nuestra separación parece inminente a causa del silencio que hemos acarreado. Antes de acceder al jardín trasero no puedo contenerme y le hablo.

—Gracias por esta experiencia.

—Yo soy el que debería estar agradecido —me mira conmovido por mis palabras.

Nos abrazamos, baja sus brazos hasta mi cadera, yo sostengo su espalda, no lo quiero soltar, no quiero dejarlo ir tan fácil. Me apoya contra un árbol y nuestros labios se reencuentran, nos besamos lenta y profundamente, esta vez soy yo quien con mi lengua exploro las texturas de toda su boca, con sus suaves labios va besando mi cuello mientras a momentos lo muerde con cuidado.

Estoy excitada, sus manos bajan y se van deslizando entre mi corto

vestido. Lynch toma mis muslos, yo guío sus brazos y los muevo hasta mis nalgas. Se muerde los labios mientras las aprieta, gruñe. Junta su cuerpo contra el mío, siento su miembro erecto bajo su pantalón, aprieta más fuerte mis nalgas, puedo notar su frustración. Nos separamos una vez más pero esta vez será definitivo.

Cuando llegamos al jardín la tarde empieza a caer, Odette nos recibe preocupada, ella es; sin duda, una cómplice de esta locura. Si Lynch quiere llegar a su hogar antes del anochecer debe partir de inmediato, no hay momento para despedidas emotivas, sube a su caballo y cabalga rápido.

—¡Espere! —le grito. Él frena su caballo y lo voltea hacia mí.

—¿Podría traerme el poema del otro día en escrito?! —se detiene unos segundos a pensar.

—¡Cuenta con eso su Majestad, hasta luego! —se aleja dejando una nube de polvo a su paso.

No me muevo hasta que mi vista lo pierde. Odette está a mi lado, voltea a verme, una lágrima corre por mi mejilla y a la vez llevo la sonrisa más pura y sincera de toda mi vida.

—¿Es un gran hombre no?

—Lo es Odette, Lo es.

—Debe tener sed majestad, con esa larga caminata que ha dado ¿Qué le parece un poco de jugo de melocotones?

—Creo que necesito algo más fuerte para la ocasión Odette.

Vamos hasta el comedor, la gran mesa cuadrada se encuentra vacía a esta hora, tomamos vino con algunos panecillos, el último resplandor del día brinda una luz pobre al gran salón, Odette enciende los candelabros. Todo está lleno de un brillo azul, ese brillo que anuncia la proximidad de una noche oscura. En mi mano dispongo de una copa de vino de Tierra Santa, le he pedido a Odette que me acompañe con la bebida pero ella ha desistido.

—Señorita Clarissa, no puede seguir haciendo esto, he tenido que inventarle una historia rebuscada a los guardias para justificar su larga ausencia.

—¿Qué les has dicho?

—Que has ido a tu clase de arte a retratar el paisaje —suelto una carcajada.

—Sabe que los guardias son tontos y no pueden distinguir entre un profesor de literatura y uno de arte...

—Estoy segura que el profesor Lynch también podría enseñar arte, él sabe

sobre toda materia... Es un hombre tan culto —suspiro.

—Pero su madre la Reina Lorenya me dejó a cargo de su cuidado y me temo que está poniéndome las cosas algo difíciles —se lleva las manos a la frente en señal de preocupación.

—No te preocupes Odette. Me portaré a la altura de ahora en adelante.

Mi mirada se pierde en el vacío, en el fondo de la pared del comedor cuelga el cuadro de mi madre, la Reina Lorenya, lleva un pomposo traje negro con detalles dorados, sus ojos marrones atraviesan la oscuridad de la habitación, parecen juzgarme. Me despido de Odette y me retiro a mi habitación.

Abro una de las ventanas, observo el bosque, cierro los ojos y respiro hondo, tratando de traer de vuelta los aromas de esta tarde. Me pregunto cómo reaccionaremos en la próxima sesión, si podrá recitarme los versos de los poetas griegos sin pensar en mi cuerpo agitándose contra el suyo dentro del agua, si podrá esconder su mirada en los libros para no perderse en los bordes de mi vestido o en la curva de mis pechos.

Me pregunto si podré concentrarme en sus palabras, y no pensar en su miembro erecto con esa cabeza roja que parecía un gran salmón bajo el agua. No creo que seamos capaces de ocultar nuestro deseo mutuo.

Me acuesto en la cama y abrazo mi almohada como si se tratara de Lynch, daría mi vida por tenerlo en este momento a mi lado y que no existiera el miedo ni las preocupaciones entre nosotros, quisiera vivir una vida más simple y llena de estas emociones que se me han negado, enamorarme, aventurarme, deshacerme entre los brazos de ese hombre sencillo, pero honesto.

Darí todo por pobrar su boca una vez más y sentir sus manos recorrer mi piel con su característica delicadeza, que besara todas las secciones de mi cuerpo y que escribiera un poema por cada una. Quisiera que sus manos me poseyeran, que tomara mi feminidad como si siempre le hubiera pertenecido y la lamiera como a una fruta dulce, daría mi título de la realeza por sentir su lengua recorrer mis piernas.

Estoy sola en mi habitación, Lynch no sale de mi cabeza, mis pezones están duros y resaltan entre mi bata, los acaricio como si fuera mi profesor quien lo hiciera. Me quito la ropa de dormir, tomo mis pezones y los aprieto suavemente, los pellizco hasta que el dolor se convierte en placer, como si fueran sus dientes los que me muerden.

Su recuerdo excita cada poro de mi piel, bajo las sábanas estoy húmeda,

con mis dedos exploro mi clítoris y cierro los ojos imaginando que es Lynch quien me estimula, empiezo a sudar, arqueo mi espalda e introduzco mis otros dedos dentro de mi vagina al mismo tiempo, muerdo mis labios y sueño con el miembro de Lynch entrando y saliendo rápido de mis adentros, hundo mis dedos, lo imagino abalanzándose sobre mí y besando mi nuca.

Me pongo boca abajo, tomo una almohada, la ubico entre mis piernas y comienzo a restregarme contra ella, solo pienso que estoy encima de Lynch y que él lleva el ritmo con sus caderas, empieza lento y va acelerando poco a poco hasta volverse salvaje y frenético, los bordes de la almohada acarician los labios de mi vulva y mi clítoris, la embisto hasta el cansancio, lo siento venir, como un volcán a punto de estallar en mi vientre.

La visión se me nubla, rasguño las sábanas como si fueran su espalda, la electricidad fluye en mi cuerpo, me ahogo, cierro los ojos, de mi boca escapa un gemido fuerte y profundo y tengo que cubrirme contra el colchón para no hacer más ruido, estoy empapada de sudor, los fluidos de mi vulva corren por la sábana, me encuentro exhausta, mis piernas tiemblan un poco y siento espasmos dentro de mi vagina. Me acuesto como una estrella de mar, acaricio con delicadeza mi cuello y bajo hasta el borde de mis senos como estoy segura que lo haría él.

Esta vez la espera se alarga, Lynch ha faltado a la lección de esta semana y no ha enviado una carta para excusarse, le pregunto a Odette por él y no sabe nada, empiezo a pensar que está huyendo de mí. Entre más imposible se vuelve nuestro romance más lo deseo.

Quiero hundir mis uñas en su piel, que saboree mi carne y que entierre su lengua en mi vulva, que con ella me haga explotar de placer para después yo hacer lo mismo y con mis labios apresar su miembro. Añoro que nuestros cuerpos desnudos suden uno encima del otro y se fundan en un abrazo cálido donde su sexo sea la llave que liberará el éxtasis de mi ser.

Mi madre ha venido de sorpresa a visitarme al palacio. La abrazo y saludo con cariño, ella es demasiado frígida para responder a mis gestos de la misma manera, estoy acostumbrada a esta clase de amor duro. Quien de verdad ha sido una madre desde que nací es Odette, ambas lo sabemos y eso hace que nuestra relación siempre sea distante no importa lo que intente. A la hora de la cena me observa de reojo con su mirada juzgadora.

—Estás muy flaca Clarissa... ¡Odette! Por favor sirve un vaso de leche tibia. Tomarás un vaso de leche todos los días antes del almuerzo y al irte a la cama —dice con un tono estricto.

—No estoy flaca, siempre he sido así madre y odio la leche tibia.

—Tus preferencias son irrelevantes Clarissa ¡Debes ganar peso ya! Porque un hombre desea unas buenas curvas a su lado —me mira de arriba a abajo.

Odette trae la leche tibia y la sirve en una taza.

—Anda, tómalala de una vez —ordena con su voz pasivo-agresiva.

Ingiero la bebida de sopetón. Me desagrada el sabor.

—Odette, sírvele más —la miro incrédula y con una cara de asco.

—¡Bébelo todo Clarissa! A ver si te empiezan a crecer las caderas —le hago caso,

Al día siguiente mi madre me levanta muy temprano en la mañana para atarme un corsé, lo aprieta hasta dejarme sin aliento, deberé usar esto todo el día de ahora en adelante para moldear mi cintura. Estaba acostumbrada a ajustarme los vestidos de vez en cuando para resaltar mi figura, pero esta prenda es de un cuero pesado que me lastima.

Me avisa que desde ahora prescindiré de las clases de literatura en orden de aprender cosas “más útiles”. Recibo lecciones de Katreniano por parte de un anciano de barba gris, es el idioma de nuestros enemigos, el reino de Katros. Todos estos cambios me parecen un mal presagio.

Una noche Odette me confiesa lo que ya es obvio, mis padres han arreglado mi boda con el Príncipe del pueblo bárbaro para terminar con la guerra. Paso toda la madrugada con insomnio, mirando al techo de mi habitación buscando en mi mente cada mirada, cada sonrisa, cada palabra de Lynch, recolectando mis recuerdos como el tesoro más sagrado.

Es un nuevo día, Odette entra en mi cuarto y saca una carta de uno de los bolsillos de su vestido, me la entrega en las manos y me susurra que es un mensaje secreto. Abro el sobre sellado, apenas veo la primera letra reconozco la caligrafía de mi profesor. Me emociono, mi corazón se acelera y me pongo nerviosa. Odette vigila la puerta mientras yo leo en voz alta.

“Princesa Clarissa, antes de adjuntarle el poema que me pidió hace tiempo en esta carta, debo confesarle que no he podido dejar de pensar en usted, se ha vuelto el norte de mi vida y cada día que no paso a su lado es la peor tortura que un hombre puede recibir. Por toda Mersalias se rumora una sola cosa, su boda con el Príncipe Aldem del reino de Katros que le dará fin a la guerra que ya lleva 3 años.

Los katrenses son conocidos por su brutalidad, temo mucho por su futuro en esa tierra de hombres toscos. Puede que lo que le proponga a continuación

parezca un sinsentido pero estoy dispuesto a ayudarla. Clarissa, escapémonos en un barco a las Islas Peregrinas, ya he hablado con un marinero y zarparemos en dos días.

Deberá salir de noche del palacio y yo la esperaré con mi caballo en la laguna escondida a partir de las 9:00 de la noche. Si me hace esperar más de 20 minutos entenderé que su decisión ha sido quedarse, en tal caso, le deseo la mayor de las suertes con el Príncipe Aldem. Rezaré para que la trate con la delicadeza que usted merece. Clarissa, pase lo que pase siempre la amaré y siempre recordaré su cuerpo...”.

Me detengo, Odette me mira sorprendida y temerosa. Leo el resto para mí.

“... su cuerpo desnudo rebosante de belleza cerca del mío y siempre estaré arrepentido de no haberle hecho el amor esa tarde, pero si usted lo desea, le prometo que cada noche la haré conocer las estrellas con mis manos, la llevaré al cielo con mi labios y la hundiré en el fuego ardiente del placer con cada parte de mi cuerpo.

Siempre tuyo.

Vinicius Lynch”.

Las lágrimas invaden mis ojos, empiezo a idear en mi mente un plan para escaparme con él. En eso mi madre entra a la habitación.

—Clarissa... Es hora de tu clase de Katreniano —nota mi cara de conmoción.

—¿Te encuentras bien?

—Sí madre, no pasa nada.

—Clarissa ¿Has estado llorando? ¿Qué tienes en las manos? —trata de quitarme la carta, forcejeo con ella, Odette se mantiene al margen de la lucha, al final se la entrego.

—¡Olya Clarissa Epheranthus ¿Puedes explicarme esto?

No tengo escapatoria, le cuento toda la verdad entre lágrimas.

—Llamaré a los guardias para que procedan a su captura —rompe la carta en muchos pedazos—, es un hombre muerto.

—¡Madre! ¡Él no merece la muerte!

—Él merece algo peor, lo sé Clarissa. ¿Meterse con la Princesa de Mersalias? ¡Qué locura! A ese hombre le espera el infierno... Y en cuanto a ti —Me mira amenazante—. No saldrás de tu habitación hasta que te cases.

—¡Y tú! —voltea hacia Odette y la señala—, tú también recibirás tu castigo.

Se retira, da un portazo, escucho cómo tranca la cerradura con llave. Estoy

devastada. Me tiro en mi cama y me hago un ovillo, el único recuerdo que podía conservar de Lynch me ha sido arrebatado, ahora, morirá y todo por mi culpa.

Pierdo la cuenta de los días que paso encerrada en mi habitación, pierdo la cuenta de los vasos de leche que he tomado. Mis ánimos están por el piso. La leche tibia y el corsé han modificado mi cuerpo, mis pechos están hinchados, mi cintura es diminuta y mis nalgas son más redondas.

Poco a poco la vieja Clarissa ha desaparecido, junto con la risa, la espontaneidad y la esperanza de amar y ser libre. No he vuelto a ver a Odette, una nueva sirvienta es la que se encarga de traerme la comida, no tiene permitido dirigirme la palabra. Mi madre me deja semanalmente varios libros de Katreniano y me exige memorizar y recitar distintos textos, si no lo hago bien amenaza con dejar de alimentarme.

Cada día es más terrible que el anterior y me hace desear estar casada con aquel Príncipe de los Bárbaros del que solo conozco el nombre. Aldem. Ocupo mi tiempo libre imaginándolo, su cara, su rostro, su personalidad. Todo es un misterio, solo espero que se parezca un poco a mi profesor Lynch.

He sido trasladada al palacio de Mersalias, eso significa que el día de mi boda ha llegado. En el castillo me recibe una gran celebración, una decena de músicos festejan mi llegada con canciones, Los sirvientes se acercan consintiéndome con mis platillos favoritos, tartaletas, faisanes, copas de vino, quesos y uvas entre otras exquisiteces, pero yo no tengo apetito.

Saludo a mi padre, está feliz de verme y me abraza, todos celebran y se dan un banquete. Me indican que mañana será la boda en la Catedral de Mersalias, paso el resto del día probándome el vestido mientras terminan de modificarlo a mi cuerpo.

Al final de la tarde vuelvo a mi antigua habitación, sigue intacta como la dejé hace algún tiempo y recuerdo los días lejanos en que era una niña y jugaba por el castillo con Odette, ella no estará conmigo en este día tan importante, ha sido castigada por permitir mi aventura con Lynch, le han quitado su trabajo y pasará un tiempo indefinido en el calabozo por “traición a la corona”. Me enteré que le perdonaron la vida a Lynch, pero fue desterrado a la tundra de Himarest, donde los hombres no viven más de un año bajo el frío extremo.

A la mañana siguiente me despiertan 10 doncellas y 10 sirvientas listas para arreglarme para la boda, todas las mujeres del castillo han querido participar en este gran evento. Yo solo puedo estar nerviosa, no conozco a mi

comprometido, jamás he visto sus ojos.

Luego de varias horas de preparación mi madre entra cuando ya estoy lista para subir el carruaje, Llevo un vestido blanco de seda con mangas largas y una cola de dos metros de largo, mi velo es de tul con flores bordadas de color dorado, en mi escote están cosidas 100 perlas marinas que recrean el contorno de miles de rosas.

Mi madre coloca una cadena con un ópalo azul en mi cuello, la miro a los ojos, está a punto de llorar, respira hondo y me sonrío, es demasiado orgullosa para permitirse un momento de vulnerabilidad. Me miro en el espejo, toco el ópalo, en mi mente resuena el verso de Lynch “Tus ojos son dos ópalos azules tallados por los orfebres de cielo”.

Estoy en el umbral del castillo, camino hacia el carruaje que me guiará hasta la catedral de la mano de mi padre, me ayuda a subir y cierra la puerta.

—Mi pequeña Clarissa —acaricia mi rostro.

—Padre ¿Cómo has podido venderme al Príncipe Aldem?

—Clarissa, ha sido la única solución a esta guerra interminable. Los katrenses estaban a punto de irrumpir en la ciudad y destruirlo todo, su ejercito es superior al nuestro. Debes sacrificarte por tu reino, por tu gente.

—Lo entiendo padre, pero a cambio debes prometerme algo. Debes librar de sus condenas a Odette y a Lynch.

—¡Já! ¡Eres toda una negociadora! Estratega como tu padre —pone la mano en su barbilla pensativo—. Está bien, tienes la palabra del Rey Obvlion.

—Gracias padre —aprieto su mano.

Cuando entramos a la iglesia una orquesta de 100 instrumentos nos reciben, violines, trompetas y flautas suenan estridentes con cada paso que doy, yo camino serena, hace rato estaba al borde de un ataque de nervios, pero ahora confío en la palabra de mi padre quien me lleva por el salón.

He salvado a mi verdadero amor al entregarme a este falso, en mis manos llevo un bouquet de crisantemos, mis flores favoritas, los huelo y solo pienso en las tardes en Belicia, en el corcel negro de Lynch llegando al jardín, sonrío, no está a mi lado pero al menos está a salvo.

Es un largo camino desde el umbral al altar, la iglesia está repleta de la alta sociedad, todos me miran maravillados, he de verme hermosa en este vestido blanco adornado de perlas, fue confeccionado por 20 costureras. Desde lejos puedo observar a un gran hombre, al acercarme, detallo por primera vez al que será mi esposo por toda la vida. Es tan alto como un roble, lleva puesto el traje típico de los guerreros de Katros.

Una piel de oso pardo sobre los hombros y encima de la toga verde una brillante armadura de bronce, todo esto le da el aspecto tosco característico de su pueblo, tiene las piernas separadas como los hombres que pasan mucho tiempo en su caballo, parece recién salido de una batalla a punto de reclamar su trofeo, o mejor dicho, a la mítica princesa pelirroja.

Sus cejas son gruesas, lleva una barba muy poblada y el cabello negro azabache largo peinado hacia atrás. Su nariz es grande y sus ojos son de un azul profundo, Es el hombre más corpulento que he visto en mi vida, mide al menos dos metros y sus brazos son prominentes y velludos, la toga deja ver sus piernas musculosas.

Su mirada en este momento es seria, como si estuviera tomando una decisión importante, sus labios son pequeños y están tensos. Las palabras del obispo se hacen tediosas hasta el momento que Aldem me pone el anillo, mi mano es una miniatura cuando él la toma, las suyas son amplias y ásperas, tiene callos debido a usar tantas armas, me coloca el anillo con sumo cuidado, es un aro dorado con un diamante rosa. Yo procedo a hacer lo mismo, con un aro liso plateado, sus dedos son robustos y tengo problemas en hacer encajar la sortija hasta que él mismo lo hace.

Nos tomamos de las manos, lo veo a través de mi velo, nuestros ojos se encuentran por primera vez, aunque no es muy expresivo lo noto más que feliz, victorioso, con una mínima sonrisa, como si todo el propósito de la guerra haya sido hacerme su esposa.

—Príncipe Aldem Jerikov ¿Acepta usted a la Princesa Clarissa Ephiranthus como su legítima esposa? —pregunta el obispo.

—Acepto —dice Aldem mirándome a los ojos.

—Princesa Clarissa Ephiranthus ¿acepta usted al Príncipe Aldem Jerikov como su legítimo esposo? —guardo silencio unos segundos, volteo hacia donde está mi madre, ella arquea las cejas, advirtiéndome que no cometa más locuras.

—Acepto.

—Si hay alguien que se oponga, que hable ahora o calle para siempre —dicta el obispo.

La catedral queda en silencio, yo imagino las puertas abriéndose estruendosamente y Lynch entrando en la iglesia gritando “¡Yo me opongo!”. Me toma de la mano para robarme de los brazos del Príncipe Aldem, y escaparnos en un barco a las Islas Peregrinas. Pero sé que eso no pasará, he aceptado este camino y haré todo para enorgullecer a mi pueblo, honrar a mis

padres y satisfacer a mi esposo. Es tiempo de que madure y acepte el destino que llevo marcado desde que nací.

—Si no hay oposición, yo los declaro marido y mujer hasta que la muerte los separe... Príncipe Aldem, puede besar a la novia —sentencia el obispo.

El príncipe me quita el velo blanco y me toma bruscamente de las caderas, estoy apenada. Me besa con sus labios resecaos, su boca tiene un ligero sabor a sangre. Todos aplauden y la orquesta vuelve a entonar su melodía nupcial. Afuera de la catedral está todo el pueblo celebrando, tiran granos de trigo y flores a mi paso, la guerra ha terminado y empieza una nueva era de prosperidad para Mersalias.

Me subo al carruaje real con mi nuevo marido, tendremos que cabalgar 12 horas sin escalas para llegar al palacio de Katros, el carruaje tiene una puerta de madera y adentro una banca que aunque está amueblada resulta incómoda pues Aldem ocupa la mayoría del espacio y mi vestido es muy pomposo. Él está tomando ginebra directamente de una botella, aunque yo sea una amante del licor no me ofrece, pues una dama no debe tomar alcohol en otra ocasión que no sea una cena.

Mi madre me había dado instrucciones de qué hacer en la noche de bodas, con muchos eufemismos claro está. No sé qué decirle a Aldem, estoy tan nerviosa que solamente le sonrío y guardo silencio dentro del carruaje.

Todo el viaje me imagino cómo será mi nueva morada, si me recibirá un lecho lleno de pétalos de rosas y velas y manjares. Pienso en nuestra noche de bodas, y en sus manos de guerrero acariciándome, haciéndome suya. El día es caluroso, el apretado carruaje contiene mi perfume y lo combina con los aceites de su piel. Me empiezo a sentir algo sofocada.

—¿Y qué te pareció la ceremonia? —pregunta. Es lo primero que me ha dicho en el viaje, y lo dice en un tono torpe, como buscando entablar una conversación con una extraña.

—Hermosa —respondo y sonrío.

Me mira, su boca está seca y semi-abierta, unas gotas de sudor corren por su frente, siento el deseo en sus ojos, huelo su instinto animal. Aldem pone su mano sobre mi pierna y comienza a masajearme, yo no hago nada, me quedo inmóvil viendo a la ventana, el silencio crea un ambiente de tensión entre los dos.

—Clarissa, mírame —No le hago caso, me voltea la cara con su mano.

Descubro su miembro erecto sobresaliente, es un pene grueso y venoso con un glande roja e hinchada, el príncipe lo sacude arriba y abajo y me mira como

esperando que reaccione, estoy aterrada, el carruaje salta constantemente, el calor se intensifica, Mi corazón se acelera, estoy temblando de nervios y creo que podría desmayarme.

—¿Y bien? ¿Te vas a quedar ahí sin hacer nada?

—No sé qué hacer —miento, como mi madre me indicó. Debo parecer inocente.

—Estoy demasiado caliente ¡Haz algo para remediarlo!

Me acerco temerosa, él jala mi mano y la pone en la base de su pene, es tan grande que no puedo cerrar mi mano, mueve mi brazo arriba y abajo hasta que deja que lo haga por mí misma, abre sus brazos y los apoya en el espaldar de la banca en una actitud relajada. Sacudo su gran pene por un rato hasta que libera un poco de líquido preseminal.

—¡Más rápido! Me ordena.

Ahora lo tomo con ambas manos para que me resulte más fácil, él empieza a respirar con más fuerza. Pasa sus dedos por mi cuero cabelludo, se siente agradable hasta que jala fuerte un mechón de pelo y tira mi cabeza hacia atrás, me mira.

—¿Qué la perra de tu madre no te enseñó lo que tenías que hacer?

Toma mi cabeza y la choca contra su pene, yo cierro la boca, no quiero su miembro adentro.

—¡Abre la boca maldita perra! —me ordena, tira de mi cabello hasta que grito e introduce su pene.

Me dirige como a una muñeca, tira de mi cabello arriba y abajo repetidas veces, hunde mi cabeza hasta el fondo y siento su glande chocar contra mi garganta, me vienen arcadas pero él no me deja sacármelo.

Las lágrimas brotan, mi mandíbula está totalmente abierta como si tuviera una manzana gigante en la boca, sigue manejándome mientras gime de placer. Yo puedo respirar a duras penas, le doy palmadas en la pierna para que me libere pero él solo tira de mi cabello más fuerte. A momentos se detiene unos segundos y luego vuelve a guiar mi cabeza con rapidez.

—¡Ah! Me voy a correr en tu boca.

Los corceles van más rápidos, entramos en un camino rocoso y el carrusel da brincos, siento cómo Aldem aprieta sus glúteos, deja mi cabeza firme y balancea su cadera velozmente penetrando mi garganta hasta el fondo.

Después de varios minutos se agita, apoya su cabeza hacia atrás y su pene libera un torrente de líquido tibio y espeso, lo siento fluir en toda mi garganta al mismo tiempo que gime y jadea como una bestia, las arcadas se intensifican,

por fin me libera pero aún me sostiene del cabello, su semen chorrea por mi boca y mi quijada. Aún tengo mucho de su líquido en la boca y mi impulso es escupirlo, pero él cubre mi boca con su mano y pone mi cabeza hacia atrás.

—¡Traga maldita! —me ordena.

Trago todo su semen, limpio los restos de mis labios y también los trago, es espeso y salado. Él abre mi boca con sus manos para asegurarse que lo he tragado todo.

—Buena chica —dice, me da unas palmadas en la mejilla.

Me limpio las lágrimas de los ojos, me duele la mandíbula y la garganta me arde, su pene tiene un sabor amargo que queda impregnado en mí, mis piernas tiemblan, entrecierro los ojos, estoy a punto de desfallecer. Lo veo y lleva una sonrisa maliciosa, su pene todavía está erecto bajo su vestimenta, lo vuelve a sacar y se estira en el asiento presumiendo su virilidad.

—Cuando despierta la bestia no es fácil hacerlo dormir —ríe.

Si antes estaba asustada ahora estoy aterrorizada, su lujuria parece nunca saciarse y mi cuerpo no está preparado para domar a esta bestia. Se abalanza sobre mí, mete sus manos en mi escote, son demasiado grandes y mi vestido es ajustado pues fue diseñado especialmente para mí.

—¡Maldita sea! —grita.

—Por favor, esperemos a llegar al palacio —le ruego.

—¡Tú harás todo lo que yo quiera princesita! Y ahora quiero follarte.

Con sus manos empieza a rasgar el vestido de seda, las perlas caen en el suelo del carruaje y él estruja mis senos.

—¡Qué ricas tetas que tienes!

Explora los pliegues de mi falda, trata de desnudarme pero no lo logra, el espacio reducido hace cualquier movimiento complicado, Empieza a rasgar mi falda, trata de alcanzar mi vulva mientras maldice. Yo no puedo más, me siento torturada, sin oxígeno, pierdo el conocimiento.

Estoy en una habitación oscura, reconozco las dos antorchas, es el dormitorio de mis pesadillas. Trato de descifrar si estoy dormida o despierta, si lo que me ha pasado ha sido otro mal sueño y todavía no puedo despertar. Llevo puesto un vestido marrón, me duele la cabeza, siento la garganta irritada, veo mis pechos y tengo varios moretones.

Todo ha sido real, esta es la vida que me espera hasta el resto de mis días, debo encontrar una manera de hacerla al menos soportable. Estoy en la habitación matrimonial del palacio de Katros, la cama es alta y tiene un

cabezal completamente hecho de oro, todos los muebles de esta habitación son dorados y tienen joyas incrustadas, es un hermoso lugar para un hombre tan tosco. El Príncipe, o mejor dicho, mi marido, entra a la habitación.

—Tendremos un festín esta noche, vendrá una sirvienta a ayudarte a vestirte —se retira.

Su indiferencia es insostenible, me pregunto si me habrá penetrado en el carruaje, no siento dolor en mi pelvis, supongo que al verme desmayada ha tenido compasión, quizás sí haya un rastro de humanidad detrás de la bestia.

El reino de Katros es bastante rural, el castillo que será mi nuevo hogar es de piedra en su totalidad. En el gran salón hay un festín donde me presentan a toda la nobleza katrense, debo aprenderme sus nombres y costumbres ya que en una semana seré coronada reina de Katros.

Aldem está muy entretenido bebiendo cerveza con sus amigos y familiares, mientras yo estoy sentada al otro extremo de la mesa con varias doncellas quienes no dejan de preguntar cosas sobre Mersalias, no tengo ganas de responder, aún me siento abatida. Trato de buscar su mirada pero él está demasiado entretenido para prestarme atención.

—Permítame mostrarle el castillo su majestad —dice la voz de un hombre a mis espaldas.

Es un caballero alto, de cabello rubio largo y barba tupida pero bien recortada, sus ojos son verdes y tiene una sonrisa resplandeciente, lleva un traje azul marino con detalles plateados muy elegante y huele a esencia de abedul.

—Disculpe mi falta de modales Princesa, mi nombre es Darius Trumenski, consejero real de Katros —hace una reverencia.

Se me escapa una pequeña sonrisa, pues es el primer caballero con modales que veo en todo el reino. Caminamos hacia un corredor lleno de retratos de los anteriores monarcas de Katros, Darius me cuenta la historia de cada uno, sus palabras son elocuentes. Nos dirigimos hasta un balcón de donde se puede observar gran parte del reino. Hay luna llena esta noche, el cielo está despejado y lleno de estrellas.

—Cuénteme ¿Qué le parece el reino de Katros?

—Vulgar, sucio, ruidoso —Pienso. No encuentro palabras para maquillar mis pensamientos así que tengo que mentir —. Encantador, es un lugar muy pintoresco que estaré alegre de reinar.

—Veo que la leyenda era cierta —dice el caballero.

—¿Cuál leyenda? —pregunto confundida.

—La que cuenta que la princesa de Mersalias es la mujer más hermosa que ha nacido en los 7 reinos.

Levanto las cejas en señal de sorpresa, en ese instante Aldem aparece en el balcón.

—¿Qué haces aquí con mi esposa, Darius? —pregunta desconfiado.

—Solo le mostraba el castillo a su Majestad, ya que con el viaje tan agotador no ha tenido tiempo de recorrerlo —Aldem lo mira con seriedad.

—Puedes retirarte Darius —ordena.

Se acerca a mi lado, tiene el cabello despeinado y huele a cerveza ¿Me reprenderá por haberme escabullido con otro hombre? Tengo miedo y mantengo silencio, él mira hacia el paisaje, la luna ilumina su rostro tosco de guerrero que ahora tiene ese brillo producido por la bebida de cebada.

—Espérame en nuestra cama. Voy a darte una lección —dice amenazante. Me quedo callada, lo miro con temor.

—¡A la habitación mujer! —jala mi brazo y me empuja.

Camino en dirección al cuarto, el momento ha llegado, el Príncipe Aldem tomará mi virginidad, aunque tenga miedo hay una emoción extraña corriendo por mi cuerpo, después de esta noche seré una mujer, seré su mujer.

Lavo mi cuerpo con delicadeza, mi madre me dio una fragancia de vainilla y jazmín, la vierto en mi cabello, antes de vestirme me miro al espejo, un escalofrío me recorre todo el cuerpo, me eriza la piel, mis pechos están más redondos y grandes, en el medio de ellos llevo mi collar de ópalo, mis caderas parecen colinas que se alzan en el horizonte.

Quizás al ver los atributos de mi cuerpo Aldem perdona mi pequeño desliz y no me castigue. Me visto con una bata de seda y tul blanco, dejo mi cabello suelto y espero sentada en el borde de la cama. Mis pies tocan el pelaje de un oso negro que está en el suelo como alfombra.

La noche avanza, escucho cómo la fiesta se va desplomando, los músicos se retiran, el silencio comienza a invadir el espacio, la madrugada transcurre y la expectativa no me deja dormir. No aguanto más la espera y bajo hasta el gran salón.

Hay comida tirada por todo el suelo, botellas de vino derramadas y platos rotos, Aldem tiene la cabeza apoyada sobre la mesa y parece estar dormido, a su lado están dos doncellas que lo abrazan, apenas notan mi presencia huyen corriendo hacia la oscuridad como cucarachas. Los katrenses festejan como salvajes, camino esquivando la inmundicia y me acerco a Aldem, tiene los ojos cerrados, parece que esta noche la fiesta lo ha dejado agotado, me alejo

con cautela, he escapado de su amenaza.

—¿A dónde vas mujer? —dice el príncipe. Me congeló.

—Aldem... pensé que dormías.

—Un guerrero siempre duerme con un ojo abierto.

Se levanta de su silla, se acerca a mi lado, toma un tarro de cerveza que está en la mesa, lo bebe todo y tira el recipiente al suelo.

—Cuando los invitados se van ¡Es que empieza la fiesta!

Me toma de las caderas y me alza, muerde mi escote, con sus dientes desgarrar la tela y mis pechos quedan en el aire, los besa, lame y muerde con frenesí, estoy exaltada, me ha atrapado como si fuera una liebre y él un león de montaña, sus brazos aprietan fuerte mi espalda como si quisiera reventar mi columna en dos, se me escapa un grito, me alza con un solo brazo en el que apoyo mis nalgas, con su otra mano tira al suelo todos los platos y vasos que aún quedan en la mesa, me tira de golpe, quedo acostada en la madera y él de pie frente a mí.

—¡Aldem!

—¿Qué?

—¡Por favor sé un poco más gentil!

—¿Estás intentando darme órdenes? ¡Nadie le da órdenes al Príncipe de Katros! —me abofetea.

—¡Lo siento Aldem!

—Oh... Sí que lo vas a sentir —se ríe.

Aprieta mis muñecas, me inmoviliza, pasa su rostro por mi mejilla, está roja debido a su golpe, la acaricia con su nariz y suelta una risa, su aliento huele a dulce licor.

—¿A quién le perteneces ahora princesita? —no respondo.

—¡¿Dime a quién le perteneces?! —presiona mis muñecas y las golpea contra la mesa

—¡A ti! ¡Soy tuya Príncipe Aldem!

—Así me gusta, que seas una chica obediente... —en su cara se dibuja una sonrisa tenebrosa.

Mueve su cabeza por mi cabello, aspira el olor con fuerza, baja hasta mis pechos y rasga toda mi ropa sin hacer esfuerzo, quedo totalmente desnuda en la mesa. Cerca de mi cuerpo hay un candelabro aún encendido, Aldem lo toma.

—No te muevas —ordena.

Lo alza con su mano derecha mientras que con la otra mano rodea mi cuello, si así lo deseara podría estrangularme en segundos, el terror eriza mi

piel, lo prohibido siempre me ha parecido excitante pero Aldem lleva el peligro hasta un nuevo nivel, mi vida está en sus manos. Soy su posesión.

—Hagamos esto de la manera sencilla Clarissa, si te resistes será más doloroso para ti —me indica, con una mirada maliciosa.

Oprime ligeramente mi cuello, yo empiezo a jadear, inclina el candelabro y la primera gota de cera caliente cae entre mis senos. Gimo, el ardor es doloroso y placentero, arqueo la espalda.

—¡No te muevas! —grita y aprieta mi garganta con más fuerza.

Me cuesta respirar, un chorro de cera cae sobre mi pezón derecho, grito del dolor.

—Shhh... No querrás despertar a los invitados —cubre mi boca.

Esta vez la cera va cayendo por mi estomago en varias gotas, cada una va desdibujando la frontera entre el dolor y el placer, al final Aldem derrama el líquido caliente en mi pubis, y se va endureciendo hasta tocar el borde de mi vulva.

Pasa sus dedos por el extremo de la vela que se derrite llenando sus dedos de cera ardiente y antes de que se enfríe y endurezca empuja sus dedos contra mi vulva y los hunde hasta mis adentro, siento el calor en mí como un incendio que me desgarras, me estremezco, él ahoga mis gritos, hay sangre en su mano.

—Con que sí eres una virgen... Me voy a divertir mucho contigo.

Repite el proceso con la cera, pero esta vez pasa sus dedos por mi clítoris y los labios de mi feminidad, es más delicado y el calor me enciende, empiezo a humedecerme.

—¿Te gusta? —pregunta.

Asiento con la cabeza, ya que mi boca sigue tapada.

—Entonces te encantará esto...

Toma una manzana de la mesa y la pone en mi boca como una mordaza, aprieta mi clítoris hinchado y deja caer la cera sobre él. Grito y las lágrimas de dolor corren de mis ojos. La única manera posible de que él disfrute es haciéndome sufrir. Escupe sobre mi sexo y hace círculos en mi clítoris, la saliva calma el ardor y me excita.

Abre los labios de mi vulva, introduce su dedo medio hasta el fondo y lo mueve mientras que con su otro dedo presiona mi clítoris de un lado al otro. Estoy sudando, sus movimientos son violentos y mi sexo está sensibilizado por las quemaduras, el dolor es tanto que se convierte en deleite.

Mis piernas comienzan a temblar solas, siento un cosquilleo en mis pezones que corre como un relámpago hasta mis muslos. Me agito, me sacudo

y la inminente avalancha de sensaciones me desborda, me corro con sus manos todavía dentro de mí. Quiero gritar y gemir a todo pulmón pero no puedo.

He alcanzado el éxtasis de mis sueños, de mis ojos vuelven a correr lágrimas pero esta vez de placer. Aldem se mira las manos cubiertas de mis fluidos, las huele complacido.

—Nada mejor que el olor al primer orgasmo —dice.

Mi sexo está lastimado, luego del placer siento cómo todo palpita y arde en mis adentros, Aldem retira la manzana de mi boca y le da un mordisco, esta se ha llenado de mis fluidos y eso parece darle un sabor que le gusta. Coloca su otra mano sobre mis labios, llenándolos de mi propia humedad. Lo miro agotada.

—Espero que no te desmayes esta vez, pues todavía tienes que hacerme correr.

—Haré mi mejor esfuerzo... Mi amo— Le susurro, sonrío.

He descifrado su naturaleza, me pondré a sus pies, le haré creer que tiene todo el poder sobre mí y aunque sí lo tenga, por el simple hecho de que soy consciente de eso me coloco un paso más adelante que él. Lo alabaré, lo haré mi dios personal hasta que me crea tan débil y sumisa que no desconfíe de mí. Y ese momento será su perdición.

El Príncipe me alza, amarro mis piernas a su espalda, lo miro y noto un brillo en sus profundos ojos azules. Camina, me lleva en dirección al dormitorio real, cuando pasamos por el salón veo una figura esconderse entre las columnas, percibo un olor a abedul en el aire que se disuelve en cuanto nos alejamos.

Era Darius, podría distinguir esa esencia a kilómetros, ningún otro katrense huele a abedules. ¿Habrá pasado por casualidad por el salón? ¿O siempre estuvo ahí espiándonos? Me intriga, pero luego pensaré en eso, ahora tengo asuntos más grandes que atender.

Subimos hasta nuestra habitación, él me tiende en la cama, quisiera descansar en este momento pero sé que no me lo permitirá, se quita la ropa frente a mí, la luz de la luna baña su cuerpo de un tono plateado, dándole la apariencia de una criatura mística, su pecho es inmenso, tiene grandes pectorales cubiertos de delgados vellos castaños, su barriga no es plana pero le sienta muy bien con su cuerpo de bárbaro y esos enormes y musculosos brazos torneados por tantas luchas.

Tiene todo el cabello revuelto, su respiración es fuerte y suena como el bufido de un gran animal, se acerca a mí con su miembro erecto y deseoso de

penetrarme, gateo en la cama hasta acercarme a su tercera pierna, ahora lo puedo detallar bien, es venoso y circuncidado, su cabeza roja e hinchada sobresale como a punto de estallar. Aldem se arrodilla en la cama, su pene está en toda la altura de mi boca, toma mi cabello con suavidad.

—Por favor, no tires de mi cabello —le suplico.

Sé que lo hará, que no tiene caso rogarle, pero también sé que precisamente eso es lo que lo excita.

—Qué ilusa eres Clarissa... ¡El príncipe Aldem es un hombre sin compasión!

Jala de mi cabello, su pene se sobresalta y golpea mi cara, grito muy fuerte, mucho más de lo que en verdad siento.

—¡Cállate perra!

Mis gritos son sofocados por su gran miembro, esta vez lo aprisiono con mis labios, envuelvo su glande en mi lengua como una serpiente, succiono y hundo mi cara hasta sentirlo tocar mi laringe, sus bufidos se convierten en gemidos, él guía mi cabeza hasta el fondo, exploro su trasero con mis manos, tiene unas nalgas firmes y redondas, él estira su brazo y con su dedo hace círculos en mi vulva. Saca su pene de mi boca y me da un pequeño beso.

—Lo estás haciendo bien mi princesita.

—Gracias mi amo.

—Lo estas haciendo demasiado bien... —dice en un tono sospechoso. Se levanta de la cama y camina hacia un baúl.

—¿Qué buscas querido?

—Ya verás...

Saca unas pesadas cadenas con candados, alzo las cejas en modo de sorpresa, primero pienso que cerrará la puerta para que nadie nos moleste hasta que se sube a la cama con ellas. Esto se va a poner salvaje, pienso.

—¿Qué harás con eso?

—¡Deja de preguntar mujer!

Se arrodilla arriba de mí, su pene cae entre mis pechos, trato de masturbarlo, toma mi mano con rabia como si no quisiera que lo tocara y la sube hasta el cabezal de la cama. Hace lo mismo con la otra, abre los grillettes y encierra mis muñecas a la cama. Estoy inmóvil.

—¡Eres una zorra! Ahora te trataré como la sucia ramera que eres.

Abre mi boca y coloca su miembro adentro, empieza a mover su cadera con furia, ya sé cómo se siente, lo abrazo con mis labios, hago que se sienta cómodo dentro de mí y que mi saliva lo envuelva, Aldem ve mi cara de placer

y yo puedo ver la suya, lo escucho gemir cuanto más rápido agita su cadera.

Saca su pene y comienza a besarme el cuello, sus besos son apretados, muerde y lame mi cuello, yo no paro de gemir, mi respiración se descontrola, deseo tocarlo y besarlo pero no puedo moverme, solo disfrutar por ahora, baja hasta mis senos, siento su barba raspar mis pezones, hace una pinza con sus nudillos y los aprieta hasta que grito, luego los lame con la punta de su lengua y se los pasa entre los dientes.

Va bajando con su lengua por mi estómago, pasa por mi ombligo y lo muerde. Aterrizo en mi vulva, abre los pliegues de mi feminidad y la lame con movimientos circulares, su barba me produce un cosquilleo y mi sexo se desborda de fluidos, estruja mis pechos como si fueran dos naranjas, intenta penetrarme con su dedo índice, cierro mis piernas porque aún arde, él las abre a la fuerza y me embiste, siento su pene entrar en mí, siento mi vagina abriéndose y adaptándose a este nuevo ser que ahora alberga, me penetra hasta el fondo, de mi boca sale la combinación de un grito y un gemido, mis brazos tiemblan, mis caderas queman.

Su cuerpo choca una y otra vez contra el mío, él ruga, el sudor de su frente cae sobre mí, siento su miembro bombeando dentro de mí cada vez que choca su cadera contra la mía, el ardor se traspasa a cada uno de mis nervios, estoy en llamas.

Cada milímetro de mi piel se eriza, toma mis piernas y las sube a sus hombros, su ritmo se acelera, jadea, su cabello se mueve a todos lados, siento toda su transpiración corriendo por mi cuerpo. Se me nubla la vista, mi vagina estalla de placer, suelto toda mi alma en un grito. He visto el paraíso y está lleno de fuego. Me corro como una cascada.

Él no para de penetrarme, aún no ha alcanzado el orgasmo, me siento demasiado susceptible y me duele cada embestida.

— ¡Detente!

— ¡No!

Me penetra furioso y aprieta mi cuello, aplica fuerza, pierdo la respiración, toso, me está asfixiando, lo intento patear pero él no deja de entrar y salir de mi vagina, no puedo mover mis brazos, trato de sacudirme pero su inmenso cuerpo sobre el mío me paraliza.

—¡Aaaaaahhh!— Grita.

Todos mis músculos se contraen, su torrente corre dentro de mí, siento su miembro estallando cuando él no para de jadear, afloja sus manos de mi cuello

y vuelvo a respirar. Ha echado un alarido como si acabara de matar a su contrincante en un campo de batalla. Saca su espada de mi herida, aún erecta. Este hombre jamás se cansa. De mi vagina sale algo de su semen como si hubiera inundado mis adentros.

Es el momento de que me desencadene, dejo caer mis brazos agotados en la cama y suspiro. Me levanto para ir a lavarme, él me detiene.

—¿A dónde crees que vas? No he terminado contigo.

Jala de mi brazo y me lanza en el colchón, esta vez me dispone boca abajo y encadena mis manos de nuevo en la cabecera de la cama. Sube mi cola, roza mis nalgas y las aprieta. Alza su mano para darme una ruidosa nalgada.

—¡Ah!— Grito.

—Te voy a castigar zorrita.

Recibo sus nalgadas y respondo con alaridos, cada una es más dolorosa que la anterior, mi culo debe estar enrojeciéndose, pasa su pene por mis nalgas y roza mi vulva, siento la cabeza de su pene escarbando entre mi sexo, gimo del dolor.

—Aldem, estoy herida, detente por favor...

—Mentira, Yo sé que lo estás disfrutando.

Toma mi cabello entre sus manos y tira de él, arqueo mi cuello, su pene entra hasta el fondo de mi vagina. Es doloroso, es una tortura. Aguanto el dolor esta vez en silencio, Me nalguea mientras balancea su cadera y su pene entra y sale de mi vagina. De repente se detiene.

—¿Qué rayos es esto?!— Pregunta.

Volteo a verlo y sus manos están cubiertas de sangre, la siento correr entre mis piernas. Me descompongo sobre la cama, él se levanta y busca un pañuelo para limpiarse.

—Creo que se me ha pasado la mano contigo eh —dice sarcástico.

No le respondo, el dolor no me permite si quiera pensar.

—Para que te des cuenta que sí tengo compasión, ahora te haré algo diferente.

No entiendo lo que dice, esperaba que la sangre pusiera fin a este acto, pero no. Aldem vuelve a la cama y levanta mi cadera, ensaliva su dedo y lo pasa por mi ano. Siento un frío recorrer mi espalda, tengo ganas de soltar una carcajada, es una sensación única, pero de un segundo a otro me penetra, las cosquillas se convierten en agonía, siento cómo desgarrar mi recto, al principio sus movimientos son lentos y rígidos hasta que me adapto a su miembro gigante y me dilato. Luego aprieta mis caderas y se desliza con rapidez, cada

vez que su glande roja llega hasta el fondo de mi culo la electricidad estalla en mi piel.

Aún sigo sangrando pero a él no le importa, a mi tampoco en realidad, su pene dentro de mi culo ha ocupado toda la atención de mi dolor y placer.

—¡Detente! ¡Me duele! —le pido. Pero en realidad lo estoy disfrutando demasiado.

No me hace caso, se ríe como un maníaco y me penetra más profundo, acelera el compás de su cuerpo, regresa sus manos a mi cuello y me ahorca solo un poco, aprieto mis glúteos, siento su pene vibrar dentro de mí, escucho el bramido de la bestia cuando su semen corre en mi interior, se deja caer en mi espalda y jadea de placer en mi oreja.

Me libera, las sábanas están llenas de fluidos, él las quita y las tira al suelo, se recuesta sobre la alfombra de oso y saca una pipa para fumar un poco de tabaco. Me levanto como puedo, todo mi cuerpo está conmocionado, tiemblo de pies a cabeza, voy a lavarme. Él me mira mientras exhala su humo.

Estoy magullada, tengo moretones en mis muñecas, senos y en mi cuello, mi trasero está rojo la espalda me duele, no puedo caminar con facilidad, pero todavía siento los escalofríos del orgasmo correr por mi cuerpo.

Regreso al cuarto, él está mirando por la ventana, la luz del amanecer muestra su cuerpo desnudo de guerrero, por primera vez veo su largo pene flácido y detallo sus nalgas succulentas, es un hombre imponente y guapo. Me acerco a él y lo abrazo, el cielo ahora se pone naranja, vemos cómo llega un nuevo día sobre el reino de Katros.

—¿Ves todo esto princesa?

—Sí, es hermoso.

—Todo esto será tuyo si eres obediente —dice mientras acaricia mis nalgas.

Es una tierra muy amplia y próspera, de guerreros imbatibles y muchas riquezas, pronto será mi reino, o mejor dicho, nuestro reino. Caigo dormida de inmediato, las escenas junto a Aldem se repiten en mis sueños, sus golpes, sus mordidas, su lengua explorando mi sexo, el calor entrando en mí y esa fragancia de abedules, de repente invade todos los recuerdos, ese enigmático perfume... Veo a Darius espiarnos escondido detrás de una columna, lo veo auscultar la pared de nuestra habitación para escuchar mis gemidos, me excita soñar con sus ojos sobre mi cuerpo desnudo siendo devorado por el Príncipe.

A la mañana siguiente no puedo si quiera levantarme de la cama, estoy adolorida, debo pasar gran parte del día acostada para recuperarme. Me

excuso con Aldem por no poder atender mis deberes como princesa.

Él no se ve molesto, de hecho parece regocijado, mi estado es resultado de su virilidad y eso alimenta su ego. Se retira a cabalgar por el bosque, saldrá de exploración con sus caballeros. Tocan la puerta, me levanto a duras penas y abro. Es Darius.

—Oh princesa ¡Discúlpeme! Pensé que Aldem continuaba en la habitación.

Cierro mi bata de dormir, estoy sonrojada, trato de ocultar todas las marcas en mi piel o al menos disimularlas con mi cabello.

—No se preocupe Darius, él se ha ido hace unos minutos, quizás pueda alcanzarlo.

—Igualmente usted debe saber esta información ¿Puedo pasar?

—Claro, adelante —Darius cierra la puerta cuando pasa.

Su fragancia inunda todo el cuarto, se queda unos segundos en silencio, pasa su mirada por mi cuerpo de una manera sutil, buscando mis pechos entre la transparencia de mi ropa mientras en su mente arma las palabras que me venía a decir.

—¿Qué tenías que decirme Darius?

—Oh, claro... Lo siento princesa, me he distraído... Su su, su coronación.

Está notablemente nervioso, puedo ver como traga grueso, mi presencia lo intimida.

—¿Qué pasa con la coronación?

—Ah... Se ha adelantado, será mañana.

—¿A qué se debe ese cambio?

—La salud de nuestro rey ha empeorado, tuvimos que adelantar la coronación cuanto antes.

—Lo entiendo, gracias por la información. Puede retirarse...

Darius se queda inmóvil, sé que no quiere irse, yo tampoco quiero que se vaya.

—Majestad, permítame el atrevimiento, pero ¿Qué son todas esas marcas en su cuerpo?

No tengo respuesta para eso son las huellas de una noche de pasión y tortura, donde estuve en el cielo y en el infierno al mismo tiempo, estas son las marcas que deja un hombre dominante sobre lo que le pertenece.

—Eso no le incumbe Darius. Por favor retire... —me interrumpe.

—¡Princesa Clarissa! Conozco al Príncipe Aldem, he visto lo que le ha hecho a las doncellas del castillo, es un hombre muy brusco y usted no se merece esa clase de trato.

Darius intenta tomar mi mano, la retiro y le doy la espalda.

—También has visto lo que me ha hecho anoche el Príncipe en el comedor ¿No? —pregunto. Darius se congela.

—¡Responde Darius! —me acerco a él.

—¿Has visto cómo el príncipe me quemaba?

—No, no entiendo de qué me habla.

—Mentira ¡Tú lo has visto todo!

—Princesa, no podía hacer nada al respecto, yo solo pasaba por ahí de casualidad ¡Se lo juro! Pero puedo ayudarla... Conozco la debilidad de Aldem.

¿Aldem? ¿Debilidad? Ese hombre parece invencible, pienso.

—Debe darle una copa de vino, pero no cualquier vino, el de Tierra Santa, es la única bebida que lo emborracha al punto de perder sus facultades.

Ese es mi vino favorito, lo he bebido desde que era una niña, no puedo creer que sea la debilidad de tal bestia.

—Gracias por su consejo Darius.

—Por nada, siempre estaré a sus servicios su alteza —hace una reverencia y camina hasta la puerta.

Cuando está a punto de irse empiezo a perder la noción del tiempo, su fragancia me marea, todo se vuelve borroso y me desmayo... Despierto, estoy en otra habitación mucho más pequeña con una gran claraboya en el techo, tengo un pañuelo tibio en la frente. Mi boca está seca y siento mi cabeza pesada. Entre mis piernas hay algo húmedo, cuando me inclino a revisar, descubro mi bata llena de sangre.

—¿Darius? —pregunto al aire, no hay nadie alrededor.

De repente entra el caballero con varias hierbas medicinales.

—Darius... ¿Dónde estoy?

—Esta es mi habitación. Clarissa, tenías una fuerte hemorragia, por suerte soy un estudiante de medicina. Si hubiéramos esperado hasta que llegase el doctor probablemente te hubieras desangrado.

—Sí, Es que anoche sufrí un accidente...

—Esto no parece una accidente, la he revisado y está cubierta de moretones y quemaduras.

¿Darius me ha desnudado? Me asombro y me ruborizo.

—Pues tú conoces al Príncipe.

—Parece que ha querido matarla...

—Supongo que es su forma de demostrarme su cariño.

—No Princesa, eso está muy lejos de llamarse cariño. Venga, tome esto para que recupere su energía.

—Me ayuda a sentarme y me da un vaso de un brebaje amargo de hierbas en la boca.

—He preparado un ungüento especial con aceite de menta para tus quemaduras y heridas.

—¿Podrías ayudarme a aplicarlo?

—¿No preferiría que lo hiciera una sirvienta?

—Ellas no tienen conocimiento en medicina Darius.

Me bajo la bata hasta la cintura, cubro mis senos con mi brazos, él toma el ungüento, lo esparce por mi cuello, es frío, se siente agradable, yo cierro los ojos y disfruto de su masaje. Sin darme cuenta dejo descubiertos mis pechos, escucho un suspiro de Darius.

—Darius... ¿Podrías cubrir todas mis quemaduras?

Con suma delicadeza roza mis pezones y las partes de mis senos donde hay ampollas. El frío me relaja y me genera excitación.

—No entiendo cómo alguien puede hacerle esto a una mujer tan hermosa...

Lo miro a sus ojos verdes mientras él me acaricia los senos, nuestros ojos se encuentran, él sonríe.

—Si yo tuviera una mujer tan majestuosa a mi lado solo la trataría con ternura.

Me acerco a su oído y le susurro.

—La tienes ahora mismo a tu lado Darius...

Posa su mano en mi mejilla y me da un beso en la boca, es tan dulce como un pastel, sus labios son suaves y carnosos, cada beso va aumentando la intensidad hasta que nuestras bocas se devoran entre ellas, Darius pasa sus dedos por mi columna suavemente mientras me besa, me tiende en la cama, besa lento y de manera delicada mis moretones, como si de esa manera estuviera curándolos, acaricia mis senos, los mima con su nariz, lame mis pezones y los atrapa con sus labios mientras que su mano se pierde en mi cabello.

—Qué delicioso hueles —dice cuando aspira mi cabello—. Eres un jardín andante, eres toda una criatura celestial, déjame devolverte al cielo...

Suelto una sonrisa, suena tan inocente y adorable. Voy desabrochando su camisa hasta que se la quito, su pecho es un poco lampiño, lo acaricio, paso mis dedos por sus tetillas rosadas y puedo ver cómo se sonroja, bajo mi mano hasta su pubis y palpo su miembro, lo siento palpitar contenido en el pantalón,

lo froto arriba y abajo.

Restriego mi cara contra él. Darius me acuesta en su cama, nos besamos lentamente, va bajando por mi cuello dándome delicados besos, pasa a través de mis pechos, baja a mi estomago y me termina de quitar la ropa con cuidado, encuentra mi feminidad toda húmeda y ansiosa de él, la recibe con sus labios.

Toma de nuevo el unguento lo coloca en sus dedos y recubre mi vulva con él. Gimo excitada, el frío me pone caliente por insensato que parezca. Descubre mi clítoris y hace suaves círculos con sus dedos. Me duele un poco debido a la quemadura, se lo hago saber.

—Ese hombre no te merece Clarissa, es una bestia desalmada.

—No hablemos de él ahora...

Darius lame mi feminidad con gran destreza y cuidado para evitar las áreas sensibles. Me pongo de rodillas y desato su pantalón, su pene rebota erecto, lo acaricio y masturbo un rato hasta que se lubrica todo, está duro como una roca, pruebo su líquido preseminal con mi boca, hundo su miembro hasta el final de mi garganta y lo escucho gemir y retorcerse del placer. Él acaricia mi cabello mientras yo me deleito con su pene.

—Eres la mejor en esto Clarissa —dice.

Me levanta del suelo y me devuelve a la cama, se sube encima de mí y termino de quitarle toda su ropa, toco su espalda y bajo hasta sentir su culo entre mis manos. Con la agilidad de un trapequista se voltea y hunde su cara en mi vulva, mueve su lengua en forma de “s” entre los pliegues de mi feminidad hasta enterrar su lengua en mi vagina.

Yo por otra parte, atajo su miembro en mi boca y dirijo mi cabeza en movimientos verticales, Darius inclina su cabeza hasta llegar más abajo, lame mi ano, gimo incontrolable, mis pezones se endurecen y volteo los ojos cuando él me da pequeños golpes ahí con su habilidosa lengua.

Mientras le doy sexo oral él me lo devuelve al mismo tiempo, nos hemos convertido en un círculo perfecto de placer. Damos una vuelta y ahora soy yo la que está arriba con toda mi vulva recostada en su rostro. Saco su pene de mi boca, está cubierto de saliva y fluidos, me volteo y termino sentada en su cara gimiendo de placer, muevo mi cadera hacia adelante y atrás para sentir su lengua recorrerme, Darius acaricia mi cintura, con sus dedos frota mis pezones.

—¿Te gusta? —pregunto. Está con los ojos cerrados comiendo de mi sexo.

—Mmmhmmm —responde afirmativo y placentero.

Lo masturbo mientras doy brincos sobre su boca, él juega con mi

clítoris y me saborea al mismo tiempo. Empiezo a sudar, aumento el movimiento de mis caderas, jadeo más y más rápido hasta que me corro en toda su cara.

—¡Ah! Qué delicia Princesa —dice complacido.

—¡Te quiero dentro de mí Darius!

Me levanto, intento tomar su pene e introducirlo en mis adentros.

—Princesa, no podemos hacerlo, la hemorragia volverá.

Me quita de sus caderas y se abalanza sobre mí besándome, sus caricias me hacen saber que todo está bien, que él no necesita penetrarme para disfrutar, que es más importante que yo me sienta bien y goce de esta experiencia. Bajo hasta su pene, lo masturbo, con mi boca lo consiento llenándolo de besos y lamidas. Pruebo sus testículos mientras sacudo su pene.

—Me voy a correr Clarissa— Dice gimiendo.

—Hazlo en mi cara Darius.

Jadea incesante cuando todo su semen caliente aterriza en mi rostro.

—¡Oh! Dame más Darius— Le pido mientras sigo recibiendo toda su leche espesa como un regalo

Cuando ya ha cesado de eyacular, admira su obra de arte pintada en mi cara por unos segundos, luego busca un pañuelo y me limpia cuidadosamente para después darme un beso. Nos acostamos frente a frente, él repasa todo mi cuerpo con su mirada, yo lo admiro, es delgado con un abdomen definido y su piel tiene un tono oliva, un camino de vellos nace en su pecho y recorre sus abdominales hasta desembocar en su pubis.

Lo recorro con mis dedos, él me acaricia, su mirada es tan cálida que derrite mi alma, nos besamos lentamente cada tanto. Me acuesto encima de él, me abraza y juega con mi cabello. Nuestras piernas se entrelazan, no necesitamos palabras para comunicarnos, nuestros cuerpos hablan el mismo lenguaje.

Quisiera pasar todo el día junto a él, regalándonos besos y caricias, pero Aldem debe estar por llegar en cualquier momento. Entramos juntos a la bañera y nos enjabonamos para borrar cualquier rastro de esta aventura. Antes de vestirme Darius pasa una flor azul por todo mi cuerpo para esparcir su olor en mí. Nos besamos apasionadamente por última vez. Cuando estoy a punto de salir de su habitación me detienen sus palabras.

—Su alteza... Siempre estaré aquí para servirle —huele la flor que ahora tiene mi olor encapsulado.

—Gracias Darius... Eres de mucha ayuda —le sonrío y me retiro.

Me escabullo por el palacio, llego a la habitación matrimonial y todavía no hay rastro de Aldem, dejo la bata ensangrentada encima de la cama como muestra de las torturas que me ha aplicado, aunque conociéndolo seguro verá mi sangre como su trofeo.

Me cambio de ropa, el olor de Darius todavía persiste en mi memoria, como también el sabor de sus labios y la sensación de sus caricias. Ahora que lo pienso Aldem jamás me ha acariciado, ni siquiera me ha besado de la manera en que Darius lo acaba de hacer. Debo ser cautelosa con esta aventura pues mi marido es un hombre sin compasión, lo asesinaría sin dudarlo al enterarse y no quiero imaginar qué haría conmigo.

Después de varias horas llega de su exploración, ha cazado varios venados con sus caballeros. Voy hasta el jardín a recibirlo, está eufórico con sus compañeros de caza despellejando al animal.

—¿Te has enterado? Mañana será la coronación.

—Sí, Darius me ha avisado apenas llegué ¡Esta noche habrá otra celebración! —pasa un cuchillo por la garganta del animal y todos los caballeros gritan emocionados.

—Querido, siento decirte que no me encuentro apta para celebrar.

Aldem me toma por el brazo y me susurra al oído.

—Tú harás lo que yo quiera y si hoy quiero celebrar, celebraremos, ahora ve arriba y arréglate un poco, colócate esa esencia de jazmín en el cabello y espera a que la fiesta empiece.

Ha notado el perfume que uso, me sorprende. Subo de nuevo a la habitación, entro en la bañera, el agua tiene un color rojizo, aún estoy sangrando, me coloco un vestido vinotinto con fondo dorado, perfume mi cabello, lo dejo suelto, llevo una pequeña tiara con esmeraldas y saco mi ópalo a relucir.

—Oh Lynch ¿Dónde estarás en estos momentos? —digo para mí misma.

Espero que mi padre haya cumplido su palabra y esté libre de nuevo en el reino, quisiera enviarle una carta pero no conozco su dirección. Tomo pluma y papel, comienzo a escribirle, le digo que no se preocupe por mí, que estoy bien, que amo a mi esposo y que tengo una buena vida, aunque esto sea mentira.

A pesar de que su plan tenía todas las de fallar yo me hubiera aventurado con él con gusto, pero así es el destino, solo le pido que sea lo más feliz que pueda sin mí, yo intentaré hacer lo mismo, espero que encuentre una mujer hermosa, que le dedique poemas y que cumpla todos sus sueños a su lado.

Aldem entra a la habitación, tengo algo que decirle.

—Querido ¿Puedes venir un momento? —lo llevo hasta donde está mi bata ensangrentada.

Toma la bata, la examina y huele la sangre con placer.

—¿Qué quieres que haga con tu sangre mensual?

—No, no es mi sangre mensual, es mucho más abundante ¿No te das cuenta? Estoy lastimada, no puedo celebrar contigo.

—¡Jajaja! ¿Llamas a esto estar lastimada? Tú no sabes lo que es dolor hasta que una espada te atraviesa las costillas, solo mira esto.

Sube su ropa para mostrarme una herida en el costado de su estómago cosida con hilo.

—Esto me lo ha hecho ese maldito venado esta tarde y no me vez lloriqueando por todos lados.

—Pero, pero ¡Yo no soy una guerrera!

Él se ríe, se acerca y me toma por la cintura, su nariz roza mi rostro, me mira con seducción y me susurra.

—Atrévete a decir que no disfrutaste anoche... ¡Dímelo! Quiero escucharlo de tu boca.

Guardo un silencio cómplice. Él se regocija.

—¡Esta noche hay fiesta! Ya lo he dicho, con sangre o sin sangre, pero no te preocupes, si así lo deseas no te haré el amor —le sonrío, me da una nalgada fuerte y aprieta mis glúteos.

Cae la noche, los invitados se reúnen alrededor de la mesa, esta vez yo me siento en la cabecera junto a Aldem, hay un banquete, todos comen del venado que ha cazado mi marido, él alardea sobre cómo mató a la gran bestia.

Al fondo de la mesa está sentado Darius, quien está callado, nuestros ojos se encuentran, atravesando todo el espacio. Me sonrío, desde aquí siento su perfume, pero ahora también detallo el olor de su piel, y recuerdo su semen cayendo sobre mi cara. Cierro mis ojos y suspiro. Darius se levanta de la silla e interrumpe al Príncipe.

—Quisiera proponer un brindis —alza la copa, todos guardan silencio, se levantan y lo imitan.

—Por nuestros próximos reyes Aldem y Clarissa, por que su amor dure por toda la vida y su reinado sea de prosperidad y paz para todo Katros ¡Salud!

Todos chocan sus copas y lanzan expresiones de felicidad, el licor chorrea por la mesa. Al sentarnos de nuevo noto en su cara una sonrisa pícara. Me

sonrojo y bebo de mi copa. La música suena y los invitados se levantan a bailar y aplaudir, Aldem y yo nos quedamos en la mesa, Darius se acerca a nosotros.

—Su alteza, si no le importa, debemos repasar el itinerario de mañana — le dice a Aldem.

—¿¡Qué rayos me interesa a mí el itinerario?! Lo único que necesito ahora es beber, cantar y follarme a una bella dama —estruja mis senos delante de él, bajo la cara en señal de pena.

—Un buen rey se caracteriza por ser ordenador y responsable mi señor.

—¿Estás insinuando que no sé cómo reinar? —pregunta molesto— ¡Vete antes de que te rompa la cara!

Darius no parece asustado, lo mira directo a los ojos y aprieta el puño, la tensión crece entre ellos, están a punto de empezar una pelea.

—Cariño, Darius es el consejero real, simplemente está haciendo su trabajo —trato de calmarlo.

—Sí, es cierto... Perdóname Darius, léeme la agenda de mañana.

Darius despliega un pergamino y comienza a narrar las actividades planificadas para la coronación, Aldem lo escucha desinteresado, parece no notar lo pero es la primera vez que ha seguido mis órdenes. La noche prosigue, la fiesta llega a su punto de ebullición donde todos están bailando alegres y borrachos.

—¿Me permite esta pieza su majestad? —pregunta Darius haciendo una reverencia. Le correspondo.

Bailamos al ritmo de la música folklórica de Katros, me toma de la cintura y me da vueltas graciosamente, es un gran bailarín que me guía ligera entre sus brazos al son del arpa y los violines. Busco con la mirada a Aldem, seguro debe estar enojado pero no lo encuentro entre la multitud.

La canción termina y una ronda de aplausos inunda el salón, la agrupación musical se retira, los invitados vuelven a sus carrozas. Voy a la mesa del comedor, Aldem no está. No lo encuentro por los pasillos del castillo ni en los jardines.

—¿Has visto a Aldem? —le pregunto a una joven sirvienta, ella se ríe y no responde.

No comprendo lo que sucede, es como si me estuviera jugando una broma, subo hasta la habitación. Trato de abrir la puerta pero está cerrada.

—¡Aldem! Sé que estás ahí ¡Ábreme!.

Me abre la puerta, está desnudo y sudado con una sonrisa descarada.

—Adelante mi amor.

Cuando entro descubro dos doncellas completamente desnudas en mi cama, son feas y gordas y se ríen como locas.

—¿Quieres unirte a la fiesta? ¿O todavía estás adolorida?

No respondo, no puedo creer lo que mis ojos están mirando. Aldem vuelve a la cama, las doncellas se pelean por lamer su miembro, él mete sus dedos entre sus vulvas y gime de placer. Estoy horrorizada, cierro la puerta y me largo llorando. Subo hasta la habitación de Darius.

—Darius... Te necesito —digo a la puerta.

Él la abre, ya se encuentra en su ropa de dormir, apenas me deja pasar caigo en sus brazos.

—¿Qué pasa Clarissa, por qué lloras?

—Aldem... ¡Es un maldito!

Limpia mi rostro, me acaricia y me resguarda entre sus brazos.

—¿Qué ha hecho ese desgraciado esta vez?

—Como le he dicho que estoy malherida... ¡Se ha acostado con dos zorras en nuestra cama!

—Él no te merece, pero siempre que yo esté aquí en el castillo te daré todo el amor que él te niega.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche?

—Por supuesto, partirás antes del amanecer para que nadie se de cuenta.

De repente siento una punzada terrible en mi vientre, me retuerzo del dolor. Darius me ayuda a sentarme, prepara un brebaje con unas flores azules y leche.

—Toma esto, te hará sentir mejor.

Nos acostamos en su cama, me recuesto sobre su pecho, él acaricia mi cabello.

—Por favor, prométeme que jamás te iras de mi lado.

—Tendrían que matarme primero para que me alejara de ti Clarissa, este lugar es tanto mío como de Aldem.

—¿A qué te refieres?

—Yo soy el siguiente en la corona si algún día Aldem fallece. En mis venas corre sangre real.

—No lo sabía ¿Por qué has permitido que Aldem te trate de esa manera?

—Aldem es bruto, lo sé, pero es como mi hermano, aguantarme sus arranques me ha permitido influir en grandes decisiones del reino, digamos que soy la mente que mantiene este sitio en su lugar

Lo escucho sorprendida, Darius es todo lo contrario a Aldem, cambiamos de posición y posa su cabeza en mis pechos, lo mimo como si fuera un pequeño niño durmiendo entre mis brazos, juego con su cabello y acaricio su barba. Sin duda Darius es el hombre más inteligente del reino, Aldem el más fuerte, juntos son la fuerza perfecta para gobernar y yo estoy acostándome con ambos.

—Darius... La noche está muy calurosa.

—¡Oh! Ciertamente Princesa —se levanta para darme mi espacio.

—No, no dejes de abrazarme, solo ve y abre la ventana.

—Claro.

Cuando vuelve a la cama yo me he liberado de mi vestido, estoy desnuda y dispuesta a hacerle el amor. Darius se sorprende pero no tarda en tirarse a mi lado y empezar a besar todo mi cuerpo. Lo ayudo a desnudarse, nuestros cuerpos se anudan, beso su cuello, sus tetillas, su pecho hasta llegar a su miembro. Lo devoro con pasión y lo escucho gemir de placer.

Me preparo para cabalgarlo, me siento lentamente sobre él, duele, pero me encanta, él me ayuda con sus manos en mi cadera, cuando llega hasta el fondo, comienzo a gemir. Darius se bambolea contra mí, yo voy marcando el ritmo con mi cadera, me muevo encontrando el punto perfecto donde su miembro toque mis nervios.

Acelero, él me sigue, jadeamos, maneja mis senos con suavidad, los aprieta a momentos para excitarme aún más. Se abalanza contra mí y apoya mis piernas en sus hombros, se acerca, nos besamos, devora mi boca mientras sigue dentro de mí, una y otra vez entra y sale, me derrito de placer.

Darius cierra los ojos, nuestros labios se unen temblorosos por sus embestidas. Lo siento venir, nuestros cuerpos vibran al mismo tiempo, gemimos y nos corremos juntos en una coordinación perfecta.

Espero que nadie nos haya oído, pienso. Pero recuerdo que Aldem también tiene compañía esta noche y la verdad no me importa. Pasamos toda la noche abrazados, entre besos y caricias alcanzamos el éxtasis varias veces hasta que el sangrado vuelve. Darius me da más del medicamento, no me importaría morirme desangrada si fuera en los brazos de este hombre.

La mañana siguiente es la coronación, antes de la gran ceremonia me reúno con mi padre en un salón.

—Clarissa ¡Te he extrañado mucho!

—Yo también padre —me abraza, los saludos cordiales terminan pronto—
¿Lynch y Odette están bien?

—Por supuesto, te he traído esto como evidencia —me entrega una cesta, al abrirla encuentro pan de oréganos. Lo pruebo, definitivamente es la receta de Odette.

En el fondo de la cesta hay una nota, es la caligrafía de Lynch, la reconozco, se lee “Princesa Clarissa, he vuelto al reino de Mersalias”. El resto está roto, como si alguien hubiera censurado su mensaje.

—Necesito que le entregues esto padre —le doy la carta sellada que escribí ayer.

Sé que la abrirá y probablemente nunca llegue a sus manos o en el mejor de los casos leerá una versión rota. Pero es mejor que quedarme como si nada hubiese pasado. Me despido de mi padre, ahora es mi madre quien entra a saludarme.

—¿Cómo estás Clarissa?

—Perfecta.

—No me intentes engañar, te conozco mejor de lo que crees.

La miro, lleva ese semblante de superioridad que siempre la ha identificado.

—¿Acaso te importa lo que yo sienta? ¿Te ha importado alguna vez en tu vida?

—¡Claro! Tú eres la víctima ¿No te avergüenza querer darme lástima? Eres una princesa, desde que naciste tu destino era casarte con un hombre extraño para el bien de tu reino ¿Crees que yo tuve opción? Es el precio que paga una sangre azul.

—Madre, es más horrible de lo que te puedas imaginar. Aldem es un demonio hecho humano.

—Lo sé, todos los katrenses son iguales. Pero resiste hija, después de la ceremonia tendrás en tus manos todas las riquezas de este reino.

—¡No quiero nada de eso si significa tener que vivir con una bestia como marido!

—Te entiendo Clarissa, pero tienes que ver más allá del panorama... Cuando muera, tú serás la monarca absoluta de todo esto y los reinos de Katros y Mersalias serán uno solo. Ese ha sido el plan todo este tiempo, solo que tú eres muy inocente para darte cuenta.

Mi madre camina por el salón asegurándose de que no haya nadie escuchándonos, se acerca a mi, habla en voz baja, casi susurrándome, toca el ópalo que cuelga de mi cuello.

—Esto, esto no es una joya... Es un pequeño recipiente de vidrio...

Contiene un veneno rápido y letal, tan imperceptible que podrías ponerlo en una taza de té y no sentirías diferencia en su sabor. Debes envenenar a Aldem, pero debes ser paciente o su muerte parecerá demasiado sospechosa. Una vez muerto los Ephiranthus tendremos el control de este reino ¡Seremos ricos e invencibles!

Los ojos de mi madre brillan con la codicia de una serpiente, mi piel se eriza de miedo. Soy una pieza más de esta guerra interminable, soy la pieza más importante de hecho, un caballero silencioso que no pelea en el campo de batalla sino que duerme con el enemigo.

—Tienes una misión. Espero que la cumplas, todo nuestro futuro depende de ti.

—Lo entiendo madre, no los decepcionaré.

De vuelta en la ceremonia el viejo rey de Katros coloca en mi cabeza una pesada corona de oro llena de rubíes, me siento en mi trono al lado de Aldem, todos nuestros súbditos se arrodillan a nuestros pies. Suenan gloriosas trompetas, vislumbro a Darius parado detrás de una columna fumando pipa, es el único que no se arrodilla. Luego de la ceremonia nos reunimos en una mesa redonda con los caballeros de más alto rango para atender los asuntos del reino.

—¿Cual será su primer decreto mi Reina? —pregunta Darius.

—Quiero a Loreena, Mikayla y a la sirvienta Rossan en el calabozo —digo decidida. Todos los caballeros me miran extrañados.

—¡No puedes hacer eso! —grita Aldem dando un golpe a la mesa.

—Claro que puedo, ahora soy la reina y tengo tanto poder como tú. Mientras esté reinando en el castillo no vivirá otra mujer que no sea yo —Aldem se ve pensativo y sonrío.

—Pues que así sea.

—Lleven a esas zorras al calabozo —ordeno.

Me sorprende el cambio de opinión de Aldem ¿Desahogará toda su lujuria y rabia en la cama conmigo? ¡Como sea! Ya no tengo miedo, Darius es mi aliado, conozco el punto débil de mi marido y su vida está ahora en mis manos. Los caballeros y Darius se retiran a cumplir nuestras órdenes.

—¿Por qué has castigado a esas chicas? —pregunta Aldem.

—¿Todavía te lo preguntas? Son unas descaradas. Las he visto rodeándote como ratas hambrientas desde el día que llegué aquí. No aceptaré esa insolencia.

—Estás celosa.

—¿Celosa? Soy la reina de Katros, soy la mujer más bella de los 7 reinos, todas las mujeres me envidian. Si yo no puedo hacerte el amor nadie lo hará ¿Me escuchas? Nadie. Eres mío Aldem.

Se acerca a mí, me mira desafiante, me toma por la cintura.

—Lo único que quieres es que te rompa la vagina a ti sola, eres una perra egoísta —se retira.

Entro a la habitación, enciendo unas velas aromáticas, cambio mi pesado vestido de ceremonias por una bata ligera y transparente. Abro una botella de vino de Tierra Santa, rozo mi collar azul... Hoy le daré una velada especial a mi Rey. Aldem abre la puerta, me acerco seductora hacia él, pongo mi mano en su cuello y lo miro, me observa con una mirada tierna.

Me besa, su lengua masajea mi boca, me toma de las caderas y me carga sin problemas, sus besos se prolongan y me excitan. Nunca me había besado de esta manera. Me apoya contra la pared y me besa el cuello lentamente, huele mi cabello.

—Mi jazmín, hueles delicioso— Me susurra.

Antes de irnos a la cama le ofrezco una copa de vino, la bebe y sus ojos se entrecierran. Me monto en sus caderas, me desnuda. Siento sus manos relajadas, sus brazos ya no están tensos. Juega con mis pechos mientras explora mi clítoris. Me acuesta en la cama y hunde sus labios en mi sexo.

Lo hace con dureza pero ternura al mismo tiempo, su propósito ya no es torturarme sino darme placer. Mi vulva se dilata y se humedece en su boca, siento su glándula rozarme, hace pequeños círculos con él mientras acaricia mis pezones. Me penetra lentamente, deja caer su cuerpo sobre el mío y empieza a balancearse. Yo gimo de placer, su inmenso pene activa todos mis nervios, hace que sude de inmediato.

Rasguño su espalda, él muerde mis labios suavemente mientras me va penetrando. Lo cabalgo, muevo mis caderas sobre su miembro, me apodero de él. Desliza su dedo en mi clítoris hasta ponerlo muy hinchado. Me acuesto sobre él sin dejar de menearme, muda su dedo a mi ano y lo penetra. Nos besamos, nuestras lenguas bailan juntas mientras yo lo embisto y él explora mi culo.

—¿Lo quieres ahí mi reina?— Me pregunta al oído.

—¡Sí!

Sube mi cadera y yo hundo mi cara en una almohada. Aldem abre mis nalgas, pasa su lengua por los labios de mi vulva hasta mi ano, dibuja círculos en él, gimo como loca. Introduce un dedo ensalivado, ahora dos, masajea mi

esfínter, me retuerzo de placer, después siento su glándula entrando, luego las venas de su pene hasta que choca su cadera contra mis nalgas y libera un gemido.

Busca mi clítoris y lo estimula al mismo tiempo que sus embestidas se vuelven intensas y profundas. Arqueo mi espalda buscando más placer. Acelera, su glándula choca con el fondo de mi culo sin piedad, me sigue embistiendo, lo oigo jadear, siento sus piernas temblando, toda la cama se mueve junto a sus movimientos.

Me penetra, hace explotar mi clítoris y tira de mi cabello al mismo tiempo. Suelto un grito y me corro como una cascada. A los segundos su miembro estalla en mi culo, se le escapa un gemido ruidoso y cae encima de mí.

Las sábanas están llenas de sangre, pero el placer valió la pena. Me recuesto sobre su gran pecho, es tan acogedor, sus vellos son tibios. Él me abraza y mima mi cuerpo.

—Lo siento —dice.

—¿Por qué te disculpas?

—Por tratarte tan mal estos días. Perdóname, sé que no merezco tu perdón.

—Haz sido un verdadero monstruo.

—Lo se Clarissa, me he desquitado contigo cuando tú nunca has tenido nada que ver con la guerra entre nuestros reinos, hacerte daño era la única manera de lastimar a tu padre... Cuando nos casamos sabía que no me amabas, que lo que hacías era por obediencia, para mí eras simplemente la hija de mi enemigo, pero hoy... Hoy demostraste que te importo al encerrar en el calabozo a las doncellas, demostraste que me quieres, que sientes algo por mí más allá del odio y me siento tan terrible por no haberme dado cuenta antes... Clarissa, permíteme comenzar de nuevo contigo.

Sus palabras me hacen llorar, no puedo creer que dentro de ese cuerpo de bárbaro exista un corazón puro.

—Te perdono Aldem.

—Quiero aprender a amarte Clarissa. Te prometo que cambiaré y solo recibirás amor de mi parte.

Nos besamos, Aldem se acuesta de un lado y rodea mi pequeño cuerpo con el suyo, siento su pene dormido entre mis nalgas y en medio de la noche se endurece, como si tuviera un sueño erótico. Como un sonámbulo toma mi cuerpo, aprieta mis senos y humedece mi clítoris con sus dedos ensalivados, pasa su lengua por mi lóbulo, me eriza la piel, de repente está penetrándome, casi inmóvil. Recibo sus embestidas lentas pero profundas y nos corremos una

vez más.

Me despierta un olor familiar, abro los ojos, Aldem me ha traído a la cama mi desayuno favorito. Pan de orégano y queso de cabra. Comemos juntos entre besos y cariños.

—Te amo...—Dice mirándome como un bobo mientras estoy comiendo.

—¡Te amo!— Grita como si ese fuera su grito de guerra. El sonido retumba por todo el castillo. Yo me río y lo beso.

Luego del desayuno no me siento nada bien, estoy muy pálida y débil. Aldem va hasta el pueblo a buscar al medico real. Yo pienso que un poco de lectura me haría sentir mejor, voy hasta la biblioteca, camino entre los estantes hasta encontrar La Íliada, el libro favorito de Lynch. Lo tomo y a su lado hay un título que llama mi atención “Plantas venenosas del reino de Katros”.

Lo abro, hojeo las páginas llenas de ilustraciones, de repente me encuentro con una flor azul, me parece conocida, leo la descripción “Aganisia Anagre o la orquídea de hielo. Se caracteriza por hacer que las heridas nunca sanen, si es consumida muchas veces provoca la muerte de los órganos internos”. Me acerco a detallar la ilustración y percibo una fragancia en particular ¡Abedul! Dejo caer el libro sorprendida.

Ese es el perfume de Darius, en mi mente todo cobra sentido. La flor es la que él cultiva en su habitación, la que me ha estado dando desde que me desmayé en sus brazos. No he estado mejorando, todo lo contrario, me está matando lentamente. Estoy temblando, las lágrimas corren por mis ojos.

No puedo creer que todo lo que creía de Darius era mentira. Pero no es una locura pensarlo, si me asesina a mí y luego a Aldem ¡La corona caería directo en su cabeza! Así se apoderaría del reino de Katros sin dejar sospechas.

Quizás también conozca la agenda oculta de mi madre para acabar con Aldem y se esté aprovechando de mi terrible relación con él para que siga su plan. En algo sí fue sincero Darius, él es la mente maestra de este reino y ha movido todos los hilos a su favor ¿Qué debo hacer? Aunque ahora esté en buenos términos con Aldem no puedo contarle todo lo que ha sucedido entre Darius y yo. Desesperada rozo mi collar...

Escribo una carta y la guardo. Bajo hasta el calabozo, hablo con las doncellas, les ofrezco su libertad a cambio de su ayuda.

—Si se atreven a delatarme las decapitaré yo misma —las amenazo.

Me dirijo a la mesa redonda donde se encuentra Darius solitario, trabajando en los nuevos decretos del reino.

—Darius, querido... ¿Podrías llevarme un poco de tu brebaje a mi habitación? Me siento terrible.

—Por supuesto mi Reina.

—Prometo que habrá recompensa...

En la habitación cierro todas las cortinas para asegurarme que nadie husmee desde afuera, lavo mi piel pero no me coloco ninguna fragancia. El cuarto queda hundido en una penumbra, preparo una copa de vino, me quito el collar y vierto su contenido en ella, se vuelve muy espeso. Tocan la puerta, abro, es Darius como esperaba. Me da un vaso con la supuesta medicina, finjo beberla y la coloco en una mesa. Lo envuelvo con mis brazos y lo beso.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo hasta que el medico llegue —lo tiro de un empujón a la cama.

Empiezo a desnudarme a sus ojos haciendo una danza hipnotizante, acaricio mis senos, paso mis dedos por mi vulva y revuelvo mi cabello. Estoy sobre la alfombra de oso, los pelos del animal me dan escalofríos, siento como si todo esto ya lo hubiera vivido antes.

—¿Te apetece una copa de vino?

—Claro que sí querida —me sonrío, sus ojos están sedientos, su cuerpo me desea, puedo verlo estrujar su bulto al verme desnuda moviéndome como una serpiente.

—Pues, ven a tomarla... —alzo la copa y la dejo caer entre mis pezones, el líquido baja espeso hasta mi feminidad.

Darius se acerca gateando en la cama, lame mi pezón, gimo como si estuviera excitada, su lengua recorre todo el camino que marcó la bebida hasta que llega a mi vulva, él la besa, arqueo la espalda como señal de placer.

Luego sube hasta mi boca e intenta besarme, aparto la cara, lo tiro en la cama, bajo sus pantalones, acaricio su pene y lo sacudo de arriba a abajo, lo encierro en mi boca y bajo hasta que penetra mi garganta, me concentro en satisfacerlo esperando que el veneno surta efecto. Lo escucho jadear, acaricia mi cabeza y la hunde.

Lo masturbo rápido, gime más y más, su pulso se acelera, sus piernas se contraen, emite unos gruñidos, su miembro palpita, se corre con presión en mi mano. Los gemidos pasan a ser quejidos, tose, lo escucho ahogarse, limpio mi mano en su piel. Subo hasta ver la saliva azul saliendo de su boca, sus manos tiemblan y da patadas compulsivas. Sigue consciente, pero no por mucho.

—La reina Clarissa no es la pieza de nadie.

Sus ojos se ponen blancos y da un último suspiro. Adiós Darius, te metiste

con la reina equivocada.

—¡Rossan! Necesito algo de limpieza— Llamo desde el resquicio de la puerta.

Las chicas entran y cubren el cadáver con una sábana, lo meten en un saco y lo llevan hasta su habitación, he dado instrucciones de que coloquen la copa de vino sobre sus manos, y la nota junto a las orquídeas venenosas.

Anteriormente escribí una carta suicida donde explica que Darius se ha envenenado por estar profundamente enamorado de mí, al saber que nuestro amor será imposible ha preferido la muerte. Seguro Aldem pensará que tuvimos un amorío, quizás se lo confiese, quizás no. Son pequeños detalles sin importancia.

Me acuesto en mi cama y me duermo, pretendo que he estado descansando todo este tiempo, que la enfermedad no me permite moverme de la cama.

Imagino el cuerpo de Aldem sobre el mío, sus besos, su miembro entrando en mi sexo, cuando no es un torturador resulta ser el mejor amante del mundo. Mi madre estará molesta cuando se entere que no cumpliré sus planes... Repaso el mapa de Katros en mi mente, tengo el poder sobre un reino amplio y valeroso. Con mi instinto de mujer y la brutalidad de Aldem dirigiremos a Katros a la gloria máxima. Seremos tan grandes que cuando el sol salga en un extremo del reino ya será de noche en el otro.

Cuando recupere todas mis fuerzas invadiremos Mersalias. Porque Clarissa Ephiranthus no es un peón, ni una torre, Clarissa es la maestra de este juego.

Título 4

La Elegida del Vampiro

*Romance y Fantasía con el Inmortal y la
Campesina*

I

Poder absoluto

A través de los años, la vida se torna de otro color y la manera en como ves las cosas cambian drásticamente con las experiencias y con todo lo que aprendes durante el camino, eso se acentúa cuando tienes 198 años, luces joven como nunca antes, las riquezas adquiridas son más de la que alguien puede imaginar y realmente estás muerto entre un grupo de vivos que terminan siendo seres inferiores con complejos de superioridad y solo sirven para saciar tu insaciable necesidad sangre.

A pesar de que las cosas habían cambiado desde el momento en que era tan solo un niño, donde miraba por su ventana cuando su padre clavaba sobre estacas a sus enemigos y los hacía sufrir hasta morir, Adam seguía siendo fiel a la única manera que tenía de vivir, estaba bien de aquella forma y nunca había tenido necesidad de buscar algo más. Lo tenía todo, incluyendo lo el tesoro máspreciado por cualquier humano... La eternidad.

Adam fue el séptimo hijo varón y por herencia fue el descendiente que cargó con la genética exacta para poder seguir los pasos de su padre, quien venía siendo uno de los más crueles vampiros desde la antigua Rumania y que había recorrido más de la mitad del mundo buscando un lugar perfecto para poder pasar el resto de su existencia.

Una mansión muy al norte de Europa fue el punto exacto para asentarse. Su dueño legítimo fue visitado por Blake Johansson quién lo tomó por el cuello apenas abrió la puerta principal y lo lanzó con una fuerza descomunal y a través del salón de la enorme casa golpeándose contra la pared y aterrizando sobre un sofá que amortiguó su caída. Blake, quién no tenía otra intención más que apropiarse de la residencia, se le acercó y con delicadeza movió el cuello de su víctima dejándole completamente expuesto el cuello y lo mordió sin pensarlo.

La tibia sangre fluía con facilidad dejando los labios y la quijada del invasor con restos del viscoso líquido. El hombre se retorció tratando de zafarse de aquello que lo oprimía, pero, ya era muy tarde, su visión estaba completamente nublada y se sentía ya sin fuerzas para luchar. Las cosas ya estaban perdidas para él. Suspiró y todo se volvió negro.

Blake tenía todo lo que deseaba para aquella noche: sangre fresca y el

lugar soñado. Visualizó la inmensa construcción con delicia y todo estuvo listo.

Estaba en las montañas, pero, muy cerca había una ciudad donde más del 80% de la población eran jóvenes llenos de vida y, por supuesto, de sangre fresca, esto último era muy importante para él y para los hijos que pretendía tener, puesto que es su fuente de energía y la única manera de mantenerse en este mundo. Rodeada por espesos árboles, la enorme y antigua construcción gozaba de una muy tenue luz solar, indiferentemente de cuan despejado estuviese el cielo.

La mansión cobró al poco tiempo un aspecto lúgubre y fantasmagórico por lo cual comenzó a ser blanco de todo tipo de especulaciones por parte de las pocas personas que transitaban por el lugar, pero, nunca se imaginarían de la verdadera razón de todo lo que estaba pasando.

Las enfermedades y muerte comenzaron a plagar la ciudad después de la primera visita de su nuevo residente. Blake apareció de pronto vestido de gala con una capa negra y detalles rojos en su interior, caminaba con una calma perturbadora y destilaba elegancia entre la oscuridad de la noche mirando a quien pudiera estar a su alcance para obtener su dosis de sangre fresca. Los caballos en los establos y algunos que estaban aún atados frente a las casas y establecimientos, relinchaban y se paraban en sus patas traseras en señal de peligro.

La tierra en el camino se hizo más delgada y el viento comenzó a soplar con fuerza. Un hombre caminaba cerca y observó cómo los animales parecían haberse vuelto locos y se cubría el rostro con la mano para evitar que el polvo le entrara en los ojos.

Blake se quedó en el sitio donde estaba mientras observaba como su próxima víctima se acercaba. El viento paró de soplar y el hombre levantó la mirada visualizando la figura que ahora tenía frente a él. Hipnotizado e inmóvil, el miedo se apoderó de él sin poder hacer absolutamente nada para evitarlo.

Con facilidad y destreza, la imagen frente a él levantó un vuelo que era solo posible en su imaginación antes de eso, sin que nadie lo tocara también se suspendió en el aire y después sintió una profunda mordida en su cuello que lo dejó helado y sin respiración en un instante. Segundos después, muerto, cayó al suelo convirtiéndose en la primera señal de alerta para el resto de los pueblerinos.

Los tiempos comenzaron a cambiar para los habitantes de la zona y cada

vez que caía la noche cerraban sus casas y aseguraban con listones de maderas las ventanas, pero, nada podía evitar que el vampiro pudiera atravesarlas y concretar su asesinato nocturno, nunca saciaba su sed, nunca estaba satisfecho y eso lo hacía más peligroso aún. No había defensa alguna ante tan poderoso ser y todos rezaban por amanecer vivos al día siguiente.

No importaba el sexo ni la edad de las víctimas, pero, las preferidas de Blake eran las mujeres más jóvenes. Sobre todo, cuando estaban pasando por la adolescencia, el sabor de su sangre era más dulce y puro, podía saborearlas con placer y hasta lujuria, algo que era muy característico de los vampiros. A su temprana edad tenían un aroma especial que lo hacía beber y beber hasta que llegara esa saciedad que parecía no satisfacer cuando las encontraba.

Pero, lo más peligroso fue cuando decidió no estar más tiempo solo y comenzó con el reclutamiento de las peores almas que pudo conseguir en la ciudad. Dos mujeres que fueron escogidas tanto por su maldad como por su belleza indiscutible, eran la combinación perfecta para él y así buscar a un heredero y el primer vampiro nacido en esos tiempos, puesto que todos los que existían en la época había sido a través de pactos y almas vendidas que estaban pagado su precio.

Las cosas no iban para nada bien y además de las enfermedades y la destrucción, los pobladores estaban aterrados, puesto que se estaban acabando los alimentos ahora que eran tres vampiros los que necesitaban asesinar y beber, pero, tuvo que esperar un tiempo más hasta que naciera su séptimo hijo.

El sacerdote del pueblo regresó de un largo viaje de dos años y se consiguió con semejante desastre. Uno de los lugares a los que había ido era Rumania y fue donde casualmente se enteró de la existencia de estos malévolos demonios, pero, nunca pensaría que le tocaría enfrentarlos directamente. Fue entonces cuando contó a sus seguidores sobre lo que, según los relatos que había escuchado, deberían hacer.

En Rumania contaban con un “Kit Anti-Vampiros” que entre otras cosas contenía agua bendita, ajo, estacas de madera y plata, crucifijos y la biblia, así como balas de plata y una pistola. La idea era que todos pudieran tener uno, o al menos, cada cabeza de familia, así que reunieron a todos los herreros y trabajadores de la ciudad para poder hacer su propio “Kit”, mientras tanto, las personas comenzaron a poner cruces de madera en sus viviendas y a regar agua bendita en los marcos de las puertas, para evitar la entrada de los vampiros.

Aunque bajó mucho el índice de asesinatos, no a todos les servían los

artilugios religiosos, puesto que, si no se usaban con fe, no servían para nada. En ocasiones, Blake y sus amantes tomaban las cruces y las partían sin ningún tipo de problema, pues quienes las usaban solo las ponían por miedo y no eran verdaderos creyentes.

Pasó mucho tiempo para que un grupo de hombres decididos a acabar con esa maldición tuvieran el “kit” y el asesoramiento para poder defenderse de la manera correcta de tan vil criatura. Armados y con antorchas subieron la montaña hasta la casa de Blake donde no pudieron entrar, había una inexplicable fuerza que arrojaba la casa, era algo que jamás habías sentido ninguno de lo que ahí estaban. Blake apreció en una de las ventanas, pero, eso fue todo lo cerca que pudieron estar de él.

El problema fue mayor cuando decidieron volver, Blake podía transformarse en cualquier animal, lo que hacía habitualmente para llegar a la ciudad, y mientras los hombres armados estuvieron en la parte más alta de la montaña solo observando una enorme mansión, el vampiro bajó e hizo todo lo que le apeteció, incluyendo asesinar por pura venganza, si ellos querían guerra, él se las iba a dar sin problema alguno.

El pueblo quedó prácticamente desolado y yacían sobre el suelo mujeres, niños y animales muertos. Era una imagen aterradora y solo pudieron lamentarse por el momento.

—Esto es lo peor que veremos en este pueblo... ¡Demos acabar con el demonio!

Les gritó el sacerdote a la multitud de hombres que parecían derrotados.

—Dios nos guiará y dará las fuerzas para vencer el mal. Somos más y estamos del lado correcto.

Algunos levantaron la mirada para observar al sacerdote que sostenía una estaca de madera con su mano derecha. Volvió a llamarlos con más fuerza aún.

—¡Será por nuestros amigos, esposas e hijos! ¡Venceremos sin duda alguna y seremos libres de toda maldad!

Uno de los hombres, con lágrimas en los ojos, gritó con un sonido demencial incitando a sus iguales, quienes voltearon inmediatamente como si el alarido los hubiese llenado de fuerzas y en un minuto todos estaban gritando y animados, aunque con un dolor inmenso en sus almas.

—¡Vamos a la iglesia!

El sacerdote hizo un gesto guiándolos con la mano, y el resto los siguió.

Fue desde ese momento cuando se organizaron realmente y pudieron parar relativamente al poderoso Blake y a sus amantes. En cada casa había estacas,

las puertas y ventanas estaban ataviadas con racimos completos de ajo y el agua bendita en marcos y lugares estratégicos. El cura liberó de todos sus pecados a los seleccionados y estos comenzaron a utilizar las cruces con fe para que fuesen realmente útiles.

Fue un tiempo después cuando se comenzaron a ver los resultados y ya todos en el pueblo estaban enterados de lo que debían hacer. Blake tomó la decisión de ir a otros lugares más lejanos, cuando ya la necesidad de sangre era inminente, pero, siempre trataba de volver a ese pueblo donde vivían cada vez más jovencitas, que lo llenaban de pasión y lujuria mientras les chupaba de sus venas todo el vital líquido que tenían.

Muchas veces se alimentaban de otros animales en la montaña, pero, nunca era igual que hacerlo de humanos.

Pasados los meses, una de sus amantes quedó embarazada, dando a Blake la idea de tener a su primer hijo, ese a quien le enseñaría como ser tan cruel como él, ese que vería alimentarse de la sangre fresca de sus víctimas, ese que llevaría su nombre y sería su orgullo. Pero, no fue sino hasta su séptimo hijo que encontró al ideal para que llevara una vida eterna.

Era el más pequeño de todos y de igual manera el más cruel, era algo que llevaba en los genes, algo con lo que había nacido, nadie lo había enseñado a ser de esa manera. Tenía un poder mental bárbaro y durante sus primeros años, el mismo Blake llegó a creer que podría ser más poderoso que él. Estaba seguro de eso.

Adam, con 10 años de edad, hizo de sus inferiores hermanos, sus esclavos, cosa que Blake permitió desde un principio, puesto que ellos no tenían la maldad suficiente para poder mantenerse saciados de sangre por sí mismos, siempre buscaban ratas y pequeñas aves para beber de ellas, pero, nunca un humano, no tenían la valentía. Fue entonces cuando Blake, hizo lo que hizo.

Beber sangre de animales no era lo más indicado, se podía dejar pasar en un período de emergencia, pero, no por cobardía y mucho menos de un hijo suyo, eso ya era el colmo.

—Adam, eres el hijo que siempre quise. Solo necesitas de mí una sola vez en tu vida y eso será a tus veinte años, cuando estés lo suficientemente desarrollado y fuerte, para que tengas vida eterna dentro de esta muerte que nos rodea.

Adam miraba a su padre con ojos huecos, sin ningún tipo de reflejo. Eran azules, pero, carecían de vida.

Esa noche, el resto de los descendientes de Blake estaban parados uno al

lado del otro frente a la inmensa mansión. La luna estaba oculta entre nubes y los árboles se movían con el viento, las amantes tomaban a su amo de cada una de sus manos y estaban esperando para saber lo que estaba planeando.

Adam estaba al lado de su padre, vigilante y atento, él ya sabía lo que iba a suceder, miraba a sus hermanos con los rostros ojerosos, ansiosos y vulnerables, no había otra cosa por hacer, además, las decisiones de su padre siempre eran las correctas.

—La vida eterna no puede ser para cualquiera y solo sobreviven los más fuertes. Ustedes hijos míos, nacieron siendo parte de una jerarquía respetable, pero, no supieron aceptarlo. Pudieron ser más que nadie en este mundo, pero, prefirieron dejarse vencer por hombres inferiores y que solo pudieron imaginar con estacas y armas. Nunca pudieron enfrentarlos.

Sus hijos lo miraban con atención y Adam sonreía saboreándose.

—Ustedes fueron elegidos para nacer desde las entrañas de estas mujeres que convertí con mi mordida, mujeres de las que dejé de tomar sangre, dejándolas con la suficiente para que entraran en este mundo de los muertos vivos, y solo para darles la vida a ustedes, que serían mi orgullo, pero no...

Blake, se acercó a cada uno sin poder mirarlos a los ojos puesto que ellos bajaban la cabeza. Avergonzados.

Las amantes lo miraban con miedo, algo que no habían sentido en mucho tiempo, y se sentían débiles.

Cuando llegó al último lo tomó del cuello y lo levantó con facilidad, pero, sin hacerle daño. Lo soltó y el chico quedó suspendido en el aire, inmóvil. Adam arremetió contra su hermano y fue directo a la yugular clavando sus colmillos en este y chupando sin parar.

Una de las mujeres dio un alarido y corrió despavorida a salvar a su hijo, pero, Blake la detuvo con solo la mirada, parecía congelada, sus ojos y movían e intentó decir algo, pero, no pudo. La otra amante cayó en la tierra y se quedó mirando con un poco más de respeto por su amo. Veía como el elegido dejaba sin vida al resto de sus hermanos. La sangre brotaba de cada uno de los cuellos y nada podía hacerse.

Adam se daba un festín con cada cuello, era una delicia tomar de su propia sangre y además se sentía más fuerte que nunca. Esa noche cambiaría el resto de la existencia de Adam quien entendió de qué se trataba el poder y cómo usar la fuerza.

Los cuerpos quedaron tendidos y solos en medio de lo que fue la noche más oscura de todas. En la mansión, en definitiva, quedaron los más malvados

de todos.

—La sangre que hoy tomaste estará en tu cuerpo durante una década y ese mismo tiempo dormirás en tu ataúd sin despertar, convirtiéndote en lo que más deseas ser.

II

Nuevo hogar

Dalila es una hermosa chica de 20 años. Su larga cabellera rubia y su angelical rostro la hacen sobresalir del resto, sin mencionar su espectacular cuerpo de blanca piel y curvas talladas por algún mítico escultor dejando sobre ella su mejor y más deseable obra. Era tan codiciada como rechazada por todos los que la rodeaban.

El mayor amor de ella son los libros, y más que amor era como un vicio del cual no se podía escapar. Tenía cientos y cientos de ellos, apilonados, en cajas, sobre la cabecera de su cama, en la biblioteca... La casa estaba llena de historia, relatos, poesía, cuentos, enciclopedias y eso era lo que la hacía ser rechazada, puesto que, prefería estar leyendo que saliendo a una fiesta o hacer lo que sea con gente que la verdad no soportaba.

Su principal característica es su personalidad, siempre con la cabeza en alto, mirando a todos por igual, sintiéndose bien con ella misma y dando clases de encanto a quienes la envidiaban. Dalila es de esas chicas que no puedes engañar, en su mente hay tanta información que no cree en lo primero que le digan, siempre dispuesta a indagar y discutir un punto de vista si es necesario.

Pues sí, las cosas iban bien para ella hasta aquel día.

—Dal, hija... Tenemos que hablar sobre algo.

Le comentaba su padre mientras untaba con mantequilla uno de los panes tostados que estaban sobre la mesa. Eran casi las 7:00 am y estaban desayunando en familia. Al otro lado estaba Eva, su madre.

Dalila levantó la mirada con su sonrisa de siempre.

—Las cosas en la empresa anda muy bien y nos estamos expandiendo cada vez más, sabes que siempre he puesto todo mi esfuerzo para que esto funcione a cabalidad. Pero, he decidido que hay que abrir una nueva sucursal, buscando nuevos y más atractivos mercados...

El hombre la miró y sabía que la chica intuía lo que él iba a decir. Dejó caer el pan sobre su plato.

—Hija... Yo... He escuchado que tienen una muy buena universidad en...

—No quiero ir a otra universidad, papá. Estoy bien ahora.

La madre secundó a su esposo.

—Creemos que es lo mejor para la familia. Podrás hacer nuevos amigos, siempre me comentas que las personas de aquí te molestan y no te gustan para nada, toma esto como una oportunidad.

Dalila dejó su peculiar sonrisa y suspiró.

—Creo que entablar una discusión sobre esto es una pérdida de tiempo, ¿cierto?

Sus padres la miraron asintiendo.

La chica expiró fuertemente moviendo parte del cabello que le caía sobre la frente.

—Perfecto. ¿Cuándo nos vamos?

—La próxima semana. Disculpa que no te comentáramos nada antes, hija. Es solo que, con todo esto de la empresa, los permisos...

Dalila se levantó de la mesa y abrazó a su padre.

—Nunca has hecho nada más que lo mejor por nosotros, papá. Todo estará bien.

Se dio media vuelta tomando su bolso y gritó irónicamente casi ya saliendo.

—¡Me voy a la universidad para despedirme de mis amigos!

Mamá y papá se rieron en la mesa.

El camino hacia la universidad fue más corto de lo común. Estaba concentrada pensando algunas cosas con respecto a ese viaje. Quizá sí le caería bien un cambio de ambiente y, como le dijo su madre, capaz conseguía uno que otro amigo de real, la verdad no era tan mala idea eso de irse. Entonces sacó su móvil y buscó ese dichoso lugar.

No se veía tan mal, aunque no esperaba mucho. Era una zona montañosa con amplio crecimiento empresarial y con pocos sitios para distraerse. Un centro comercial con cine, una heladería, un gigantesco parque y... nada más. Era como la ciudad en donde estaba, pero, más aburrida.

No había nada que perder, y aunque en un principio iba a estar en contra, ya sabía que cuando llegara y estuvieran completamente instalados, ella se perdería en sus libros y estaría como en cualquier otro lugar, ahí se perdería entre letras y palabras.

Ese día solo se dedicó al retiro de papeles y a visitar la biblioteca de la universidad, no tenía de quien despedirse más que de la señora Stevenson. La bibliotecaria.

—Buen día, señora Stevenson.

Esta le respondió después de enfocarla bien a través de sus gruesas gafas.

Era una ironía que se desarrollara en ese lugar dado la deficiencia visual que tenía. Pero, al fin y al cabo, así funcionaba todo en esa casa de estudios.

—Hola, Dalila. Buen día. ¡No es natural verte tan temprano por aquí!

—Hoy es un día lleno de sorpresas, por lo visto. Tenga le traje un trozo de pastel de la cafetería. Sé que le encantan.

La bibliotecaria lo tomó y le sonrió con dulzura a la chica, quien le devolvió la sonrisa.

—Leeré un rato en mi zona personal, si no le molesta.

—Claro que no, jovencita. Adelante.

La mujer ya estaba abriendo el empaque para hacerse de la merienda.

En una esquina en particular, la enorme mesa de la biblioteca daba con la ventana y había una muy buena vista, era casi mágico leer desde ese punto, más que nada inspiraba paz y estaba lejos de todos los demás, como a ella le gustaba.

Pasó toda la mañana en ese lugar, y ya casi a mediodía decidió irse a su casa. No había más por hacer ahí, su etapa en esa universidad terminaría en unos minutos cuando pasara a buscar los papeles que solicitó y se marcharía. Siempre existía ese sentimiento cuando te separas de algo donde has pasado tanto tiempo, pero, para ella era un alivio.

Comenzar de nuevo, eso era genial.

Durante esos días embaló más de 200 cajas de libros a pesar de las quejas de su padre, no iba a dejar ni uno. Sí, sería una carga extra, pero, nadie le pidió a él que se mudara.

Los días pasaron rápido y al fin ya estaban en camino a la nueva ciudad, a la nueva casa y a la nueva vida. Muy en el fondo, Dalila estaba emocionada. Era muy al norte, lo que haría el camino muy tedioso y largo. Por supuesto, su reproductor de música estaba cargado hasta el 100% y su libro favorito viajaba a su lado.

Mientras viajaba, hizo un repaso mental de lo que pudo haber salido mal en la vida que estaba dejando atrás. Quizá, se encerró tanto en su necesidad de sabiduría que fue ella misma quien alejó durante tantos años a quienes la rodeaban, pero, la verdad era algo que ella misma no podía controlar. Había sentimientos encontrados, claro que sí, y seguirían estando durante unos días más, solo era cuestión de costumbre.

Una de las cosas que más le llamaba la atención a Dalila era la naturaleza, tanto que no necesitó de su libro ni de su reproductor de música para aliviar el viaje. Los paisajes en ese nuevo destino son impresionantes, las rocas

montañas con su peculiar azul verdoso se alzaban, cada vez más altas y la cantidad incontable de aves que habitaban allí era increíble. Al final, entre algunas colinas se divisaba una pequeña caída de agua y un riachuelo que se perdía en algún lugar.

Por un momento se olvidó de todo y contempló todo lo que pudo y se sintió ansiosa por conocer a donde llegarían.

—Sabía que te gustaría el paisaje, hija. Era una de las sorpresas que no quise contarte.

Ella volteó sonriendo.

4 horas más tarde y después de hacer una parada en una pequeña, pero, muy acogedora estación de servicios para recargar el combustible, comer algo, ir al baño y estirar las piernas, llegaron a su destino y a su nuevo hogar.

—Y esta es otra de las sorpresas de las que no quise decir nada. ¡Vamos, hija!

La casa era perfecta. Dalila salió del coche casi con el impulso de cerrarse la boca con la mano, su quijada estaba que tocaba el suelo.

Totalmente construida en madera, era ideal para el lugar que estaba rodeado de mucha vegetación baja y un jardín hermoso lleno de flores de colores, y hasta un columpio guindaba de la rama milenaria de un árbol. No, de un señor árbol.

La casa tenía alrededor de 400 metros cuadrados de construcción que incluía dos plantas y unos ventanales de vidrio que combinaban perfectamente con la madera. Era acogedora, y con un toque colonial perfecto y único.

—Pues, ya con esto me hiciste olvidar de todo lo que me hacía tener un vínculo con nuestra antigua vida. ¡Me encanta, papá!

Recorrieron el lugar y cada vez era más y más perfecto, la extensión de su nuevo hogar parecía no acabar nunca y ya ella estaba viendo donde irían cada una de las bibliotecas. Las organizaría de manera estratégica para tener al alcance todos los libros y las colocaría lejos de las ventanas para que el sol no maltratara las portadas ni las hojas. Sobre todo, de esas ediciones especiales en tapa dura que tanto le había costado conseguir y que algunas le habían costado un ojo de la cara en compras por internet.

Dalila, cansada de tanto subir y bajar las escaleras, por fin, se sentó en el medio de lo que sería el nuevo salón principal, y se dejó caer hacia atrás, soñando y pensando todas las cosas buenas que ahí podrían pasar. Estaba emocionada y con buenas expectativas.

Las cosas se fueron dando poco a poco. A escasos diez minutos (en coche)

de la casa había una cantidad de tiendas que tendrían todo lo necesario para abastecerse, incluyendo un pequeño súper mercado y una farmacia bastante surtida. Esa tarde la chica bajó con su papá a comprar algo de comida chatarra para la cena y rentar algunas películas para pasar la noche cerca de la chimenea. Por ahora, con solo conectar el televisor, sacar las bolsas de dormir y con una buena cantidad de leña ardiendo tendrían suficiente.

—¿Son nuevos por aquí?

Preguntó sonriendo la obesa, pero, hermosa encargada de la tienda.

—Sí. Parece ser un buen lugar. El contacto con la naturaleza es extraordinario.

—Entonces bienvenidos, en “Todo y más” nos encantará atenderlos las 24 horas del día, los 365 días del año. Soy Elizabeth.

La mujer estrechó la mano a ambos y estos respondieron de la misma manera. Dalila la observó con detalle y más allá de su dañada dentadura, producto de lo que sería un largo tiempo fumando (ya no lo hacía, y por eso masticaba chicle como demente) había algo extraño en la mujer.

Al salir de la tienda observó un cuadro que le llamó la atención y del cual había leído algo entre tantas cosas que había investigado. Mentalmente estaba tratando de recordarlo por lo que estuvo muy callada en el regreso a casa y justo cuando su padre aparcaba el coche...

—¡Bingo!

El hombre volteó un poco sobresaltado, la voz de su hija lo había tomado por sorpresa.

—Disculpa padre, es solo que estaba tratando de recordar algo y por fin lo hice.

La chica parecía apenada.

—¡Vamos, la pizza se enfría y si esperamos más, con este clima, vamos a tener que meterla en la chimenea!

Ambos bajaron con rapidez y entraron a la casa, mientras más cercana era la noche más baja era la temperatura, lo cual era otro punto a favor, puesto que a ella le encantaban los climas fríos.

La pizza, la película y la calidez del fuego en la casa hicieron esa noche simplemente perfecta. Durmieron todos juntos acurrucándose entre sí hasta el día siguiente.

En la mañana, fue Dalila quien se levantó primero, zafándose como pudo de su madre quien la tenía prisionera entre sus brazos. A través de los vidrios que daban hacia afuera observó como la neblina estaba rodeando la casa, era

un espectáculo verlo. Pero, la verdadera razón por la que se había levantado temprano estaba en una de las cajas de la mudanza.

Los encargados del camión que llevaron sus cosas hasta la nueva casa, dejaron las cajas con los libros de Dalila en la cocina. Buscó con calma entre todas y pronto encontró lo que buscaba. Todo se hizo más fácil, ya que, todas estaban con sus respectivos rótulos. “Este lado hacía arriba” y “Libros de historias fantásticas y suspenso”

Miró a su alrededor y consiguió un cuchillo que aún tenían algunos restos de pizza, lo limpió con una de las servilletas que no se habían usado y procedió a cortar la cinta plástica para poder abrir la caja. Revisó un poco su contenido, y sacó un grueso libro que de portada llevaba una pintura abstracta y de un autor de esos con nombre complicado.

Posó el pesado libro sobre sus piernas de manera de no colocarlo sobre el polvoroso tope de la cocina y que se pudiera ensuciar. El contacto directo con partículas de polvo podría dañar las páginas, al menos eso leyó una vez en una revista para el cuidado de libros y bibliotecas.

Comenzó a hojear el libro con rapidez, estaba segura que en alguna de sus páginas encontraría lo que estaba buscando. Entre letras e ilustraciones que hablaban de mitos y leyendas, Dalila estaba buscando algo en particular, una pintura.

—Dalila, hija. ¿Dónde estás?

La chica estaba concentrada tanto que no escuchó la para nada el llamado de su madre, pero, cuando Eva repitió con más fuerza, ella respondió de inmediato.

—Dame un segundo, mamá. En un momento estoy allá.

—¡Vamos, hija! ¡Los libros seguramente están bien!

Definitivamente la conocía demasiado bien.

Dalila sonrió y después suspiró dejando el libro a un lado y atendiendo la demanda de su madre.

Salió y allí estaban ambos abrazados viendo hacia afuera. La vista era impresionante ahora que estaba un poco más despejado y se podría ver más allá. El columpio, las montañas al fondo, los árboles... Todo.

—Creo que es algo a lo que nos acostumbraremos.

Eva extendió la mano para que su hija se acercara y la abrazara en medio de todo eso. Estaba contenta de verla feliz y eso era un más que cualquier cosa, eso pagaría cualquier sacrificio y esfuerzo realizado. Los tres miraron por la ventana durante un buen rato hasta que la idea de un café bien caliente

los hizo volver a buscar entre las cajas la cafetera.

—Esto no estaría pasando si siguieran los concejos de su humilde, pero, inteligente hija. Me cansé de pedirles que rotularan las cajas.

Eva se llevó las manos al a cintura.

—Señorita, no es momento para reclamos. Mejor siga en la búsqueda de la cafetera, pero, calladita.

Ambas rieron justo en el momento en que el hombre de la casa gritó:

—¡La tengo! ¡Manos a la obra!

III

Sangre, venganza y miedo

Las cosas habían cambiado muchísimo durante los últimos dos siglos, y para Adam todo se volvió una constante evolución. Los pueblos se armaron de todas las maneras posibles y cada vez era más complicado para los vampiros alimentarse sin tener que batallar antes con sus enemigos humanos y convertir todo en una carnicería, decenas de muertos y heridas que permanecían para siempre.

Con el pasar del tiempo y el avasallante adelanto tecnológico los succionadores de sangre tuvieron que adaptarse a diferentes maneras de obtener el único líquido que los mantenía en este mundo. Sus hermanos habían optado por beber sangre de animales, lo cual era deshonroso para su padre, por lo que tuvieron que volverse más sigilosos y buscar la victima perfecta. Tratando de no llamar la atención del resto.

Blake nunca soportó el hecho de apartarse de la sangre humana, pero, ya nada era como en otros tiempos. Estaba dejando de consumir una cantidad considerable y eso lo estaba poniendo débil y además sentía que pronto se acabaría su raza si los humanos seguían defendiéndose cada vez más y más. Sus armas y su inteligencia eran cada vez más agudas, estaban dispuestos a desterrar a todos y cada uno de los vampiros de este mundo.

A mediados de la década del 1970, Blake despertó sediento y sabiendo que su hijo y único heredero también lo estaba decidió volver al pueblo y buscar a alguna victima que estuviera a su alcance, pero, todo salió mal.

En pleno ataque, la chica a la que había escogido desde lo alto de un árbol sacó un arma y le disparó en repetidas ocasiones, y Blake sintiéndose invencible y superior se paró frente a ella y dejó que le descargara el arma, sabiendo que eso no le haría ningún tipo de daño, pero, fue precisamente su confianza lo que lo llevó a su fin.

Del mismo bolso la mujer sacó una cuerda con unos ajos atados a ella, lo que hizo que él retrocediera, pero, al mismo tiempo eso lo puso furioso, tanto así que, un poco cegado por el efecto del ajo, se encimó sobre la mujer y esta le travesó una estaca de madera justo en el corazón, dejando a Blake indefenso.

La chica corrió sin mirar atrás y dejó al vampiro, ese al que muchos

quisieron matar, desintegrándose.

Adam observó lo que sucedía y antes de que la asesina de su padre escapara, se apareció frente a ella, esta vez estaba indefensa y solo le quedó retroceder, pero, ya era tarde cuando sintió los filosos dientes del joven vampiro atravesándole el cuello. Adam bebió con placer esa tibia sangre de la que estaba tan deseoso y no dejó ni una gota. Miraba a su padre a lo lejos mientras las llamas lo quemaban sin dejar rastro, y para Adam esa fue la última vez que algo le importó, estaba furioso.

Buscó un palo de madera lo suficientemente alto y allí clavó a su víctima atravesándola por completo, sería una señal para el resto del pueblo. Y si habían conocido al siniestro Blake, era hora de que conocieran al único vampiro en el mundo que había nacido sin alma, que no conocía la culpa ni el dolor, solo sabía de maldad y ahora estaba furioso.

Las cenizas de su padre quedaron sobre el suelo, desoladas. Una ráfaga de viento salió de la nada y las esparció por todo el lugar, Adam estaba seguro que era el poder de su padre que seguía latente de alguna forma en el ambiente. Levantó un vuelo tan alto como pudo y se dirigió a la mansión con la responsabilidad que ahora tenía.

La mesa del comedor dio un giro descomunal cuando Adam la lanzó, los cuadros de la casa, las puertas, y todo lo que encontró en su camino, fueron prueba de la furia e incontrolable fuerza de él. Las amantes de su padre se asomaron desde lo lejos, pues le tenían mucho respeto al heredero y preguntaron a la distancia:

—Adam, ¿qué sucede?

—Mi padre ha muerto de la mano de una jovencita en el parque. ¡Una condenada jovencita!

Las mujeres se llevaron las manos a la cara sin comprender lo que había pasado. Las sillas volaban por doquier y los gritos eran cada vez más ensordecedores.

—Pero, ¿cómo pasó eso? ¡Busquémosla para una dulce y succulenta venganza! Merece morir de la peor...

—¡Mi padre está vengado!

Dijo Adam mientras se aparecía frente a la que fuera amante de su padre levantándola solo con la mente, lo cual era algo que podía hacer por primera vez. La mujer estaba inmovilizada completamente y los ojos del vampiro parecían pasar de su azul natural a un rojo extremo, casi llenos de fuego. La mueca en su cara era demencial.

—¿Crees acaso que dejaría las cosas así? ¿Crees que no sería capaz de vengar la muerte de mi propio padre?

Adam estaba cada vez más furioso y la fuerza con la que estaba suspendiéndola aumentaba cada segundo, parecía que mientras su furia se incrementaba también su poder. Estaba ahogándola y parecía disfrutarlo, la otra mujer trató de intervenir, pero, solo con levantar el brazo, hizo que atravesara uno de los muros de la mansión mientras seguía trabajando con esta.

—Solo me servirás a mí, soy tu amo y tu mi esclava. Estas a mi merced.

La mujer cayó desplomada e inconsciente.

El poder del aun joven vampiro se multiplicó y al fin entendió todo. Él era el rey de la oscuridad en la tierra, era el elegido para comandar las fuerzas del mal y nadie podría detenerlo.

Adam abrió sus brazos mientras apuntaba su pecho y mirada al cielo. Una cantidad de indescriptible de humo negro salió desde sus pies y cubrió todo su entorno, sus ojos brillaban y su voz se expandió por toda la casa y sus alrededores. El gran vampiro estaba en su tope y algún día su venganza sería contra el resto de la humanidad.

Afuera, la noche se nubló y una tormenta se abrió paso durante toda la noche.

Los charcos de sangre eran interminables en la plaza de la ciudad, la imagen de la mujer clavada en el palo era perturbadora y las madres pasaban con sus hijos tapándole los ojos para que no vieran semejante atrocidad, algunos lloraban y otros simplemente se limitaban a observar sin tener palabra alguna para describir lo que tenían frente a ellos.

Desde hacía mucho tiempo no pasaba nada en la ciudad, no algo que fuese de esa magnitud y todos estaban en shock, temerosos y sin palabras. Las cosas parecían salirse de control nuevamente, pero, nadie sabía la razón.

—¡Fue el vampiro!

Gritó alguien desde lo más alto de la plaza. Un hombre viejo, de barbas larga y blanca con ropaje rasgado y sucio, agitaba frenéticamente una estaca de madera. Todos voltearon a verlo, pero, desviaron la mirada enseguida.

Nadie había mencionado a un vampiro desde hacía casi un siglo, existían rumores sobre eso, pero con el tiempo parecían cuentos para asustar a los niños, más un mito que cualquier otra cosa. La gente no estaba para escuchar sandeces en ese momento, todos querían justicia y respuesta de las autoridades que estaban tan anonadadas como el resto de los pobladores.

No estaban seguros si era una señal, o si era un tipo de sacrificio humano de alguna secta. Lo cierto es que debía remover ese cuerpo de ahí, buscar una explicación y tratar de sacar de la mente de cada uno esa imagen tan macabra.

Pero, los días pasaron y nadie tenía una respuesta aun, es como si el asesino hubiese desaparecido por completo. No había huellas dactilares, no existía evidencia de robo o maltrato más que el lógicamente documentado en los informes policiales. Lo increíble era lo alto que estaba el cuerpo, era imposible subirla hasta ahí sin ninguna cuerda o algo que la suspendiera hasta esa altura, además, clavarla de esa manera era algo que necesitaba de una fuerza descomunal.

Definitivamente, quien había hecho ese trabajo no era para nada un asesino cualquiera, se enfrentaban a alguien realmente poderoso. Y la mente humana es incapaz de pensar en lo sobrenatural, siempre había que encontrar una explicación lógica.

Por las calles del pueblo no se hablaba de otra cosa y se veía a menudo al barbudo personaje de la plaza con carteles hechos con cartón y pintura.

“BLAKE ESTA DE REGRESO”

“EL VAMPIRO ESTÁ SEDIENTO”

“TODOS MORIREMOS”

Algunos solo lo hacían pasar por loco, otros no le daban importancia, pero, había personas que se veían afectadas por los carteles del hombre, sobre todo los niños que ya sabían leer. La policía de la zona se limitaba a quitarle los carteles y pedirle que no lo hiciera, pero el anciano volvía al día siguiente con otro nuevo, y de alguna manera eso ya estaba incomodando a todos.

“LA PESTE LLEGARÁ”

“MAÑANA SERÁ TARDE”

“VIVE ENTRE NOSOTROS”

El viejo fue sacado de la calle durante algunos días por infringir una ley casi obsoleta donde rezaba que el maltrato psicológico también era un delito.

Eso amainó un poco la tensión de las personas y poco a poco todo se fue calmando, pero, lo que no sabían era que, eso que habían visto era solo el principio de todo el mal que vendría. Pronto las cosas estaban volviendo a la normalidad, pero, no por mucho tiempo. Arriba en las montañas Adam estaba conteniéndose las ganas de beber para que al momento de bajar al pueblo pudiera asesinar y beber todo lo que quisiera y así comenzar a llevar su plan maestro.

Durante las noches, el pueblo permanecía solo y la mayoría de las

personas estaban resguardadas en sus hogares. Pero, dos semanas después de lo sucedido un circo llegó al centro del condado y abrió sus puertas durante el primer viernes del mes.

Muchas personas estaban congregadas en el lugar, la mayoría con sus hijos comprando las entradas y esperando que comenzara la función. Las cosas marchaban bien del todo y unos trapecistas mantenían al público sentado en la orilla de sus asientos, todos estaban maravillados con las peligrosas acrobacias que podían realizar esos hombres.

Detrás del escenario algunos animales comenzaron a verse un poco inquietos y otros se movían sin parar dentro de sus jaulas, los caballos (que parecían ser los más propensos a sentir este tipo de cosas) relinchaban sin parar y con sus patas delanteras golpeaban las rejas intentando liberarse. Los encargados de ellos trataron de calmarlos, pero, parecía imposible.

Era un comportamiento extraño, algo que ellos jamás habían visto. Algunos se sintieron algo asustados y de pronto los reflectores de afuera explotaron y algo golpeó con fuerza a uno de los trabajadores y lo subió hasta lo más alto.

La carpa del circo se rasgó de repente Adam entró volando dando una vuelta por todo el escenario, muchos gritaron por lo sorpresiva de la entrada, pero otros pensaban que era parte del show. Uno de los trapecistas al no saber lo que estaba pasando perdió la concentración y cayó en las redes de seguridad mirando desde ahí lo que sucedía.

Desde sus manos cayó algo que en la distancia no se distinguía mucho, pero, que cuando estaba por estrellarse en una de las tribunas dio a conocer su forma natural. Era un cuerpo inerte.

El extraño ser que usaba capa y volaba con facilidad se posó en los hombros de un hombre gordo y sin pensarlo lo mordió en el cuello, fue cuando todos entendieron que eso no estaba en el libreto para ese día. La gente corrió despavorida, caían con facilidad los niños entre la multitud, pero, el miedo no los dejaba pensar ni actuar de manera razonable.

La sangre del cuello del hombre brotaba a chorros y el monstruo la tomaba con placer. Dos minutos después la obesa víctima quedó sobre su asiento sin color en su piel, estaba muerto por completo.

Los animales seguían descontrolados, las personas corrían sin parar y salían yéndose lo más lejos posible y en la salida de la carpa de circo estaba el viejo conocido por todos, con su característica barba blanca y su cartel

hecho en cartón. Desde donde estaba veían a Adam saciando su sed, que ahora era más de venganza que de otra cosa.

“EL VAMPIRO ESTÁ DE VUELTA” rezaba el cartel de esa noche, como una profecía.

Adam, con los dientes y el mentón llenos de sangre, volvió su mirada y observó al hombre. Todos corrían dándole la espalda, menos él. Estaba parado viéndolo sin pestañear, por su puesto, frío del miedo, pero, no dejaba de observar a la criatura, quién ahora tenía la mirada puesta en su próxima víctima.

El cartel cayó con las letras viendo al cielo. Ahora el hombre estaba frente a la criatura que tanto temía y de la que habló a todos, pero, nadie le creyó. La rigidez de su cuerpo no le permitía moverse y sabía que su fin había llegado.

Adam lo miró fijamente a los ojos, no había duda que el viejo estaba completamente perturbado. Lo impresionante era que el vampiro lucía joven y además era bien parecido, no era lo que él esperaba, siempre lo imaginó como un monstruo, con colmillos sobresalientes amarillentos y encías abultadas. Pero, ahora eso era lo que menos importaba.

—¿Me conoces?

No hubo respuesta.

—Por lo visto sabías de mi existencia y de lo que era capaz.

Seguía el silencio por parte del viejo. Ya no había nadie alrededor.

—Tu sangre vieja, enferma y, por lo que puedo oler de tu aliento, intoxicada con alcohol del más barato, no me interesa. Pero, sabes que no debería dejarte vivir, cada ser humano, inferior, además, no merece permanecer en este mundo.

La energía que irradiaba del vampiro era impresionante, el viejo podía sentirla. En ese momento no sabía que iba a hacer con él, pero, solo esperaba la muerte.

—Te dejaré ir y, ahora que todos te creerán después de lo que vieron hoy, tú te encargarás de llevar el mensaje, mi mensaje. La venganza será despiadada y esto es solo el principio de lo que viene, que nadie se quede sin saberlo.

Adam salió disparado y se perdió en un segundo. El viejo contuvo la respiración durante un momento sin saber lo que realmente había pasado y después se dejó caer. No podía decir ni una palabra, prácticamente no pestañeaba y su mirada estaba completamente ida.

La policía llegó al lugar unos minutos más tarde y consiguió al hombre en

la misma posición en la que había caído. Trataron de hablarle, pero, no hubo respuesta alguna, tenía su mente en blanco y no tenía conciencia de lo que pasaba.

La noche fue larga y los cuerpos de ambos hombres asesinados tenían las mismas marcas en el cuello y estaban completamente secos. El forense de la ciudad tomó el caso con total preocupación, pues había visto el cartel que estaba al lado del viejo.

Un vampiro... No era posible.

IV

Dulce y deseable mujer

Desde la ventana del cuarto de Dalila se observaba parte del camino de salida de su casa y lo rodeaba un paisaje impresionante, no podía dejar de mirarlo. Cuando se despejaban las montañas, el reflejo del sol hacía que estas tomaran un color diferente, más vivo y las rocas parecían pulidas haciendo que los colores de las flores resaltaran aún más. Estaba enamorada de todo eso que veía.

—¡Dalila Voy saliendo a la empresa! ¿Te vas conmigo?

La chica lo pensó un poco, pero, después respondió, mientras bajaba por las escaleras.

—Hoy caminaré, papá.

Le pasó por un lado al hombre y lo besó en la mejilla mientras se colocaba sus audífonos para aligerar el camino. El hombre se encogió de hombros y no dijo nada, de igual manera no lo iba a escuchar.

La chica salió con su seguridad de siempre, mirando a su alrededor y respirando ese aire tan puro al que no estaba acostumbrada. El sol, a pesar de que brillaba y las nubes ese día estaban alejadas de él, era tenue, al parecer siempre era así en esa zona.

Era la primera vez que tomaba el camino a la universidad, cuando se fue a inscribir, su papá la llevó y no le dio mucha importancia al camino, siempre pendiente de los paisajes. Pero, el pueblo no era muy grande a pesar de la gran cantidad de empresas, pero, en términos generales eran cuatro calles lo que definían todo.

Bajando de la montaña observó cómo varias personas caminaban hacia otra montaña más alta y parecía ser un lugar muy bonito, entonces Dalila se detuvo viendo ese camino. Nunca había sido una chica espontánea, y mucho menos en el horario de clases, pero, era el primer día para ella y además no se perdería de mucho. Miró a los lados y subió por el camino.

La vegetación era cada vez más frondosa, y conforme subía, los acantilados eran más altos, pero, la verdad no existía ningún tipo de peligro, la senda se ensanchaba progresivamente y muchas personas pasaban a su lado. Unos se tomaban fotos con sus teléfonos, otros trotaban un poco, algunos descansaban sentados en diversos bancos improvisados con troncos de la

misma zona.

Unos 20 minutos más tarde estaba en una planicie donde convergían todos los que subían. Allí pasaban el tiempo que quisieran en contacto con la naturaleza y además despejaban un poco la mente del quehacer diario, era espectacular.

Al final había una sombra de un árbol con grandes hojas verdes y flores anaranjadas, debajo un tronco seco era perfecto para sentarse y leer un buen libro que nunca faltaba en el bolso. Así lo hizo.

La brisa le acariciaba el rostro y despeinaba su larga cabellera, la chica lucía relajada y feliz mientras se desconectaba del mundo de la mejor manera que sabía. Las horas pasaron rápidamente al igual que los capítulos de la novela y Dalila se recostó para descansar un poco de la posición en la que había estado tanto rato.

Su vista daba hacia otro lugar lleno de picos más altos que parecían desaparecer en la distancia. Era increíble ver cómo había tantas montañas en un mismo sitio, Dalila se imaginó una larga y espesa cordillera en la que algunas, tomando en cuenta la altura, había topes nevados y con un silencio ensordecedor.

Se perdió dentro de su mente en un mundo que solo podía ver ella.

Dalila se quedó dormida por alrededor de unos 15 minutos y cuando despertó con un respingo se dio cuenta que la noche estaba por caer.

—¡Carajo!

Metió el libro en el bolso y se dio cuenta que no había nadie más a su alrededor. Se asustó un poco, pero, respiró y mantuvo la calma. El camino de vuelta tenía que ser el mismo por el que subió, entonces lo buscó y comenzó a bajar.

Oscurecía rápidamente y los pasos comenzaban a ser más toscos debido a la poca luz que había en el lugar, Dalila estaba ansiosa por llegar al camino principal y volver a casa, pero, tropezó con una gran roca y se torció el tobillo dejándola tirada en el lugar durante un rato. Se incorporó sentándose y retorciéndose del dolor, pensó que era muy raro que nadie estuviera por la zona.

En el firmamento comenzaron a salir las estrellas y ella se armó de valor para poder levantarse y volver a casa, pero, en ese momento sintió que alguien la observaba, quizá era parte del mismo miedo. Miró a los lados, pero, se sacó esa idea de la mente en ese momento, se levantó como pudo con una rama que consiguió cerca y la usó como una especie de muleta. El tobillo le

palpitaba de dolor, pero, no podía quedarse allí, podía ser peligroso.

De nuevo esa sensación. ¿Había alguien en el lugar?

Bajó poco a poco hasta que llegó a la carretera principal por donde había subido. Un minuto más tarde unas luces se divisaron en la carretera y ella volteó, por suerte era su padre que volvía de la empresa y casualmente ese día había trabajado hasta un poco más tarde.

El hombre tardó un poco en reconocerla y de hecho se detuvo después de pasarla por unos metros. Los cauchos patinaron en el asfalto.

—Dalila, por Dios. ¿Qué te sucedió?

—Tranquilo, papá solo me torcí el pie bajando de la montaña.

—Pero, ¿qué demonios hacías allí?

—Hay un camino... ¡Oh, padre! ¿Me ayudarás o me harás un interrogatorio?

—Sí, claro.

El hombre la cargó subiéndola en el asiento trasero del coche. Ella se quejó un poco de dolor, pero, no mucho. Pudo soportarlo.

El camino a casa fue rápido, y ahí, Eva la atendió inmediatamente, ella había estado durante mucho tiempo trabajando en el hospital de su anterior residencia y sabía de primeros auxilios. La chica contó a sus padres lo que había pasado y ella se duchó después de eso.

Dalila se tomó un calmante para el dolor, el cual la adormeció por completo y la tenía entre este mundo y el de los sueños. No podía contener los párpados abiertos y decidió dormir después de ver una figura posada frente a su ventana, era así como... Parecía un... Dalila se durmió.

Afuera, Adam la miraba dormir siendo fuerte y manejando sus instintos. Jamás había tenido tanto deseo por una jovencita como esa, era diferente, la imaginaba con una sangre dulce y adictiva, con un cuello suave de donde podría sacar todo lo que quisiera. Sus manos estaban cerradas en dos puños y el seguía conteniéndose de no romper el vidrio y chuparle hasta la última gota.

Dalila dormía con la cabeza ladeada hacia la izquierda y su arteria palpitaba, incitándolo a tomarla, pero, trató de concentrarse en otra cosa, había mucho que ver de esa extraordinaria dama. De entre las sábanas se asomaba una de sus piernas y podía verse parte de la ropa interior. Más arriba nada más que una blusa semitransparente la cubría dejando ver tímidamente sus redondos y perfectos senos. Los pezones relucían por el frío.

Desearla así y seguir mirándola lo empujaría a morderla, lo cual quería evitar a toda costa. Sabía que la tendría, pero, no de esa manera. Quizá podría

ganarse su respeto y servicio y convencerla de irse con él. Había esperado demasiado para conseguir a su compañera ideal, debía pensar un poco las cosas antes de actuar.

De la misma manera que hizo para poder mantenerse con vida dentro de la muerte. Adam dejó de matar gente solo por placer y venganza durante las últimas décadas y solo buscaba alimentarse, de manera sigilosa y sin levantar tantas sospechas. Los cuerpos los llevaba lejos hasta donde ninguna persona pudiera llegar y atacaba normalmente a quien, según él, lo merecía.

Pero, despegó de ahí sin saber realmente porque lo había hecho y voló hasta el tronco donde permaneció sentada la chica toda la tarde. Aún permanecía su aroma en el ambiente, ese aroma que sintió desde su hogar apenas salió del ataúd esa noche y que no dudó en seguir cuando ya el sol estaba completamente oculto.

La pensaba sin tener una razón aparente, la deseaba para él, pero, no quería matarla. Necesitaba hacerla suya de pies a cabeza y mientras más rápido mejor. Adam estaba sediento, estaba excitado, estaba... Como nunca antes había estado. Quería saciar su sed, pero, no con ella y apretaba sus manos de nuevo.

Más temprano la miró desde la copa de un árbol cuando estaba sentada adolorida por su tobillo. Y no podía creer las ganas que tenía de atacarla, pero, no solamente para tomar su sangre sino también sexualmente. Su aroma era inconfundible y su juventud era un tesoro único.

Se movía rápidamente de ángulo, para poder observarla completamente, pero, trataba de estar lo más lejos de la chica, para evitar que su poderosa energía la perturbara de una u otra forma. Dalila permanecía en el lugar y además de sentir su miedo, sentía algo más que no había podido tener con el resto de las mujeres. De hecho, sentía, y era bastante que decir.

De nada le había servido tener todas las que quiso, verlas a sus pies, sirviéndole, adorándolo, pues nunca estuvo realmente satisfecho con ninguna. El sexo era salvaje, sí, pero, solo porque él era así, era su forma de hacerlo, no existía una pasión que lo llevara a eso. También salieron durante mucho tiempo a vengar la muerte de su padre y tras su paso dejaban desolación, y eso era parte del asunto, pero, la verdad se sentía frustrado al no conseguir más, siempre deseó experimentar algo como lo que pasaba con Dalila.

Los vampiros de manera natural son seres lujuriosos que buscan el sexo siempre y en todo momento, pero, no con cualquier mujer, debe ser hermosa físicamente y con un alma retorcida, malévolas. Debe tener la combinación

perfecta para poder hacerla suya para la eternidad y muy pocas cumplían con esos requisitos.

A lo largo de los años, sobre todo después de la muerte de su padre, había encontrado a una cantidad considerable de ellas, todas dispuestas a estar con él para toda la eternidad, pero, al momento de chuparles la sangre, él no podía contenerse y las mataba en ese instante. Otras se quedaban a su lado, pero, realmente no era lo que buscaba.

Ahora, la belleza de esta mujer era extraordinaria y le provocaba esa lujuria que tanto buscaba. Pero, podía ver dentro de ella un alma pura, sin ningún signo de maldad y esto no estaba nada bien. Quien se quedara a su lado debía regocijarse del dolor ajeno e infligir sufrimiento, para nada podía llevarse a una mujer como esta hasta tan profunda oscuridad, pero, debía tenerla de alguna forma.

Pensó en beber de su sangre, la cual estaba seguro de que sería apetitosa, pero, hacer eso lo llevaría a asesinarla sin dudas y solo podría tenerla una vez. Una vez y nada más. De alguna forma debía tenerla era algo que necesitaba y sus instintos le pedían.

Tenerla solo sexualmente era posible, pero, después de eso no podría evitar morderla. Entonces todo tendría el mismo final, pero, algo debía hacer, pues ahora que la conocía, no podría dejar de buscarla y en algún momento no aguantaría más y terminaría de la forma menos indicada.

Por primera vez en sus casi 200 años había pensado antes de atacar a una jovencita como esa, por primera vez se había aguantado las ganas de beber una sangre tan pura, de un cuerpo tan incitante y de una mujer tan hermosa. Algo estaba pasando para que eso estuviera sucediendo.

Adam pasó toda la noche en el tronco y regresó a su ataúd cuando ya se asomaba el sol por el horizonte.

Dalila se despertó después de moverse dormida y una puntada que nació en su tobillo le recorrió todo el cuerpo llenándola de un dolor insoportable. El pequeño, pero, agudo grito llegó hasta el cuarto de su madre, quien llegó de inmediato al lado de su hija, para saber lo que estaba sucediendo.

—Hija, ¿Todo bien?

—El tobillo, mamá. Es solo que me moví bruscamente.

Dalila sudaba y su vagina estaba algo mojada también, pero, no le dio importancia. Eva cambió el vendaje y echó más crema antiinflamatoria.

Había tenido un sueño muy raro donde ella estaba en un oscuro y enorme cuarto, ella flotaba y estaba vestida con un vestido antiguo de tela negra y un

hombre de voz profunda le hablaba al oído, pero, no sabía quién era. Ese hombre le provocaba una sensación de miedo y angustia, pero, al mismo tiempo sentía que debía estar ahí junto a él.

En el sueño ella experimentaba cosas nunca antes vividas y un deseo inmenso de ser tomada sexualmente por él. Era algo completamente extraño porque ligaba sentimientos de pasión, deseo y miedos.

La voz del hombre la mantenía tranquila a pesar de parecer tétrica en ocasiones y más dulce en otras, podía reconocer algunas de las cosas que le decía. Eran frases poéticas de autores que habían muerto hace siglos, pero, que había leído durante una época de su vida cuando estudiaba historia del arte empezando la universidad.

Solo pudo observar unos extraños ojos azules. Esos ojos la hipnotizaban, ella se perdía dentro de ellos y se sentía bien, se sentía como nunca antes, estaba pasando por un momento único en ese sueño, pero, sentía miedo, era algo que no podía evitar. No había peligro, no había nada malo, pero, aun así, su corazón palpitaba de miedo.

El hombre nunca la tocó, pero, ella podía sentir que estaba ahí gracias a su energía que era potente y única. Cuando una palabra salía de él retumbaba en sus oídos y llegaba al alma tocándola de una manera delicada y la lujuria se apoderaba de ella, sentía deseos por ese hombre, quería tenerlo en ese instante.

Su piel deseaba el roce con la de él, su cuerpo lo estaba pidiendo a gritos y quería poder sentirlo de alguna manera. Estaba completamente segura de querer entregarse a él, sin conocerlo, era de esas locuras que en un sueño se pueden hacer, aunque en ese momento no sabía que estaba soñando.

Fue el dolor lo que la hizo despertar del peculiar sueño y por instinto buscó la imagen que había en la ventana cuando se durmió, pero, no había nada hasta que su madre apareció. Ambas hablaron durante unos diez minutos y después Eva salió dejando a Dalila sola en su cama.

Estaba mirando el techo de su habitación y pasando aun un poco el dolor, no dejaba de pensar en ese sueño. Había sido una combinación de fantasía y lujuria, pero, lujuria de la buena.

Esos ojos azules la perseguían sin importar a donde estuviera viendo, pero, ella tampoco pretendía olvidarlos. Estaba más calmada, pero, la verdad se quedó con las ganas de saber cómo terminaría ese sueño, pues nunca antes había sentido esa atracción sexual antes y no sería para nada malo experimentarla. Su entrepierna estaba húmeda y destilaba fluidos, caliente

como la chimenea del salón principal.

Su mano se deslizó suavemente y se tocó. Se pronto, el dolor del tobillo no fue tan importante, su dedo medio acarició su clítoris mientras recordaba esos ojos azules y una fuerza superior parecía dominarla. Recordó la voz que le hablaba en su sueño, estaba en un trance desconocido e irreal.

Ella sonrió.

V

Cegado y acorralado

Los días habían pasado y el tobillo estaba mejor, Dalila se disponía a ir a la universidad lo antes posible para ponerse al corriente con el resto de sus compañeros, esperaba que esta vez si fuesen más agradables y menos envidiosos. Hoy sí decidió salir con papá para evitar caminar tanto con la lesión aun con pocos días y necesitaba seguir la recuperación.

Cuando pasaba por el lugar donde se había tropezado, volteó la mirada, observó hacía la parte alta de la montaña y recordó aquellos picos que imaginó infinitos y nevados. Recordó la belleza de ese lugar y se sintió en paz con ella misma, tenía la necesidad de volver, pero, de seguro no dormiría de nuevo en ese tronco.

Unos ojos azules se reflejaron en su ventana y ella se echó hacía atrás con un grito ahogado que hizo que su padre perdiera un poco el control del coche, Dalila quedó recostada sobre el hombre derecho de él y no sabía que había pasado en ese momento.

—¡Pero, Dalila, por Dios santo! ¿Qué te sucede, hija? Casi pierdo el control.

Pero, ella no sabía que decir, tenía la mano derecha tapándole la boca y sus ojos seguían buscando lo que creía que había visto.

—Disculpa, padre. Quizá el reflejo de algo que me asustó un poco. No lo esperaba es todo.

El hombre la miraba a intervalos mientras prestaba más atención a la vía. No quedó muy convencido, pero, en fin. No había nada más que preguntar.

—Por favor, abróchate el cinturón de seguridad.

Ella obedeció, pero, su cuerpo estaba más inclinado hacia el centro del coche, seguían mirando con recelo la ventana de su puerta. Después de respirar, pensó que quizá era el reflejo de alguna cosa y ella lo confundió con los ojos con los que había soñado, pero, a pesar de intentar tranquilizarse con eso, su mente estaba aturdida.

Ya en la universidad se sintió un poco mejor una vez conoció a algunos compañeros de clases y profesores. Ella era la nueva y ya, desde muy temprano había levantado muy buenos comentarios dentro del gremio masculino. Nadie podía negar lo hermosa que era.

Uno de los chicos, de hecho, se le acercó para conocerla y ella con mucho gusto le estrechó la mano, lo que no quería decir que Dalila tuviera las mismas intenciones que él, pero el joven lo comprendió de otra manera.

—Eres nueva por aquí, ¿cierto?

—Sí, apenas llegué hace algunos días y aun me estoy acostumbrando a la zona.

—Me lo imaginé. Si así lo quieres puedo enseñarte parte de la ciudad. Quizá esta noche podríamos...

Ella interrumpió.

—Gracias, pero, la verdad no estoy interesada.

La chica se dio media vuelta y caminó con elegancia.

El joven le miró el trasero todo lo que pudo y después siguió su camino. Al menos lo había intentado.

En resumen, la universidad estaba bien para ella. Había buenas personas, buenos profesores y también chicos con agallas, pero, en general las cosas parecían ir mejor que en su antigua casa de estudio.

Estaba decidida a seguir conociendo lo más que podía y caminó sin rumbo aparente. Después de la zona del comedor, se perdía de vista un terreno que parecía ser un campo de fútbol, ya los arcos estaban bastante deteriorados por el tiempo y lo que algún día fue pasto, hoy era un montarral enorme. De fondo, un paisaje hermoso, como ya era costumbre por ahí.

—Lastima que dejasen perder esta bonita zona.

Dijo para sí misma Dalila.

Entonces se devolvió y fue a esperar a su padre en la entrada de la universidad. Ya había abusado de su tobillo y debía descansar un poco. Eran casi las 6:00 pm y ella se sentó paciente.

Los faroles que estaban al lado del camino de salida de la universidad se encendieron como por magia y Dalila observó que ya se estaba poniendo muy oscuro. Le llamó la atención ver que en el lugar donde estaba, los faros no habían encendido también.

Miró su móvil y marcó a su padre. El teléfono repicó hasta que le atendió la contestadora automática. De seguro estaba en alguna reunión.

Dalila comenzó a rebuscar entre su bolso el reproductor de música MP3, parecía que el condenado se había perdido dentro, por lo que metió un poco la cabeza para divisar lo que había dentro, pero, ya había caído por completo la noche y no veía absolutamente nada.

—Hola.

Dijo una figura que se apreció frente a ella justo cuando levantaba la mirada fuera de su bolso. Dalila dejó caer lo que tenía en las manos y dio un pequeño salto en el banco donde estaba sentada. Se llevó un buen susto, pero, después, sonrió.

—Discúlpame. No quise ser grosera... Hola, es solo que...

—Es mi culpa creo que no me escuchaste llegar.

Esa voz. La había escuchado antes.

—Sí. Fue eso.

El olor de ella era fuerte, dulce y provocativo.

—Yo estoy esperando a mi padre para que me venga a buscar. Ya debe estar en camino.

Dalila lo dijo como avisando al hombre misterioso que no estaba sola. Estaba un poco nerviosa y no sabía si era por el susto o por otra cosa.

—Está bien. Yo solo pasaba por aquí y quise saludar.

Ella pensó en preguntarle si ya se conocían, pues, su voz seguía pareciéndole conocida, pero, quizá era su mente que estaba jugando con ella.

De pronto, escuchó la bocina del coche de su padre y sintió un total alivio. Miró que estaba aparcado a solo unos metros y alzó su mano haciéndole saber que estaba por ir.

Cuando volvió su mirada hacia el chico, ya no estaba. Buscó ansiosa y perturbada, pero, no observó a nadie cerca. Levantó su bolso y caminó lo más rápido posible mirando de vez en cuando hacia atrás. No entendía que había sucedido.

—¿Todo bien, hija?

La chica parecía sobresaltada y su respiración estaba algo entrecortada.

Miró una vez más por la ventanilla, pero, no vio más que los bancos, árboles y soledad. Pensó por un instante había imaginado al chico, pero, eso sería aún peor.

—Sí. Todo bien.

Arrancaron mientras su padre le contaba que el móvil se le había caído debajo del asiento cuando estaba camino a buscarla y por eso no la había atendido. Dalila respondía a tiempo, pero, solo por un impulso. Estaba pensando en lo que le acababa de suceder.

Había sido un buen día en general, pero, para la joven algunas cosas extrañas estaban sucediendo a su alrededor. En la mañana esos ojos azules que vio en la ventana y después ese misterioso joven en las afueras de la universidad, ni siquiera le había visto bien el rostro.

Intentó pensar que le estaba dando mucha importancia, pero, muy dentro de ella, sabía que se estaba engañando, solo que se sentía asustada y no da cabida a dos cosas tan singulares.

Salió de una larga ducha. Una de las cosas que más le gustaba de la nueva casa era que el baño estaba dentro del cuarto y al cerrar la puerta principal estaba en completa privacidad.

Dalila caminó desnuda hasta la cama y se miraba en el espejo mientras se secaba el cabello con una toalla, después de estregarlo por un rato, se enrolló la tela y la dejó como una especie de turbante. Se sentía más relajada y encendió la radio para terminar de despejar un poco la mente y estar más tranquila.

Sonaba una de sus canciones favoritas y poco a poco comenzó a cantar con más ganas y a bailar al ritmo de la música. Se dejó llevar por el momento. Tomó el peine y lo usó como micrófono, cantaba haciendo gestos y mirándose en el espejo, sonreía y gritaba algunos de los tonos más altos y para culminar el espectáculo dio una vuelta y...

En la ventana había alguien observándola, pero, solo la observó milésimas de segundos mientras terminó de la dar la vuelta y trató de corroborar lo que había observado a través del espejo. No había nadie detrás de ella, más que la sombra de los árboles, además era imposible que alguien estuviera parado allí. Estaba en un segundo nivel de la casa.

Le dio miedo voltear de nuevo.

¿Se estaba volviendo loca?

Dalila, caminó hacia la puerta y tomó la bata que estaba guindada detrás de la misma, se la amarró y salió directo a la cocina donde seguramente estaba su madre haciendo la cena. La chica bajó las escaleras a toda velocidad y fue directo a la nevera, para evitar que Eva viera la palidez de su rostro. La abrió sin buscar nada, solo con la idea de ocultarse un poco mientras pasaba el susto.

—Hija, no te vi al llegar. ¿Cómo te fue hoy?

—Hola, mamá. Todo súper.

—¿Y el tobillo? ¿Mejor?

—Sí. Excelente. Creo que ya no me duele.

Eva volteó observando que Dalila no salía de la nevera.

—¿Buscas algo, hija?

La chica estiró su brazo y sacó una jarra de agua. Y cerró la nevera.

—Solo un poco de agua. ¿Qué cenaremos?

La mujer comenzó a explicarle lo que estaba preparando para la cena, pero, la mente de Dalila estaba en otro lado. Estaba con los ojos azules, con el chico de la universidad y con la silueta que vio detrás de ella en el cuarto.

—... hija... Dalila, hija. ¿Me estás escuchando?

La pregunta sonó a todo volumen en su cabeza.

—Sí, madre. Por supuesto. Suena todo muy rico.

Salió de la cocina y buscó rápidamente las cajas con sus libros. Recordó el cuadro que había visto en la tienda y también que intentó averiguarlo ese día, pero, lo dejó por hacer caso al llamado de su madre quien quería que viera junto a ella y su padre el hermoso paisaje de afuera.

El libro estaba arrumado sobre una de las cajas que aún no habían sido desembaladas y buscó de nuevo esa pintura. Tenía una memoria excepcional y estaba segura que ahí la conseguiría.

Justo en la página 49 del libro apareció la foto de la pintura. Era exactamente la misma.

En ella se veía a un hombre con una estaca en una mano y un crucifijo en la otra luchando con un demonio o algo parecido. Pero, por las características de las armas que tenía para combatirlo se podría estar hablando de un vampiro. Eso lo había descifrado con facilidad Dalila desde el momento cuando vio la pintura.

Lo que más le llamaba la atención era el escrito que tenía justo al pie de la pintura donde rezaba algo así: “Benditos sean quienes luchan en contra de las fuerzas del mal en el nombre Dios. Con fe podremos vencer al enemigo y alejarlo de nuestras tierras para siempre.”

Era lo que ella pudo traducir del latín. Dalila sin duda era una mujer de armas tomar, nadie la podría engañar jamás.

Ella bajó el libro y se quedó pensativa y algo perpleja, pues, ahora se sentía un poco... ¿Idiota?

Había leído cualquier cantidad de libros acerca de hombres lobos, vampiros, fantasmas, mitos y apariciones, pero, jamás creyó ni una palabra de lo que describían. Claro, eran entretenidos y a veces interesantes, pero, ¿por qué ahora el ver esa pintura le llamó tanto la atención? Y más allá, ¿por qué estaba asociando lo que le pasó durante el día con eso?

Cerró el libro dándole una ojeada de nuevo la página donde estaba y al día siguiente daría una vuelta por esa tienda de nuevo.

Cenaron y ella decidió no subir a su habitación esa noche a pesar que no tenía nada más puesto que la bata, pero, el solo pensar subir hasta allá le

causaba escalofríos. Entonces encendió el televisor de abajo y sintonizó el canal de documentales. Era uno repetido, pero, igualmente interesante. Se acurrucó en el sofá y se dedicó a verlo mientras en su mente danzaban ideas de lo que haría al día siguiente.

Pasadas las 12:00 de la noche, Dalila se había quedado dormida con el televisor encendido y estaba soñando de nuevo.

Era la misma voz y los mismos ojos azules, pero, esta vez no tenía ningún vestido antiguo y no estaba suspendida en el aire. Todo lo contrario, caminaba por un camino oscuro y no usaba nada de ropa. Parecía perdida en un lugar místico, pero, una mano la tocó en la espalda.

La profunda voz le habló con susurros.

—Si eres capaz de venir conmigo tendrás todo lo que quieras y más. Incluyendo la vida eterna.

La mano estaba helándole la espalda, pero, al mismo tiempo su voz le llegaba tanto al alma que sacaba todo el deseo de ella y calentaba su cuerpo, era una combinación casi mortal.

—Dalila, eres tú a quien yo quiero que sea por tu propia decisión que te acerques a mí, que me desees de la misma manera en que yo lo hago contigo.

La otra mano comenzó a tocarle el abdomen y sintió la respiración cerca de su cuello e intuitivamente lo volteó la cabeza hacia el lado opuesto dejando al descubierto esa zona por completo. Escuchó que la voz ahora venía desde el otro lado y algo más lejana.

Por alguna razón ella no quería mirar, solo sentir.

—Puedo llegar hasta lo más profundo de tu ser y hacerte sentir lo que ningún hombre en esta tierra puede. Tu figura me atrae y me enloquece, solo tienes que tomar una decisión antes que sea demasiado tarde.

De nuevo la respiración cerca de su cuello.

—Tu aroma es veneno para mí. No podré contenerme durante tanto tiempo.

Dalila solo se dejaba llevar.

—Entonces tómate y déjame sentir todo lo que me prometes. Quiero hacerlo, ir hasta donde tú quieras.

Por fin apreció frente a ella la forma completa de un hombre. Esos llamativos ojos azules, el cabello largo y negro, la piel pálida como una hoja de papel. Vestía una camisa de seda abierta frente y dejaba ver su abdomen marcado y pectoral nada despreciable, era un hombre delgado, pero, bien definido.

Su mirada era capaz de matar a cualquiera y quizá había sido así.

—¿Puedo saber el nombre de tan maravilloso y seductor hombre?

—Tengo muchos nombres, según algunas cosas que he leído, pero, me llamo Adam.

Dalila cerró los ojos de nuevo rogando desde su interior que la tomara de una vez, sentía que lo deseaba más que cualquier cosa, estaba dispuesta a hacer lo que él le pidiera, era tan hermoso como su voz y ahora su cuerpo lo necesitaba. Ella estaba preparada.

En el sofá, estaba ella completamente dormida, su bata estaba abierta y eran sus manos la que tocaban su cuerpo. Sentado a su lado estaba Adam, quien la miraba con deseo y con ganas de tomarla de una vez, pero, solo la estaba preparando. Pronto la vería fuera de los sueños en la vida real.

Dalila despertó con el corazón acelerado y sudada, tenía la mano entre sus piernas y sin dudas se había estado masturbando mientras dormía. No recordaba nada y se sonrojó un poco cuando se dio cuenta donde estaba. Cerró su bata y esta vez sin pensarlo subió a la habitación.

VI

Tiempos difíciles

El viejo vagabundo fue llevado a la comisaría y fue interrogado por varios policías y psicólogos del departamento, pero, no dijo ni una palabra. Estaba con la mirada puesta en un punto, era como si estuviera vivo, pero, sin alma.

—¿Qué sabemos del hombre?

—Nada, no tiene familiares, ni ningún tipo de identificación, pareciera que apareció un día de la nada. No tiene ningún antecedente en la zona y los habitantes que vinieron a declarar dicen que tiene al menos un mes viéndolo merodear por el pueblo. Siempre con sus carteles justo después del asesinato de la joven en el parque, señor.

—Gracias, Pérez. Deja esos papeles sobre mi escritorio.

El detective Daniel Marrero era el encargado de la investigación y estaba de manos atadas con respecto a todo esto, puesto que todo era muy fuera de lo común.

—Detective, por favor lo quiero en mi oficina ahora.

El tono de voz del jefe no era nada placentero.

Entró a la pequeña oficina mientras su jefe con el ceño fruncido cerraba las persianas.

—Dos personas muertas, cientos diciendo que el asesino de ambas entró rasgando el techo de la carpa de un circo, también dicen que estaba volando y que aterrizó sobre los hombros de este hombre y le succionó toda la sangre.

Una foto del departamento del forense cayó sobre el escritorio. Se veía al hombre en cuestión muerto y con dos marcas en el cuello. Parecía más pálido de lo normal.

—¿Qué quiere decirme con esto? ¿Qué son mentiras de las personas?

—Cuide su tono, sargento Marrero, le recuerdo que soy su jefe.

El sargento volteó y miró hacia la cartelera que colgaba de una de las paredes.

—Jefe... Le repito, no tengo ni idea de lo que sucedió ahí, pero, créame que estoy tratando de resolver esto, no es algo con lo que hayamos lidiado antes, estamos tratando de interrogar a un hombre que tenemos detenido, pero, parece estar ido y no responde a nuestras preguntas.

—¿Quién es ese hombre?

—No hay datos sobre él. Es un vagabundo al parecer, está viejo y de seguro borracho. Huele a alcohol.

—Entonces nuestro testigo principal es un hombre alcohólico del que no sabemos nada y además no habla. ¡Perfecto!

Justo en ese instante tocaron a la puerta.

—¡Adelante!

—Señor, creo que deberían venir a ver esto.

Ambos hombres salieron de la oficina y siguieron al joven muchacho.

El viejo estaba en la sala de interrogatorio y movía su mano derecha en el aire.

—Tiene rato en eso y habla muy bajo, diciendo puras incoherencias.

El sargento Marrero entró trato de acercarse al vagabundo para escuchar lo que decía.

—El Vampiro viene... Vive entre nosotros... Tu sangre será derramada por la ciudad... El vampiro vive aquí... Ojos azules te perseguirán... Ojos azules, ojos azules, ojos azules...

Marrero miró a su alrededor y pidió permiso a su jefe para quedarse solo con el viejo vagabundo.

—¡Vamos todos salgamos!

El hombre seguía hablando sin parar, la mirada sin vida clavada en la pared y no dejaba de mover la mano derecha.

—¿Amigo, me escucha?

—El vampiro está sediento... Ojos azules...

No sabía qué hacer ante tal situación, así que se levantó y cerró la puerta dejando al viejo solo.

—Parece estar completamente demente, solo repite lo mismo sobre... — Marrero miró a su jefe y continuó. —Solo repite lo mismo.

Todos estaban desconcertados, pero, en ese instante las radios comenzaron a sonar y a pedir refuerzos, algo estaba pasando en el pueblo.

Salieron corriendo a ver de qué se trataba.

Un grupo de hombres peculiarmente armados pretendía subir a la montaña, pero, no tenían permiso para eso por lo que, empezaron a atacar a los policías que trataban de evitar que subieran.

Estaban furiosos y entre ellos estaba el sacerdote de la iglesia, un joven que había llegado casi dos años antes y que era muy culto. Marrero lo vio y fue directamente a hablar con él, ya había cruzado algunas palabras con él durante la misa de los domingos y sería más fácil de convencerlo para que le

explicara lo que pasaba.

—Padre, ¿me puede explicar lo que está sucediendo aquí?

—Estamos tratando de subir a la montaña a buscar al causante de todo este sufrimiento.

—Pero, padre no le entiendo a qué se refiere.

El sacerdote lo apartó de la multitud y lo llevó hasta la iglesia.

—Estamos en presencia del mal, hijo mío. Necesitamos liberarnos del ser enviado del infierno que nos tiene pasando por este sufrimiento.

El sargento lo miraba con recelo.

—Pero, ¿a quién buscan? Arriba en las montañas no hay nada.

—La vieja mansión.

—En esa mansión no vive nadie desde hace años, de hecho, el gobierno local quiere invertirle algún dinero para convertirla en una atracción turística y la verdad creo...

—Tú eres nacido en este pueblo y sabes perfectamente todas las historias que se cuentan aquí. Desde mucho antes de tu nacer. Fue gracias a esas historias que pedí que me trasladaran aquí.

—Pero, padre, son historias para espantar niños, usted no creerá que eso sea verdad.

—Hoy mismo lo viste. ¿La marca en el cuello de las víctimas te parece casualidad?

Marrero se quedó mirando al padre, quien esperaba una respuesta coherente de él.

—¿Un vampiro?

—Así es, hijo. Un vampiro que no es más que un enviado del infierno y los creyentes debemos combatirlo antes de que sea tarde.

El sacerdote abrió un bolso que colgaba de su cuello y le entregó a Marrero una cruz y un frasco con agua bendita.

—Eres un hombre de fe y eso es lo que más necesitamos. Nada haremos peleando con ellos en el nombre de Dios si no tenemos verdadera fe, debemos creer en lo que decimos para que tenga verdadero poder.

—Hoy no hay nada que pueda hacer por usted padre. Nadie subirá a esas peligrosas montañas a esta hora. Está prohibido desde hace mucho y usted sabe que es así.

El sargento se levantó del banco dejando la cruz y el agua bendita sobre él.

Esa noche nadie cruzó la línea que delimitaba el pueblo con la montaña y aunque causó la detención de muchos, nadie salió herido. Había sido un duro

día para todos los habitantes de la zona y algunas patrullas se quedaron merodeando, pero, todo estaba bajo control.

Al día siguiente el joven sacerdote comenzó a tocar puerta por puerta los hogares de cada uno de los habitantes de la zona y fue reuniendo unos cuantos seguidores. Estaba regalando cruces que hizo durante toda la noche y pedía que consiguieran agua para bendecirla, pretendía que cada una de las casas estuviera protegida contra el poder del vampiro.

La voz se fue rodando por el pueblo y todo empezaron a hacer caso al sacerdote, ya nadie salía de noche y cuando lo hacía llevaban consigo una estaca o un crucifijo y un collar de ajo.

Para Adam fue difícil alimentarse durante los siguientes años y adoptó y tiempo de reposo durante una época del año, dormía durante largos periodos de tiempo y evitaba malgastar energía. Así lo lograba hasta que no podía aguantarse más y bajaba al pueblo cuidándose de no tropezarse con alguna paila de agua bendita. Siempre sigiloso, a veces pasaban horas antes de que pudiera tener su dosis de sangre.

Esto hizo que Adam, a pesar de sus instintos, trató de evitar el deseo de tener sangre fresca, y esto desencadenó problemas dentro de la mansión.

—Amo, lo noto débil y algo ojeroso. Tiene mucho tiempo sin alimentarse.

Una de las amantes de su padre que había sido condenada por él a no salir de la mansión y solo beber sangre de ratas, era quien le había hecho la acotación.

Adam se levantó de su ataúd y la miró fijamente a los ojos, ella no pudo mantener la mirada y bajó la cabeza.

—Nunca me ha importado tu opinión y si aún estás aquí es porque por alguna razón mi padre te tenía como una de sus amantes. Lo que más quisiera es terminar de quitarte lo poco que tienes de vida y dejarte morir.

— Le pido disculpas, amo. Solo me preocupo por usted.

Una carcajada diabólica abrigó la habitación de Adam. Él se reía sin parar.

De pronto la mujer comenzó a levitar y sus ropas se rasgaron dejándola completamente desnuda. Se sentía indefensa ante tan enorme poder, definitivamente había logrado lo que quería. Despertar la ira de su amo. Ella no podía controlar lo que pasaba.

—¿Te parece que estoy débil?

—No, amo.

—¿Crees que necesito más sangre para poder hacer lo que desee?

—No, amo.

La mujer estaba rozando el alto techo de la casa. Seguía teniéndole respeto a Adam, pero, ya no soportaba seguir viviendo de la manera en que lo estaba haciendo. La sangre de las ratas, en particular, es fría y con un sabor poco apetitoso. Era una condena muy dura de llevar.

—Todos estamos tratando de ver la manera de alimentarnos sin morir en el intento, porque por más poderoso que yo sea, y sabes que lo soy, no puedo estar cerca de cruces ni mucho menos de pailas de agua bendita. ¿Lo entiendes?

—Sí, amo. Lo entiendo.

Estaba aterrada, pero, sonreía. Estaba justo donde quería estar.

—Entonces, ¿crees que debo arriesgarme a seguir con esto cuando ya la mayoría de las personas están preparadas para asesinarme?

—No, amo.

—Eres una entrometida y no mereces más que la muerte. Nada más.

Ella pensaba lo mismo, pero, no por entrometida, sino por no tener lo que deseaba.

Adam estaba flotando a su lado y puso un dedo en el cuello de la mujer que estaba completamente inmovilizada. Un larga y puntiaguda uña salía del dedo y apenas rozó la piel, la sangre comenzó a salir de la herida por borbotones, tiñó el techo y caía sobre la alfombra de la habitación.

—Ahora sí tengo sangre para alimentarme. ¿No te parece?

Ella no sentía ningún tipo de dolor y ya sentía como venía su libertad, la vista se le nubló y de pronto ya nada existía.

El cuerpo de la mujer quedó flotando en la habitación y él descendió lentamente. Definitivamente era más poderoso de lo que muchos pensaban, pero, era él quien había decidido llevar el estilo de vida que había acostumbrado.

La otra amante de su padre entró y observó lo que pasaba, la ira la abrazó y salió disparada por una de las ventanas, ella tampoco estaba de acuerdo con lo que estaban viviendo, pero, nunca se atrevió a tentar el poder de Adam, ahora solo vio una oportunidad y sabía que él no la castigaría. Se perdió en la montaña donde se dejó morir si consumir más sangre.

Así Adam había quedado solo y fue cuando decidió viajar como lo hizo su padre. Él necesitaba encontrar a su propia dama, pero, una diferente, una que realmente estuviera a su altura. Quizá en otras latitudes la encontraría, en un lugar donde nadie supiera de él, capaz donde la población estuviera menos

avanzada. No sabía realmente a donde ir, pero, lo haría sin dudas.

Durante esa época, en el pueblo estuvieron tranquilos, nadie había salido herido a causa de muerto viviente, todos idolatraban al sacerdote ya que, gracias a él y sus oraciones había podido ahuyentar al demonio que tanto los hacía sufrir, y aunque en sus mentes seguían las imágenes de todas las atrocidades que había causado, con el tiempo solo se convirtieron en historias.

La verdad es que Adam no estaba en el pueblo, la mansión permanecía completamente vacía, pero, la había dejado cuidada por las almas de todas sus víctimas, por eso esa energía que se sentía allí. Nadie se atrevía a entrar.

Servía para decir a los niños que esa era la casa del malvado vampiro de los cuentos, algunos se asustaban y otros sentían curiosidad, pero, ninguno podía llegar hasta allí, era imposible para un niño hacer ese viaje por la montaña, de hecho, era muy difícil para un adulto, pues en su época Blake había destruido todo acceso hacia allí.

Adam siguió solo durante todo el tiempo que estuvo de viaje, cuando conseguía una mujer solo la usaba para alimentarse, ninguna tenía lo que el realmente buscaba. La soledad lo hizo pensar muchas cosas e incluso lo hizo reflexionar, ya venía cambiando su manera de hacer las cosas y a pesar de tener un alma vil y sentir la necesidad de asesinar, ahora pensaba en que la eternidad en una mansión a solas no era para nada un buen futuro.

Las mujeres hermosas abundaban y gracias a su encanto las atraía con facilidad. Siempre que quería las controlaba con la mente y ellas se convertían en sus esclavas sexuales, pero solo duraban una noche, después terminaba clavando sus colmillos hasta dejarlas sin vida.

Entonces se cuestionaba cada día. ¿Realmente buscaba a una mujer malvada? ¿Qué ganaría con eso? ¿No necesitaba a una mujer con la que él tuviera algún tipo de conexión? Al fin y al cabo, sería con la que pasaría toda la eternidad y además de compartir almas en pena y asesinatos para alimentarse, debía estar feliz a su lado.

Felicidad, era un concepto que realmente Adam nunca había tenido en mente, pero, había algo en esos días que había cambiado. La muerte de su padre le hizo entender que su eternidad es relativa y a pesar de tener la fuerza y el poder que nadie más tenía, siempre había un punto débil y ya todos lo conocían, esa fue otra de las razones por las cuales también salió a viajar. Buscando la manera de encontrar alimento más seguido y por supuesto, a su mujer.

En fin, el pueblo estaba sin la cruel maldad de Adam y lo único que hacía

recordar a los pobladores de su existencia era el viejo vagabundo en la plaza, con sus carteles pintados haciendo el trabajo encomendado por el vampiro de los ojos azules.

Solo un año después encontraron al viejo vagabundo guindado en uno de los árboles más altos del pueblo y que estaba en la falda de las montañas, se había suicidado. En su cuello un cartel decía: EL VAMPIRO VOLVERÁ TARDE O TEMPRANO.

Pocos se enteraron del suceso.

La vida continuó sin mucho que acotar para el resto de los pobladores, el pueblo creció inmensamente a nivel industrial y las épocas iban cambiando con el pasar de los años. Los árboles más cercanos a la mansión crecieron tanto que ya prácticamente no se veía desde el pueblo y las personas que habían vivido en carne propia las experiencias con los vampiros había ido muriendo poco a poco por diferentes causas.

Las historias siguieron corriendo por ahí, pero, cada vez era más un recuerdo olvidado de generación en generación.

VII

¿Amor?

Su tobillo parecía estar perfecto, pero, había una sola forma de probarlo. Se alistó y con zapatos de deporte emprendió su camino hacia la tienda donde había visto la inquietante pintura. Mientras caminaba, recordaba todas las cosas que le habían sucedido el día anterior, era extraño que esos sucesos vinieran a pasarle ahora que se había mudado de ciudad, nunca antes había pasado por algo así, pero, antes de darse por loca quería averiguar algunas cosas.

Dalila observó la pintura, fue lo primero que hizo al entrar, pero, siguió hasta el mostrador.

En la tienda no estaba la misma chica que la atendió la vez pasada, en su lugar estaba un señor algo mayor. Leía el periódico y escuchaba un juego por la radio, nadie compraba en ese momento.

Buscó algunas barras de chocolate y otros dulces, los puso sobre el mostrador y el hombre, de mala gana, bajó el diario para atender a la joven cliente. Dalila pagó con un billete grande, precisamente para hacer tiempo y ver si veía algo más en la tienda. Lamentablemente para ella solo estaba la pintura, pero, cuando el anciano contaba el cambio de la chica, ella vio algo interesante.

El hombre tenía un collar con un crucifijo y algo que parecía un recipiente con un diente de ajo dentro. Estaba segura de eso.

—Lindo amuleto.

Ella señaló el collar.

El hombre la miró y siguió contando.

—Es bastante original, nunca había visto uno así.

—Gracias por su compra. Vuelva pronto.

Ella tomó los chocolates y dulces saliendo de inmediato, en ese momento el hombre le provocó un poco de miedo.

Definitivamente en ese pueblo se escondía una historia y ella sentía que ahora era parte de ella.

Dalila volvió casa y se sentó en el sofá donde había pasado parte de la noche anterior. Estaba sola en casa y trató de ordenar un poco su mente.

“Ven conmigo, Dalila”

La chica creyó escuchar algo, pero, no le dio importancia.

Durante el día fue recordando poco a poco su sueño y se había dado cuenta de la razón por la que tenía la mano entre las piernas cuando despertó. Estuvo con una extraña sensación de miedo y ansiedad, pero, más allá de eso sentía necesidad y curiosidad sobre ese hombre de sus sueños. ¿Por qué él?

Sí, era muy atractivo y pensar en él le provocaba una rara sensación sexual. ¿Acaso era una fantasía?

“Te haré sentir deseos que no sabes que existen”.

Eso sí lo había escuchado fuerte y claro.

Ahora si estaba algo nerviosa.

La hora de la cena llegó y como todas las noches se sentaron a comer juntos, hablaron sobre todo lo que hicieron durante el día, y después cada quien se ocupó de sus asuntos.

Para Dalila no había un sitio donde se sintiera cómoda o segura, mucho menos ahora que estaba escuchando esa profunda voz, y por eso decidió dar una vuelta cerca de la casa. Pero, no quiso decirles nada a sus padres para no preocuparlos.

Afuera, la noche era espesa y el frío helaba cada milésima de ella, estaba bien abrigada, pero, aun así, la brisa se colaba entre la ropa. Tenía un presentimiento, sabía que lo que estaba haciendo no era correcto, pero, algo la empujaba. El problema es que ella no sabía qué.

De pronto, sintió una presencia.

La chica volteó y miró buscando algo que no sabía qué era. Estaba completamente confundida. ¿Estaba buscando algo? ¿Por qué salió de su casa? ¿Qué necesitaba? Su mente no dejaba de hacer preguntas y de recordar el sueño, veía los profundos ojos azules, el rostro del hombre y parecía escuchar un nombre a lo lejos, pero, no distinguía realmente cual era. Seguía caminando sin parar y de pronto estaba allí.

Reconoció el lugar inmediatamente, pues ya había estado antes. Era el lugar en la montaña donde todos se congregaban durante las mañanas, justo donde se quedó dormida y después se torció el tobillo.

¿Pero cómo había llegado tan rápido ahí?

De pronto una fuerte brisa llegó de la nada y apareció el hombre de sus sueños caminando, estaba vestido de la misma manera y su rostro era ahora más atractivo, más provocativo, más seductor.

—¡Adam!

Salió de la boca de Dalila sin pensarlo y un escalofrío la recorrió.

El misterioso hombre sonrió y seguía acercándose a ella. Su abdomen y

pectorales eran tal cual ella los había soñado, de hecho, ahora se veían un poco mejor.

Dalila comenzó a temblar, pero, sin estar segura la razón. Podría ser el frío, los nervios o el inmenso deseo que sentía en ese momento. Dio un paso atrás y Adam se detuvo, pensó que estaba soñando de nuevo, pero, sintió firmemente el suelo debajo de ella.

—Hola, Dalila. Sabía que vendrías y no sabes cuánto tiempo he estado esperando por ti.

La sola presencia del hombre la tenía petrificada, sentía una enorme energía, pero al verlo de cerca supo que no necesitaba nada más en la vida. Era perfecto, su rostro, su cuerpo y esa voz que la volvía tan loca como cuando lo soñaba.

Adam se acercó a ella y la miró directamente a los ojos. Estaba impactado por lo que veía a través de ellos, pudo leer más de lo que ya sabía de esa mujer, tenía una mente llena de sabiduría y era prácticamente infinita.

Entonces él entendió.

La chica estaba hipnotizada con la mirada y la particular belleza del hombre.

—Casi 200 años de espera para encontrarte, codiciada Dalila. 200 años.

El joven hombre le hablaba mientras caminaba a su alrededor, muy cerca y ella cerraba los ojos para escuchar ese tono profundo de voz y sentir su respiración. Estaba embriagada de placer.

La magia seductora de Adam no era nada nuevo para él, lo que si le parecía extraño era que él no estaba manejándola a ella en ese instante, no había trucos, no había magia, solo era ella y sus deseos. Quizá era la asociación que ella hacía con sus sueños donde él si se metió para atraerla.

La mujer estaba más hermosa que nunca y los deseos que sentía Adam de morderla eran gigantescos, la necesitaba a su lado, pero, no quería hacer las cosas con trucos y por eso estaba dejando que fuese ella quien hablara y tomara decisiones.

La brisa seguía soplando y Dalila seguía muy excitada, era increíble que solo la presencia de un hombre hiciera eso, era algo totalmente inédito para la chica que siempre estuvo acostumbrada que sintieran deseos por ella.

Una mano tocó su rostro, con delicadeza bajó hasta su cuello donde se detuvo un minuto y después siguió su camino hasta llegar a los senos. Eran tersos, suaves y dispuestos a ser explorados. De un solo movimiento rasgó la camisa y dejó al aire sus pechos lo cuales eran perfectos, sin poder contenerse

la mano rasgó también el pantalón y de un momento a otro Dalila se encontraba desnuda en la montaña.

Ya no sentía nada de frío, pues toda la energía que irradiaba Adam se convertía en calor, un calor pasional. Él seguía teniendo el control del asunto cuando la abrazó por detrás y se fue directo a su cuello, pero, solo pasó su lengua por él e instintivamente los colmillos salieron, pero, ni siquiera rozaron la piel. Fue Dalila entonces quien levantó su brazo moviéndolo hacia atrás y lo tomó del cuello para sentirlo cerca.

Era increíble que el hombre estuviera tan frío cuando irradiaba calor puro.

—Te deseé inconscientemente en mis sueños Adam, ahora completamente hechizada por tu belleza y pasión te deseo ahora y aquí.

La poca luz que proyectaba la luna desapareció de pronto y todo estaba completamente oscuro, ella estaba ciega completamente, pero, no necesitó de más cuando, por fin, su deseo se había hecho realidad.

Sintió como Adam la hizo suya y la penetró ligeramente, ahora ella estaba segura que jamás se iría de ahí, esa fuerza, pasión y placer que sentía en ese instante nunca más la encontraría con nadie. Así lo prometió Adam y así lo sintió ella.

Un gemido salió tímido de su boca y, aunque ya no podía ver nada, cerró sus ojos para disfrutarlo de la mejor manera.

Las penetraciones no paraban y Dalila estaba que explotaba del inmenso placer que sentía, estaba experimentando eso al aire libre y con un hombre que había conocido primero en sus sueños que en persona. Adam le acariciaba los senos y lamía sus delicados pezones mientras seguía llenándola de placer.

Para él, el sexo no era más que parte cotidiana de su vida, pero, hacerlo de esta manera cobraba otro sentido para él, pues la mujer realmente lo quería, su sangre estaba corriendo por sus venas aun sin él sacarle ni una gota, era la primera vez para Adam.

Dalila sintió como de pronto comenzaba un viaje cuando sus pies se despegaron del suelo. Estaba suspendida en el aire como en su primer sueño y ahora sintió como él llegaba desde abajo y la abrazó de frente.

—¡Eres un vampiro!

—Lo soy, pero, todo esto es real, no te estoy manipulando, ni a tu mente.

—Hazme tuya.

El deseo salió de la boca de la mujer y fue concedido de inmediato. Adam la continuó penetrando sin parar y sentía como los senos de la chica rozaban su piel. El deseo de tomar su sangre era enorme, pero, continuó haciéndole

todo lo que ella pedía.

El miembro de aquel ser malévolo entraba en ella una y otra vez dejando que la chica conociera los placeres mas intensos que un ser humano pudiese experimentar. Fueron años de experiencia que llevaron a Adam a ser un maestro en el sexo, y Dalila parece perder la cabeza con cada roce de la piel y cada beso del vampiro.

Ahora sí lo gemidos era ensordecedores, echando la cabeza hacia atrás, Dalila se sumergía dentro de un abismo negro donde sentía el mayor de los placeres, era sexo para nunca acabarse, era sexo real, en ese instante solo necesitaba más de él.

Agarró al vampiro por el cuello y buscó morderlo, clavó sus uñas sobre la espalda y seguía gritando de placer. La manera como se estaban dando las cosas da pie para que pudiera condenarla a vida eterna y llevársela en ese momento, pero sabía que si la mordía no resistiría el tomar solo un poco, tendría que tomar toda la sangre de ella y así poder satisfacerse completamente, pero eso la mataría y nunca más la tendría con él.

Dalila no se contuvo más y se corrió la primera vez sin dejar de moverse. Entonces siguió sin parar. Adam buscó la manera que ella se sintiera cómoda y bajaron hasta el tronco donde él se sentó y ella tomó el control por primera vez dejándose caer sobre él, penetrándose a placer.

Tenía cerca el rostro del hombre y solo de provocaba lamerlo, así lo hacía cada vez que caía. Estiró los brazos para anudarse el cabello y seguir con la faena. No podía dejar de sentir eso, seguía gimiendo y se corrió por segunda vez con más intensidad que el primer orgasmo.

Pero, Adam sabía lo que ella necesitaba y era lo que le había prometido.

Tomó a Dalila por sus piernas y se las abrió completamente, ella no sabía si soportaría más, pero, no podía decir que no ante tanto placer. Sintió entonces como la penetró de nuevo, pero ahora con otro ímpetu, él estaba dando lo mejor de sí y la chica se preparó.

La follaba con fuerza y sin tener miedo de hacerle daño, ya él estaba también tan excitado como ella, era su naturaleza y de por sí la lujuria los controlaba, solo que ahora él estaba tratando de no dejar salir a flote sus instintos para no morderla.

Recostándola del árbol le levantó una pierna para poder llegar hasta donde más pudiera. Ella sintió como entraba y no tuvo ni siquiera fuerzas para gemir y parecía un sollozo lo expresó, de hecho, el placer era tan abrumador que una o dos lagrimas corrieron por sus mejillas, ella ya tenía ningún tipo de

expresiones, estaba a merced de un vampiro hambriento y lujurioso que le estaba dando lo que en sueños le había prometido.

Su espalda estaba maltratada por el roce contra la corteza, pero, ni ese dolor logró que ella quisiera parar, solo estaba pensando en todo lo que sentía en ese momento, la respiración era muy irregular y comenzaba a perder oxígeno que recuperaba con cortas bocanadas de aire.

El sudor le corría por el cuello y la espalda, cerró sus puños conteniendo la ola de sentimientos encontrados que tenía dentro, imaginaba el rostro de su amante y no podía evitar desearlo más. Las piernas le estaban fallando a Dalila y pronto se correría de nuevo, pero no estaba segura si aguantaría más de todo eso.

Y se corrió con dolor, pasión y locura. Cayó debido a que sus piernas no dejaban de temblar y los espasmos en todo su cuerpo eran muy fuertes, por un momento pensó que Adam la había mordido, pero, no fue así. Su cuello estaba sano y ella solo estaba pasando por la mejor experiencia sexual de su vida.

Poco a poco fue apareciendo la luz de la luna y pudieron ver sus rostros de nuevo. Ella se dio cuenta que estaba absurdamente enamorada de él y Adam estaba seguro que estaba obsesionado con la mujer, era cada vez más hermosa y la deseaba con todas sus fuerzas.

La tomó del rostro y pensó en besarla, pero eso era algo que jamás había hecho, definitivamente lo que Dalila hacía en él era algo incomprensible. Un beso era sinónimo de sentimiento y Adam carecía de ellos.

En ese momento él la abrazó y volaron juntos hasta la mansión, el viaje pareció ser de unos pocos segundos, y allí, en el patio principal, le señaló la luna.

—Ella irradia la perfecta cantidad de luz para poder ver tu rostro, es algo sin igual para mí. Te traje hasta aquí para mostrarte mi hogar y lo que estoy dispuesto a ofrecerte si decides venir conmigo.

La mano de Adam se posó sobre el rostro de Dalila y de pronto estaban en la sala principal, ella ataviada del vestido que había soñado la primera vez y él con traje de gala.

—¿Esto es realidad? ¿No es un sueño?

—Es la realidad más real que existe, Dalila. No solo tú estás viviendo momentos únicos, yo también.

La casa era elegante a pesar de verse antigua, los pasillos eran enormes, las lámparas parecían de plata y la alfombra daba ese toque especial a toda la mansión. Lucía espectacular.

—No necesitarás nada material, pero, si lo deseas lo tendrás. Soy un vampiro que ha hecho su fortuna a través de los años, pero, jamás he tocado ni un centavo y la gran mayoría está en el sótano en joyas y oro. Todo eso puede ser tuyo si lo deseas, pero, debes entender que el precio es caro. La eternidad no es como parece.

Dalila lo miró y por primera vez, esos ojos azules parecían vivos, miraban diferente.

—Creo que estoy segura de lo que quiero desde el primer momento en que llegué y ahora más, después de sentir lo que siento. Dime, Adam, dime que lo seguiré sintiendo para siempre y me iré contigo.

VIII

Pasión fatal

Observar como la mujer estaba tan dispuesta a dejarlo todo por él era todo lo que deseaba, Siempre buscó eso y por fin la tenía frente a él, además, era más hermosa que todas las que pudo haber escogido antes y esta solo se había cruzado en su camino.

Lucía radiante y sensual, la deseaba con todas sus fuerzas y necesitaba tenerla con él lo antes posible. Cada segundo que pasaba debía ser más y más fuerte para no terminar mordiéndola. Aunque lo haría cuando llegara el momento preciso.

Entonces, sin pensarlo dos veces, la tomó por la cintura y la atrajo hacia él, percibió su dulce aroma, la miró a los ojos notando lo dilatada que estaba la pupila de ella y comenzó a jugar con su mente un poco. Solo para dejar algunas cosas en su lugar.

Dalila comenzó a recordar sus sueños y veía imágenes inéditas. En ellas estaba Adam observándola desde la ventana de su cuarto, también lo vio cuando la encontró por primera vez arriba en la montaña el día que se torció el tobillo. Y comenzó a entender que él solo quería aclarar sus pensamientos, la idea era que, si iba a tomar una decisión, fuese con su mente lúcida y sin trastornos, no habría secretos entre ellos y tampoco mentiras.

—Entonces, cuéntame, Adam... ¿Me viste cuando me masturbaba en el sofá de mi casa?

—Estaba ahí en ese instante. Fue tan mágico para mí como lo fue para ti mientras me soñabas.

Pensar que él la había visto en algo tan íntimo fue sensacional, puesto que la realidad era que ella llegó a ese punto por él. En ese sueño la hizo sentir una cantidad de cosas con solo su presencia.

—Hazme tuya de nuevo para sentirte cerca, Adam. Seré tu dama, tu esclava o tu princesa; lo que desees. Podré volar contigo hasta los lugares más oscuros y tenebrosos, viviremos esta pasión y deseo juntos. Solo dime que siempre seré así de lujuriosa, que siempre sentiré esto.

Sentir. Quizá ella no estaba tan clara en lo que le esperaba.

Dalila hablaba con severos signos de demencia y parecía estar danzando por el salón de la casa mientras hablaba además se estaba quitando la ropa lentamente.

Ella llegó de nuevo hasta donde él estaba y le pidió que la follara nuevamente como nunca antes lo había hecho con otra mujer, más de lo que él podía dar.

Adam la miraba deseoso de beber de ella y entonces fue ella quien tomó la mano de él y con las uñas se hizo una incisión en la muñeca, la sangre brotó de inmediato y eso ya era demasiado. Adam pudo controlarse durante todo el tiempo, pero, ver la sangre brotar era algo que no podía controlar. Llevó su boca hasta la herida de la mujer y el dulce sabor lo hizo delirar, no era solo tomar para aliviar su sed, sino que por primera vez tomaba sangre de una mujer que deseaba realmente.

—Déjame probarte a ahora a ti, se siente tan divino cuando chupas.

Adam entonces se cortó la palma de la mano y dejó caer un pequeño chorro sobre la boca de ella. La chica estaba con los ojos cerrados y sintió como la fría sangre le caía en los labios y el mentón, la probó y el placer fue completo.

De nuevo la follaban con fuerza y estaba entrando en una especie de trance, concentrada completamente en todo lo que sentía en ese momento y las cosas pasaban en cámara lenta. Cada movimiento se sentía al doble y los niveles de placer estaban al límite, la sangre parecía una droga.

Dalila estaba completamente inclinada hacia atrás mientras Adam se lucía penetrándola sin parar, la mujer se reflejó en un viejo espejo que estaba ahí desde que el dueño original de la mansión lo colocó y permaneció ahí simplemente como parte de la decoración. Parecía que estaba sola y que algún tipo de fuerza la sostenía en el aire, entonces el mito de que ellos no podían reflejarse en los espejos era real.

¿Sería esa la última vez que vería su rostro?

Seguía observando la imagen que se reflejaba en el espejo y era algo completamente increíble, ni en una película se vería tan real.

Las cosas comenzaron a tomar su velocidad normal, al menos dentro de la mente de Dalila, y entonces volvió con un grito de pasión, un gemido que ni ella misma comprendía. Ella pensó que su alarido se habría escuchado hasta el fin del mundo. En ese momento ella no hacía nada, todo el trabajo estaba de parte de su amante y lo estaba haciendo mejor que antes.

Sus cuerpos se encontraban con cada movimiento y con cada penetración. La quijada de Dalila seguía llena de sangre y para Adam esto era más excitante y a la vez la hacía ver más sexy. Un impulso los llevó por los aires hasta una mesa cercana y allí ella se agarró de una silla. Él por detrás la

follaba sin parar y se movía de manera diferente para que ella experimentara todo el placer posible.

Dalila gritaba sin parar y pedía más de lo que necesitaba, no entendía como su cuerpo estaba resistiendo semejante dosis de sexo tan salvaje, pero, estaba dispuesta a aguantar lo que fuese con tal de que esto no acabara. Deliraba, sí, pero, era lo mejor que le había pasado, ahora realmente había sentido lo que era la lujuria y el placer de aplacarla con fuerza.

Las manos de Adam recorrían el cuerpo desnudo de ella y se detuvieron en los senos, los cuales acarició con delicadeza, para después retorcer cada uno de los pezones. Dolor, eso volvía loca a su amante.

Volvieron a suspenderse en el aire y se reencontraron en una posición vertical que le daba todo el camino a él para entrar hasta más allá de lo normal. Dalila se imaginaba pasar por esto cada día de su vida, y más ganas de recibir una mordida surgían, era algo inevitable.

—Solo muérdeme y déjame estar lujuriosa y llena de placer para siempre. Hagamos esto eternamente.

Adam no hizo caso, muy a su pesar y siguió follándola dejándose llevar también por ese deseo que era nuevo para él. Por supuesto que él también quería sellar el destino de ambos, pero, no ahora, estaba concentrado en lo que hacía.

Una explosión fue lo que sintió Dalila dentro de ella, pero, él no paraba. Su vagina era más sensible ahora que había estado expuesta a tanto sexo durante las últimas dos horas, y cada roce se multiplicaba para ella llevándola a más sensaciones y deleite.

Otro orgasmo llegó sin ella darse cuenta y de pronto sintió que estaba a punto de desmayarse, tomó una gran bocanada de aire y siguió aguantando todo lo que pudo, otro orgasmo y otro seguido de ese. Volvieron los espasmos y las piernas temblorosas, pero, Adam no paraba.

—¡Oh, sí! ¡Sigue así!

Dalila apretaba sus dientes y estaba quedando afónica de tanto gritar, su mente no podía controlar la cantidad de sensaciones, y todo se puso negro cuando por fin cayó sin conciencia.

Adam gritó y eso fue lo último que ella escuchó.

Lo había logrado. Adam le había dado tanto placer a Dalila que la dejó completamente sin energías, pero, ya se lo había advertido. Levantó a la chica y la llevó hasta la cama en su habitación.

Viéndola descansando parecía inocente de todo lo que había pasado. Las

preguntas llegaron a su mente una detrás de otra:

¿Salvaría su alma o la convertiría?

¿La dejaría ir o la vincularía eternamente a él?

El problema estaba en que no sabía porque se hacía esa clase de preguntas ahora. La tenía a su merced y además ella estaba dispuesta a pasar la eternidad con él, entonces no había nada más que pensar. Se levantó y apartó el cabello del cuello de Dalila y en ese instante justamente ella comenzó a despertar. Era una nueva oportunidad.

Adam se alejó.

Cuando abrió los ojos y se sintió en una cama ella creyó que todo había sido un sueño muy intenso y que ya era hora de ir a la universidad o de simplemente levantarse y se sintió algo decepcionada. Se sentía débil, pero, era quizá algo mental. No conseguía abrir los ojos completamente y sentía los párpados muy pesados.

Cuando se fue incorporando poco a poco se empezó a dar cuenta que no eran sus sábanas que no estaba en su cama y mucho menos en su habitación. Tardó un poco en caer en cuenta que nada había sido un sueño y ella se apoyó en el colchón buscando a Adam quien la miraba desde una silla cercana, ella salió disparada y lo abrazó. El no devolvió el gesto. La verdad nunca al igual que con el beso, él nunca había abrazado a nadie.

Dalila lo miró extrañada. Pero, no le dio importancia.

—¿Sigues pensando que quieres estar conmigo para siempre?

—Sí, así es. Para siempre, ahora que sí se le puede dar un verdadero significado a esa frase.

—Eres la mujer más hermosa que jamás haya conocido y por primera vez me he aguantado tanto las ganas de beber de la sangre de una persona, y eso tiene una razón. Soy un muerto vivo, pero, con el tiempo he aprendido a entender algunas cosas.

Dalila estaba embelesada con la belleza del hombre y sus palabras le llegaron al alma realmente. Lo miraba sin poder despegar la vista de él.

—Llévame contigo, Adam. Estoy segura desde aquella vez que te vi en mi sueño. Me enamoré de ti sin lugar a dudas. Te tengo presente siempre, aunque a veces de manera inconsciente, veo tus ojos por doquier, te busco en mis sueños, y ahora sé que puedo tenerte en mi vida... eterna. Déjame amarte como solo yo lo puedo hacer.

Dalila se recogió el cabello.

—Haz lo que debes hacer.

Lo que ella había dicho en ese momento hizo que él tomara una decisión. Nunca había escuchado a nadie decirle eso. Ella sentía amor por él. Era la única mujer que en 200 años se lo había dicho y estaba seguro que no encontraría a otra que se lo dijera.

La tomó de las manos y le pidió que cerrara los ojos. La miró fijamente mientras ella hacía caso a sus instrucciones.

La mente de Dalila se puso completamente en blanco y de un momento a otros comenzaron a aparecer imágenes de todo lo que ella había vivido ese día como un torbellino, desde el momento que se encontraron en la montaña y se vieron cara a cara por primera vez, al menos siendo ella consciente de eso, puesto que ya lo habían hecho previamente en la universidad.

Las sensaciones de placer se minimizaron un poco, pero, algunos detalles se mantuvieron intactos. Todo estaba pasando muy rápido, pero, ahora las cosas se veían en su mente un poco borrosas.

Escuchaba palabras y frases, pero parecían no tener ningún tipo de sentido, su cuerpo estaba relajado y sintió un despegue como el de siempre, pero, esa vez más intenso y entre su confusión pensó que la estaba llevando hasta las estrellas. Dalila seguía esperando la mordida. De nuevo la mente en blanco y no supo nada más de ella.

Despertó en su habitación y le dolía la cabeza, estaba exhausta y un poco confundida. Había tenido un sueño bastante extraño, pero, muy real. De hecho, quizá hasta se había estado moviendo durante la noche porque también tenía dolor en sus piernas y estaba sudada.

Fue directo a la ducha tratando de saber lo que había pasado, pero, todo estaba borroso en su mente. Lo que sí sabía era que tenía que dejar ese tema de los vampiros a un lado, eran simplemente historias fantásticas que no tienen nada que ver con la realidad. Y por otra parte debía conseguirse un novio, esos sueños húmedos estaban muy recurrentes últimamente.

Lanzó una risita leve al pensar eso y se metió a la ducha.

Salió una hora después y en definitiva había sido un sueño bastante extraño, pero, intenso. Seguía sintiéndose mal y cansada, entonces decidió que ese día no iría a la universidad, por lo que se colocó su pijama y bajó a la cocina a prepararse algo de comer.

Su padre la miró y frunció el ceño.

—Me siento mal, padre. Hoy no iré a la universidad.

El hombre seguía mirándola de la misma manera.

—Ya no me veas así, creo que no faltó a clases desde que estaba en cuarto

grado y me dieron paperas.

Su padre, en modo de juego, le mantuvo la mirada y ella sonrió mientras subía a su habitación después de darse cuenta que realmente no tenía hambre.

Ya arriba, se tiró en su cama y prendió el televisor, por un momento se perdió en su mente y pensaba en ese sueño tan intenso. Solo recordaba escenas, pero, realmente eran muy buenas.

Entonces volvió a la realidad consiguió un buen programa y se acomodó, sintió un pequeño dolor en la muñeca y se la miró. Tenía una casi invisible marca.

Se encogió de hombros.

—¡Quizá fue la vez que me torcí el tobillo!

El poder de darle a una persona la vida eterna era algo que no podía tomarse a la ligera, sin embargo, así lo habían hecho Blake y Adam durante un tiempo. La destrucción que dejaron a su paso también carecía de sentido y del sufrimiento, ni hablar.

No se sentía culpable por nada de eso, de hecho, disfrutaba recordándolo, él había nacido para eso y su padre. que había sido mordido por otro vampiro en Rumania (que supuestamente fue el primero de todos), también para eso. Era la única misión que tenían sobrevivir de la sangre de los vivos, era su única fuente de energía.

Pero, el tiempo y las dificultades fue lo que le hizo cambiar de parecer.

Cuando Dalila le dijo que lo amaba comprendió que él nunca podría pagarle a ella de la misma forma, Adam no sentía nada por nadie y nunca lo haría, era un ser que había nacido sin alma, pero que logró ver las cosas desde otro punto de vista.

Entonces se contuvo por última vez de morderla y solo manipuló su mente para que todo pareciera un sueño y la dejó en su cama vestida con su ropa. Para ella, nada de esto había pasado. Fue lo mejor que pudo hacer, puesto que iba a condenar a una chica con sentimientos a una vida que no merecía.

Él perdió a la mujer que estuvo buscando y después de esto no sería capaz de encontrar a otra, estaba obsesionado con Dalila, la necesitaba a su lado, pero, así como la liberó a ella, debía liberar al mundo de su sed y a él mismo de esa obsesión. Ya no había nada que hacer para él en un futuro lleno de soledad. El sol aparecía por el horizonte lanzando fuertes rayos y por primera vez a esa hora él no estaba en su ataúd y jamás volvería.

Título 5

Princesa, Esclava y Enmascarada

Romance y Sexo con el Soldado Dominante

Princesa Elena.

Recuerdo esa tarde en el Reino de Camelot cuando una misteriosa espada apareció en un claro del bosque, atrapada en una piedra gigante, la espada, brillante y con joyas en su mango, despertó la curiosidad de mi padre el Rey Marcus, quien intentó sacarla de su prisión sin resultado, entonces los caballeros más fuertes del reino fueron llamados a retirar la espada, pero todos fallaron, tenía apenas 15 años en ese entonces.

Mi padre contactó al sabio Mago Merlín. Quien le reveló que la espada estaba encantada, y quien la sacara de la piedra estaría destinado a ser el nuevo rey de Camelot. Entonces instalaron tiendas de campaña y gradas de madera alrededor de la piedra, para ver cómo los valientes guerreros de todo el mundo intentaban sacar la espada, que fue bautizada como la espada de Excalibur.

Me divertía ver cómo los fuertes caballeros de tierras lejanas venían hasta el claro del bosque y hacían fuerza flexionando sus grandes músculos para sacar la espada. Algunos lo intentaban por horas, liberando alaridos de dolor, otros hasta se quitaban sus camisas para así alardear sus grandes músculos, pero la espada seguía inmóvil. Un día llegó un muchacho flaco acompañado de Merlín.

—Princesa Elena déjame presentarte a mi protegido —Dijo el mago. Su piel era pálida y su cabello castaño claro, no era más alto que yo y llevaba ropa vieja y la cara sucia, tenía el aspecto de un niño de la calle. Me vio, se arrodilló a mis pies y bajó la cabeza en reverencia. Tomó mi mano y la besó.

—Levántese por favor, no hacen falta tales formalidades ¿Cuál es tu nombre? —le dije al joven.

—Arthur, su majestad, mi nombre es Arthur Pollock.

—¿Has venido a intentar sacar la piedra o a acompañar a Merlín?

—He venido por la espada princesa, pero no creo que pueda lograrlo, solo sigo las órdenes del Mago.

Sus ojos eran verdes y brillantes, me sonrió de inmediato con una sonrisa cautivante

—Mucha suerte joven Arthur —le dije, para después darle un beso en la mejilla de buena fortuna.

El muchacho se sonrojó, y lo vi partir con Merlín a la fila de guerreros que tratarían de sacar la espada.

Cuando llegó su turno, yo estaba sentada en un trono de madera al lado de mi padre, todos empezaron a reírse de Arthur por su pequeñez. El joven tomó el mango con determinación y me miró a los ojos, le transmití toda mi fe en una mirada.

—Vamos Arthur, tú puedes —pensé.

Entonces sucedió, las pequeñas manos de Arthur liberaron a la espada de la piedra, todos hicieron un gesto de sorpresa y luego callaron, Arthur temblaba con la espada entre sus manos, era tan pesada que cayó al suelo cuando la levantó. Mi padre, ofendido, se paró del trono rápido.

—¡Atrapen a ese farsante! —gritó a los caballeros.

Mi padre no lograba pensar que la corona de Camelot caería en la cabeza de un chico sucio y andrajoso, tampoco lo permitiría. Los guardias desenvainaron sus armas y corrieron hasta rodear a Arthur.

—¡Déjenlo! —Grité desde mi asiento.

Arthur estaba aterrado, cuando un caballero alzó la espada para darte una estocada, Merlín tiró una bomba de humo verde hacia los caballeros, y cuando se esparció, no había rastro de él, ni de Arthur ni de la espada. Y así desapareció ese joven de ojos verdes que me había encantado con su sonrisa, no sabía si lo volvería a ver de nuevo. Mi padre ordenó buscarlo a él y a Merlín por todo el reino.

Sir Arthur.

Conocí a Merlín un día que mi jefe el boticario me envió al bosque para entregar unos frascos con líquidos extraños a un cliente, trabajé desde muy joven para ayudar a mi madre y a mis hermanos, llegué hasta lo profundo del bosque hasta una casa vieja de madera que era el hogar del mago, su casa estaba llena de pociones y animales extraños enjaulados, después de varias entregas me ofreció un trabajo como su ayudante, así me mudé al bosque con él.

Con el tiempo descubrí que más que un hechicero, Merlín era un hombre muy sabio con conocimientos en Botánica, Medicina, Alquimia y Astrología, sabía mucho de todas las ciencias y era un excelente ilusionista. Una noche me despertó exaltado, había tenido una revelación, en sus sueños vio mi futuro como el Rey de Camelot, no le creí, yo no era de la realeza, era el simple hijo de un herrero.

Me dijo que la clave de mi destino era una espada mágica que aparecería pronto en un claro del bosque. Pero Merlín era un hombre muy sabio y poderoso, quizás había algo de cierto en sus sueños.

Cuando llegamos al claro donde estaba la espada, las piernas me temblaban, tenía miedo de hacer el ridículo frente a todos esos grandes caballeros, pero cuando Merlín me presentó a Elena, sentí una fuerza correr por mi alma.

Elena era la chica más hermosa que había visto en mi vida, con grandes ojos azules y unas pestañas largas que hacían a sus ojos más expresivos, su cabello era negro y rizado oloroso a jazmín, su piel era pálida y suave, sus mejillas se enrojecieron apenas le sonreí, sus manos se sentían tan delicadas entre las mías, era una chica tan majestuosa que me sentí avergonzado de presentarme en mi ropa vieja frente a ella.

Su voz era tan dulce, como la música más hermosa que jamás hubiera escuchado. Toda su presencia era como estar observando a un ángel, su belleza era tal que me sentí apenado de presentarme en mis ropas viejas. Luego le dije que iría a sacar la espada y sus hermosos labios rosas besaron mi mejilla, como un ritual de buena suerte, ahí pude disfrutar mejor la fragancia de sus rizos de azabache. Después que me besó sus mejillas redondas se ruborizaron, pensé en jamás lavarme la cara después de eso.

No podía hacer el ridículo frente a la princesa, esto me puso más nervioso

cuando llegó mi turno de sacar la espada, era un pequeñín comparado a todos los otros caballeros que ya lo habían intentado y fallado. Muchos se reían al verme caminar hacia la roca, casi todo el pueblo se había reunido para ver el espectáculo.

Tomé aliento y apreté el mango de Excalibur con fuerza, antes de tomarla busqué con mi mirada a Elena, estaba sentada en la tribuna al lado del rey, nuestras miradas se encontraron entre la multitud y su ruido, sus ojos azules llenaron mi espíritu de una fuerza increíble, era como si pudiera sentir su corazón y el mío latir juntos. Entonces saqué la espada, sin mucho esfuerzo, como si nunca hubiera estado aprisionada.

De repente tenía la espada reluciente en mis manos, escuché al rey gritar algo y un montón de caballeros reales me rodearon y desenvainaron sus espadas. Me superaban en tamaño y en número. Escuché los gritos de Elena en el fondo, no podía hacer nada más que rendirme, yo era apenas un chico que no les podía dar batalla. Ahí fue cuando una gruesa nube de humo verde inundó el lugar, luego sentí que alguien tiró de mi mano, Era Merlín.

—¡Vamos Arthur, es tiempo de huir!

Corrimos hasta el caballo de Merlín y luego galopamos rápido hacia el bosque hasta llegar a la cabaña.

—No podemos quedarnos por mucho tiempo, el Rey enviará a sus caballeros a buscarnos ¡Toma tus cosas y larguémonos de aquí Arthur!

Tomé mis pocas pertenencias y metí la espada en una funda negra y la colgué a mi cintura, Merlín me ordenó que esparciera aceite por toda la cabaña, luego nos encontramos afuera, él llevaba un caldero de cobre en su espalda y muchos frascos y libros. De repente tomó un pedernal y encendió la cabaña prendiendo fuego a nuestro hogar.

—Ya no podrán encontrarnos los sabuesos —dijo.

Yo no pude evitar sentirme triste al ver la casa quemarse.

—Ahora debes escucharme muy bien, porque esta será la última vez que nos veamos, yo soy viejo y llevo muchos objetos, solo retrasaré tu huida, por eso debemos separar nuestros caminos —dijo antes de darme un libro sobre plantas y hongos venenosos y un mapa del bosque—. En el mapa he marcado una cueva que me sirvió de refugio hace tiempo, allí todavía hay algunos utensilios. Los secretos del bosque los deberás aprender tú solo. No estés triste joven Arthur, ahora tienes la espada en tu poder, he visto que estás destinado a ser grande, está escrito en las estrellas. Siempre que sigas tu corazón y mantengas la espada mágica contigo, no habrá monstruo que no

puedas vencer.

Y tomamos caminos totalmente distintos, esa fue la última vez que hablé con el gran Mago Merlín. La primera noche que pasé en la cueva me sentí abatido, mi vida había cambiado drásticamente en cuestión de horas, solo podía pensar en la espada, en el fuego acabando con la cabaña y en los ojos azules de Elena. ¿La volvería a ver? Su rostro de diosa alimentaba mis sueños... Debía volverme un hombre fuerte para algún día regresar al reino y poder poseer su belleza entre mis brazos.

Princesa Elena.

Han pasado años desde que ese joven sacó la espada encantada de la piedra, desde ese día mi padre no ha dejado de buscarlo por todo el reino, ofreciendo grandes recompensas en oro por su cabeza. Me encantaría volver a ver la sonrisa de aquel muchacho, pero sabía que estaba mejor lejos del reino y de mi padre.

Desde ese día los celos de mi padre aumentaron, como si yo también podía serle robada como lo fue la espada. No tenía permitido salir del castillo sin un acompañante, y mi única amiga era mi prima Claire, quien era una chica de cabello castaño con muchas pecas en su rostro, ella era mayor que yo y pronto se casaría con el Príncipe de Trivania, una tierra muy lejana. Mi prima me dejaría sola y sin nadie con quien hablar con confianza.

—No sabes lo mucho que te extrañaré Claire —le dije una tarde donde tomábamos té el jardín.

—Sí, yo también te echaré de menos prima, pero nos enviaremos cartas y espero que me visites tan pronto como puedas —dijo mi prima mientras comía unos bizcochos de azúcar—. Tengo que confesarte que estoy muy nerviosa.

—Te comprendo perfectamente, debes sentir mucha presión ya que te convertirás en princesa.

—Sí, sí... Pero no es sobre eso de lo que te quería hablar Elena —dijo Claire, bajando la vista y acercándose a mi odio para susurrarme— ya no soy virgen.

No lo podía creer, la virginidad era un tesoro que se supone debía guardar para su futuro esposo.

—¡Claire! ¿Cuándo pasó?

—Shhh... Si alguien se entera mi matrimonio se arruinará.

—¿Pero cómo paso? ¿Cuándo pasó? ¡¿Y con quién?! —pregunté muriéndome de la curiosidad.

—Fue hace dos días, con el Caballero Sir Edward... Todavía me tiemblan las piernas de tantas sacudidas que me dio —dijo Claire mordiendo los labios —, cuando no tiene puesta su armadura Edward es un hombre realmente guapo, su cabello es corto y algo canoso, su barba es gruesa y hace cosquillas cuando la pasa por entrepierna mientras está lamiendo mi feminidad, y sus brazos... Oh, tiene los brazos firmes y fuertes de un caballero. ¡Oh prima! Un hombre con experiencia es lo mejor que hay, saben cómo hacerte disfrutar,

conocen tu cuerpo y van descubriendo tus puntos débiles hasta hacerte explotar de placer ¿Crees que ese bobo príncipe de Trivania sepa provocarme un orgasmo usando solo su lengua? Lo dudo. Antes de pasar toda mi vida al lado de un hombre de quien no sé nada y que probablemente ni siquiera me agrade ¡Tenía que hacer una locura!

—Claire, eres toda una traviesa —reímos— ¿Pero ya le tenías el ojo puesto a Sir Edward o solo fuiste por el primer pedazo de carne que se te cruzó?

—¿Qué tratas de insinuar prima? Yo soy muy selecta con lo que llevo a mi boca —dijo en un tono irónico—. Hace mucho tiempo que noté la manera en que Sir Edward me veía, cómo sus ojos se paseaban por mi cuerpo, él tiene esa mirada sobria y atractiva de un hombre fuerte, de esos que te toman entre sus manos y te manejan como su posesión. Me sentía excitada cada vez que lo descubría mirándome, y más de una vez nuestras miradas se cruzaron, ambas sedientas de lo prohibido, luego noté que empezó a seguirme por todo el palacio, siempre con una excusa tonta. Preguntando por mi padre o por la reunión en la mesa redonda, cosas de las que yo no sabía nada, él simplemente quería una excusa para hablarme. Una tarde, me le acerqué y le pedí ayuda para mover mi cama hacia la ventana. Subió a mi habitación y apenas entró yo cerré la puerta con cerrojo. Edward sabía exactamente lo que iba a pasar. Nuestros cuerpos se deseaban y no había manera de seguir ocultando nuestro deseo. Y bueno... Sucedió lo inevitable.

—¿Qué pasó?! No puedes dejarme así Claire ¡Quiero saber los detalles!

—Pues sí tú lo pides... Apenas cerré la puerta Edward se abalanzó contra mí, me cargó y me puso contra la pared, empezó a besar mi cuello y eso me excitó mucho, tanto que comencé a gemir como loca. Él cubrió mi boca, debíamos guardar silencio para no ser descubiertos. Apretaba mis nalgas al mismo tiempo que me besaba toda la boca y el cuello. Luego me tiró en la cama y desató mi vestido con agilidad, pasó su lengua por todos mis senos poniendo mis pezones duros y erizando mi piel, yo seguí gimiendo y él cubrió mi boca de nuevo mientras saboreaba mis pechos. Decía cosas como “Eres una diosa Claire, tus senos son deliciosos”. Y yo solo gemía y gemía. Después fue bajando por mi estómago hasta encontrarse con mi vulva, donde hundió su lengua un buen rato hasta que me que corrí en su boca ¡Oh Elena no tienes idea lo delicioso que fue! Pero ahí no terminó todo, después de que mi feminidad estaba bien húmeda, introdujo sus dedos.

—¿Te dolió?

—Sí, un poco, pero después fue muy placentero, luego me metió su pene sin previo aviso y se embistió contra mí hasta que nos corrimos un par de veces.

—Fue todo un revolcón.

—Y que lo digas, esta mañana también necesité de su ayuda para “mover mi cama” —dijo Claire haciendo el gesto de las comillas en el aire.

—¿Y qué harás cuando te vayas?

—Pues nada, será el fin de esta aventura con Sir Edward, pero me lo pienso tirar todos los días hasta mi boda. Y si luego no logro que el Príncipe de Trivania me haga gemir de placer, tendré que buscarme un caballero con más experiencia entre su corte.

—Suenas muy arriesgado Claire.

—Es que si no fuera arriesgado no sería divertido Elena. En el peligro está la emoción.

Estaba impactada con la historia de mi prima, en un momento de nuestra merienda Sir Edward se acercó a nuestra mesa. Una sonrisa cómplice se dibujó en el rostro de Claire.

—¿Hay algo que este humilde caballero podría hacer por ustedes bellas damas? —dijo Edward.

—¿Por qué no te agachas y me comes todo el coño querido? —dijo Claire abriendo sus piernas y subiendo su vestido para dejar al descubierto su vulva, no llevaba ropa interior.

Edward pasó su lengua por sus labios y siguió caminando como si nada hubiera pasado.

—¿Y tú Elena, nunca te ha provocado tener sexo con algún caballero?

—De hecho no... Puedes llamarme tonta o puritana si quieres, pero —creo que estoy enamorada.

—Qué ternura ¿Y quién es el chico?

—No tiene sentido, es alguien que solo vi una vez y con quien casi no compartí, pero en el momento en que nos miramos sentí como si hubiera encontrado algo que no sabía que había perdido, sentí su alma en un breve momento y era abrumadora.

—¿Lo conozco, es alguien de la nobleza?

—No Claire, no lo conoces, es Arthur.

—¿Arthur, el chico plebeyo que robó la espada de Excalibur?

—¡No la robó! Era una espada mágica y él fue quien la liberó.

—Te entiendo... Estás enamorada del principal enemigo de tu padre. Un

joven fugitivo con un arma que derrumbará nuestro reino ¡Es tentación pura!

—Creo que mis sentimientos van más allá de eso, pero... —me quedé sin palabras, la sonrisa de Arthur estaba grabada en mi mente.

De repente la Condesa Leah, madre de Claire, se unió a nuestra merienda en el jardín y ya no pudimos seguir nuestra conversación sobre hombres. Qué suerte que no apareció cuando a mi prima le atacó un impulso exhibicionista frente a Sir Edward.

Un mes después de revelarme su secreto, fue la boda de mi prima Claire, una hermosa ceremonia en una pradera de Trivania, Sir Edward estaba ahí y me enteré de que se iría de Camelot para proteger a Claire en su nuevo reino, como su caballero de confianza. Aunque mi prima no lo admita, sé que sus sentimientos hacia Edward son más profundos que una revolcada.

De vuelta en el palacio me sentía solitaria sin la compañía de mi confidente... En el castillo ya no tenía mucho que hacer, me aburría en las largas horas, traté de convencer a mi padre de ir al pueblo a dar un paseo, pero me dijo que estaba demasiado ocupado, que tenía muchos deberes como Rey de Camelot para pasar tiempo conmigo.

Un día salí, me dirigí hacia el bosque, la luz de la mañana acarició mi piel y me sentí libre y brillante. Caminé por el bosque y los sonidos eran extraños y me asustaban, de repente el cielo se puso oscuro y empezó a llover.

Corrí de regreso a mi hogar pero no podía encontrar el sendero, no hacía más que dar vueltas en círculos en el bosque y de repente, unos horribles duendes saltaron de los árboles, tenían la piel verde y narices puntiagudas, estaba aterrada, corrí lejos de ellos, pero más y más duendes saltaban para atraparme. Cuando estaba rodeada por las horrible criaturas escuché un caballo galopar. Y de repente un caballero con armadura plateada y una capa roja acabó con los duendes. No pude ver su rostro, estaba iluminado por un halo de luz blanca, pero era el espíritu de un héroe. Luego lo vi partir en su caballo.

Desperté, ese sueño había sido tan vivido. Como si en verdad hubiera sucedido aquella fantasía, fui hasta la ventana y vi el bosque, sentía que una voz me llamaba. No podía seguir encerrada en las paredes del castillo. Quería vivir nuevas emociones, arriesgarme como lo hacía mi prima Clarie. Debía idear un plan para escabullirme de esta prisión sin que mi padre se diera cuenta.

—Nadine ¿Podrías prestarme alguno de tus vestidos? —pregunté a mi criada.

—Claro Princesa pero ¿Por qué querría usted usar mi ropa si tiene vestidos tan hermosos?

—Te diré la verdad... Pero debes jurar que no abrirás la boca —le dije entre susurros—, daré un paseo por el pueblo a escondidas.

—Señorita, déjeme decirle que debe ser muy cuidadosa, hoy en día hay muchos peligros por el pueblo de Camelot.

—Por eso mismo usaré un disfraz, si parezco una plebeya más pasaré desapercibida, además, no tengo miedo de mi propio pueblo, es un lugar maravilloso ¿Contaré con tu ayuda? —le pregunté, Nadine pareció dudosa.

—Sí su majestad, le traeré una de mis vestimentas.

Cuando la traje procedí a colocármela con un disfraz, oculté mi cabello en un gorro blanco y salí de mi habitación con una cesta de ropa, para aparentar ser una sirvienta más del castillo. Cada vez que pasaba al lado de un guardia bajaba la vista para que no me reconocieran, y así fui burlando toda la seguridad del palacio, dejé la cesta en su sitio y corrí hasta las puertas.

Caminé por el paso empedrado como si nada, hasta que salí del palacio. El pueblo no quedaba muy lejos y yo todavía recordaba el camino, la adrenalina corría por mis venas ¡Al fin pude escapar del palacio! Apenas vi las casas pintadas de colores pintorescos y olí las rosas en los jardines y el pan recién horneado saliendo de las ventanas de las panaderías, me sentí realmente libre.

Sin embargo el pueblo había cambiado, aunque todavía era un lugar agradable, ya nadie andaba en la calle, no veía niños jugando como solían hacerlo o a las mujeres en el mercado comprando frutas, de hecho tampoco había vendedores ambulantes en las calles con sus cestas de vegetales. Era como un pueblo fantasma.

Entré a un pequeño restaurante que parecía agradable, dentro, no había gente, solo un viejo camarero que barría los pisos de madera.

—¿Podría darme una taza de té y un bizcocho de azúcar? —le pedí.

No me dio señales de una respuesta así que no supe si me había escuchado o no, pero unos segundos después regresó con mi pedido. Era un señor algo malhumorado.

—Es la primera vez que te veo por aquí ¿Cuál es tu nombre? —me preguntó.

Yo no había pensado en eso, no podía decirle mi verdadero nombre, tenía que inventar una nueva identidad.

—Marianne, mi nombre es Marianne Morrinson... Sí, es la primera vez

que vengo por aquí, vivo en el castillo y siempre estoy muy ocupada sirviendo a sus majestades. Pero hoy me dieron el día libre.

—Con que una sirvienta... Es muy raro ver a una chica paseando sola por el pueblo en estos días.

—¿Es que una mujer no puede disfrutar de su té por si misma? —pregunté levantado una ceja. El hombre se rió.

—¡Claro! Pero es que desde que la banda de Los Zorros llegó a Camelot, no hay mujer que salga de su casa sin la compañía de un hombre.

—¿Los Zorros? No le tengo miedo a una peste de zorros —dije, el hombre soltó una carcajada.

—Pues estos zorros caminan en dos patas y son los bandidos más peligrosos que este pueblo ha visto. Han saqueado tiendas, han quemado casas y han robado cosechas ¿Por qué crees que los mercaderes ya no venden frutas en la calle? Por Los Zorros.

Me sorprendió para mal lo que este hombre me decía, ya entendía por qué las calles estaban tan solas, yo como princesa había vivido encerrada en una burbuja sin contacto con la realidad, me puso triste enterarme de que el lugar que en mis recuerdos era tan alegre y acogedor se había vuelto un sitio donde reinaba el miedo, y todo por culpa de la ambición de un grupo de criminales. Terminé de tomar el té mientras que conversaba con el camarero quien dejó su actitud malhumorada y resultó ser un hombre muy interesante.

—Será mejor que vuelva al palacio antes que anochezca, gracias por todo señor —le dije al cantinero y le dejé una buena propina de monedas de oro.

—Señorita Marianne, permítame acompañarla hasta su casa.

—No hace falta buen hombre. Puedo cuidarme sola —dije al salir por la puerta.

El sol estaba cayendo y la tarde se pintó de un color naranja, mi búsqueda del caballero de luz de mis sueños tendría que esperar hasta otro día, pero a pesar de todo, disfruté de volver a este lugar. El palacio no era lo mío, con todas las reglas, los modales y las tradiciones se perdía lo hermoso de la vida. Añoraba una vida más simple.

Creí saber por donde caminaba, pero estaba tardando más en llegar al palacio, de repente ya no reconocía las casas o las calles por donde pasaba, estaba perdida. No sabía cómo regresar al palacio y ya estaba a punto de anoecer, no había nadie en la calle a quien le pudiera pedir direcciones, hasta que vi un hombre caminando por una esquina, era alto y robusto. Aunque el camarero me dijo que no confiara en nadie ese tipo era mi única esperanza.

—Disculpe ¿Podría decirme el camino al castillo? —pregunté.

El hombre estaba tallando un pequeño pedazo de madera con un cuchillo, parecía muy concentrado. Dirigió su vista hacia mí y me miró unos segundos como analizando mi rostro.

—Es que tengo que volver para servirle la cena al Rey —le dije, para hacerle saber que era una sirvienta —tenía mucho tiempo que no abandonaba el palacio pero hoy me encomendaron llevar un recado al pueblo y me he perdido como una tonta.

—Yo le diré el camino, pero ya es de noche. Déjeme acompañarla, mi nombre es Robert Dreafus—dijo mientras caminaba a mi lado.

—Mi nombre es Marianne, mucho gusto —dije y le extendí mi mano para saludarla, él la miro y tardó en responder a mi saludo.

Estuvimos dando vueltas por varias calles que no reconocía hasta que el sol cayó, era de noche y ya no podía distinguir nada, Robert se mantenía callado.

—¿Cuanto falta para que llegemos al palacio? —pregunté, sabía que estábamos tardando demasiado en llegar.

—Señorita, me temo decirle que esta noche usted no llegará al palacio. Mi corazón se detuvo. Cuando el hombre me tomó por un brazo mientras sacaba el cuchillo con que estaba tallando de su bolsillo.

—Usted vendrá conmigo a la guarida de Los Zorros —me susurró.

Pateé su entrepierna antes de que pusiera su cuchillo sobre mi pierna, el hombre me lanzó una estocada que pude esquivar y cayó al suelo del dolor. Corrí por la calle oscura gritando por auxilio pero nadie me podía escuchar. Entonces escuché que Robert silbaba muy fuerte, y de los tejados de las casas saltaron más bandidos.

Era como en mi pesadilla pero en vez de duendes eran hombres altos y tenebrosos con puñal en mano. Los hombres me rodearon, todos reían como hienas. Ya no tenía escapatoria lo mejor sería entregarme pues ellos no dudarían en herirme. Me ataron, pusieron un pañuelo en mi boca para silenciar mis gritos y colocaron un saco en mi cabeza, luego sentí que me subieron a un carruaje.

—Vamos a divertirnos mucho contigo —dijo uno de los maleantes mientras tocaba mis muslos.

Yo todavía no podía ver nada, solo escuchaba sus voces horribles hablándome sucio al oído. Todo parecía tan irreal, no podía concebir que mi vida estuviese en tal peligro, lloraba y solo deseaba que esto fuera otra

pesadilla. Apreté mis ojos muy fuerte para intentar despertar pero no funcionó.

Nunca hubo un caballero de armadura plateada que viniera a salvarme, esas cosas solo pasaban en mis sueños y fui demasiado ingenua al creer que encontraría a ese hombre perfecto en el mundo real. Mi padre ya debe haber notado mi ausencia, debe estar desesperado buscándome por todo el palacio. No me quiero imaginar el castigo que recibiré cuando termine todo esto, si es que termina. Si es que estos hombres tienen piedad y me dejan con vida.

El viaje parecía interminable, cada segundo era una agonía y me convencía más de que toda esta pesadilla era real y no había manera de que pudiera salir de esta. Al fin pareció que llegamos a la guarida de Los Zorros, me bajaron y me amarraron de espalda a un árbol, sacaron el saco de mi cabeza, estábamos en un campamento en el medio del bosque, había al menos 10 bandidos bebiendo licor y celebrando alrededor de una fogata. Yo era el premio gordo de la noche, decían.

—Eres una putita con una cara muy delicada para ser sirvienta —dijo pasando su cuchillo por mis mejillas—, veamos qué escondes bajo ese gorro.

Quitó mi gorro liberando mis rizos negros, se acercó y los olió con deseo.

—También hueles muy rico para ser una sirvienta, me he cogido a muchas y su cabello siempre huele a sudor y a estofado de carne.

De repente Robert tomó un mechón de mi cabello y lo rebanó con su cuchillo.

—¡Oye Conrad ven a oler el cabello de esta puta! —gritó Robert.

El bandido se acercó hacia donde estaba y Robert le pasó el mechón. Conrad era el más joven del grupo, era un muchacho probablemente de mi edad, delgado y con cabello castaño corto, no pude distinguirlo debido a que era de noche, pero en contraste a Robert, él parecía un chico ordinario. En cambio Robert, quien era el líder de la banda, era un gordo de barba gruesa y brazos velludos.

—¿A qué te huele su cabello Conrad? —le preguntó cuando este aspiraba mi mechón.

—No lo sé... Como a perfume, quizás lavanda —respondió.

—¿Alguna vez has olido a una sirvienta que huela a lavanda?

Conrad parecía pensativo, o inseguro de dar una respuesta.

—Pues puede que le haya robado algo de perfume a su ama.

—Esta putita está escondiendo algo y yo lo sé —dijo Robert acercándose a mi rostro, tenía su nariz casi rozando la mía y podía sentir el olor de su boca podrida, entonces bajó su vista a mi escote— ¿Qué tienes ahí zorrита?

Metió su mano entre mis pechos y descubrió que llevaba un collar.

—¡Mierda, la esmeralda! —pensé, olvidé quitarme la joya antes de colocarme el disfraz de sirvienta.

—¿Pero qué tenemos aquí?! —dijo Robert arrancando la cadena de mi cuello— ¡Una esmeralda!

Volteó a ver a Conrad con los ojos iluminados de codicia.

—O esta perra es una criada que le roba joyas y perfume a su señora para irse a fornicar por el pueblo, o en realidad tenemos un trozo de carne real en nuestras manos ¡Esto lo vamos a descubrir ahora! —gritó Robert cuando cortó el pañuelo que tenía en mi boca.

Estaba aterrada, Robert podría descubrir mi identidad en cualquier momento. Pero tuve una idea, si descubría que era la Princesa de Camelot, usaría eso a mi favor, los amenazaría de tal manera que tendrían que devolverme al palacio. Debía sacar todo el coraje que llevaba adentro.

—Estás en lo cierto, no soy una sirvienta —dije decidida—, soy la Princesa Elena de Camelot. Y ya mi padre estará personalmente buscándome por todo el reino, cuando dé con ustedes los mandará a la guillotina junto con todos sus familiares ¡Se los aseguro!

Robert soltó una carcajada, seguida por la risa de los demás bandidos. Y después me dio una bofetada.

—¡Calla niña estúpida! ¿Qué no sabes dónde estás? Este es el Bosque de la Oscuridad. Nadie viene jamás a este lugar porque está maldito... Ni siquiera tu papito el Rey va a venir a salvarte ¡Ahora eres nuestra! Y pediremos mucho dinero por tu rescate.

Se acercó a mi rostro, acarició sus mejillas con sus dedos gordos y grasientos.

—Me voy a divertir mucho contigo esta noche princesita —susurró a mi oído.

Con su cuchillo rasgó el escote de mi vestido dejando mis senos al aire, pasó la punta del filo por mis pezones, estaba asustada, tenía frío y el metal puso mis pezones duros y erizó mi piel. Bajé mi rostro, traté de contraer mi cuerpo lo posible para que no pudiera tocarme.

—Por favor no me haga daño —rogué entre llantos— ¡Ayuda! ¡Auxilio! ¡Alguien que me ayude por favor! —grité, y Robert se reía y me dejaba seguir gritando como maniática.

—Nadie te va a oír Elena, en este bosque solo vivimos los monstruos —dijo entre risas.

Recorrió mi cuello lentamente con la punta afilada de su arma, dejando mis senos de nuevo expuestos. Empezó a lamerlos como un salvaje, sentía su barba y su bigote entre mis pechos y solo me producía asco. Luego se levantó y comenzó a estrujar el bulto que guardaba hinchado en sus pantalones por mi cara.

—¿Qué le harás a la chica Robert? —Preguntó Conrad.

—Solo la haré pasar un buen rato, no te preocupes después que acabe con ella será toda tuya.

—Deja a la princesa quieta, ya está pasándola muy mal.

—¿Tú crees que me importa cómo la este pasando esta zorra? Lo único que me importa es que se trague toda mi leche.

—¡No le harás nada a la princesa!

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú, pedazo de crío? —Levantó su puño para pegarle en la cara.

Conrad sostuvo el golpe con su mano y le devolvió un puñetazo en el estómago, todos los bandidos se acercaron y en vez de detener la pelea solo hacían ruidos de borrachos eufóricos. Los movimientos del chico eran rápidos comparados con los golpes de Robert, Conrad recibió un puñetazo en la mejilla, a lo que respondió con uno más fuerte que le rompió la nariz, Robert cayó al suelo y Conrad lo pateó varias veces en las costillas para dejarlo abatido.

—Levántate pedazo de mierda ¿O es que un golpe ha sido suficiente para acabarte? —decía mientras lo pateaba con fuerza —¡Levántate y pelea!

Dejó de patearlo para que se recompusiera, Robert trató de levantarse del suelo, mucha sangre corría por su boca, sus brazos temblaron y terminó tirado boca abajo. Los bandidos celebraron bañaron en vino a Conrad. En este grupo de malhechores no existía la lealtad, Conrad había vencido al líder convirtiéndose él en la nueva voz de mando. El Zorro Alfa lo llamaron mientras que Robert quedó tirado en el suelo y un bandido orinó sobre él. Conrad se me acercó con una manta para que me cubriera.

—No te preocupes Princesa mientras yo esté aquí nadie te pondrá un dedo encima —me dijo y me arropó con la manta.

Se quedó parado frente al árbol custodiando de que ninguno de sus compañeros tratara de sobrepasarse conmigo, no podía creer que hubiera alguien honesto entre esta cuerda de salvajes, pero ¿Cuál sería mi destino ahora?

Conrad no sería tan tonto como para dejarme ir, eso haría que sus

compañeros le dieran una paliza como la que él le acababa de dar a Robert. Pero si pedía un rescate por mí mi padre no lo pagaría, en cambio, ordenaría a todas las tropas a que me encontrasen, mi padre quemaría todo este bosque para encontrarme.

Por muy malos que eran estos Zorros, seguían siendo una simple banda de rateros, apenas la cosa se les pusiera apretada huirían como cucarachas, pero si atrapaban a Conrad, no tendrían piedad alguna como la que él tuvo conmigo ¿Pero qué acababa de pensar?

Conrad era otro bandido más, quizás su arremetida contra Robert fue una cuestión de celos y más nada, yo era un trofeo que él quería arrebatarme de las manos, no sabía si cuando todos se durmiesen él me haría lo mismo que me estaba haciendo Robert, o hasta algo peor.

Era muy difícil pensar con la cabeza fría en esta posición. Debía negociar con Conrad, parecía un poco más inteligente que el resto de sus compañeros de fechorías, y hasta podría estar enamorado u obsesionado conmigo. Si usaba mis encantos lo tendría bajo mi poder.

—Conrad —lo llamé, él volteó a mirarme —gracias por lo que has hecho por mí, estoy en deuda contigo.

—No ha sido nada —dijo serio.

—Te tengo una propuesta —dije, él se agachó y se acercó a mí—, tú eres más astuto que cualquiera de los otros zorros, por eso sé que te gustará escuchar mi proposición. Si me liberas, te doy mi palabra como la Princesa de Camelot que te daré el doble de lo que pidas por mi rescate, todo para ti, no tendrás que compartirlo con esta banda de animales.

Conrad me miró pensativo en silencio, parecía estar considerándolo. Entonces, una figura emergió de la noche en un caballo.

—¡Te ordeno que liberes a esa mujer!

Sir Arthur.

Desde que empecé a vivir en el bosque, tuve que resolverlo todo por mi cuenta con la ayuda de mis manos, mi espada, y las pocas herramientas que me había dejado Merlín. Si necesitaba algo tenía que caminar dos días enteros hasta el pueblo vecino de Austham. Pero pronto encontré mi retrato en todas las paredes del pueblo, ofrecían 1000 monedas a quien me encontrara vivo o muerto.

No importaba mi vida, sino que le entregaran la espada de Excalibur al rey. No podía volver a ese pueblo tampoco, estaba desterrado. Fueron muchas noches las que pasé hambriento pues lograba cazar nada, hasta pensé en tirar la espada de Excalibur al río o entregarme yo mismo al rey.

Pero una noche tuve un sueño revelador, estaba galopando en el bosque y a lo lejos vi a una mujer siendo maltratada por unas criaturas horribles. Me acerqué a salvarla para descubrir que era Elena, la princesa de Camelot, pero no era la niña que una vez me dio un beso en la mejilla sino una mujer de hermosas curvas.

Cuando desperté todo cobró sentido. Debía encontrar a Elena, no podía rendirme. Me enfrentaría al bosque, aprendería a cazar, a pescar y a sobrevivir y cuando el momento fuera oportuno volvería al reino de Camelot a reclamar su amor. Y así los años pasaron y cada día me volví más fuerte dentro del Bosque de la Oscuridad. Una tarde encontré a un caballo negro bebiendo agua de un río, era salvaje y rápido, pero lo pude domar y hacer mi corcel.

Si quería convertirme en rey algún día tenía que enfrentar todos los miedos del hombre común, por eso me propuse recorrer las colinas de noche con mi caballo, subí una de las más empinadas, desde donde podía ver todo el bosque. Desde la cima observé un campamento en un claro, era un grupo de hombres que celebraban frente a una fogata, muy ruidosos perturbando el silencio del bosque.

Cuando miré con más detalle pude ver a una dama atada a un árbol estaba medio desnuda, sus senos eran redondos y preciosos. Pero debía controlar mis instintos salvajes y ayudar a esa pobre mujer que estaba siendo torturada. De pronto escuché cómo gritaba pidiendo ayuda y me subí a mi corcel y cabalgué veloz hasta el campamento. Apuré a mi caballo, iba lo más rápido que pude, sabía que cada segundo era vital para esa mujer, si llegaba tarde ¿Quién sabe

qué harían esos hombres con ella?

—¡Te ordeno que liberes a esa mujer! —le grité a el bandido.

Me bajé del caballo y le dí un puñetazo en la cara, todos los demás bandidos saltaron a mí con sus cuchillos, desenvainé mi espada hiriendo a varios, muchos salieron corriendo como cobardes pero a varios los dejé inconscientes en el suelo, y los amarré a todos en varios árboles.

Se trataba de la banda de Los Zorros, quienes llevaban tiempo sometiendo a los pobladores de Camelot, yo les estaba siguiendo los pasos desde que los vi un día tirando un cadáver al río. Eran hombres maliciosos pero se toparon con la justicia de parte de mi espada.

Cuando fui a desatar a la dama, reconocí de inmediato esos ojos azules, esos rizos negros, esa piel rosa y suave ¡Era Elena! No lo podía creer. Estaba en frente de la princesa, de la mujer que había visto aquella vez en mis sueños y que añoraba amar.

—¡Elena! ¿Eres tú? —le pregunté sorprendido. Ella se dejó caer en mis brazos llorando. Subí su rostro y limpié sus lágrimas.

Me miró como quien mira un rostro conocido pero no logra recordar su nombre.

—¿Arthur?

—Sí, soy yo. Tranquila, ya estás a salvo en mis brazos —le dije, me abrazó fuerte. A pesar de que la vida nos había cambiado mucho, ambos nos reconocimos al instante. Luego de saludarnos até a los bandidos en diferentes árboles.

—Me parece que esto le pertenece —le mostré la esmeralda que había hallado en manos de un bandido, luego se la coloqué en el cuello.

—¿Qué quieres que haga con ellos Princesa? —le pregunté, ella me miró decidida, con furia en sus ojos.

—Mátalos —dijo dándome la espalda para no ser testigo de la violencia.

Los dejé muy malheridos, si no morían desangrados serían comida de los lobos. Me acerqué a el más joven de ellos, el que me había dado más pelea parecía estar consciente.

—¡Tú! tú te has ganado mi misericordia —lo desaté y lo alcé por su camisa— quiero que seas agradecido y nunca vuelvas a delinquir. Y cuando pregunten en Camelot por tus amigos. Diles que Arthur acabó con ellos.

El chico se fue corriendo con una pierna coja por el bosque. Ayudé a subir a Elena a mi caballo y nos fuimos galopando de ese campamento de escorias. Ella apoyó su cabeza en mi espalda y rodeó mi estómago con sus brazos, pude

sentir sus pechos descansar en mi espalda, la escuché sollozar un poco mientras galopábamos.

—Elena, lamento que no podré llevarte a Camelot, el camino es demasiado largo y la noche es muy peligrosa en este bosque.

—Lo entiendo, gracias por rescatarme, no sé qué sería de mí si no hubieras llegado.

—No tienes nada que agradecerme Princesa, hice el deber de un hombre honesto. Pasaremos la noche en mi cueva, pero no te preocupes, me he encargado de convertirla en un hogar cálido y mañana partiremos a Camelot.

—¿Pero qué harás si te atrapan en el reino? Mi padre ha estado buscándote incansablemente desde el día que huiste con Excalibur.

—No lo sé Elena, pero no me importa. Sacrificaría mi vida por llevarte a salvo hasta el castillo.

Llegamos a la cueva en lo alto del bosque, encendí la hoguera y varias antorchas, había una mesa y varias sillas viejas de cuando Merlín vivía aquí, también muebles de madera con cojines de piel de mapache y plumas que yo mismo construí, tenía una cama de paja y hasta me las había arreglado para construir una bañera con los restos de una carreta que encontré en el bosque. Miré a Elena, parecía sorprendida por el lugar. Cubría sus pechos con una manta.

—¿Qué te parece mi pequeña morada?

—Es encantadora.

—Tengo aguja e hilo en alguna parte para reparar tu vestido ¿Sabes como coser?

—No, de esas cosas se encarga Nadine... Mi sirvienta —dijo apenada, como si se sintiera inútil por no saber ese oficio.

—No te preocupes, yo le pondré un parche y lo podrás usar de nuevo ¿Pero qué te parece si primero te das un baño?

—Por favor, me siento asqueada, lo único que quiero es borrar todo rastro de esos hombres de mi piel.

—Calentaré agua para ti.

Me quité la camisa porque estaba llena de sangre, solía andar sin mucha ropa en las noches calientes de verano. Pero no me percaté que Elena estaba ahí al frente de mí.

—Espero que no te importe verme sin camisa —reí, ella estaba sonrojada.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo tapándose la boca en señal de vergüenza. Arreglé la bañera para ella con el agua tibia.

—Ya te puedes sumergir —ella me miró incómoda.

—¡Oh sí! Lo siento, te daré tu espacio —le dije, tomé el vestido y una aguja e hilo y salí de la cueva para que se bañara en paz.

No podía creerlo, Elena estaba adentro, tomando un baño en mi cueva, lavando su cabello y enjuagando sus piernas y senos. Estaba en tentación de entrar y meterme a la bañera con ella, para sentir su piel correr entre mis manos. Le dí varias puntadas al vestido y quedó como nuevo.

Pero todavía era demasiado pronto para entrar, seguro Elena todavía estaba disfrutando de su baño. Mi cuerpo se calentaba al pensar en las curvas de Elena cerca de mí, me acerqué a la puerta y encontré un orificio en la madera. Estaba mal espiarla, pero no lo podía evitar.

Entonces me asomé por el agujero y vi su silueta en el agua, su cabello mojado era largo y sedoso, sus curvas eran un paisaje perfecto que quería recorrer entero. Y sus pechos parecían estar hecho para que yo durmiera sobre ellos. Mi corazón latió rápido, el sudor corría por mi cara, sentía la sangre acumularse en mi pene, solo quería entrar y hacerle el amor a esta mujer tan hermosa con que siempre había soñado.

Princesa Elena.

El hombre a caballo de mis sueños era real. Todo era real. Había llegado para salvarme. Les dio una paliza a los bandidos sin mucho esfuerzo y me liberó. Cuando vi su rostro lo supe inmediatamente ¡Era Arthur! Ya no era un muchacho, tenía una barba oscura y el cabello castaño y largo.

Era mucho más alto que yo y sus brazos eran gruesos y su pecho amplio. Pero aunque se veía diferente, su alma era la misma. Yo tenía la capacidad de ver en el alma de Arthur y él en la mía, cuando nos vimos de nuevo fue un encuentro extra-corporal como dos almas que son una sola se unieran después de años separadas. Lo abracé, mi cuerpo se desvaneció entre sus brazos.

Dejó el destino de los bandidos a mis ordenes. En mi mente solo se repetían sus palabras cochinas, la lengua de Robert recorriendo mi piel, mis senos siendo lamidos por aquella bestia. Dos hombres peleándose a muerte por mí.

—Mátalos —le dije, les di la espalda y me alejé para no escucharlos gritar.

Los Zorros eran los responsables de todos los males de Camelot, ellos habían acabado con el pueblo de mi niñez, era tiempo de que recibieran su castigo. Subí al caballo de Arthur, nunca había cabalgado sin una silla de montar, me aferré a él para sentirme protegida. Me dijo que tendríamos que pasar la noche en su cueva.

Mi padre ya estaría muy preocupado por mí, pero confiaba en lo que decía Arthur, parecía conocer el bosque y sus peligros mejor que nadie, o quizás solo quería pasar más tiempo conmigo, no podía negar que yo también lo deseaba.

Desde que salí del castillo mi meta era dar con él así tuviera que recorrer hasta el último rincón del reino, pero el destino había cruzado nuestros caminos. En la cabaña hablaría con él, le contaría de mi vida y él de la suya aquí en lo salvaje. Seguro tendría muchas historias fascinantes.

Cuando abrió la puerta de su cueva encontré que el lugar era muy acogedor. Entonces de la nada se quitó la camisa. Sentí un calor recorrer mi cuerpo al verlo, el sudor corría por sus pectorales, su piel era oliva y brillante, tenía una marca de nacimiento rojiza en su pectoral derecho, su pecho era firme como una roca y no había rastro de vellos, tenía unos abdominales definidos y unos brazos de guerrero, como si fuera capaz de

derribar un árbol con tan solo sus manos, su cuerpo parecía tan cómodo como para tenderme en él y quedarme dormida entre sus brazos.

—Espero que no te importe verme sin camisa —me dijo sonrojado.

Por supuesto que no me importaba, podría verlo sin camisa toda la noche, quería abalanzarme a él y terminar de desnudarlo. El deseo corría por mi cuerpo erizando mi piel. Me dispuso su bañera para que me limpiara. Ansiaba quitarme la peste de Robert de mi cuerpo y así quizás también limpiar los recuerdos tan desagradables de mi mente. Debía desnudarme para entrar a la bañera, pero él seguía en frente de mí. No sabía si quería verme desnuda, estuve a punto de librarme de mi ropa a sus ojos cuando se apenó y salió de la cueva para reparar mi vestido

Mientras limpiaba mis muslos solo podía imaginar el cuerpo de Arthur sobre el mío, en sus labios encontrándose con los míos en miles de besos llenos de pasión y que esos mismos labios recorrieran todo mi cuerpo hasta encontrarse con mi feminidad, quería sentir el placer del que me habló Claire, quería darle mi virginidad, como un tesoro, a Arthur, mi salvador.

Terminé mi baño, Arthur me pasó el vestido remendado por el resquicio de la puerta, cuando estuve lista le avisé y entró, me vio como un bobo, como si me estuviera de nuevo por primera vez, el baño me dejó reluciente, ya no había sufrimiento en mi rostro. Le sonreí.

—¿Por qué? ¿Acaso huelo mal? —me preguntó y subió su axila para olerla, reí.

—Hueles... A hombre —pensé, en voz alta, él me miró sonrojado.

—Date vuelta —me dijo.

Voltee a ver a una pared donde casualmente había un trozo de espejo colgado, Arthur estaba desnudándose para entrar a la bañera, estaba de espaldas, lo vi quitarse el pantalón y ahí estaban sus dos nalgas, redondas y firmes como duraznos, solo me provocaba apretarlas. Luego de la ducha se secó con una manta y se quedó sin camisa, cosa que mis ojos agradecieron.

—¿Cómo te capturaron esos bandidos? —me preguntó, yo no podía decirle que salí del castillo a buscarlo por un sueño que tuve, sonaría demasiado ridículo.

—Fui a dar un paseo por el pueblo, hace mucho que no salía sola y no sabía que el lugar se había vuelto tan hostil.

—Sí, debes tener más cuidado la próxima. Seguro estarás hambrienta después de todo esto.

—Un poco...

—Tengo unas fresas frescas que recogí esta mañana.

Arthur se sentó sobre la piel de un oso frente a la chimenea con la cesta de fresas y me invitó a sentarme a su lado.

—¿Quieres probarlas? —me preguntó, asentí con la cabeza.

Puso una fresa en mis labios, la mordí lentamente sintiendo su dulce jugo. Lo miré a los ojos, pasé mi lengua por mis labios para atrapar los restos de la fruta. Arthur tragó grueso, parecía nervioso. Como si temiera del deseo que había entre nosotros. Aunque no quería ser yo la que diera el primer paso, ya no podía aguantarme las ganas de estar con él. Me recosté de su cuerpo y él me rodeó con su brazo.

—Quiero otra —le dije, él colocó otra fruta en mi boca que comí con placer. Podía sentir su corazón latir rápidamente, seguro yo era la primera mujer que tenía entre sus brazos.

—Tengo curiosidad acerca tu espada...

—Es una espada muy ligera y veloz, pero sigue siendo filosa y mortal.

—Yo no me refería a la espada de Excalibur Arthur —me miró confundido, bajé mi mano y palpé su bulto, estaba muy duro y cuando lo toqué lo sentí saltar.

Arthur me miró y me clavó un beso apasionado, sus labios eran suaves y carnosos, su lengua fue encontrándose con todas las dimensiones de mi boca, estaba excitándome con el sabor de su saliva. Me tendió en la piel del oso, yo rodee su cintura con mis piernas y la cesta de fresas se desparramó en el suelo.

Estábamos besándonos frente al fuego de la chimenea, lo que hacía todo aún más caliente. Besaba mi cuello mientras acariciaba mi cabello, yo pasaba mis manos por su gran espalda. Luego lo voltee, estaba ahora encima de él. Tomó mis nalgas y las apretó con fuerza, empecé a gemir.

—Desnúdame —le pedí.

Metió sus manos por debajo de mi vestido quitándomelo con delicadeza, sus manos eran tibias sobre mi piel. Al verme desnuda estaba deslumbrado.

—Eres... Hermosa... —dijo anonadado.

Sonrió, tomé sus manos y las subí hasta mis senos, él los acarició, yo me movía sobre su cadera y podía sentir su miembro erecto guardado en su pantalón. Se levanta, me alza y me toma de las nalgas, me besa y me acuesta sobre la mesa de madera. Lamió mi cuello hasta llegar a mis senos, los cuales saboreó con gran placer, lo escuché gruñir, traté de tocarlo pero tomó mis muñecas y las puso contra la madera.

—Quiero que solo disfrutes... Mi princesa.

Arthur fue bajando con su lengua por todo mi cuerpo, dándome besos y lamidas a las cuales yo solo respondía con gemidos, hasta que sus labios encontraron mi vulva humedecida, y la acogió con un beso de lengua. Voltee los ojos de placer. Mis muslos temblaban con cada lamida, sentía un cosquilleo frío recorriendo toda mi piel, abrió los pliegues de mi vulva con sus dedos para atrapar mi clítoris hinchado con su boca.

—¡Aaaah! ¡No te detengas! —le pedí, estaba retorciéndome de placer.

—¿Te gusta?

—¡Sí! —grité.

Hizo círculos con su lengua por todo mi sexo. Cada vez su lengua iba más profundo en mi vagina, después empezó a frotar mi clítoris con su lengua y con un dedo exploraba las paredes de mi vagina. Tomó una fresa que había en la mesa y la puso en mi boca para que probara su sabor ácido y dulces mientras él me llenaba de placer.

Arqueé la espalda, sentía electricidad por todo mi cuerpo, mis gemidos se aceleraron, cerré los ojos y el éxtasis me invadió. Solté un grito de placer cuando me corría por toda su boca. Quedé jadeando extasiada y sudada y Arthur se acercó y fue besando mi cuerpo hasta llegar a mi boca. Tomé su cuello con mis brazos y lo besé todavía agotada.

—Qué delicia... —me dijo entre besos—, tu vulva... Es deliciosa.

Me ayudó a levantarme de la mesa, todavía no estaba satisfecha, quería ese hombre entero dentro de mí. Lo besé, como él a mí, recorrí con mi lengua sus pezones y sus abdominales definidos, mientras él acariciaba mi cabello. Fui bajando hasta toparme con su pene, estaba completamente erecto bajo la tela de su pantalón, pasé mi cara por él.

Lo mojé con mi saliva a lo que él respondió con bufidos, podía sentir el sabor de su pene a través de la ropa. Cuando no pude más le bajé los pantalones, su miembro rebotó erecto, Era grande, venoso y parado como una flecha. No tenía vellos por lo que se sentía suave entre mis manos, lo empecé a masturbar y ya podía sentirlo humedecerse, seguí los consejos que me dio Claire antes de irse y recorrí su glándula hinchada con mi lengua para luego aprisionarlo en mis labios.

Sabía salado pero delicioso, lo tragué hasta que rozó el fondo de mi garganta, escuché los jadeos de Arthur cuando movía su cabeza hacia atrás en señal de placer. Entonces empezó a mover sus caderas una y otra vez dentro y fuera de mi boca. Lo miré directo a los ojos mientras disfrutaba de su miembro

palpitando en mi boca, él me miró, sacó su pene de mi boca y la saliva y otros fluidos corrían por mis labios, sonrió y me dio un beso profundo.

Me puso en cuatro piernas, se arrodilló y siguió con su vaivén de caderas contra mi boca, pero ahora jugaba con mi vulva, introdujo dos dedos dentro de mí, los movía rápido para darme placer mientras yo se lo daba a él.

—Voy a correrme Princesa —dijo Arthur y sacó su pene de mi boca, temeroso a que me diera asco su semen.

—¡Ven aquí Arthur! Quiero probar tu leche tibia —le dije.

Tomé su miembro con mis labios y lo hundí hasta el fondo, lo escuché soltar un alarido como una bestia cuando su pene estalla dentro de mi garganta, tragué todo su semen y seguí chupándolo. Él apretó mis nalgas y jadeó rápido, mi boca prolongaba su placer. Cuando lo dejé ir todavía estaba erecto y daba pequeños brincos.

Me pasé la lengua por los labios, él subió mi mentón y me dio otro beso para tumbarse encima de mí. Nos acostamos abrazados encima de la alfombra de oso, él acariciaba mis nalgas con suavidad y a momentos pasaba sus dedos por mi vulva, yo le daba pequeños besos en el cuello y en el pecho.

—Arthur, no sé cómo pude pasar tanto tiempo lejos de ti...

—¿Pensaste en mí todo este tiempo? —me preguntó.

—Jamás olvidé tus ojos.

—Yo jamás olvidé ese beso en la mejilla que me diste esa tarde. Todos los días pensaba en ti, y mi meta era un día volver al reino para reclamar tu mano.

—Arthur, no quiero volver al reino, no quiero ir al castillo nunca más. Quiero vivir aquí contigo en el bosque.

—Princesa, el bosque es un sitio muy duro para ti, te prometo que volveré por ti y que viviremos juntos muy pronto. Mi destino es ser el Rey de Camelot y tú serás mi reina.

Sus ojos se iluminaban cuando hablaba de nuestro futuro juntos, yo suspiré ilusionada, deseaba perderme por siempre junto a él, no me importaba perder todas mis comodidades, el amor de Arthur lo compensaba todo, era lo más puro y hermoso que jamás había sentido. Entre mis piernas sentí su pene todavía erecto.

Empecé a jugar con sus bolas, eran grandes y suaves. Él se rió y frotó mis pezones, gemí, le dí una mirada pícaro. Era hora de ir por todo. Bajé a su pene, lo comencé a masturbar al mismo tiempo que lamía sus testículos, él soltaba bufidos de placer. Hasta que se levantó y se abalanzó contra mí. Puso mis piernas sobre sus hombros y acomodó su pene.

—¿Estás lista?

—Sí, lo quiero todo.

Me penetró lentamente, gemí, fue un poco doloroso al principio, pero él supo moverse con cuidado para que mi vagina se fuera adaptando a su miembro grueso, Lo sentía más cerca que nunca, con cada penetrada profunda él me besaba. Poco a poco fue acelerando el compás de sus caderas hasta que me embistió con desenfreno.

Su sudor corría por mi piel. Con cada embestida me sentía más cerca del placer máximo hasta que me corrí, Apreté su espalda con mis uñas cuando grité por el orgasmo. Luego sacó su pene y lo masturbó rápido para acabar por segunda vez sobre mi estómago. Me encantaba escucharlo hacer ruidos de placer. Tomó una manta que había en el suelo y me limpió, le gustaba cuidarme.

—¡Es hora de limpiarnos! —dijo, me cargó y me metió a la bañera.

Tomó el agua tibia en un recipiente y lo vertió en mi cabello, masajé mi cuero cabelludo y mis hombros.

—Entra conmigo cariño —jalé su brazo.

Arthur se sentó en la bañera descansando su espalda sobre mis pechos, lo besé, lo llené de mimos y estrujé sus abdominales para limpiarlos, duramos un buen rato acariciándonos en el agua, hasta que mis dedos empezaron a arrugarse.

Traté de salirme pero Arthur tomó mi mano y me devolvió en la bañera, me sentó sobre su cadera y sentí su pene rozar mi vulva, moví mi cuerpo para encajar con su miembro, empecé a menearme sobre él a mi ritmo, iba rápido, él besaba mi cuello, yo me retorcí de placer, el agua chapoteaba por todos lados. Él también movía su cadera y los dos tomamos el mismo ritmo incesante hasta que llegamos al orgasmos al mismo tiempo. Nuestros gemidos se unieron en uno solo que seguro retumbó en todo el bosque.

Dormidos abrazados y desnudos el resto de la noche, nuestros cuerpos estaban agotados de tanto placer. Me sentía como en casa durmiendo sobre el pecho de Arthur escuchando su corazón latir.

—Despierta Princesa —susurró Arthur en mi oído— es hora de que vuelvas a Camelot.

Aún el sol no salía, Arthur me preparó el desayuno, eran huevos de codorniz hervidos con rábanos.

—¡Está delicioso! —dije, mientras comía su preparación.

—Gracias, Merlín me enseñó cómo hacer buenos platillos con muy poco.

Come rápido princesa, debemos llegar al amanecer.

Cuando salimos de la cueva no pude evitar ponerme triste, pensar que esta podría ser la última vez que vería a Arthur en mucho tiempo, debíamos averiguar una manera de encontrarnos.

—¿Te volveré a ver?

—Tenlo por seguro Elena, nada nos volverá a separar.

—Pronto será mi cumpleaños, en dos semanas...

—¿Qué le podré regalar a una princesa que ya lo tiene todo?

—Me puedes regalar lo que ningún otro hombre puede... Amor puro.

Nos besamos, fue un beso profundo y alargado, como si fuera el último. Subí a su caballo, galopó rápido por el bosque, la luz era del azul pálido del amanecer, rodeamos todo el pueblo de Camelot para que nadie nos viera y me dejó varios metros detrás del castillo, me bajé de su caballo. No había tiempo para despedidas emotivas, el sol comenzaba a salir llenando el cielo de un color naranja.

—Adiós Arthur...

—Hasta pronto amor mío.

Y se fue en su veloz caballo hacia el bosque. Subí por la ventana de mi cuarto y entré, todo parecía normal en mi habitación, como si nadie hubiera entrado a buscarme, me quité el vestido de sirvienta y me puse una de mis batas para dormir, fui a la cama y cerré los ojos.

Solo veía el rostro de Arthur, solo sentía sus besos sobre mi piel, solo imaginaba mi cuerpo entre sus manos. Las piernas aún me temblaban, como me había dicho mi prima, de solo pensar en su pecho amplio, en sus abdominales de dios y en su pene, su vigoroso miembro entrando y saliendo de mi cuerpo. No pude quedarme dormida a pesar de lo cansada que estaba.

De repente, alguien tocó mi puerta. Estaba nerviosa, seguro era mi padre furioso, no había pensado en una excusa para justificar mi desaparición.

—Adelante —dije temerosa.

—¡Princesa! —dijo Nadine, como en un susurro gritado —Al fin apareces.

—Oh Nadine qué bueno que eres tú.

—¿Dónde se había metido?

—No sabes todo lo que me pasó ¿Y mi padre, todavía me está buscando?

—Su padre salió en un carruaje a Trivania un poco después de que usted saliera a dar un paseo, volverá en dos días.

—¿Entonces nadie notó mi ausencia?

—No. Luego de que transcurría la tarde comencé a preocuparme por usted,

pero pensé que seguro se había escabullido con algún caballero... Y que pasaría la noche fuera de casa. Por lo que a la hora de cenar dije que se sentía mal del estómago y no comería.

Entonces mi mayor preocupación se esfumó. Nadie había notado que me había perdido, por lo que no tendría que dar explicaciones ni recibir un castigo.

—¿Por qué supusiste eso Nadine? —dije apenada.

—¡Já! No tiene que disimular conmigo, yo no la voy a delatar, ya estaba acostumbrada a cubrir las aventuras de su prima la princesa Claire.

—Oh Nadine, si te contara todo lo que me pasó... Fueron tantas cosas en una sola noche que parece que hubiera vivido años.

Le relaté toda la historia a mi sirvienta, se sorprendió al escuchar que Los Zorros me secuestraron.

—Princesa, si le hubiera pasado algo peor sería mi culpa.

—Tú no tienes la culpa de nada, todo fue invención mía. Pero de todo lo malo salió algo bueno... Encontré el amor de mi vida.

—¿En el Bosque de la Oscuridad?

—Sí, ahí es donde vive Arthur. El de la espada de Excalibur —me miró sorprendida —, él fue quien me rescató de los bandidos y los fulminó. Luego me invitó a su casa.

—¿Dónde se ha ocultado todo este tiempo?

—En una cueva... Pero es un lugar muy acogedor, al que me encantaría volver.

—¿Y si su padre lo encuentra, qué hará?

—Arthur es un hombre tan fuerte, seguro derrotará a todos los caballeros con su espada.

Nadine era mi nueva confidente, había demostrado su lealtad al encubrirme anoche, sabía que guardaría el secreto de mi aventura con Arthur.

—Su cumpleaños se acerca ¿Ya tiene pensado qué hará?

—Lo único que quiero hacer es escaparme al bosque de nuevo para besar a Arthur toda la noche.

—Podría organizar una fiesta de máscaras, como lo hizo su prima Claire el año pasado.

—Es una excelente idea, y así Arthur podrá venir hasta el castillo y nadie lo notará bajo un disfraz ¡Gracias Nadine, eres una genia!

—¿No cree que será muy arriesgado traer al enemigo de su padre hasta aquí?

—Mi padre estará bien ebrio desde temprano, sabes cómo se pone en las celebraciones... Además, en el riesgo está la emoción. Necesitaré tu ayuda Nadine, debes ir hasta el bosque a entregarle mi invitación.

—¿Yo sola?

—¡Por favor Nadine! Prometo recompensarte, Arthur ya aniquiló a Los Zorros, yo misma lo vi, ya no hay peligros en Camelot. A menos que tú creas en supersticiones.

—Está bien Princesa, la ayudaré... Pero quiero ser una invitada más en su fiesta, con máscara y con vestido y no una simple sirvienta.

—No te preocupes Nadine, esa noche todos nuestros sueños se harán realidad.

—Hay que poner manos a la obra, ya se acerca mi cumpleaños y tenemos que organizar un festín.

Aunque tenía que esperar el regreso de mi padre para su aprobación igual organizaría todo, para que cuando me viera tan entusiasmada no pudiera decirme que no. Le escribí una invitación personal a Arthur y ordené entregar invitaciones para toda la aristocracia de Camelot y los monarcas de los reinos vecinos, por supuesto invité a mi prima Claire y a su esposo el Príncipe de Trivania.

Contraté a las mejores modistas del reino para que me hicieran un vestido a mi medida, y uno para Nadine también, pero el Mío debía ser digno de una princesa, debía cautivar todas las miradas, ser el espectáculo de la noche. Lo pedí de tela azul marino con un armador y detalles de flores bordadas de color plateado. Mi antifaz era de encaje negro y estaba adherida a mi rostro, además llevaba una capa blanca para verme aún más imponente y misteriosa.

Serviría un banquete de 5 platos para mi cumpleaños, junto con un pastel por cada año que cumplía, habría más comida que gente y lo que sobrara lo repartiría entre los plebeyos el día siguiente. Un orquesta tocaría toda la noche canciones para que todos los invitados bailasen bajo el anonimato de las máscaras. Lo divertido de la noche es que nadie sabría quién era quién.

El día había llegado, mi padre me despertó cantando desde la ventana. Cuando me asomé, me había regalado 20 caballos blancos, eran hermosos. Pero yo no necesitaba 20 caballos, con uno solo bastaba. En la sala de estar había una montaña de regalos de todo el mundo. Collares de joyas, aretes, vestidos, pasteles.

Hasta un retrato mío de tamaño gigante me regalaron. Pero no había rastro de nada de Arthur, él era el único que me importaba, esperaba que viniera esta

noche, si no lo hacía no habría regalo que me pusiera feliz.

Salí en la carroza hacia el pueblo, en la catedral harían una misa en mi honor, la gente me tiraba flores cuando pasaba saludando por la ventana de la carroza, estaban felices de verme, ya no se veían asustados como cuando Los Zorros dominaban el pueblo, Camelot había vuelto a la paz gracias al valiente Arthur y quería que todo el mundo lo supiera y que fuera reconocido como se debía. Al caer la noche las carrozas comenzaron a llegar al palacio para la gran fiesta, yo los veía por la ventana mientras una modista me peinaba a mí y a Nadine y me ayudaba a colocarme el vestido.

—¿Está nerviosa Princesa?

—Por supuesto... ¿Tú crees que venga Nadine?

—No tengo idea Princesa, yo dejé la carta donde usted me indicó, debajo de la puerta de la cueva. Pero entienda que al venir hasta aquí él estaría arriesgando su vida.

—Lo sé Nadine, pero yo creo que él la arriesgaría por mí.

—Solo compartiste con él una noche, es una suposición acelerada.

—No lo es. Yo pude ver en su alma. Él me ama de verdad.

—El tiempo le dará la respuesta Princesa, por el momento lo mejor será que disfrute de su gran agasajo.

—Lo haré ¡Nos vamos a divertir como nunca! Podrás bailar con algún príncipe, serás de la realeza por esta noche... No te cohíbas en nada Nadine, esta es mi manera de agradecerte tu ayuda y tu amistad.

Sonrió, se veía radiante con su cabello rubio suelto y su vestido color turquesa, esa muy linda para ser una sirvienta pero detrás de la máscara podría ser otra princesa en la fiesta. Cuando bajé por las escaleras escuché los aplausos de la multitud, alababan mi vestido.

El heraldo prosiguió a presentar los invitados, uno por unos desfilaron, duques, marqueses, príncipes y princesas, reyes y reinas reverenciándose ante mí. Todos vinieron acorde a la mascarada con vistosos antifaces. Mi prima desfila un vestido color púrpura de la mano de su actual esposo. Nos sonreímos, ya quisiera contarle a ella sobre mi aventura. De repente las trompetas sonaron anunciando la llegada de un nuevo invitado. Dirigí mi mirada hacia las puertas ¿Era Arthur quien había llegado?

—Démosle la bienvenida al Príncipe Christopher de Lataria y a su esposa la Princesa Jacqueline—Dijo un heraldo.

Me decepcioné, eran unos príncipes que ni siquiera conocía. Cerraron las puertas y comenzó el baile, Arthur no había asistido. Bailé un vals con mi

padre sin mucho ánimo, todas las parejas se movían agradadamente, parecían disfrutar de la fiesta. Quizás fui demasiado egoísta al querer que Arthur viniera hasta al palacio.

—¿Me permite esta pieza con su hija, su majestad? —escuché que alguien preguntó a mi padre.

Ahora tendría que bailar con cuanto hombre quisiera tocar mis caderas por un rato, la idea me parecía detestable pero era mi deber como anfitriona bailar con cada invitado. Me despegué de mi padre y tomé la mano de aquel hombre, este puso su mano en mi cadera me apretó contra él.

Subí la vista, traté de detallarlo a través de su antifaz negro. Tenía el cabello castaño claro un poco largo, no tenía barba, era alto y llevaba un elegante traje negro, olía muy bien, como a cedros, pero tenía un olor particular que me parecía familiar.

—Te ves más radiante que nunca Elena —me susurró al oído.

¡Esa voz la conocía! Era la voz grave de Arthur, mi corazón se aceleró, debía guardar la compostura pero en verdad quería darle un gran beso y saltar en sus brazos.

—Feliz cumpleaños mi princesa.

—Gracias —le dije, para luego darle un sutil beso en la mejilla.

Arthur era un excelente bailarín, me tomó por la cintura con gran maestría y bailamos como si estuviéramos flotando por el salón, me dejé llevar por sus movimientos agradados, se veía tan elegante ahora. Con el cabello cortado, afeitado y arreglado, parecía todo un caballero. Luego nos tocó cambiar de parejas, él bailó con mi prima Claire y yo con su esposo el Príncipe August.

Era un chico muy refinado de piernas cortas, nada que ver con el tipo de hombre de mi prima. Vi que ella le hablaba a Arthur mientras bailaban, tenía miedo de que lo descubriera. Terminó el baile, era hora de la comida, brindamos a mi nombre antes de probar el banquete. Yo estaba sentada en la cabecera de la mesa y Arthur estaba perdido en alguna silla del largo mesón, pero su mirada me encontró, no apartó la vista de mí en toda la cena. Me sonreía de momentos, me sentía apenada. Sus ojos me decían cuánto me deseaba.

La fiesta prosiguió con un espectáculo de bailarines y malabaristas circenses. Mientras todos aplaudían y los artistas hacían piruetas yo busqué la mirada de Arthur entre todos los antifaces, ahí estaba, aplaudiendo y viéndome con una sonrisa pícaro.

Mis ojos se lo decían todo, quería escaparme del castillo con él a un lugar

más privado. Caminé y él me siguió hacia el laberinto hecho de arbustos donde podríamos estar solos. Entramos a la hierba, nos adentramos hasta un rincón del laberinto y le quité el antifaz a mi caballero misterioso.

—Arthur... Te extrañé demasiado —salté hacia él para besarlo.

—Mi princesa, tú también me hiciste mucha falta, no sabes cuánto... No pude dejar de pensar en ti ni por un segundo desde que nos separamos.

Me tomó por las caderas y nos abrazamos, no tardó en llenarme de besos y mimos.

—Te ves tan diferente Arthur ¿Cómo lograste conseguir esa ropa y que te cortaran el cabello?

—Cuando recibí tu invitación salí de inmediato al pueblo de Mirwetch, fue un viaje largo pero ahí nadie me conocía. Cambié algunas reliquias que me había dejado Merlín en la cueva y fui al barbero y al sastre. Quería lucir digno de ti —sonreí.

—Eres digno de mí de cualquier manera.

—Te traje un pequeño regalo.

Se arrodilló y sacó un pequeño cofre de su bolsillo. Mi corazón se detuvo. Sabía exactamente lo que haría y no lo podía creer.

—¿Quieres casarte conmigo Elena? —me preguntó, abrió el cofre y me mostró un anillo de oro con un diamante traslúcido.

—¡Sí! ¡Sí quiero casarme contigo mi Arthur! —tendí mi mano, él colocó el anillo en mi dedo y me besó.

—Te haré la mujer más feliz de todo Camelot, de todo el mundo, te lo prometo.

—Arthur ¿Cómo haremos que funcione? Tú no puedes volver a Camelot.

—Tendré que enfrentar a tu padre. Lo haré ahora mismo que estoy aquí.

—¡No! No arruines este día tan especial. Debemos hallar un modo de vernos.

—Ya encontraremos el camino Elena. El amor verdadero siempre lo encuentra.

—¿Me amas?

—Te amo más que a mi vida princesa... Quiero hacerte el amor Elena, quiero hacértelo todas las noches de mi vida.

—Quiero que me tomes como lo hiciste aquella noche.

Él se acercó a mí, subió mi mejilla y me dio un beso, yo quería más, quería que me devorara. Tomé su mano para salir del laberinto, entramos al castillo y todos reían y comían, el vino había emborrachado a todos los invitados, nadie

notó mi presencia ni la de mi acompañante. Pude ver a mi padre tocándole las piernas a una doncella, a Nadine reírse sentada en las piernas de un Conde, Claire por otro lado coqueteaba con Sir Edward mientras que su esposo el Príncipe August conversaba con su chambelán.

—¡Vamos! Es nuestra oportunidad —le dije, llevándolo hasta mi recámara. Entramos, no podía contener la emoción de tener a Arthur para mí sola de nuevo, me besó apasionadamente, estaba desesperado por quitarme el vestido.

—Aguarda, tienes que ayudarme a quitármelo con calma —se rió. Desató mi corsé para luego sacar el vestido y ayudarme a quitar el armador. Era todo un proceso desnudarme, pero él se esforzaba para tratarme con cuidado. Cuando al fin me tuvo desnuda trató de quitarme la máscara.

—Déjala puesta —le pedí.

Estaba desnuda a la luz de la luna con nada más que mi máscara de encaje puesta, él me contemplaba como si estuviera viendo a una diosa, metió sus dedos entre mis rizos negros para acariciarme, yo desabroché su traje y besé su pecho, tomó mis senos entre sus manos, los besó y los llenó de mimos.

Me cargó y me tendió en la cama, yo sobé su bulto con mis pies, estaba bastante duro ya, se veía tan guapo con ese corte de cabello. Se tiró encima de mí para besarme el cuello, yo empecé a bajarle los pantalones con los pies, él se los quitó y quedamos los dos desnudos. Lo tomé por las nalgas, y lo pegué a mi cadera.

—¿Quieres que te penetre amor?

—Siempre.

Abrió mis piernas y metió su pene de un solo golpe, solté un grito placentero.

—Más fuerte —pedí. Me embistió de nuevo llegando al fondo de mi vagina— ¡Más!

Empezó a mover su cadera rápida y profundamente contra mí, llenándome de mucho placer, sudaba, gemía como loca y lo escuchaba a él estremecerse, su pecho sudado sobre el mío, se acostó encima de mí mientras me penetraba, estuvimos tan cerca que era como si fuéramos un mismo ser.

Me besó y sentí su pene derramarse dentro de mí. Pero no paraba de sacudirse hasta que me hizo alcanzar el orgasmo. Arañé su espalda y grité desenfrenada. No me importaba que alguien me escuchara, el placer borraba todos los límites de mi vergüenza.

Fue un polvo fugaz pero delicioso, Descansé en el pecho de Arthur, él me acariciaba los senos y me hacía mimos.

—Se me ocurre una idea para vernos a escondidas —me dijo Arthur al oído.

—¿Qué día preferirías que te hiciera el amor?

—Todos los días mi vida.

—¡Jajaja! Pero elije un día a la semana, para hacerlo nuestro.

—El viernes.

—Perfecto, el viernes a las 7 de la tarde me esperarás en las ruinas de la muralla de Camelot, yo iré a buscarte en mi caballo, estaremos lejos de la vista de todos y te llevaré mi cueva para hacerte el amor hasta el amanecer.

—Me encanta la idea... ¿Pero luego de eso qué haremos?

—Luego contaremos 8 días a partir del sábado para volvernos a ver, en el mismo lugar, a la misma hora.

—¿Por qué tanto tiempo Arthur? No creo que resista estar sin ti.

—Tendrás que hacerlo Princesa. Será la única manera de no levantar sospechas.

—Haré lo que sea para amarte...

—Yo también Elena, yo también haré todo lo que tenga que hacer, así tenga que matar a tu padre para estar contigo.

Sus palabras retumbaron en mis oídos ¿Matar a mi padre? ¿Sería esa la única manera de que viviéramos felices Arthur y yo? Aunque amara mucho a Arthur no quería que mi padre muriera. Debía haber otra manera, tenía que convencer a mi padre que Arthur era un buen hombre, un caballero valiente y leal a Camelot. Era demasiado en qué pensar pero ahora solo quería disfrutar del momento con mi hombre.

Mis manos fueron bajando por su cuerpo hasta que tomé su pene dormido, era largo y flácido. Lo besé con ternura y empezó a hincharse lentamente, empecé a masturbarlo y a estimularlo con mi boca hasta que se puso duro de nuevo, lo lamí e hice el sonido de una gatita, Arthur se rió.

—¿Quieres tu bocadillo gatita?

—Míau.

Se tiró hacia mi cara, se sostuvo del cabezal de la cama y empezó a mover rápido su cadera contra mi boca.

—¿Te gusta este bocadillo gatita? —asentí con la cabeza mientras le daba una buena felación.

Exploré sus nalgas con mis manos, eran tan firmes y excitantes, De repente Arthur se dio una vuelta y hundió su cara en mi vulva al mismo tiempo que metía su pene en mi boca, era una sobrecarga de placer sentir su miembro

penetrando en los profundo de mi garganta al mismo tiempo que su lengua jugaba con mi clítoris. Me erizó toda la piel, estaba tan cerca del orgasmo.

—¡Voy a acabar bebé!— me dijo.

Y nos corrimos al mismo tiempo, él llenó mi garganta de semen y yo llené su boca con mis fluidos. Quedamos jadeando de placer. Se recostó a mi lado, nos estábamos besando un rato cuando alguien tocó la puerta.

—Elena, soy yo Claire.

No sabía si responder o guardar silencio y pretender que no estaba ahí.

—Elena, sé que estás ahí con Arthur. No soy tonta ¡Abre la puerta!

Abrí la puerta y le hablé por el resquicio.

—¿Qué quieres Claire?

—¡Están en aprietos! Alguien le ha contado a tu padre que Arthur vino como un invitado al palacio.

—¡¿Qué?! ¿Quién le habrá dicho eso?

—No lo sé Elena, lo importante es que debes escapar.

—¿Qué sucede Elena? —me preguntó Arthur desde la cama.

—Cariño, vístete rápido. Te han delatado, debes escapar antes de que mi padre te encuentre.

—No, estoy cansado de escapar, es hora de que le de fin a este problema.

—Arthur, estás en la casa de mi padre, ten un poco de sentido común.

—Lo siento Elena, pero no puedo seguir siendo un cobarde, sabías que este momento llegaría tarde o temprano.

Se levantó, volvió a vestirse y tomó su espada. Yo me coloqué una bata rápidamente, abrió la puerta y bajó al salón. Detrás todavía estaba Claire oyendo todo lo que habíamos hablado.

—¿Cómo te enteraste de que estaba con Arthur? —le pregunté.

—Pues desde que los vi bailando juntos noté las chispas, luego cuando conversé con él, era muy obvio que no se trataba de un aristócrata.

—Pero... ¿Qué te hizo pensar que era Arthur?

—Hice la suma querida prima, dos y dos son cuatro y yo no soy ninguna tonta. Pero no te preocupes, sabes que jamás te traicionaría.

—Debo hacer algo para evitar que mi padre lastime a Arthur.

—O que Arthur lastime a tu padre —dijo Claire con su típico acento irónico.

Sir Arthur.

Dejé a Elena en las afueras del palacio. Se veía hermosa pero a la vez tan triste. No quería dejarla, quería llevarla conmigo y escapar a el bosque o hacia un reino muy lejano donde pudiéramos amarnos sin ninguna restricción. Pero por ahora, debía ser sensato y dejarla a salvo en su hogar.

Cabalgué rápido de regreso a la cueva, creo que habré soltado una lágrima que la brisa se llevó. La princesa era lo único en lo que pensaba, día y noche. Me imaginaba besando sus senos, acariciando sus hermosas nalgas y haciéndola gritar de placer. De repente llegó una carta. Era su invitación a su cumpleaños.

Tomé unas viejas reliquias y salí a venderlas a Mirwetch. Fue un largo viaje pero al menos nadie me conocía ahí. Compré un traje y en una joyería vi un anillo, el regalo perfecto para Elena, una muestra de mi amor y mi compromiso con ella.

Esperé los días con ansias, solo deseaba volver a probar los dulces labios de mi princesa. Una tarde la imaginé entrando a mi cueva con un hermoso vestido, yo la desnudaba en cuestión de segundos para admirar las curvas de su cuerpo.

El deseo corría en mí, el recuerdo de su olor, de su vulva húmeda entre mi boca, de sus nalgas rebotando contra mi cuerpo, era demasiado deseo contenido y demasiada soledad. Me bajé los pantalones y sacudí mi pene erecto imaginando que tenía su boca hundida en mi miembro, imaginé que la penetraba lentamente, cerré los ojos y sentía su vagina estrecha palpitando con mi pene adentro. Acabé chorros de semen esa tarde.

La fecha había llegado, me coloqué el traje, tomé mi espada, pero me faltaba algo ¡El antifaz! Había olvidado lo más importante. Aunque me veía muy distinto a cuando saqué la espada de Excalibur, resaltaría entre la multitud si no cumplía con el código de vestimenta.

Entonces busqué en un baúl de Merlín, tenía que haber un antifaz de algún lado. Hasta que lo encontré, era rústico, de madera y tenía la pintura desgastada, pero serviría para pasar desapercibido entre los invitados y acercarme a mi princesa.

Llegué al palacio y mostré mi invitación, los guardias no vieron nada irregular y me dejaron pasar. La vi bajar las escaleras con su gran vestido azul y su máscara, se veía hermosa, más hermosa que en mis sueños.

Sin duda era la mujer más radiante de la fiesta. Cuando bailamos, tenía que evitar las ganas de comerla a besos, pero tenerla conmigo, tan cerca, oler su cabello de nuevo era demasiado agradable. Nos tocó cambiar de pareja, bailé con una chica de cabello castaño y cara pecosa.

—¿Con quien tengo el placer de bailar? —me preguntó la chica.

—Es una fiesta de máscaras señorita, aquí las identidades no importan.

—Interesante... ¿Eres un príncipe o un duque? ¿O eres acaso un bandido?

—Un poco de cada cosa, pronto seré el Rey de Camelot —le dije al oído, ella se rió.

Terminó el baile, después del festín y de los espectáculos nos perdimos entre el jardín y me quitó la máscara, nos besamos y fue como besarla por primera vez, jamás me cansaría de su boca. Le di el anillo, le propuse que fuera mi esposa porque la amo con locura y quería que fuera mía para siempre.

Ya había cumplido una de las metas que me propuse, pedirle la mano a la mujer de mi vida, ahora tenía que cumplir la otra meta, esa por la cual había entrenado en secreto todos estos años. Convertirme en Rey de Camelot.

Hicimos el amor como salvajes, yo no podía contener las ganas de amarla. Comí de sus senos, comí de su vulva, comí de todo su cuerpo como si estuviera muriéndome de hambre. Me encantaba la manera en que jadeaba cuando mi pene chocaba con las paredes de su vagina. Y cuando arañaba mi espalda, era doloroso pero me excitaba aún más. Fue tanto el placer que me daba que no pude contenerme y me corrí adentro de ella.

Pero lo que más me gustaba de hacerle el amor a Elena, era tenerla en mis brazos después, haciéndole cariños y hablándole al oído, era mágico, su piel era tan suave, me encantaba acariciar sus pechos, pasar mi nariz por sus pezones y besarlos, explorar sus muslos y sus nalgas con mis manos.

Cuando le pasaba los dedos por su columna siempre sonreía y temblaba un poco, como si le diera un escalofrío, sentía una paz inigualable al estar con ella en esos momentos donde solo quería tratarla con dulzura para que descansara, para que recuperara energías y después seguir haciendo el amor de maneras diferentes.

Después de que lo hicimos por segunda vez alguien tocó la puerta para interrumpirnos. Era la chica con la que bailé hace rato, quien resultó ser la prima de Elena. El Rey Marcus ya sabía de mi presencia en su palacio, seguro alguien de Mirwetch me había reconocido y vino a buscar su recompensa.

Me vestí rápido y bajé a arreglar las cosas como un hombre. No tenía nada que esconder, no era un ladrón, solo tomé la espada de la piedra porque era el

único que estaba destinado a hacerlo. Yo había protegido mejor el reino de lo que él lo había hecho.

Obsesionado tantos años con esa espada, había dejado que Los Zorros hicieran estragos en Camelot, hasta que acabé con ellos esa noche que salvé a Elena. Ella trató de calmarme para que no cometiera ninguna locura, pero ya estaba harto de vivir en las sombras. Era hora de terminar con todo esto.

—¡Aquí me tienes en persona Rey Marcus, soy Arthur Pollock hijo de Clarence Pollock y protegido del gran mago Merlín —desenvainé la espada de Excalibur.

—¿Cómo te has atrevido a aparecerte en mi casa, insolente? ¡Captúrenlo ahora mismo! —gritó el rey a sus caballeros.

—¡Padre! No puedes hacerle esto —dijo Elena bajando las escaleras.

—¿Elena? Por qué defiendes a este ladrón.

—Porque lo amo padre ¡Es el hombre de mi vida!

El Rey Marcus le dio una bofetada a Elena, la gente estaba conmocionada, yo no podía dejar que la maltratara frente a mis ojos, derribé a los caballeros para enfrentarme a él.

—¡No toque de nuevo a la princesa! —apreté mi puño, estaba a punto de darle un puñetazo en la cara al Rey.

—¡Arthur! Contrólate —gritó Elena.

Me calmé un poco, solo porque sabía que si golpeaba al Rey iría directo a la guillotina.

—Tú, maldito bandido, me entregarás la espada de Excalibur de una vez si no quieres que te mate.

—La espada le pertenece a quien fuera capaz de sacarla de la piedra. Ni usted ni ninguno de sus caballeros lo logró. Así que no tengo por qué entregársela.

—¿Acaso crees que serás Rey, crees que puedes venir a enamorar a mi hija para quitarme mi corona. Tú solo eres el hijo de un pobre herrero y jamás serás otra cosa que un ladrón.

—Pregúntele a su hija, o a cualquier persona. Claro, no a estas personas ricas y privilegiadas. Pregúntele a sus sirvientes, a la gente del pueblo de Camelot, quién fue el que terminó con los bandidos, los llamados Zorros ¡Díganselo compañeros! —señalé a los meseros de la fiesta y a las cocineras que se habían reunido en el salón junto con los invitados para observar la pelea.

—Arhur... Sir Arthur... —comenzaron a rumorar.

—¿Eso es cierto Elena?

—Sí padre, él solo detuvo a todos Los Zorros con la espada de Excalibur. Es un buen hombre, no merece que lo castigues.

El Rey Marcus pareció entrar en razón gracias a las palabras de su hija, bajó la guardia y se acercó al público.

—Entonces declaro que Arthur Polock es bienvenido en el reino.

Todos aplaudieron y los sirvientes gritaron de la emoción. Yo salté hacia Elena, la tomé de la mano y la levanté, ella me abrazó muy fuerte, pude ver que estaba llorando. La besé en la frente. Ella me besó en la boca, su padre nos miró, no podía hacer nada contra el amor.

La tomé por la cintura y seguí besándola, ya no me importaba si su padre nos veía o no. Luego del altercado con el Rey, muchos invitados venían a saludarme, a darme la mano y felicitarme por mi valentía, otros me preguntaban por la espada Excalibur, yo la desenvainaba y demostraba su agilidad.

Elena me sacó de la multitud para presentarme formalmente a Claire y Nadine, su prima y su sirvienta, quienes también eran sus únicas amigas, ambas se veían hermosas pero ninguna más hermosa que mi Elena.

—Yo sé quien te delató —dijo Nadine susurrando —fue el Conde de Mirwetch.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Elena.

—Porque pasé toda la fiesta junto a él y me lo contó primero a mí, iba a decirte pero no te encontré en ningún lugar... Su sastre es el mismo al que Arthur le compró el traje.

—Maldito sastre. Pero todo pasa por una razón supongo, ahora ya no me tengo que esconder en el bosque y puedo estar con mi princesa a gusto ¡Mañana mismo me mudo a Camelot!

Abracé a Elena por la espalda y le di un pequeño beso en la boca.

—Por fin podremos ser felices— dijo Elena.

—Yo no estaría tan segura de eso. —dijo Claire—, no confíen en el Rey Marcus, si te ha aceptado en el reino es porque le gusta tener a sus enemigos más cerca. Mi consejo es que te mantengas de bajo perfil.

En ese momento el padre de Elena se acercó a nosotros junto con otros dos caballeros, las chicas se esparcieron para dejarme a solas con ellos. Me dio varias palmadas en la espalda y me tomó por el hombro. Tenía una sonrisa de reptil y un insoportable tufo a licor.

—Querido Arthur, he hablado con el consejo real y hemos decidido

nombrarte Caballero real de Camelot por haber colaborado con el exterminio de Los Zorros.

—Gracias señor, pero... —me interrumpió.

—La ceremonia se llevará a cabo pasado mañana en la catedral de Camelot. Te felicito muchacho, eres un hombre, valiente, solidario y decidido como los que necesita este reino —se acercó a mi oído y susurró— Puedes quedarte con la espada, pero jamás te quedarás con mi hija...

—¡Hurra por el Caballero Arthur!—dijo uno de los caballeros, interrumpiéndolo

—¡Hurra! —gritaron todos los invitados.

La fiesta estaba finalizando y los comensales regresaban a sus carrozas, muchos se despidieron de mí con cariño. Elena me tomó del brazo.

—Parece que todas las máscaras se cayeron esta noche.

—Yo creo que algunos simplemente se cambiaron de antifaz por uno menos aterrador.

—Ahora que serás caballero podré tenerte muy cerca de mí.

—Elena, no creo que tu padre me deje vivir en el palacio como a sus caballeros de confianza.

—Entonces ¿Nuestro plan secreto sigue en pie?

—Por supuesto. Apenas me asiente en Camelot te escribiré para que sepas mi dirección. Pero debes tener mucha discreción, ahora que tu padre sabe de nosotros será más severo contigo.

—No te preocupes estás hablando con la reina del engaño.

—¿Sí? La última vez terminaste descubierta en manos de unos bandidos — la tomé por las caderas, la acerqué a mí. Rocé su nariz con la mía y ella sonrió —, espero que seas tan buena engañando como lo eres haciendo el amor.

—He aprendido algunos trucos. Te sorprenderé...

* * * *

Fue extraño volver a Camelot y que la gente me reconociera y me saludara con cariño, ya me había acostumbrado a vivir bajo las sombras, todavía había algunos de mis retratos pegados por Camelot, donde se veía el dibujo de un niño que ya no existía. Ahora era un caballero de Camelot y mi deber era

proteger a la gente, y servir al Rey.

Pero yo haría las cosas a mi modo, el Rey Marcus y yo concordamos que sería más útil fuera del palacio, viviendo en el pueblo y cuidándolo desde adentro con mi caballo, encontré una pensión sencilla en la calle Emery.

Desperté y mientras cabalgaba por el pueblo solo pensaba que hoy sería el día de reencontrarme con Elena, esperaba que todo le saliera bien, recompensaría todo su riesgo con mucho cariño y placer. Antes de que terminara el día fui hasta el rosal para recoger algunas flores para mi princesa.

Llegué a la pensión en la tarde, estaba cansado porque tuve que ayudar a mover un árbol gigante que se había caído sobre una casa, tomé un baño, me rasuré y me puse un poco de colonia, tenía que estar presentable para Elena. Ya era de noche, mi princesa aún no aparecía, me estaba poniendo nervioso, había tratado de ser lo más cauteloso el día del juramento para que no nos descubrieran. Salí a la calle a ver si la veía por ahí, unos hombres jugaban a las cartas en una acerca y vi a una chica pasar. Me le acerqué.

—¿Puedo ayudarte? Pareces perdida.

—Me desalojaron de mi casa por no pagar a tiempo, no tengo donde pasar la noche —me dijo la chica entre lágrimas.

Tenía el cabello rubio pero no podía detallarla bien porque era de noche y llevaba encima una capa.

—Puedes quedarte conmigo esta noche, no te preocupes, soy un caballero real, no te haré daño.

—Yo te conozco, eres Sir Arthur Pollock.

—Sí, ese soy yo... ¿Y tu nombre cual es?

—Marianne, Marianne Morrinson.

—Ven conmigo Marianne, yo te protegeré.

No sabía si Elena vendría porque ya habían pasado dos horas de la hora en que acordamos vernos, seguro su padre la había encerrado en su habitación o le habían asignado una institutriz que la vigilara, solo esperaba que estuviese bien, mañana mismo saldría al castillo con cualquier excusa para tratar de verla, mientras tanto, no podía dejar a esta chica en la calle.

—Oye Charles ¿No tienes una habitación libre para esta joven? Ponla a mi cuenta —pregunté al dueño de la pensión

—Lo siento Arthur, todo está lleno, pero no tengo problema en que se quede contigo.

Miré a la chica para ver si estaba cómoda con la idea, ella asintió con la cabeza. Nos dirigimos a mi habitación, ella seguía con la capa puesta todavía

adentro del cuarto.

—Puedes quedarte en la cama, yo dormiré en una silla o donde sea.

La chica recorrió la habitación y se sentó al borde de la cama.

—Es una cama muy grande, podemos compartirla...

—No creo que eso sea correcto señorita.

—¿Por qué? Solo dormiremos... ¿O es que acaso tienes novia?

—Estoy comprometido de hecho.

—Pero yo no veo a ninguna mujer por aquí.

—Sí, es algo complicado.

—Tranquilo, no haré nada que no quieras.

Me acosté de espaldas a la mujer, su fragancia hechizaba mis sentidos, era una tentación estar durmiendo al lado de una mujer tan hermosa y no poder siquiera tocarla. De repente la mujer se levantó de la cama.

—Creo que está haciendo mucho calor aquí.

Se quitó toda la ropa de un tirón, quedando completamente desnuda como si nunca hubiera llevado nada abajo de su capa. Era preciosa, sus curvas eran perfectas, tenía unas caderas amplias y sus pechos se veían deliciosos.

No podía aguantar más, mi sangre vibraba por todo mi cuerpo, me levanté y me acerqué a Marianne, todo estaba muy oscuro, no había más luz que una vela en el cuarto, cuando detallé su rostro descubrí marcas de flores negras de encaje entre sus ojos. El mismo que usó Elena en su fiesta.

Me sorprendí, pero ahora todo tenía sentido, este cuerpo tan precioso no podía ser otro sino el de mi princesa. Elena se había convertido en una maestra del disfraz como me había prometido. Le seguiría el juego.

La besé apasionadamente y la puse contra la pared. Ella soltó un pequeño grito de susto por mi salvajismo... Si se suponía que esta chica no era mi princesa, podía hacer lo que quisiera con ella. Le lamí el cuello, la cargué más arriba hasta llevar mi boca hasta sus senos, mordí sus pezones, ella se estremeció y arrancó mi espalda.

Puse todo su peso sobre mis hombros, se tambaleaba hasta que encontró equilibrio, la estaba alzando y casi tocaba el techo con su cabeza, tenía toda su vulva para saborear como quisiera. Metí mi lengua ahí dentro, definitivamente era la dulce vulva de mi princesa. Moví mi lengua en círculos y la escuché gemir. Mordí los labios de su feminidad y ella golpeó la pared por el dolor.

—Cálmate cariño, que despertarás a los vecinos.

—¡Aaah! —gimió —, lo siento.

La bajé de mis hombros y la puse de rodillas en el suelo, me quité la ropa,

ella debía quitarme los pantalones. Lo hizo tímidamente, se sorprendió al ver mi pene erecto, lo tomó con cuidado, yo lo metí en su boca sin más, lo hundí hasta sentir que mi glande chocaba contra su garganta.

La tomé por la cabeza y la hundí en mi pene hasta que no podía respirar y tenía arcadas. Movía mi cadera rápido dentro de su boca. Elena era la mejor con sus labios, su lengua jugaba con mi glande y ratos la dejaba masturbarme mientras lamía mis testículos. Tenía ganas de acabarle en la cara pero me contuve, quería darle mucho placer a esta “Marianne”.

La puse sobre la cama en posición de perrito, sobé su nalga y le di una buena nalgada, soltó un grito. Le metí dos dedos en la boca y la nalguee de nuevo y de nuevo hasta que su culo se puso rojo, arqueaba la espalda pero no podía gritar, fui metiendo mis dedos en su vagina, luego se los daba a probar.

Me puse detrás de ella y abrí sus nalgas para descubrir su ano y su vulva, empecé a lamerle los labios y después fui subiendo con mi lengua hasta su ano. Ella gimió muy fuerte, tembló, y soltó una risa, le daba cosquillas que hiciera eso pero lo disfrutaba.

Metí mi pene en su vagina, ya estaba húmeda y lista para recibir mis embestidas, mientras la penetraba hasta el fondo metía un dedo en su ano, ella se estremecía de placer. Me movía rápido chocando con las paredes de su vagina, tenía que limpiarme el sudor de la cara a cada rato, ella apretaba sus músculos para aprisionar mi miembro.

El placer nubló mi vista, nuestras pieles se conectaron, todos los sentidos se agudizaron, sentía que el tiempo era eterno cuando estaba haciéndole el amor a esta chica, que podía ser tan salvaje como sumisa.

Cuando me di cuenta, estaba abajo de ella y los movimientos de sus caderas llevaban todo el control, su cabello era negro de nuevo, era Elena a la que le estaba haciendo el amor, pero una Elena más salvaje que rebotaba sin pensar sobre mi cuerpo, meneaba mi miembro dentro de su vagina, era incontrolable.

La sentí correrse sobre mí y su vagina disparó fluidos sobre mi estómago, pasé mis dedos por el líquido y lo probé, era algo amargo pero delicioso. Saqué mi pene de su vagina, lo puse entre sus tetas y empecé a balancearme, Elena, que tenía unos pechos grandes y hermosos los apretó entre mi miembro y me corrí en ellos, algunas gotas cayeron en su mejilla. La limpié con mi camisa que estaba tirada.

—¿Quieres tomar un baño mi princesa?

—Solo si es contigo mi caballero.

Y como la primera vez que le hice el amor, terminamos en la bañera juntos, para luego acostarnos abrazados, a pesar de que la traté con dureza era solo porque sabía que lo disfrutaría, ahora la llenaba de besos y caricias como siempre. Quedamos despiertos dándonos amor hasta que el sol empezaba a asomarse en el horizonte.

—De verdad que me engañaste con esa peluca rubia, eres toda una actriz.

—Gracias, gracias... —dijo como una actriz de teatro— sabía que no podías resistirte a ayudar a una chica en apuros.

Sonrió, su sonrisa era tan radiante después que hacíamos el amor que sentía que no la merecía.

—Debo irme mi amor —dijo Elena.

—¿Cuándo te volveré a ver?

—El sábado siguiente.

—Te prometo que te tendré una sorpresa.

Elena se vistió con su disfraz de plebeya, se colocó su peluca rubia y abrió la puerta.

—Adiós mi Arthur...

La tomé por las caderas antes de que saliera y la besé. Fue un beso largo, pero yo deseaba que durara para siempre.

Princesa Elena.

Mi Arthur había sido tan valiente al defenderme frente a mi padre, se había ganado su respeto y el de todo Camelot, ahora sería juramentado como caballero. Vestí de rosa pálido para la ceremonia, estaba al lado de mi padre cuando este posó una espada sobre los hombros de Arthur para nombrarlo caballero, se veía tan guapo con su brillante armadura. Me guiñó un ojo justo después de dar el juramento. Yo solo deseaba que ya fuera viernes para que me hiciera suya. Luego de la ceremonia hubo un pequeño festejo donde sirvieron cordero y vino.

—Un brindis por Sir Arthur—dijo mi padre y todos chocamos nuestras copas.

Arthur pasó por mi silla y me dejó disimuladamente una nota en un pequeño papel. La leí, era la dirección de su nuevo hogar y además decía “te ves hermosa como siempre”. Lo miré y estaba hablando con otro caballero. Aunque ya todos sabían de lo nuestro se esforzaba en mantenerlo discreto.

Luego de su agasajo se retiró en su caballo, su trabajo era mantener las calles del pueblo seguras. No lo vería por aquí en el palacio, solo en las ceremonias reales. Pero lo vería cada 8 días como habíamos acordado, tenía que convencerlo de acortar el tiempo. No podía pasar tanto tiempo sin sus besos, sin sentir su cuerpo temblar dentro de mí.

El día había llegado, desde que desperté no podía contener la emoción, esperaba con ansias que el sol cayera para escaparme del castillo a los brazos de Arthur, tomé un largo baño en leche de vaca, exfolié mis piernas, toda mi piel con el líquido, era un secreto de belleza que todas las princesas hacían para sentirme más bellas y sedosas. Le conté de mi plan a Nadine, necesitaba de su colaboración para que todo funcionara.

—¿Y dónde está viviendo ahora? —me preguntó.

—En la calle Emery ¿Sabes cómo llegar ahí?

—¡Oh Elena! Dices conocer y amar el pueblo de Camelot pero de verdad no tienes idea. Es la calle donde está la herrería. Trata de no ser secuestrada de nuevo.

—¡Jajaja! Eres tan cruel Nadine.

—¿Qué harás para que no te reconozcan?

—Ya verás...

Me coloqué una capa sobre mi cuerpo desnudo, la cerré bien, practiqué una manera diferente de caminar, más tosca, también practiqué un acento diferente al hablar, y el disfraz estaría completo con una peluca rubia de cabello natural. Era otra persona.

Estaba lista para adoptar mi identidad secreta, Marianne Morrison, y conquistar a Arthur. Bajé por la ventana de mi cuarto con la ayuda de Nadine, arreglarme me tardó más de lo que esperaba, pero lo mejor se hace esperar, pensé. Además, si llegaba tarde eso aumentaría el factor sorpresa.

Deambulé un rato por la calle al frente de la pensión donde vivía Arthur, estaba nerviosa, pero sabía que él saldría a buscarme en los alrededores, y así fue, lo vi caminando hacia mí y comencé con mi obra de teatro.

Era una chica que no tenía donde pasar la noche y que aceptaría la ayuda de un hombre generoso como él ¿Será que me había descubierto pero también continuaba actuando? No lo sabía, pero yo no me saldría de mi personaje, había algo tan excitante en jugar a ser otra mujer, podía darme la libertad de ser más atrevida o más inocente.

Arthur se sentía nervioso con mi presencia, podía notarlo en sus movimientos rígidos y en el tono de su voz. Lo convencí de que se acostara a mi lado, aunque me dio la espalda para evitar verme y caer en la tentación. Pero la tentación de serme infiel crecería cuando me desnudara frente a sus ojos. Dejé caer mi capa y bajo ella no había más nada que mi suave piel.

Arthur se acercó, me miró, ya me había reconocido. Me tomó y me hizo suya de una manera tan salvaje que parecía otro hombre el que me estaba haciendo el amor. Me hizo gritar y gemir de placer toda la noche.

Exploró zonas de mi cuerpo que no sabía que podían esconder tantas sensaciones. Perdí la cuenta de las veces que me corrí esa noche. Fue la mejor noche que había pasado con él. Ansiaba que la noche fuera eterna para hacer el amor una y otra vez con mi caballero, pero el sol comenzó a salir lo que significaba que debía volver al castillo.

Me despedí, abrí la puerta y cuando estaba a punto de salir, Arthur me tomó por las caderas y me besó. Desabotonó mi capa para dejarme desnuda una vez más. Cerró la puerta y me alzó hasta dejarme caer en la cama una vez más.

—Te tengo una sorpresa mi princesa.

Fue hasta el armario y volvió con un ramo de rosas, era un detalle tan tierno de su parte.

—Flores para la flor más hermosa de mi vida.

—Gracias cariño— las olí, aún estaban frescas y perfumadas.

Arthur tomó una y pasó sus pétalos por mis labios, para después besarme, luego acarició mis pezones con ella, después pasó su nariz entre mis pechos para apreciar el olor, la rosa se sentía muy agradable entre mi piel, estaba excitándome de nuevo.

—Arthur... Es tarde, tengo que regresar.

—No te preocupes cariño, todavía es temprano...— dijo mientras besaba mis pechos.

Sabía que no era temprano, podía ver la luz del sol asomándose por la ventana. Fue bajando con la rosa y la rozó en mi feminidad haciéndome cosquillar, para después darme un beso muy húmedo. Después abrió los labios de mi vulva para lamer mi clítoris, no sabía si dejarme llevar por la pasión o ponerle fin a esto porque me sentía en el paraíso y ya estaba muy excitada.

—¡Oh Arthur! —dije entre gemidos— déjame ir por favor.

Pero su lengua no se detenía, hacía círculos en mi clítoris cada vez más rápido. Metió un dedo en mi vagina y el pulgar en mi ano mientras lamía mi clítoris hinchado, era como si todo el placer que sentía, él también lo podía sentir. Sentí la electricidad recorriendo mis muslos y me corrí en su boca. Me besó y me puso de espaldas.

—¿Qué harás ahora?

—Te voy a dar por detrás amor mío.

Estaba asustada, no sabía si me dolería, metió su lengua entre mis nalgas para lamer mi ano, mi cuerpo todavía estaba temblando del orgasmo que acababa de tener, todo me palpitaba en mis adentros, estaba agotada por tantas embestidas que me había dado en toda la noche. Tampoco quería darle todo, debía dejar lo mejor para después y que así sus deseos crecieran.

—Lo siento Arthur, no te daré mi culo este día.

—¿Por qué amor, acaso no me lo he ganado?

Le sonreí y me dio una nalgada.

—Está bien querida, no haré nada que tú no quieras.

Le dí un pequeño beso a Arthur antes de salir. Se ofreció a acompañarme pero yo no quería generar más sospechas, así que lo dejé acostado sobre su cama, desnudo y con su miembro medio dormido, se veía tan guapo e imponente. Me puse de nuevo mi capa y salí de su cuarto hacia el castillo, me encontré con el casero que me vio con sonrisa pícaro.

—Hasta luego—le dije un poco apenada.

Ya había amanecido por completo, tenía que apurarme antes de que notaran

mi ausencia a la hora del desayuno. Me moví rápido entre las calles del pueblo hasta llegar a la parte trasera del castillo. Donde me esperaba Nadine desde la ventana de mi cuarto para ayudarme a subir.

—¡Nadine!—llamé y tiré una pequeña roca hacia mi cuarto.

Nadie salió... Algo andaba mal, seguí llamando por un rato pero al parecer ella no estaba en la habitación como habíamos acordado, comencé a trepar el muro, hasta que subí a la habitación para encontrar a mi padre ahí.

—¿Puedes explicarme donde estabas Elena?!—gritó.

—¿Elena? Yo no soy Elena—pensé que mi disfraz lo engañaría.

—Oh, si no eres Elena entonces... ¡Guardias! Llévense a esta intrusa.

Entraron los caballeros con lanzas en sus manos, estaba aterrada, mi engaño había llegado a su final.

—Padre, soy yo... Elena —me quité la peluca para revelar mi verdadera identidad.

Mi padre me tomó por el brazo y me tiró al suelo.

—¿Estabas con ese malnacido Arthur? ¡Dime la verdad!

—Sí padre, estaba con él—dije cabizbaja, mientras las lágrimas caían por mi cara.

—¿No fue suficiente para ti que le perdonara la vida y que lo dejara venir al reino? ¡Hasta lo nombré caballero! Tenías que ir hasta tu casa como una zorra escurridiza.

—¡Lo amo padre!

Me levantó del suelo.

—No me importa que lo ames. Tú jamás podrás estar con él. Ahora quítate esos trapos y ponte algo decente. Es hora del desayuno y todos están preguntando por ti.

Jaló de mi capa, traté de retenerla pero tiró de ella con más fuerza y me dejó desnuda. Los caballeros se sorprendieron, mi padre me miró con enojo y me dio una cachetada tan fuerte que me dejó tirada en el suelo. Me estaba humillando frente a todos los guardias y eso era lo que más me dolía.

—¡Yo no te crié, yo no te di todas las comodidades, todos los estudios, todos los lujos que me pediste para que fueras una ramera! Si quieres ser una ramera vivirás como tal. Llévenla al calabozo—ordenó.

—¡Perdóname padre! —me miró indiferente.

Alcancé mi capa y me la puse como pude. Los guardias me tomaron del brazo y me arrastraron, mientras yo lloraba y pedía misericordia.

—Ni te imaginas lo que le espera a tu noviecillo...—dijo un caballero

mientras me llevaba hasta el calabozo.

Me encerraron en una celda oscura y sucia, llena de goteras y charcos, podía ver a las cucarachas y a las ratas pasearse. Era un lugar frío y tenebroso, no dejaba de llorar y de pedir ayuda pero nadie me escuchaba aquí abajo. Estaba totalmente sola. Tenía que encontrar una manera de comunicarme con Arthur, temía lo peor. Mi padre lo enviaría a la inquisición por haberse acostado conmigo, moriría por mi culpa. Mi amor había sido una maldición para él.

De saber que esa sería la última noche que estaríamos juntos, le habría dado todo lo que me pidiera, pues se lo merecía, se había ganado mi corazón y mi cuerpo con su valentía y sus detalles.

Miré el diamante en mi anillo y recordé la noche en que me pidió matrimonio. Recordé cada uno de sus besos, sus caricias, sus promesas. Ahora todo estaba roto, como si alguien hubiera dejado caer una copa a mis pies y solo me cortara las manos al tratar de repararla.

Sir Arthur.

Pasé unas cuantas horas durmiendo después de que Elena se fue, me ponía muy duro pensar en su culo, tenía unas terribles ganas de probarlo, de penetrarla por detrás y hacerla gritar de placer.

Soñé que nos casábamos, huíamos en mi caballo hacia una pradera donde yo había construido una cabaña para nosotros y hacíamos el amor cuantas veces quisiéramos. Desperté, haría exactamente lo que vi en mi sueño. Buscaría la pradera más linda en los bosques de Camelot para construir nuestro nido de amor.

Tenía 8 días para terminar este trabajo, tendría que ponerme manos a la obra. Tendría que contratar algunos hombres que me ayudaran si quería terminar a tiempo. Si alguien me preguntaba por qué no estaba cuidando las calles del pueblo diría que estaba construyendo una casa para una chica que se había quedado sin hogar... Una casa para la misteriosa Marianne Morrison. Me levanté de la cama, salí de la pensión y saludé al casero.

—Buen día Charles ¿Cómo amaneciste?

—Muy bien Sir Arthur, pero no tan bien como usted ¡Tremendo revolcón le dio a esa chica anoche eh! Toda la pensión se enteró.

—¡Jajaja! Lo siento mucho. No volverá a pasar —dije apenado.

—Un anciano te está buscando desde hace rato, no quise molestarte porque pensé que esa chica te había dejado agotado.

—¿Un anciano, cómo se llamaba?

—No me dijo su nombre pero creo que todavía está en el umbral.

—Gracias Charles.

Caminé hasta el umbral para encontrar a alguien de mi pasado que pensé que nunca vería de nuevo.

—¡Merlín! Qué gusto verte.

—Arthur ¿Cómo has estado pequeño?

Lo abracé, mi maestro había vuelto al reino donde ya era bienvenido, fuimos hasta una taberna por una cerveza. Teníamos mucho que conversar. Lo puse al día acerca de todo lo que había pasado en este tiempo, le hablé de Elena, de Los Zorros y de cómo me enfrenté al Rey Marcus en la mascarada. Él me escuchó con atención, pero sin asombro, como si ya hubiera presenciado todo lo que le estaba contando.

—Me alegra mucho ver todo lo que has avanzado estos años Arthur. Pero temo que tuve un presagio y no era uno bueno...

—¿A qué se refiere maestro?

—Hijo, es hora de que sepas la verdad. Si alguna vez no te conté lo que estoy a punto de contarte es porque no había llegado el momento indicado, pero ahora parece que el destino ha puesto todo en su lugar y es preciso que te sea revelado tu origen...—decía Merlín arrastrando cada palabra con su voz baja y envejecida —. Arthur, nuestro encuentro hace años no fue pura casualidad. Cuando llegaste esa tarde a mi cabaña yo ya sabía quién eras. Tú eres el verdadero Rey de Camelot.

—¿Qué quiere decir?

—Arthur, tú eres el hijo de los antiguos reyes, Martin y Charlotte de Camelot, tu madre murió unas horas después de que te concibió y te puso como nombre, Hector ¡Tú eres el heredero legítimo del trono! El Rey Marcus te secuestró cuando eras un recién nacido para dejarte tirado en una calle de Camelot, ahí fue donde tu padre te encontró.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Tienes la marca de la realeza ¡Es el lunar rojo de tu pecho!

Lo sabía, algo en mis adentros me decía que mi destino siempre había sido ser rey. Ahora iría tras el rey Marcus, ese desgraciado me condenó desde que nací, me quitó todo lo que tenía por su ambición.

Pero quizás de no haber sido así no sería la persona que soy ahora. Quizás ni siquiera me hubiera enamorado de Elena. No tenía sentido pensar en el pasado o en lo que pudo ser. Ahora debía enfrentarlo y reclamar lo que siempre me perteneció. La corona y mi princesa, Elena.

—¿Significa que Elena es mi prima?

—Sí, son primos lejanos.

—Pero la amo tanto...

—Arthur, cuando el amor es verdadero, no hay ley humana que lo detenga...

—Iré por el Rey Marcus ahora mismo.

—Debes tener cuidado muchacho, él ya te está buscando, quiere tu cabeza. Lo he visto en las runas.

Salí de la taberna y monté mi caballo hacia el castillo. Solo pensaba en Elena, derrotaría a su padre y por fin podríamos estar juntos como siempre lo habíamos querido. Apenas llegué al palacio los guardias me detuvieron con lanzas. Merlín tenía razón, me estaban buscando, me llevaron adentro con el

Rey, estaba sentado en su trono rodeado de toda la corte real. A su lado estaba Elena encadenada a una silla con una mordaza en la boca que no le permitía hablar.

—Al fin aparecer maldita rata —me dijo.

—¡Suelten a Elena!

—Mi hija debería ser lo que menos te angustie ahora... Ya que estás a punto de perder la cabeza, literalmente.

—¿De qué se me acusa?

—¡De haber ultrajado a mi hija!

—Pues yo tengo algo de qué acusarte. ¡Eres un secuestrador de infantes! Secuestraste al heredero de la corona cuando solo era un bebé y lo abandonaste para quedarte con la corona.

—¡Jajaja! ¿Qué clase de patrañas estás diciendo?

—Es la verdad ¡Yo soy ese hijo!

Me arranqué la camisa para dejar a la vista de la corte mi marca de nacimiento.

—Yo soy Hector, el hijo de Martin y Charlotte.

Todos me miraron sorprendidos. Los guardias me tomaron de los brazos para inmovilizarme. La Condesa Leah, quien era hermana de los difuntos reyes se acercó para examinarme. Una lágrima corrió de sus ojos cuando vio mi pecho.

—¡Hector... Eres tú!

Entonces la corte miró al Rey Marcus y lo comenzaron a interrogar.

—Liberen a Elena —ordenó la condesa.

Los guardias me dejaron libre y Elena saltó a abrazarme.

—¡Arthur! —dijo sollozando —te amo mi Arthur...

—Yo también te amo princesa.

—¡Esto no se queda así! —dijo Marcus —Tú quién ahora te dices llamar Hector ¡Te reto a un duelo!

—¡Marcus! Eres un criminal y no tienes honor para retar a nadie. Lo único que mereces es la guillotina —dijo la condesa.

—No Condesa Leah, yo acepto el duelo. Y como Rey de Camelot pido que respete mi decisión —me acerqué a Marcus —Te concederé el honor de pelear con un verdadero Rey.

—Cariño ¡Por favor no lo hagas! —dijo Elena.

—Lo siento Elena, es lo que tu padre quiere y es lo que tendrá. Un duelo mañana apenas el sol se asome.

Princesa Elena.

Los guardias me pusieron unos grilletes y un bozal y me devolvieron al palacio. Toda la corte estaba reunida, temía lo peor. Que ejecutaran a Arthur frente a mis ojos. Pero lo que ocurriría sería tan inverosímil que nunca lo hubiera imaginado ni en el sueño más alocado.

Arthur era el Rey legítimo de Camelot y mi padre un farsante, un criminal. Ahora lucharían en un duelo de espadas. Si Arthur perdía mi padre seguiría siendo el Rey, si ganaba, mi padre moriría en sus manos o en la guillotina. Aunque fuera la peor persona del mundo seguía siendo mi padre, no quería que muriese de esa manera.

Me instalé con Arthur en la habitación matrimonial del castillo, nos besamos mucho pero él no estaba concentrado en hacerme el amor, su vista se perdía en las esquinas de la habitación.

—Lo siento Elena, tengo demasiado en qué pensar —me dijo.

Me acosté sobre su pecho y me quedé dormida. Me despertaron unas trompetas muy ruidosas, era el sonido que anunciaba el duelo. Arthur ya no estaba en la habitación, seguro no había dormido en toda la noche. Me vestí de negro, Nadine entró en mi habitación y me abrazó. Fuimos juntas hasta la arena donde casi todo el pueblo estaba reunido en las gradas.

Mi padre salió a la arena, hubo un silencio espectral, como si todo el mundo lo detestara. Él todavía gozaba de una gran vigorosidad, cabalgaba todos los días y era un excelente espadachín. A decir verdad temía por Arthur, aunque era un hombre muy fuerte no tenía experiencia en los combates. Cuando salió a la arena todo el público se puso de pie para aplaudirlo.

—Les anuncio que hoy no usaré la espada de Excalibur —todos callaron incrédulos —los guerreros honorables deben pelear en la misma condición que su enemigo.

Cada uno se puso en su posición, el duelo terminaría cuando alguno se rindiera o cuando alguien recibiera un golpe mortal. Estaba temblando del miedo, mi tía, la condesa Leah me tomó de la mano, estaba tan nerviosa como yo. Un trombón sonó fuerte, anunciando el inicio del duelo.

Ambos empezaron cautelosamente analizando el movimiento del otro. Arthur dio la primera estocada que mi padre frenó con su espada. Este rozó su mejilla con el filo, el rostro de Arthur comenzó a sangrar. El combate fue intenso, Arthur no tenía tanta agilidad con una espada ordinaria y pesada,

necesitaba la ligereza y velocidad de la Excalibur para ganar esta batalla.

Mi padre lo estaba destrozando, él frenaba todas las estocadas con su escudo, hasta que lo perdió. Tenía heridas en los brazos y el rostro, la sangre corría por toda su cara, de repente cayó al suelo. Mi padre subió su espada para darle el golpe final.

—¡No! —grité. Salté a la arena y me interpose entre ambos.

—¡Quítate Elena! Este insolente debe morir de una vez.

El rostro de Arthur estaba rojo, las heridas estaban abiertas y sangrando. Me agaché, me eché a llorar a verlo tan derrotado.

—Te amo mi princesa. Gracias por hacerme tan feliz —acarició mi rostro.

Le di un beso en la mejilla, me llené los labios con su sangre, era el final. No había nada que pudiera hacer. Me levanté y volví a las gradas. Arthur se apoyó de su espada para ponerse de pie, lo hizo con dificultad. Mi padre no esperó a que se recuperara del todo y clavó su espada en un costado de su estómago atravesando su armadura.

Arthur lanzó un alarido de dolor, yo no pude sino llorar y gritar en seco. Mi padre clavó más su espada en el cuerpo de Arthur, este se paró firme en la tierra, el alarido se convertía en un grito de guerra. Tomó la espada de Marcus con sus manos, con toda su fuerza la sacó mientras él intentaba hundirla más. La tiró. Ambos habían quedado desarmados.

—Es hora de pelear de verdad Marcus —apretó su puño y volvió a gritar con todo su aliento.

Era una pelea a puño cerrado, Arthur golpeó su cara con furia hasta que lo derribó. Tomó su espada de nuevo y se acercó a él. Puso un pie sobre su pecho y posó la punta filosa sobre su cuello.

—¡Mátame! ¡Mátame de una vez maldito! Quítame la vida como me has quitado todo lo que pertenecía —gritó mi padre.

—¡Guardias, Llévenlo al calabozo!

Los caballeros siguieron sus órdenes y se llevaron a mi padre de los brazos mientras este maldecía. Arthur se retiró. La arena quedó vacía y llena de sangre. La gente celebraba, yo aún temblaba. Leah me abrazó, Nadine también. Bajé a ver a Arthur, estaba muy mal, tuvieron que llevarlo al médico inmediatamente, lo vendaron, cosieron sus heridas y le dieron hierbas.

—Todo terminó Elena. Ahora seremos felices —dijo Arthur acostado, acariciando mi mejilla.

—No puedo ser feliz sabiendo que mi padre es un villano.

—Tu padre pagará por sus crímenes, en vida. No podría matarlo sabiendo

el sufrimiento que eso te traería.

Arthur era el hombre más noble de este reino. Le perdonó la vida a mi padre. Lo besé, su boca todavía sabía a sangre pero no me importó. Después de tantas tragedias era un nuevo comienzo para nuestro amor. Apenas se recuperó tuvimos nuestra boda y después fuimos coronados como Rey y Reina de Camelot. Todos los habitantes adoraban a Arthur, seríamos unos reyes justos y generosos con nuestro pueblo.

—Te amo mi reina. Gracias por darme la fuerza para ganar esa batalla.

Fue lo que me dijo en nuestra noche de bodas. Donde llenó nuestra cama con pétalos. Me besó con toda su ternura y pasión. Exploró cada centímetro de mi cuerpo como la primera vez que hicimos el amor en esa cueva. Le regalé todas mis cavidades esa noche, Me arrodillé, puse mi cabeza contra la cama y levanté mi cadera. Él acarició mis nalgas, las besó, las abrió para lamer mi orificio. Yo gemía, las cosquillas todavía me invadían, sentí sus dedos entrar con cuidado.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Todo lo que me haces me fascina.

Su miembro erecto entró lentamente en mi culo. Primero dolió y me quejé un poco, Arthur acariciaba mi espalda a la vez que iba hundiendo su miembro hasta el fondo de mi recto, me fui dilatando poco a poco, el dolor se volvió placentero y sus caderas embistieron mis nalgas cada vez más rápido.

Abrió mis piernas y masajeó mi clítoris mientras me daba por detrás. Lo escuchaba jadear como una bestia, sentía un fuego recorrer toda mi piel con cada uno de sus movimientos. Una explosión de placer me invadió. Gemí tan fuerte como nunca, me corrí como una cascada para después sentir cómo el miembro de Arthur se derramaba en mis adentros.

Y cada noche fue tan mágica como esa. Arthur construyó una cabaña en el bosque donde nos escapábamos de los deberes de la corona. A veces él iba primero y me esperaba ahí, yo tocaba su puerta, o mejor dicho, Marianne Morrison tocaba su puerta, para ser el objeto de todos sus deseos, fantasías y perversiones.

Otras veces era yo quien lo esperaba de noche, desnuda sobre la alfombra de piel frente al calor chimenea, para que me hiciera el amor como él solo sabía hacerlo. En ese nido de amor podía ser su princesa, su esclava, su enmascarada.

Título 6

Matrimonio de Fuego

*Romance, Sexo y Fantasía con la Princesa y
el Rey Medieval*

I

Llamas en el reino

Ningún reinado es para siempre, y esto le quedó claro a la princesa Artemisa el día en que vio una gran porción del reino de su padre arder en llamas. Un pueblo enardecido, agotado, frustrado y con hambruna, había decidido demostrar su poderío y fiereza, revelándose contra el rey Bronn, quien había llevado a cabo un reinado terrible donde se había hecho con las riquezas más prominentes conocidas por el hombre, mientras su pueblo se revolcaba en el fango con los cerdos.

No era un hombre de dudas o temores, estaba dispuesto a afrontar las consecuencias de sus actos hasta el final, tomando represalias en contra de aquellos que tan siquiera se atrevieran a contradecir su palabra.

El poder cegó a Bronn, quien no conocía límites para su codicia y amor por el oro y las riquezas, una debilidad que, de algún modo, causaría su destrucción en algún punto de la historia.

Había dos realidades paralelas que se llevaban a cabo simultáneamente, en una, una mesa llena de los platillos más deliciosos que se pudieran probar en el reino, joyas, piedras preciosas y vestiduras refinadas.

Del otro lado de la moneda, encontramos a un pueblo completamente devastado por la necesidad y la desesperación, sus pobladores se habían vuelto unos contra otros, convirtiéndose en una batalla campal por la sobrevivencia.

Nunca habían tenido el valor de sublevarse en contra de Bronn, pero el apoyo de sus guerreros y guardias, había sido suficiente para poder derrocarlo aquella noche en la que, Artemisa descubriría el significado de la desesperación.

Después de haber sido sacada de su cama en medio de la noche por una de las sirvientas que se había encargado de sus cuidados durante toda su vida, la chica había tenido que ser evacuada del castillo en unos pocos minutos.

—¿Qué está pasando? —Preguntó la confundida Artemisa.

—Es tu padre, está en peligro y me pidió que te protegiera.

—¿Él se encuentra bien?

—Hay una turba de gente intentando ingresar al castillo. Quieren la cabeza de tu padre. Y él no está dispuesto a huir como un cobarde.

A pesar de que las lágrimas de desesperación corrían por sus mejillas, Artemisa conocía perfectamente la personalidad de su padre, por lo que, sabía perfectamente que este no se rendía tan fácilmente ante una situación como esta.

Era un hombre imponente y aguerrido, quien había peleado en las batallas más duras de la historia. Esto le había dado la posibilidad de conquistar una gran cantidad de territorio, por lo que, comenzó a cegarse progresivamente con la gran cantidad de poder que manejaba.

Bronn había iniciado su reinado como uno de los hombres más bondadosos y comprensivos, proporcionándole acceso a todos hacia una vida de bonanza y riqueza.

Pero la avaricia y la codicia comenzaron a contaminar su mente de manera gradual, llevándolo hasta el punto de adueñarse de absolutamente todo en el pueblo. Viviendo completamente aislada de este mundo, Artemisa siempre pensó que todo en las calles era similar a como era en el castillo.

Estas eran las historias que le contaba su padre, y, había vivido los últimos ocho años de su vida encerrada completamente en el castillo sin tener acceso al exterior.

Cuando niña, corría por las calles del reino completamente feliz y libre, pero, a medida que las cosas se fueron poniendo más difíciles, Bronn tomó la determinación de que le proporcionaría absolutamente todo lo que necesitara sin necesidad de salir de allí.

Algunas de estas necesidades eran compensadas, pero Artemisa tenía un espíritu que estaba hambriento de libertad y conexión con la naturaleza, y a pesar de contar con un enorme jardín en los límites del castillo, esto no era suficiente para ella.

La tristeza y la depresión comenzaron a invadirla poco a poco, resultando en una leve depresión de la cual no había podido salir. Parecía estar contagiada del descontento que se respiraba en las calles del reino, ya que, comenzó a sentir una gran aversión por su propio padre.

Fuertes discusiones se llevan a cabo en la gran sala donde generalmente se encontraba Bronn, dictando instrucciones y firmando acuerdos con otros reinos que generalmente prestaban su apoyo.

Aquella misma noche en la cual la chica había sido despertada de manera drástica para poder salvar su vida, había tenido una fuerte discusión con Bronn, asegurando que tarde o temprano violaría sus normas y abandonaría el castillo.

Esto, aunque parecía ser algo sencillo, pero estaba más cerca de la fantasía que la realidad, ya que, la gran seguridad que había instalado Bronn en el castillo, no permitiría jamás que la chica abandonara los límites de este edificio.

Mientras se desplaza por un corredor oscuro desconocido para ella, Artemisa pensaba únicamente en la posibilidad de no volver a ver a su padre con vida. El miedo que se podía leer en el rostro de Estella era evidente, y nunca había estado inmersa en una situación como esta.

—¿Hacia dónde vamos? —Preguntó Artemisa mientras iba tomada del brazo prácticamente arrastrada por Estella.

—Debemos refugiarnos en un lugar seguro.

—¿Qué es este pasillo? ¿A dónde lleva?

—Deja de hacer preguntas, niña. Pronto estaremos a salvo. Lamentablemente, tu padre no podrá acompañarnos. Deberás ser fuerte.

Las palabras de Estella se quedaron grabadas en la mente de la chica, quien sentía como la adrenalina corría por su cuerpo y su corazón latía de manera salvaje.

Sus pies descalzos avanzaban con torpeza en medio de la oscuridad, mientras la pequeña lámpara que llevaba en las manos Estella, les indicaba el camino hacia dónde seguir. Ambas parecían confundidas, y el sudor comenzó correr por la frente de ambas.

Se habían desplazado con mucha rapidez, y en medio de una situación llena de tensión y peligro, no había demasiado tiempo para las dudas. Era el momento de resolver la seguridad de Artemisa, quien era la princesa, y única hija de Bronn. Muchos hombres de confianza que habían formado este reino en compañía de Bronn, lo habían traicionado debido a la inconformidad existente con la forma de manejar la situación.

Se había convertido en un hombre egoísta, egocéntrico y violento, ya que no le importaba cortar la cabeza de cualquiera en el pueblo si había un beneficio para él de por medio. Todos comenzaron a desconocerlo como rey, pero nadie se atrevía a levantar la voz.

Desde las mazmorras, comenzó a elevarse una pequeña voz que rápidamente hizo eco en el resto. Imbert, el principal aprendiz de Bronn, se había convertido en esa yesca que había encendido la llama que tenía al pueblo completamente convencido de que ese día harían caer al rey.

Bronn era conocido como “el rey de fuego”, un hombre admirable cuyo corazón y bondad ardía con mucha fuerza, pero con el tiempo, esa llama que lo

caracterizaba comenzó a apagarse. La luz que iluminaba al reino, se convirtió en una oscuridad intensa, de la cual era casi imposible salir.

Muchos habían experimentado la misma frustración y habían muerto en la horca, decapitados o eran desterrados hacia el bosque de los leones. Todo el alrededor del reino estaba infestado de leones hambrientos, que eran alimentados con aquellos que mostraban signos de traición hacia el reinado de Bronn.

Todos los que vivían en los límites de aquel lugar, sabían perfectamente que no podían huir o abandonar este territorio, ya que, con facilidad, podrían ser atacados y despedazados por estos hambrientos animales.

Esto era algo completamente desconocido para la chica, quien, al llegar a una gran habitación completamente nueva para ella, comenzó hacer preguntas a Estella, quien no estaba autorizada del todo para brindarle respuestas.

—¿Qué es esta habitación? ¿Por qué no la conocía? ¿Qué está pasando?

—Has vivido en una realidad completamente falsa. Lamento decirte que tu padre te ha mentado durante muchos años.

—¿Qué dices? ¿Mentirme acerca de qué?

—No estoy completamente segura de cómo terminarán las cosas esta noche, Artemisa. Pero deberás estar preparada para lo peor. Tu padre ha hecho las cosas de una manera errada y quizás pague las consecuencias de esto.

Las lágrimas en los ojos de Estella eran un sinónimo de miedo, ya que, mientras revelaba esta información sabía que estaba traicionando completamente las instrucciones de Bronn.

Aunque lo respetaba y admiraba como su rey y amo, una parte de su corazón estaba convencida de que la mejor salida de aquella situación de hambruna y desesperación era a través del derrocamiento de este hombre.

Se había convertido en un sinónimo de desolación y caos en el reino, por lo que, todos parecían esperar ese momento en el cual, Bronn caería de manera súbita y pagara por sus consecuencias.

—Todas tus riquezas, lujos y comodidades están soportados sobre unas bases llenas de dolor y necesidad, ya que, el pueblo que una vez conociste ya ha desaparecido.

Artemisa escuchaba con atención las palabras de la sirvienta, ya que, comenzaba a atar cabos de las razones del por qué no le era permitido abandonar el castillo.

Se había convertido en una prisionera de su propio padre, pero este había

aprendido a manipularla de manera eficaz para que no desarrollará una curiosidad extrema y rompiera los parámetros establecidos.

Aunque su corazón se había contaminado enormemente, Bronn tenía aún una debilidad bastante evidente, y esta la representaba Artemisa, quien era su única hija y heredera del reino.

Era la luz de sus ojos y la razón para seguir adelante cada día, y aunque hacía mucho daño, solía argumentar todas sus acciones al basarse en el hecho de que su hija lo necesitaba. Durante años, Artemisa preguntaba e indagaba en las razones del por qué no podía abandonar aquel castillo, y muchas teorías se tejieron alrededor de ella.

Se hablaba de la peste, de la inclemencia de los rayos solares que generaban enfermedades, amenazas de otros reinos y otras mentiras que eran inventadas únicamente por Bronn y todos debían seguir la corriente para que se mantuviera el engaño.

Para nadie era más doloroso mentirle a esta chica que para Estella, quien había cuidado de ella desde su nacimiento. La madre de Artemisa había muerto en el parto, por lo que, esta se había convertido prácticamente en la madre sustituta.

Aunque había tenido la intención de revelarles toda la verdad en los últimos años, no era quién para pasar por encima de los mandatos del rey. Su vida corría peligro, y no sabía cuáles serían las consecuencias para Artemisa.

Este encierro la mantenía desesperada la mayoría del tiempo, y si Bronn incrementaba la intensidad de estas limitantes, posiblemente la chica viviría encerrada en una celda el resto de su existencia.

Bronn jamás imaginaría que todo aquel movimiento en su contra se había gestado en la mente de un joven guerrero que había crecido en aquel lugar como uno de los aprendices del rey. Algo que no podía negarse era la maestría y destreza de este hombre con la espada.

Había luchado en muchas guerras y sus habilidades se habían incrementado enormemente, por lo que, no estaba dispuesto a abandonar el reino sin luchar. Pero había cometido un grave error, el rey Bronn había enseñado todos sus conocimientos a Imbert, un joven hijo de campesinos quien generalmente acudía a las muestras de los guardias, donde cientos de niños hacían acto de presencia para visualizar un gran desfile organizado anualmente por el rey.

Los guardias escogían a un niño aleatorio, con quien podían desarrollar un simulacro de combate y este era evaluado directamente por los ojos del rey. Si

lograba pasar estas pruebas, era absorbido por la guardia real, convirtiéndose en uno de sus miembros después de cumplir con años de entrenamiento.

Imbert, quien admiraba a su mentor, entendía perfectamente cuál era la situación que atravesaban los pobladores de aquel reino, por lo que, había dejado atrás para siempre toda la lealtad que sentía por el rey, dirigiendo así esta rebelión que no tendría final hasta ver a Bronn finalmente derrocado y humillado, tal y como lo había hecho él con los pobladores de su propio reino.

Después de una ardua batalla entre los guardias de la rebelión y aquellos que aún creían en las palabras del rey, estos finalmente habían logrado adentrarse el castillo.

Quién era conocido como “el rey de fuego”, tuvo que ver con sus propios ojos como todo era destruido y comenzaba arder en llamas. Creían fervientemente que todo debía renacer desde las cenizas, ya que, el propio Bronn había sido quien había calcinado todas las esperanzas de los pobladores.

Aunque los superaban el número, Bronn siempre se mantuvo firme y luchó hasta su última gota de energía. Fue una gran sorpresa para él encontrarse directamente con los ojos de Imbert, quien, con espada en mano, decidió enfrentarlo.

—Has generado una gran decepción en mi corazón. Nunca pensé que tú serías capaz de hacer esto, Imbert. ¡Te maldigo!

—Este pueblo se encuentra maldito desde el día en que comenzaste a pensar solo en ti. Es hora de pagar las consecuencias.

—Siempre quisiste mi corona. Eres un gusano asqueroso y repulsivo. Yo mismo me encargué de atravesarte con mi espada y hacerte pagar tu traición.

El combate entre el rey y su protegido, dio inicio, desarrollándose por largos minutos que finalmente culminaron con una gran herida en el abdomen de Bronn.

—Solías llamarte rey y sentías que era superior a todos nosotros. En muchas oportunidades me lo dijiste. Pero mira, eres tan mortal como yo o cualquiera de nosotros.

Bronn se encontraba de rodillas intentando detener el flujo de sangre de la herida que le había sido infringida en el abdomen. Sabía perfectamente que iba a morir, por lo que, el miedo comenzó a invadirlo.

Todos los pobladores que habían logrado ingresar acompañando a la rebelión, veían con ojos de alegría como el causante de tanto dolor y hambruna había sido derrocado aquella noche gracias al ímpetu y valor de

Imbert, quien había acabado con aquella amenaza de una vez por todas. La muerte de Bronn se tradujo como el inicio de una nueva era para el reino, la cual reposaría sobre los hombros del nuevo rey, Imbert.

La oscuridad que plagaba el reino dejó de existir en el preciso instante en el cual, Bronn cerró sus ojos y se desplomó de forma súbita sobre el suelo de su gran salón. Todos aplaudieron y gritaron eufóricos la muerte del rey, cargando en sus hombros al nuevo hombre que se encargaría de guiarlos por este nuevo camino lleno de incertidumbre y transformación.

El inicio de esta rebelión no tenía como objetivo convertir a Imbert en rey, ya que, este nunca se había sentido atraído por el poder y el dominio del que siempre le había hablado Bronn.

Pero su espíritu lo había convertido en el líder emergente en el que todos creían. Pero Imbert era un simple guerrero, no contaba con los conocimientos para ser un rey adecuado para sus pobladores, por lo que, necesitaba herramientas y conocimiento para poder hacer un buen trabajo.

Mientras unos celebran la caída de Bronn, Artemisa llora desconsoladamente al descubrir cada una de las verdades reveladas por Estella, quien no ha tenido ningún tipo de limitante al sincerarse absolutamente con la princesa.

El reino ha caído, la corona ha pasado a otras manos, y los pobladores saben perfectamente que mientras la heredera esté viva, hay una posibilidad de que el reinado de Imbert se vea anulado.

Artemisa no solo acaba de descubrir que el mundo es muy diferente a lo que ella creía, sino que se ha convertido en el objetivo de aquellos que buscarán incansablemente erradicar cualquier existencia del linaje del rey Bronn.

II

Un secreto en el castillo

No podido pasar oculta toda su vida en aquella habitación, ya que, el hambre atacaría tarde o temprano y debería ir en busca de alimento para poder sobrevivir. Aunque Estella hacía lo posible por tratar de proporcionarle todos los alimentos que necesitaba, Artemisa no pasaría una vida en cautiverio intentando preservar su vida.

Aquellas cuatro paredes entre las cuales se encontraba encerrada, la estaban enloqueciendo, por lo que, cuando decidió explorar hacia las afueras de aquel lugar, se encontraría con alguien completamente diferente y con una forma distinta de hacer las cosas.

Mientras Estella intentaba aparentar que nada ocurría y que no conocía el paradero de Artemisa, la chica escapó de aquella habitación, desplazándose por túneles y pasillos cuyo destino desconocía completamente.

Su única intención era alejarse de aquella habitación que se había convertido en una especie de prisión, ya que, en caso de ser descubierta no tendría escapatoria. Cuando la luz del día golpeó sus ojos, la chica prácticamente quedó ciega, ya que, la oscuridad bajo la que se encontraba durante su encierro, había hecho que sus ojos se adaptaran perfectamente a la oscuridad.

Fue un absoluto error salir de aquel lugar y exponerse ante los rayos solares, ya que, al momento en que estos incidieron sobre sus retinas, prácticamente las quemaron de manera instantánea.

Un alarido de dolor, reveló la presencia de Artemisa en los jardines del castillo, donde casualmente, se encontraba muy cercano el rey Imbert. El nuevo rey se encontraba meditando por los jardines de aquel lugar, intentando encontrar respuestas acerca de la gran cantidad de preguntas que han surgido en aquella semana de reinado.

Ese territorio era codiciado por reyes de otras tierras, así que Imbert había adquirido la preparación de algunos hombres que solían ser consejeros de Bronn, había revisado las escrituras, pero en el corazón de Imbert no existía ese don necesario para poder ser rey.

Aunque el pueblo lo aclamaba con mucha euforia y confiaban plenamente en sus planes, este no contaba con la confianza necesaria para poder dirigir

aquel reino de la misma manera en que lo habían hecho los reyes posteriores.

El inicio del reinado de Bronn había sido un completo éxito, y este podría servir de referencia para poder seguir adelante y hacer las cosas de una manera similar. Algo sí estaba completamente claro, las cosas no podrían empeorar más de lo que ya estaban, ya que, Bronn había sumido a aquel pueblo en un estado bastante grave y deplorable.

Tomando esta posición de inicio, cualquier actividad, desarrollo o progreso que experimentara el reino era una ganancia para Imbert, quien, al escuchar aquellos gritos durante la mañana de aquel día, corrió rápidamente en ayuda de esta fémica.

Mientras los pobladores aseguraban que debían cazar a la princesa para poder eliminar el linaje existente de la dinastía de Bronn, para Imbert esto no era ningún problema ni prioridad.

Siempre había tenido una excelente relación con Artemisa, y jamás pasaría por su mente la idea de hacerle daño a esta joven chica de apenas 18 años de edad. Era muy hermosa, y contaba con la admiración de absoluta de todos los habitantes del castillo.

Su cabello rojizo, largo y ondulado parecía ganar más brillo con cada día, era suave y delgado, el cual lucía perfecto cuando el viento agitaba levemente sus ondas. En muchas oportunidades, la mirada de Imbert se había quedado perdida mientras visualizaba aquella hermosa chica en los jardines del castillo.

Pero, al ser uno de los hombres de confianza de Bronn, intentaba reprimir aquellos deseos increíbles que comenzaban a surgir en cada oportunidad que se encontraban juntos. Para Artemisa, este joven era simplemente inexistente, invisible e imperceptible, ya que, tenía terminantemente prohibido vincularse con la guardia real.

La princesa y los hombres del rey eran personas completamente diferentes que no debían mezclarse, y los estratos sociales estaban muy bien marcados. Imbert siempre tuvo en consideración la idea de que era un simple hijo de campesinos, por lo que, simplemente con pensar en relacionarse con esta chica, estaba cometiendo un absurdo.

Jamás, ni siquiera en sus mejores sueños, una chica como esta se fijaría en él, y ante esta premisa, Imbert simplemente reprimió constantemente el fuerte deseo que comenzaba a crecer en él hacía Artemisa.

Aunque escuchaba los mandatos de los habitantes del pueblo, quienes pedían la cabeza de la chica, este ignoraba completamente estas demandas, ya

que, jamás se le pasaría por la mente la idea de hacerle daño a esta joven.

Rogaba a los dioses que esta chica hubiese logrado escapar y se hubiese alejado cuanto pudiese de aquel reino y lograra salvar su vida. Si por casualidad, Artemisa aún se encontraba en el territorio y era encontrada por alguno de los aldeanos o guardias de la rebelión, fácilmente sería víctima de un ataque y no dudaría en asesinarla.

Era el objetivo a conseguir de cada uno de los habitantes de aquel lugar, quienes la habían convertido en una especie de trofeo sin precio. Solo el hecho de eliminar el linaje de Bronn, sería una ganancia, ya que, nadie más contaría con la sangre de este hombre que solo había llevado desgracia al reino.

Artemisa, adolorida por las quemaduras en sus ojos, llevó sus manos hacia sus párpados y los presionó con mucha fuerza. Abrió sus ojos para intentar ver, pero un gran círculo negro se encontraba frente a ella.

El desespero hizo que llorara descontroladamente y se retorciera del dolor, algo que había revelado su ubicación con mucha facilidad. Imbert, tras escuchar este escándalo, corrió rápidamente hacia la parte trasera de los jardines, justo en los arbustos, donde había una salida secreta de aquel sistema de túneles de escape que se habían construido para una situación como esta.

Cuando se encontró frente a aquel cabello rojizo y piel blanca completamente pálida, Imbert supo perfectamente que se encontraba frente a la chica de sus sueños. El rostro se encontraba cubierto, ya que, Artemisa se encontraba en el suelo retorciéndose sin decir más que improperios.

Imbert, sabiendo cuáles eran las consecuencias de ayudarla, dio un vistazo hacia los lados para asegurarse de que no había absolutamente más nadie en el lugar. Se acercó a la chica y dudó si debía hablarle o no. Prefirió guardar silencio, así que, colocó sus manos sobre el hombro de Artemisa, quien se exaltó enormemente.

—¿Quién está allí? No puedo ver...

Este comentario confundió enormemente a Imbert, quien no entendía qué era lo que ocurría. Utilizó esta deficiencia en Artemisa a su favor, ya que, al saber que la chica no podía ver quien la estaba ayudando, podría cuidarse las espaldas durante algún tiempo mientras esta sanaba, si es que lo hacía.

Acarició su cabello con mucha gentileza, lo que le generó cierta confianza a Artemisa, quien se calmó después de sacudirse un par de veces. Tomó la mano de la chica y revisó entre los arbustos la puerta de la cual había salido.

Esto era completamente desconocido para Imbert, así que, caminó de

regreso nuevamente y conoció estos túneles que llevaban nuevamente a la habitación de donde se había escapado la chica. Era una situación bastante particular para el nuevo rey, quien debía estudiar las consecuencias para determinar cuál era el provecho que podía sacarle a todo eso.

Esta no era cualquier chica, era la hija de un hombre que fue muy importante para él en su vida, ya que, le había dado la oportunidad de convertirse en alguien sin nada a cambio. Pero la manera tan errada en que había actuado Bronn, había obligado a Imbert a traicionarlo, y aunque no se sentía completamente orgulloso de esto, debía retribuirle el favor de alguna manera.

Imbert no era un hombre vengativo, violento o rencoroso, todo lo contrario, era gentil, amoroso y muy comprometido, por lo que, podría ser completamente condescendiente con la chica y perdonarle la vida a pesar de que todo el pueblo buscaba lo contrario.

A pesar de que Artemisa deseaba con todo su corazón ser libre, las condiciones en las cuales se encontraba no le permitían vagar indefensa por las calles del reino, por lo que, debía permitir que este hombre la ayudara sin ni siquiera saber quién era.

—¿A dónde me llevas? ¿Quién eres? ¿Por qué me ayudas? —Preguntaba Artemisa constantemente al no saber cuál sería su paradero.

En ese punto de aquella situación, para la chica era muchísimo más sencillo morir que seguir encerrada, y ahora con una deficiencia en su vista. No sabía cuánto tiempo duraría aquel mal, por lo que, solo tenía como único recurso orar a los dioses para que la sanaran pronto.

Para cuando volvieron a la habitación, ya Estella se había percatado de la ausencia de la princesa, sintiendo una gran desesperación al no saber cuál sería el paradero de esta chica.

—¡Artemisa! ¡Estás bien! —Exclamó Estella, ignorando completamente la presencia del nuevo rey de fuego.

Este había hecho una señal con su mano exhortándola a hacer silencio, ya que, no quería que la mujer lo expusiera como el hombre que se había encargado de salvarle la vida a la joven.

Era evidente que Estella experimentaba un terror increíble ante la posibilidad de enfrentar graves consecuencias por haber ayudado a esta joven en contra de la ley, pero, aun así, su principal prioridad seguía siendo el bienestar de la chica.

Tomó de la mano a Artemisa, y la vio nuevamente hacia la habitación. Esto

le regresó la confianza a la princesa, quien, al escuchar nuevamente la voz de Estella, supo perfectamente que estaría a salvo nuevamente. Tenía que volver nuevamente al encierro, y para Imbert, sería muchísimo más factible tenerla encerrada en aquel lugar hasta que pudiese decidir cuál era la opción correcta que debía tomar.

Todos confían ciegamente en el nuevo rey, por lo que, traicionar al pueblo, podría generar un nuevo motín donde la víctima principal sería él. Tenía que descubrir cuáles eran las ventajas de poder mantener a Artemisa con vida, pues esto le proporcionaría ciertos recursos adicionales puesto que, Artemisa podría darle ciertas indicaciones de cómo llevar el reino de una manera mucho más efectiva.

A pesar de que el reinado de su padre había sido un completo caos, la chica contaba con una educación incomparable, ya que, su padre había pagado los mejores maestros para proporcionarle una educación única en el reino.

Después de asegurarse de que todo estuviese bien, Estella e Imbert mantuvieron una conversación a las afueras de aquella habitación, donde determinaron las condiciones sobre las cuales trabajarían y se desempeñarían a partir de ese momento.

—Sé muy bien que traicioné sus mandatos, mi rey. Enfrentaré las consecuencias que sean necesarias, así sea con mi vida. Pero por favor, no le hagas daño a Artemisa. —Dijo Estella.

—Nunca fue un mandato de mi parte buscar la cabeza de Artemisa. Es el pueblo el que se encuentra enardecido y lleno de ira en su contra. Sé perfectamente que ella no he hecho nada malo.

—¿Entonces le perdonarás la vida?

—Tú te encargarás de mantenerla a salvo. Te proveeré de lo que necesites para su bienestar. Hay que iluminar este lugar. No estoy seguro de qué ocurrió con sus ojos, pero posiblemente el daño sea temporal.

Mientras el rey y la sirvienta se encontraban conversando a las afueras de aquella habitación, Artemisa se encontraba descansando, ya que, era completamente necesario que mantuviese sus ojos cerrados y reposara su agotado cuerpo.

Cada tarde durante los días siguientes, Imbert descendía de forma secreta hacia aquella habitación secreta que se había convertido en la prisión de la princesa. A veces, ni siquiera sabía que el rey se encontraba frente a ella.

La ceguera que se había generado era bastante grave, y a pesar de que el líder de aquel reino había ordenado la iluminación de aquel lugar a Estella,

aun no era digno de alguien como Artemisa.

La contemplaba mientras dormía y disfrutaba de la compañía de la hermosa princesa, quien no tenía la menor idea de que era el propio rey quien se encontraba subsidiando su sobrevivencia. Estella e Imbert se convirtieron en cómplices de aquella situación, ya que, nadie más podía enterarse de la existencia de estos túneles o de que la chica aun seguía con vida.

No era fácil para Imbert manejar una situación de tensión como esta, ya que, el más mínimo error podría ponerlo en evidencia ante los habitantes del reino. Aun muchos estaban convencidos de que la princesa se encontraba con vida en algún lugar y que había logrado escapar del reino. Otros estaban convencidos de que, si había logrado salir del reino, los leones y ya habrían cumplido con la labor de eliminarla.

Solo dos personas en el reino se preocupan por el bienestar de la princesa, quien después de un mes de descanso absoluto, había comenzado a presentar mejoría en sus ojos.

La vista era borrosa y difusa y no lograba enfocar con claridad los objetos, pero al menos podía desplazarse con un poco de autonomía y le daba un poco de esperanzas de que tarde o temprano podría valerse nuevamente por sí misma.

Una tarde, después de que el sol se ocultó, Imbert decidió hacerle una visita a la chica, quien generalmente llevaba una venda cuando este se encontraba en la sala. Este patrón había sido planificado con Estella, quien no cumplió con su labor aquel día. La vieja mujer había sufrido un drástico desgaste físico y mental en medio de aquella situación, sufriendo de un declive en su salud que la hizo caer en cama inevitablemente.

Las cosas estaban por cambiar rápidamente de panorama, ya que, cuando Imbert llegó a la habitación de Artemisa, se encontraría con sus ojos verdes descubiertos e intentando ponerse de pie.

No contaba con Estella para que la asistiera, por lo que, se vio obligado a acercarse e intentar ayudar a la joven con sus propias manos. Pero Artemisa pudo identificar una silueta diferente, no era Estella quien estaba allí, por lo que, se asustó tremendamente.

—¿Estella? ¿Eres tú?

—No, no soy quien esperas. —Dijo Imbert.

—¿Quién está allí? —Dijo Artemisa mientras retrocedía unos pasos.

Sus drásticos movimientos casi la hacen caer al suelo, así que Imbert tuvo que intervenir. Se mostró muy caballeroso y gentil con la chica, quien apenas y

podía visualizar una silueta frente a ella. Las manos de Imbert rodearon el cuerpo de la chica y evitaron que cayera, un gesto que le permitió ganarse un poco de la confianza de la chica.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Estella?

—Al parecer su salud se esta deteriorando. No te preocupes, todo estará bien.

—Nadie debe saber que estoy aquí. —Dijo la chica.

—Absolutamente nadie lo sabe, más que Estella y yo.

Se veía el miedo en el rostro de la chica, pero no tenía mas alternativa que confiar en este caballero cuyo nombre aun desconocía.

—Siéntate, debes tomar las cosas con calma. No dejaré que nada malo te pase.

La serenidad en su tono de voz, hizo que la chica se calmara casi instantáneamente. Era el momento de enfrentar una realidad de la cual había estado huyendo y permanecía oculta. Artemisa estaba frente al ejecutor de su padre, pero también su salvador, ya que, de lo contrario, ya los pobladores habrían terminado con el trabajo desde el momento en que la encontró.

III

La alternativa del rey

—¿Casarnos? ¿Acaso te volviste loco? —Preguntó Artemisa al reaccionar ante una propuesta completamente demente por parte de Imbert.

—Todo el pueblo quiere tu cabeza. Quizá, la única salida sea presentarte como mi esposa.

—Esto tiene que ser una broma. Ni siquiera te conozco.

—Sabes muy bien quién soy, Artemisa. Fui la mano derecha de tu padre durante años. No hagas como que no me conoces.

El comentario dejó completamente desconcertada a Artemisa, quien había pasado la mayoría de su vida encerrada en una burbuja. Su padre le había prohibido rotundamente vincularse con otros sirvientes que no fuesen Estella, los guardias estaban completamente alejados de ella la mayoría del tiempo, y no importaba cuan cercano fuesen todos al rey, ninguno tenía permitido acercarse a la princesa.

Pero de alguna forma, siempre hubo miradas que se filtraron por parte de la chica hacia Imbert, pero su intención de mantenerse firme y no despertar demasiado la atención de este hombre, los mantuvo alejados por una barrera invisible que mantenía las relaciones completamente neutrales.

Imbert, siempre había sentido cierta atracción por esta chica, y a pesar de tener una diferencia de edad de 6 años, ahora con sus 24 años de edad, aún sentía un enorme deseo incontrolable por Artemisa.

—¿Qué dices? Es la primera vez que hablamos más de un par de minutos. Te agradezco que me hayas salvado la vida, pero eso no te da derecho a querer manipularme y controlarme.

—Te reto a que salgas de esta habitación y camines por los pasillos del castillo o caminarías del reino. Te aseguro que no durarás más de algunos minutos sin que te asesinen a pedradas.

—Lo que dices no puede ser cierto. Todos respetaban a mi padre, no entiendo por qué me odiarían a mí.

—¡Ya basta! Intentas vivir completamente engañada y no soy quién para extraerte de ese mundo fantasioso donde vives. La realidad es que para que puedas salir de aquí, necesitamos demostrar que estamos enamorados, será la única forma en que valoren tu vida.

Para Artemisa era sumamente difícil doblegarse y ceder ante los deseos de Imbert, quien ante sus ojos parecía ser un oportunista que sólo estaba buscando la manera de aprovecharse de ella.

La situación estaba bastante complicada para la princesa, y sus opciones se están acabando. Después de recuperar la vista, había quedado bastante agradecida con este nuevo rey, quien periódicamente la visitaba y conversaba con ella sólo unos minutos, debido a que existía un gran rechazo por parte de la chica hacia este hombre.

Había traicionado a su padre, y gracias a este chico, todo se había vuelto un completo caos en el reino. Mientras para unos todo había mejorado y había comenzado a florecer nuevamente, para algunas personas como Artemisa, todo se ha convertido en un completo fracaso.

Un matrimonio por conveniencia sería beneficioso tanto para Imbert como para Artemisa, y de alguna forma, para el reino también, ya que, la figura de un matrimonio siempre resultaba mucho más confiable para ejercer un mandato.

La existencia de la figura femenina, sumaba madurez, calidez y comprensión al reinado, mientras que, los hombres podían corromperse fácilmente por el poder, como había pasado específicamente con Bronn.

—Esta sea mi oferta, permanecerá abierta hasta que pienses mejor las cosas y puedas entender que es lo mejor para todos. —Dijo Imbert antes de abandonar la habitación.

Después de dejarla completamente sola, Artemisa tendría la oportunidad de evaluar si realmente la propuesta de este chico, tenía validez. Era el nuevo rey, tenía poder, era respetado y admirado, pero la imagen de traidor no podía quitársele de la mente a la chica, ya que, había sido su propio padre quien había sido víctima mortal de la espada de Imbert. Un sentimiento de venganza crecía en el pecho Artemisa, quien había perdido toda posibilidad de volver al mundo que solía conocer en el pasado.

Ahora sólo podía contar con las opciones ofrecidas por Imbert, quien no parecía ser un hombre tan rastroso como para engañarla. Aún había algunas condiciones para discutir este extraño acuerdo que estaba presentando el rey.

Todo había surgido de manera improvisada y drástica, por lo que, aún había mucha desconfianza en el corazón de la joven princesa. Sólo tenía 18 años, y su cuerpo era casto y virgen, por lo que no podía ni siquiera pensar en la idea de entregarle su virginidad a este guerrero.

Su padre estaba convencido de que su hija se casaría con el príncipe de

algún reino aliado, y esto permitiría que las alianzas se hicieron mucho más efectivas y el poder incrementaría.

Terminar vinculada con un guardia real sería completamente desilusionador para la memoria de su padre, pero esto ya poco importaba. Pasó completamente sola el resto del día, dando vueltas en su cabeza a esta idea que se había incrustado en su mente como un parásito. No había dicho nada a Estella, ya que, al ver la forma en que esta se comportaba con el rey, sabía perfectamente que este hombre contaría con su apoyo.

Tras llegar la mañana y escuchar a lo lejos el canto de las aves que solían despertarla en la habitación que solía ocupar en sus días de princesa, decidió que la mejor opción debía ser tomada. No quería vivir encerrada el resto de su vida como una rata en la oscuridad del castillo, por lo que, en la próxima visita de Imbert, le solicitaría la posibilidad de discutir con más calma las condiciones de este matrimonio.

Una de las principales razones por las cuales sentía miedo, era entregarle su cuerpo a Imbert, quien debía respetarla totalmente y no le tocaría un solo cabello durante todo este proceso de farsa y montaje.

Esto quizá no resultaría tan atractivo para un hombre que podía tener a cualquier mujer a sus pies, ya que, Imbert era bastante apuesto y misterioso, lo que despertaba la atención de una gran cantidad de mujeres que suspiraban al verlo pasar en su caballo.

Estaban jugando con fuego, ya que, para Imbert una oportunidad de tener a su lado a la chica que siempre había deseado, pero no podía evitar sentirse mal ante la idea de que lo estaba haciendo por manipulación y no por estimular la voluntad de la chica.

No había ningún tipo de sentimiento, no había amor, no había ningún vínculo, simplemente un contrato. El boleto de salida de esta chica sería mantenerse bajo la sombra de Imbert, quien crecía cada día como un rey respetado que aseguraba el futuro de este reino.

Absolutamente nadie sería capaz de oponerse a la voluntad de Imbert, quien podía tomar la decisión que deseara sin consultárselo a absolutamente nadie. Muchos verían con mal ojo el hecho de que se relacionara con la hija del difunto Bronn, pero todos conocían el vínculo existente entre el guerrero y el antiguo rey.

Si había alguien en el reino que podía haber desarrollado cierto vínculo o nexos con esta chica era él, debido a la cercanía que tenía a la familia. Pero esto nunca pudo ocurrir debido a las limitantes establecidas por Bronn, quien

veía a su hija como una pieza de diamante intocable.

Desesperada por hablar con Imbert, la chica no veía el momento en que llegaría este rey a su habitación, sintiendo como si las horas pasaran de una forma muy lenta, mientras ella se encontraba encerrada en la oscura habitación.

Su corazón le gritaba que se acercaba la hora de poder disfrutar de la libertad otra vez, aunque tuviese que adaptarse a duras condiciones para las cuales no estaba preparada. Nunca antes se había visto en una situación similar, ya que, su padre se había encargado de protegerla y evitar que esta estuviese sometida a preocupaciones y estrés.

Le había hecho un grave daño, ya que, había dejado que desarrollara un concepto errado del mundo que la rodeaba. Mientras Bronn destruía absolutamente todo lo que sus pobladores tenían, la chica disfrutaba de deliciosos platillos, los mejores vestidos y riquezas ilimitadas.

Mientras cepillaba su cabello, la chica escuchó los pasos de las botas militares que solía utilizar Imbert. Estas pisadas se acercaban y se hacían mucho más intensas cada vez, por lo que, supo perfectamente que la visita que tanto había estado esperando había llegado.

—¿Has tenido tiempo suficiente para pensar? — Pregunto Imbert después de saludar a la chica con un suave apretón de mano y un beso sobre la superficie de la misma.

—Creo que he tomado una decisión. Espero que sea la correcta. —Dijo la chica con cierta vergüenza y caminando directamente hacia él.

—Este plan no sólo me beneficiará a mí, ambos contamos con ventajas al unirnos, Artemisa. —Dijo Imbert, estando solo a unos cuantos centímetros del rostro de la chica

Estando tan cerca, Artemisa sintió algo sin precedentes, ya que, la imponencia y masculinidad que irradiaba este hombre, la intimidaba y la hacían sucumbir ante cualquier deseo que este mostrara.

—Eres una chica joven y hermosa, el mundo espera por ti. Lo último que quiero es que alguien te haga daño. Siempre estarás a mi lado y te prometo que pronto serás libre plenamente como tanto lo deseas.

Al parecer, Imbert tenía planes definidos de todo lo que iba pasar después de que finalmente, Artemisa fuese liberada. Pero ante la imposibilidad de controlar el desarrollo de los acontecimientos, no quería revelar absolutamente nada de la información que tenía.

Era una manera de cuidarse las espaldas ante la posibilidad de que se

filtrara información y todo su andamiaje para el futuro se viera afectado desde la base y se desplomara súbitamente.

—Es completamente absurdo que tomemos una decisión tan drástica como casarnos de un momento a otro. Absolutamente nadie lo creerá. —Dijo Artemisa.

—Las personas del reino creerán cualquier cosa que yo diga. Mi palabra es el credo del reino.

Esto dio algo de confianza a Artemisa, pero ni siquiera el mismo Imbert podía darle completa fidelidad a sus palabras. Se trataba de un proceso de aceptación bastante complicado por parte de los pobladores del reino, quienes visualizaban cualquier residuo del linaje de Bronn como un sinónimo de devastación que los llevaría por el mismo camino.

Existían muchos puntos en contra que no se podían ignorar, y para que todo tuviese éxito, debían hacerlo de manera casual. Imbert no podía exhibirse como un hombre que había protegido a esta chica durante todo este tiempo, ya que, con mucha facilidad lo tacharían de traidor.

Con mucha razón los pobladores podrían sublevarse y castigar al joven rey por haber mentido acerca de la ubicación de la princesa, por lo que solo existía una alternativa y era bastante arriesgada.

Artemisa debía ser liberada y rescatada posteriormente por el propio rey, quien podría sembrar sus semillas de perdón y piedad en los pobladores, algo que parecía haber sido olvidado durante el mandato de Bronn. El hambre y la desesperación durante todo ese tiempo habían convertido prácticamente en salvajes a todos, quienes no podían razonar con el estómago vacío.

—Te liberaré durante las horas de la noche. Deberás caminar hacia los límites del reino, pero tendrás cuidado de no abandonar nuestro territorio, recuerda que hay peligros desconocidos más allá de las fronteras.

—Esto no tiene ningún sentido. ¿Acaso quieres que me maten los leones? No estoy dispuesta acceder a esto.

—Dejaremos que el éxito de este plan repose en las manos del destino. Quisiera que todo fuese mucho más sencillo, pero así deben ser las cosas.

Imbert dejó habitación y despertó expectativa en Artemisa, existía una gran posibilidad de que todo saliera mal y quién pagará las consecuencias más graves fuese la princesa. Las horas avanzan lentamente, el momento de abandonar su habitación está muy cerca.

Seguía pensando en que la idea de Imbert era una locura, ya que, debía ir a los límites del reino sin ser vista. Imbert activaría las alarmas del reino,

anunciando una irregularidad, siendo él mismo quien iría en la búsqueda de la chica para poder devolverle la libertad.

Su intención nunca fue arrebatarse el trono del rey, quien, en medio de su orgullo no había cedido en medio de la batalla. La intención de Imbert era regresarle a la chica la posibilidad de poder recuperar absolutamente todas sus pertenencias, ya que, el principal objetivo de Imbert no era quedarse con absolutamente nada, si no, beneficiar al pueblo y proporcionarles lo que merecían.

Cuando la oscuridad se adueñó del reino, la visita de Imbert fue la señal para poder anunciar el inicio de aquel plan que, aunque era arriesgado, podría tener muy buenos resultados y volver a colocar a Artemisa al mando de aquel reino.

—Ya es hora. Que los dioses te acompañen. —Dijo Imbert mientras despedía a la chica.

Artemisa corrió tan fuerte como pudo hacia el horizonte, sin saber en qué momento debía detenerse. Imbert subió al punto más alto del castillo y la divisó hasta que esta prácticamente se desapareció ante su vista. Era un reino enorme, por lo que, con facilidad la chica se perdería.

No establecieron normas y reglas durante la búsqueda, todo sería completamente aleatorio. Artemisa sabía que corría el riesgo de ser encontrada por algunas hordas de asesinos, pero prefería esto antes de morir encerrada en aquel cuarto oscuro.

Después de haber transcurrido largos minutos, Artemisa se había alejado lo suficiente del castillo, escuchado las alarmas a lo lejos, lo que representaba el inicio de un despliegue de caballería para revisar los límites del reino.

Nadie sabía a qué amenaza se enfrentaban o por qué sonaban las campanas, lo cierto es que, obedeciendo órdenes Imbert, quien magistralmente los había desviado para él ocuparse de buscar a la chica en el área que él consideraba más factible

Abandonó su castillo cabalgando su corcel negro directamente hacia la zona a donde había huido Artemisa, buscando incansablemente, prácticamente casi hasta debajo de las rocas para poder encontrar a la princesa y su futura esposa.

Por momentos, dudaba de si había hecho lo correcto al dejar que una doncella indefensa fuese liberada en un lugar que no podía garantizar su seguridad. La oscuridad de la noche podía hacer que Artemisa se perdiera con facilidad, y el lugar estaba lleno de trampas y animales salvajes que serían una

amenaza letal para la joven. Mientras Imbert recorría una zona puntual, el resto de las tropas fueron dirigidas hacia un lugar completamente diferente.

Esto le daría tiempo a Imbert de recorrer el lugar y explorar minúsculamente para encontrar a Artemisa, aunque no pudo evitar sentir algo de miedo al prolongarse la búsqueda más de lo que él esperaba y no encontrarla. No podía volver al castillo con la consciencia limpia sin encontrar a esta chica, quien estaba esperando ser rescatada por el rey.

Una mala pisada había hecho caer a Artemisa en una zanja, de donde no pudo salir por sus propios medios. Tras imaginar que este se convertiría en el lugar de su muerte, la chica simplemente se desplomó a llorar sin ninguna esperanza, pero la suerte no estaba lista para abandonar a la princesa todavía.

IV

Oro, placer y miedo

Con ojos de incredulidad veían los pobladores la reaparición de Artemisa, quien de la noche a la mañana había vuelto aparecer en el castillo con una actitud completamente renovada y dispuesta a recuperar lo que por derecho le pertenecía. No importaba cuán malvado o déspota hubiese sido su padre, el viejo Bronn había luchado por cada pieza de oro y por cada centímetro cuadrado de aquel castillo.

Como buena princesa y heredera de aquel trono, Artemisa no estaría dispuesta a dejar perder toda su riqueza. Había pasado la noche entera en aquella fría zanja completamente sola y llena de temor, pero alguien le había demostrado el absoluto compromiso con ella, ya que, Imbert no había descansado durante las horas de la madrugada para poder rescatarla.

Parecía que había un magnetismo existente entre ellos, y que lo había atraído directamente hacia ella, ya que, después de haber dejado todo por perdido Imbert asumió que la chica había muerto.

Pero, aunque estos sentidos fatalistas que habían surgido durante el proceso de búsqueda lo habían desesperado enormemente, no estaba dispuesto a rendirse, ya que, hasta que no consiguiera el cuerpo sin vida de la chica, no descansaría.

No fue sino hasta pasar cerca de aquella zanja con su caballo cuando escuchó los pequeños sollozos su una chica frágil y completamente devastada. Se detuvo rápidamente y prácticamente se lanzó de su caballo mientras este se desplazaba a una gran velocidad.

Cayó muy cerca de la chica y corrió rápidamente a levantarla, ya que, por sus propios medios, Artemisa no podía salir de aquel lugar. La llevó tan rápido como pudo a las instalaciones del castillo y pidió que se le atendiera inmediatamente con alimento, medicina y descanso.

Después de ser estabilizada y reanimada, la chica pudo contar con vestiduras, lujos y joyas, ya que, para su presentación nuevamente ante el pueblo debía lucir imponente y elegante.

Todos estaban esperando que la reaparición de Artemisa fuese en condiciones completamente diferentes, llena de temor y que estuviese dispuesta a implorar por su vida, mientras aquellos que tenían las venas llenas

de sed de venganza, gozarían con el sufrimiento de la única hija del hombre que había llevado el pueblo hasta la miseria.

El anuncio fue precedido por fanfarrias, algo completamente inesperado para los pobladores, quienes escucharon como se llamaba a los pobladores a reunirse frente a un gran balcón que era utilizado por el propio Bronn para hacer sus anuncios.

Imbert se estaba jugando mucho en ese momento, pero debía apoyar a aquella chica, quien había comenzado a transformar su manera de ver a este rey. El hecho de que Imbert hubiese arriesgado su vida y estuviese poniendo en el fuego sus propias manos para poder brindarle la oportunidad de recuperar lo que por ley le pertenecía, la hizo comprender que el hombre estaba realmente comprometido para ayudarla.

Nadie, absolutamente nadie en el pasado se había mostrado tan consecuente y dedicado con ella como lo estaba haciendo Imbert en esta oportunidad, lo que sería el momento perfecto para poder demostrarle a esta joven que sus intenciones iban más allá de un simple plan para engañar al pueblo.

Artemisa podría ver con claridad la forma en que la observaba el rey, y aquella mirada que recibió al ser vestida con aquellas ropas elegantes y refinadas, la hizo entender que el deseo que sentía Imbert llegaba más allá de lo inocente.

Su cuerpo virgen comenzaba a experimentar una gran cantidad de necesidades que no sabía cómo calmar, ya que, no conocía los placeres carnales y nunca le había pertenecido a ningún hombre.

Artemisa, joven e inexperta, necesitaba la guía de un hombre experimentado y conocedor de estos elementos fundamentales en la vida de un ser humano, pero aún pensaba que no era el tiempo.

Muchas emociones se habían mezclado simultáneamente durante este proceso de vuelta a su puesto de princesa, el cual no sólo recuperaría, sino que automáticamente se convertiría en la reina de aquel territorio.

Al casarse con Imbert, le daría la posibilidad a los pobladores de conocer la verdadera faceta de esta chica, quien siempre había estado oculta bajo la sombra del nombre de su padre.

Artemisa tenía una gran cantidad de ideas y propuestas que podrían hacer que el reino evolucionara significativamente y tomara un nuevo camino lleno de prosperidad y riqueza. Aunque todos observaron incrédulos la reaparición de Artemisa frente a ellos, nada más tangible que la decisión de Imbert de

volver a darle la oportunidad a la chica de estar al mando del reino.

Las masas se dividieron, y había personas que aún seguían renuentes a la idea de aceptar que Artemisa fuese miembro de la realeza una vez más. Existía la fuerte creencia de que la sangre de Bronn estaba maldita y estaba llena de maldad, por lo que, darle la oportunidad de volver al poder a través de la chica, sólo ponía al pueblo en riesgo de atravesar nuevamente una etapa de destrucción

—Hermanos y hermanas... He venido a hacer anuncio muy importante que quiero compartir con ustedes. Juntos hemos vivido en carne viva la desolación y el abandono de nuestro rey, pero ya no más. Hay una luz nueva en el camino —Dijo Imbert dirigiéndose a todo el pueblo.

Artemisa se encontraba justo a su lado y no podía evitar temblar al saber lo que posiblemente se avecinaba. Sujetaba la mano de Imbert con mucha fuerza mientras este le hacía sentir seguridad, apoyo y respaldo en todo momento. Hasta ahora no había dicho una sola palabra a los pobladores, Artemisa estaba completamente segura que el anuncio generaría una nueva rebelión en contra de Imbert.

—Recibimos una amenaza de ataque hace unos días, y en lugar de encontrar una amenaza, volví a descubrir lo que siento dentro de mi corazón. Un fuerte sentimiento por la mujer que me acompaña en este momento.

Aunque todo era parte de un plan y parecía ser fingido, las palabras de Imbert no podían ser más genuinas, ya que, los sentimientos que experimentaba por aquella chica eran más fuertes que cualquier cosa.

Su necesidad de declararle su amor justo frente a todos en el pueblo, superaba cualquier cosa en ese instante, por lo que, Imbert les dio rienda suelta a todas sus sensaciones y dejó que hablara su alma.

Justo a su lado, se encontraba de pie la joven princesa que en un futuro no muy lejano se convertiría en la esposa de Imbert, ya sea por conveniencia, por planificación o manipulación, pero lo cierto era que era la única salida. Artemisa tenía el don de poder ver a través de los ojos de los hombres, y determinar cuando estaban siendo sinceros y le mentían.

Aunque siempre supo que su padre de alguna u otra forma nunca fue sincero con ella, intentaba evadir esta realidad, ya que, este era su progenitor y no podía poner en duda su palabra.

El rey había jugado con los sentimientos de absolutamente todos los pobladores del reino, destruyendo sueños, planes y esfuerzos de todos aquellos que una vez confiaron en él.

El discurso de Imbert se extendió por más de una hora, explicándole cada uno de los pobladores, que los sentimientos que solía tener por Artemisa aún permanecían vivos, y que siempre la amó sin importar las condiciones existentes en su entorno.

Nadie podía juzgarlo por haberse enamorado de la princesa, por lo que, aunque presentía que tarde o temprano estallaría una guerra interna como resultado de la inconformidad de los habitantes del reino, pronto esta tensión comenzaría a ceder, aunque no desaparecería del todo.

—Todos conocen perfectamente a Artemisa, hija de Bronn, antiguo rey de fuego y quien se encargó de enseñarme cada una de sus habilidades de combate y estrategia. Hoy, he decidido compartir con ustedes mis planes de convertirla en mi esposa.

El asombro de cada uno de los presentes se tradujo en un silencio sepulcral, muchos se quedaron sin aliento, no había nada que decir u opinar, ya que, el daño y la decisión era completamente irreversible.

Tras finalizar el anuncio, Imbert y la princesa se besaron discretamente frente a todos, demostrando que sus palabras eran completamente ciertas. Acto seguido, ingresaron al castillo y finalmente pudieron respirar nuevamente con normalidad.

—Sólo resta esperar las consecuencias de esto. Lamento que tengas que atravesar por algo así para recuperar tu vida. —Dijo Imbert.

El beso fue algo completamente improvisado e inesperado para Artemisa, quien se había quedado completamente sorprendida ante el hecho de haberse besado con Imbert. Aquel beso había sido intenso y profundo, a pesar de haber sido bastante simple.

Había activado y estimulado cada hebra del ser de la chica, quien se estremeció enormemente al sentir el contacto de los carnosos labios del rey. Mientras sentía como este la tomaba entre sus brazos, nunca había sentido una seguridad como esta, se sintió protegida y muy confiada, por lo que, quería volver a experimentar esta sensación una vez más.

—Ví mucha sinceridad en tus ojos mientras te dirigías al pueblo. Lo que dices, ¿lo hacías en serio todo fue fingido? — Preguntó la chica para intentar aclarar sus ideas.

Imbert, al verse en evidencia, sintió mucha vergüenza y no quiso continuar con la conversación. Se suponía que todo era parte de un plan maestro donde los principales engañados debían ser los pobladores, pero lo que había aflorado en medio de aquella situación habían sido los más puros sentimientos

de este joven guerrero.

—No quiero complicar las cosas entre nosotros. Un hombre como yo no puede estar con alguien como tú. Eres hija de un rey, y yo tengo sangre de campesinos. No te preocupes.

Imbert abandonó la habitación y se dirigió a sus aposentos, mientras la chica se quedó completamente confundida al no saber realmente cuáles eran las intenciones de Imbert. Era innegable que sus palabras habían sido sinceras, pero estaba completamente cerrado a la idea de tener un vínculo con esta chica, más por la sangre que por las condiciones.

Artemisa había recuperado el acceso nuevamente a sus joyas, el oro y la riqueza, pero había algo mucho más intenso surgiendo en su pecho y en su abdomen que no la dejaba dormir en paz.

Había regresado nuevamente a su antigua habitación, contaba con la misma servidumbre quienes la atendían con mucha cordialidad sin vincularla con el oscuro pasado relacionado con el rey Bronn. Artemisa estaba viviendo en su propio castillo, comprometida con un hombre que le había asegurado la salvación y su completa integridad.

Imbert hasta el momento no le había dicho una sola mentira y había cumplido con absolutamente todo lo que había prometido. Su sanación, la salida de aquella oscura habitación, el regreso al castillo y un futuro prometedor donde recuperaría absolutamente todas sus pertenencias.

Todo iba encaminado hacia el momento en que Artemisa podría coronarse nuevamente como la reina de aquel territorio, y así podría dar la libertad a Imbert de descansar, ya que, este no estaba del todo preparado para hacer el nuevo rey de fuego.

Como en muchas oportunidades lo había reiterado, este joven no sentía tener linaje de monarca, por lo que, sentía que su verdadera vocación estaba en los campos de guerra y defendiendo la integridad del reino.

No estaba acostumbrado a estar sentado en un trono la mayor parte del día dando órdenes o recibiendo buenos tratos, este no era el esquema de vida al que estaba acostumbrado Imbert.

Las continuas interacciones entre la princesa y el rey se fueron haciendo mucho más habituales y espontáneas, ya que, los almuerzos, las cenas y los paseos a caballo nunca podían faltar al menos dos o tres veces a la semana. Era una actividad que adoraban compartir juntos, y mientras más tiempo compartían, más fácil se hacía acoplarse a la idea de que tarde o temprano contraerían matrimonio.

Artemisa estaba lista para entregar su vida temporalmente a Imbert, pero este no estaba seguro de cómo podría manejar todo ese deseo que experimentaba por la chica. Quizá, para el resto del mundo todo era una farsa, pero lo que se desarrollaba dentro de su ser, era completamente genuino y sincero.

Los sentimientos que había profesado Imbert en todo momento a los ojos de los demás eran absolutamente cristalinos y auténticos. Nadie más que Artemisa sabía que esto era así, ya que, bastaba con estar frente a él y detallar sus ojos y la forma en que la miraba para poder conocer que los sentimientos de Imbert eran intensos e irrevocables.

Muchas lunas habían transcurrido en medio de una situación de negación, ya que, Imbert había crecido en el reino observando a la princesa desde lejos. Era la chica intocable e inalcanzable que se convertiría en su sueño constante a alcanzar.

La vida le había permitido conservarla cerca de él, y a través de toda esta manipulación, había conseguido que esta aceptara casarse con él. Se arriesgaba a que los resultados fueran catastróficos, ya que, si las cosas no iban bien entre ellos, lo único que conseguiría era alejarla.

Imbert no estaba preparado para arruinar las cosas con Artemisa, pues su única intención era hacerla feliz. Con el paso de los días, para Artemisa era mucho más sencillo hacerse a la idea de que tarde o temprano estaría en la misma habitación compartiendo la cama con el rey, ya que, para que la farsa fuese creíble, debían llevar una vida marital normal, ante lo que, experimenta una gran cantidad de nervios. Estos nervios surgían del hecho de que posiblemente no podría controlarse ella misma ante la tentación de sucumbir ante los encantos del rey.

Era un hombre ardiente y deseable, por lo que, estar en un mismo lugar con él durante tiempo prolongado y no querer saltar encima de este hombre y arrancarle sus vestiduras, se estaba convirtiendo en un verdadero reto difícil de afrontar.

Los juegos de palabras, el doble sentido y la picardía, se fue haciendo mucho más presente entre ellos, quienes sabían perfectamente a qué estaban jugando. Artemisa no era tan inocente como creía Imbert, y este sentía que sus muros de contención se derribaban con cada oportunidad que compartía con esta chica.

De forma inesperada, nubes de lluvia se acercaban al reino, por lo que, los pobladores debían prepararse para una tormenta que sacudiría el lugar. Nunca

antes se habían visto nubes tan negras y relámpagos tan feroces, por lo que, cualquier cosa podría pasar.

Los más ancianos del lugar se encontraban temerosos ante el hecho de que jamás habían visto algo como esto en el pasado, por lo que, le asignaban este hecho a un mal augurio que se avecinaba al reino.

La lluvia siempre había sido sinónimo de fertilidad en las tierras, pero en esta ocasión, se había convertido en un generador de miedo e incertidumbre, por lo que, todos corren a protegerse ante las fuertes brisas que se desatan en el lugar. La ventana de la habitación de Artemisa se abre abruptamente, asustándola y haciéndola gritar de la impresión.

Acto seguido, Imbert ingresa preocupado a la habitación tras haber escuchado la voz de la chica. Al encontrarla con tan poca ropa recién salida de la cama, sintió una vergüenza tremenda, pero sus ojos no pudieron apartarse del cuerpo de la chica hasta que esta se cubrió con sus sabanas.

—Lamento haber entrado de esa forma. Te escuche gritar.

—La ventana... Se abrió sola.

Imbert ayudó a Artemisa a cerrar la ventana, intentando enfocar su mirada en otro lugar, pero lo que había visto, jamás se borraría de su memoria y alimentaría ese deseo con el que lucha cada día.

Nubes de desgracia

Las lluvias se habían extendido por más de 30 horas, por lo que, los pobladores habían comenzado a experimentar una gran cantidad de miedo ante posibles inundaciones. Muy cercano al reino se encontraba un poderoso río que, si se desbordaba, devastaría completamente aquel territorio.

Había mucha tensión y se respiraba una gran preocupación en el pueblo, pero las grandes murallas del castillo, no permitirían que ocurriera nada grave en su interior. Artemisa e Imbert se encontraban a salvo, y todos aquellos que tenían el privilegio de habitar el castillo, no debían porqué temer, ya que, estarían protegidos en todo momento.

Pero Artemisa no podía ser egoísta, ya que, sabía perfectamente que, en caso de inundaciones, una gran cantidad de niños, mujeres y ancianos se verían afectados al no poder valerse por sí mismos y todo sería una catástrofe.

Los planes de matrimonio comenzaban a tambalearse, ya que, en caso de una tragedia, esto sería completamente irrelevante. Después de afrontar esta situación, Imbert llegó a la puerta de la habitación de Artemisa una noche con intenciones bastante claras.

—Lamento molestarte a estas horas. La lluvia no ha cesado, ¿tienes alguna idea de lo que podríamos hacer?

—Lo mejor será refugiar a los pobladores en el castillo, quizá no todos tengan la posibilidad de entrar, pero debemos salvar a la mayoría. — Respondió Artemisa.

Era una de las pocas veces que habían estado en la misma habitación durante horas de la noche, ya que, Imbert se había dedicado a respetar a la chica y no violaba su espacio personal sin que esta lo permitiese. Artemisa llevaba su ropa de dormir, la cual era holgada, nada sugerente y muy suave.

Caía sobre su cuerpo de una manera tan suave y sutil, lo que ligeramente dibujaba las líneas de su cuerpo, algo muy difícil de evadir para Imbert. Mientras conversaba con la chica, su mirada solía perderse rápidamente entre sus ojos verdes y sus labios, siendo imposible para el caballero poder mantener la concentración y escuchar atentamente lo que decía la chica.

En muchas oportunidades, Imbert dejaba de escuchar absolutamente todas las palabras pronunciadas por la joven y simplemente se perdía en aquellos

labios carnosos que no había podido olvidar desde que los besó. Todo se estaba convirtiendo en una especie de tortura para el rey, quien ya no puede contener el deseo que experimenta por la joven.

La interacción entre ellos había aumentado enormemente, y la confianza que había surgido por parte de Artemisa hacia el rey, había sido ganada a pulso. Ya no se sentía incómoda al estar con él, lo veía como un buen amigo y protector, pero esta visión comenzó a transformarse levemente con el tiempo.

Artemisa ya no podía resistir la necesidad que su cuerpo demandaba, y el deseo que la carcomía por dentro, cada vez era más difícil de controlar. Aquella noche, mientras conversaban, la lluvia podía ensordecir a cualquiera, ya que, caía de una manera tan inclemente, que parecía que los dioses querían triturar aquel reino.

—Nunca había visto llover de esta forma. Estoy comenzando a preocuparme. —Dijo Artemisa.

—Haremos lo que dices. Protegeremos a nuestros pobladores antes de que comiencen las inundaciones. Esta lluvia no parece estar lista para cesar.

Imbert se dispuso a abandonar la habitación tras conocer la propuesta de la chica, por lo que, se puso de pie y caminó hacia la puerta. Pero sentía una gran necesidad de quedarse a su lado, ya que, podía percibir la enorme preocupación y miedo que experimentaba la chica.

En ese momento, sintió un enorme impulso de quedarse a su lado, por lo que, decidió consultar para determinar si para Artemisa era lo correcto. Al llegar a la puerta de la habitación, se dio media vuelta y al observar a la chica sentada en la cama mirándolo fijamente con una sonrisa dibujada en su rostro, quedó completamente indefenso ante sus encantos.

—¿Te gustaría que pasáramos una noche juntos? Puedo sentir algo de miedo en ti.

Artemisa experimentó algo de vergüenza, ya que, a pesar de que aquel caballero tenía razón, no sabía si era lo correcto.

—No quiero que las cosas entre nosotros se arruinen por un simple error. —Dijo Artemisa al bajar la mirada hacia el suelo.

—Solo será esta noche. Claro, si es que tú lo deseas. —Dijo Imbert completamente decidido a marcharse.

Artemisa quería gritar ante la gran cantidad de desesperación que experimentaba. Quería dejar salir esa chica espontánea y libre que siempre había querido ser, pero aún se aferraba a esquemas que habían sido impuestas por su propio padre, por lo que, no estaba lista para romper las reglas. Pero,

mientras más rígidos son los edificios, más rápido se quiebran ante el estremecimiento, por lo que, cuando Imbert caminó directamente hacia ella, Artemisa supo que ya no tenía más opción.

—¿Hasta qué punto seguiremos negando lo que sentimos, Artemisa?

Imbert se acercó tanto como le permitía el espacio personal de la chica, y extendió su mano para tomar la de ella. Artemisa se encontraba sentada en el borde de su cama, por lo que, tomó la mano del caballero y se puso de pie. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que le sugiriera aquel hombre, quien la había desarmado lentamente durante todo su proceso de interacción.

Conocía muchos ángulos de la personalidad de Imbert, y todas sus suposiciones acerca de una personalidad oscura y traicionera habían sido derrumbados y sustituidos por un concepto completamente diferente. Imbert le había demostrado absoluta lealtad y compromiso durante todo ese tiempo, ya que, no se había involucrado con otras mujeres y todo el tiempo libre con el que contaba, decidía pasarlo junto a esta chica.

—Tienes las manos muy frías. —Dijo Imbert mientras sostenía a la chica de una manera muy sutil.

—Debe ser el frío de las lluvias. Me encuentro bien. —Dijo la joven mientras titubeaba.

—Hay algo dentro de ti que pide a gritos lo mismo que yo. Yo tampoco quiero que esto se arruine. Pero me gustas mucho, Artemisa.

—No se suponía que esto debiera pasar. Todo debía ser neutral y sin vínculos. Pero también ha sido difícil para mí resistirme. —Dijo la joven.

—¿Resistirte a qué? —Preguntó Imbert.

La respuesta fue inmediata, pero no fueron las palabras las que definieron lo que sentía Artemisa. La chica se acercó al rey y besó nuevamente sus labios. Este contacto había formado parte de sus sueños durante las últimas noches, ya que, esperaba ansiosa el momento en que esto se repitiera nuevamente.

Se quedó enganchada completamente en los labios de este hombre, quien sostuvo a la chica de la cintura mientras degustaba los deliciosos besos de aquella joven casta. Artemisa era una chica joven, virgen y pura, por lo que, era la opción perfecta para un hombre como Imbert.

En sus días de guardia real, había sido todo un conquistador, y se había paseado por una gran cantidad de mujeres en el reino. Era conocido por sus habilidades en la cama, y siempre dejaba completamente satisfechas a sus amantes.

Pero nunca había sentido algo tan intenso por alguien como lo experimentaba por Artemisa, ya que, iba más allá de lo carnal. Se había generado un vínculo sentimental y emocional con esta chica, quien le había demostrado que no todo se trataba de sexo y placer.

El sentimiento existente entre ellos era absolutamente puro e inofensivo, por lo que, sienten un miedo natural al no saber si esta situación podrá manejarse en el futuro.

—No quiero enamorarme de ti, Imbert. Mucho se me ha hablado sobre el amor y el dolor que genera la desilusión, es mucho más profundo que la herida de una daga en un costado.

—Para mí ya es tarde, Artemisa. Yo me he enamorado de ti completamente. No hay una célula de mi cuerpo que no te desee, que no te necesite. Ya para mí es tarde...

Las palabras de Imbert estremecieron a la chica, que experimentó un terror increíble al saber que la sinceridad del rey era absoluta. Solo necesitaba un poco de impulso para poder desinhibirse, puesto que, había estado luchando constantemente con la idea de encontrarse desarrollando sentimientos por este hombre.

Los sentimientos de Imbert afloraban con facilidad, pero los de Artemisa se encontraban reprimidos absolutamente debido a la difícil situación en medio de la cual se encuentran.

—Estamos frente a una posible tragedia en nuestro pueblo. No entiendo cómo puedes pensar en esto en medio de esta situación.

—Has sido tú quien ha incrementado mi amor por este reino. Tu abnegación y preocupación por los pobladores me ha demostrado que no eres esa chica superficial y vacía que se proyectaba durante los años bajo la sombra de tu padre.

—Creo que siempre viví dentro de una bola de cristal. También debo agradecerte que me hayas liberado de ella.

Era difícil de aceptar para Artemisa, pero este joven había sido determinante en la madurez de la princesa, quien, en un último momento, decidió que era la hora de dejar que su cuerpo decidiera y echar a un lado las ataduras que la limitaban.

Las manos de la princesa acariciaron el pecho del príncipe, mientras sus oídos simplemente escuchaban la fuerte lluvia cayendo sobre el reino. Las caricias eran suaves e inofensivas, nada sugerente, ya que, Artemisa se encontraba en una etapa de reconocimiento, puesto que, era la primera vez que

se encontraba en medio de una situación como esta.

Imbert permitió que la chica lo acariciara a su torso, sin intervenir ni interrumpir absolutamente nada. Las robustas pero delicadas manos de aquel hombre se posaron sobre la cintura de la chica mientras sus ojos observaban atónitos la forma en que Artemisa se iba desinhibiendo poco a poco. Los botones de la camisa de Imbert se fueron liberando uno a uno con mucha lentitud, hasta dejar completamente desnudo el pecho y el abdomen del rey.

Las manos de Artemisa se introdujeron en su ropa, tocando la piel de aquel hombre y paseándose directamente hacia su espalda. Lo abrazó muy fuerte y lo pegó hacia su cuerpo, experimentando aquel calor tan agradable y confortable que comenzó a despertar sus niveles de excitación. Había un calor ardiente en la zona de su vientre y en la parte baja de su cuerpo, lo que amenazaba con incendiarla si no apagaba aquellas llamas.

—Tócame, quiero sentir tus caricias. —Dijo Artemisa mientras tomaba las manos del caballero y las llevaba hacia su rostro.

Quería sentirlo, conectarse con él, y que se generará un vínculo tan fuerte entre ellos que ni siquiera los dioses fuesen capaces de romperlos. Imbert hizo caso a las demandas de la chica, acariciando levemente su rostro para después dirigirse hacia su cuello. Masajeó suavemente los hombros de la princesa, mientras esta cerraba sus ojos para disfrutar de la forma tan sensual en que la tocaba el rey.

No había forma de huir de esta situación, ya que, estaban completamente perdidos el uno en el otro. Artemisa se ocupó de quitar la camisa de aquel hombre, dejando que esta cayera al suelo y disfrutando de lo que sus ojos podían mostrarle.

Era el pecho de un guerrero, aún tenía algunas cicatrices de combate, por lo que, la chica acarició con sus dedos cada una de estas huellas que habían dejado las batallas, para posteriormente besar nuevamente sus labios.

Imbert tenía la posibilidad de hacer lo que deseara con sus manos, ya que, todas las limitantes que habían sido estructuradas y establecidas por Artemisa, ya habían desaparecido.

Sus manos acarician la espalda delicada de aquella joven inexperta, quien experimentaba espasmos y escalofríos al sentir aquellas caricias tan genuinas. Poco a poco su vestido fue subiendo, ya que, la intención de Imbert era desnudar por completo el cuerpo de la joven.

Piel suave, carne tierna, aroma penetrante y seductor, fueron los estímulos que percibió el rey al tenerla frente a él completamente desnuda mientras su

cabello rojizo cubría sus pechos.

La vergüenza que experimentaba Artemisa era increíble, pero era el momento de entregarle su cuerpo por primera vez a un hombre, y nadie más lo merecía tanto como este rey. Le había salvado la vida, le había demostrado comprensión y apoyo, y me había tratado con tanta delicadeza, que fue todo muy espontáneo y sincero desde el primer momento.

Debido a la enorme vergüenza que experimentaba, Artemisa no era capaz de deshacerse del pantalón de aquel hombre, por lo que, sería el propio Imbert que se encargaría de desnudarse frente a ella para mostrar su anatomía y disfrutar la de la chica.

Ambos estaban de pie uno frente al otro, mientras Artemisa exploraba cada milímetro del cuerpo de su compañero. Se acariciaban, se tocaban de forma inocente, pero los niveles de excitación cada vez eran más incontenibles.

—Serás el primer hombre que posea mi cuerpo. —Dijo Artemisa con cierta vergüenza.

—Lo sé, y no tienes nada de qué preocuparte. Te trataré con manos de seda. —Dijo el rey.

Ambos fueron directamente a la cama, y la lluvia pareció arreciar en ese preciso instante. Mientras estos amantes se demostraban el intenso y fuerte deseo existente entre ellos, la naturaleza parecía estar en contra del surgimiento de aquel vínculo entre estos dos personajes. Los besos eran apasionados y profundos. Se devoraban con tal intensidad, que parecía que querían arrancarse la piel del uno al otro.

Artemisa soltó un alarido al sentir como el enorme y bien dotado miembro de Imbert comenzó a entrar en ella. Era un placer fusionado con un dolor que experimentaba por primera vez, pero curiosamente, no quería que el caballero se detuviese.

—Ya estás dentro de mí, no puedo creer lo delicioso que se siente. —Dijo la chica mientras sus puños se cerraban sujetando las sábanas.

—¿Te gusta? ¿Lo estás disfrutando? —Preguntó Imbert.

—Sí, no te atrevas a detenerte. —Dijo la chica mientras se movía levemente durante las penetraciones.

Las aguas del río comenzaban a alcanzar el límite del borde, por lo que, con cada segundo que pasaba, el peligro inminente aumentaba.

—No dejes de penetrarme. Me encanta lo que haces. —Dijo Artemisa a disfrutar de como aquel trozo de carne lubricado entraba y salía de ella de una forma lenta pero firme.

Imbert había tratado a la chica tal y cual se lo había prometido. Había sido muy cortés y caballeroso, llevándola a través de un sendero de placer que culminaría en un orgasmo intenso que prácticamente hizo que la chica se desvaneciera.

—Esto ha sido magnífico. —Dijo Artemisa después de contorsionarse como si su cuerpo estuviese poseído tras experimentar un placer sin precedentes.

Imbert había quedado muy satisfecho tras poseer el cuerpo casto y virginal de esta joven. Cada curva, cada línea y cada centímetro de su piel se había fusionado con la de él, por lo que, el vínculo que se había formado entre ellos se había fortificado de manera inmediata tras aquel encuentro.

El placer fue absoluto, y después de una ráfaga de besos posteriores al encuentro, todo sería interrumpido drásticamente por gritos y desesperación a las afueras del castillo.

Habían descuidado el desarrollo de los acontecimientos vinculados al desorden natural debido a su interés en explorar el cuerpo del otro, por lo que, esto dejó como consecuencia un abandono parcial de sus actividades como dirigentes del reino. Mientras dormían, el río amenazante cuya potencia y poder era incontenible, se desbordó, comenzando a inundar progresivamente los alrededores del pueblo.

Tal y como lo había dicho Artemisa, el único lugar seguro era el castillo, ya que, sus murallas impenetrables podrían contener el ingreso del agua y podrían albergar a los más indefensos del pueblo.

En medio de la algarabía y el caos, Artemisa se había quedado en su habitación completamente desnuda en busca de sus vestiduras, mientras Imbert había ido a encargarse de la dirección del ingreso de algunas personas hacia el castillo.

Hubo tanta premura y desesperación, que la chica y el rey no tuvieron tiempo de despedirse, separándose de manera indefinida mientras la contingencia se llevará a cabo.

VI

Nueva líder

Las lluvias torrenciales habían dejado como consecuencia, devastadoras inundaciones que arrasaron con las casas de los pobladores. Todos habían corrido hacia las puertas del gran castillo para refugiarse en el interior de esta gran edificación que podía garantizar la seguridad de los habitantes del reino.

Pero, físicamente era imposible que absolutamente todos entrarán en aquel lugar, y la desesperación haría que muchos pasarán por encima de otros y se generara un caos absoluto.

La guardia real estaba destinada a mantener la calma y la integridad de los pobladores, por lo que, generando una gran barrera en las puertas del castillo, permitirían el control del ingreso a niñas niños y ancianos.

El agua se había convertido en la peor amenaza para el reino, ya que, el río se había desbordado de una manera muy agresiva y la lluvia aún continuaba cayendo de forma intensa.

Si las cosas no mejoraban, el reino se veía amenazado a quedar completamente bajo las aguas, algo que acabaría para siempre con la existencia de este maravilloso lugar.

Por primera vez, Artemisa se encontraba en una situación en la cual el liderazgo debía ser absoluto, ya que, debía manejar el miedo y proporcionarle a sus pobladores protección y cuidado. Después de haberse separado de Imbert, la chica había quedado completamente sola y de su parte, por lo que, era el momento de tomar decisiones que la convirtieran en una nueva líder para aquellos pobladores.

Imbert tenía prioridades, y sabía perfectamente que los más necesitados serían quienes se verían afectados de una manera mucho más drástica y devastadora. Muchos ni siquiera habían podido lograr salir de sus casas en medio de la tragedia, ya que, las furiosas aguas habían arrasado con sus casas de manera inesperada durante la noche.

El río llevaba consigo una gran cantidad de ramas, piedras y escombros, los cuales descendía desde las altas montañas y se desplazan a una velocidad vertiginosa.

Toda esta cantidad de objetos contundentes, comenzaron entrar a la ciudad de manera brutal, derrumbando algunas de las pequeñas casas y acabando con

los cultivos.

Imbert había abandonado el castillo en su caballo, destinado a rescatar a aquellos que no tuviesen la oportunidad de correr tan fuerte, debido a que sus piernas quizá no tenían estabilidad. Rescató a una gran cantidad de niños y mujeres, arriesgando su vida al ver como las aguas iban en crecimiento constante en medio de aquella contingencia.

Imbert era un hombre de corazón noble, y no podía permitir que los pobladores del reino muriesen de manera injusta por los embates de la naturaleza. Por su parte, en el interior del castillo, Artemisa había decidido tomar el mando del ingreso a el castillo, dejó a un lado su traje de princesa y se dedicó a asistir a todos aquellos que necesitaban su ayuda. Muchos ni siquiera la reconocían, ya que, la joven pelirroja generalmente llevaba su cabello rojo completamente suelto.

En esta oportunidad, lo había recogido en una cola y había tomado un pantalón, botas y una camisa apta para poder moverse con facilidad y destreza en medio de una situación tan complicada.

Podía ver como el llanto desesperado de los niños aturdía a los guardias, convirtiéndose en el principal filtro para aquellos que debían ingresar. Era imposible no pensar acerca de la ubicación de Imbert, a quien no había visto más desde el momento en que había abandonado la habitación.

Sin saberlo, estaban actuando como un equipo, ya que, ambos estaban haciendo algo por el pueblo sin saberlo. Mientras Imbert arriesgaba su vida a las afueras del castillo, Artemisa daba alojamiento a aquellos que habían sido invadidos por el miedo al ver la agresividad con la cual la naturaleza embestía a aquel reino.

Fueron momentos realmente difíciles para todos, y tal y como había comenzado a llover un día, cinco horas después, las lluvias cesarían y le darían un poco de esperanza a aquellos habitantes de sobrevivir. Las mujeres oraban a los dioses, mientras algunos de los hombres que habían podido ingresar, colocaban sacos de arena para contener las puertas.

El agua cada vez se hacía mucho más voluminosa y amenazaba con ingresar a los límites. No había forma de escapar, si el río lograba cubrir las puertas, sin duda alguna tarde o temprano estas cederían y muchas personas se verían afectadas.

Los niños más pequeños, habían sido dirigidos hacia la parte alta del castillo, ya que, estos eran el futuro del reino. Era necesario preservar su vida, y a pesar de que muchos hombres y mujeres desesperados, también querían

correr con esta suerte, Artemisa fue estricta con estas medidas.

Los guardias no permitirían el ingreso de estas personas hacia la parte superior del reino, donde ella misma se encargaría de darle los cuidados a los niños que habían sufrido heridas y traumas durante aquel siniestro.

Nunca habían enfrentado la furia de la naturaleza de una manera como esta. Los cielos que se habían teñido de gris, poco a poco se fueron disipando, las nubes se marcharon nuevamente hacia el oeste, mientras el cielo volvía a mostrar ese hermoso azul que era sinónimo de tranquilidad y paz.

El nivel de las aguas comenzaría a descender progresivamente en los próximos días, dándole la oportunidad a los pobladores de recuperar nuevamente sus tierras.

Todo había quedado devastado y era momento de comenzar a crecer desde cero. Pero algo que sin duda alguna perturbaba a Artemisa era el hecho de que Imbert había desaparecido.

El intrépido rey había invertido todo su esfuerzo en rescatar a cuántas personas pudo, pero hubo un momento en el cual no se supo más sobre él. Muchos lloraron la desaparición de Imbert, ya que, cuando el nivel de las aguas descendió, fueron muchos los cadáveres que aparecieron en diferentes lugares.

Artemisa, convirtiéndose automáticamente en la nueva líder, había ordenado que se buscara incansablemente el cuerpo de Imbert, aunque ella, muy dentro de su corazón sentía que este se encontraba con vida.

Quizá podría ser la negación, ya que, esta no podía permitirse creer que después de haberse abierto y demostrado sus sentimientos a Imbert, la vida se lo hubiese arrancado de las manos de una manera tan drástica. Había luchado enormemente contra estos sentimientos y sensaciones, negándose al hecho de que estaba enamorándose de este rey.

Le había entregado su cuerpo y le había proporcionado uno de los tesoros mejor guardados de la princesa. Su virginidad había sido puesta a disposición de este caballero, quien había tratado a la chica, como una dama.

Ahora debía enfrentar a su ausencia, la cual era completamente incierta. Aunque lo hacía de forma oculta y escondida, Artemisa lloraba la posible muerte de Imbert, ya que, después de continuas búsquedas, habían encontrado su caballo ahogado a la orilla del río.

Esta era una clara señal de que algo le había ocurrido, pero aún su cuerpo no era encontrado. La fuerza con la que se desplazaban las aguas posiblemente lo habían trasladado río abajo, y esto debía ser considerado como una muerte

inminente. Nadie era capaz de sobrevivir a semejante violencia del agua, la cual se convirtió en uno de los peores miedos de los pobladores del reino.

Mientras los días pasaban y el sol los premiaba con sus cálidos rayos, el reino intentaba recuperarse de aquel duro golpe, pero si había alguien que no podía recuperarse con facilidad de todo esto era Artemisa. Muchos habían sido los que habían perdido a sus familiares, amigos y conocidos, pero Artemisa había perdido al amor de su vida, que apenas llegaba a su lado.

Pasaba horas en la ventana de su habitación esperando a que los miembros de la guardia real regresaran con noticias de Imbert, algunas noches las pasaba en vela intentando determinar una razón lógica para que esto hubiese ocurrido.

Simplemente debía ser fuerte y tener comprensión acerca de que el destino a veces tenía planes inesperados para todos. Se había convertido en la Nueva reina, ya que, la forma en que se había comportado y la entrega que había demostrado a todos los habitantes del pueblo, le permitió ganarse la confianza de estos.

Todos sabían el profundo amor que sentía Imbert hacia ella, y si un hombre como el rey de fuego podía confiar en ella, todos podían darle una oportunidad de demostrar que no estaba hecha de la misma calaña que su padre.

Artemisa había asumido el cargo de dirigir el reino, aunque su prioridad principal era encontrar a Imbert, desempeñó sus actividades de la mejor manera en que pudo.

Los rumores acerca del surgimiento de una reina de fuego se extendieron por todas las tierras, viajando cientos de kilómetros por diferentes reinos, quienes enviaron su apoyo incondicional hacia este territorio. Alimentos, oro y recursos llegaban desde todas partes para ayudar al reino de fuego a crecer nuevamente bajo la dirección de Artemisa.

Posiblemente, habría hecho sentir muy orgulloso a su padre si este hubiese tenido la posibilidad de ver la forma en que actuaba la chica, pero esto era lo que menos le importaba a Artemisa, quien había perdido una parte de su corazón en medio de aquel diluvio que casi borra del mapa a su reino.

Después de un par de meses de búsqueda exhaustiva, las esperanzas de Artemisa ya estaban prácticamente secas, ya que, no había encontrado ni siquiera una prenda de ropa perteneciente a Imbert.

Lo único que les daba señales de que se encontraba afuera del castillo para el momento del desastre había sido su caballo. Ni siquiera habían podido darle sepultura al cuerpo del rey, por lo que esto había destrozado enormemente el corazón de la nueva reina de fuego.

Se encontraba sola al mando reino en surgimiento, tenían que construir todo desde el inicio, mientras aún el castillo se encontraba intacto después de recibir semejante golpe de la naturaleza.

Artemisa había madurado tras recibir duros golpes de la vida, y había crecido enormemente como ser humano tras conectarse con cada uno de los pobladores que confiaban en ella, una simple chica de 18 años de edad que se había convertido en la nueva reina, haciendo un trabajo excepcional al reconstruir lentamente al pueblo.

Pero era imposible borrar de su corazón la necesidad y esperanza de volver a encontrar a Imbert, ya que, lo extrañaba enormemente, y las lágrimas brotaban de sus ojos con el simple hecho de recordar la sonrisa de este hombre.

Fue entonces, cuando una noche, Artemisa tomó la determinación mientras se encontraba recostada en su cama. No estaba dispuesta a vivir con la ausencia de Imbert y la posibilidad de que este se encontrara con vida.

Se había prometido a sí misma que encontraría a este hombre, vivo o muerto. Vivir con la incertidumbre de no saber cuál había sido su paradero era algo que no podía manejar, por lo que, era momento de comenzar una búsqueda hecha por ella misma.

El río que casi había acabado con el reino, pasaba por los límites del territorio, y se dirigía hacia el sur, directamente hacia reinos vecinos que no habían sufrido daño alguno debido a las precauciones que habían tomado.

Si Imbert había sido arrastrado hasta las afueras del territorio, posiblemente estaría a la intemperie y a merced de los leones y criaturas del bosque. Si existía una mínima posibilidad de que se encontrara con vida, este debía estar temeroso e indefenso, por lo que, no había nadie más en el mundo que se preocupara tanto por este caballero más que Artemisa.

Dispuesta a encontrarlo y no volver hasta hacerlo, la chica mandaría a ensillar su caballo a primera hora de la mañana y bordearía el río hasta conseguir noticias de Imbert.

Era una decisión bastante delicada y peligrosa, pero Artemisa tenía perfectamente claro el concepto de que, si quería hacer algo bien, debía hacerlo ella misma. Abandonar el reino en medio de una situación como esta no era la decisión más inteligente, ya que, quedarían completamente vulnerables y expuestos ante invasiones o ataques de algunos enemigos.

Aunque el reino no era atractivo en ese momento debido a la destrucción masiva que había sufrido, siempre había habido intereses puestos sobre este

territorio. La fertilidad de sus tierras y la gran cantidad de oro que podía encontrarse bajo la superficie, lo hacía un punto clave para muchos reyes de otras tierras.

Quizá Artemisa estaba cometiendo un grave error al actuar de manera tan impulsiva, pero su vida había perdido completamente el sentido desde el momento en que Imbert se había separado de su lado.

Este había sido el principal generador de felicidad y seguridad en la vida de la princesa, por lo que, lo menos que podía hacer era regresarme el favor y salvarle la vida al rey.

La chica no estaba dispuesta a portar una corona que no le perteneciera, ya que, después de su padre, si había alguien que había luchado con mucho esfuerzo para poder merecer la corona de diamantes, era Imbert.

Era el momento de explorar tierras completamente nuevas, ya que, jamás había alcanzado tal distancia alejándose del castillo. Artemisa había tomado su caballo y había abandonado su reino sin contar con ningún apoyo.

A toda velocidad y solo llevando un arco y flecha en su espalda, la chica estaba dispuesta a encontrar respuestas acerca del paradero de Imbert. El único combustible que impulsaba a la chica a actuar de esta manera era el amor.

Su corazón le hablaba acerca de la posibilidad de que el rey se encontrara con vida, por lo que, con los primeros rayos del sol, su caballo se desplaza a una velocidad increíble por los caminos que dirigen hacia el sur. En el horizonte se muestra un camino lleno de incertidumbre y peligros, pero alguien debe afrontarlos para poder comprobar si realmente Imbert no ha podido resistir esta prueba.

Era algo que debía hacer por cuenta propia, A pesar de que contaba con un ejército entero que podía brindarle apoyo y respaldo. Artemisa siente que es una misión personal, y el éxito de la misma dependerá de la convicción que tenga para llegar hasta el final.

El reino había amanecido con un vacío de poder, y mientras todos se preguntaban acerca de la desaparición de Artemisa, esta se encontraba cabalgando hacia el sur buscando una señal del amor de su vida.

De esta forma era que Artemisa había conocido el poder de un sentimiento, el cual era capaz de llevarla a tomar las decisiones más drásticas. El vínculo y conexión existente con Imbert superaba lo racional y la había llevado a exponer su propia vida para poder salvarla del hombre que le había mostrado el mundo desde otra perspectiva.

Un simple guerrero e hijo de campesinos había sido el hombre que se había adueñado de los sentimientos de una princesa abnegada que estaba dispuesta a dar cada gota de sangre de su ser para recuperar al hombre que podía sacar lo mejor de esta chica, quien tuvo que atravesar por noches frías y sin lunas, completamente expuesta ante los peligros del bosque.

VII

El regreso del guerrero

Tras descubrir que el reino estaba completamente vulnerable, invasores enemigos se dieron a la tarea de generar un ataque masivo hacia las escasas defensas del reino de fuego.

Con la ausencia de Imbert y la falta de diligencia por parte de Artemisa, no existía absolutamente nadie que fuese capaz de gestionar órdenes o instrucciones en medio de un ataque. Estaban completamente expuestos a ser devastados ante un posible ataque enemigo, y esto no había sido contemplado en lo absoluto por parte de Artemisa.

Nunca se imaginó que tantos ojos estuviesen puestos sobre el reino, por lo que, tras abandonar aquella responsabilidad para ir en busca de su amor, las consecuencias serían graves para los habitantes del reino.

Tropas armadas se dirigían hacia los límites el reino de fuego, ya que, la mayoría de sus soldados se encontraban en medio de labores de reconstrucción de algunas de las casas que habían sufrido daño durante las inundaciones. Exponerse de esta forma había sido uno de los peores errores cometidos por parte de la monarquía del reino de fuego, ya que, si los conquistaban, difícilmente podrían recuperar su territorio.

Desde el oeste se movilizaban cientos de soldados armados con lanzas y espadas, mientras que, una caballería los respaldaba llevando una gran cantidad de guerreros con arcos y flechas.

Artemisa, dirigiéndose hacia el sur, no tenía la menor idea de lo que se avecinaba hacia el reino, por lo que, sólo se enfoca en una sola misión, encontrar a Imbert. Había abandonado los límites del reino de fuego, adentrándose hacia un oscuro bosque, el cual contaba con una gran cantidad de misterios y anécdotas que eran compartidas por algunos que habían tenido la posibilidad de entrar a este lugar.

Esta sección que rodeaba al reino era conocido como “el bosque de las siete brujas”, ya que, se decía que era habitado por siete hechiceras que practicaban la magia negra y mantenían a los enemigos alejados de este lugar.

Artemisa siempre había escuchado historias vinculadas a esto, pero siempre pensó que se trataba de fantasía. Muchas historias se contaban acerca de esta zona tan peligrosa, pero no tenía otra opción.

Si el río había arrastrado a Imbert hacia el sur, la única manera que tenía de comprobarlo era atravesando esta zona. Aunque había visto una gran cantidad de animales durante el recorrido, al ingresar a este bosque le pareció bastante curioso el hecho de que no volvió a ver una sola especie ni por casualidad.

Ni siquiera las aves cantaban en este bosque, por lo que, sólo podía escuchar las hojas de los árboles sacudiéndose de un lado al otro debido a la intensa brisa que sacudía las copas.

La temperatura había bajado rápidamente, y Artemisa experimentaba una gran cantidad de escalofríos en su cuerpo que la hacían temblar ante la posibilidad de que fuese cierto todo lo que se decía acerca de estas brujas.

Para prevenir ser ubicada, la chica había decidido amarrar su caballo a un árbol, siguiendo parte del camino caminando. Había sido un error garrafal, pero si no quería que la descubrieran, debían moverse de manera sigilosa.

Fue entonces cuando pisó en falso, y una soga ató sus tobillos y la jaló con tanta fuerza que la derribó instantáneamente. Artemisa quedó colgada de cabeza tras haber caído en una trampa, quedando completamente aturdida y confundida, perdiendo su cuchillo, su arco y flechas, los cuales cayeron al suelo. Se encontraba suspendida moviéndose de forma pendular de un lado al otro cuando vio algunas figuras acercándose a ella.

Pudo contabilizarlas rápidamente, asociándolas con aquellas historias que había escuchado tantas veces de niña. Se trataba de siete siluetas que caminaban lentamente hacia ella cuidando sus pasos, por lo que, instantáneamente supo que se trataba de las siete brujas.

—Por favor, ayúdenme a bajar de aquí. No vengo con malas intenciones.

Los personajes venían caminando con mucha precaución directamente hacia ella, cubriendo sus rostros y cabezas con túnicas de color negro que las hacían lucir bastante tenebrosas.

—Sabemos perfectamente quién eres, lo que buscas y cuál será tu destino.
—Dijo una voz femenina.

Artemisa no pudo identificar cuál de ellas fue la que se dirigió hacia ella, pero, al escuchar esto, sintió algo de miedo. La sangre había comenzado a irse hacia su cabeza y experimentó algo de mareos, por lo que, en ese preciso instante, una de las mujeres decidió cortar la soga.

Cayó abruptamente al suelo, golpeando su cabeza contra la tierra, ante lo cual, las mujeres extrajeron grandes espadas para protegerse ante un posible ataque de princesa.

—Será mejor que no intentes hacer nada estúpido. Estás en desventaja numérica contamos con habilidades bastante desarrolladas en combate. —Dijo una de las hechiceras descubrir su rostro.

Era muy hermosa, algo completamente diferente a las historias que había escuchado en el pasado. Se decía que eran horribles y con formas de animales. La leyenda decía que cada una había sido poseída por el espíritu de un animal, por lo que, tenían cabezas de cabra, sapo, caballos, toro, águila, serpiente y búho.

—No tengo intenciones de enfrentarlas. Quisiera un poco de ayuda para encontrar a Imbert. El rey de fuego.

—Las mujeres bajaron instantáneamente sus espadas y se mostraron abiertas al diálogo.

—Sabíamos que vendrías, por lo que, tenemos algo para ti. —Dijo la tercera de las mujeres en intervenir.

Entregó en las manos de Artemisa, la espada de Imbert, la cual pudo identificar debido a la empuñadura diseñada especialmente en el reino de fuego. El acero, incrustaciones de oro y el diseño puntiagudo, característico, por lo que, Artemisa supo perfectamente que esta le pertenecía al caballero que buscaba.

—¿Lo han visto? ¿Está vivo? —Preguntó la nerviosa chica ante la posibilidad de que este hubiese tenido algún enfrentamiento con las mujeres y todo hubiese terminado con resultados fatales.

—Tranquila, él se encuentra bien. Lo encontramos hace un par de días a las orillas del río. Sabemos que su corazón es puro. No hay nada que temer.

Artemisa se desplomó en el suelo comenzó a llorar, ya que, pudo respirar nuevamente con tranquilidad al saber que el hombre de sus sueños aún se encontraba bien.

—No sé qué hubiese hecho si lo hubiese perdido. —Dijo Artemisa entre lágrimas.

—Te llevaremos con él. Pero deberás abandonar estas tierras cuanto antes. Hay energías muy negativas moviéndose hacia el reino de fuego. Sus pobladores los necesitan.

No recibió demasiados detalles acerca de lo que estaba a punto de acontecer, pero estas palabras fueron más que suficientes para Artemisa, así poder determinar que estas mujeres sabían que algo estaba por ocurrir y la gravedad era bastante elevada.

—Deseo verlo ahora mismo. Lléveme con él, por favor. —Dijo Artemisa.

Dispuestas a colaborar con la chica, las mujeres accedieron rápidamente y caminaron en dirección hacia lo más interno del bosque. Artemisa las sigue con cierta precaución, ya que, no sabía si se trataba de una trampa.

Al llegar a una enorme choza, supuso que esta era la guarida y escondite de las siete hechiceras, quienes no la habían engañado, ya que, al ingresar al lugar, vio a Imbert descansando sobre unas mantas ubicadas en el suelo.

Estaba completamente inconsciente, había recibido un fuerte golpe en la frente. Sólo era cuestión de tiempo para que despertara, ya que, las hechiceras le habían suministrado medicamentos suficientes para que sanara lo más pronto posible.

—¿Se pondrá bien? —Preguntó Artemisa.

—Este hombre posee el corazón más puro que hayamos visto jamás. Debes sentirte afortunada de habitar en su corazón. Te ama profundamente. Y sí, despertará en un par de horas.

Artemisa cayó de rodillas justo al lado de este hombre, acariciando su cabeza con mucha suavidad y derramando un par de lágrimas sobre su pecho. Se sentía completamente satisfecha de haberse encontrado nuevamente con el rey de fuego, quien se había ganado su amor y su corazón sin mucho esfuerzo.

Fue la sinceridad y la transparencia que había mostrado Imbert, lo que le había dado la posibilidad de enamorar a Artemisa, ahora estaba completamente segura de que no volvería a separarse de este hombre mientras tuviese la posibilidad.

Las hechiceras se dedicaron a proporcionarle alimento a la princesa, quien se encontraba agotada tras el largo viaje que había emprendido para el encuentro con Imbert. Había sido una muestra del más puro amor lo que había hecho, ya que, nadie era capaz de arriesgar su vida de una forma así si no experimentaba un empuje tan puro y sincero generado por el más genuino y verdadero amor.

Después de descansar un poco y alimentarse, Artemisa comprendió que aquellas mujeres eran hostiles con aquellos que representaban una amenaza para sus tierras.

Artemisa era solo una jovencita en busca del hombre que amaba, así que se habían comportado como unas anfitrionas espectaculares. Cuando Imbert abrió sus ojos, encontró a Artemisa durmiendo a su lado, por lo que, pensó que se trataba de una fantasía.

Encontrarse con ese rostro perfecto y sutil fue completamente mágico, ya que, la principal razón para haber sobrevivido a aquel golpe de la naturaleza

era el hecho de poder volver a encontrarse con Artemisa.

La dulzura de su rostro dormido fue algo que le regresó las ganas de vivir al rey, quien pensó que no volvería a encontrarse con esta chica mientras era arrastrado por la furia de las aguas. La naturaleza tenía un poder increíble, y se ganó el respeto absoluto de Imbert, quien había sido perdonado por la misma había sido expulsado del río justo en las tierras de las siete brujas.

Aquellas hechiceras sabían perfectamente cuáles eran las intenciones de este hombre y cuan puro era su corazón, por lo que, debían hacer lo posible por ayudarlo y regresarlo nuevamente a sus tierras, aunque no debían esforzarse demasiado, ya que, la aparición de Artemisa sólo era cuestión de tiempo.

El amor y perseverancia se vieron de manifiesto en medio de esta situación tan crítica, donde la conexión existente entre Imbert y la chica fue la principal herramienta para volverlos a unir.

Otra persona se hubiese rendido con mucha facilidad, pero Artemisa tenía la absoluta convicción de que Imbert se encontraba con vida. Finalmente estaban juntos otra vez, y mientras Imbert la contemplaba y no quería interrumpir su sueño, esta abrió sus ojos lentamente para salir de su trance de descanso. Así que, de manera instantánea, Artemisa saltó en los brazos del rey, quien respondió al gesto con un abrazo lleno de emotividad y amor.

—No tienes idea de lo mucho que me alegro de tenerte entre mis brazos, Artemisa. —Dijo Imbert entre lágrimas.

—Sabía que estabas vivo, siempre supe que te encontraría de nuevo. Mi corazón no me mintió. —Dijo la joven mientras se encontraba aferrada al príncipe.

Ambos habían confiado en sus instintos, y con la ayuda de las hechiceras, tendrían la posibilidad de volver a el reino para convertirse en la pareja real que llevaría a estas tierras hacia el éxito.

—Lamento interrumpir su momento de reencuentro. Pero creo que será mejor que se marchen cuanto antes. Han llegado graves noticias acerca del reino de fuego. —Dijo una de las hechiceras.

—¿Qué está pasando? —Preguntó Artemisa con el corazón en la boca.

—Una invasión inminente por parte de los rebeldes del oeste se ha llevado a cabo. En ese momento se encuentran bajo ataque, y las tropas no podrán salir adelante sin alguien que los dirija.

—No puede ser posible. Parece que una maldición ha caído sobre el reino de fuego. Pero no nos rendiremos. Tenemos que volver cuanto antes. —Dijo

Imbert mientras intentaba ponerse de pie.

Aún se encontraba bastante débil, pero esto no le impidió tomar sus cosas y alistarse para regresar.

—Les proporcionaremos nuestro caballo más veloz, así llegarán tan pronto como puedan y regresarán la tranquilidad al reino. Su futuro está escrito, pero son ustedes quienes deben descubrirlo.

Sólo unos minutos más tarde, ya estaban preparados para abandonar las tierras de las siete brujas, listos para emprender un viaje de regreso que definiría el futuro de su pueblo. El caballo blanco que se le había proporcionado a la pareja, se movía con una velocidad completamente paranormal, parecía tener el espíritu de un dragón, por lo que, pudieron avanzar con mucha rapidez.

Mientras se encontraban en camino, el reino aún permanecía de pie, pero muy cercano a caer. Los atacantes habían devastado una gran parte de las defensas de este, y están dispuestos a acabar definitivamente con la integridad de aquel lugar. Las tropas estaban completamente desorganizadas y con una coordinación terrible, ya que, no contaban con la lógica y maestría en combate que podía brindarles Imbert.

Los rebeldes del oeste estaban convencidos de que la victoria y estaba en sus manos, ya que, las tropas habían comenzado a retroceder y todos habían perdido las esperanzas de poder lidiar con aquella amenaza. Parecía que el reino se encontraba en una de las peores etapas de su historia, pero es sabido que estos procesos eran necesarios para poder resurgir desde lo más bajo.

Muchos habían caído intentando defender la integridad y seguridad del reino, mientras otros habían intentado escapar siendo víctimas del ataque feroz de los leones. Sólo era cuestión de tiempo para que finalmente el reino cayera y el poder lo asumieran los rebeldes.

Pero el caballo blanco en el horizonte representó la esperanza absoluta de los habitantes del reino de fuego. Las hechiceras habían hecho su participación para apoyarlos, creando la ilusión de una incontable caballería que respaldaba a la pareja real. Artemisa se aferraba al torso del rey, mientras este cabalgaba tan rápido como un trueno en su caballo blanco.

Aunque estos no podían percibirlo, ante los ojos del enemigo, podía verse claramente un centenar de caballos respaldando al rey, quien se creía muerto. Esta imagen intimidante había generado un terror increíble en aquellos hombres, quienes, al ser superados en número, no tenían oportunidad contra aquella avalancha de hombres armados que se acercaba hacia ellos.

—¡Retírense! —Gritó el líder rebelde, quien, en medio de su frustración, maldijo una y otra vez al reino de fuego.

—Miren, han regresado. El rey Imbert está vivo. —Dijo el jefe de la caballería del reino.

Todos los que aún sobrevivían, celebraron enormemente la llegada triunfal de Imbert y Artemisa, quienes vieron como las tropas enemigas retrocedían, sumando valor a aquellos guerreros que habían dejado caer sus espadas al suelo en señal de rendición.

—¡Jamás verán caer a nuestro reino! ¡Salgan de aquí y no vuelvan jamás! —Gritó Imbert tras arribar al castillo y ver como muchos huían tras intentar saquear el lugar.

La pareja fue recibida con júbilo y celebración, ya que, la paz podía respirarse de manera instantánea desde el momento en que el rey de fuego había vuelto a sus tierras. Artemisa había demostrado su absoluto compromiso con sus pobladores, por lo que, no pasaría demasiado tiempo para que finalmente decidieran llevar a cabo la boda real.

El futuro de esta pareja estaba destinado a ser inquebrantable, pero aun había una duda en el corazón de Imbert que no lo dejaba tomar una decisión.

VIII

Un amanecer distinto

Hasta el agua que bebía sabía completamente diferente tras haber atravesado las etapas más difíciles de sus vidas. Artemisa había tenido que aprender a lidiar con sus responsabilidades como princesa, mientras que, Imbert estuvo a punto de morir en medio de una vaguada.

La naturaleza y el destino se habían encargado de ponerlos a prueba para determinar si realmente estaban hechos el uno para el otro. Por fortuna, habían contado con el apoyo de las hechiceras para poder superar aquella amenaza, la cual garantizaba la destrucción del reino.

Había planes específicos ya preestablecidos antes de que todo comenzara a volverse un completo caos, por lo que, era el momento de determinar si los planes que habían establecido debían ejecutarse o los olvidarían para siempre.

Imbert no quería presionar a la princesa para que se llevara a cabo el matrimonio, ya que, después de todo lo que habían pasado, lo último que quería era hacerla sentir mal. Había intereses de ambas partes, pero quien estaba más desprendido de la idea de ser rey era Imbert.

Había tenido que manejar una gran cantidad de responsabilidades y había comprometido la seguridad de aquel lugar con su ausencia. Quería brindarles lo mejor, pero no tenía conocimiento de cómo hacerlo.

Artemisa, por su parte, tampoco estaba demasiado aferrada a la idea de convertirse en una líder para aquel territorio. Estaba a disposición de cualquiera que necesitara su ayuda, pero no quería tener responsabilidades obligatorias con el pueblo.

Su única prioridad en ese momento era definir sus verdaderos sentimientos hacia Imbert, por quien había arriesgado su vida y había sobrepasado sus propios límites para poder demostrarle su verdadero amor.

Mientras más tiempo pasaban juntos, mayores eran las ganas de quedarse con él para siempre. Todos se habían quedado esperando el anuncio de la boda, pero los días siguientes transcurrieron y Artemisa e Imbert seguían trabajando como equipo, pero el matrimonio parecía no ser una opción.

El rey de fuego estaba pensando en abandonar el trono, dejando a un lado su responsabilidad y dándole la posibilidad a alguien más que ocupara este cargo. Su verdadero lugar estaba en el campo de batalla, y con tantas

amenazas surgiendo a los alrededores del reino, debía estar atento y preparado para cualquier inconveniente que surgiera y comprometiera la integridad de los habitantes del reino que había gobernado durante los últimos tiempos. Sabía perfectamente lo que sentía por Artemisa, y estos sentimientos no podrían ser evadidos con facilidad.

Con solo tenerla cerca, sabía perfectamente que sucumbiría ante cualquier deseo que esta expresara. Pero en vez de unirse y compenetrarse después de todo lo que había pasado, cierta distancia se había generado entre ellos, ya que, sentía cierto temor a abrirse completamente ante la intensidad de sus sentimientos.

Pero uno de los dos tenía que ceder por el bien de aquella relación, ya que, su futuro era estar juntos, no podían negarse a la idea de que todo parecía haber confabulado para que las condiciones se dieran de la mejor manera para que pudiesen crecer como pareja.

Las amenazas se habían alejado del reino, y ya habían tomado las previsiones para protegerse. Las propias manos de Imbert levantaron decenas de casas, en colaboración con los pobladores, quienes veían en él una figura admirable que era capaz de guiarlos por los mejores caminos en el futuro. Pero los planes de Imbert distaban mucho de permanecer en aquel reino para siempre, ya que, sentía que su labor en aquel lugar ya había sido cumplida.

Era el momento de poner en manos de Artemisa el destino del reino, dándole la posibilidad de que gobernara a sus habitantes de la mejor manera y asegurara futuro del reino de fuego y sus riquezas. Artemisa había notado el cambio de actitud de este hombre durante los últimos días, notándolo disperso y un poco lejano, por lo que, sería ella quien se encargaría de romper el hielo que los separaba.

Durante el transcurso de una noche cualquiera, Artemisa simplemente no podía conciliar el sueño. Se encontraba inquieta y bastante ansiosa, por lo que, decidió salir de la cama y caminar un rato por el jardín.

Todo estaba completamente oscuro, y el frío de la noche había permitido que la neblina bajara tanto que, apenas y podía observar algunos metros delante de ella. Bajó abrigada y caminó por el jardín intentando despejar su mente para volver a la cama, escuchando algunos sonidos provenientes del establo.

Se acercó con cuidado, ya que, no sabía si se trataba de algún animal que se había colado en aquel lugar. Sus pasos eran completamente silenciosos, por lo que, si había alguien o algo en aquel sitio, prácticamente no podría

escucharla sino hasta encontrarse frente a ella.

Artemisa fue sumamente cuidadosa, pero cuál sería su sorpresa al encontrar a Imbert en aquel lugar ensillando su caballo. Parecía estar decidido a ir a algún lugar, y por la cantidad de equipaje que llevaba, parecía no estar dispuesto a volver en mucho tiempo.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —Dijo Artemisa al sorprender a Imbert.

El actual rey dio un salto ante el temor de haber sido sorprendido, desenfundando su espada de manera instantánea. La dirigió directamente hacia Artemisa, quien se quedó sorprendida ante las intenciones de aquel caballero.

—¿Acaso piensas abandonarme? —Dijo Artemisa.

—Nuestro destino ha sido bastante curioso, Artemisa. Jamás mi deseo ha sido alejarme de ti, pero creo que el futuro estará más seguro en tus manos.

—¿Entonces estás decidido a irte? —Preguntó Artemisa con sus ojos a punto de inundarse en lágrimas.

—Te amo con la intensidad del sol, y sé perfectamente que nunca encontraré a alguien tan especial como tú. Pero solo soy un hombre corriente de sangre plebeya. Tú eres una princesa, y mereces a alguien mejor.

Imbert continuaba ensillando su caballo y no tenía intenciones de detenerse, por lo que, Artemisa entendió que posiblemente esta sería la última vez que estaría frente a aquel hombre, a quien amaba también con mucha intensidad. Los silencios, el miedo y la información no compartida, habían hecho un grave daño a la pareja, la cual experimentaba un miedo evidente que no los llevaría a ninguna parte.

Artemisa estaba decidida a no dejarlo ir, ya que, también había conocido a un hombre único que le había demostrado cuán intenso podía llegar a ser el amor dentro de su corazón.

Las cosas que había experimentado Artemisa no podría haberlas vivido de otra forma si no hubiese sido al lado de Imbert, por lo que, se encuentra enormemente agradecida del hecho de haber puesto en sus manos la posibilidad de acariciar estos sentimientos tan intensos que le hacían sentir viva.

—¿Realmente quieres irte? Te reto a ignorar esto. —Dijo Artemisa mientras dejó caer sus vestiduras.

La temperatura en el establo era un poco más alta, ya que, la madera se encargaba de absorber el calor durante el día y mantener a los animales a la temperatura adecuada durante la noche.

Imbert no pudo evitar quedarse contemplando el cuerpo desnudo de la chica, quien caminó con pie descalzo directamente hacia él. Era imposible negarse ante tal tentación, ya que, la principal debilidad de Imbert siempre había sido esta chica.

—Te ruego que por favor no me hagas esto. Ya ha sido bastante difícil para mí tomar esta decisión, por lo que, si insistes no podré marcharme.

—Es precisamente lo que quiero que hagas, que te quedes. Toma mi cuerpo, sírvete de él y hazme tuya como aquella primera vez. Sé que no podrás irte después de esto.

Artemisa abrazó al rey, aferrándose a su cintura con mucha fuerza mientras Imbert la rodeaba con sus brazos. Tocaba su espalda desnuda, mientras el aroma de su cabello parecía hipnotizarlo y llevarlo hacia un estado mental del cual no podría salir airoso. El cuerpo de Artemisa era tentación, algo prohibido durante tantos años y ahora estaba completamente a su disposición.

Era una verdadera prueba de resistencia evadir lo que sus instintos les pedían a gritos que hiciera. En ese momento, tenía dos opciones, una de ellas era sucumbir ante las demandas de esta chica ardiente de deseo y loca por recibir dosis de placer. La otra era el horizonte, dirigirse hacia donde su caballo lo llevara y comenzar una vida en otro reino.

—Tómame, hazme el amor justo ahora y las veces que lo desees. Después tomarás tu decisión y la respetaré. —Dijo Artemisa.

Fueron las palabras finales para ese momento, ya que, Imbert se desvistió rápidamente para encontrarse en condiciones similares a las de la chica. Se besaron durante minutos que parecieron eternos, ya que, no había nada que les importase más en esos instantes que demostrarse absoluto y puro amor.

Sus cuerpos se necesitaban, el deseo era incontenible, y mientras más se habían tardado en sucumbir nuevamente, mayor había sido la pasión acumulada que durante tantas fantasías había sido representada.

En la mente de Artemisa había permanecido intacto el recuerdo de aquel primer encuentro, por lo que, ahora era el momento de revivir aquella pasión que nunca volvería a experimentar con nadie más. Artemisa ya había tomado su decisión, pero solo era cuestión de que Imbert aceptara que la mujer de su vida era esta chica.

Quizá ambos no tenían el mismo linaje, pero estaban diseñados el uno para el otro. Hicieron el amor de manera apasionada y muy romántica en el suelo de aquel establo. Imbert trataba con mucha delicadeza a la princesa, a quien no le importaba cuán duro podía ser el suelo o si las temperaturas eran bajas.

Mientras tuviese el cuerpo del rey poseyéndola y amándola de una manera tan genuina, nada más importaría y esta estaría completamente feliz. Sus piernas se encuentran completamente abiertas, mientras el cuerpo de Imbert se encuentra posado sobre ella sujetando sus muñecas sobre su cabeza y penetrándola suavemente.

La chica puede sentir como el hombre llega hasta lo más profundo de su ser, experimentando una satisfacción tan espectacular, que su boca se hace agua al disfrutar de ese calor característico del miembro de Imbert dentro de ella.

La fricción genera placer, y el calor la hace sentir completamente plena. La manera en que se sincronizaban para los movimientos parecía ser de mentira, ya que, se entendían de una manera tan espectacular durante el sexo que parecía que habían hecho el amor durante muchos años. Sus almas eran viejas y al parecer se habían reencontrado desde otra vida. Imbert supo perfectamente en ese momento que era imposible evadir lo que por ley le correspondía.

A Artemisa le correspondía un trono, el cual debía dirigir de la manera en que solo ella sabía, mientras que, él debía hacer su parte. Su única labor y responsabilidad era amar a Artemisa de una forma sincera y absoluta, ya que, esta se había ganado su completa admiración, respeto y fidelidad. No había que ser demasiado inteligente para saber que no había oportunidad de escapar de las sensaciones que despertaba Artemisa en el interior del rey Imbert.

Aquella silla que había sido instalada sobre aquel caballo para partir sin rumbo fijo por fortuna no había sido utilizada aquella noche. Imbert y su princesa habían hecho el amor en múltiples oportunidades durante la madrugada, demostrándose el absoluto deseo que los definía.

A la mañana siguiente, amanecieron completamente desnudos tendidos en el suelo de aquel establo, listos para emprender una nueva aventura juntos donde enfrentarían todos sus miedos y demostrarían a aquel reino que, como pareja, podían hacer cosas imposibles.

—Ese temor a saltar al abismo fue desapareciendo progresivamente con el tiempo. No había ninguna duda acerca de la fortaleza de los sentimientos existentes entre Imbert y Artemisa.

La boda real se llevaría a cabo unos meses después en una ceremonia que recordarían cada uno de los habitantes del reino. Todos estaban seguros de que el futuro de aquellas tierras estaba destinadas al éxito mientras todo se encontrara bajo la responsabilidad de esta pareja.

Artemisa fue la novia mas hermosa que cualquiera hubiese llevado al altar, y mientras muchos pasaban toda su vida en busca del amor verdadero, Imbert y Artemisa habían estado el uno frente al otro en todo momento sin saber que el destino los juntaría tarde o temprano.

—No puedo creer que esto esté pasando. —Dijo Artemisa al encontrarse a un lado de su rey.

—En estas tierras no existe hombre mas afortunado que yo. Tenerte a mi lado todo este tiempo ha sido lo mejor que me ha pasado.

La ceremonia se desarrolló con fluidez y finalmente el matrimonio se materializó. El amor había triunfado por encima de la guerra, el miedo y las dudas. Artemisa se encargó de borrar la mancha que había dejado su padre en la historia del reino.

Aquella creencia de que la sangre de Bronn estaba, maldita quedó completamente desmentida durante el reinado de la pareja, quienes se dedicaron a crear una hermosa familia con 5 pequeños que crecieron en los mismos jardines que su madre.

La vida se había tornado gentil con ellos, proporcionándoles riquezas que no todos pueden alcanzar durante la vida. No solo el dinero era lo mas importante, sino el haber conseguido a alguien tan especial como para poder afrontar los momentos mas difíciles y duros. Estaban absolutamente compenetrados, unidos por un lazo irrompible que era capaz de resistir una gran cantidad de pruebas que otros no podrían soportar.

Título 7

Nieves y Bestia

*Romance Medieval con la Princesa y el Rey
Licántropo*

I

Nadie podía pronunciar una sola palabra en el reino después de que la noticia más triste que se había difundido en los últimos años era de dominio público. Uno de los hombres más honestos, nobles y comprensivos del reino, había muerto. No se trataba de cualquier hombre, se trataba del rey que había ocupado el trono puesto por más de 30 años.

Inicialmente, todo había comenzado como un simple rumor en las calles, pero no fue sino hasta que la noticia fue confirmada por el propio hijo del rey Marcos. Había muerto bajo unas condiciones bastante extrañas, y después de ser encontrado en su estudio con una botella de vino a un lado y una copa derramada, fácilmente podía determinarse el motivo de la muerte.

Una intoxicación por envenenamiento era evidente, y surgió la teoría de que había un enemigo interno en el reino que había tenido intereses de eliminar al padre de Erik.

Pocos tenían alguna hipótesis vinculada con la muerte del rey Marcos, ya que, después de tantos años, el reino se había convertido en uno de los más poderosos y fructíferos del planeta. No necesitaban absolutamente nada de otros reinos, contaban con un ejército poderoso, buena producción y poseían los terrenos más ricos en minerales que pudiesen desear cualquier reino.

Erik, el príncipe de 24 años de edad había tenido que afrontar una dura realidad al conocer de una manera muy cruel la maldad de la que estaba infestada aquella tierra.

Siempre se había hablado acerca de las posibilidades de un complot cuyo objetivo principal era asesinar a aquel hombre, pero la imposibilidad de comprobar la fidelidad de aquella información siempre los hacía descartar la existencia de un plan en su contra.

Tener tantas responsabilidades bajo su mando siempre había mantenido preocupado y alerta al rey Marcos, quien no descansaba bien durante las noches, y durante el día siempre se encontraba protegido por la Guardia Real.

Todas estas precauciones que se tomaban para poder proteger los intereses del reino no habían sido suficientes para poder cuidar a Marcos, quien había fallecido en su propio estudio después de haber disfrutado de una larga sesión de lectura como lo hacía habitualmente.

Después de servir una botella de vino en su copa de hierro, disfrutó del fluido, sintiendo como todo se desvanecía lentamente y la capacidad de

respirar cada vez se hizo más difícil.

La copa de vino se derramó sobre aquel escritorio, mientras Marcos intentaba pedir ayuda de manera ahogada. No tenía la suficiente fuerza para tan siquiera caminar hasta la puerta, donde se encontraban sus guardias.

Aquel hombre se desplomó sin vida, completamente asfixiado mientras una sustancia espumosa brotaba desde lo más profundo de su ser y era expulsado por su boca y nariz.

Había llegado la hora de la cena y la ausencia de Marcos llamó la atención de Erik y su madre, quienes ordenaron la búsqueda del rey. Todos sabían perfectamente cuánto detestaba Marcos ser molestado, pero en unas condiciones tan extrañas, no había otra opción.

La noticia había llegado de la mano de uno de los sirvientes más confiables de la familia. El hombre había llegado desesperado hasta la sala del comedor, en donde Erik y su madre, la reina Grecia, esperaban la aparición del rey Marcos.

—¡Joven príncipe! ¡Amada reina! Ha ocurrido una desgracia...

El hombre se encontraba realmente nervioso y de sus ojos brotaban lágrimas de puro dolor.

—¿Qué te ocurre, Sebastián? —Preguntó Erik mientras se ponía de pie sumamente preocupado.

—Es el rey, se encuentra tendido en el suelo y no respira. Tenemos que ayudarlo.

Aquella noticia llenó de desesperación tanto Erik como a su madre, quienes corrieron detrás del sirviente, acompañados de algunos de los guardias que se encontraban custodiándolos en ese instante.

Todos fueron testigos de la muerte de Marcos, quien se hallaba tendido sobre la alfombra escarlata de su estudio, mientras su esposa se desplomaba sobre él, inundando de lágrimas su torso.

Erik mantenía una posición bastante sobria y recatada ante aquella escena, ya que, automáticamente, las responsabilidades de un príncipe que lo había tenido todo en aquel reino, pasaban a ser automáticamente las de un rey.

Con la ausencia de Marcos al mando, Erik debe encargarse de todas las responsabilidades de aquel maravilloso reino, y era esto básicamente lo que pasaba por su mente justo en ese instante en el que debía afrontar la pérdida del hombre más importante y la figura que lo había forjado desde muy niño.

La relación entre Marcos y Erik no era la mejor, ya que, las continuas ausencias del rey no permitieron que la relación fuese demasiado cálida. Sus

apariciones generalmente se veían enfocadas en la formación de aquel joven, quien debía tener un duro carácter y una buena preparación ante las adversidades que vendrían con el futuro. Tanto Marcos como Erik estaban destinados a vivir una vida completamente diferente a la que cualquier hombre del reino estaba preparado para afrontar.

No se trataba solo de las responsabilidades monárquicas y mantener el equilibrio en el pueblo, había situaciones mucho más profundas y oscuras que no cualquiera estaba preparado para aceptar o entender. La existencia de un asesino en aquel lugar pone todo en una situación mucho más delicada de lo que podían imaginarse.

Era la primera vez que ocurría un magnicidio de esa forma, y ante esta situación, Erik no podía hacerse de la vista gorda. Solo unas horas después, Erik se encontraba en el balcón principal de aquel castillo, anunciándoles a todos los pobladores de aquel reino que los nefastos rumores que habían corrido por las calles en las últimas horas eran completamente ciertos. Aunque muchos sintieron un dolor muy profundo en el pecho, no faltó quienes de alguna u otra manera se alegraran.

Todo rey contaba con adversos, y estos fueron los pocos que se alegraron al saber que habría un cambio próximo para las políticas del reino. Siempre se había criticado la forma en que Marcos había llevado su reinado. Crear un hermetismo absoluto y cortar los vínculos y relaciones con otros reinos había sido la principal estrategia a ejecutar por parte del fallecido rey.

No sentía que fuese demasiado inteligente vincularse con reinos llenos de arrogancia y soberbia, los cuales siempre estaban dispuestos a invadir, luchar y asesinar para poder extender sus territorios. Su reino era lo suficientemente extenso y contaba con los suficientes recursos para poder mantenerse como uno de los más poderosos e independientes.

La gran cantidad de minerales le daba la posibilidad de fabricar las armaduras más resistentes y las armas más mortíferas, mientras que, la cantidad de alimentos que se producen en aquel lugar, le daban el privilegio a cada uno de los pobladores del reino de llevar una gran cantidad de comida todas las noches a las mesas de sus casas.

La hambruna, la necesidad y la desidia, eran términos que no eran manejados en aquel reino, el cual estaba caracterizado por ser uno de los más ricos y prósperos del planeta.

Ahora, sobre los hombros de Erik reposaba la responsabilidad de que todo estuviese en calma y se mantuviera en equilibrio después de dar la noticia de

la muerte de Marcos.

No todos estarían preparados para afrontar una noticia como esta, ya que, ante un vacío de poder tan notable como este, surgirían intereses oscuros que quizás podrían querer quitar del medio a Erik.

Un joven que estaba acostumbrado a ver el mundo desde un punto de vista mucho más positivo, había tenido que cambiar su forma de visualizar a sus semejantes de una manera muy drástica. No sabía lo que era la violencia sino hasta aquel día, cuando después de internalizar que su padre había sido asesinado, dejó salir toda la ira que había dentro de sí.

Erik decidió ocultarse en su habitación y se dedicó a destruir todo lo que se encontraba allí dentro. Sus manos prácticamente quedaron destrozadas tras propinarle una gran cantidad de golpes a las paredes hechas de piedra. Sentía que debía dejar drenar toda la violencia y frustración que sentía en ese momento, por lo que, decide aislarse para que nadie sea víctima de su violencia.

Su personalidad acaba de sufrir una transformación realmente notable, pasando de ser un chico dulce y agradable que caminaba por las calles de aquel pueblo a convertirse en un ser vengativo, rencoroso y oscuro que lo único que desea es conseguir al asesino de su padre. Durante los siguientes dos días después de sepultar el cuerpo del rey Marcos, Erik no ha abandonado su habitación.

Constantemente se escuchan gritos, golpes y episodios de furia incontenible que no puede ser apaciguada por absolutamente nada ni nadie. Los guardias han recibido la orden precisa de no intervenir en medio de aquella situación por lo que, no son capaces de ingresar a la habitación del príncipe, quien deberá controlar sus comportamientos en los próximos días para poder ascender al trono y convertirse en el nuevo rey.

Erik no se encuentra preparado en lo absoluto para asumir una responsabilidad de esas magnitudes, por lo que, siente una gran cantidad de miedo ante la posibilidad de fracasar en sus obligaciones como el nuevo rey que se encargará de guiar al pueblo por el mismo camino y senda de éxito y prosperidad que había conseguido su padre.

Una parte de él se siente seguro aún de mantener las enseñanzas de su padre aún frescas y vigentes, pero nunca había pensado que, el día en que tuviese que afrontar la realidad llegaría de forma tan drástica y temprana. Con solo 24 años de edad, Erik debe asumir la responsabilidad de dirigir a un pueblo que se ha mantenido como una potencia durante muchos años.

Nunca han sufrido una invasión, y en las pocas batallas que han peleado, siempre han demostrado la enorme supremacía que tienen contra los otros pueblos. Solo había dos personas que podían neutralizar el comportamiento errático de Erik el príncipe, el cual estaba cargado de violencia y mucho odio. Fue al tercer día de encierro, cuando la puerta de su habitación fue tocada de una manera muy discreta y tímida.

—¡He dicho que no quiero que nadie me moleste! —Se escuchó desde el interior de la habitación.

Aspiraba escuchar la voz de su madre, la de algún guardia, o algún buen compañero o amigo de su padre que llegaba hasta el lugar para ofrecer sus condolencias. Pero, contrario a todo esto, la voz que escuchó Erik, pareció haber apagado las llamas de forma instantánea que había en lo más interior de su pecho.

—Solo vine a ofrecerte un poco de mi compañía. Pero si te sientes tan mal, volveré en otro momento. —Dijo una voz femenina al otro lado de la puerta.

Erik pudo reconocer instantáneamente de quién se trataba, por lo que, después de arreglar su cabello un poco antes de correr hacia la puerta, decidió mostrarse por primera vez en días ante cualquier persona.

—No te vayas, lamento haberte hablado así. No imaginé que fueses tú.

Una hermosa sonrisa se mostró ante Erik, la más dulce de todo el reino y la única que podía curar todo el dolor que estaba experimentando en ese momento

—Sé que te sientes muy mal, por eso he venido a verte.

—Entra, no quiero que nos escuchen hablar.

La joven de cabello castaño ingresó a la habitación de una forma bastante tímida. Sus ojos se pasearon por el lugar y pudo observar el completo caos que invadía aquella habitación. Erik había hecho estragos con todo el lugar, pero no puede intervenir en este episodio de furia que ha sido parte de la catarsis del príncipe.

—Mira nada más tus manos, la sangre se ha secado en ellas.

Erik observó sus manos con algo de vergüenza, ya que, nunca se había mostrado una manera tan violenta frente a Nieves, la única mujer en el reino que era capaz de tratar de forma tan confiada al príncipe. Por lo general, todos trataban con mucho respeto y distancia al hijo del rey, pero Nieves tenía una relación completamente diferente y desenfadada con él.

La razón era simple, ambos habían crecido juntos y contaban con una

curiosa coincidencia, habían nacido el mismo día con un año de diferencia. Al compartir el día de cumpleaños, ambos celebraban de manera equitativa en las instalaciones del castillo por propia orden del rey Marcos. La pequeña Nieves era la hija única de una pareja de panaderos que habitaban en el reino.

Los dulces más deliciosos, y el pan más crujiente y exquisito, era preparado por las manos de estos panaderos, quienes surtían de alimentos nada más y nada menos que directamente al rey Marcos y a su familia.

Muchas veces, los encargos eran entregados por la pequeña Nieves, quien era bienvenida en las instalaciones del castillo como si fuese un miembro más de la familia. Así de cercana era la relación existente entre estos dos personajes, quienes a lo largo de los años habían desarrollado una sólida y muy transparente amistad.

Era evidente que había un sentimiento oculto en la relación entre ellos dos, pero esto siempre fue un tema que decidieron apartar para poder conservar la pureza de aquella amistad que los unía de una forma sobrenatural. Toda la ira que había experimentado en los días anteriores había desaparecido con tan solo ver los ojos verdes de aquella hermosa chica.

La dulzura que irradiaba Nieves no era comparable con absolutamente nada que conociera Erik, por lo que, al estar cerca de ella, todos los problemas parecen desaparecer de manera instantánea. Aunque no es de sangre real, la chica siempre ha sido tratada como una más de la familia, ya que, es la mejor amiga del príncipe y su confidente.

A lo largo de sus vidas, han compartido experiencias increíbles que han afianzado su relación de amistad. Consejos buenos y malos, regaños en momentos críticos y apoyo en los momentos difíciles ha sido lo que ha definido la relación entre Erik y Nieves, quienes se encuentran constantemente girando en torno a una relación a la que se niegan completamente durante cada segundo que se encuentran juntos.

Ambos, de forma continua y constante intentan convencerse una y otra vez de que los sentimientos existentes entre ellos son completamente puros y vinculados únicamente a una inocente amistad. Pero, con el tiempo aquel amor fraternal existente entre dos pequeños que crecieron juntos, cada vez se veía transformando en algo mucho más intenso y carnal.

Como adolescentes, no podían evitar admirar sus cuerpos mientras compartían una tarde en el lago, y a medida que es el tiempo fue pasando, el sentimiento fue madurando. Había largas ausencias e intervalos entre las visitas de Nieves al castillo, tiempo en el que Erik extrañaba enormemente a

esta chica que parecía brindarle ese toque especial a su vida que absolutamente más nadie podía brindarle.

Tras la muerte de su padre, Erik no había experimentado tanta tranquilidad sino hasta el momento en que pudo estar frente a frente con Nieves en la misma habitación, quien, en vez de proporcionarle palabras de consuelo, le dio el abrazo más cálido y firme que hubiese recibido jamás. En ese momento, supo perfectamente que se encontraba justo enfrente de la mujer más especial de su vida.

II

Las palabras pronunciadas por la suave voz de Nieves siempre habían sido una especie de analgésico para el alma de Erik, quien siempre había contado con la chica en sus momentos más difíciles.

—La partida de tu padre ha sido una lección de la que debes aprender todo lo que puedas. No permitas que esto acabe contigo.

—Nunca tuve la mejor relación con él, pero realmente lo amaba. Era un hombre admirable.

—Sé que es difícil, pero toma lo mejor de esta situación y prométeme que seguirás el legado de tu padre.

Nieves, en un intento de sumarle apoyo y soporte a Erik en medio de aquella situación, colocó su mano sobre la del joven príncipe. Aquel contacto generó una sensación mucho más intensa que cualquiera en el pasado. Siempre había estado en contacto con la chica, besos ingenuos, abrazos inocentes y alguna que otra caricia fraternal.

Pero la forma en que se sintió en ese preciso instante cuando fue tocado por Nieves, lo hizo apartar la mano de manera instantánea. El gesto de desprecio fue interpretado por Nieves como un desplante, pero en el interior de Erik lo que estaba surgiendo era un miedo terrible a no poder controlar sus instintos e intentar dejar que sus emociones lo dominaran en ese momento.

—Creo que no estás en el mejor momento. Lo mejor será que me vaya. Por favor, trata de descansar.

—No, no te vayas todavía. Tu compañía me ha hecho muy bien.

—Se hace tarde, y no debo volver a casa de noche.

La tristeza fue evidente en el rostro de Erik.

—Ha sido un placer volver a verte. Ven cuando quieras. —Dijo Erik mientras intentaba mantener la distancia.

Observar como la chica atravesaba el umbral de la puerta y la cerraba a sus espaldas, fue una sensación fría que le dejó un vacío terrible a Erik. Se sentó en la cama e intentó razonar acerca de cuáles habían sido los sentimientos que había experimentado segundos atrás.

Sus manos golpean sus muslos de manera nerviosa, ya que, no sabía realmente qué pensar acerca de aquella electricidad que había pasado por sus manos al momento de tener el contacto con Nieves.

Por su parte, la chica lidia con sus propios demonios fantasmas, ya que,

ante el desplante de Erik, sintió que debía abandonar aquel lugar, ya que, sabía perfectamente que había una personalidad oscura que siempre había vivido en el interior de Erik.

No había vivido algo tan duro y difícil de comprender como la muerte de su padre, por lo que, posiblemente aquella situación sería uno de los peores detonantes que dejaría aflorar el lado más rígido de su personalidad. Nieves abandona el castillo, pero no sin antes ser interceptada por uno de los hombres de mayor confianza de Erik y su familia.

—No es correcto que una chica tan frágil y hermosa como tú camine por las calles del reino solitaria.

La voz provino desde un área oscura, la cual no había sido anotada por Nieves. La chica volteó abruptamente ante el nerviosismo que se despertó en ella. Pero, rápidamente se calmó al encontrarse con un rostro familiar, ya que, conocía a cada persona del castillo.

—Isaac, sabes perfectamente que no me gusta que me asusten de esa forma. ¿Qué haces allí en la oscuridad?

—Solo pasaba el tiempo, deberías tener más cuidado con tus pasos, debes estar atenta, nunca sabes cuando alguien está por hacerte daño.

—Siempre dices lo mismo, no creo que haya calles más seguras en el mundo que las de este reino. —Dijo la chica entre risas.

La mirada de Isaac era oscura y llena de maldad, pero ante la inocencia e ingenuidad de Nieves, el mundo era completamente de color rosa, ya que, no estaba adiestrada ni condicionada para poder asimilar la cantidad de maldad que cada día crecía más en el reino.

—Podría acompañarte a tu casa si lo deseas.

—No, Isaac. Te lo he dicho muchas veces. Mi padre no comulga con la idea de que ande con cualquier chico por el pueblo. Las personas hablan demasiado.

—No estarás acompañada de cualquiera. Soy un Guardia Real, y soy tan respetable como cualquier miembro de esta familia.

Nieves suspiró de una forma ansiosa, ya que, había tenido esta misma conversación en múltiples oportunidades con el mismo Isaac. Era insistente, testarudo y muy terco, por lo que, ninguna de las palabras que le decía la chica, parecían hacer efecto hasta que esta se alteraba de manera notable.

—¿Cuándo será el día en que finalmente me aceptes como tu compañero? Sabes muy bien lo que siento por ti, Nieves.

—Y tú sabes muy bien cuál es mi posición al respecto. No quiero hablar

más de esto, Isaac.

Chica se dio media vuelta y caminó en dirección contraria respecto a donde se encontraba el guardia. Una vez más había sido rechazado, y aquella sensación de odio y descontrol crecía intensamente en su estómago.

Sus intenciones siempre habían sido serias y constantes con Nieves, pero la imposibilidad de poder convencerla lo llenaba de una frustración increíble, pero no podía dejarse llevar por sus intenciones.

—Mientras veía como Nieves se alejaba del lugar, intenta reprimir una cantidad de improperios e insultos hacia la chica, ya que, aunque la amaba profundamente, ya estaba cansado de tantos rechazos.

—Algún día, necesitarás de mí y no estaré allí para ayudarte. Ese día te arrepentirás de todas las veces que me has rechazado. —Dijo Isaac entre dientes.

Mientras, tomaba su lanza, la cual se encontraba apoyada contra una pared de piedra y se dirigió hacia el interior del castillo. Isaac es un hombre fuerte, decidido y con una personalidad bastante particular. Es déspota, aguerrido y ha sido el líder de la Guardia Real durante cinco años continuos.

En las pocas batallas que se han librado, ha sido uno de los guerreros más relevantes, demostrando sus múltiples capacidades con la espada, las lanzas, arcos y flechas.

Es temido por cada uno de los habitantes del reino, ya que, su gran tamaño corpulencia, lo hacen un contendiente difícil de derribar. Con el tiempo, sus intentos por persuadir a Nieves de convertirse en su mujer, se han hecho un poco más hostiles cada vez, lo que ha generado exactamente el efecto contrario en la chica.

Sus ilusiones se ven destruidas en cada oportunidad que recibe un rechazo por parte de la chica, quien solo parece tener ojos para Erik. Esto es algo que, con el tiempo, Isaac ha notado en silencio y que, al parecer, se ha hecho mucho más intenso.

La manera en que se observan, la forma en que se tocan y el constante interés por estar juntos en todo momento, han delatado a la pareja, dejándola en evidencia ante un hombre peligroso que tiene todos sus sentimientos puestos en Nieves.

Nunca ha perdido una oportunidad de cortejarla, pero Nieves siempre se ha mantenido sólida ante su posición de no vincularse con cualquier hombre del reino. Fácilmente, los rumores llegarían hasta sus padres y no era su interés convertirse en un dolor de cabeza para la familia.

Su única labor era ser parte del negocio familiar y continuar la tradición, ya que, el amor y las ilusiones no deben tener cabida en la vida de Nieves, si quiere hacer el trabajo de manera correcta y adecuada como se lo exige su padre.

Los novios, parejas, y amores fugaces no habían sido vivencias en la vida de Nieves, quien solo se había dedicado a trabajar desde muy pequeña para poder ayudar a su familia a crecer cada día más. Era una joven abnegada, responsable y con un concepto completamente sólido acerca de lo que era la familia y el amor.

Aunque es inevitable asegurar que Nieves, en su interior, permite que cada vez crezca más la curiosidad por saber que hay más allá de aquellas fronteras que su padre no le ha permitido cruzar.

Siempre ha permanecido en los límites establecidos por el viejo panadero, por lo que, cada vez es más incontenible la curiosidad y necesidad de saber que hay en los territorios inexplorados por Nieves.

Isaac es un hombre que puede tener a cualquier mujer, no importa de qué estatus social o raza, cualquier chica caería rendida a sus pies ante sus encantos y cuerpo de escultural, pero lamentablemente, la que él desea, no tiene cabida para él en su vida.

Quizás un poco de miedo podría haber influido en los constantes rechazos que Nieves genera hacia Isaac, ya que, en múltiples oportunidades había sido interceptada en el bosque, y las visitas inesperadas eran algo que no eran del agrado de Nieves.

Había intentado hacerle entender de múltiples maneras que ella no estaba interesada en lo absoluto en él, pero al parecer, el Guardia Real se había hecho de la vista gorda y oídos sordos ante todas las negativas de la chica. Estaba acostumbrado a tener lo que quería, y Nieves estaba entre sus objetivos más claros, sería paciente, y sabía que tarde o temprano la tendría en sus manos.

Después de duros días tras la muerte del rey Marcos, todo el pueblo parecía no superar la pérdida de aquel monarca. Todo era silencio y tranquilidad al atardecer, todos volvían a sus casas después de largas jornadas de trabajo, y no estaban permitidas las festividades. Era un luto general, y no era algo impuesto por el reino, sino que todos habían asumido este sentir de una manera muy íntima y propia.

Aunque no quisieran, la pérdida de Marcos se sentía profundamente en el corazón de cada uno de los habitantes del pueblo. Este había sido el generador

de todas las riquezas, de la abundancia, de la paz, del crecimiento social y el hermetismo como un reino poderoso. Guardar respeto ante la pérdida física de este hombre era lo menos que podían hacer.

Al caer la noche, Erik finalmente había decidido descansar, pero la incomodidad que sufre estando en su cama no lo deja tranquilo. Suda continuamente y la cama se encuentra empapada en sus fluidos corporales. Se retuerce de un lado al otro mientras sus manos se aferran a las sábanas, como si algo quisiera arrancarlo directamente desde la cama.

Despierta exaltado después de una serie de pesadillas breves que no logra comprender, y que se han repetido a lo largo de su vida sin saber por qué. Se encuentra sin camisa, mostrando su pecho completamente mojado en sudor, sus abdominales son definidos, ya que, las duras jornadas de entrenamiento de combate han logrado formar un cuerpo sólido con una roca.

El chico sale de la cama y se asoma a la ventana, y el punto de descontrol máximo llega a su límite cuando los rayos de la luna finalmente inciden sobre su cuerpo. Un fuerte dolor estomacal lo hace retorcerse en el suelo, cayendo de manera abrupta y golpeándose la cabeza.

La brutalidad del golpe es suficiente para que pierda el conocimiento, pero Erik mantiene retorciéndose mientras sus manos intentan apaciguar el dolor tan agudo y profundo que se siente como si cientos de puñaladas atravesaran sus intestinos una y otra vez.

Su cabeza arde en alta temperatura, mientras el sudor de su cuerpo evidencia los niveles tan elevados que ha alcanzado. Un impulso salvaje lo obliga a saltar por la ventana de manera inesperada, cayendo unos 15 metros, algo que hubiese matado a cualquiera. Pero no, Erik continúa retorciéndose y está vivo, aunque severamente golpeado.

Su piel ha cambiado de tonalidad, se encuentra palidecido y de pronto ya no es de color carne saludable como suele ser. Ahora tiene una tonalidad grisácea, mientras sus venas se han tensado de manera exagerada.

Mientras se retuerce a las afueras del castillo, en una zona que no cuenta con la suficiente vigilancia, para su desgracia, uno de los sirvientes ha llegado a su habitación para llevar un poco de comida. Al ingresar, y no verlo en la habitación, dan una segunda alarma debido a la situación crítica en la que se encuentran en el reino.

No es una situación normal la que están atravesando, ya que, después de la muerte del rey, todos se encuentran alertas ante la posibilidad de un segundo ataque de este hombre que aparentemente ha envenado al rey. Mientras Erik se

retuerce en el suelo, su única imagen que viene a la mente es la posibilidad de haber sido envenenado al igual que su padre.

Pero esta posibilidad desaparece de manera instantánea, ya que, no ha ingerido ni un solo alimento en todo el día. Se mueve de un lado al otro, y después de un par de minutos de inmovilidad, los dolores han pasado.

Erik podía haber vuelto al interior del castillo, pero tanta frustración y desespero, lo obligan a internarse en lo más profundo del bosque como si buscara algo en particular que no sabe lo que es.

La naturaleza lo está llamando, y el acude en su llamado. Se siente seducido por los rayos de la luna que se eleva en los cielos, gritándole constantemente que la siga. Erik avanza sin detenerse con sus pies descalzos, mientras sus manos apartan los obstáculos generados por ramas de árboles y plantas del bosque.

Corre incansablemente, y a medida que corre con mayor velocidad, su ritmo cardíaco aumenta de una manera descomunal. Siente como si su corazón fuese salirse por la boca, pero no puede detenerse.

La dirección hacia dónde lo llevan sus pies finalmente está bajo su control. Toma el mando de su cuerpo una vez más y corre hacia una vieja cabaña ubicada en el interior del bosque, es allí donde podría conseguir la ayuda que necesita.

Como todos los hombres, Erik guarda un oscuro secreto que solo él maneja. Tiene formas de drenar su frustración y los momentos de ansiedad, y una de las formas más eficaces siempre han sido en las manos de Elly.

Se trata de una hechicera que se ha convertido en una compañía alterna de Erik. Después de haberla conocido de una manera completamente extraña y curiosa, esta se había convertido en una buena amiga que lo solía escucharlo en sus momentos difíciles. Cuando no contaba con Nieves, Elly era la compañía perfecta para poder drenar sus tensiones.

Pero con esta chica no había reglas, y por lo general, siempre terminaban en la cama comportándose como seres salvajes mientras la chica lo complacía de las maneras más indescritibles. El sexo con ella era salvaje, brutal, ya que, podía obtener lo que quisiera de esta mujer sin que existiera un solo argumento en contra.

Aunque no tenía ningún tipo de sentimientos por Elly, esto era algo que no podía conseguir con cualquier chica, por lo que, se aferra fuertemente a esta relación con esta mujer, algo que es completamente carnal y lleno de lujuria. Tras un largo recorrido a pie, Erik logra llegar a la casa de la hechicera, quien

parecía saber que el joven príncipe se encontraba en camino.

Antes de que Erik pudiese tocar a la puerta, Elly ya se encontraba a las afueras esperándolo.

—Has llegado a tiempo. Bienvenido.

Erik se muestra agotado y evidentemente deshidratado. Se desploma frente a la mujer sin poder decir una palabra. Ha perdido el conocimiento, pero Elly no parece preocuparse por esto.

III

Erik abrió sus ojos en medio de una habitación con una luz tenue iluminada por velas. El aroma floral inundaba el lugar, haciéndolo sentir una paz interna completamente diferente a la sensación que sentía cuando había llegado a aquel lugar.

Se encontraba cómodo, en un estado de relajación muy profundo, lo que, después de unos segundos de disfrutar, decidió quebrantar. Erik hizo un esfuerzo para sentarse al borde de la cama donde se encontraba descansando, observando su alrededor, identificando un lugar familiar. Ya había estado allí.

—Finalmente has despertado. Pensé que no lo harías nunca. —Dijo una voz femenina a las espaldas de Erik.

Alterado, volteó rápidamente para verificar de quién se trataba. Elly lo observaba fijamente mientras frotaba sus manos con un poco de aceite. La mujer caminó lentamente hacia él y colocó sus manos sobre sus hombros, masajéandolo lentamente mientras sus manos aceitosas se deslizaban por la superficie de su piel. Sus delicados dedos hacían masajes sobre la zona tensa del cuello y se desliza hacia los hombros, mientras Erik parecía caer en un trance completamente mágico.

Los dedos de aquella chica eran exquisitos, el tacto era completamente surrealista. Parecía relajarse cada vez más y sentía que sus pies dejaban de tocar el suelo.

La hechicera tenía habilidades mucho más allá que la magia y las prácticas oscuras, tenía la habilidad con sus manos de poder controlar a Erik, quién era uno de los hombres más inestables que había conocido. Se dedicó a masajear la zona de la espalda, dirigiéndose hacia la parte baja mientras ejercía presión sobre los músculos bien formados de Erik.

—Te gusta lo que hago ¿Verdad? —Preguntó la mujer mientras se acercaba al oído del hombre.

—Sabes perfectamente que me fascina que lo hagas. Por eso he venido hasta ti.

La mujer dejó que sus brazos rodearan el cuerpo de Erik mientras sus manos se ubicaron sobre una pequeña manta de tela que cubría la zona genital del hombre. La erección que se había formado en Erik era muy evidente, por lo que, la mujer decidió mostrar el genital de aquel sujeto que se encontraba sumamente excitado.

La respiración era acelerada, y solo podía cerrar sus ojos para disfrutar de las caricias suaves pero muy ardientes que le proporcionaba aquella hechicera. Elly acariciaba la superficie del miembro de Erik mientras se encontraba detrás de él. Sus labios besaban su espalda mientras sus delicadas manos frotaban el endurecido trozo de carne que había comenzado a aumentar su temperatura.

Estaba muy excitado, y su corazón latía con tanta fuerza que Elly lo podía escuchar con solo acercarse a él. De pronto, la chica sacó su lengua y comenzó a pasearla por la superficie de la piel de la espalda de aquel hombre, mientras sus manos masturbaban cada vez con más velocidad su erecto y húmedo miembro.

Sus manos aceitosas habían lubricado la totalidad de la superficie de aquel trozo de carne, por lo que, los movimientos de la fricción generaban una sensación mucho más gratificante en el príncipe. Necesitaba desconectarse, darle un descanso a su mente de todo lo que había pasado en los últimos días, por lo que, huir hacia las manos de Elly siempre era una forma muy efectiva de desconectarse del mundo.

Era su compañera personal, esa amiga a quien siempre recurría para poder drenar toda la tensión sexual que se acumulaba en él. Erik era un hombre enfocado en sus responsabilidades como príncipe, por lo que, no tenía tiempo para vincularse sentimentalmente con alguna chica. Lo más parecido al amor que había experimentado había sido la compañía de Nieves, pero al considerarla una buena amiga, había descartado esta posibilidad hacía mucho tiempo.

Mientras sigue disfrutando de las caricias de Elly, algunos pensamientos comienzan a surgir en su mente de manera repentina. El rostro de Nieves ha parecido frente a él y una fantasía bastante realista ha comenzado a desarrollarse. No tiene control sobre los pensamientos que comienzan a aflorar, pero a pesar de que sabe que no es real, lo disfruta enormemente.

En medio de la fantasía, Erik sujeta el rostro de Nieves y se acerca a ella, se encuentra completamente desnudo y no parece importarle. Nieves lo observa con deseo, con ganas de devorarlo completamente, y esto excita cada vez más a Erik. Toma su rostro y besa sus labios, mientras sus manos comienzan a recorrer el cuerpo de la chica, el cual se encuentra vestido con algunos trozos de tela que cuelgan de manera desordenada.

Elly se deshace de sus vestiduras y Erik puede disfrutar de su cuerpo desnudo, inmaculado, puro y virgen, viendo como sus pezones se endurecen y

una sonrisa se dibuja en el rostro de la chica. Pero de manera repentina, aquella ilusión que se estaba llevando a cabo es interrumpida abruptamente por una voz femenina.

—Estás pensando en ella... No deberías. —Dijo Elly.

Erik despertó repentinamente un poco exaltado, ya que, tenía conocimiento acerca de las habilidades y poderes mentales de la bruja, por lo que, descubrió que la chica estaba dentro de su mente.

—Sabes perfectamente que detesto que entres en mis pensamientos. —Dijo Erik.

—No lo pude evitar, parecías estarlo disfrutando más de lo normal y tuve que verificar en qué pensabas. Discúlpame.

La mujer interrumpió sus acciones y rodeó a Erik, parándose justo frente a él para dejar caer su vestido al suelo. La mujer mostró un cuerpo perfecto, bien formado con pechos definidos con un volumen bastante prominente. Sus caderas eran anchas y su vientre estaba completamente plano.

—No creo que seas capaz de pensar en ella mientras me observas a mí. ¿Estás listo? ¿Quieres algo más de cariño?

Erik se acostó nuevamente en la cama mientras disfrutaba de como la mujer se posaba justo sobre él. Después de frotar un poco la superficie del glande sobre su clítoris, la mujer lo introdujo en lo más profundo de su ser. Erik la penetraba con suavidad, pero la mujer parecía desesperarse ante la posibilidad de no recibir lo que deseaba.

Sus movimientos cada vez eran más agresivos y rápidos, mientras sus uñas se sujetan al pecho del caballero y este gemía con mucha violencia. Aquel encuentro desenfrenado siempre había sido de la misma manera, por lo que, no se sorprenden ante el salvajismo característico que suele definir sus encuentros amorios.

Con el pasar de los minutos, Elly ha aumentado su velocidad enormemente, cabalga a Erik como si se tratara del corcel más salvaje del reino, mientras este sujeta sus glúteos y disfruta de como su miembro se frota contra las paredes internas de la vagina de aquella hechicera. En medio de aquel encuentro, ambos parecen perder el control de sus acciones, dejando que sea el placer y el deseo el que los ayuda en todo momento.

La mujer deja que sus ojos se vayan a blanco mientras es penetrada por Erik, quien ha sido el único hombre que ha poseído su cuerpo en toda su vida. Es tratada en el pueblo como una prostituta, como una cualquiera, pero la realidad es que el único hombre que ha estado dentro de ella ha sido el

príncipe Erik. Es un pacto que ha hecho con ella misma, aunque se niega a estar enamorada de este príncipe, le debe lealtad y fidelidad absoluta a este hombre.

La atracción o vínculo existente entre estos dos personajes es completamente carnal, no existe ningún nexo sentimental que los una, y al manejarlo de esta forma, saben que no pueden permitirse crear una conexión emocional que vaya más allá del placer sexual.

La hechicera sabe perfectamente que el corazón de Erik tiene nombre, y aunque él mismo no lo sabe, la solución a uno de los problemas más graves que tendrá que afrontar el príncipe estará justo en las manos de esa chica que invade su mente y su alma.

No hay un solo aspecto de la vida de Erik que Elly no conozca perfectamente. Sabe cuál es su futuro y cuál es el destino que debe cumplir el príncipe, pero por órdenes del mismo joven, esta no puede revelar absolutamente nada de su porvenir. Es por esto que disfruta de su compañía al máximo en cada encuentro, ya que, sabe que tarde o temprano dejará de disfrutar de estas sesiones de sexo desenfrenado y sin reglas.

Lo más importante que conocía Elly acerca del príncipe era que no era estable como especie, por sus venas corría una realidad que difería de cualquier cosa que pudiese entender Erik hasta ese momento. El episodio de ira que había experimentado en su habitación era la primera vez que se manifestaba en toda su existencia, por lo que, ha comenzado una etapa que no debía llegar sino hasta dentro de mucho tiempo.

Erik lleva en su ADN una carga genética llena de violencia, maldad y salvajismo, algo que ha sido heredado de su propio padre y que nunca le fue revelado. Parte de este lado salvaje siempre había aflorado en medio de las sesiones de sexo con Elly, quien disfrutaba enormemente de este aspecto del príncipe, quien no tenía límites ni tabúes cuando se trataba de hacerle el amor a aquella hechicera.

Incrustaba sus dientes en múltiples partes de su cuerpo, lamía su piel como si quisiera devorarla, incrustaba sus uñas en su carne mientras succionaba su piel dejando hematomas por todos lados.

Era una forma bastante particular de mostrarse el deseo, pero lo importante era que Elly lo disfrutaba hasta el último segundo. Generalmente ambos explotaban al mismo tiempo en un orgasmo animal que frecuentemente terminaba en el suelo de aquella cabaña donde compartían su momento privado.

Tras culminar el encuentro, Erik solo tomaba sus vestiduras, se despedía con un beso en la frente y se marchaba. Sabía que no era una relación que debiera cosechar o cultivar, por lo que, solo la trata de forma carnal y sin conexiones sentimentales. Aquella noche no había sido diferente, por lo que, después de expulsar todos sus fluidos en el rostro de la chica, Erik limpió su miembro y se marchó en medio de la noche.

Toma uno de los caballos de la hechicera antes de abandonar la cabaña, quien se lo ha proporcionado debido a la oscuridad y soledad del bosque a esas horas.

—Mañana enviaré a uno de mis hombres a devolverte este caballo. He disfrutado mucho de volver a verte. Espero que puedas descansar.

—Ten cuidado, Erik. Hay cosas en tu destino que posiblemente serán difíciles de entender. Ve con cuidado.

Erik está acostumbrado a recibir constantemente consejos y advertencias de Elly, y aunque no siempre sabía de qué se trataba, por lo general, tomaba muy en serio los comentarios de esta mujer.

—No me pasará nada, llegaré muy pronto al castillo. Nos veremos después, Elly.

Erik comenzó a cabalgar rápidamente directamente el castillo, el sendero por donde se desplazaba está completamente solo, y las luces generadas por los rayos de la luna iluminaban el lugar. Erik comenzó a sentir un mareo similar al que sintió en su habitación, por lo que, intenta acelerar el paso de su caballo.

Su vista se torna borrosa, y sus manos se entumescen rápidamente. Experimenta un gran disparo de adrenalina y siente algo de temor al encontrarse completamente solo en medio del bosque. Una crisis similar a la que sufrió en su habitación no puede ser tolerada una vez más, por lo que, se desplaza a toda velocidad por el sendero.

Todavía hay mucha distancia entre él y el castillo, por lo que, no puede permitirse perder el control. El fuerte dolor de estómago atacó una segunda vez, pero esta vez se encorvó de tal manera que casi cae del caballo.

Se sostiene con fuerza, pero el dolor es constante e intenso. Cuando creía que el dolor no podía ser más fuerte, una segunda punzada mucho más intensa y profunda pareció atravesarlo completamente.

Esto lo obligó a caer del caballo de forma drástica, cayendo sobre el camino de tierra, donde continuó retorciéndose durante algunos minutos más. El caballo no se detuvo en su camino y avanzó tan rápido como pudo por el

sendero, mientras desaparecía de la vista llena de temor de Erik.

Por un momento, pensó que moriría en ese mismo momento, por lo que, toda su vida comenzó a transcurrir por su mente en ese mismo instante. Pensaba en su padre y su madre, recordó a la bella Nieves, y por un segundo, la extrañó con tanta intensidad que descubrió los fuertes sentimientos que tenía hacia ella.

La vista que se había hecho borrosa comenzó hacerse clara nuevamente, lo que, le dio una señal a Erik de que está recuperando el control, pero nada más alejado de la realidad. Podía ver todo con más agudeza y claridad que antes, parecía que sus sentidos se habían potenciado enormemente, algo que lo llevó a experimentar una descarga de adrenalina descomunal.

Los gritos de Erik se escuchaban en todo el bosque, se retorció de dolor mientras sus manos sostenían su abdomen. Pero de pronto, el dolor cesó, y en vez de un dolor en el abdomen, este pareció convertirse en una presión descomunal sobre la totalidad de su cuerpo.

Era como si cientos de rocas se hubiesen desplomado sobre él y estuviesen aplastándolo. Sus huesos comenzaron a crujir, y se contorsionada de manera drástica de un lado al otro, como si algo estuviese dominándolo, algo que tenía mucho más poder que él.

Salivaba de manera excesiva, y sus dientes comenzaron hacerse más grandes. Casi no podía respirar, pero intentaba hacerlo de forma forzada. No sabía si llorar, gritar, reírse o entregarse, una gran cantidad de emociones experimenta en ese momento. Aún tenía el poder de su conciencia, pero su cuerpo había perdido el control.

De pronto, todo se fue negro, Erik ya no era él, había pasado a convertirse en la bestia que estaba destinada a ser desde el día en que nació. Nunca nadie le había hablado al respecto de esto, era algo desconocido para él, pero después de algunos minutos, Erik había dejado de ser humano.

Se había convertido en una bestia cubierta completamente de un pelaje espeso y negro. Sus uñas habían crecido y ya no eran de humano, eran garras afiladas que podían cortar la carne de cualquier animal o persona que se encontrara cerca de él.

Ya no caminaba erguido, se encontraba en cuatro patas, mientras grandes orejas puntiagudas se elevaban directamente al cielo. Sus ojos eran completamente rojos, como si subiesen inundado de sangre, mientras que, sus fauces eran tan feroces y potentes que podrían partir la columna vertebral de un venado en un segundo.

Aquello que había ocurrido en aquel momento era algo sin precedentes, y estaba ocurriendo por primera vez en la vida de Erik por una razón específica. La maldición que llevaban los hombres de la familia real se había intentado mantener oculta, pero esta solo afloraría en medio de una ira incontrolable o furia descomunal desde lo más profundo del corazón.

La muerte de Marcos había despertado todos los peores sentimientos de Erik, quien estaba ahora a merced de aquella maldición que había caído sobre su familia desde hacía muchos años. Ahora era la era del lobo, la era de la bestia que se encontraba atrapada dentro de Erik.

IV

La bestia se había transformado y había huido directamente del bosque, había perdido el control completamente de sí misma, por lo que, después de múltiples aullidos, se internó en lo más profundo del bosque. Horas más tarde el sol premió al pueblo nuevamente con sus rayos de luz.

Una bestia con todo el poder y la posibilidad de asesinar a las criaturas más grandes del bosque o al hombre más fuerte del pueblo, era un riesgo que en otros tiempos el pueblo ya había afrontado. Los años se había encargado de borrar las huellas y cicatrices que habían quedado en el reino, el cual había afrontado épocas similares en tiempos diferentes.

Cuando llegó la mañana, todas las calles del pueblo estaban llenas de terror y algarabía, todos se encontraban aterrorizados y corrían despavoridos de un lugar a otro mientras hacían correr la noticia. Apenas y aún se recuperaban de la muerte del rey Marcos, y ahora tenían que afrontar una situación de peligro que parecía haber llegado a las calles del reino.

El cuerpo despellejado de un hombre había aparecido tendido en el medio de la calle.

Su carne se encontraba desgarrada con mordidas que no parecían ser de un animal cualquiera. Se habían recibido reportes de ataques de lobos, osos y algunas otras criaturas del bosque, pero ninguna había actuado de manera tan brutal como lo habían evidenciado los testigos que habían encontrado el cuerpo de este hombre a primeras horas de la mañana.

La última vez que había ocurrido un ataque similar había sido 17 años atrás, cuando toda una familia había sido asesinada en condiciones muy similares. Todo lo referente a aquella situación parecía haber quedado en el olvido, pero de pronto se había refrescado nuevamente en la mente de los pobladores, quienes corrían despavoridos a encerrarse en sus casas ante la posibilidad de que nuevamente aquellos asesinatos estuviesen llevándose a cabo una vez más.

Ante aquella curiosa situación que comienza desarrollarse en el pueblo, todos piden la opinión del joven príncipe, quien aún no es proclamado rey debido a la gran cantidad de sucesos e interrupciones que se han dado para esto. Sirvientes corren hasta su habitación en horas de la mañana para intentar notificarle el suceso, aunque nada se puede hacer sin pistas o indicios de lo ocurrido.

Solo se ha encontrado a un hombre despellejado en plena calle, asesinado de una forma brutal y con mordidas que parecen ser algo completamente sobrenatural. Erik se encuentra en su cama tendido entre las sábanas, y los golpes en la puerta lo despiertan abruptamente.

—¡Príncipe, solicitan su presencia en las calles lo más pronto posible! — Gritó uno de los sirvientes.

Erik recién despertaba y el fuerte dolor de cabeza no lo deja pensar con claridad. Lo que vio a su alrededor no le permitiría dar una respuesta, se había quedado sin aliento.

Mientras esto ocurre, Nieves ha hecho acto de presencia en medio de la muchedumbre del pueblo. Todo se han congregado para ver el aterrador escenario que ha quedado después de una larga noche llena de violencia y sangre. Iba de camino al castillo cuando se encontró con algunos conocidos que le hicieron hincapié en lo que estaba ocurriendo.

—Algo muy horrendo está pasando en el pueblo. Debes andar con cuidado, hija. —Dijo una vieja mujer muy amiga de su madre.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué se debe todo este alboroto?

—Un hombre ha muerto, lo ha asesinado algo escalofriante. Solo de contártelo se me eriza la piel. Ve a casa, linda. Protégete.

Nieves siempre se había caracterizado por ser una chica ingenua, pero a la vez podía llegar a ser bastante incrédula con este tipo de situaciones, ya que, con solo escuchar la historia de aquella mujer no le bastaría.

Nieves caminó directamente hacia el lugar donde se habían congregado todas aquellas personas y forman un gran volumen humano, entre los cuales se hizo espacio hasta llegar hasta la escena horripilante de un hombre muerto en las calles.

Algunos guardias de la orden real se encargaban de limitar la zona y evitar que se creara la pandemia en el lugar, pero solo cinco hombres eran muy pocos para la gran cantidad de curiosos que se habían congregado en el sitio.

—No hay nada que ver aquí. Por favor, vayan a sus casas y no hagan que esto empeore.

Los hombres estaban tan nerviosos como los ciudadanos, pero intentaban transmitir algo de calma a los mismos. También eran seres humanos con sentimientos y con miedos, y lo que estaban viendo sus ojos era algo inimaginable.

Ni en sus peores pesadillas podrían haber imaginado una imagen así, el hombre estaba completamente abierto por la mitad y todos sus órganos estaban

expuestos a la vista de todos.

Quien lo hubiese atacado de esta forma no solo estaba interesado en asesinarlo, sino en alimentarse de su cuerpo, pero ninguna bestia imaginada por el hombre sería capaz de matar de una manera tan fría. Ni el oso más gigante del bosque sería capaz de matar a algún hombre de una manera tan sangrienta.

Nieves se había quedado sin palabras tras encontrarse con aquella imagen. Era la primera vez que veía un cadáver, sus órganos expuestos le generaron unas nauseas incontenibles. Cuando pensó que no podía aguantar las ganas de vomitar, una mano se posó sobre su hombro de una manera muy firme y la obligó a salir de allí.

Un hombre cubierto con una capa cuya capucha cubría completamente su rostro, la guía lejos de la gente. La chica intenta gritar, pero una mano se posa sobre su boca y una señal de silencio por parte del captor obliga a la chica a mantenerse callada.

Nieves siente la necesidad de luchar para liberarse, pero justo en el momento en que pretende golpear al hombre para que la deje tranquila, llegan a un lugar privado en el que finalmente es revelado el rostro del hombre.

—Erik, eres tú. Vaya susto que me has dado. ¿Por qué actúas de esta forma tan extraña?

—El pueblo ha de tener demasiadas preguntas que yo no tengo la menor idea de cómo responder. Por el momento solo necesito hablar contigo.

—¿Qué ha pasado, te ves muy nervioso?

—Quisiera poder explicártelo, pero yo tampoco tengo la menor idea

Erik se veía muy perturbado y confundido, y solo había encontrado refugio en la única mujer que confiaba en el pueblo. Abrazó fuertemente a Nieves intentando protegerse entre sus brazos, ya que, aquella chica podía brindarle una gran cantidad de paz, que era lo único que necesitaba en ese momento.

El abrazo inesperado del príncipe dejó completamente confundida a la chica, ya que, aunque tenían una buena relación de amistad, Erik no solía tener estos gestos de cariño con ella.

No tuvo la voluntad para interrumpir el abrazo, por lo que, se dejó llevar y también rodeó con sus brazos al príncipe. Un abrazo cálido, prolongado y muy sentido, ambos se sentían protegidos al estar tan cerca del otro, pero era el momento de aclaratorias.

—Cuéntame toda la verdad de lo que te está pasando. ¿Aún estás mal por lo de tu padre?

—Algo muy extraño está pasándome. Esta mañana, cuando desperté en mi cama, estaba completamente desnudo y mi cuerpo estaba lleno de sangre.

—Erik, por Dios, estos no son juegos. —Dijo la chica.

—Nieves, por favor, mírame a los ojos. Tú más que nadie me conoce y sabes cuándo miento y cuando no. ¿Acaso crees que estoy jugando con esto?

Nieves no había tomado en serio las palabras de Erik, pero algo mucho más escalofriante estaba a punto de ser mostrado a la chica. Erik mostró una pieza de ropa rasgada que se encontraba sobre su cama. Esta parecía tener un patrón similar al de las vestiduras de aquel hombre que había sido asesinado en plena calle del reino.

—¿De dónde ha sacado eso? —Preguntó la nerviosa Nieves

—La encontré en mi cama muy cerca de mi cuerpo al despertar. Sabía perfectamente que no era mía y ya creo tener idea a quién pertenece.

—Estoy muy confundida, no entiendo absolutamente nada. ¿Estás diciéndome que tú mataste a ese hombre? —Dijo Nieves mientras se alejaba unos pasos de Erik.

—Eso es algo que quisiera saber. Despierto desnudo en mi cama, lleno de sangre, con este trozo de tela junto a mí. No sé qué es lo que pasa.

Ante la gran cantidad de miedo que experimenta en ese momento, Erik no puede evitar desvanecerse rápidamente. Había pasado la totalidad de la noche despierto, por lo que, su energía estaba casi extinta. Sufrió un mareo repentino que le hizo perder el equilibrio, lo que obligó a Nieves a acercarse rápidamente a él.

Lo sostuvo del costado para evitar que este se desplomara, y al abrazar a la chica una vez más, sus rostros quedaron muy cerca el uno del otro. Se miraron fijamente de una forma que jamás lo habían hecho en el pasado, y a pesar de que se encontraban en una situación bastante complicada y curiosa, Erik no pudo resistirse de nuevo ante los impulsos que le despertaba Nieves.

—Eres tan hermosa, Nieves. Estoy comenzando a dudar de lo que siento por ti.

Esto confundió de manera instantánea a la chica, quien pensó que todo se trataba de una broma de Erik para tratar de seducirla.

—Esto no es gracioso, Erik. Ya deja de jugar.

—De nuevo tengo que preguntarte... ¿De verdad crees que estoy mintiendo?

Nadie conocía de manera tan perfecta a Erik como lo hacía Nieves, por lo que, al visualizar sus ojos, pudo evidenciar la sinceridad que transmitía el

joven en las palabras que decía.

—En estos últimos días me he dado cuenta de que hay sentimientos muy intensos creciendo dentro de mí por ti. Sé que lo nuestro podría ser imposible, pero creo que te...

Una pizca de duda hizo que Erik interrumpiera sus palabras.

Un terror descomunal creció en el interior de la chica, quien siempre había intentado evadir cualquier sentimiento que surgía hacia Erik. Llevó una de sus manos hacia su boca e intentó contener las lágrimas, pero fue imposible.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué lloras? —Preguntó el príncipe.

—Erik, esto es realmente intenso para mí. No puedes llegar y hacer esto, así como así. ¿Acaso no entiendes lo que está pasando?

—Quisiera que me lo explicaras.

Nieves intentó retroceder y alejarse de él, pero las manos del caballero la sujetaron firmemente por sus brazos. Los labios de Erik no tardaron en hacer contacto con los de la chica, quien estaba completamente helada. El miedo y el nerviosismo la estaban consumiendo, por lo que, casi podía congelar todo a su alrededor en ese instante.

Sintió como los labios cálidos de Erik hicieron contacto con los de ella, y esta fue una sensación que generó algo muy especial en su interior. Fue como si hubiesen despertado su alma, la cual estaba dormida durante toda su vida.

Sintió como la sangre corría por sus venas, los latidos de su corazón, cada respiración era diferente, estar allí, en los brazos del príncipe, su mejor amigo, y el hombre que más había despertado deseos en ella, finalmente había tenido el valor de besarla.

Ya había tenido suficiente de negar lo que sentía por el príncipe, y al parecer, finalmente tendrá un argumento para poder responder ante los gestos del caballero. Tenía toda la intención de interrumpir el beso y salir corriendo de aquel lugar, pero no había voluntad.

El beso se había extendido por un par de minutos, y mientras sus labios carnosos juegan y se succionan en un beso húmedo, ardiente y cálido, los sentimientos comienzan a florar y hacerse más evidentes para los dos. Pero, en un instante de sentido común y conciencia de Nieves, fue suficiente para interrumpir aquel beso.

—No puedo permitir que esto ocurra, Erik. Perdóname.

La chica corrió huyendo de aquel lugar, y Erik estaba muy débil para correr detrás de ella. Aquel joven se desplomó en el suelo y vio una vez más, así como el caballo, como la chica se alejaba de aquel lugar. Hubiese deseado

más que nada en el mundo poder evitar que se fuera, pero todo se fue a negro y el joven príncipe perdió el conocimiento.

Tras una hora de inconciencia, Erik despierta nuevamente con su dolor de cabeza habitual desde hace unas horas, pero esta vez decidió ir nuevamente al bosque y refugiarse allí para evitar preguntas que no puede responder.

Desconoce la ubicación de Nieves y no se atreve a ir por ella hasta su casa, ya que, sabe perfectamente cuáles serán las consecuencias si el padre de la chica descubre lo que ha ocurrido entre ellos.

Mientras él se encuentra en el bosque refugiado intentando dar una explicación a todo lo que está pasando, la chica se ha refugiado en la iglesia. Este es el último lugar en donde alguien la buscaría para molestarla, por lo que, después de creer que todo el peligro había pasado y confesar sus pecados al sacerdote, la chica, con un poco menos de peso en su conciencia, decidió volver a las calles.

Una vez más es interceptada por Isaac, quien le narra lo que ha sucedido con aquel hombre y ante la temporal y extraña desaparición de Erik, ofrece su protección constante y absoluta.

—No está bien que una chica hermosa y débil como tú se encuentre sola en el pueblo, sería un placer para mí acompañarte en todo momento.

—No es un buen momento para tus tonterías, Isaac. Te agradezco que te alejes de mí definitivamente. Esta vez lo haré por las buenas.

La chica se dio media vuelta y dejó a que el hombre frustrado una vez más. Pero esta vez la chica ha acabado con la paciencia de Isaac. Los planes que constantemente ha descartado por respeto a la joven, parecen haberse afianzado y tomado forma. Es la última vez que Nieves rechazará a Isaac, es hora de pagar su insolencia.

La maldad parece haberse desatado en el reino, mientras Erik se encuentra bajo el poder de un hechizo que lo convierte en una bestia debido a la gran cantidad de ira que dejó que corriera por su cuerpo después de la muerte de su padre.

Esto había despertado lo más oscuro de su ser, dándole pie a un hechizo que había caído sobre su familia dos generaciones atrás. Ahora, él mismo es un peligro para el reino, y aislarse no será la mejor solución, ya que, cuando se convierte en la bestia, no puede tener control de sí mismo. Tentando proteger al pueblo, ha dejado indefensa y desprotegida a la mujer más importante de su vida, Nieves.

Ahora, cuando más lo necesita, el chico intenta mantenerse alejado lo más

posible el tiempo suficiente hasta descubrir qué es lo que está ocurriendo. Las preguntas más extrañas que surgen en su cabeza solo puede contestarlas una sola persona, y es precisamente a Elly a quien buscará.

La hechicera puede tener respuestas para todo lo que está ocurriendo, la advertencia que lanzó sobre él antes de abandonar su cabaña aquella noche, lo hace buscarla de forma inmediata.

V

Su tiempo en el pueblo se había prolongado debido a varias entregas que había tenido que realizar. El cronograma que había seguido Nieves aquella tarde se había extendido más de lo necesario, y el anochecer no era la mejor compañía para regresar a la casa. Diferentes entregas de las que se ha tenido que encargarse le habían robado la mayoría de su tiempo y su atención, por lo que, no había tomado en cuenta la hora.

El camino que solía tomar para llegar a casa era solitario y muy silencioso, ideal para que cualquiera que tuviese malas intenciones colocara sus garras sobre la chica e intentara propasarse. Nieves era una mujer que llamaba enormemente la atención de los pobladores del reino, pero su familia respetable y su fuerte amistad con el príncipe la hacían casi intocable.

No solía vincularse con muchas personas y tenía muy pocos amigos en el pueblo, por lo que, Nieves simplemente desarrolló su vida en torno a la vida de panadería de su familia.

En abandonar el reino o aspiraciones más ambiciosas, ya que, la vida que lleva es simple y muy tranquila. Desde muy pequeña había sido objeto de deseo de muchos compañeros que asistieron con ella a las lecciones con el maestro personalizado que había pagado el propio rey donde asistía el mismo Erik.

A medida que los años fueron pasando, la chica se fue haciendo mucho más atractiva y más enigmática, despertando los deseos de cada uno de los hombres que la veían pasar en aquel lugar. Era muy respetuoso con ella, pero esto no evitaba que algunos fantasearan con la idea de llevarla a su cama y tener a una chica impecable e inmaculada como siempre se mostraba Nieves.

Aquella tarde no era diferente, la hermosa chica llevaba su cabello recogido en una cola de caballo, había utilizado un vestido de color beige que llegaba hasta sus rodillas, mientras que, su escote era bastante recatado, ya que, no le gustaba llamar demasiado la atención, aunque su busto siempre era objeto de atención. No solía usar ropa demasiado reveladora, pero no podía ocultar su figura fácilmente, ya que, tenía una cintura muy delgada y unos senos considerablemente voluptuosos.

Sus labios de color rosa eran carnosos, mientras que, su mentón era fino y delicado. Nieves ha heredado la nariz de su madre, quien le había proporcionado un perfil simétrico y muy fino. Sus ojos eran de color azul

cielo, mientras que, el castaño claro de su cabello era completamente natural. Era un poema, una obra de arte, un amanecer lleno de color, la chica era un espectáculo a la vista de cualquier hombre.

Pero, aunque todos la deseaba con mucha fuerza, solo había uno que había desarrollado una gran cantidad de sentimientos que, con el tiempo, se habían distorsionado, convirtiéndose en una obsesión.

Una gran cantidad de sentimientos tóxicos ponía en peligro la vida de la chica en un futuro no muy lejano. Isaac se sentía agotado de la gran cantidad de rechazos que había sufrido durante todo el tiempo en que había cortejado a la chica, esto lo había llevado a desarrollar malos pensamientos que ni el mismo podía controlar.

Se había dedicado todo el día a seguir a Nieves, quien caminaba de un lugar a otro ocupándose de las diferentes entregas que debía hacer a los clientes de sus padres, sin sospechar que había planes bastante oscuros vinculados con ella.

Sin ser percibido, Isaac observa la chica desde su lugar intentando no mostrar demasiado interés. La ha seguido durante todo el día, y espera paciente la oportunidad ideal para poder dar el golpe maestro.

Ha intentado de todas las formas y maneras poder ganarse la atención y reconocimiento de la hermosa Nieves, pero su indiferencia y falta de interés han hecho aflorar el lado más oscuro de Isaac. El día había terminado, y era hora de que Nieves volviera a casa.

Su cesta de pan estaba completamente vacía, por lo que, esto era indicativo de que todo lo que había hecho durante el día había sido exitoso. Llevaba algunas monedas de oro en su bolsillo frontal, mientras que, en su corazón sentía una gran satisfacción por haber tenido un día exitoso a nivel laboral.

Pensaba constantemente en lo que había ocurrido con Erik, pero el trabajo era un escape efectivo que mantenía su mente ocupada y enfocada en algo distinto a eso. Había emprendido el camino a su casa, mientras se desplaza por aquel sendero solitario, el cual cada vez se hacía más oscuro. Nieves se arrepentía una y otra vez de haber tardado tanto en regresar a casa, pero no era la primera vez que lo hacía, así que, nada malo debía pasar.

Pero, aunque trataba de convencerse una y otra vez de que todo está bien, había una gran sensación desagradable en su pecho que le hacía sospechar que algo no estaba bien del todo.

Sus sospechas se vieron confirmadas cuando al final del camino pudo

divisar una silueta obstaculizando el sendero. La poca luz de esa hora del día no le permitía divisar con claridad de quién se trataba, y aunque sintió algo de miedo, no dejó de avanzar en ningún momento.

La chica estaba llena de valentía y debía quitar de su cabeza los malos pensamientos que la proyectaban en una situación desagradable. Llegó a pensar que quizás se trataba de su padre, quien, al ver la hora, posiblemente saldría a su encuentro para acompañarla. Mientras más se acercaba, más miedo sentía, por lo que, cuando ya estuvo muy cerca, prácticamente sus piernas no le respondían.

Se trataba de un hombre de un tamaño bastante notable, corpulento y llevaba un casco de la Guardia Real, lo que no le permitía ver su rostro. En su mano llevaba una daga, lo que prácticamente congeló la sangre de Nieves al notar este detalle.

—Una chica tan hermosa no debería caminar solitaria por estos caminos a estas horas.

Nieves estaba consumida por el miedo, y no era capaz de dar una respuesta aquel hombre que se había dirigido a ella de una forma amenazante. Había tratado de ser agradable, pero generó el efecto completamente contrario, ya que, llenó de terror a la joven chica, quien se encontraba indefensa y a merced de un hombre extraño cuyo único elemento que podía identificar era su uniforme.

—¿Acaso te has quedado sin habla? —Dijo el hombre, mientras avanza un paso hacia la chica.

Nieves intentó retroceder, pero su paso torpe generó que se enredara en una raíz de un gran árbol ubicado a un lado del camino, cayendo bruscamente al suelo. Esto dio pie rápidamente a que el hombre actuara, quien aprovechó la torpeza de la chica y se abalanzó sobre ella. Sus intenciones eran absolutamente claras, por lo que, Nieves no dudó en comenzar a gritar en busca de ayuda.

—¡No te acerques, por favor déjame ir! —Dijo la chica.

Me cansé de esperar por ti, ahora haremos las cosas a mi modo, dijo el hombre mientras liberaba su pantalón y exponía su enorme miembro frente a la chica.

Era la primera vez que Nieves se encontraba en una situación como esta, de hecho, era la primera vez que veía un miembro masculino en persona, ya que, la chica era completamente virgen y nunca había tenido un encuentro carnal con ningún hombre.

—Te convertirás en mi mujer, quieras o no. —Dijo el hombre mientras inmovilizaba a Nieves con sus manos.

La chica se retorció e intentaba luchar, pero todos sus esfuerzos eran inútiles, ya que, el tamaño de aquel hombre era bastante considerable en comparación con ella. Su miembro estaba dispuesto y había comenzado endurecerse, y la lucha de Nieves parecía excitarlo aún más.

La joven no había logrado identificar al atacante, y lucha incansablemente por intentar mostrar el rostro de este sujeto, para al menos poder saber quién había ultrajado su cuerpo.

Isaac no era un hombre tonto, y había asegurado el casco de una manera efectiva para evitar ser descubierto. Había cambiado la tonalidad de su voz mientras se dirigía a la chica, pero su plan estaba destinado al fracaso desde el inicio. Nieves no dejaba de gritar con fuerza, aunque el sujeto intentaba silenciarla, estaba más concentrado en intentar poseer su cuerpo que hacerla callar.

No había posibilidades de que alguien la escuchara, estaban en medio de la nada y en la oscuridad, por lo que, el Guardia Real está a punto de violar el cuerpo de la joven chica.

Asumiendo que estaban completamente solos, cualquier ruido a su alrededor era un sinónimo de la presencia de alguien más, por lo que, cuando se agitaron las hojas de algunos arbustos cercanos a ellos, ambos quedaron petrificados.

—Si hay alguien allí, por favor ayúdeme. —Gritó Nieves, quien ya se encontraba casi sin aliento de tanto luchar.

Una bofetada le fue propinada a la chica por parte de aquel atacante.

—¡Calla, o te irá peor!

El hombre se puso de pie y sostuvo su puñal en la mano, caminó directamente hacia los arbustos a un paso muy lento y precavido. Nieves vio esto como una oportunidad para poder escapar, pero sentía tanto terror y el miedo le había invadido de una forma tal, que no tenía fuerzas para ponerse de pie y huir de ese sitio.

—Quizás es un animal, por estos lugares no hay nadie a estas horas. —Dijo Isaac.

El hombre había pronunciado estas palabras tratando de convencerse, a sí mismo, ya que, sentía cierto miedo al ser descubierto en medio de un acto deplorable y vergonzoso. Cualquiera que hubiese sido testigo de aquel acto, debía morir, ya que, no podía exponerse a ser descubierto por alguien del

reino.

Sus manos se internaron entre los arbustos e hicieron algo de espacio para poder ver con claridad, pero la poca iluminación no le permitía visualizar nada dentro de aquel lugar. Al parecer había sido el viento, lo que desanimó completamente a Nieves.

Pero algo no estaba del todo bien según lo vio Isaac, ya que, pudo notar una temperatura muy cálida entre los arbustos, algo que llamó excesivamente su atención y lo llevó a introducirse aún más. Entonces fue cuando escuchó la respiración de algo que no era humano.

Una bestia se encontraba oculta en la oscuridad y la temperatura cálida que había sentido Isaac era el aliento de la propia bestia, quien abrió sus ojos rojizos en medio de la oscuridad dejando impactado completamente a Isaac, quien de un salto se alejó de los arbustos.

El bestia saltó directamente hacia él y con sus garras, asestó un golpe tan fuerte en el rostro del hombre, que destrozó el casco de manera instantánea. Isaac apenas pudo esquivar el ataque, ya que, de no haberse movido a tiempo, posiblemente le habrían arrancado la cabeza de un solo golpe.

Al haber quedado expuesto ante los ojos impresionados de Nieves, el hombre no tenía más opción que asesinarla, ya que, esta podría delatarlo ante el príncipe. Pero esto es algo que resulta imposible, ya que, Isaac se encuentra muerto de miedo, el puñal se ha caído de su mano, y no puede creer lo que ven sus ojos.

Una bestia de color negro se posa justo frente a él, tomándose su tiempo para disfrutar de lo que está a punto de hacer. Lo mira fijamente con aquellos ojos rojos que parecen calcinar el alma de Isaac, mientras la mirada incrédula de Nieves se encuentra fija sobre el animal.

Estuvo a punto de ser violada por un hombre sin escrúpulos, pero ahora se encontraba justo frente a una bestia asesina, quizás la que había generado la muerte del hombre que se había hallado en las calles del reino. Sin duda, estaba atravesando una de las situaciones más aterradoras en toda su vida.

Acumulando una porción de valor y energía, Nieves logró ponerse de pie y corrió directamente hacia su casa, pasó justo al lado de la bestia sintiendo una sensación muy desagradable al creer que esta se daría la vuelta y le arrancaría alguna extremidad de un solo mordisco.

Aunque la había atacado y casi le genera un daño irreversible, Nieves siente algo de remordimiento tras haber abandonado a Isaac en medio de aquella situación.

El hombre posiblemente estaba a punto de morir a manos de aquella bestia, pero él mismo se lo había buscado. La chica desapareció en el camino y corrió tan fuerte como pudo directamente hacia su casa, mientras la bestia quedaba acompañada de Isaac, que no era un hombre fácil de derrotar.

Toda la experiencia en combate y sus múltiples disciplinas de pelea y lucha debían ser utilizadas en ese momento para poder convertirse en un adversario decente para aquella bestia. Isaac no estaba preparado para morir ese día, y un as bajo la manga sería su única salida para poder sobrevivir aquella noche.

Se quedó inmóvil esperando a que la bestia atacara, era una guerra de miradas y estrategia, ya que, aquel animal extraordinario estaba a punto de despellejarlo tal y como lo había hecho con aquel sujeto en plena madrugada. Isaac veía con detalle cada una de las extremidades del monstruo, quien, al realizar un mínimo movimiento, le dio la señal de que estaba a punto de atacarlo. Isaac logró esquivar el ataque, deslizándose por el suelo directamente hacia su puñal, era su turno de tomar el control.

Se abalanzó directamente sobre la bestia y cortó una de sus orejas de manera instantánea. El animal huyó de manera instantánea, pero no sin antes asestar un golpe tan fuerte en el rostro de aquel hombre que le desprendió un ojo de manera instantánea.

Había sido una batalla justa, Isaac había logrado herirlo y el animal había conseguido defenderse, pero ante la pérdida de sangre y la herida tan grave que había sufrido la bestia, decidió huir al bosque.

Isaac sabía que su vida estaba destruida, ya que, Nieves había logrado escapar, así que, no pasaría mucho tiempo para que esta lo pusiera en evidencia ante todos en el pueblo.

El Guardia Real acaba de descubrir la existencia de una bestia abominable que puede matar con facilidad, y su única opción es casarla, por lo que, antes de que los rumores acerca de su acto deplorable se distribuyan por el pueblo, debe volver cuanto antes y organizar la cacería de aquella bestia tan peligrosa y asesina

La presencia de Erik en aquel lugar no había sido una casualidad. La propia Elly había sido quien lo había alertado de lo que estaba a punto de suceder. Después de desaparecer en el bosque tras su encuentro cercano con Nieves, se había refugiado en la casa de la atractiva hechicera. Esta se había encargado de hacerle algunas revelaciones que Erik no estaba preparado para escuchar.

Las verdaderas razones de lo que le estaba sucediendo fueron expuestas de manera detallada y explícita ante el confundido príncipe, quien desconocía que algo tan extraño y sobrenatural como eso podía estar pasando. Una alerta clara fue generada por Elly, quien le indicó a Erik la ubicación precisa de la chica y la situación en la que se encontraría.

Sin pensarlo, Erik abandonó la cabaña de la hechicera en forma humana, pero quien llegaría a la escena del ataque sería la bestia.

VI

La cacería tras la búsqueda de la cabeza de aquella bestia que había herido gravemente a Isaac había iniciado. Había manipulado la información de una manera tal, que había conseguido que más de 40 hombres se introdujeran al bosque en búsqueda de la cabeza de este extraño animal que amenazaba la integridad física de todos en el reino. Había recibido la atención médica necesaria para poder evitar el sangrado de su ojo.

Un parche improvisado cubría la herida, mientras espadas y lanzas eran tomadas por las manos de decenas de guerreros para ir en busca de la cacería de aquella bestia. Durante todo el día estuvieron recorriendo el bosque, encontrando algunos indicios de la presencia de un animal que se encontraba herido, pero no tuvieron éxito en la búsqueda.

Desconocían totalmente que aquella bestia solo podía aparecer las noches de luna llena, por lo que, adentrarse en el bosque durante la luz del día, era un esfuerzo completamente inútil. Mientras los hombres se encontraban en busca del monstruo que narraba con mucho detalle Isaac, Nieves se encontraba encerrada en su casa sin haber pronunciado una sola palabra de lo que había ocurrido aquella noche.

Sabía que sus padres no la dejarían salir de casa nuevamente, por lo que, tras llegar completamente palidecida a su hogar, evitó dar declaraciones al respecto de lo que había ocurrido esa tarde mientras se dirigía a casa.

Sentía una gran necesidad de encontrarse con Erik y conversar acerca de lo que había pasado, ya que, era el único en quien podía confiar en ese momento. Recordaba las palabras que le había mencionado el príncipe y podía comprobar que la existencia de aquel monstruo era cierta.

Sentía terror de volver a salir de la protección de su casa, pero sin más alternativas, se dedicó el resto del día a las labores familiares en aquel lugar. Nieves había decidido ir directamente hacia el granero para encargarse del cuidado de algunos de los animales.

Tras descubrir que había una criatura suelta en el reino, debía asegurar todas las jaulas de los animales para cuidar la integridad de estos ante un ataque inesperado durante la noche.

Al entrar, Nieves quedó completamente sorprendida al encontrar el cuerpo desnudo de un hombre que le resultaba sumamente familiar. La mayoría de su rostro estaba cubierto de barro y tierra, así como gran parte de su abdomen y

sus muslos.

Se trataba de nada más y nada menos que el príncipe Erik, quien había encontrado refugio en aquel lugar después de haber vagado toda la noche por el bosque convertido en una bestia.

El estado de agotamiento en el que se encontraba era evidente, por lo que, se había quedado dormido sobre un pajar en lo más profundo del granero. La chica se acerca lentamente hacia él, sabiendo cuáles son las condiciones en las que se encuentra.

No sabe realmente si está vivo o muerto, solo sabe que es Erik, su mejor amigo, su confidente y por quien ha comenzado a sentir algo muy especial en los últimos días.

Cuando pudo verificar que el joven aún se encontraba con vida, la calma y la felicidad regresaron al cuerpo de Nieves, quien peinó el cabello del príncipe mientras este aún se encontraba dormido.

Contemplaba el rostro del joven, mientras cubría su cuerpo con una manta para protegerlo. Puede ver una pequeña herida en su oreja, la cual parece haber sido cortada con el filo de un cuchillo.

Esta herida era precisamente el vínculo que se generaba entre Erik y la bestia, ya no había más nada que comprobar. Nieves se sentó a un lado del joven, y acariciaba su pecho de forma periódica mientras sus dedos se deslizaban por la sucia piel del caballero.

Podía hacerlo mientras este se encontraba inconsciente y tomando un recipiente con agua y una toalla, la pasa por su cuerpo una y otra vez y la volvía a introducir en el agua para eliminar la mugre. Después de una hora, la chica había conseguido asear completamente a Erik.

Se había paseado por la totalidad de su cuerpo desnudo, mientras este, completamente inconsciente, aún recuperaba sus energías después de una noche completamente descontrolada. Se encargó de darle toda la protección y los cuidados posibles al joven, mientras este, se hallaba dormido como un ángel en las instalaciones del granero de la familia de panaderos.

No fue sino hasta horas de la tarde, cuando Erik dio sus primeros movimientos que indicaron a Nieves que el chico estaba por reincorporarse nuevamente. Abrió sus ojos de una manera lenta y se mostró confuso y desorientado al ver los ojos verdes de la chica, Erik sonrió mostrando una tranquilidad y una paz absoluta

—¿En dónde estoy? —Preguntó Erik.

—Estás en el granero de mi familia. No tengo la menor idea de cómo

llegaste aquí.

—Todo ha sido una locura desde la muerte de mi padre. Pero ya sé finalmente qué es lo que me está pasando.

—Yo también creo saber qué es lo que ocurre, aunque no tengo una explicación lógica para ello.

Erik observó su cuerpo y pudo notar que se encontraba completamente limpio, a diferencia de ocasiones previas en donde siempre volvía recuperar la conciencia y estaba completamente sucio.

—¿Me has aseado tú? —Preguntó Erik con cierta vergüenza

—Sí, no pude evitarlo. No tienes por qué apenarte, no sería la primera vez que te veo desnudo. —Bromeo la chica

Erik contempló de una manera diferente la sonrisa de la hermosa joven, quien ilumina todo el lugar con sus hermosas facciones. La mirada fue tan intensa, que fue imposible para Nieves no intimidarse ante Erik.

El joven estaba completamente embelesado con la chica, y ya no tenía miedo de ocultarlo. En su última visita a la cabaña de la hechicera Elly, había recibido una gran cantidad de información, la cual no había sido fácil de procesar.

Erik llevaba en su sangre una maldición que lo podía hacer convertirse en una bestia con poderes y fuerza sobre humana. No era algo que había conseguido de manera natural, tampoco se trataba de una mutación, era simplemente eso una maldición que lo hacía convertirse en un licántropo durante las noches de luna llena. Esta maldición había sido transferida a través de la herencia de su padre y de su abuelo, quienes también habían sufrido del mismo mal durante toda su vida.

Elly se encargó de narrarle detalladamente a Erik cuáles habían sido las raíces de aquella maldición, la cual había iniciado justo en su abuelo, quien había tenido amoríos con una hermosa hechicera poderosa del reino. Se había alejado de su familia para entregarle absolutamente todo a aquella hechizante bruja, la cual había hecho uso de todas sus posiciones y encantos para poder captar la atención del rey.

Al no ser amor genuino y natural, este estaba destinado al fracaso y a la tragedia, por lo que, cuando ya la bruja no se vio correspondida en sus sentimientos hacia el rey, decidió cometer uno de los crímenes más atroces que jamás hubiesen ocurrido en el reino y del cual no había escuchado jamás el príncipe Erik.

Ansiosa por tener toda la atención de su amado, la hechicera había tomado

forma de lechuza durante la noche, se había adentrado en los dominios del castillo y había ascendido hacia lo más alto de la torre, donde se ubicaba la habitación del rey Cesar.

Este, sin sospechar cuáles eran los maléficos planes de la hechicera, se encontraba dormido justo al lado de su hermosa esposa y a quien amaba profundamente. Esta le había perdonado su traición con la hechicera después de que este le confesara todo de manera detallada.

Se habían comprometido a luchar por una familia feliz y cuidar la reputación de la misma, por lo que, prometieron dejar en el pasado aquel episodio nefasto de sus vidas y dedicarse a ser felices junto a su primogénito, a quien habían nombrado Marcos.

La hechicera había ingresado a la habitación aún transformada en una lechuza de color blanco, posándose justo al lado de la cama de la pareja real. De manera instantánea, su forma comenzó a cambiar, transformándose nuevamente en una forma humana que había llegado a ese lugar para ejecutar un plan específico. Un filoso puñal de unos 10 cm de longitud y lo incrustó en el corazón de la reina sin que esta pudiese hacer absolutamente nada.

No se generó un solo sonido en el silencio de la noche, la reina ni siquiera pudo despertar de su sueño para poder entender la situación. Cuando el rey despertó y encontró el cuerpo sin vida de la reina, supo perfectamente que había sido obra de la hechicera, por lo que, envió a sus guardias más mortíferos a ir por la cabeza de la misma.

Ella, consciente de lo que estaba ocurriendo, hizo acto de presencia en el propio castillo de la misma manera en que lo había hecho para asesinar a la esposa del rey.

Sabía que moriría muy pronto, pero no estaba dispuesta a permitir que el rey tuviese una vida normal. Fue entonces en ese momento cuando la malévola hechicera lanzó la maldición de la licantropía sobre el rey y su hijo.

—¿Cómo fuiste capaz de asesinar a mi esposa? ¡Yo mismo me encargaré de cortar tu cabeza! —Dijo el rey mientras empuñaba su espada.

En el rostro de la hechicera se dibuja una sonrisa cínica y retadora, la cual demostraba que no sentía ningún tipo de miedo ante las amenazas del rey. Pronunciaba una gran cantidad de palabras, un conjuro indescifrable que solo podía entender ella misma.

—¡Cierra la maldita boca! —Gritó el rey mientras elevaba su espada para decapitarla.

—La luna será tu maldición, y la de tus hijos, y la de los hijos de tus hijos.

Así será durante toda la eternidad. En cuatro patas te moverás y presa de tu ira serás.

Fueron las palabras de aquella hechicera, quien recibió un ataque mortal en el cuello.

El rey observó como la cabeza y el cuerpo de la mujer tomaban direcciones diferentes, había cumplido su cometido y había vengado la muerte de su esposa, pero su vida no volvería a ser la misma nuevamente. Durante las noches de luna llena, el rey experimentaba la transformación en algo desconocido para aquel reino hasta ese entonces.

Tenía el poder de cinco osos pardos, el tamaño de un lobo fornido, y la velocidad de un leopardo. Aquella abominación que había sido creada por la maldición de una hechicera en medio de su ira, no podría ser derrotada ni asesinada por nadie. Aunque el rey mismo intentó quitarse la vida en múltiples oportunidades, la maldición lo obligaba una y otra vez a continuar vivo.

Solo había una solución para aquella maldición, una que el rey ni Marcos jamás supieron, no sabían cómo salir de aquel infierno. El vínculo existente entre Erik y Elly había sido una ventaja que le había dado la posibilidad de conocer una alternativa para salir de aquel embrujo. La propia Elly le había indicado que la única manera de poder romper aquel hechizo era consiguiendo el amor puro de una virgen.

Solo una chica casta y pura que demostrará su amor verdadero y entregara su cuerpo al príncipe podría acabar para siempre con aquella maldición que recién iniciaba. Erik sabía perfectamente dónde estaba la solución a su problema, y de manera casual, él también experimentaba una gran cantidad de sentimientos hacia esta chica.

Nieves tenía el poder de darle solución a su maldición, y aunque esta no tenía la menor idea de que era el antídoto, también sentía algo muy especial por el príncipe.

Elly le había entregado la solución a Erik en sus manos, pero ya no dependería de él que esta se llevara a cabo. No ha sido una decisión sencilla poder revelarle a Erik que la salvación estaba en manos de Nieves, una mujer virgen que cumple perfectamente con las condiciones necesarias para poder neutralizar una maldición que estaba destinada a durar para siempre.

De alguna forma, Elly estaba traicionando a sus ancestros al salvar el destino de Erik, pero esta decisión tenía una razón de ser. No solo hay deseo carnal por parte de la joven hechicera hacia el príncipe. Con el paso del tiempo y los continuos encuentros entre la hechicera y el príncipe, habían

comenzado a crecer sentimientos por parte de uno de ellos.

Erik nunca imaginó que existiera un vínculo tan fuerte entre ellos, pero sin poder controlarlo, Elly se fue sumergiendo cada vez más en un amor que solo ella podía ver. Amaba profundamente a Erik, y prefería revelar la verdad y hacerlo libre antes que fuese asesinado por los guardias que salían a cazarlo después de haber atacado a su líder.

Elly tenía la posibilidad de ver el futuro, y después de visualizar tan terrible destino para el príncipe, lo único que podía hacer era intervenir para evitar un desenlace fatal para el hombre que amaba.

Su amor era completamente secreto y no tenía intenciones de revelarlo al joven, ya que, sabía que este amor no sería correspondido jamás. El corazón de Erik estaba destinado a ser entregado a una sola persona, por lo que, ella no puede intervenir para cambiar los sentimientos del príncipe.

Aunque tenía el poder de la manipulación y el control, no estaba dispuesta a hacer uso de sus poderes y habilidades para poder manejar la voluntad de Erik y convertirlo en un objeto de sus deseos. Solo puede observar desde la distancia como Erik podía ser feliz junto a Nieves si esta accede a entregarle su amor de manera voluntaria y sincera.

Mientras Erik y Nieves se encuentran en el granero, todo el bosque se encuentra invadido por guardias que buscan rastros de la bestia, los cuales, de manera inevitable los llevarán directamente hacia la ubicación de Erik.

Su herida prácticamente ya ha sanado en todo el tiempo desde que fue generada. Como licántropo puede resistir una gran cantidad de heridas, y aunque duelen en carne viva, estas pueden sonar mucho más rápido que la de cualquier otro ser vivo.

Gritos se escuchan a las afueras del granero, algo que llama a la atención de Nieves, quien corre a asomarse por una pequeña ranura, algo que la hace estremecerse al visualizar a Isaac llevando un parche en su ojo.

—¡Están aquí! Han venido por nosotros. —Exclamó la chica mientras corría hacia Erik.

—Debemos irnos. No estaremos seguros en este lugar.

—No puedo dejar a mis padres aquí, no estarán seguros.

—Prometo que volveremos, por ahora solo me importas tú.

Erik tomó a la chica en brazos y abandonaron el granero por la parte trasera. Lo hicieron de una manera discreta y silenciosa, insertándose en el bosque mientras aquellos hombres revisan el lugar y hacían un esfuerzo brutal por ingresar a granero cerrado.

—No tienen derecho de llegar de esta forma a mi propiedad. —Exclamó el padre de Nieves.

—Somos de la guardia Real y podemos hacer lo que queramos. Abre la puerta o quemaremos este lugar.

La ausencia de Erik del trono había generado un vacío de poder en el reino, y todas las fuerzas y potencia reposaba sobre la Guardia Real, la cual se comportaba de una manera déspota y grosera con todos los habitantes.

Tras revisar el granero de una manera minuciosa, encontraron ciertos vestigios de la presencia de alguien en aquel lugar, estaban pisando los talones a la bestia, lo que no sabían era que, aquella bestia era el propio príncipe.

VII

Mientras corría con todas sus fuerzas, Nieves nunca había experimentado tales niveles de adrenalina en su cuerpo. Sentía miedo, emoción, se sentía viva por primera vez.

Siempre había estado acostumbrada a una vida tradicional y monótona, su padre había establecido todas las normas y reglas que debían seguirse, pero en ese momento, no había reglas, simplemente podía obedecer a su sentido de supervivencia y las ganas de estar al lado de Erik en todo momento. Se habían adentrado lo más profundo del bosque y no dejaban de correr ni un segundo.

—No mires atrás, corre tan rápido como puedas. —Ordenó Erik.

La chica solo tenía ojos para seguir al caballero, quien sostenía su mano con mucha fuerza y se desplazaba con mucha habilidad. No tenían idea hacia donde se dirigían, lo único que sabían era que debían alejarse tanto como pudiesen de aquella horda de hombres que buscaban incansablemente la cabeza de la bestia.

Isaac había disfrazado la búsqueda como único objetivo de encontrar a la bestia, pero su verdadero objetivo era encontrar a Nieves y silenciarla. Para ese momento, no tenía la menor idea de que se encontraba junto al príncipe y que esta ya le había revelado la verdad de lo que había ocurrido. Ya para Erik era un hecho la ejecución de Isaac, pero se encuentra en una desventaja evidente y vulnerable.

La prioridad de ese momento es buscar un lugar donde puedan estar a salvo, protegidos y sin riesgo de ser lastimados, por lo que, deciden adentrarse en una zona rocosa donde algunas formaciones naturales han permitido que se generen algunas cuevas.

—Creo que aquí podríamos estar seguros. —Dijo Erik mientras acariciaba el rostro de Nieves.

La chica asintió con la cabeza y obedecía a todas las instrucciones de Erik. Estaba a su merced, no podía oponer resistencia, ya que, había decidido colocar en las manos del caballero su destino y su vida.

Entraron a una cueva a la que entraba una luz muy tenue. Apenas podían caminar a paso firme sin tropezarse, se adentraron lo suficiente como para evitar ser rastreados por los hombres que los buscaban, y lo único que podían hacer era esperar a que estos se agotaran o llegara la noche. Aunque Isaac mostraba una valentía y un ímpetu inquebrantable, había quedado seriamente

afectado por su combate con aquella bestia.

El miedo aún se encontraba dentro de él, y aún no estaba totalmente preparado para volver a enfrentarla. Solo quería venganza, y este era el único sentimiento que lo manejaba en ese instante.

Quizás, cuando se encontrara justo frente al animal otra vez, se quebraría y no podría mover un músculo, pero su única razón de existir hasta ese momento es volver a ver una vez más a este monstruo y poder atacar directamente al corazón para acabar con su vida.

No solo había perdido un ojo, también había perdido la posibilidad de seguir teniendo una vida normal, y al haber dejado ir a Nieves, su reputación está completamente comprometida. Las horas de la tarde han comenzado a caer, y sabe perfectamente que, al llegar la noche, están en una desventaja bastante notable, por lo que, su búsqueda comienza a ceder.

Erik y Nieves estaban completamente agotados, no habían podido evitar quedarse dormidos mientras estaban recostados de una gran roca dentro de la cueva. Erik intentaba mantenerse vigilante, pero el agotamiento lo venció. Un par de horas más tarde, despertó con la chica en brazos, intentaba protegerla y darle calor, pero esta situación fue el inicio de algo inesperado para los dos.

La cabeza de Nieves se movió de un lado al otro de una manera suave, estaba despertando, subió su mirada y se encontró con los ojos de Erik, quien sonrío al ver que se encontraba bien.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí. —Dijo Erik mientras le daba un beso en la frente a la chica.

Estaban absolutamente solos y no había reglas, el miedo de que su padre la descubriera o que los hombres los encontraron había desaparecido de un instante a otro. Solo estaban ellos dos y era el momento de sincerarse completamente.

—Quien diría que el destino nos pondría ambos en esta situación. Todo ha sido muy extraño. —Aseguró la chica.

—De lo único que puedo estar satisfecho es de estar a tu lado en este momento tan difícil. No tienes idea de lo importante que eres para mí, Nieves.

Erik no estaba completamente seguro de que los sentimientos que experimentara por la chica fuesen de amor, pero era muy fuertes y estaba a punto de descubrir cuál es la naturaleza de las sensaciones que se despertaban en su interior.

Sujetó el rostro de la chica y le proporcionó un beso muy suave en sus labios. Nieves no tuvo voluntad para resistirse, así que, esta vez reaccionó de

una manera positiva ante el beso. Sus manos se colocaron sobre el pecho del caballero, mientras sentía como la fortaleza de este hombre la abrumaba.

Sus lenguas jugueteaban de un lado a otro dentro de sus bocas, se entrelazaban, se rozaban y hacían que aquel beso fuese cada vez más húmedo. Una fuerte erección comenzó a generarse en la zona genital de Erik, mientras que, Nieves, por primera vez se humedecía de una forma tan exagerada. Los dedos de la chica acariciaban la piel del príncipe, mientras este rozaba la espalda de la chica con sus manos.

De pronto, los besos se desvanecieron y se convirtieron en caricias por su rostro, ambos besaban cada centímetro de sus caras, como si estuviesen creando un mapa específico de cada facción de su rostro. Erik se desplazó suavemente hacia su cuello, succionando con suavidad la zona y lamiéndola periódicamente. Esto excitó enormemente a Nieves, quien no tenía voluntad para resistirse ante los impulsos carnales que se despertaban en lo más profundo de su ser.

Erik continuó descendiendo hasta sus senos, tomándolos con mucha firmeza y apretándolos con suavidad. No estaban seguros de lo que estaban haciendo, eran amigos, se conocían perfectamente y habían crecido juntos, por lo que, dar el paso hacia una relación carnal no era algo para lo que estuviesen preparados.

Pero en ese momento, su sentido común y el razonamiento no era precisamente lo que los manejaba, iban por un camino de lujuria que los hacía romper todas sus reglas personales.

Nieves disfrutaba de las caricias del caballero, quien frotaba sus pechos mientras besaba su cuello y volvía nuevamente a sus labios. Fue entonces cuando Nieves tomó una de las decisiones más difíciles que le había tocado ejecutar en toda su vida.

Era momento de comportarse como una mujer y, como nunca antes había estado con un caballero en el pasado, dudó en llevar su mano directamente a la zona genital del caballero.

Cuando se paseó por la zona, sintió aquel bulto enorme completamente sólido, sabía que le pertenecía, que sería de ella y quería sentirlo en lo más profundo de su ser.

—Disculpa, no debí hacerlo. —Dijo la chica mientras quitaba la mano rápidamente.

—Moría de ganas porque lo hicieras, no te detengas. —Dijo Erik mientras sujetaba la mano de la chica y la volvía a colocar sobre su miembro.

—Tómalo con firmeza y frótalo suavemente. Yo haré mi parte. —Dijo Erik.

La sesión de sexo se había convertido en una especie de lección, siendo Erik quien llevaba el liderazgo y llevaba a la chica a través de una gran cantidad de sensaciones que explotaban una tras otra en su interior.

Una de las más increíbles fue cuando sintió la mano del caballero frotando su clítoris, algo que nunca había ocurrido jamás. La zona estaba completamente empapada de fluidos, algo que le dio claras señales a Erik de que Nieves lo está disfrutando, por lo que, en cada segundo que pasaba, lo disfrutaba de una manera más confiada.

—Creo que ya estoy preparada. —Hazlo ya.

Recibió una orden específica y permitió que su dedo medio se introdujera dentro de la chica. Esto generó cierto dolor en ella, pero se sintió tranquila al confiar plenamente en el criterio del príncipe. Poco tiempo después, se encontraba recibiendo leves penetraciones del dedo del príncipe, quien la complacía de manera espectacular.

Los besos nunca se detuvieron, no tenían voluntad para hacerlo, y mientras más excitados estaban, más salvajes eran estos. La chica se deshizo de sus vestiduras y quedó completamente desnuda frente al caballero, quien, después de tirar a un lado la manta que le había proporcionado una chica en el granero, también había mostrado su desnudez absoluta a la joven. Erik se recostó sobre unas piedras, y fue la propia Nieves quien se posó sobre él.

Ahora era el turno de ella de conocer el cuerpo del príncipe, besaba su pecho y lamía su abdomen, aunque lo hacía de forma insegura, disfruta mucho de estas acciones. Entonces sintió la mano de Erik sobre su cabeza, quien parecía empujarla levemente hacia la zona genital. Nieves observó los ojos del caballero y buscó cierta confianza. Erik asintió con su cabeza y la chica se desplazó lentamente hacia miembro del joven.

Lamió su superficie y probó aquel delicioso sabor que le hizo agua la boca. Salió de una manera exagerada y no tardó en introducir en su boca aquel enorme pene húmedo y jugoso que comenzó a succionar de manera magistral.

Sentía que había perdido gran parte de su vida al nunca haber disfrutado de estos manjares carnales, por lo que, disfrutaba enormemente de hacerlo. Aunque inicialmente lo hizo con inseguridad, poco a poco fue ganando confianza, y al cabo de unos minutos, se encontraba haciéndolo de una manera casi profesional.

La chica lamía los testículos del caballero, se desplazaba con su lengua

por el tronco del pene y terminaba en el glande del joven, succionándolo con mucho deseo. Erik no podía creer el placer que estaba recibiendo en ese instante, sujetaba la cabeza de la chica y aparta su cabello para observar directamente sus ojos verdes mientras su enorme miembro se encontraba dentro de su boca.

Ya cuando no pudo soportar más, el joven tomaba la chica de la muñeca y la guio nuevamente hacia él. Le propinó un beso profundo y salvaje, tomó su miembro y lo puso justo en la puerta de su vagina.

—¿Estás lista para esto? —Preguntó Erik.

La chica fue quien tomó la iniciativa e introdujo el miembro de forma salvaje dentro de sí. Soltó un gemido que retumbó en cada rincón de la cueva, pero poco tiempo después se encontraba cabalgando al caballero de una manera demente.

Disfrutaba del acto como buena debutante, e intentaba dar lo mejor de sí para proporcionarle una buena satisfacción a su príncipe. Erik era un hombre con experiencia, y a pesar de saber que la chica era completamente virgen, estaba recibiendo una buena follada y en camino a un orgasmo exquisito.

Entre la pareja está pasando algo mucho más intenso que un simple encuentro sexual. Ambos estaban entregando sus cuerpos y sus almas absolutamente al otro. Mientras Nieves debutaba en el sexo, descubriendo su cuerpo y todas las sensaciones que estallaron en su interior, Erik experimentaba una sensación muy extraña en su cabeza y en su pecho.

Aquellas condiciones que le había narrado la hechicera, se habían cumplido perfectamente al pie de la letra. Para poder romper con la maldición que lo ataba a una vida salvaje de transformaciones continuas bajo la luna llena, debía poseer el cuerpo y el amor de una virgen.

Todo había surgido de manera natural y sin ser forzado, la propia Nieves había sido la causante de aquel encuentro que se había convertido en la experiencia más satisfactoria de su vida.

Todas las condiciones eran las aptas para que la maldición finalmente se rompiera, y aunque Erik aún no estaba seguro de que esto fuese así, las sensaciones que experimenta y los mareos continuos parecen ser parte de aquella fase final de una etapa que, para su fortuna, había durado muy poco tiempo.

La bestia intentaba aferrarse a su huésped, necesitaba un cuerpo de donde poder aflorar en medio de la noche de luna llena. Dentro de Erik, se estaba muriendo aquella bestia invencible que había sido inoculada a través de una

maldición.

Él sabía perfectamente cuál sería el destino de Erik si no lograba conseguir el amor de Nieves o de cualquier otra virgen, tarde o temprano sería asesinado, tal y como lo habían hecho con su padre.

El rey Marcos sabía perfectamente que no podía morir por mano propia, aunque había intentado suicidarse en múltiples ocasiones, esto no había dado resultados. La maldición era clara, y para poder darle fin aquella situación insufrible, había dado órdenes expresas a uno de sus sirvientes para que lo asesinaran de alguna forma inesperada.

El veneno que había sido colocado en su botella de vino, no había sido una casualidad o algo que tuviese algunas intenciones políticas o intereses de poder, habían sido las propias instrucciones del rey para poder abandonar el mundo de los vivos de una vez.

El rey Marcos nunca conoció cuál sería la salida de aquella maldición, pero por fortuna, Erik lo había logrado, y mientras disfruta de una sesión llena de placer y satisfacción, está dándole muerte a aquello que estaba determinado para hacerlo sufrir durante toda su vida.

Sentía como la chica rebotaba sobre él mientras sujetaba sus pechos y los lamía con mucho deseo. Nieves había experimentado un orgasmo muy intenso segundos atrás, pero, aun así, seguía cabalgándolo en busca de más.

Estaba hambrienta, necesitada de más de eso que había recibido por parte del príncipe, así que, sus dedos se incrustan en su pecho y continúa moviéndose sobre él mientras su clítoris se frota contra la piel del caballero.

En lo más profundo de su ser, el miembro fricciona contra las paredes vaginales, mientras Erik se acerca a un orgasmo intenso que no se parece a nada de lo que había vivido hasta el momento. Sus manos se posaron sobre los glúteos de la chica, mientras se movía de una manera casi animal.

—No aguanto más. Me correré dentro de ti.

—Hazlo, quiero sentir toda tu leche dentro de mí. —Exclamó la joven

Erik se corrió de una manera sin precedentes, chorros descomunales fueron expulsados de lo más profundo de su ser, generando un placer incontenible en aquella chica que se desplomó sobre el cuerpo de su compañero mientras disfrutaba de aquel cálido fluido que se encontraba dentro de ella.

—Te amo. —Susurró la chica.

Esto pareció ser más algo instintivo que algo pensado por Nieves, quien sintió como su corazón comenzó a latir exageradamente segundos después.

—¿De verdad me amas? —Preguntó Erik.

La chica se sintió como una tonta al haber soltado una frase tan importante en medio de un acto como ese. Pensó que Erik se sentiría terror y se apartaría de ella. Posiblemente no estaba preparado para una relación o iniciar algo serio con alguna chica, pero ya había dejado salir la frase, ahora había que enfrentar las consecuencias.

Era la mujer perfecta que cualquier hombre soñaría, y que le hubiese declarado su amor en ese instante había sido bastante particular, pero se sintió bien que hubiese sido así. Está feliz de cómo ha salido todo.

—También te amo, espero tenerte junto a mí durante muchos años. —Dijo Erik antes de abrazar a la chica y rodearla con sus fuertes brazos.

VIII

Con cada segundo que pasa, los hombres que siguen a Isaac se acercan más a la ubicación de Nieves y Erik. No lo saben, pero están muy cerca de encontrarlos. Se desplazan con rapidez, abarcan una gran cantidad de territorio, buscan incansablemente para poder encontrar el objetivo.

Quien lidera aquella búsqueda está lleno de maldad, cegado por la imposibilidad de poder tener a la mujer que ama, pero adicionalmente, también está lleno de venganza y sediento por darle muerte a una bestia que posiblemente aparecerá en cualquier momento.

El rastreo va directamente hacia Nieves, pero sabe que una vez que elimine este cabo suelto, deberá enfocarse totalmente en la bestia. Cuando llegó la noche, los hombres estaban tan internados en el bosque, que no tuvieron tiempo de regresar.

Isaac había dado órdenes de mantenerse unidos y que nadie se separara del grupo, ya que, un hombre solitario era presa fácil de la bestia que le había arrancado un ojo en su último encuentro.

—Nadie debe separarse del resto. Debemos permanecer unidos como grupo, no le demos una oportunidad a la bestia de que nos ataque de forma vulnerables.

—Tenemos días buscándola y no hemos visto un solo rastro de esta bestia. ¿Qué es lo que está pasando realmente? —Comentó uno de sus hombres.

Todos estaban comenzando a perder credibilidad en las palabras de Isaac quien estaba cegado por la ira no daba tregua a los hombres que se quejaban de agotamiento. Aunque todos creían absolutamente en las palabras de Isaac, algunos de ellos empezaron a creer que se trataba de una historia de ficción.

Isaac no tenía más pruebas que la grave herida en su rostro, y con esto argumentaba la existencia de un animal extraordinario que había que eliminar para poder salvar la integridad del pueblo.

Mientras los hombres acampan en medio de la nada, Erik y Nieves aún se encuentra resguardados en la cueva. Encuentran juntos, y saben perfectamente que, al llegar la noche, algo inesperado puede ocurrir.

—Esta noche de luna llena, y creo que es hora de que ponga a prueba las palabras que mencionó la hechicera.

—¿Qué ocurrirá si te transformas nuevamente?

—Entonces tendré que aprender a vivir con la bestia dentro de mí. Confío

en las palabras de ella, así que, acompáñame afuera a exponerme ante los rayos de la luna.

Ambos sujetaron sus manos y caminaron lentamente hacia las afueras de la cueva. Cuando Erik estuvo expuesto ante los rayos de una hermosa luna llena, quedó a la espera de que comenzaran las manifestaciones extremas que había sentido desde hacía días atrás. Pero lo ocurrido lo dejó impresionado, todo era normal, simplemente era un hombre parado en medio de la nada acompañado de una hermosa mujer bajo la luna llena.

—¡Funcionó! ¡La bestia dentro de mí ha muerto! —Exclamó Erik mientras abrazaba con mucha emoción a la chica.

Esto era una clara señal de que podría tener una vida normal a partir de ahora. Había conseguido sincerarse consigo mismo acerca de los sentimientos que tenía hacia la hermosa Nieves, quien se aferró a sus brazos y sintió una enorme alegría ante la inexistencia de un peligro inminente que albergaba Erik transformándose en un monstruo. Parecía una historia ficticia, algo irreal, pero Erik había tenido la oportunidad de vivirlo en carne propia y nadie podía negarle que era completamente real.

Conocer el pasado de su familia no era algo que le hubiese hecho sentir demasiado orgulloso, pero era una historia curiosa que daba pie a la credibilidad absoluta de que había cosas sobrenaturales que el ser humano no podía comprender.

Mientras se encuentran en medio de la nada, la pareja está absolutamente compenetrada, y ya solo es cuestión de evadir a los hombres de Isaac para poder volver al castillo y retomar el poder.

Erik se siente más vivo que nunca, y al haberse desecho de aquella bestia que podía controlarlo mientras se encontraba bajo la luna llena, se siente vivo y dispuesto a retomar sus labores como el líder de un pueblo próspero y rico.

Siente la necesidad de hacer pagar con sus propias manos el daño que estuvo a punto de hacerle a Nieves. Isaac es un hombre prepotente y déspota, quien no conoce las consecuencias de su maldad.

Ha sido la propia bestia que le dado una lección, pero ahora es el turno de Erik de poder castigar a un hombre cuya arrogancia e inhumanidad lo convierten en un ser mucho más peligroso que la bestia que solía aflorar en Erik, su padre y su abuelo.

—Debemos volver al castillo, nos moveremos de noche, ya que, tenemos la ventaja de la oscuridad para poder desplazarnos.

—Te seguiré a donde vayas, cuenta conmigo. —Dijo la chica antes de

besar los labios del príncipe una vez más.

Para poder llegar a su destino, era necesario atravesar el área cercana a donde había acampado el grupo de hombres. Ni Erik ni Nieves saben esto, por lo que, están a punto de entrar al ojo del huracán. Desplazan con cuidado por el bosque, desconociendo absolutamente que el peligro está más cerca de ellos de lo que pueden imaginar.

Mientras se mueven, Isaac se encuentra atento en el silencio de la noche, y después de algunos minutos, logró identificar algunos pasos y ruidos extraños que se generaban a una distancia no muy lejana de allí.

—Guardias, estén alertas. Tenemos visitas.

Los hombres se armaron con sus espadas y estaban preparados para cualquier eventualidad. Erik avanzaba con la chica directamente hacia una trampa, donde de manera inesperada moriría la chica y su acompañante en medio de la noche.

Isaac no podría identificar al príncipe y con facilidad le daría muerte y desaparecería su cuerpo sin consecuencias. Era su vida o la del príncipe, aunque hasta el momento, no sabe que está a punto de encontrarse con la máxima autoridad del pueblo.

De pronto, mientras la pareja avanzaba lentamente por el bosque, sintieron como una presencia intimidante se encontraba en el lugar.

—Espera, tenemos que detenernos. —Dijo Erik.

—Yo también sentí ruidos extraños. ¿Qué está pasando?

Justo en ese instante, una enorme bestia pasó justo al lado de ellos a unos pocos centímetros. Corría de manera veloz, internándose en el bosque y sin haberlos visto ni un segundo.

—¿Qué ha sido eso? —Preguntó la chica aterrada.

—Quisiera poder responder eso.

Se trataba de una bestia muy similar a la criatura que tomaba forma cuando Erik se transformaba. Esta avanzó directamente hacia la ubicación del campamento de Isaac, atacando de manera inesperada a todos los hombres que se encontraban presentes allí. Sin mucha dificultad, mató a cada uno de ellos mientras estos intentaban defenderse.

Era una bestia poderosa y con una fuerza descomunal, que, con un solo golpe podía desgarrar las gargantas, el abdomen y el corazón de cualquier hombre. Una gran cantidad de gritos de terror se escuchaban a lo lejos, mientras Erik y Nieves se movían con cuidado, pero de una manera muy rápida para poder averiguar qué era lo que estaba pasando.

La bestia se había deshecho de todas las antorchas que iluminaban el lugar, disminuyendo las posibilidades de que aquellos hombres pudiesen defenderse ante sus ataques. Se movía como una sombra, y pasaba de asesinar uno de los guardias directamente hacia el otro, sin que estos pudiesen hacer absolutamente nada.

Aunque muchos de ellos intentaron huir del lugar, la bestia corría directamente detrás de ellos e incrustaba sus enormes colmillos en sus cuellos, matándolos de manera instantánea.

Como era de esperarse, Isaac no estaba preparado para un segundo encuentro con la bestia. Al verla moverse de un lado al otro de una manera tan rápida y feroz, quedó completamente inmóvil al recordar como había sido su primer encuentro con este animal.

Aunque algo no estaba bien. La primera vez que se había encontrado con este animal, había generado un recuerdo casi perfecto del mismo, y el pelaje de aquella bestia era completamente negro. En esta oportunidad, este animal tenía un pelaje plateado y sus ojos no eran rojo color sangre como aquel animal que le había arrancado el ojo.

Detallaba al monstruo, intentaba entender lo que ocurría, pero daba múltiples vueltas a diferentes explicaciones, ninguna tenía sentido. No era posible que existieran dos animales similares, y si esto era posiblemente, los pobladores del reino estaban destinados a ser asesinados en el futuro.

Estaba completamente inmóvil con su espada en la mano, y vio como cada uno de los hombres que lo acompañaban que estaban abnegados a apoyarlo en su misión, eran masacrados de manera casi instantánea por el animal.

Cada uno de los cuerpos se encontraban tendidos en medio de la nada mientras que el último superviviente era Isaac. Era como si la bestia se hubiese tomado la libertad de dejarlo a él para el final, para matarlo con todo el gusto del mundo y de forma especial.

Pero Isaac era un guerrero, no podía sucumbir ante el miedo y quedarse paralizado ahí mientras la bestia acaba con él, tenía que pelear, por lo que, luchando internamente con todos sus miedos, logró tomar una posición de pelea justo frente a la bestia.

—Si quieres mi vida, entonces ven y tómala. Te cortaré la cabeza yo mismo, maldito animal.

Ambos estaban parados frente a frente, se veían fijamente, y la bestia dejaba salir una gran cantidad de saliva de sus fauces. Lo observaba desde una distancia considerable, listo para atacar y quitarle la vida a aquel hombre

desagradable que solo estaba en el mundo para hacer sufrir. Isaac había tenido una vida dedicada al castigo y a la tortura, y aunque esto no era conocido por todos, ya era el momento de pagar todas sus culpas.

La bestia movía sus patas de forma lenta, rodeaba a Isaac, quien se encontraba frente a ella. Ambos esperaban nuevamente el momento justo para atacar, se observaban con detalle y analizado cada uno de sus movimientos. Para ese momento, Erik y Nieves habían logrado apersonarse en el lugar, ocultándose detrás de unos arbustos que solo estaban a unos pocos metros de la bestia e Isaac.

Erik no podía entender lo que veían sus ojos. Había recibido explicaciones específicas de la hechicera, quien le había narrado la historia acerca de los únicos tres licántropos que habían habitado en el reino. No era posible que otro animal estuviese viviendo en aquel lugar, por lo que, visualizar aquel monstruo frente a él, lo de lleno de dudas y preguntas.

Desea intervenir, ayudar a la bestia a asesinar a Isaac, pero sabe que estos animales no tienen control sobre sus actos. Solo puede observar y proteger a Nieves, quien se encuentra a un lado de él.

Fue entonces cuando Isaac levantó su espada para atacar a la bestia, quien esquivó su primer ataque de una manera eficaz. Una garra se deslizó por la espalda de Isaac, rasgándola de manera profunda, generando una herida muy grave pero que no era lo suficientemente delicada para doblegar a Isaac.

—¿Eso es todo lo que tienes? Ahora verás lo que tengo para ti.

Estaba dispuesto a morir esa noche, pero si debía hacerlo, lo haría con honor y orgullo, por lo que, se abalanzó directamente hacia el animal, quien corrió directamente hacia él. Fue un choque brutal entre ambos seres, quienes cayeron segundos después heridos de muerte cada uno de ellos.

La bestia había logrado incrustar sus dientes en el cuello de Isaac, desgarrándolo de manera instantánea mientras este había traspasado el corazón de la bestia con su espada.

Aunque no había logrado sobrevivir, al menos se había llevado consigo a este animal que al parecer, era distinto a aquel que le había arrancado un ojo. Isaac muere desangrado en medio de la noche en aquel bosque frío y húmedo, mientras la bestia cae a un lado de él con signos de vida muy débiles.

Erik, dejándose llevar por su instinto, salió de su escondite para ir ayuda del animal. De alguna forma sentía que existía un vínculo entre él y la bestia. Corrió tan fuerte como pudo y se desplomó justo al lado del animal.

—Erik, ¿Qué haces? —Gritó Nieves, quien pensó que la vida del príncipe

podía estar en peligro.

La mano del chico se posó sobre el constado del animal, el cual aún respiraba con dificultad. Cuando miró a los ojos del lobo, pudo ver una dulzura que pudo reconocer. Fue en ese instante cuando la bestia comenzó a transformarse nuevamente en su forma humana.

Erik se alejó y observó atónito la transformación, ya que, era la primera vez que veía algo así. Había vivido la transformación en carne propia, pero nunca sería tan impresionante como verla transcurrir poco a poco frente a él.

Abrazó a Nieves mientras esto pasaba y al cabo de unos minutos, la bestia había tomado una forma humana femenina. Erik se desplomó sobre sus rodillas al identificar a la mujer, se trataba de Elly, quien había tomado esta forma para poder salvar la vida del príncipe.

—¿Elly? ¿Por qué lo has hecho?

Aún le queda un aliento de vida a la mujer que estaba herida de muerte. Al no ser un licántropo genuino, no tenía la capacidad de curación de la que gozaban los licántropos.

—Lo he hecho por ti. Te mereces ser feliz y era la única forma.

Erik cubrió a la chica con una de las chaquetas de los guardas reales.

—Te salvaré. Sé que puedes salir de esto.

—Ya es muy tarde. Déjame morir, así debe ser.

Erik no pudo evitar dejar salir unas lágrimas de dolor al ver como su amiga había dado su vida por él. Pocos segundos después, sujetando la mano de Erik, la chica se desvaneció y murió en brazos del príncipe, quien tomó su cuerpo y lo sepultó al pie de un gran árbol milenario de adenosina.

Tras regresar al castillo, Erik y Nieves decidieron contraer matrimonio unos meses después, el último requisito necesario para poder acceder a la corona y convertirse en el nuevo rey de aquellas tierras que se habían manchado de sangre. Pronto volverían a ser prósperas y tranquilas nuevamente gracias al sacrificio de Elly. El miedo y la ira nunca más hicieron presa a Erik.

Título 8

Highlander

Romance con el Guerrero Escocés

I

Mi vida se estaba consumiendo de una manera inútil atendiendo teléfonos, sellando papeles y organizando documentos durante todo el día. Así había sido durante los últimos dos años desde que había conseguido un empleo en la oficina central de correos.

No era el trabajo que siempre había deseado, pero al menos tenía un salario lo suficientemente bueno como para poder vacacionar una vez al año, algo que siempre me había gustado.

Los tres últimos años había decidido ir al Caribe, disfrutar de las playas, la cálida temperatura, una buena piña colada y días enteros en las piscinas de los hoteles donde solía hospedarme.

Había sido una experiencia realmente transformadora, y después de haber terminado mi relación de cinco años, había sido la mejor terapia de sanación que había encontrado. Los rincones del mundo estaban llenos de curiosidades, misterios y vivencias, y era precisamente este el apetito que se había despertado en mí.

Quería conocer otras culturas, rodearme de personas que pensarán completamente diferente a mí, extender mi conocimiento y mi forma de pensar, ya que, creo que de eso se trata la vida.

Muchos pasamos el tiempo posponiendo los proyectos y los planes, pero yo no, había decidido adentrarme en cualquier aventura que se posara frente a mí, y con el pasar de los años, me había convertido en eso, en una aventurera dispuesta a explorar cualquier terreno para crecer como ser humano y espiritualmente.

No podría asegurar que la piña colada fuese un cultivo al espíritu, pero realmente me hacía sentir muy bien. Después de haberme paseado por el Caribe, y haber quedado completamente enamorada de las costas de lugares como República Dominicana y Río de Janeiro, al parecer mis gustos me habían enfocado en que mis próximos destinos fueran hacia mis raíces. Provengo de una familia de escoceses, pero a pesar de haber nacido en la ciudad de Nueva York, siempre se me había intentado inculcar las costumbres de esta cultura.

Se hablaba poco sobre el pueblo donde habían nacido mis abuelos, por lo que, conocía medianamente algo sobre Escocia. Mi madre me contaba las historias increíbles de las aventuras de mi abuelo, a quien no pude conocer en

persona, lamentablemente.

Hubiese sido algo bastante interesante poder compartir con este hombre, de quien tanto se hablaba al citar las batallas e historias que, a su vez, le contaba su abuelo acerca de cómo combatían y se convertían en guerreros dispuestos a defender sus territorios y familias.

Mi vida era aburrida, monótona, sin sentido y desabrida, por lo que, tan pronto descubrí aquel viejo álbum genealógico en el ático de la casa de mis abuelos, comenzó a despertar en mí una necesidad de adentrarme en el pasado que corría por mis venas.

Siempre había sido muy temerosa de aquello que no conocía, pero después que me había liberado de aquella relación en la cual vivía encerrada en una burbuja, el mundo pareció abrirse para mí. En cualquier lugar me recibían de una manera hospitalaria y agradable, me sentía como en casa en cualquier destino a donde iba, por lo que, pensar en visitar mis raíces, era algo me llenaba de emoción.

Mientras no tenía nada que hacer en la oficina, solía hacer breves revisiones acerca de los lugares que podría visitar. Por lo que, se me pasaba el tiempo sumamente rápido estando en la oficina mientras me encontraba enfocada en este nuevo viaje que estaba a punto de realizar.

Mi única referencia habían sido todos los detalles, libros y diarios que había dejado mi abuelo, por lo que, tenía una gran cantidad de información y preguntas que responder en esta travesía que estaba a punto de emprender hacia tierras escocesas.

Se hablaba en ocasiones de un pueblo conocido como Briomir, el cual, a pesar de buscarlo minuciosamente en la red, no parecía haber información alguna sobre este. Parecía que había sido borrado del mapa, pero en las páginas del diario de mi abuelo, se nombraba con mucha frecuencia.

Había hecho una investigación minuciosa durante los últimos meses para poder determinar cómo llegar a aquel lugar, donde seguramente encontraría una gran cantidad de historias vinculada mi familia, pero tanto esfuerzo había sido completamente en vano.

A pesar de que no había encontrado resultados efectivos en aquella búsqueda, mis esfuerzos no cesarían, por lo que, había decidido visitar aquel país y allá dedicarme a averiguar de forma más personal a hallar la ubicación de aquellas tierras misteriosas que no solían encontrarse en ningún libro de geografía o mapa, por muy sofisticado que este fuese.

Apenas y cumpla los 25 años de edad, por lo que, siento que aún tengo

mucho recorrido por hacer por todo el mundo, así que, esta aventura servirá para entender parte de lo que ha sido el pasado de mis ancestros para poder entender lo que debo hacer en el futuro.

Iba a ser un reencuentro con mis raíces más profundas, por lo que, estaba llena de expectativas y una gran cantidad de miedos al no saber con qué podía encontrarme. Si algo caracterizaba a mi familia era la historia, ya que, puedo recordar claramente todas esas cenas familiares en las que, mis padres solían contar cada detalle acerca de las historias de mi abuelo. Siempre había alguna anécdota adicional que contar que nadie conocía, tanto así, que llegué a pensar que todas eran inventadas.

La única forma que tenía de poder verificar que todo fuese cierto y así enaltecer el nombre de mi abuelo Shaw y el resto de mi familia, era viajando a aquellas tierras y escuchando de la propia boca de los habitantes de aquel lugar, que mi familia realmente tenía aquella importancia en esas tierras.

Siempre me había preguntado por qué, si era tan famoso, reconocido y poderoso, había decidido salir de aquel lugar, una pregunta que siempre era completamente evadida por mi madre o cualquiera miembro de mi familia a quien preguntara.

Parecía que había una verdad que iba más allá de lo que yo podía conocer. Todos habían cerrado sus puertas de manera hermética a proporcionar información vinculada a esa etapa del pasado de mi familia, por lo que, en forma secreta, había decidido yo misma emprender mi aventura y descubrir qué era lo que había más allá de aquellas páginas escritas por mi abuelo. En sus palabras, y en su forma de escribir, se podía percibir la sabiduría, la experiencia y el conocimiento que irradiaba aquel viejo hombre.

Escribía en aquel diario cada una de sus travesías con mucho detalle, pero nadie podía confirmarme que aquello fuese real, o simplemente fuesen historias inventadas por algún viejo demente.

Desde que descubrí el diario, no había dejado de ir a la vieja casa de mi abuelo ni una sola tarde para poder introducirme en aquellas aventuras que habían atrapado mi mente y todo mi interés. En la familia teníamos reglas, y no se permitía extraer absolutamente nada de la casa de algún difunto.

Todas las pertenencias de mi abuelo aún permanecían en aquel lugar, y, según aseguraban, si algo salía de allí sin su autorización, esto traería mala fortuna a aquel que osara robar sus pertenencias.

Yo no era del tipo de chica supersticiosa o creyente en este tipo de sucesos o maldiciones familiares, pero, ante las marcadas advertencias de mi madre,

preferí evitar un disgusto y siempre iba hasta la casa vieja ubicada en la costa para disfrutar de los escritos que mi abuelo había dejado como prueba de vida.

Se hablaba sobre confrontaciones entre clanes, guerreros poderosos y musculosos que podían romper una roca con sus propios puños, batallas épicas en las que habían fallecido cientos de personas, y esto, despertaba aún más mi curiosidad, ya que, no entendía como era posible que hubiese ocurrido tantos hechos tan determinantes en aquel lugar y estos no hubiesen quedado registrados en los libros de historia. Era como si todos los registros vinculados a Briomir hubiesen sido eliminados de manera total.

Yo, tenía muchos destinos que escoger, podía irme a los Alpes suizos, visitar las tierras de Egipto o volver a Latinoamérica y visitar nuevos paraísos tropicales, pero esta vez no era de mi interés.

Mi destino en esta oportunidad serían las viejas poblaciones escocesas, aquellas que guardaban una historia rica en acontecimientos y anécdotas, donde seguramente encontraría las raíces que estructuraban a mi familia. Estaba segura de que en aquel lugar había una gran cantidad de familiares, algunos de los que ni siquiera había escuchado hablar, y esto, aunque parecía completamente innecesario, tenía una inquietud de vincularme con ellos.

Sinceramente, no entendía por qué existía dentro de mí aquella sensación tan fuerte de viajar a aquellas tierras, era como si una fuerza natural y mágica dominara todo en mi interior y me impulsaría a movilizarme hacia allá, era como si las tierras me reclamaran, y de alguna otra forma, era esto precisamente lo que estaba ocurriendo.

Muchas veces llegué a pensar que la historia de mi familia estaba prohibida, todos eran herméticos y el acceso a cualquier información vinculada con la historia de la llegada de mis antepasados a los Estados Unidos, parecía querer ser borrada totalmente.

La oscuridad, el misterio y lo enigmático de todo esto, me había hecho planificar este viaje a Escocia sin ni siquiera notificárselo a mis padres, quienes seguramente se opondrían totalmente a esto.

Ya me había independizado hacía un tiempo atrás, por lo que, lo único que ganaría era un disgusto con ellos, pero no podían impedírmelo. Aun así, no quería generarles algunas molestias o crear una discordia en mi familia, ya que, estaba rompiendo las reglas que ellos mismos habían instaurado, pero yo necesitaba saber más. Solo me encontraba a una semana de subirme a ese avión que me trasladaría aquellas antiguas tierras y la ansiedad no podía

dejarme dormir bien durante las noches.

Cerraba mis ojos e imaginaba que esos bosques, castillos y tierras de los cuales hablaba mi abuelo en sus escritos. Mi madre, en muchas oportunidades me había sorprendido leyendo las páginas de aquel diario, y aunque solía esconderlo en diferentes lugares, siempre lograba encontrarlo.

No puedo explicar cómo lo hacía, ya que, parecía que este antiguo diario me llamaba por sí solo, siempre buscaba en algunos lugares bastante particulares, y por lo general, en la segunda opción que tomaba, siempre lo encontraba.

Mi madre se esforzaba muchísimo por desaparecer este diario, pero por el tema de la fortuna y la suerte, no se atrevían a deshacerse de él o sacarlo de la casa. Llegó hasta el límite de levantar una de las tablas del suelo de madera de aquella cabaña donde solía vivir mi abuelo y esconderlo allí.

En aquella oportunidad lo encontré porque de alguna otra forma, al pasar justo por encima de esta tabla, el crujido de una manera tan fuerte me obligó a revisar para verificar que no se encontrara floja. Mi sorpresa fue absoluta al encontrar el diario justo al mover la tabla.

Una vez más había vuelto a mis manos, pero esta sería la última oportunidad que tendría para terminar con las páginas de este curioso libro. Estaba escrito con tinta genuina y pluma, por lo que, no podía estar expuesto a demasiada humedad, ya que, con facilidad la tinta se correría y se arruinaría completamente su contenido.

Terminé de leerlo e hice mi propia versión reducida de algunos de los datos e informaciones cruciales que necesitaba saber para cuando llegara el momento de conocer mi próximo destino.

En mi mente, lo único que pasaba era un reencuentro con una cultura completamente diferente a la mía. Sería una experiencia completamente renovadora, ya que, estas personas eran completamente diferentes a lo que yo estaba acostumbrada a compartir.

Aquella tarde en la oficina, después de haber terminado mi jornada laboral, volví a casa y revisé las notas que había hecho acerca del diario de mi abuelo, realizando un último intento por buscar acerca de aquel pueblo conocido como Briomir, acerca del cual no se sabía absolutamente nada en la red.

Preparé una taza de café y me senté justo frente mi portátil para hacer una revisión minuciosa a través del buscador. Colocaba preguntas, comentarios, me introducía en foros y entraba a páginas de videos streaming, pero nada se

vinculaba con este pueblo.

De pronto, como si hubiese salido de la nada, encontré una fotografía en blanco y negro de un viejo lugar conocido como “El Óvalo”. Por alguna razón había capturado mi atención desde el primer momento en que la vi, y aunque no tenía ningún vínculo en aquel sitio web con Briomir, me quedé atrapada en aquella imagen.

Traté de indagar un poco más acerca de este lugar, el cual parecía estar vinculado a sacrificios humanos, batallas que habían sido toda una carnicería y conflictos internos que habían desencadenado una guerra en la que nunca se había hablado jamás. Habían pasado cientos de años desde estos sucesos, y no logré encontrar una sola fotografía actualizada de este sitio.

El hecho de que “El Óvalo” y Briomir solo se mencionarán de forma superficial, despertó aún más mi curiosidad. Estaba completamente segura de que lo que encontraría en aquel país sería una gran cantidad de misterios y temas vinculados con la historia familiar, algo que me llenaba de expectativas y una gran cantidad de emoción.

Encendí mi impresora e imprimí una copia de aquella imagen. Quizás al llegar Escocia tendría la posibilidad de consultar de una manera más rápida acerca de la existencia de este lugar. Un presentimiento me decía que existía cierto vínculo con Briomir y “El Óvalo”. Me esforcé muchísimo por encontrar las razones por las cuales evadían la existencia de este lugar de ese modo, pero no tuve éxito.

Me fui a dormir cerca de las dos del mañana, algo que no debí haber hecho, ya que debía ir temprano a la oficina y las horas de sueño para mí, debían ser sagradas. Tuve una gran cantidad de sueños extraños y realistas aquella noche. El tema del viaje y la historia escocesa me estaban consumiendo de una forma impresionante y casi absurda, por lo que, decidí dejar a un lado todo hasta el momento en que abordara el avión para abandonar los Estados Unidos.

Mi último día en la oficina antes de las vacaciones tuve una pequeña fiesta de despedida con algunos de los chicos. Éramos un equipo bastante pequeño y muy unidos, por lo que, cualquier acontecimiento siempre significaba una celebración o algún festejo. En esta oportunidad, era mi partida, por lo que, yo era el centro de atención de la fiesta.

Siempre había detestado emborracharme, ya que no era muy buena con el licor. Aquella noche no tuve excusas para no beber, y como era costumbre, siempre terminaba con mi cabeza en el excusado vomitando como toda una

ebria adolescente. En esta oportunidad no había sido una de las chicas quien me había apoyado en este momento tan vergonzoso, fue Adrián quien me acompañó.

—No entiendo por qué sueles hacer todo lo que te piden los chicos, Megan. No deberías beber así.

Siempre había sido el más maduro del grupo y quien de alguna forma, siempre me cuidaba.

—No me regañes... No sabes cuándo volveremos a vernos.

En medio de mi borrachera, la manipulación parecía ser una buena herramienta para evadir los sermones.

—Vamos, te llevaré a casa. Ha sido suficiente por hoy.

No puedo recordar más nada, solo que desperté en mi cama y con muy poca ropa. Espero que no haya sido Adrián quien me desvistió, ya que, moriría de la vergüenza. Creo que nunca lo sabré, ya que, fue la última vez que supe de él.

II

Salí de mi cama con uno de los peores dolores de cabeza que había afrontado jamás. Confundida, de muy malhumor y en ropa interior. Sentía una vergüenza increíble de que Adrián fuese quien me hubiese quitado la ropa estando completamente borracha, ya que, lo último que puedo recordar de aquella noche era a este joven atento llevándome a mi casa.

El alcohol y yo nunca nos habíamos llevado de la mejor manera, y a pesar de que mis raíces familiares me impulsaban a la ingesta de alcohol, siempre terminaba de la peor forma posible.

Yo no estaba dispuesta a buscar explicaciones o argumentos sobre lo que había pasado aquella noche durante la celebración, ya que, todos mis pensamientos y mi prioridad estaban sobre ese viaje, ya que, salía aquella noche en un vuelo que partiría a las 9:00 p.m. de la noche.

Una de las peores cosas que me ha tocado hacer durante toda mi vida es hacer mi equipaje con un fuerte dolor de cabeza y un malestar que me quería tumbar en la cama durante el resto del día. Como era costumbre, siempre dejaba todo para el último momento y no había preparado nada de mis equipos y artículos personales, así que, pasé todo el día entre maletas y ropa desordenada en mi habitación.

Organizaba todo de una manera ideal para que cupiera en mi maleta, pero nuevamente me encontré con mis anotaciones acerca del diario de mi abuelo y me quedé atrapada una vez más en estas. Tenía dos opciones, podría invertir el resto del tiempo que me quedaba en hacer el equipaje de manera eficaz, o seguir indagando acerca de lo que estaba a punto de conocer al llegar a Escocia.

Mi mente estaba llena de expectativas y preguntas, pero las respuestas solamente podía encontrarlas en aquel lugar, por lo que, no tenía ningún sentido para mí seguir dando vueltas al asunto mientras no llegaba allá.

Guardé mis notas dentro de la maleta y me dispuse a preparar mi maleta de mano, estaba bastante ajustada de tiempo, ya que, había dormido gran parte del día y estaba realmente agotada. Había sido una muy mala decisión hacer una celebración de despedida, y más cuando yo era tan mala con la bebida.

El taxi pasó por mí y finalmente iba camino al aeropuerto cuando recibí una llamada de mi madre. Había tenido que mentirle, ya que, ella pensaba que viajaría nuevamente al Caribe. Solo se me ocurrió decirle que viajaría a las

costas de México, ya que, en múltiples oportunidades le había expresado mi curiosidad por conocer las tierras brasileñas.

—Hola, mamá. En este momento voy en el taxi. ¿Cómo va tu día?

—No me he sentido muy bien. He tenido una presión en el pecho que no me dejado tranquila en todo el día. Por favor, cuídate mucho en este viaje.

Si algo caracteriza a mi madre siempre había sido su capacidad de presentir cuando yo le mentía, por lo que, me había extrañado que, hasta la fecha, no hubiese descubierto mis planes de viajar hacia Escocia. Todos los secretos de la familia que se habían guardado durante años estaban a punto de ser descubiertos por mí, y esto no era algo que la hubiese agrado demasiado.

Yo había tomado la iniciativa de descubrir todo por cuenta propia, ya que, si hubiese dependido de mis padres o por cualquier otro miembro de mi familia, siempre hubiese girado entorno a dudas, rumores y suposiciones.

Yo no tenía la intención de salir del país engañando a mi madre, por lo que, había decidido esperar hasta el último momento para revelar de la verdad. Ya no tendría nada que hacer, por lo que, tomé una bocanada de aire y dejé salir toda la verdad antes de apagar mi móvil.

—No puedo irme tranquila sin decirte la verdad, mamá.

En ese preciso instante mis manos se pusieron frías y mi corazón comenzó a latir muy rápidamente. El chofer del taxi no pudo evitar su curiosidad y me vio a través del espejo retrovisor, aunque intentó disimular que él también estaba prestando atención a las palabras que yo estaba a punto de pronunciar.

—¿De qué verdad hablas? ¿Qué está pasando, Megan?

Tienes que saber que no estaré en México como te había comentado que pasaría. Mi viaje tiene un destino completamente diferente.

—¿Por qué me has mentido todo este tiempo? ¿Qué está pasando?

Su forma habitual de controlar absolutamente todo lo que hago y lo que no fue lo que no me permitió revelarle la verdad.

—Espero que no te enfades conmigo.

—Deja ya de darle vueltas al unto y dime a donde viajarás. Por favor, dime que no irás a algún país africano.

Mi madre tenía terror a las enfermedades que se gestaban en estos países del tercer mundo, por lo que, no sabía que era peor, si viajar a Escocia o a alguno de estos países donde se contagiaban enfermedades terribles como el ébola.

Cada vez que viajaba, recibía llamadas continuas de mi madre

asegurándose de que me encontrara bien y que no me hubiese picado algún mosquito o insecto raro típico de la región a donde iba.

Estaba completamente obsesionada con la idea de que me enfermaría de manera grave y que algún parásito se alojaría en mi cerebro y me mataría lentamente. Realmente, mi madre pasaba gran parte del tiempo viendo este programa de televisión donde atendían emergencias médicas bastante extravagantes.

—Tengo que hacer este viaje de reencuentro con mis raíces. Me cansé de hacer preguntas y que no contestaran absolutamente nada. —Le dije.

Del otro lado lo único que se escuchó fue un silencio sepulcral que me daba a entender que se encontraba analizando mi comentario. Tuve miedo de preguntar si aún estaba allí, ya que, conociendo a mi madre, posiblemente habría perdido el control y habría lanzado el teléfono contra la pared.

—Mucho nos esforzamos para evitar que esto pasara. Pero al final, la sangre ha sido más fuerte que nuestros intentos por evitar que conocieras nuestra historia. Debes saber que lo que encontrarás allá posiblemente no te agrade del todo, así que, ten cuidado.

Su reacción me sorprendió un poco, ya que, asumí que se volvería loca de la ira al haber roto los parámetros impuestos por ellos durante años. Ya me consideraba una chica adulta e independiente, por lo que, no debería pedir permiso para hacer lo que quisiera o viajar a donde me diera la gana.

Pero, en el tema familiar había algunos detalles que no podían manejarse de forma tradicional, ya que, mi familia estaba constituida por misterios que ni yo misma podía entender por qué existían.

Cada uno de los miembros de esta alocada familia, tenía algún secreto o algún vínculo con nuestra historia el cual yo desconocía totalmente. Me sentía como una completa extraña en las reuniones familiares, por lo que, era mi turno de encontrarme con aquel pasado que definía quienes éramos realmente.

Aunque yo había crecido en la ciudad de Nueva York como una ciudadina más, desenvolviéndome a diario en una oficina aburrida y monótona, sabía que mi vida estaba determinada a conseguir algo más y vivir experiencias completamente diferentes a los tradicionalismos de la cotidianidad.

No tenía control sobre mis impulsos de movilizarme hacia Escocia, tal y como lo había comentado mi madre, parecía ser la propia sangre la que me movilizaba hacia aquellas tierras, las cuales parecían estar esperándome ansiosas para demostrarme qué era eso que tanto estaba buscando con tanta ansiedad.

—¿No estás molesta? —Pregunté.

—Hay cosas que no podemos evitar así levantemos un muro de contención alrededor de ellas. El destino te está llevando a tu raíz, deberás estar preparada para enfrentar duras pruebas.

Las palabras de mi madre me parecieron un poco exageradas para la situación. Nada podía ser tan grave, solo iba a visitar el país, conocer su cultura e indagar acerca de cuál era la reputación de mi familia. Había un árbol genealógico bastante extenso cuyos nombres había anotado perfectamente en mis libretas.

Quizá mi madre pudo haberme dado explicaciones claras a través del móvil, pero no, prefirió guardar silencio una vez más y dejar que fuese yo quien descubriera absolutamente todos los detalles de lo que estaba a punto de explorar.

Mi cabeza estaba llena de curiosidad e intriga, por lo que, aquel dicho de que la curiosidad había matado al gato, posiblemente aplicaría conmigo, o simplemente sería más un viaje histórico y aburrido en comparación con mis visitas al Caribe.

Muchas veces me había cuestionado a mí misma ante mi decisión de sacrificar un viaje de placer a las costas paradisíacas de México para ir a un lugar frío a indagar en libros y escuchar historias de ancianos acerca de sus conocimientos acerca de mi familia. Después de escuchar las palabras de mi madre a través del móvil, no tuve deseos de continuar hablando, ya que, sentía que tarde o temprano terminaríamos en una discusión innecesaria.

Todo había salido mejor de lo que lo imaginaba, por lo que, podía tomarlo rápidamente como una especie de victoria. La llamada terminó y guardé mi móvil. No tenía absolutamente más nada que saber sobre Nueva York en las próximas horas, por lo que, lo apagué y me desconecté absolutamente de todo y decidí enfocarme en mi viaje. Dormí durante todo el vuelo, por lo que, cuando finalmente llegué, no podía creer que finalmente el día en que descubriría la verdad acerca de todas mis preguntas había llegado.

Tenía solo 30 días de vacaciones para poder indagar acerca de todos los datos posibles que verificaran toda la información que se contenían los diarios de mi abuelo. A pesar de que pensé que sería mucho más fácil, los primeros cinco días transcurridos en la ciudad de Edimburgo, había sido un completo fracaso. Era un lugar hermoso para estar, lleno de historia, cultura y museos impresionantes, pero no era esto lo que estaba buscando.

Cada vez que intentaba establecer canales de comunicación con alguien

conocedor de la historia, parecía más bien alejarme de mi objetivo. Algo me decía que necesitaba internarme en el corazón del país, abandonar la capital y visitar pequeños pueblos donde generalmente se gestan las historias vinculadas con el pasado. Fue entonces cuando decidí tomar un tren hacia un pequeño pueblo llamado St. Gregory, donde finalmente encontraría las primeras huellas que me traspasarían hacia mi objetivo principal en esta travesía.

Había caminado por las calles de aquel pequeño pueblo casi de forma aleatoria, y mis pasos me habían guiado justo al lugar preciso sin ni siquiera saberlo. Estaba sentada justo frente a una gran estructura arquitectónica que parecía ser sacada de un cuento de hadas.

La tendencia gótica o algo así, parecía ser lo más relevante en esta población. Yo, mientras comía un bocadillo en un banco de lo que parecía ser una plaza, vi pasar a un viejo hombre llevando en su brazo una marca bastante similar a algo que seguramente había visto en el pasado.

Se trataba de una marca hecha con acero caliente, la cual había quedado grabada en su piel como una quemadura que había cicatrizado hacía mucho tiempo atrás. Intenté no darle demasiada importancia, ya que, había internalizado muchas veces las palabras de mi madre de que no debía fijarse la mirada en los defectos de las personas. Hice caso omiso a esto, ya que, no se trataba de una deformidad o una incapacidad, solo era una cicatriz que llamaba mi atención, que me era muy familiar.

El hombre desapareció de mi rango visual, pero la inquietud no me dejó en paz ni un segundo. Terminé mi bocadillo, era la hora del almuerzo y yo estaba completamente hambrienta. Después de recuperar un poco de energía tras haber caminado durante toda la mañana, decidí tomar el mismo camino que había recorrido aquel viejo hombre.

Su paso era lento y cansado por lo que, no podría haber ido muy lejos, ya que, no había tardado tanto en terminar mi bocadillo. Buscaba con mi mirada en todas direcciones, aquel hombre parecía haberse evaporado. Caminé un par de calles en una dirección y tomaba algunos atajos de manera aleatoria. No tenía idea de por qué estaba persiguiendo a aquel desdichado hombre que parecía haberla pasado muy mal en los últimos años de su vida.

Quizá, al encontrarme con él, podría darle un par de dólares y este tendría la amabilidad de revelarme la explicación de aquella curiosa marca. Ya me encontraba realmente agotada cuando decidí recostarme en una de las paredes de un enorme edificio que lucía imponente frente a mí. Una vez más dirigí la

mirada hacia ambos lados, y de manera casi milagrosa, pude ver al viejo hombre cruzar en una esquina.

Corrí tan rápido como pude antes de que volviera a desaparecer, era una situación bastante curiosa y extraña para mí, ya que, era la primera vez que me encontraba en medio de algo similar. Cuando doblé en la esquina, casi muero del susto, ya que, el viejo hombre parecía estar esperándome.

—¿Qué demonios quieres? —Preguntó con una voz rasposa.

Puede ver en su mano un objeto punzante, ya que, estaba preparado para atacarme en cualquier segundo. Yo sentí una gran cantidad de terror en ese instante y solo extraje unos dólares de mi bolso y, al intentar entregárselos los dejé caer torpemente al suelo.

—Solo quería darle esto. Me pareció que los necesitaba. —Dije.

En ese instante, el hombre bajó la guardia y su objeto punzante volvió adentro de lo que era un abrigo improvisado. Este no lo llevaba al momento de pasar frente a mí, por lo que, ahora llevaba la marca completamente cubierta. No tendría argumentos para explicarle lo que está pasando, pero, aun así, me arriesgué.

Mientras él tomaba los dólares del suelo y su semblante había cambiado drásticamente en forma de agradecimiento a mi gesto, tomé el valor para poder preguntarle acerca de la explicación de la marca de su brazo.

—Perdone mi intromisión e indiscreción, la marca que lleva en el brazo, ¿de qué se trata?

Aquel hombre miró fijamente mis ojos sin decir una sola palabra, como si estuviese intentando escanearme o estudiar algo dentro de mí, esto me intimidó tanto que comencé a temblar de manera descontrolada.

—Sígueme. —Dijo.

Aquel hombre no era el más confiable que yo pudiese encontrarme en cualquier calle de Escocia, pero no parecía ser un mal sujeto, por lo que, en contra de todos las advertencias y precauciones que se encendían en mi interior, decidí caminar detrás de él.

Esta vez, su paso era acelerado y sin anomalías. Algo en mí le había despertado un intenso interés en mostrarme algo, y aunque yo no sabía que era, se despertó una sensación de emoción en mi interior que me obligaba a llevarle el paso al extraño anciano. Moría de ganas por preguntar a donde iba, y siendo una completa turista, no tenía idea de a dónde nos encontrábamos.

Entramos a un viejo callejón y tras abrir la puerta de un antiguo edificio, me invitó a pasar. Un pequeño cartel me indicó que el lugar era un viejo museo

de historia. Esto, por alguna razón, me tranquilizó.

III

Estuve parada frente a una gran biblioteca mientras el viejo hombre revisaba algunos tomos, no abrió la boca para decir una sola palabra en al menos 30 minutos, ojeaba a las páginas de un viejo libro, el cual trataba con mucho cuidado, ya que, debido a su antigüedad, amenazaba con deshacerse entre sus dedos.

Apuntaba con su dedo índice algunas de las palabras que estaban escritas en un idioma desconocido para mí, mientras pasaba las páginas con mucho cuidado para seguir revisando las siguientes. Este procedimiento se llevó a cabo durante largos e incómodos minutos, ya que, no sabía exactamente qué era lo que estaba haciendo yo allí.

Mis temores acerca de la posibilidad de que este sujeto fuese a hacerme daño desaparecieron al poco tiempo de encontrarme junto a él, y aunque no me dirigía ni siquiera una mirada, se encontraba muy enfocado en lo que estaba haciendo, y al parecer buscaba información que quería mostrarme.

Yo suspiré de manera exagerada intentando llamar su atención, pero esto no pareció perturbarlo. Ya mi paciencia estaba al borde del límite, por lo que, decidí darme media vuelta y abandonar aquel lugar, no estaba dispuesta a seguir perdiendo mi tiempo con este sujeto que ni siquiera sabía si estaba cuerdo, por lo que, decidí marcharme. Giré el picaporte de la puerta para abandonar el lugar, y fue cuando escuché la voz de aquel sujeto.

—¡Aquí está! Lo he encontrado. —Exclamó.

Quise abandonar el lugar y dejar atrás la locura que estaba llevándose a cabo, ya que, no podía comprender nada y no me había dado una sola explicación. Pero la curiosidad me superó, por lo que, me di media vuelta y volví a caminar directamente hacia la gran mesa de madera llena de polvo donde había colocado el gran libro.

La marca que estaba en su brazo, se encontraba dibujada en una de las páginas del libro, en ese preciso instante, fue que pude recordar exactamente donde la había visto, por lo que, me quedé completamente impactada. Recordé perfectamente que en una de las páginas del diario de mi abuelo se encontraba aquel símbolo dibujado con su propia mano, por lo que, al recordar esto, supe que me encontraba en el lugar correcto.

—Aquí tienes toda la explicación que necesitas. Tómate tu tiempo y analiza lo que desees. —Dijo el hombre antes de caminar hacia un largo

pasillo oscuro y desaparecer por unos minutos.

Yo me acerqué al libro con mucho cuidado, y ni siquiera quería tocarlo para no generar un daño o lastimar sus envejecidas hojas, por lo que, tras visualizar y grabar en mi mente aquel símbolo que tenía grabado en el brazo aquel viejo hombre y que también se encontraba en las páginas del diario de mi abuelo, procedí a hacer una revisión del material.

No podía comprender una sola palabra del idioma, algo que me hizo sentir un poco frustrada, ya que, aquel hombre asumía que yo debía conocer aquel dialecto antiguo de tierras escocesas, por lo que, decidí ir tras él. Caminé por el largo pasillo que no sabía a donde conducía, pero justo al final de este, se encontraba una gran puerta de acero.

Sentí algo de temor a aventurarme a ingresar a aquel lugar, pero si ya había llegado tan lejos hasta ese momento, nada me costaba dar un paso más adelante e indagar acerca de la verdad que giraba en torno a toda aquella situación. Aún no podía comprender por qué aquel hombre me había llevado hasta ese lugar, y allí había encontrado un vínculo bastante particular con mi familia, o al menos con el diario del abuelo.

Empujé la gran puerta, lo cual me demandó una gran cantidad de esfuerzo, ya que, su peso era bastante considerable. Al entrar, pude ver al hombre al final de la habitación, la cual estaba repleta de armamento antiguo, escudos, armaduras, pieles y una gran cantidad de accesorios que asumí que formaban parte del inventario de aquel antiguo museo.

Según lo que pude observar, el lugar no se encontraba operativo, todo estaba lleno de polvo y desgastado, inclusive, en las paredes se podían observar puntos de humedad, lo que evidenciaba fracturas en la estructura que dejaban colar el agua durante los días lluviosos. El olor era bastante particular, la humedad casi no me permitía respirar y el olor a viejo era muy desagradable.

—Sabía que no te resistirías a venir. —Dijo el hombre.

—Lamento haber entrado de esta forma. No quise quedarme sola.

—Está bien, pasa, tengo algo que mostrarte.

Entré de forma tímida a la habitación, ya que, estando rodeada de tantos armamentos filosos como hachas, espadas y lanzas, posiblemente sería víctima de un ataque de este sujeto. Sentía que mis piernas temblaban, y mis manos estaban completamente frías, seguramente mis labios estaban palidecidos, aunque no podía verlos.

—No tengas miedo, todo esto que ves a tu alrededor, de alguna u otra

forma te pertenece.

No entendía cómo era posible que todos aquellos elementos que yo asumía que eran de un viejo museo, quizás pertenecientes a alguna tribu, clan o civilización antigua, pudieran pertenecerme a mí, pero hice caso omiso a sus palabras. Avance hacia él, y estiraba una gran armadura sobre una mesa.

—Lo que ves frente a ti es la prueba que tanto estabas buscando. —Dijo.

Yo no pude comprender a qué se refería, por lo que, creo que mi cara de confusión le dio entender que necesitaba un poco más de detalles para poder entender sus palabras. Sonríó de una manera tranquila, suspiró y descubrió la marca en su brazo.

La marca que llevo me vincula con el clan Drakolian, puedes ver las líneas que de alguna u otra forma forman una figura de un dragón.

—Sí, había visto este símbolo antes. ¿Qué significa? —Pregunté.

—Ya te lo dicho, es el símbolo que nos identifica como descendientes directos de este clan. Y tú tienes un vínculo directo con nosotros.

Retrocedí un par de pasos, ya que, imaginé que este hombre estaba loco o había perdido gran parte de su cordura. No tenía la menor idea de lo que estaba hablando, y este, había comenzado a asustarme.

—Eres descendiente directa de Gavin, antiguo rey de Briomir. Has venido buscando las raíces de tu pasado, y justo en este lugar tienes una parte de él.

Nunca había escuchado el nombre que había mencionado este hombre, por lo que, decidí darme media vuelta y abandonar el lugar. Sentí que había perdido completamente mi tiempo, ya que, este hombre estaba diciendo disparates que no tenían nada que ver conmigo. Quizás se había confundido de persona, pero, al mencionar un nombre familiar, decidí detenerme en mi intención de largarme finalmente de allí.

—No te vayas, Shaw estaría muy orgulloso de que finalmente conocieras cuáles son tus raíces.

Había pronunciado el nombre de mi abuelo, por lo que, esto era una prueba fehaciente de que finalmente había conseguido llegar al lugar adecuado.

—¿Conociste a mi abuelo? —Pregunté.

Todos los del clan lo conocen, es una figura emblemática que nos representó durante un largo periodo. Se desempeñó como rey de Briomir, liberando batallas impresionantes en las cuales se entregaron muchas vidas para poder lograr la estabilidad del reino.

Mientras escuchaba sus palabras, solo podía pensar en alguna película de

ficción o en algún libro épico que quizás habría leído y estaba utilizando para intentar proyectar una realidad inexistente. Pero, a pesar de que mi negación estaba tratando de mantenerme tranquila, el hecho de haber nombrado a mi abuelo y tener en su poder el símbolo que se encontraba en su diario, ya no me dejaba demasiadas opciones para la incredulidad.

—Quiero conocer toda la verdad, no me iré de aquí hasta saber qué es realmente lo que oculta mi familia y por qué hay tanto misterio alrededor de ella.

—Tú eres la última descendiente de nuestro clan, los Drakolian han batallado durante siglos para liberar el reino, habíamos mantenido el poder durante largos años, pero finalmente, el clan Agrabón ha conseguido poner en jaque las defensas del reino.

Era mucha información para mí en ese momento, ya que, estaba acostumbrada simplemente a una vida cotidiana llena de tradicionalismos y asuntos de oficina. De un momento otro, me había visto involucrada en un tema de clanes, civilizaciones, guerras, reyes y reinos, algo que no tenía la menor idea de que aún existía.

En mi mente, simplemente podía visualizarlo como algo imaginario, algo que solamente vivía en la mente de aquel viejo hombre, por lo que, aún había una pizca de incredulidad y escepticismo que me mantenía tranquila ante las palabras que decía este sujeto.

—Debes volver al reino, yo, formé parte de este clan, pero ante una enorme matanza que se llevó a cabo en la que murieron centenares de compañeros, me vi obligado a huir, quebrantando el honor de lucha que debía defender. Ya no puedo regresar a menos que le provea de la oportunidad de salir adelante una vez más y tú eres esa posibilidad.

—¿Cómo se supone que yo puedo ser la posibilidad de salvación de un reino que ni siquiera conozco? Esto es completamente absurdo. Lamento haberle hecho perder su tiempo, debo irme.

—Eres Megan, nieta de Shaw. Princesa del clan Drakolian y heredera del reino de Briomir, mientras este permanezca bajo el poder de nuestro amado clan.

No le había mencionado mi nombre ni una sola vez, por lo que, esto me intimidó enormemente al no saber cómo había accedido esta información.

—¿Cómo supo mi nombre?

—Sé muchas cosas, Megan. Y entre ellas, sé perfectamente cuál es tu destino en nuestras tierras. Tu corazón te hablará muy pronto, y tomarás la

mejor decisión. —Dijo.

El viejo hombre guardó nuevamente la armadura en una caja de madera, y abandonó el lugar para volver a las calles. Poco le importó que me hubiese quedado allí, ya que, estaba completamente segura de sus palabras y al parecer, todo aquello me pertenecía.

Volví a mi hotel sin saber muy bien qué era lo que había pasado en aquel lugar. Tras abandonar aquel viejo museo, no había visto a ver al hombre, quien parecía haber vuelto a aplicar la misma estrategia de desaparición.

Debo destacar que no pude cerrar un solo ojo durante el resto de la noche analizando cada una de las informaciones que me dio aquel hombre. Había revisado las notas del diario de mi abuelo y efectivamente había palabras que se vinculaban directamente con la conversación que había tenido con este hombre.

Hablaba de guerras entre clanes, de supervivencia, de superioridad, estrategias de guerra, de combate y tecnología en desarrollo que se encontraba en evolución en ese periodo para poder mantener el poder. Era un mundo completamente diferente a lo que yo estaba acostumbrada a compartir, por lo que, la curiosidad era uno de los factores más determinantes para poder moverme hacia el conocimiento de esta nueva etapa en mi vida.

Los miembros de este clan al que supuestamente yo pertenecía, estaban perdiendo su territorio debido a la falta de poder, de una imagen y figura que los guiara de manera correcta, ya que, todos los descendientes de mi abuelo, habían abandonado el país escocés mucho tiempo atrás. Su intención era salvar su vida, ya que, ante una embestida proveniente por parte del clan enemigo, posiblemente los asesinarían a todos.

No había sido el movimiento más valiente, y aunque había sido por los suyos, lo había dejado completamente desprestigiado su nombre en aquel lugar. Había abandonado el trono y había dejado su pueblo completamente desamparado, por lo que, si yo quería limpiar el nombre de mi familia, y erradicar aquel misterio que se había construido en torno a esta, quizá debía hacer caso a las palabras de aquel viejo misterioso.

Mis manos sujetaban las notas del diario de mi abuelo, y fue justo en ese momento cuando decidí dar ese paso fundamental que me llevaría hasta el conocimiento de mis verdaderos orígenes. Parecía que la magia, el misticismo y algo enigmático me había guiado directamente hacia aquel lugar, ya que, no había tenido control de mis pies o de mi orientación para llegar hasta allá, había sido todo muy espontáneo y sin planificar.

A primera hora de la mañana, después de tomar una taza de café en el lobby del hotel, decidí tomar mis cosas en un gran bolso e ir hacia el encuentro nuevamente de aquel viejo sujeto. Entré al viejo museo al que había ingresado el día anterior, encontrando un pergamino enrollado sobre el escritorio en donde yo misma había hecho una revisión de la figura que marcaba el brazo del hombre y se encontraba en el diario de mi familia.

Busqué entre los libros el viejo tomo con dialecto desconocido para mí, pero esta vez no pude encontrarlo. El pergamino estaba allí de forma estratégica para que alguien lo viera, y ese alguien, quizás era yo.

Lo tomé entre mis manos, liberé el precinto de seguridad y lo desplegué sobre la mesa. Se trataba de un manuscrito en perfecto español, la tinta parecía estar fresca, por lo que, alguien lo había escrito recientemente.

Supe inmediatamente que, sí, era para mí, y esto me sorprendió enormemente, ya que, la primera palabra del pergamino era mi nombre.

“Megan, sé que has escuchado a tu corazón y decidiste tomar la decisión correcta. El futuro de nuestra dinastía reposa en tus manos, corre por tus venas. Te invito a seguir las instrucciones del mapa anexo que he dejado para ti. Te llevará a tus tierras, el lugar que está esperando por tu regreso, para convertirse de nuevo en la potencia que había sido durante tantas décadas.

Tienes un espíritu de guerrera, sé muy bien que pronto encontrarás esa chispa dentro de ti que te hará ser parte de nuestro clan de forma total. Aún te preguntarás cómo supe tu nombre, quién eras y por qué habías llegado hasta mí, pero esto es una pregunta que responderé en su debido tiempo.

Puedes tomar lo que deseas de este lugar, ya que, sé que seguirás mis instrucciones para llegar al reino de Briomir. No compartas esta información con nadie, la integridad, seguridad y paz de nuestros pueblos depende de ello. Nos veremos pronto”.

Hice una breve revisión al material que aquel hombre había dejado para mí, aún no conocía su nombre ni quién era, pero se había dirigido a mí de una manera tal que me había llenado de confianza y seguridad.

Yo había ido hasta ese lugar para emprender una aventura en la cual conocería mis antepasados, por lo que, no tenía sentido haber llegado tan lejos como para rendirme en ese instante. Guardé el pergamino y el mapa en mi bolso, y me dispuse a marcharme allí. Justo ese día había comenzado mi travesía para conocer el reino de Briomir, el cual, al parecer, estaba esperando por mí para volver a ser lo que había dejado de ser años atrás.

IV

Tras un viaje de 19 horas en tren y un viaje de nueve horas a caballo, finalmente había llegado a ver un pequeño pueblo recóndito ubicado al pasar una enorme montaña, desde la cima de esta, podía visualizarse el lugar perfectamente, el cual, era un valle protegido por estas peligrosas zonas montañosas que servían de muralla para el resto del mundo.

El lugar estaba completamente aislado, incomunicado y la única forma de llegar que era a través de este camino que había logrado seguir gracias a la ayuda de un guía. Estaba realmente agotada, sedienta y con mucho apetito, por lo que, sentía que en cualquier momento me desmayaría y me caería el caballo.

Debía reunir toda la fuerza posible para poder resistir los embates del camino, ya que, me encontraba cada vez más cerca de obtener la respuesta que tanto había buscado.

Estaba sedienta de respuestas, quería obtener un vínculo con mis antepasados, pero a la vez, sentía una gran cantidad de miedo debido a todas las referencias que había obtenido acerca de aquellas tierras.

Era sabido por todos los que manejaban la información que eran tierras hostiles, agresivas y llenas de peligros en cada centímetro de su territorio, por lo que, adentrarme en esto era una aventura que superaba cualquier cosa que hubiese hecho antes.

Solo estaba acostumbrada a viajes de fines de semana a la naturaleza. Sí, había ido a montañas en el pasado, pero nunca había subido a caballo de la forma en que lo había hecho en esta oportunidad.

Parecía que estaba volviendo en el tiempo, como si me hubiese entrado en una máquina que me ha dado la posibilidad de volver siglos atrás y estaba ingresando a una civilización antigua.

En aquel lugar no había coches, no había carreteras, cables, Internet, ni absolutamente nada vinculado al mundo moderno, parecía una pequeña cápsula del pasado donde se habían quedado encerrados todos aquellos habitantes de aquella civilización.

Después de tanto esfuerzo y viajes extenuantes, finalmente había llegado al pueblo de Briomir, logré leerlo en un pequeño cartel clavado a un árbol a la orilla de un camino de tierra.

Rápidamente recordé las historias de aquel hombre que vinculaban a guerreros y asesinos, por lo que, al recorrer aquel camino boscoso, sentí que

estaba siendo observada en todo momento por algún desconocido.

—Hasta aquí puedo acompañarte. No tengo permitido ingresar a estas tierras. Si yo fuera tú, iría con cuidado.

El hombre que me había guiado hasta allí por una fuerte suma de dinero, se dio media vuelta y regresó por el camino que habíamos transitado hasta ese momento. Pensé que era una broma, ya que, no entendía como era capaz de dejarme sola en aquel lugar sabiendo cuán peligroso era este sitio.

—Hey, te pagué muy bien para que me llevaras hasta el castillo de Briomir. No puedes dejarme aquí.

—Sigue el camino y llegarás directamente al castillo. No hagas demasiado ruido y todo estará bien.

—¿Ruido? ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—No querrás terminar destrozada por los globos del bosque, te recomiendo que no hagas demasiada alharaca.

Cuando escuché estas palabras, un escalofrío terrible recorrió mi cuerpo, ya que, nunca había estado cerca animales salvajes y mucho menos lobos. Prácticamente quería dar un paso por minuto, ya que, no quería despertar la furia de estos animales que habitaban en aquel lugar.

Yo era una completa intrusa, por lo que, tentar a la suerte en medio de una situación como esta no era la decisión más inteligente, por lo que, decidí moverme con cautela y utilizar todos mis recursos para evitar despertar la atención de los habitantes salvajes de aquel bosque.

Aunque desde lo alto se veía como un pueblo pequeño, Briomir era un reino bastante extenso, podía verse de manifiesto al recorrer aquel largo camino que parecía interminable.

Entre el follaje y los árboles, podía ver en la distancia un enorme castillo, imponente y hermoso, el cual era mi destino. Por momentos quería acelerar, hacer correr a ese caballo tan fuerte como pudiera para llegar lo más pronto posible.

Pensaba que en cualquier momento desfallecería y caería, ya que, me encontraba bastante débil. Continué cabalgando y respiré profundo para intentar mantener el autocontrol, pero la verdad es que mi voluntad cada vez era mucho menor. Observaba los hermosos recursos naturales que poblaban aquel lugar, y de esta forma trataba de mantener mi mente alejada del hecho de que estaba realmente agotada.

Tenía que mantenerme alerta, pero mis ojos se cerraban completamente solos. Ya no tenía energía, y aunque mis manos se aferraban fuertemente a la

silla del caballo, sentía que tarde o temprano me iría hacia un lado y me desplomaría como un saco de papas directamente hacia el suelo. Pero, cuando mis ojos se cerraron y pensé que ya no los podría abrir más, un fuerte sonido se generó entre los árboles.

Me vi tentada a preguntar quién andaba allí, pero no debía hacer ruido. Solamente detuve mi caballo tomando fuertemente las riendas, y quedándome inmóvil sin ni siquiera respirar. No hubo un solo sonido más, y pensé que, si me movía de allí, seguramente saltaría una jauría de lobos hambrientos a despedazarme a mí y a mi caballo.

No sabía por qué me había metido en una situación como esta, debía estar en la ciudad, disfrutando un trago, o a la orilla de la playa en Río de Janeiro, no allí, en un bosque frío, oscuro y lúgubre, el cual no sabía a dónde me llevaba realmente.

Esperé unos cuantos minutos ante de la posibilidad de una nueva señal, pero luego de no haber ningún tipo de novedad, decidí poner en marcha mi caballo una vez más. Esta vez me arriesgué, decidí ir un poco más rápido, ya que, no había visto una sola persona en todo el camino.

Era posible que me estuviese alejando en vez de acercarme al castillo, realmente no conocía el camino. Las indicaciones de mi anterior guía habían sido muy claras, por lo que, yo las había seguido al pie de la letra.

De pronto, de la nada, algo pasó frente a mi rostro casi rozando. Justo a un lado se incrustó una flecha en el tronco de un árbol. Casi muero de un infarto, así que voltee rápidamente hacia la dirección de donde provenía el artefacto.

No pude visualizar a nadie, y mi corazón comenzó a latir tan rápido que mi única opción era cabalgar tan rápido como pudiese. Debía huir de mi atacante, y aunque sabía que era una advertencia, posiblemente la siguiente flecha no fallaría.

Tomé tan fuerte como pude las riendas de mi caballo y presioné con mis talones, esto lo alteró instantáneamente y lo hizo correr más rápido que un trueno. Sabía que había ojos sobre mí, que alguien estaba interesado en saber quién era o asesinarme, sea cuales fuesen las razones, no había sido una buena bienvenida para mí. Cuando creí que ya el peligro había pasado, una caída mortal para mi caballo me haría salir despedida directamente contra el suelo de tierra.

Se había colocado una especie de cordón en el suelo, este interrumpiría el paso de mi caballo. Se enredó de una manera tal, que se desplomó directamente contra el suelo quebrando su cuello de manera instantánea. Yo,

salí disparada con tal fuerza, que apenas sobreviví al impacto.

Estaba confundida en el suelo, movía a mi cabeza de un lado al otro tratando de mantenerme despierta, pero el cansancio, sumado al hecho de que estaba lastimada, me había dejado muy poca voluntad para ponerme de pie. Fue entonces cuando vi un hombre acercarse a mí. Llevaba en su mano aún el arco y en la otra una flecha preparada para atacar.

Su cabello era largo y rubio, con una barba densa y un aspecto de surfista como los de California. Sabía que no había ninguna relación entre este sujeto y algún deporte caribeño, por lo que, simplemente intenté agudizar mi vista para poder enfocarlo. Había recibido un duro golpe en mi cabeza, y aunque no estaba sangrando no se había inflamado, realmente palpitaba ante tanto dolor.

El hombre se acercó a mí, y fue cuando pude visualizar la musculatura de sus brazos y su pecho. Llevaba una especie de armadura de cuero, con algunos accesorios que lo hacían lucir muy aguerrido. En su rostro habían pintadas dos líneas de color negro bajo sus ojos verdes, algo así como lo que había visto en algún momento en los beisbolistas.

En alguna oportunidad se me había ocurrido preguntar por qué hacían esto, ya que, simplemente pensaba que se trataba de algo intimidante visualmente, al saber que tenía que ver con el resplandor de la luz, supe que este sujeto era algún cazador o algo por el estilo.

Mientras se acercaba a mí, cada vez se mostraba más alerta, preparando su flecha y su arco para incrustarme una flecha en el pecho. Yo estaba completamente petrificada y sin palabras, algo que debió haber notado, ya que, cuando estuvo lo suficientemente cerca para visualizar la palidez de mi rostro, bajó su arco y guardó su flecha en su espalda.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —Preguntó.

Yo no sabía qué respuesta darle a este hombre, ya que, con decirle que era una turista buscando información acerca de este pueblo, posiblemente no resultaría algo muy agradable para él. Se me había comentado acerca de cuán herméticos eran y cuando valoraba la privacidad, por lo que, yo posiblemente no sería bienvenida a simple vista.

—Mi nombre es Megan. Vengo de Nueva York y busco parte de mi familia.
—Respondí.

—¿Nueva York? ¿Qué clase de reino es ese?

Puede que haya muchos lugares en el mundo que sean poco conocidos de los que no se habla demasiado, pero Nueva York definitivamente no era uno de ellos. Si alguien no sabía cerca de esta ciudad o estaba al tanto de la

existencia de ella, posiblemente no pertenecía al mundo moderno.

—Nueva York que es una ciudad de los Estados Unidos. De allí vengo. —
Respondí

—¿Estados Unidos? Suena como algo producto de alguna alianza entre reinos. ¿Son ellos poderosos?

Al parecer, este hombre y yo estamos hablando idiomas completamente diferentes, ya que, nada de lo que yo le decía parecía tener sentido para él.

—Creo que no llegaremos a ninguna parte. Solo vengo buscando parte de mi familia, soy la nieta de Shaw y descendiente de Gavin de Briomir. Quizás habrás escuchado alguno de estos nombres.

Su rostro cambió casi de manera instantánea. Se hincó en una de sus rodillas e hizo una especie de reverencia que yo no entendí su razón en ese primer momento.

—Pertenece a la familia Real. Perdona mi insolencia y mi comportamiento. —Dijo.

—No tienes que hacer una reverencia. Ponte de pie, quizás tú podrías contestar alguna de mis preguntas.

—Si realmente perteneces a la familia Real, contestaré a las preguntas que desees, te llevaré a donde quieras y te apoyaré y acompañaré cuanto sea necesario.

Este sujeto de casi 2 m de estatura, se había puesto mi servicio para protegerme, y aunque no entendía la razón, sabía que existía un vínculo entre lo que había hablado el hombre del viejo museo y las notas de mi abuelo. Posiblemente todo era real, y yo pertenecía una dinastía real vinculada a una civilización antigua que había quedado atrapada en el pasado

—Volveré enseguida. Debo ir por mi caballo. —Dijo.

Fue muy difícil para mí no detallar su cuerpo mientras se alejaba, era un hombre fuerte, apuesto, con una mirada que mostraba una gentileza inteligencia incomparable. Me sentí identificada casi de manera instantánea con él.

Aunque no había hablado lo suficiente con este sujeto como para poder obtener información valiosa acerca de lo que había ido buscando, pensé casi de manera instantánea que se convertiría en una herramienta fundamental para mi búsqueda.

Tal y como lo había mencionado, había vuelto en su caballo, lamentablemente, el mío había perdido la vida tras la drástica caída. Se había golpeado tan fuerte que su cuello se había roto, y no pude evitar lamentar el fallecimiento de este amigo que me había acompañado durante todo el camino.

—Lamento lo de tu caballo. Pensé que eras alguna espía Agragoniana, te lo repondré muy pronto.

Extendió su mano y me ayudó a subir al caballo, me abracé a su torso por miedo a caer, y a pesar de que apenas lo estaba conociendo, me sentí muy cómoda al hacerlo. Él cabalgó con mucha velocidad directamente hacia el reino, finalmente, yo había conseguido mi entrada a Briomir.

No había sido un camino sencillo, y mucho menos corto, mi cansancio estaba venciéndome, y a pesar de encontrarme en una situación bastante tensa, ya que, no sabía quién era este sujeto, estaba comenzando a quedarme dormida.

Se hacía de noche, la tarde había transcurrido de manera muy rápida y las luces del sol comenzaban a atenuarse. Fue entonces cuando finalmente llegamos a nuestro destino. Me encontraba allí, en un pueblo antiguo tal y como lo había visto en viejas películas de ficción. Cabañas antiguas, edificios hechos de piedra y, un imponente castillo en la distancia que se mostraba como protector de aquel reino.

—Este es el reino de tu familia. Bienvenida a Briomir.

Él había confiado en mis palabras, y aunque aún no me lo confirmaba, aseguraba que yo pertenecía a la familia Real, por lo que, fue directamente al castillo donde fui trasladada.

Una vez allí, consultaría a un hechicero que me recibió en una torre aislada del lugar, quien, dejando caer algunas plantas en una especie de caldera, inhaló los vapores y pareció entrar en un trance completamente demente.

Desplazaba con mucha rapidez por toda la habitación mientras el extraño guerrero, cuyo nombre era desconocido para mí y yo, nos encontramos allí. Tocaba las paredes, acariciaba el suelo y movía sus manos como si estas tocaran algún visible para mí.

Finalmente se paró justo frente a mí y yo observé a mi compañero. Este asintió con la cabeza y me pidió de alguna forma que estuviese tranquila. El hombre me inhaló profundamente y puso sus manos sobre mi frente. Fue entonces cuando me soltó, se alejó con una gran sonrisa en su rostro.

—Es ella. La princesa ha regresado a sus tierras. —Dijo el hombre.

—Tenemos que informar a todos. —Dijo el guerrero.

Yo no entendía muy bien lo que pasaba, pero me mantenía tranquila, ya que, al parecer, había tenido éxito en la búsqueda o verificación de la información.

—Lamento no haberme presentado antes. Necesitaba que el hechicero

confirmara tu identidad. Mi nombre es Claud, y estoy a tu disposición, princesa.

Había escuchado este adjetivo muchas veces en la ciudad, pero ninguno tenía la connotación que aquí se estaba utilizando. Para ellos, yo formaba parte de la familia Real, y aunque yo misma no sabía qué significaba esto y cuáles eran implicaciones de ser parte de la realeza, me sentí muy satisfecha de haber logrado conectar con lo que había ido buscando de forma tan abnegada.

V

No habían sido días fáciles, ya que, se habían dado a la tarea de ponerme al día de cómo funcionaba la economía, la organización y como se habían desarrollado en los últimos años.

Realmente había sufrido una evolución muy drástica, su armamento, tecnología y los diferentes pactos de paz que se habían implementado en el lugar, habían mantenido una tensa calma que, al parecer, se había visto amenazada por la constante inconformidad de un clan enemigo que siempre había mostrado su interés por dominar aquellos territorios.

La paz estaba comprometida, y el vacío de poder que se había generado en aquel lugar durante algunos años, había impulsado a los miembros del clan Agragón, a buscar el dominio, ya que, ellos sí podrían establecer una mejor organización y equilibrio, proporcionándole riquezas y una mejor prosperidad a los habitantes del reino. Algo característico de aquel reino era que la única manera de poder ser parte de la monarquía, era tener un vínculo consanguíneo con alguno de los miembros fundadores de aquel lugar.

Esto, había generado una enorme inconformidad en un sector que se había convertido en adverso a las políticas de Briomir, generando un clan enemigo conformado por guerreros que constantemente buscaban atacar para desestabilizar al reino.

Habitaban en territorios recónditos y muy alejados del castillo, lo suficiente como para no representar un peligro para la población, pero según se me había informado, estos solían aparecer periódicamente para intentar generar nuevos pactos y tratados que beneficiaran su presencia en aquel lugar.

La paz y la armonía parecían ser temporales, ya que, en cualquier momento podría explotar una guerra que dejaría una gran cantidad de muertes y heridos de manera innecesaria. La inconformidad de unos pocos, ponía siempre la tranquilidad de la mayoría en duda, por lo que, mi presencia en aquel lugar era más simbólica que otra cosa. Después de verificar que había un vínculo entre el antiguo rey de Briomir y yo, pasé automáticamente a convertirme en la princesa de este lugar.

Me negué en múltiples oportunidades, ya que tenía una vida hecha en Nueva York, aunque ellos no sabían exactamente de qué se trataba este lugar de donde yo provenía, insistían enormemente en que mi presencia era necesaria para ayudarlos.

Yo había ido hasta aquel lugar en busca de mi pasado, y mi pasado me había hecho esclava del. Parecía algo completamente irreal y sacado de un libro de fantasía, ya que, se me habían asignado una gran cantidad de vestidos, coronas de oro y calzado adecuado al de una princesa.

No podía ir por el reino llevando pantalones de mezclilla y tenis deportivos. Rápidamente me había adecuado aquel estilo de vida. Habitaba en un castillo hermoso con sirvientes muy atentos que me trataban como lo que era para ellos, una princesa. La presencia de Claud a mi lado siempre era constante, ya que, yo misma le había pedido personalmente que se convirtiera en uno de mis guardias de confianza.

Era más que todo una excusa para siempre tenerlo cerca, ya que, aunque no lo sabía, era la única persona en aquel lugar en la cual realmente confiaba. Después de un par de semanas de llevar una vida completamente desconocida para mí, iniciaron los entrenamientos de combate. Esto era algo que yo no esperaba en lo absoluto, pero Claud insistió en que era necesario estar preparada ante la posibilidad de un combate.

La princesa de un reino como Briomir debía ser una guerrera lista para defender a sus pobladores, por lo que, yo accedí de manera inmediata. Contaba con la presencia de Claud desde muy tempranas horas de la mañana, quien se reunía conmigo en una enorme sala para practicar las técnicas de combate con espada. Yo no tenía demasiada masa muscular, y con facilidad, este derribaba la espada de mis manos.

Cada uno de los entrenamientos se fue haciendo mucho más intenso y arduo, paseándome por el manejo del arco, ataque cuerpo a cuerpo y el manejo de la espada. Mis entrenamientos fueron dando frutos muy rápidamente, y parecía que el tiempo estaba detenido en aquel lugar.

Mi teléfono móvil había muerto, no tenía de donde obtener electricidad o cobertura en su señal, estaba una cápsula del pasado, y aunque sabía que esto despertaría la preocupación de mi madre, yo tenía prioridades mucho más importantes que atender.

Me estaba convirtiendo en la princesa que todos los habitantes querían, y aunque muchos dudaban de mi facultad para poder ejercer el cargo, el cual era temporal, al menos para mí, les daba lo mejor para poder hacerlos sentirse seguros y establecer una nueva estabilidad en aquel lugar.

Los rumores de que una princesa se había nombrado de un momento a otro, habían llegado rápidamente a los oídos de los desertores, traidores y sublevados que habían radicado sus viviendas a lo lejos del castillo. A estos

hombres se le permitía el ingreso al reino, siempre y cuando no portaran armas.

Como ya había mencionado antes, existía una tregua que despertaba cierta tensión que tarde o temprano explotaría debido a la enorme inconformidad y descontento existente en la población adversa.

Todos y cada uno de los hombres que había decidido abandonar el reino para convertirse en desertor y miembros del clan Agragón, se habían preparado fuertemente para el combate, mientras que, el reino de Briomir, contaba con un ejército muy bien preparado, pero con un número muy limitado de miembros.

Esto no preocupaba demasiado a sus habitantes, ya que, confiaba enormemente en las habilidades de combate que había adquirido estos sujetos que entrenaban duramente a diario.

Claud era uno de los mejores guerreros pertenecía a la orden real, siendo uno de los enviados a explorar el territorio en la búsqueda de espías e intrusos que buscan desestabilizar la monarquía desde su interior.

Este se había dedicado por completo a pasar tiempo conmigo, proporcionándome de conocimientos y habilidades estratégicas y de combate. Claud sabía perfectamente que yo no manejaba absolutamente nada de esto, así que, se había tomado en serio su trabajo de protegerme y prepararme para lo peor.

Cuando el líder del clan desertor descubrió lo que estaba pasando en el reino, no dudó en hacer una visita a las instalaciones del Castillo, ya que, quería conocer a la princesa que se interponía entre sus planes dominar el territorio.

—Karis es un hombre manipulador y traidor. No te dejes envolver por sus comentarios. —Me dijo Claud justo unos segundos antes de que recibiera la visita de este hombre.

Las puertas de la sala se abrieron, dando el ingreso a un sujeto muy intimidante que llevaba en su ojo un parche que cubría una herida, al parecer, de guerra. Llevaba su cabello largo hasta la cintura completamente suelto, negro como la noche y su piel era blanca y muy pálida. Es corpulento, seguro de sí mismo y con una mirada cínica y una sonrisa que puede encantar a cualquiera como una serpiente.

Mientras ingresaba a la sala no pude evitar detallarlo, y al encontrarme con su rostro, captó mi atención de una manera muy extraña que no podía controlar. Se detuvo justo frente a mí me hizo una reverencia, algo que hizo

más por burla que por respeto, pero como no era el ámbito en el que yo solía desenvolverme, no me afectó demasiado.

—¿Así que eres la nueva princesa? Me han dicho que tu nombre es Megan.
—Dijo Karis.

—Sí, tú debes ser el desertor del que tanto me han hablado. —Respondí.

—No puedes llamarme desertor simplemente por tener ideas diferentes a aquellas que se han vuelto arcaicas e inservibles.

—Pues tus ideas no parecen haber dado buenos resultados para tus seguidores. De lo contrario habrían evolucionado rápidamente y no estaría viviendo en la oscuridad y las sombras. —Respondí.

No era mi intención iniciar una disputa con este caballero, ya que, Claud se había encargado de prepararme para una posible guerra de comentarios. Yo me comporte incisiva y directa, no estaba dispuesta a dejar intimidarme por este hombre, ya que, todo en este encuentro estaba a mi favor y la balanza se inclinaba claramente, dándome la ventaja. No podía negar que sentía cierto miedo al hablar con él, ya que, la maldad se respiraba en el lugar cuando él se encontraba cerca.

A pesar de su aspecto sombrío y oscuro, Lucía muy atractivo e intrigante, algo que captó mi atención durante unos pocos minutos. Este era el efecto del que me había hablado Claud, por lo que, fue precisamente mi guerrero de confianza quien evitó que sucumbiera ante los continuos intentos de Karis de persuadirme para que le cediera la mitad del territorio.

Asumiendo que simplemente les correspondían las mismas riquezas y beneficios de la monarquía, y su intención por repartir equitativamente entre los habitantes, era lo que lo mantenía disgustado. Todo era parte de un plan lleno de mentiras y falsedad, ya que, está muy lejos de estar interesado en proporcionarle esta igualdad al reino.

Utilizaban este discurso para poder apropiarse de los recursos y riquezas, y los únicos que se verían beneficiados de esto serían ellos. Yo, había terminado mi reunión con él de una manera muy diplomática, pero su inconformidad fue evidente, y tras aquel encuentro, sabía que habría efectos colaterales muy pronto.

Karis abandonó la sala sin ningún resultado en sus intentos de manipularme, y la frustración podía verse a flor de piel. La forma en que me miraba irradiaba deseo, y esto de alguna otra forma me incomodó en un par de oportunidades. Yo era completamente diferente a cualquier mujer que hubiese visto antes, eso era evidente, yo venía de la ciudad de Nueva York y era

sofisticada y refinada, algo que no se encontraba en el reino de Briomir.

Al parecer, estas mismas características habían llamado la atención también de Claud, y en varias oportunidades lo había capturado observando mi escote o se quedaba perdido entre mis labios y mi mirada. Era un hombre difícil de evadir, ya que, su atractivo cada vez se hacía mucho más notable cuando compartíamos las sesiones de combate o en las caminatas para conocer el reino.

Se encontraba justo a mí la mayoría del tiempo, era mi protección, mi sombra, y cuando no estaba conmigo, había comenzado a extrañarlo. Tantas interacciones y la complicidad existente entre nosotros, comenzó a gestar ciertas sensaciones que ni yo misma podía controlar.

Roces entre nuestras pieles, contactos inocentes e interacciones llenas de picardía, hicieron comenzar a pensar en una posibilidad de involucrarme con este hombre, el cual estaba lleno de una virilidad y masculinidad que jamás conseguiría en la ciudad.

Era un hombre rudo, fuerte, masculino, pero a la vez respetuoso. Me cuidaba, me protegía y me trataba como una dama, su princesa.

Para Claud sería completamente absurdo pensar en involucrarse con la princesa del reino, pero para mí, que no existían estas limitaciones, era mucho más fácil de visualizar. En Briomir se tenía un concepto sólido acerca de lo que era la monarquía y los pobladores, y él, siendo un simple guerrero no podía verse involucrado conmigo.

Debo confesar que en múltiples oportunidades tuve algunos sueños en los que se encontraba involucrado Claud. Y era imposible de evitar, ya que, lo había visto en múltiples oportunidades mientras paseaba algunos de los caballos pertenecientes a la orden Real.

Era muy excitante verlo desde mi ventana, ya que, se encontraba únicamente llevándose pantalón y sus botas, se quitaba la camisa y podía visualizar su pecho formado, abdomen perfecto y espalda ancha.

Tenía unos brazos de acero, los cuales me llenaban de un enorme deseo de ser abrazada por él. Quería sentirme protegida, cuidada y blindada por aquellos bíceps de piedra, producto de duras horas de entrenamiento y esfuerzo físico. Su cabello rubio se mojaba con el sudor periódicamente, algo que me mataba enormemente y lo veía con mucho deseo, quería conocer que había más allá de aquel pantalón que cubría su zona genital.

La curiosidad me estaba matando, y tenía que hacer un esfuerzo para llenarme de voluntad para poder quitarme de la ventana y enfocar mi mente

hacia otra dirección. El sentimiento era tan incontrolable y el deseo se estaba haciendo tan insoportable, que dejé que mis manos se dirigieran hacia la mi zona genital mientras lo observaba.

Confieso que me había masturbado en estas dos oportunidades sin haber logrado conseguir el orgasmo, ya que, era interrumpida por algunos de mis sirvientes que constantemente verificaban que yo me encontrara bien.

No entendía muy bien porque se preocupan tanto por mi bienestar, ya que, hasta ese momento todo había sido tranquilo. Pero pronto comprendería cuáles eran las razones para la constante verificación de mi bienestar, ya que, Briomir estaba plagado de traidores y hombres sedientos de sexo, ya que, las mujeres del reino parecían haberse descuidado enormemente y habían perdido interés en ellas.

La feminidad que había en mí era natural, sin poder evitarlo, despertaba en muchos hombres de aquel reino un enorme deseo que ni yo misma sabía la razón del por qué.

Mi resistencia ante los encantos de Claud se estaba siendo mucho más débil, en cada oportunidad que lo veía, notaba un elemento de su encanto que me impulsaba a comportarme de una forma incorrecta. Yo era la princesa, su princesa, y no podía tentarlo a comportarse de una manera errática y obligarlo a romper las reglas que habían estado establecidas durante siglos.

Cualquiera que descubriera que Claud se había vinculado con la princesa, correría el rumor rápidamente y esto generaría un efecto catastrófico. Los poderes eran establecidos de manera transparente, por lo que, el vínculo entre la monarquía y un poblador, podría verse una complicidad que no se podía tolerar. Pero estas eran reglas con las que yo no había crecido, y mi cuerpo y mi organismo estaban comenzando a controlarme sin que yo pudiese hacer absolutamente nada.

El deseo me consumía y con solo estar en la misma habitación con Claud, me tentaba el deseo ardiente de arrancarle sus vestiduras y morder la piel de su pecho y abdomen, la cual tantas veces había admirado desde mi ventana. El reloj de arena corría, y a mi vida se estaban acercando dos hechos cruciales que marcarían parte de la historia del futuro de Briomir.

Yo llegué a pensar que me encontraba completamente sola en medio de aquella tormenta deseos y sensaciones, pero nunca había estado más equivocada, y dos suaves golpes en la puerta de mi habitación durante una noche, sirvieron para demostrarme que alguien estaba dispuesto a romper las reglas de una manera absoluta con tal de descubrir que lo que existía en su

interior le hablaba de un sentimiento recíproco e intenso.

Salí de mi cama con mucha precaución, y aunque el toque en la puerta había sido bastante tenue, estaba segura de que al otro lado de la puerta de madera se encontraba alguien. Caminé descalza con mucho cuidado, giré el picaporte y allí estaba de pie la razón de mis sueños húmedos

VI

—Lamento haber venido de una forma tan inesperada. Escuché algunos ruidos y necesitaba verificar que todo estuviese bien. —Dijo él.

Ni por un instante me creí esa historia que me había dicho, en sus ojos podía verse cierto nerviosismo que era evidencia de que estaba allí con intenciones que iban mucho más allá de verificar que yo estuviese bien. Pero venía de la ciudad de Nueva York, un lugar poblado de hombres listos para coquetear y conseguir llevarte a la cama en cualquier momento, por lo que, decidí seguirle el juego.

—En realidad yo también he escuchado algunos sonidos extraños, creo que provienen de la terraza de mi ventana. ¿Te importaría verificar?

Entró, y después de haber dado algunos pasos dentro de mi habitación, me decidí a cerrar la puerta. Puse el seguro y caminé detrás de él directamente hacia la ventana. Sabía perfectamente que todo se trataba de un truco, y yo lo estaba llevando directamente hacia mi trampa. Claud verificó que la ventana se encontraba cerrada, yo observó a través de ella para garantizar mi seguridad.

Se veía muy inseguro, caso contrario a la mayoría de las veces que habíamos estado juntos en el mismo lugar. Al parecer, tenía algunas inquietudes que necesitaba tranquilizar aquella noche, y la única persona que estaba preparada para poder calmar esa ansiedad era yo.

—¿Todo en orden? —Pregunté.

—Sí, todo está bien. Volveré a mi habitación.

Cuando se dirigió hacia la puerta, decidí esperar a que él mismo se diera cuenta de que la había asegurado para que no entrara absolutamente nadie. Su intento fallido por abandonar el lugar, lo obligó a darse media vuelta y verme fijamente. Nuevamente, esa complicidad existente entre Claud y yo, se hizo presente, llevándome directamente a saltar hacia sus brazos en ese preciso instante.

Estaba cansada de evadir lo que sentía por él y reprimir toda la cantidad de deseos que despertaba este ardiente caballero en mí. Era todo un semental, un hombre ardiente, sensual y masculino que estaba a mi alcance en todo momento, pero, las reglas de aquel reino me impedían degustarlo y disfrutar de su cuerpo. Era muy tarde en la noche, posiblemente, todos ya estarían durmiendo en ese preciso instante.

Claud no había ido a mi habitación con otra finalidad que tentar la suerte, y yo había facilitado enormemente que esta se pusiera a su favor, ya que, yo también deseaba exactamente lo mismo con él. Mientras yo besaba sus labios, sentía como sus manos acariciar mi espalda y me tocaban de una forma firme pero muy gentil. Comenzó a quitar mi vestido de una manera ansiosa y desesperada, como que si se quisiera revelar mi desnudez de una vez por todas.

Yo, intentando mantener el control de la situación, me dije hacia atrás para pensar las cosas con un poco más detenimiento por un par de segundos. Al ver a este hombre excitado frente a mí, no dudé en liberarme de aquel vestido en ese preciso instante. Liberé los tirantes que lo aseguran a mis hombros y lo dejé caer al suelo. Le mostré mi cuerpo completamente desnudo, como Dios me había traído al mundo, mientras él, casi con su mandíbula en el suelo, simplemente podía admirarme y contemplar mi cuerpo una y otra vez sin decir una sola palabra.

Al parecer, le había robado completamente el aliento, ya que, no era capaz de pronunciar una sola palabra y simplemente estaba parado allí con sus manos a un lado de su cuerpo y petrificado. Entonces tuve que tomar el control yo y caminé hacia él, tomé sus muñecas y puse sus manos sobre mis pechos.

—Acarícialos. No sientas miedo. —Dije.

Los presionó con mucha suavidad y mucha sutileza, mientras su pulgar generaba masajes circulares en mis pezones endureciéndolos a los pocos segundos. Estaba excitada, con respiración acelerada y la transpiración comenzó a hacerse presente en varias zonas de mi cuerpo, pero con más intensidad en mis manos.

Mientras acariciaba mis senos, sentía como sus robustas manos me tocaban, yo era como una delicada pluma entre las manos de un corpulento oso, ya que, justo a su lado me veía como un pequeño hámster.

Él era un guerrero desde que había nacido, corpulento, fuerte, con una contextura intimidante, algo desconocido para mí y para cualquier mujer de Nueva York, ya que, estaba acostumbrada a ver a hombres de oficina, empresarios y ejecutivos que utilizaban su dinero y lujos para poder enamorar a las mujeres, este hombre podía conquistarme simplemente con su sensualidad y aspecto ardiente y masculino.

Había perdido completamente el control de mí misma, quería entregarme a él, que me penetrara, que me hiciera suya y me convirtiera en su objeto sexual, ya que, era un hombre soñado que nunca volvería a encontrar.

Sentí como su lengua lamía mi cuello, y posteriormente, se introdujo dentro de mi oído. Esta sensación me genera una gran cantidad de cosquillas, pero no quise arruinar el momento.

Sus manos se pasearon desde mis pechos hasta mi abdomen se posaron en mis glúteos, sentí como los apretó fuertemente y me pegó a su cuerpo. Sentí su pene erecto, era grande, grueso y tenía una enorme curiosidad por conocer su color, forma y sabor.

Lo sorprendí al ponerme de rodillas y bajar lentamente su pantalón. Y allí estaba, aquel trozo de carne deliciosa justo frente a mí, tenía dimensiones mucho más grandes de las que había soportado en el pasado, pero esto no me intimidó y lo introduje directamente en mi boca.

Lo saboreé por unos segundos y pude degustar una creación de los dioses, comencé a estimularlo y escupí sobre él para lubricarlo. Lo metí tan profundo como pude en mi garganta, pero esto me generó unas náuseas terribles. Había sido una mala idea intentar esto, ya que, antes no había experimentado con esto.

Pero era algo que me superaba, quería tragarlo completamente, porque era un sabor espectacular y el rostro de este hombre al recibir tales dosis de placer, me incitan a hacerlo de un modo mucho más arriesgado. Sostenía mi cabeza con sutileza, pero yo quería ser tratada como una sumisa. Él era un hombre guerrero, acostumbrado a la agresividad y el salvajismo, y sus intentos de tratarme como una chica frágil me hicieron estar fuera de lugar por unos segundos.

Tuve que sacar aquel hermoso pene de mi boca y aclararle como debían ser las reglas en nuestro encuentro.

—No soy una chica débil y frágil. Trátame como estás acostumbrado a tratar a las pobladoras de este lugar. Sé que has follado a decenas, hazme sentir como ellas.

Esto pareció despertar el lado más salvaje de Claud, quien me tomó de la mano y me hizo ponerme de pie. De un solo golpe, me tomó de la cintura y me cargó hasta llevar mi vagina hasta la altura de su boca. Crucé mis piernas alrededor de su cuello, mientras él lamía mi clítoris de una manera salvaje.

Tenía una fuerza increíble, por lo que, no entendía como me había podido levantar de una manera tan sencilla. Su lengua chocaba contra mis terminaciones nerviosas y me hacía explotar con cada contacto. Comenzó a penetrarme con su lengua y allí comencé a conocer lo que era el verdadero paraíso. Me estaba dando un placer incomparable, y mientras yo me

encontraba allí, en las alturas en medio de aquella habitación, me sostenía a su cabeza para evitar caer.

Su barba estaba completamente repleta de mis fluidos, y su lengua salía una y otra vez de su boca para penetrarme hasta lo más profundo según su capacidad. Me lamía como si estuviese degustando un postre, me penetraba con fuerza utilizando únicamente su lengua, la cual tenía unas destrezas incomparables. Sus manos sujetaban mis nalgas con mucha fuerza, construyendo una especie de silla para que me sintiera cómoda y estable.

Yo no quería moverme demasiado para no perder el equilibrio y caer al suelo, por lo que, dejaba que él hiciera absolutamente todo el trabajo mientras yo, muy obediente, disfrutaba del estímulo que me estaba proporcionando este hermoso guerrero. Evitábamos en la medida de lo posible no hacer ningún ruido, ya que, el castillo estaba completamente silencioso y solamente éramos nosotros dos quienes aún quedamos despiertos.

Me movía levemente solo para colaborar con la fricción entre la lengua de Claud y mi clítoris, y después experimentar un orgasmo húmedo, intenso e incomparable, me dejó bajar de aquel lugar.

Me desplomé en la cama, y él se puso justo al lado de ella para que yo comenzara a succionar nuevamente su pene. Mientras lo hacía, él introdujo dos de sus dedos en lo más profundo de mí, comenzó a penetrarme rápidamente con una violencia incomparable.

Finalmente me estaba tratando como esas mujeres de aquel lugar, las cuales parecían conocer un placer que yo desconocía absolutamente. Yo degustaba aquel enorme pene, lo devoraba con la intención de extraer hasta la última gota de semen desde lo más profundo de este guerrero, quien, tras pasar algunos segundos, me hizo conseguir mi segundo orgasmo de una manera sorpresiva.

Era la primera vez que me corría dos veces en un mismo encuentro por lo que, esto abrió mi mente a un universo de posibilidades y seguramente llegaría a un tercer orgasmo en cualquier momento, ya que, aquel encuentro apenas comenzaba. Yo intentaba hacer lo mismo, quería sacarle todos los fluidos, degustar su semen y tragarlo, ya que, sabía que esto le generaría un placer absoluto.

Él era un hombre duro difícil de complacer, por lo que, decidí acostarme en la cama y traerlo sobre mí, se posó en la posición correcta y comenzó a penetrarme, me embestía con una fuerza tal que me proporcionó un placer que lo único que me provocaba era unas ganas increíbles de gritar. No era dolor,

era el más puro y único placer que me está proporcionando aquel guerrero.

Me sujetaba a su cabello y lo tiraba con fuerza. Esto parecía gustarle, ya que, cuando lo hacía, me penetraba con mucha más fuerza y apretaba mis muslos con una Intensidad increíble, mientras movía su cintura para adentrarse en mí y salir una y otra vez. Quería complacerme, y vaya que lo estaba logrando, porque en menos de 15 minutos, tuve mi tercer orgasmo.

Estaba a punto de volverme loca de placer, ya que nunca antes en el pasado un hombre me había proporcionado tales niveles de complacencia durante el acto sexual. Estaba acostumbrada a un orgasmo simple básico, vestirme e irme a casa, pero con este hombre, parecía no tener fin. Por momentos, me arrepentía de haber iniciado aquella llama, ya que, sentía que no me quedaba ninguna gota de energía para continuar.

Pero cuando pensaba que no existía más aliento para seguir adelante, Claud parecía tocar el punto exacto en mí y me hacía explotar en placer y sensaciones una vez más. Sentí como su miembro inmundo todo mi interior con su semen, se había corrido dentro de mí y de una manera brutal, ya que, cuando lo extrajo, una gran cantidad de semen fue expulsado de lo más interior de mi cavidad vaginal.

Yo mantenía mis piernas abiertas, y el ruido emanaba de forma masiva. Él aún masturbaba su miembro frente a mí, intentando crear la irrigación sanguínea suficiente como para mantenerlo erecto.

Yo estaba agotada, pero quería más de aquel acto, ya que, aquel guerrero me había demostrado lo que era ser una verdadera mujer. Pero era mi oportunidad de tomar el control nuevamente, por lo que, me encimé hacia él y comencé a cabalgarlo antes de que pudiera recuperarse.

Su miembro había comenzado ponerse flácido, pero ese era parte de mi reto, devolverle la dureza a ese trozo de carne delicioso que me había proporcionado aquella cantidad de placeres sin precedentes.

Movía mis caderas una manera salvaje, recordaba el baile de las latinoamericanas e intentaba emularlo, ya que, sabía que esto iba a enloquecerlo. Me movía en forma circular, intentando estimularlo al máximo, y esto finalmente comenzó a dar resultados, ya que, podía a comenzar a sentirlo duro nuevamente en mi interior.

Estaba al máximo su capacidad, y listo para continuar embistiéndome. Me movía con tanta fuerza y tanta violencia que sentía que partiría su miembro en dos, él estaba en medio de un trance de erotismo y lujuria, así que, esto no parecía importarle. Me daba de nalgadas periódicamente, y esto me hace

sentir como una yegua salvaje que debía aumentar su velocidad en las penetraciones. Mi única misión era complacerlo, y así lo hice.

Incrusté mis colmillos en su cuello mientras él apretaba con fuerza mis pechos, no era posible que yo estuviera tan cerca de un nuevo orgasmo, ya que, pensé que esto era físicamente imposible. Exploté una vez más y mis piernas se cerraron con mucha fuerza ante espasmos involuntarios que no conocía. Claud seguía penetrándome, con más y más fuerza, mientras yo me corrí de una manera inminente.

Tuve que poner la mano en mi boca para tapar los gemidos, algo que él interrumpió instantáneamente. Me tomó de la mano y me permitió gritar sin limitaciones, y aunque sabía que esto despertaría a la atención de algunos, durante esos segundos, no me importó. Habíamos violado más reglas de las que yo podía contar, y aunque esto parecía excitante, la forma en que se manejaban las cosas en el reino no eran igual que Nueva York.

Quizá para mí simplemente se trataba de una noche de sexo casual, pero, las leyes de Briomir, dictaminaban que un encuentro sexual debía dirigir hacia un compromiso. Esto no era precisamente lo que buscaba Claud, quien, al verse involucrado con una princesa, debía enfrentar ciertas consecuencias que lo llevarían directamente a la ejecución.

Ambos nos habíamos dejado llevar por nuestros impulsos, pero esto generaría consecuencias graves que tarde o temprano tendríamos que afrontar. Pero, mientras esto se llevaba a cabo, yo prefería disfrutar del momento y desentenderme de todo, me encontraba en los brazos de un hombre fuerte, sexy, y un amante excepcional, y en realidad en lo único que podía pensar en esos instantes era en una próxima oportunidad para que repitiéramos algo similar a lo que habíamos experimentado aquella noche.

Claud salió de la cama sin que yo me diera cuenta, pues me había quedado profundamente dormida. Al llegar la mañana, me sentía completamente renovada, era como si mi espíritu se hubiese alimentado de lo que me había provisto ese hombre tan espectacular, quien me llenó de placer y me había dejado su olor masculino impregnado en mi piel.

Pero se había cometido un error garrafal, ya que, el hombre más atento y precavido del reino había bajado la guardia y esto dejaría como consecuencia que los espías de la rebelión logaran internarse al castillo. Estaban siempre atentos a una baja en la defensa, por lo que, al notar la ausencia de Claud, lograron infiltrarse en el castillo.

Horas más tarde, un revuelo se llevaba a cabo en las calles, y aunque no

entendía que pasaba, algo me anunciaba el comienzo de un periodo oscuro y trágico para Briomir.

VII

Karis había enviado a sus hombres a buscar información que pudiera comprometer la fidelidad o transparencia de mis actos. Cualquier error que hubiese cometido, le habría dado herramientas a este hombre para poder iniciar una rebelión o poner en tela de juicio mis capacidades para dirigir aquel lugar. Aunque inicialmente yo había pensado en una visita temporal, de forma drástica mis planes habían cambiado.

Absolutamente nadie sabía en donde me encontraba, por lo que, posiblemente pensarían que me habían asesinado, secuestrado alguna red de extorsión o simplemente había escapado del mundo.

Nadie se imaginaría que yo me encontraba dirigiendo un reino en el cual, la tensión y la paz y van de la mano cada día. Los hombres de Karis habían permanecido trepados en los árboles durante toda la noche, visualizando a través de la ventana de mi habitación todo el acto que yo había mantenido con Claud.

Esto, le daba las herramientas perfectas para poder sembrar la semilla de la duda en el pueblo. Mi reputación se iría al suelo, ya que, al mantener una relación carnal con uno de los soldados, se podría interpretar rápidamente como una especie de conspiración en contra del clan Agragón. La información con la que contaban aquellos espías, llegó a oídos de Karis, quien inició su estrategia para desestabilizar el reino.

Solo unas pocas horas fueron suficientes para que pudiera sembrar la discordia y el miedo entre los habitantes, ya que, les había asegurado que yo planeaba una devastación en conjunto con uno de los guardias reales más letales del lugar. Evidentemente, esto era una completa mentira, pero al asegurar que yo había mantenido relaciones sexuales con este hombre desde que había llegado al lugar, posiblemente pocos creerían mis palabras.

Aquella mañana intenté salir del castillo a dar un paseo por las caminerías y aquellos hermosos bosques verdes que poblaban el lugar. Dos guardias me impidieron salir, ya que, la situación en las calles no era la mejor.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué se me prohíbe la salida del castillo? —Pregunté.

—Los pobladores están un poco alterados. El clan Agragón se ha hecho con las calles y están empezando la rebelión.

Hasta ese punto, no sabía hasta donde se podía llegar y cuáles serían las consecuencias de esto, era la primera vez que me veía involucrada en una

situación así, por lo que, guardé silencio y decidí volver a mi habitación. Desde mi ventana, podía visualizar perfectamente algunas de las calles del lugar, podía ver como muchos habitantes del pueblo se encontraban en las calles armados con lanzas y armas cortantes, el pánico se adueñó de mí.

Necesitaba saber dónde estaba Claud, ya que, no me había topado con él durante toda la mañana. No tenía la menor idea hasta ese momento de que todo el caos que se estaba generando en las calles giraba en torno a mí, por lo que, decidí recostarme y descansar hasta que me fuese notificado cuál era el próximo paso a seguir. Yo era la princesa de aquel lugar, y necesitaba conocer cada uno de los detalles de lo que ocurría.

Mi puerta sonó fuertemente y de una manera desesperada, ante lo que respondí de manera inmediata. Imaginé que se trataba de Claud, por lo que, corrí hasta la puerta y quité el seguro al picaporte. Al abrir, me encontré con uno de mis sirvientes, quien me indicó una de las noticias más desesperantes que jamás me habían dado.

—Claud está en El óvalo, está siendo juzgado por traición al reino. Tienes que ayudarlo. —Dijo.

Se había dirigido a mí de una forma desesperada, implorando ayuda, y yo, no tenía la menor idea de que era El Óvalo, solo recordé mis notas. Había escuchado nombrar este lugar en múltiples ocasiones, pero en realidad no tenía conocimiento de qué se hacía allí realmente.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué le pasará? Llévame allá. —Dije.

El sirviente corrió rápidamente por el pasillo mientras yo intentaba seguir su paso. Me explicaba lo que ocurría de forma muy superficial, el resto debía entenderlo yo por mis propios medios. Descendimos las escaleras, atravesamos un enorme corredor que nos llevó a un gran pasadizo. Al parecer, no era necesario salir del castillo para llegar a El Óvalo, o al menos eso era lo que yo pensaba.

Se trataba de corredores y pasadizos secretos a los que nadie debía tener acceso, solo yo. Finalmente, llegamos a un gran salón con una forma oval, lo que le daba su nombre. Allí, se habían congregado una gran cantidad de personas y en el centro de este lugar, se veía una gran arena.

Era como una plaza de toros, o al menos eso era lo más parecido que había visto en persona. Quizás en alguna película, de esas antiguas romanas, había visto algo similar, algo como un Coliseo, donde los gladiadores peleaban por sus vidas.

Esta fue la primera imagen que se me vino a la mente, aunque me vi

interrumpida rápidamente por el sirviente, que me indicó el camino una vez más. Corrimos directamente hacia la parte trasera de aquel óvalo, en donde un grupo de hombres, detrás de una gran mesa, juzgaba directamente a Claud. Entre los presentes en aquel lugar, pude visualizar a Karis, quien parecía estar muy contento con la situación.

Había logrado poner en duda la reputación de Claud, y esto, era bastante peligroso para el reino. Aunque se desempeñaba como un simple soldado, el equilibrio moral y la protección de aquel lugar, reposaba directamente sobre los hombros de este guerrero, ya que, era admirado y respetado por todos y cada uno de los habitantes de Briomir. Yo, como responsable de lo que había ocurrido aquella noche, debía intervenir por él, y asegurar que no había sido su culpa, y que yo había generado lo que ellos llamaban “una traición”.

Esto no era un simple chisme de oficina o un rumor que se había corrido en el edificio donde vivía. Se trataba de un tema bastante delicado donde la vida estaba en peligro. Claud podría ser juzgado y condenado a muerte en caso de que se demostrará la realidad de la tradición. Yo, sin conocer realmente las leyes del reino, me arriesgué a interrumpir aquella sesión.

—¿Cómo se atreven a elaborar un juicio en contra de Claud sin mi presencia?

Todos se vieron los rostros y se mostraron sorprendidos al verme entrar de manera sorpresiva. Parecía algo que se estaba llevando a cabo de manera clandestina, y eso me dio entender que el reino estaba poblado de traidores y sujetos con intereses que iban en contra del bienestar del lugar.

Todos hicieron una reverencia de manera instantánea, lo que me demostró que aún yo tenía el control y el poder de aquel lugar, lo que me dio cierta tranquilidad y confianza para seguir adelante con mi plan de sacar a Claud de aquel inconveniente.

—¿De qué se le acusa a Claud? Es uno de mis guerreros de confianza. No hay razones para pensar que es un traidor.

—¿Fornicas con él y eres capaz de negarlo ante todos nosotros? —Dijo Karis.

No pude evitar sentir una enorme vergüenza y ponerme nerviosa, ya que, me habían puesto en evidencia ante una gran cantidad de hombres y yo, era la única mujer en aquella sala. A las afueras de aquel salón, todos esperaban enardecidos alrededor de aquella gran arena, no sabía lo que estaba por ocurrir, pero sabía perfectamente que algo bueno no irá.

—¿Quién te has creído para acusarme de esa forma? El único traidor en el

reino de Briomir eres tú. —Dije directamente a Karis.

Claud no podía pronunciar una sola palabra hasta que se le se diera el permiso, y yo, la máxima autoridad, era la persona ideal para concedérselo.

—Claud tiene todo el derecho de defenderse, y así será. Justo ahora vendrá conmigo y todo este desastre y drama terminará justo ahora.

—Creo que no será tan simple... —Dijo Claud.

Sus palabras me confundieron, ya que, estaba jugándomelo todo para intentar defenderlo. Él, parecía estar en contra de lo que yo estaba haciendo, y, aunque intentaba salir para su vida, él se había negado rotundamente.

—He sido retado a duelo. Y no puedo rehusarme. —Dijo Claud.

—¿Duelo? ¿De qué se trata todo esto?

Karis interrumpió.

—Claud y yo entraremos a la arena. Lo he retado a un duelo a muerte con la intención de determinar quién es el más fuerte y quien merece realmente ser el líder de la orden real. —Dijo Karis.

Lo observé por un segundo y dirigí mi mirada hacia los ojos de Claud. Se veía confiado, seguro, y listo para ingresar a la arena a combatir por su honor. El juicio que se llevaba a cabo en aquel salón, era para determinar las reglas y los parámetros de aquel combate. Si se negaba, sería condenado a muerte, y si entraba a la arena, también corría un enorme peligro ante la posibilidad de morir allí.

Las palabras de aquellos jóvenes traidores contra la mía, parecían pesar más ante aquel comité fraudulento que solo quería eliminar del camino a Claud. Yo conocía las capacidades de pelea y las fortalezas de mi guerrero de confianza, pero sentí un miedo increíble ante la posibilidad de que muriera a manos de Karis en aquel lugar.

Sabía perfectamente que era un traidor, un tramposo, y que conseguiría la forma de alguna otra manera de ganar aquella contienda. Todos los pobladores se encontraban en El Óvalo enardecidos y emocionados ante la posibilidad de ver correr la sangre de algunos de los guerreros. Cuando estos combates se llevan a cabo, la violencia, la brutalidad y el salvajismo se veían de manifiesto al combinarse con la técnica de combate y destrezas.

No sabía si estaba preparada para esto, pero debía confiar plenamente en Claud, ya que, en caso de que ganaran Karis, posiblemente hasta mi vida estaría en riesgo. Yo no podía interponerme entre los objetivos de Claud de defender su honor y su vida.

Ya todo estaba completamente dicho, los preparativos para el combate

debían iniciar. Traté de persuadir a Claud en secreto para que evitara aquella pelea y huyéramos de aquel lugar. Yo podía darle acceso a una vida completamente diferente a la que estaba acostumbrada, pero él necesitaba demostrar que era superior en múltiples aspectos Karis.

—Tu terquedad hará que te maten. Por favor, vayamos de aquí y dejemos todo esto atrás.

—Eres la princesa de Briomir. No puedes sentir miedo ni cobardía, no deseches todas las enseñanzas que he intentado proporcionarte. Confía en mí, si los dioses quieren que gane este combate, así será.

Sentí unas ganas increíbles de aferrarme a sus brazos y no dejarlo ir, pero, como princesa de aquel lugar debía mantener una actitud sobria y sólida. Dos guerreros tomaron a Claud de sus brazos y, mientras iba encadenado de muñecas y pies, fue llevado directamente a una especie de calabozo.

Lo estaban tratando de una manera terrible, y, el hombre equivocado, quien estaba sembrando el odio y el rencor en las calles, se encontraba libre y siendo ovacionado por aquel comité que le agradecía por haber revelado una verdad nefasta.

Para ellos, el hecho de que yo me hubiese involucrado con un guerrero, convertía a este hombre en un héroe por haber revelado finalmente mis actos. No podían juzgarme a mí, yo era la princesa, por mis venas corría la sangre real, pero al quitar del medio al posible traidor, yo debía enfocarme nuevamente en dirigir el reino de manera efectiva.

Había un grave peligro ante la posibilidad de que Karis se internara en la orden real, ya que, una vez adentro, comenzaría a podrir absolutamente todo el sistema, logrando desestabilizarlo desde su interior para lograr sus antiguos en un futuro.

Su clan había sido desterrado por traición, y ahora, había el riesgo y la enorme posibilidad de que pronto volviera a reinsertarse en las calles del reino. Este clan estaba lleno de matones, violadores, hombres sin ningún tipo de escrúpulos que fácilmente terminarían con en el lugar. Mis ancestros habían tomado las decisiones correctas al desterrarlos y Karis había crecido en medio todo aquel odio hacia mi familia.

Pero, aquel odio también se veía acompañado por una gran cantidad de deseo carnal que podía respirar en el ambiente. La forma en que me miraba y me detallaba, era evidente que quería tenerme, y quizá, esto había sido lo que había detonado su ira más brutal. Había sentido celos, ya que, Claud siempre lo había superado en todo, y esto era una prueba que también era superior a él.

Podía tenerme a mí, y yo me había entregado a él de forma voluntaria, algo que jamás haría con Karis.

Se suponía que mi llegada al reino debía simbolizar unión y tranquilidad, pero, por el contrario, había generado una desestabilización absoluta y discordia en las calles. Esto, quizás era necesario para que nuevamente volviera el equilibrio. Necesitaban pasar por un periodo de caos y tormenta para volver otra vez a la paz y tranquilidad. Yo había llegado convertirme en ese detonante que finalmente pondría las cosas donde debían estar.

Nadie podía garantizar que yo ganaría la contienda a través de Claud, ya que, Karis había pasado cada día de su vida entrenando y preparándose para ese momento. Se había aliado con hechiceros oscuros, quienes veían su futuro y lo preparaban para este combate de forma constante. Se veía la maldad en su ojo, irradiaba rencor, envidia y una gran cantidad de sentimientos y hasta cierto punto me llegaba a intimidar.

Sentía miedo por Claud, pero debía confiar en él y proporcionar en sus manos toda la esperanza de salvar al pueblo de Briomir. Fui acompañada por dos guardias reales a un palco especial donde vería de forma privilegiada el combate. Mis ojos no estaban listos para ver este tipo de contienda, ya que, posiblemente vería morir al mismo hombre que la noche anterior me hacía el amor de una manera tan magnífica.

Yo sentía algo muy especial por Claud, y saber que su vida estaba en riesgo, me había generado un estado de ansiedad increíble. Sentía mareos, un fuerte dolor de cabeza y unas náuseas que no podía controlar. No sé cómo pude mantenerme sentada en aquel lugar durante todo ese tiempo de espera previo al combate.

Vi como un hombre, a lo alto de una gran torre hizo sonar un enorme cuerno que anunciaba el inicio de aquel evento tan ovacionado por todos. No entendía cómo es que todos sentían una sed tan intensa por ver la sangre correr. De pronto, comenzaba a comprender las razones de porque mis antepasados habían abandonado aquel lugar de forma tan drástica.

Estaban contaminados de odio y amaban la violencia. Esa paz y tranquilidad que respiraba tras mi llegada era solo un manto muy frágil y delgado que cubría la verdadera personalidad de los habitantes de Briomir. Yo, aunque lleva la sangre real y genuina de aquellas tierras, no me sentía así.

En ese preciso instante, me arrepentí de haber indagado en algo que se me había ocultado con toda razón.

VIII

El combate había dado inicio, y yo veía con ojos llorosos a Claud, quien sostenía en su mano una gran espada y con la otra un escudo de acero. Su posición defensiva me hacía recordar instantáneamente aquellas sesiones de entrenamiento en las cuales me indicaba cada uno de los pasos a seguir para convertirme en una guerrera. Por otra parte, Karis caminaba hacia él llevando una espada y un escudo también.

Su arrogancia y prepotencia habían llevado a tirar su escudo a un lado, haciendo alarde de que era mucho mejor guerrero que Claud. No necesitaba defensa, ya que, estaba completamente dispuesto a asesinar a su contrario en muy poco tiempo. Los ataques habían comenzado, y entre gritos y algarabía, el espectáculo estaba dando buenos resultados para la audiencia. Yo parecía ser la única sorprendida en aquel lugar al temer por la vida de Claud.

Las embestidas de la espada de Karis, golpeaban fuertemente contra el escudo de Claud, quien solo parecía defenderse y no estaba dispuesto a atacar. Esto me preocupa enormemente, ya que, pensé que no se encontraba en condiciones físicas o mentales para una pelea.

No quería verlo morir, la primera razón de esto era porque posiblemente no encontraría un hombre tan especial como él en otro lugar, y adicionalmente, si el perdía la batalla, mi vida también estaría en riesgo.

Ambos nos habíamos metido en una situación muy complicada por no controlar nuestros instintos, y yo, no podía hacer absolutamente nada para cambiarlo. Me encontraba allí imposibilitada para poder auxiliarlo, algo que me despertaba una gran cantidad de desesperación y ansiedad. Y la maestría de la espada de Karis, era bastante intimidante, por lo que, veía como Claud retrocedía constantemente para poder reafirmar su posición.

Al poco tiempo de ver el combate, comprendí rápidamente que la estrategia de Claud era simplemente la observación, el análisis y permitir que Karis se agotara. No era fácil resistir tantos ataques continuos por parte de un hombre tan fuerte como este, quien irradiaba una gran cantidad de rencor y odio hacia Claud.

Caminaba por toda la arena, dando pasos seguros hacia atrás mientras la espada golpeaba la superficie del escudo generando una gran cantidad de chispas en cada oportunidad.

Esta espada que llevaba Karis en su mano parecía ser forjada por los

mismos dioses, ya que, se veía sólida, irrompible y certera.

—¡Deja de retroceder, cobarde! ¡Atácame! —Gritaba Karis continuamente.

Si hubiese tenido que evaluar en ese preciso instante cuál era el posible ganador, debía inclinarme sin dudarlo por Karis, ya que, se mostraba decidido y despiadado. En aquel tipo de combates, la piedad y la conciencia no podían estar presentes, ya que, era una batalla de vida o muerte, por lo que, el perdón y la piedad podían jugar en contra de manera muy drástica.

Me mantuve atenta a cada uno de los movimientos, pero no podía evitar cerrar mis ojos en cada oportunidad que asumía que la espada de Karis generaría una herida en el cuerpo de Claud.

No podía mencionar una sola palabra, ya que, estaba completamente impactada ante la cantidad de violencia que se respiraba en aquel lugar. No solo había hostilidad en la arena, sino en las gradas que estaban pobladas de gente necesitada de sangre y muerte.

Hubiese querido tener entre mis manos un planeador o algún helicóptero tomar a Claud y sacarlo de allí para volver a Nueva York, pero yo misma había tenido a iniciativa de adentrarme en ese mundo desconocido para mí, por lo que, debía afrontar las consecuencias de mi irresponsabilidad y deseos carnales.

En mi antigua vida, una noche de sexo casual simplemente habría terminado en la ausencia de llamadas o simplemente una leve depresión, pero en este reino, las cosas se manejan de manera distinta.

Yo me sentía enormemente orgullosa de mi encuentro con Claud, y, no cambiaría aquellas experiencias que me hizo vivir por nada del mundo. Y a pesar de que sabía que no estaba feliz con las consecuencias, sé que Claud pensaba de la misma forma.

Estaba segura de que lo que había obtenido conmigo no podía conseguirlo en ninguna otra parte, por lo que, sentía que el amor y la atracción eran los únicos dos elementos que jugaban a nuestro favor en ese momento para poder mantenernos con vida y con buen espíritu.

La contienda se había extendido por más de una hora, y ambos guerreros se veían sumamente agotados en la arena. Las gotas de sudor corrían por sus rostros y sus brazos ya no eran los mismos aguerridos y fuertes que en un principio. Se veían devastados y cansados, por lo que, había pasado de ser una pelea de fuerza bruta y agilidad a ser una contienda de resistencia y fortaleza mental.

Claud había aplicado una estrategia bastante arriesgada, ya que, había comprometido la posibilidad de atacar ferozmente, para generar el agotamiento absoluto en Karis, quien cada vez parece llenarse más de odio en contra de su adversario. Fue entonces cuando un ataque final vino directamente de la mano de Karis, quien apuntó su espada directamente al cuello de Claud.

Este bloqueó el ataque con su espada y utilizó la superficie del escudo para golpear la garganta del Karis. Este se vio aturdido de manera instantánea, dándole la posibilidad a Claud atacar de manera mortal.

—¡Hazlo ahora! —Grité.

No pude evitar la emoción de ver una oportunidad tan evidente para Claud, pero en vez de ayudarlo, jugó en contra de él. Se distrajo por un segundo al voltear a verme, y esto le dio la posibilidad a Karis de atacar. Su espada fue directamente hacia un costado de Claud, quien gritó al sentir como la espada de su enemigo lo hería de una manera tan dolorosa.

Cayó de rodillas y era el blanco perfecto para el siguiente ataque mortal de Karis. Por suerte, este se encontraba tan agotado, que se tomó solo unos segundos para recuperar la energía y finalmente decapitar a su enemigo. Claud no tenía fuerzas ya para levantarse, simplemente me dio una mirada y sonrió.

Yo estaba a punto de verlo morir, y esto no podía permitirlo. Mis ojos buscaron rápidamente alguna solución que pudiese darle a aquella problemática, pero, no encontraba nada que pudiese ayudarme en ese instante.

Fue entonces cuando algo pareció iluminarse frente a mí, y vi a un guerrero que llevaba un arco en su espalda. No dudé en saltar de mi lugar y prácticamente arrancárselo de la espalda.

Tomé una flecha y mientras Karis levantaba su espada para asesinar a Claud, apunté con mucha precisión directamente al cuello de Karis. Sabía que estaba rompiendo las reglas una vez más, y aunque estaba dispuesta a asumir las consecuencias de mis actos, tenía que actuar en función al bienestar del hombre que amaba, de lo contrario, lo vería morir decapitado solo un par de segundos.

Tensé el arco tanto como pude y dejé salir a la flecha disparada directamente hacia la cabeza de Karis. Había entrenado muchas veces y había mejorado muchísimo gracias al propio Claud, quien me había proporcionado todos esos conocimientos durante las horas de entrenamiento que compartíamos. Vi caer el cuerpo de Karis a un lado, la flecha había dado justo en el blanco y todos se habían quedado con la boca abierta ante aquel suceso.

Ni siquiera el propio Claud podía creer lo que había ocurrido, ya que, se

había quedado con la boca abierta contemplando el cuerpo sin vida de Karis. Uno de los hombres más peligrosos que había existido en el reino, había muerto, y yo lo había asesinado. Pero, aunque en otras épocas, esto sería motivo de alegría y celebración para muchos, yo había despertado un monstruo en lo más profundo de aquel pueblo.

Los hombres que apoyaban el movimiento de la resistencia, irían mientras mi cabeza de manera instantánea, por lo que, había puesto mi vida a la orden para poder salvar la de Claud.

Vi como mi guerrero ardiente, sacó fuerzas de donde no tenía y se puso de pie, corrió directamente hacia donde estaba yo. Mientras una turba de hombres lo seguía. Yo me quedé congelada, ya que, el terror ante una muerte inminente se acercaba hacia mí.

Yo estaba rodeada de personas, pero no corría ningún riesgo donde me encontraba, simplemente estaban confundidos ante lo que había hecho. Claud saltó directamente hacia donde estaba yo, me tomó en sus brazos y huyó de aquel lugar de manera instantánea. Las flechas pasaban justo al lado de nosotros, podía escuchar el zumbido en mis oídos, nunca había sentido tanto miedo en mi vida.

Algunos sujetos se interponían en nuestro camino y eran golpeados directamente por Claud, quien utilizaba su espada y su escudo para abrirse camino entre la turba de gente. Abandonamos El Óvalo, y corrimos directamente hacia los caballos. Claud desató uno de ellos para mí y tomó un corcel negro muy hermoso.

Corrimos tan rápido como pudimos, y las flechas aún seguían tras nosotros. Unos 30 guardias fieles a la causa, nos respaldaron y se unieron a nosotros, adentrándonos en el bosque para poder escapar de aquel destino mortal que corría tras nosotros.

No tardamos en perderlos después de cabalgar durante unos 40 minutos. Estaba agotada, asustada y mi corazón parecía que iba estallar. Fue entonces cuando pudimos descansar a la orilla de un lago donde nuestros caballos podrían hidratarse y recuperar un poco de energía.

—Lo que hiciste fue una completa locura. Pero, gracias por salvarme la vida. —Dijo Claud.

—No podía dejar que te asesinaran por mi culpa. Yo inicié todo esto y no debí venir aquí nunca.

—No digas eso. Has sido lo mejor que me ha pasado en la vida. No sé cómo sería el mundo si no tuviese conocido. —Dijo Claud al acariciar mi

rostro.

Nos besamos apasionadamente a la orilla de aquel hermoso lago, fue un momento mágico e irrepetible, algo que nuevamente nos llevó a sucumbir ante nuestros impulsos. La sensación de tranquilidad de que habíamos dejado atrás a los rebeldes, nos permitió relajarnos y perder el control una vez más.

Nos habíamos alejado lo suficiente del grupo de soldados, y esto nos dio la libertad de desnudarnos poco a poco mientras las caricias se hacían presentes. Besamos nuestros cuerpos y nos convertíamos en una sola masa humana que solo deseaba el sexo y el placer. Nuevamente me hizo suya de una manera espectacular, y ante la cercanía de la muerte, ambos parecíamos disfrutarlo de una forma excepcional.

En esta oportunidad no había juicios ni dudas, hicimos el amor de una manera desenfadada, tranquila y calmada, lo hacíamos como si fuera la última vez que tendríamos la posibilidad de recorrer nuestros cuerpos, saborear nuestras pieles y degustar de nuestros besos. Me tomaba con fuerza y entramos al agua, me hizo el amor en aquel lago una manera exquisita, mientras yo me servía de un cuerpo espectacular y fuerte, el cual me hizo sentir mujer por segunda vez.

Para mí, la muerte había dejado de ser una preocupación después de ese momento, había conocido el amor verdadero, puro y genuino, había puesto mi vida en riesgo por un hombre, y había salvado su vida, la demostración más efectiva del amor. Le entregué mi cuerpo sin dudas, no esperaba nada cambio, simplemente que él hiciera lo mismo, que me permitiera acceso a todos sus rincones, a cada milímetro de su ser, cada partícula de su piel.

Liberamos toda nuestra pasión y volvimos con el grupo, y fue una sorpresa para nosotros no encontrar ni siquiera un rastro de ellos. Simplemente habían dejado dos de nuestros caballos para que continuamos movilizándonos, aunque ellos nos habían prestado apoyo para protegernos, no podían cuidarnos para siempre. A partir de ahora estamos por nuestra cuenta, así que, tomando nuestros caballos, decidimos emprender un camino para el que Claud no estaba preparado.

—¿Tienes idea de dónde vamos? —Preguntó él.

—A partir de ahora, yo lideraré nuestra escapada. —Confía en mí.

Tenía una memoria fotográfica para el camino, por lo que, recordé con facilidad cómo hacer el recorrido de regreso hacia las montañas por donde había llegado. Todos temían a aquel camino, ya que, se decía que estaba minado de lobos asesinos, aunque yo también pensaba lo mismo, nunca vi uno

de ellos en toda mi travesía.

Parecía ser un mito que se había creado para evitar que la gente ingresara o saliera del pueblo de forma natural, por lo que, llenándonos de valor, atravesamos el mismo camino por el que había llegado a Briomir. Atravesamos las montañas e hicimos el camino de regreso de nuevo a la población más cercana. Fueron días de camino, ya que, nuestro paso era lento y seguro.

Claud no estaba preparado para enfrentar el mundo moderno, pero yo, no estaba lista para morir a manos de guerreros salvajes. Si teníamos una oportunidad de conseguir una vida juntos, sería en el mundo que yo conocía, ya que, la vida de Claud estaba en peligro con cada segundo que se encontraba cerca de Briomir. Mi inquietud por conocer mis raíces, se habían convertido en resultados inesperados.

Había encontrado el amor, y lo había extraído directamente de lugar del que muy poco se me había hablado. Todos ocultaban la historia de este reino misterioso y violento, pero yo había logrado adentrarme en el corazón de él y obtener lo mejor podía proveerme. Fue una travesía bastante larga para él, extraña, y conociendo una gran cantidad de elementos del mundo moderno que lo asustaban enormemente.

Era la primera vez que veía a Claud tan inseguro ante la imponentia de los edificios, los coches, y la tecnología, esto lo abrumaba de una manera extrema. Todos lo veían extrañados, ya que, su aspecto era como el de un vikingo desorientado. Pero, aunque sabía que se sentía incómodo inseguro, tarde o temprano se adaptaría a esta nueva vida junto a mí.

Él me había enseñado absolutamente todo acerca de las reglas de aquel lugar al que nunca volveríamos jamás, ahora sería mi turno de darle la bienvenida a la Nueva York del año 2019.

Claud se convirtió en mi compañero de esta nueva aventura, donde yo sería su guía hacia la modernidad, mientras él me seguía proporcionando noches increíbles de placer donde mi cama se convertía en la arena donde nuestros cuerpos batallaban entre sudor y pasión para demostrarnos cuánto nos deseamos cada día

A veces, en las noches, despertaba completamente exaltado al tener una gran cantidad de pesadillas vinculadas con aquel lugar del que habíamos escapado. Se sentía muy extraño al despertar en la cama tan suave y cálida, ya que, siempre estaba acostumbrado a dormir en condiciones completamente diferentes.

Claud tardó mucho en adaptarse, pero su amor y ganas de estar a mi lado, le han dado la posibilidad de aceptar esta nueva vida que estábamos compartiendo en medio de experiencias y la posibilidad de descubrir un nuevo mundo para ambos.

Briomir solo quedó en el pasado, una historia que nos había dado la posibilidad de encontrarnos. Era un lugar lleno de violencia y odio, que más temprano que tarde se autodestruiría a sí mismo. No mencioné una sola palabra de lo que viví en aquel lugar, nadie jamás debía conocer la existencia de esta población, un lugar que, aunque corría por mis venas, no definía quién era yo.

Título 9

Mordida

Romance Medieval con el Licántropo Alfa

I

Un lugar para recordar

Siempre había sido una de las cabañas más hermosas de aquel recóndito pueblo que había sido olvidado por el hombre. Sus habitantes eran muy limitados y todos se conocían entre sí.

Nadie sabía acerca de la maldad, el desorden o la violencia en aquel hermoso pueblo adornado por dos enormes montañas que se elevaban de manera majestuosa, convirtiéndolo en un valle fértil y productivo, óptimo para que sus habitantes desarrollaron actividades de agricultura y cultivo de tierras de manera natural.

Cada uno de los habitantes había tenido la posibilidad de construir su propia vivienda, utilizando las mejores maderas que la bondadosa naturaleza proporcionaba a través de sus árboles de roble sólido.

Con el paso del tiempo, el pueblo fue tomando forma, estado conformado por bellas cabañas que habían sido construidas a mano con la colaboración de cada uno de los habitantes de aquel lugar.

Las familias crecían a un ritmo constante y poco a poco todo fue convirtiéndose en una especie de paraíso desconocido para los ciudadanos, quienes rara vez llegaban a este lugar de forma casual.

El pueblo de Saintwood no estaba preparado para lo que estaba a punto de ocurrir en los próximos días, ya que, la inocencia y la ingenuidad formaban parte de una gran porción de sus habitantes.

Estaban acostumbrados a la vida de campesinos, por lo que, entender ciertas situaciones que venían del mundo moderno generalmente eran atribuidas a cosas sobrenaturales o místicas.

Eran personas muy crédulas, cualquier cosa que descubrían acerca de lo que ocurría en la ciudad, rápidamente se convertía en una especie de leyenda, como si se tratara de una dimensión paralela o una civilización evolucionada que vivía en algún lugar inmaculado e inalcanzable.

En aquel lugar no hacía falta nada, así como las familias fueron creciendo, igual los cultivos que se encargaban de alimentarlos, y la cría de ganado y algunas aves, les había proporcionado la posibilidad de acceso a alimentos sin tener que recurrir a ningún otro lugar. Aquel pueblo estaba privilegiado por la naturaleza, y habían recibido algunos forasteros que tenían iniciativa de

hacer crecer aquel lugar.

Con una antigüedad de 80 años, este pueblo se había convertido en una pequeña aldea completamente remota, estando protegida únicamente por las dos grandes montañas que parecían ser los padres de este pequeño valle.

No había forma de pasar por aquel pueblo sin que la atención se viera absorbida por una hermosa cabaña ubicada al pie de la montaña. Parecía estar sacada de una revista o de un cuento fantástico, ya que, su estructura combinaba la resistencia y solidez con la dulzura y el calor de un hogar.

Todos comentaban acerca de la belleza de aquella cabaña, donde habitaban la familia de “el búho”. Así se había llamado al viejo Jack durante años, quien, se había desempeñado como el jefe de policía en aquel lugar, quien había sido fundador de un pequeño departamento que intentaba mantener el orden en el pueblo. Pasaba las noches despierto atento a todo lo que ocurría en el pueblo, brindándoles seguridad y tranquilidad en todo momento.

La responsabilidad de Jack era mantener seguros a los habitantes de su comunidad, por lo que, “el búho” siempre estaba alerta para que nadie se pasara de listo o intentara distorsionar el curso de los acontecimientos de un pueblo que permanecía constantemente bajo sus cuidados.

Jack había formado una familia espectacular, su hijo, quien no estaba dispuesto seguir sus mismos pasos, se había dedicado enteramente al cultivo de tierras y ganadería, convirtiendo sus terrenos en un lugar productivo y fértil, generando una gran cantidad de frutas, hortalizas, leche y carne.

No eran personas poderosas ni arrogantes, pero sí habían logrado acumular una importante fortuna gracias a sus actividades comerciales en aquel lugar. Crecer bajo los cuidados de un hombre tan estricto como Jack, no había sido fácil, pero Damián había logrado desarrollar una vida bastante agradable y cómoda después de enamorarse por primera vez. No necesitó buscar demasiado para entender que aquella mujer de rizos amarillos iba a ser la persona con quien pasaría el resto de su vida.

Damián se casó con Sofía una tarde de abril, quedándose a vivir en la cabaña de su padre, donde poco a poco la familia iría creciendo progresivamente. Con el paso de los años, Damián y Sofía tendrían el turno de formar su propia familia, por lo que, llegó el momento de procrear.

Fue entonces cuando la vida premió a esta pareja con una hermosa niña de cabellos castaños y ojos verdes, cuya única misión en este mundo sería llenarlos de felicidad durante sus primeros años de vida. Era una niña graciosa, ocurrente y muy inteligente, quien crecería bajo un estricto régimen

establecido por su abuelo.

Jack, sabiendo lo hermosa que era su nieta al verla crecer gradualmente, supo que tarde o temprano se convertiría en un verdadero dolor de cabeza, al despertar rápidamente la atención de sus compañeros de escuela. Todos y cada uno de los chicos de la edad de Alisa, tenían que ver con ella, todos deseaban ser esa persona especial en la vida de aquella niña de apenas nueve años que ya estaba rompiendo los corazones de los niños del pueblo.

Jack se preocupaba mucho más que el propio padre de la niña, intentando rodearla de una gran muralla imaginaria para que nadie tuviese acceso a ella. La personalidad de Alisa estaba definida desde inclusive antes de nacer, ya que, no había muro de contención que pudiese construirse alrededor de esta chica que pudiese limitar lo que tarde o temprano estaba destinado a desarrollarse dentro de ella.

A medida que fue creciendo en aquella hermosa cabaña del valle, Alisa fue descubriendo el enorme poder que podía tener sobre los hombres. Su capacidad de manipulación y control era un don que, hasta el momento no había sido utilizado con ningún tipo de malicia, pero siempre conseguía lo que quería. Era bastante complicado negarse ante los deseos de aquella mirada de ojos verdes que derretía instantáneamente a quien se encontraba frente a ella.

Su mirada era penetrante y muy intensa, por lo que, generalmente obligaba a desviar la mirada a otro lugar. Alisa no tenía idea del enorme potencial que tenía sino hasta cumplir la mayoría de edad.

Su cuerpo había comenzado a cambiar y se había transformado en una verdadera obra maestra de la genética. Su cabello había crecido hasta la cintura, mostrando una larga cabellera de color castaño con leves ondas en su estructura.

Sus enormes ojos verdes se veían adornados por largas pestañas naturales que se complementaban con cejas gruesas y bien definidas. Su rostro era absolutamente angelical y espectacular, aunque no todo en ella era inocencia e ingenuidad como la mayoría de los habitantes de aquel pueblo. Alisa estaba sedienta de conocimiento y curiosa de saber qué era lo que realmente ocurría en la ciudad de la que tanto hablaba.

Muchas veces había puesto de manifiesto su interés de irse a esa ciudad evolucionada que todos en el pueblo citaban en algunas historias, pero las negativas constantes de Jack y su padre, siempre la obligaron a terminar encerrada en su habitación llena de ira y ansiedad. Parecía que aquel pueblo le estaba quedando pequeño a la hermosa Alisa, quien tomó la determinación de

transformar levemente su personalidad y comenzar a vivir a su propio ritmo.

De pronto, las reglas de su abuelo habían dejado de ser importantes para ella, aflorando una personalidad rebelde y sin control que operaba a espaldas de aquellos hombres que fungían como la autoridad en su vida. Era una familia funcional que estaba destinada a seguir creciendo, pero la repentina muerte de su madre, dejó a todos muy consternados como para pensar en seguir adelante con la vida.

Las dos figuras paternas que fungían la vida de Alisa, estaban tan desolados y tristes por el repentino fallecimiento de Sofía, que dejaron de prestar atención a las actividades que llevaba a cabo la joven de la familia. Alisa tenía el campo libre para hacer lo que sea, y estaba a punto de convertirse en un peligro inclusive para ella misma.

Sabía que tenía el poder de control sobre cualquiera de los jóvenes del pueblo, por lo que, cuando su cuerpo comenzó a demandar ciertos deseos, sabía perfectamente que podía acceder a los requerimientos de su organismo de una forma muy simple. Bastaba simplemente con pedirlo, para que Alisa estuviese encerrada en una de las aulas de la escuela con cualquiera de los chicos que ella escogiera.

Lo hacía de manera secreta y clandestina y amenazaba, inclusive con difamar a estos chicos si abrían la boca para mencionar algo de lo que sucedía a puertas cerradas en aquel lugar. No podía controlar lo que su cuerpo pedía a gritos, por lo que, simplemente actuaba por instinto, un animal interior la controla durante esos momentos donde simplemente necesita placer.

Rara vez, Alisa lograba conectar con alguno de estos chicos, su mirada parecía vacía y completamente desinteresada en lo que había más allá de un cuerpo, buenos abdominales y un miembro erecto listo para complacerla. Se servía del cuerpo de los jóvenes de su escuela como si fuesen objetos, dejándolos devastados y llenos de ilusiones después de terminar el encuentro.

Todos y cada uno de los que habían pasado por su cuerpo habían conservado la ilusión de que tarde o temprano la chica volvería por más, pero nada estaba más alejado de la realidad que esto, ya que, Alisa se había convertido en una adicta al sexo que no buscaba repetir el mismo sabor una y otra vez. Sentía que cada chico podía proporcionarle una sensación diferente, por lo que, estaba dispuesta a probar todos los sabores disponibles si el tiempo se lo permitía.

Actuaba de manera instintiva sin control, ingresando a las aulas de la escuela acompañada de algún afortunado, mientras se encargaba de cerrar la

puerta y bajar los pantalones del chico.

Lo hacía con mucha frecuencia, esto llegaba ocurrir hasta dos veces en un día. Cuando intentaba limitarse, era víctima de su propia conciencia y asumiendo que eso no podía ocurrir más, dejaba de comportarse de esta forma durante un par de semanas.

Esta aparente solución autoimpuesta, siempre terminaba generando resultados peores, ya que, la ansiedad y la necesidad de satisfacer sus deseos, parecía acumularse de forma gradual dentro de ella, obligándole a comportarse de una forma aún peor cuando sucumbía ante sus deseos.

Pero, aunque muchos llegaron a pensar que la chica estaba actuando de manera irresponsable e inmoral, ni la propia Alisa podía controlar lo que ocurría en ese momento. Sentía como si una especie de espíritu se adueñara de su cuerpo en ese fragmento de tiempo, dejándose llevar completamente por sus tentaciones.

No llevaba a cabo un proceso riguroso para escoger a su próxima víctima, simplemente veía un chico que le gustaba, se aseguraba de no haber estado con él antes e iba directamente para solicitar sus servicios. Aún no existía el primero que hubiese tenido la voluntad de negarse ante una oferta tan atractiva como la de Alisa, quien, con solo respirar cerca de sus víctimas, podía colocarlos realmente nerviosos.

Si este simple ataque visual no daba resultados, la mano de Alisa solía colocarse sobre la zona genital del chico, algo que cambiaba las cosas inmediatamente. Después de palpar el trozo de carne de su víctima, Alisa se transformaba rápidamente en un ser salvaje, tomando el control de la situación hasta que finalmente se veía complacida. Lo hacía con la suficiente discreción como para que nadie aún hubiese descubierto lo que estaba pasando allí en aquella aula con mucha frecuencia.

Su última víctima había sido un joven hijo de un importante y adinerado sujeto del pueblo, quien no había podido evitar fijarse en la chica desde la primera vez que la vio mientras su atención estaba enfocada en los cabellos de la chica en vez de escuchar las palabras aburridas de la maestra del cuarto grado. Jeremías había deseado a esta chica durante años, pero nunca había tenido el valor de acercarse a ella.

Una especie de magnetismo había actuado entre ellos y finalmente, los deseos de Jeremías se habían cumplido. Parecía completamente irreal para él tener a Alisa arrodillada frente a él, sus ojos lo veían fijamente mientras la lengua de la chica lamía una y otra vez su erecto miembro.

La joven de ojos verdes succiona de forma apasionada, sus delicadas manos frotan el tronco del erecto y sólido pene del joven, mientras este, miraba con ojos de incredulidad e impresión las habilidades de esta joven.

Alisa se veía enfocada totalmente en lo que hacía, utilizaba todo su talento que había aprendido mientras ordeñaba las vacas desde niña, y sabía que no estaría satisfecha hasta haber tenido la última gota de semen de este joven. Mientras ordeñaba la leche de las vacas, imaginaba que se trataba de algún hombre a quien estaba complaciendo, por lo que, cuando le tocaba llevar a cabo esta tarea, no se sentía desagradada del todo.

Sus manos eran privilegiadas, y poco a poco llevaban a la afortunado Jeremías hacía una explosión orgásmica que terminaría por llenar totalmente la boca de Alisa.

—No tienes idea de lo mucho que he soñado con esto. —Comentó el joven mientras pasaba su mano delicadamente por el rostro de Alisa.

No hubo respuesta.

Alisa no estaba interesada en lo absoluto en lo que tenía que decir este chico. Lo único importante para ella era saber que el sabor que sentía en su boca era completamente diferente a lo que había probado antes.

Su vagina estaba completamente húmeda, y mientras succionaba con mucha fuerza el pene del chico, su mano se filtró bajo su falda para comenzar a tocarse. Frotaba su clítoris mientras humedecía toda la superficie del pene de Jeremías, quien experimentaba un placer indescriptible que no había vivido jamás.

Era la iniciación del joven, y para su fortuna, se estaba iniciando justo con la chica que había deseado durante tanto tiempo. Alisa no dudó en permitir que este chico la penetrara, por lo que, después de unos minutos, se encontraba recibiendo las embestidas de este mientras sus manos se apoyaban en la pared. Jeremías rebotaba contra la chica una y otra vez, mientras sujetaba su cabello y Alisa iba dirigida justo hacia su primera corrida del día. Las primeras instrucciones de la chica se escucharon.

—Hazlo con más fuerza. ¡Rápido!

Jeremías obedeció y comenzó hacerlo con mucha más intensidad mientras sus manos acariciaban las nalgas de Alisa y periódicamente hacía masajes en su espalda. Alisa, de pronto, comenzó a temblar descontroladamente. El orgasmo había llegado finalmente, por lo que, Jeremías se sintió satisfecho de haber realizado un buen trabajo.

Todo había salido según lo planeado, al menos hasta ese momento.

Hubiese sido un buen día para Alisa, sino hubiese sido por la entrada repentina de uno de los profesores de la escuela, lo que ocasionó que Jeremías y Alisa terminaran en la oficina del principal mientras los padres de estos se encontraban en camino a la escuela.

Todo se iba a poner muy mal. Alisa solo esperaba que su abuelo no fuese quien acudiera al llamado del principal.

II

Castigo y consecuencias

La construcción de un bar en el pueblo siempre había sido una idea con la que Jack no había comulgado a más. Sabía perfectamente que la introducción de licor en la comunidad traería graves problemas en el futuro.

Hasta el momento en que se había decidido construir aquel lugar para el esparcimiento de los lugareños, los problemas más graves siempre habían sido riñas, discusiones por dinero o deudas.

Los robos eran muy bajos en aquel lugar, ya que, todos producían lo suficiente como para vivir tranquilos sin ninguna preocupación financiera. Era una economía bastante limitada, pero cada uno de los habitantes tenía la suficiente estabilidad como para no preocuparse por el dinero.

Mientras la comunidad crecía, los vicios también fueron haciéndose parte de la comunidad, siendo este bar un sitio para que los habitantes del pueblo pasaran las noches de los fines de semana intentando olvidar un poco las preocupaciones de la semana.

De manera drástica, los incidentes comenzaron a aumentar, ya que, bajo los efectos del alcohol, todos se tornaban violentos y problemáticos, algo que mantenía la mayor parte del día ocupado al viejo Jack.

Su función en aquel pueblo se había tornado mucho más determinante, ya que, debía estar constantemente alerta para restablecer el orden durante los fines de semana. Su constante enfoque en el trabajo no le había permitido visualizar que en casa crecía un problema de magnitudes mucho más grandes de lo que podía encontrar en las calles para resolver.

Su nieta, estaba desarrollando una gran cantidad de ideas y vicios en su mente y estaba dirigiéndose hacia el desastre sin saberlo. Después de haberse acostado con más de 20 chicos diferentes, aún Alisa no se sentía satisfecha y estaba dispuesta a seguir hasta que agotara todas las opciones disponibles en aquel pueblo.

Jeremías aparentemente había sido el último, ya que, después de ser descubierta, le fue impuesto un castigo severo que la limitó a mantenerse encerrada en la cabaña durante unas semanas.

Alisa no tenía permitido recibir visitas de ninguno de sus compañeros de clase y mucho menos sus amigas, quién es, para los ojos de su padre y su

abuelo, eran quienes la habían influenciado a llevar a cabo este tipo de comportamiento.

Era un pueblo pequeño, y las historias se daban a conocer de forma muy breve. Rápidamente, todos en el pueblo sabían cuáles eran las actividades que llevaba a cabo la chica mientras tenía un tiempo libre en la escuela.

La vergüenza, la humillación y el honor de la familia de Jack se había visto quebrantado por las actitudes de esta chica, quien debía ser corregida. Ahora, el bar y los ebrios del pueblo eran el menor de los problemas de Jack, quien debía enfocarse totalmente en su familia.

Ya había perdido un porcentaje de esta, por lo que, no podía seguir evadiendo sus responsabilidades como el pilar de aquella familia, ya que, Damián, tras perder a su esposa, parecía vivir en un mundo nublado y lleno de confusión.

Fue entonces cuando Jack decidió pasar un poco más de tiempo con su nieta para poder determinar qué era lo que ocurría. Alisa había decidido cerrarse como una caja fuerte y guardó silencio absoluto durante los siguientes días. Una fuerte paliza le fue propinada tras llegar a casa aquella tarde después de que el principal revelara los detalles crudos de lo que había ocurrido en aquel salón de clase.

Habían considerado la posibilidad de que hubiese sido el chico quien hubiese manipulado a Alisa, pero después de múltiples amenazas y un fuerte golpe en el rostro del joven propinado por el propio Jack, Alisa se vio obligada a confesar.

Jeremías se salvó aquel día de entrar en la lista negra de Jack, quién era un hombre con una moral muy grande, pero con un amor invaluable por su familia, lo que lo haría hacer cualquier cosa para protegerla.

Al asumir la absoluta responsabilidad de lo que había ocurrido en el salón de clase, Jeremías quedó libre de cualquier responsabilidad, cayendo todo el peso de aquella situación sobre la chica, quien recibió una dura sanción en la escuela, sumándose a su larga lista de tropiezos en este oscuro periodo de su vida.

Alisa estaba destinada a llevar a cabo todas las tareas en la cabaña, debía recolectar los alimentos, ordeñar las vacas, asegurarse de la alimentación de los animales y limpiar la casa.

Su periodo de encierro y trabajos forzados sirvió no solo para que la chica madurara un poco su personalidad, sino que también tuvo la oportunidad de visualizar ciertas ideas que tenía acerca de su futuro.

El pueblo no era lo suficientemente grande para la cantidad de expectativas de esta chica, por lo que, sentía la necesidad de huir del muy pronto. Era como si algo en cualquier parte del mundo estuviese esperando por ella, aunque no sabía qué dirección tomar para abandonar aquel lugar.

Intentaba leer acerca del mundo, pedía enciclopedias que describían lo que ocurría a las afueras de los límites del pueblo, pero esto no era suficiente para Alisa, su cuerpo y su mente pedían algo más de lo que ese pueblo aburrido y apartado podía ofrecerle.

Intentaba mantenerse ocupada durante todo el día para no dejar que su cuerpo la dominara. Cuando pasaba algunos momentos desocupada, parecía que una gran sensación en su vientre la dominaba.

Estaba acostumbrada totalmente a su rutina sexual en la escuela, y al no poder tenerla, comenzaba a volverse loca de lujuria en medio de la soledad de aquella cabaña. Sabía que había algunos vecinos que la espiaban, había descubierto un par de meses atrás, cuando pudo ver algunas ramas moverse en la distancia y escuchar risas de chicos.

Tanto Jack como Damián habían salido una mañana, como de costumbre, a encargarse de sus ocupaciones como ley del pueblo y Damián se encargaría de comprar algunas semillas y fertilizantes para los cultivos.

Alisa había decidido encargarse de lavar un poco de ropa y extraer la leche de las vacas, por lo que, pasaría gran parte de la mañana ocupada. Se dispuso a ocuparse primero de las prendas de vestir, ya que, se encargaba del aseo del uniforme de su abuelo y la ropa de su padre.

Mientras colgaba las prendas de ropa en una larga cuerda para que esta se secara con la brisa y el sol, la chica pudo visualizar en la distancia unos ojos que la observaban fijamente.

El chico no había logrado ocultarse del todo, y su camisa de color naranja, no era el camuflaje más ideal. Al no saber cuáles eran las intenciones de este chico, Alisa no pudo evitar sentir algo de miedo.

Nadie que pudiese estar observando desde la distancia de forma clandestina podía ser confiable. Pero esto había sido lo más cercano que había estado de alguien en los últimos días, por lo que, sintió que era una oportunidad para satisfacer todas esas necesidades que su cuerpo demandaba.

No podía simplemente ir hasta allá y follar con un desconocido, pero el hecho de ser observada por este hombre, la excitaba enormemente. No tenía la menor idea de quién se trataba, no sabía cuáles eran sus objetivos o intenciones al estar allí, pero Alisa comenzó un acto que estaba destinado a la

provocación. Tras terminar de colgar la ropa en la cuerda, la chica caminó directamente hacia el establo, sabía perfectamente que los ojos del espía la miraban continuamente.

Entró y extrajo a una de las vacas, sentándose un pequeño banco de madera justo frente a las ubres del animal. Llevando una falda larga, la chica subió la prenda de vestir directamente hacia un poco más arriba de sus muslos. La muestra de la piel, excitó al observador escondido, que no pudo evitar visualizar las piernas blancas y tersas de la chica.

Alisa recogió su cabello en una cola, así evitaría que la brisa colocará el pelo sobre su rostro mientras hacía el trabajo. Su pequeña camisa, dejaba ver su vientre, mientras que, su escote dejaba mucho a la imaginación, ya que, solo podía verse parte de su pecho.

Alisa sostenía las ubres con suavidad y extraía la leche, pero sus movimientos eran sugerentes y provocadores, y de vez en cuando, dejaba escapar una mirada en dirección hacia el hombre, quien aseguraba que la chica aún no lo había visto.

Alisa acariciaba las ubres del animal como si se tratara de algo sexual, algo que pudo ser percibido por el caballero oculto, quien no pudo evitar sentir una erección inmediata al ver lo que hacía la chica.

Alisa limpiaba las gotas de sudor de su frente, el ardiente sol había elevado las temperaturas tanto externa como internamente. Alisa experimentaba una excitación sin precedentes, ya que, habían pasado muchos días desde que había tenido un encuentro sexual. Se había masturbado en múltiples oportunidades, pero esta sensación le dejaba un vacío aún mayor que necesitaba compensar rápidamente.

Estaba completamente empapada en sudor, mientras sus manos, llenas de leche seguían haciendo el trabajo. Después de unos minutos, Alisa culminó su tarea, llevando nuevamente al animal al establo mientras el joven mantenía su miembro en la mano acariciándolo mientras se satisfacía al ver a Alisa en medio de su jornada de trabajo.

No era algo de lo que pudiese sentirse orgulloso, ya que, no estaba acostumbrado a tener estas actitudes con una chica, pero desde que había visto por primera vez a Alisa, no había podido evitar espiarla en su tiempo libre.

Alisa decidió tomar actitudes descabelladas en medio de esa situación, por lo que, caminó directamente hacia el recipiente con agua donde solía estar la ropa que acababa de colgar en la cuerda, y decidió desvestirse.

Debido a la gran cantidad de sudor, podría ser una oportunidad para lavar

parte de la ropa que tenía encima, ya que, aparentemente estaba sola, no tenía ningún problema en desnudarse para lavar sus prendas de vestir.

Sabía que esto descontrolaría enormemente al caballero y lo haría hacer algo estúpido, por lo que, lo primero que hizo fue quitarse su falda. Al quedar en ropa interior, el observador sintió como la salivación incrementó enormemente. Su apetito era indescriptible, por lo que, seguía observando y se masturbaba de forma rápida al ver los glúteos perfectos de Alisa.

No era posible que alguien fuese tan perfecto y tan delicado a la vez, Alisa era digna de observar durante todo el día, ya que, su belleza no era comparable con absolutamente nada en aquel pueblo.

La chica colocó la falda dentro del recipiente, y comenzó a estrujarla para eliminar el sucio. Después de unos minutos, era el momento de quitarse la camisa, mostrando completamente sus pechos, ya que, no llevaba sujetador.

Fue entonces cuando el caballero descubrió que algo iba más allá de lo que el observaba. Sabía que había una dosis de provocación, pero si había provocación entonces era porque lo había visto.

Se sintió confundido, era el miedo de ser descubierto en contra la sensación de deseo por aquel cuerpo excitante que se mostraba desnudo y sudado frente a él. El último paso en medio de una serie de actitudes descabelladas, fue quitarse la ropa interior.

Alisa quedó completamente desnuda como Dios la trajo al mundo, caminando directamente hacia el interior de la cabaña y dejando la puerta abierta. No había más nada que decir o hacer, por lo que, el observador decidió salir de su escondite a visualizarla a través de una de las ventanas.

De forma sigilosa, el observador se acercó rápidamente a la casa. Sentía como su corazón latía fuertemente la adrenalina corría por su cuerpo, ya que, nunca había tenido el valor de acercarse a esta propiedad de una manera tan arriesgada. Sabía que la propiedad pertenecía a Jack, quien estando armado no dudaría en meterle una bala en el pecho al invadir su propiedad.

Sabiendo perfectamente cuáles serían las consecuencias si era descubierto, el chico no dudó en acercarse hacia la residencia, poniéndose de pie justo frente a una de las ventanas ocultando el 90% de su cuerpo.

Solo dejó ver uno de sus ojos, asomándose por la ventana mientras veía impresionado como la chica había decidido sentarse en una de las sillas del comedor a frotar su vagina. Alisa había perdido completamente el control de sus actos.

Se había calentado muchísimo al exponerse ante un extraño, y el impulso

adrenalina la había llevado inevitablemente a satisfacerse ella misma. Aunque tenía confianza en el hecho de que había provocado eficazmente a este joven, no sabía que este sería capaz de acercarse hasta allí.

Se masturbaba ferozmente, de forma rápida haciendo movimientos circulares que frotaban su clítoris y labios vaginales. El joven, observando extasiado el espectáculo que le proporcionaba la bella mujer, no pudo evitar los nervios y tropezó un grupo de troncos apilados que servían para el fuego de la chimenea.

Al escuchar esto, Alisa interrumpió su acto y fue entonces cuando sintió algo de miedo. Había descubierto que lo que había hecho estaba tentado al peligro, por lo que, se alarmó enormemente.

—¿Quién anda allí? Estoy armada. —Dijo Alisa mientras sostenía un cuchillo en sus manos.

Aunque parecía sacada de una escena de una película primitiva, Alisa se encontraba completamente desnuda y armada con un afilado cuchillo, acercándose directamente a la ventana preparada para atacar a su adversario.

El joven no tuvo otra opción más que salir corriendo, ante lo que, Alisa reaccionó rápidamente al saber que quizá había arruinado su única oportunidad de poder estar con un chico y poder apagar esa llama que la estaba consumiendo por dentro.

—¡Espera, no te vayas!

Tuvo que abrir la ventana para ser escuchada.

De pronto, el paso rápido que había tomado el chico se detuvo. Sintió que su rostro no podía ser descubierto, por lo que, subió su camiseta hasta su rostro y tapó hasta su nariz.

—¿Quién eres? ¿Por qué me observas? —Preguntó Alisa.

—Lo siento, no debí venir aquí. Por favor no digas nada a tu abuelo, me asesinará.

Alisa aún se encontraba desnuda e intentaba cubrir parte de su cuerpo a un lado de la ventana, y aunque sentía cierto miedo y un poco de confusión, aún la excitación no desaparecía.

Te parecerá una locura lo que voy a decirte. Pero, ¿puedes acercarte un poco? Quiero verte mejor —Dijo la chica.

El joven observador tenía miedo de ser atacado, por lo que, movió su cabeza para negarse. Una parte él quería salir corriendo y perderse en el bosque, pero otra, le pedía a gritos que se acercara hacia la chica para poder finalmente disfrutar del olor de su cuerpo.

—No quiero hacerte daño. Solo quiero conversar. —Dijo Alisa mientras dejaba caer el cuchillo al suelo.

Esto dio un voto de confianza al caballero, quien finalmente tomó la iniciativa y caminó directamente hacia la casa. Alisa disfrutaría finalmente del cuerpo de un joven nuevamente.

Después de follar como bestias en el suelo de aquella cabaña, Alisa ya no tenía nada que perder. Devoró el cuerpo de aquel joven con un gusto tremendo, como si fuese la última vez. Extrajo hasta la última gota de fluido el caballero, dejándolo completamente exhausto pero contento.

—¿Volveremos a vernos? —Preguntó al joven.

—No creo que eso sea posible. Vístete y márchate, mi padre debe estar por volver.

—Soy Francisco. Es un gusto conocerte...

El amable caballero extendió su mano, pero este gesto no fue respondido.

—¡Te pedí que te marcharas! ¡Vete ya! —Ordenó Alisa mientras empujaba al chico fuera de la cabaña.

No solo lo estaba haciendo porque ya no deseara estar con él, sino porque sabía que debía proteger la vida del joven chico. Si su vuelo llegaba, no dudaría en asesinarlo en un segundo. Su cuerpo estaba complacido, y finalmente había logrado apaciguar un poco la ansiedad que la consumía.

El sexo era mucho más importante para Alisa que el alimento, y había comenzado a perder el control. Haber follado con un extraño en su propia casa no era algo muy inteligente, por lo que, Alisa había comenzado a creer que tenía un serio problema.

III

Un extraño bajo la lluvia

Las gotas de agua tenían el tamaño de una bola de golf, caían de manera inclemente sobre el pueblo, obligando a todos a resguardarse y protegerse. Fácilmente, las gotas podrían generar hematomas en la piel de aquellos sobre los cuales caían, era un fenómeno completamente irregular y sin precedentes.

En la mente de todos, la única imagen presente era la del río principal que atravesaba el pueblo, creciendo hasta desbordarse y amenazando con inundar la totalidad del pueblo.

Siempre habían contado con un río cristalino e indefenso, pero tras la llegada de estas extrañas lluvias al pueblo, todo había cambiado drásticamente. Todo permanecía húmedo y pantanoso, por lo que, lo atractivo de aquel hermoso pueblo había menguado significativamente su aspecto.

Aquella noche, mientras muchos se encontraban en sus casas, unos cuantos habían permanecido resguardándose en las instalaciones del bar del pueblo, bebiendo ron y cerveza a cántaros, aprovechando las bajas temperaturas del ambiente.

La lluvia caía sobre el techo como si de explosiones continuas se trataran, era imposible evitar sentir algo de temor al experimentar aquella sensación de desastre inminente que anunciaba aquella lluvia.

Todos guardaban silencio, escuchando como aquella lluvia ensordecedora parecía sentenciar un posible final de aquel modesto pueblo. Si seguía lloviendo de esa forma, las estructuras comenzarían a ceder.

Alguien rompió el silencio.

—Sería apropiado salir del pueblo lo antes posible. Si el río se desborda estaremos en graves problemas.

Nadie pareció inmutarse.

—Pueden ignorar todo lo que quieran al río, pero sabemos perfectamente que tarde o temprano puede acabar con este pueblo en un santiamén.

Un trueno silenció al hombre.

No habían recibido ninguna alerta, y ninguna tormenta había sido avistada en el horizonte. Parecía que todo había surgido repentinamente de la noche de la mañana, ya que, aunque había habido algunas lluvias de los días anteriores, ninguna se parecía a esta.

El cielo se iluminaba casi completamente durante algunos segundos debido a los agresivos relámpagos que hacían sus descargas una y otra vez. Mientras Jack se encontraba sentado en la barra del bar sosteniendo un vaso con agua, no pudo evitar derramar un poco al escuchar una fuerte explosión proveniente de un rayo que había caído muy cercano a aquel lugar.

—¡Ha alcanzado una de las casas!

Gritó uno de los hombres dentro del bar, quien se encontraba asomado en una de las ventanas.

Jack caminó directamente hacia la sucia ventana con marcos color caoba y pudo visualizar que se trataba de su residencia. Dejando caer el vaso con agua, corrió tan rápido como pudo directamente hacia su casa, la cual no quedaba muy lejos del lugar.

Una segunda explosión se descargó sobre el pueblo, cayendo un rayo tan potente que cortó de raíz un gran árbol de roble muy antiguo. Era un completo caos, y todos oraban continuamente para que la lluvia cesar, pero esto parecía enardecer mucho más a la naturaleza, ocasionando estragos que no esperaron ver jamás.

—Jack, regresa aquí. No hagas algo estúpido. —Gritó uno de los compañeros del departamento de policía.

El viejo Jack corría con dificultad hacia su casa, ya que, el rayo había impactado directamente contra el techo de su granero. Había encendido una parte, y todo lo que consideraba importante en torno al negocio familiar se encontraba dentro de aquella gran estructura.

El suelo pantanoso lo obligó a caer al suelo tras resbalar, lastimándose la rodilla derecha de forma tan fuerte, que apenas pudo ponerse en pie. Damián y Alisa habían salido de la casa a intentar controlar el incendio, pero no habían tenido éxito.

A pesar de que la lluvia era constante, parecía que el agua no podía surtir efecto en contra de la feroces llamas, las cuales consumían poco a poco la madera del granero. Debían salvar lo que pudiesen, pero la lluvia era tremenda.

—Tenemos que salvar a los animales. —Gritó Jack desde lo lejos, pero nadie escuchó.

El ensordecedor sonido de la lluvia había solapado la voz de Jack, por lo que, Alisa y Damián ignoraban completamente la presencia del viejo policía en aquel lugar. Abrían la puerta para entrar a granero, pero pedazos del techo se desplomaron dentro del lugar, por lo que, era una absoluta locura entrar

allí.

Alisa lloraba desesperadamente al ver que el esfuerzo que había hecho su familia para construir aquel lugar se estaba viendo despedazado por naturaleza, como si algo o alguien se hubiese ensañado en contra de ellos.

Damián entró al granero y pudo liberar algunos de los animales, los cuales salieron huyendo rápidamente para intentar salvar sus vidas. Una gran sección del techo se desprendió abruptamente, cayendo de manera instantánea sobre Damián.

—¡Padre! ¡No! —Gritó Alisa mientras intentaba entrar al granero.

Una mano sujetó su brazo e impidió que la chica ingresara al lugar que se caía a pedazos, Jack había llegado a tiempo.

—Tenemos que ayudarlo, si no lo sacamos de allí morirá.

Alisa gritaba mientras hacía un esfuerzo por liberarse de la mano de Jack.

—Es un suicidio. Tenemos que movernos de aquí.

El viejo policía alejó a Alisa de la puerta del granero.

Ambos corrieron hacia la casa, mientras el granero se caía a pedazos, Damián se encontraba aún dentro. El llanto desesperado de Alisa no podía ser controlado con facilidad, ya que, había visto con sus propios ojos como su padre había caído de manera inminente ante el impacto que le había generado gran fragmento de madera en llamas que cayó sobre su cuello.

Ya había tenido que enfrentar la muerte de su madre, ahora el destino le arrebató a su padre, por lo que, Alisa se siente devastada y destruida en medio de la desesperación y la desolación. Culpa a su abuelo por no haber hecho nada para salvar a su padre, rompe todo lo que puede y grita de manera demente.

Alisa está fuera de control.

—Si hubiese estado en mis manos ayudarlo, lo habría hecho, también me duele, es mi hijo.

Jack intentaba argumentar las razones por las cuales había actuado de esa forma, ya que, la prioridad era salvar la vida de su nieta, pues la vida de Damián ya estaba comprometida.

—¡Podimos haberlo salvado, pero lo mataste! —Gritó Alisa antes de salir huyendo de la casa.

Jack intentó detenerla, pero sus intentos fueron inútiles. Los años habían caído de manera inclemente sobre Jack, por lo que, se había vuelto un poco lento para alcanzar a la chica, quien tiene una agilidad tremenda.

Corrió sin dirección alguna, quería huir del mundo, desaparecer, aunque

muy en el fondo pensaba que se trataba de un sueño, la realidad era cruda y dolorosa, por lo que, necesita un lugar donde pueda resolver sus problemas.

Corrió directamente al bar, donde podría refugiarse al menos hasta que la lluvia cesara. El último lugar en donde su abuelo la buscaría sería en este recinto, ya que, era la primera vez que entraría allí.

La puerta se abrió abruptamente mientras todos detallaban como la hermosa chica de cabello negro entraba completamente húmeda y destilando agua al lugar. Se encontraba descalza, ya que, cuando abandonó su casa en medio de la desesperación, olvidó ponerse un calzado.

—Niña, ¿qué haces aquí? ¿En qué puedo ayudarte? —Dijo el encargado de la barra.

Los ojos de aquel hombre no pudieron evitar recorrer el cuerpo de la joven chica, el cual era un manjar delicioso que cualquier hombre desearía degustar. Alisa hacía un esfuerzo para cubrir el área de los senos, ya que, con la ayuda del agua, la prenda de vestir se había hecho translúcida.

—Necesito algo caliente. Muero de frío. —Dijo Alisa.

—No creo que una chica en tu estado tenga algo de dinero. Si no hay monedas, no hay despacho. —Dijo el hombre.

Alisa no tenía ni un centavo, por lo que, al recibir esta negativa, se dirigió a una de las mesas para tomar asiento y esperar a que la lluvia cesara para poder dirigirse a otro lugar. De pronto, un tercer y potente rayo estalló muy cerca de aquel lugar, lo que despertó la idea en los presentes de que posiblemente tarde o temprano caería un rayo sobre ellos, acabando con el bar.

—¡Dios quiere acabar con este pueblo! ¡Arrepiéntanse antes de la llegada de la hora final! —Dijo un hombre desde la esquina del bar sosteniendo un crucifijo.

Todos voltearon a verlo mientras pronunciaba estas palabras, y aunque la incredulidad era absoluta, fue imposible no pensar en que quizá tenía algo de razón. Alisa se sintió abrumada ante la escena.

De pronto, la puerta se abrió abruptamente de un golpe, entrando un caballero desesperado que tenía un anuncio que ninguno de los que estaban allí estaba preparado para escuchar.

—¡El río! ¡El río se ha desbordado! Tenemos que evacuar este el lugar.

Nuevamente el caos se adueñó del lugar, ya que, no estaban protegidos en esta ubicación. Si el río crecía de forma descontrolada, rápidamente acabaría el pueblo. Alisa visualizaba como todos salían corriendo despavoridos del

bar, pero ella no tenía a dónde ir, por lo que, de manera curiosa, se quedó completamente sola en el bar.

Después que todos abandonaron este refugio, la chica corrió hasta la puerta para cerrarla, ya que, la lluvia le generaba cierto miedo debido a las consecuencias que había tenido que afrontar.

Había visto morir a su padre, parte de la propiedad de la familia está destruida y ahora tiene que enfrentar la posibilidad de una muerte inminente por ahogamiento o verse involucrada en un derrumbe. Era un pésimo día para Alisa.

No tuvo otra opción que colocarse debajo de alguna de las mesas. Siempre había escuchado que en caso de catástrofe era lo ideal colocarse debajo de una mesa de madera. Alisa estaba confundiendo los casos, ya que, no se trataba de un simple terremoto.

La chica cubrió sus oídos con sus manos e intentaba pensar en las canciones en que solía cantar su madre cuando era una niña, algo que no era muy efectivo, pero al menos la tranquilizó un poco.

Aunque no era el mejor momento para dormir, inevitablemente, Alisa en medio de los recuerdos de las canciones que solía escuchar de la voz de su madre, sucumbió ante el agotamiento. De alguna u otra forma quería aislarse y esperar la muerte, si es que llegaba por ella. Escuchaba como los gritos de todos a las afueras del bar indicaban que algo muy malo estaba por ocurrir.

Efectivamente, el río que bajaba desde las montañas, había perdido su cauce, inundando muchas de las casas de aquel lugar, pero las magnitudes del desastre no eran tan graves como todos llegaron a pensar que pasaría.

De pronto, así como si nada, había cesado la lluvia, permitiendo que muchos de los habitantes de aquel pueblo, pudiesen conservar sus casas y recuperar sus pertenencias.

Lo que había iniciado como el posible final de aquel pueblo, se había convertido en un mal rato, pues el desastre había dejado cicatrices imborrables como la muerte de Damián.

La destrucción del granero y las propiedades inundadas que habían sufrido daños irreparables, eran solo daño superficial, pero las pérdidas físicas no se podrían superar con facilidad.

Jack estaba completamente desesperado al no saber a dónde había ido su hija, y al escuchar las noticias acerca del desbordamiento del río, había asumido que esta había desaparecido.

Cuando la lluvia cesó, todos estaban muy preocupados por sus problemas

como para ocuparse de una chica desaparecida, pues Jack decidió ir casa por casa a averiguar si alguien sabía del paradero de su nieta. Tenía cosas de las cuales ocuparse, por lo que, no sería sencillo afrontar la pérdida de sus de su hijo y la desaparición de su nieta

Alisa despertó medio de la confusión, ya que, no sabía si realmente había sido parte de un sueño o ha llegado al lugar de forma paranormal. Se puso de pie y caminó directamente a la puerta para visualizar lo que ocurría a las afueras del bar.

Cuando la puerta de madera crujió para abrirse, la chica quedó completamente impresionada ante lo que vieron sus ojos. Alisa, en sus 18 años de edad, jamás había presenciado algo tan descabellado.

Frente a ella, tirado justo en la puerta del bar, un hombre completamente desnudo yacía inconsciente. Su color y la respiración descartaban la posibilidad de que estuviese muerto, y al tratarse de un bar, posiblemente se trataba de algún borracho que no había logrado encontrar sus pantalones después de una noche divertida.

Alisa, impresionada, cubrió su rostro ante la vergüenza, sus mejillas se sonrojaron, pero sus ojos no pudieron evitar recorrer todo el cuerpo de aquel magnífico hombre fornido y con un cuerpo espectacular.

De pronto, aquella sexualidad incontenible que vivía dentro de Alisa, esa que solo deseaba ser complacida una y otra vez, parecía despertar una vez más. Sus ojos recorrieron desde su rostro, pasando por su pecho, su abdomen perfecto, hasta llegar hasta su miembro y detenerse allí.

Se le hizo agua la boca nada más de imaginar el tamaño de aquel trozo de carne cuando estuviese erecto, por lo que, decidió darse media vuelta y entrar nuevamente al bar.

Quizá se había golpeado la cabeza, quizá aún estaba dentro del sueño, estaba confundida y se tomó unos segundos para recuperar el ritmo de su respiración. Decidió volver a salir una vez más y asegurarse de que aquel hombre era real.

Lo era, por lo que, al verlo en ese estado y a la intemperie, decidió tomarlo por uno de sus brazos y arrastrarlo hacia dentro del bar, al menos allí estaría un poco más protegido. Con mucho esfuerzo, Alisa logró arrastrar al hombre hasta el interior del bar, donde pudo visualizarlo con mucho más detalle.

Se agachó y colocó sus rodillas en el suelo, estando muy cerca de aquel hombre, acercando su oído a la boca de aquel sujeto para determinar si estaba

realmente respirando o no. Pudo sentir el aliento tibio de aquel hombre, por lo que, solo era cuestión de tiempo para que este despertara.

Alisa no pudo evitar que sus manos acariciaran el pecho de aquel sujeto, este que había llegado en medio de un desastre natural que había azotado al pueblo, jamás lo había visto en aquel lugar, por lo que, no tenía la menor idea de dónde había salido.

Dos dedos recorren el pecho del caballero y se deslizan lentamente hacia su abdomen, describiendo pequeños círculos que van en dirección hacia la zona genital, lo que le permitirá hacer cualquier cosa que desee con el cuerpo este hombre que se encuentra inconsciente.

De pronto, la mano del caballero sujetó la de la chica. Alisa sintió que su corazón se detendría en ese preciso instante. Observó los ojos del hombre y estos se encontraban completamente abiertos y viéndola fijamente.

—¿Qué crees que haces? —Preguntó el extraño sujeto.

—Solo intentaba ayudarte... Yo no... es que...

El aspecto del hombre era intimidante y oscuro. Una barba densa cubría parte de su rostro y sus manos eran grandes y robustas. El negro de sus ojos era penetrante y atemorizante. Pero hubo algo en él que fascinó a Alisa, quien en un rápido movimiento se liberó.

La puerta se abrió y Alisa huyó.

IV

Falsos testimonios

El hombre intentó ir tras la chica, pero su debilidad y el estado de confusión en el cual se encontraba, le impidió moverse con velocidad y tardó mucho en ponerse de pie. Alisa, por su parte, corrió tan fuerte como pudo dirigiéndose hacia una ubicación desconocida para ella. Se internó en el bosque con la intención de desaparecer por algunos días, aunque no estaba segura de que encontraría en estos lugares.

No estaba preparada para volver a su casa, la muerte de su padre, la pelea con su abuelo y toda la telaraña de comentarios y rumores que se habían tejido en torno a ella después de que le descubrieran en la escuela junto a Jeremías, no era precisamente el mejor lugar en el cual deseaba estar. Alisa corrió desesperadamente para adentrarse en el bosque, mientras las horas avanzaban y la luz del día comenzaba a desaparecer.

Muy pronto sería de noche, y la amenaza de lluvias comenzaba a ponerse nuevamente. Algunas nubes amenazaban en volver a dejar caer otra descarga de lluvia violenta sobre el pueblo, algo que no estarían preparados para resistir.

Refugiándose en el interior de un gran árbol, Alisa había decidido pasar la noche en el bosque. Era una decisión terrible, pero no tenía otra opción. No contaba con abrigo y tiritaba de frío, pero debía ser fuerte, ya que, el mundo había cambiado drásticamente para ella.

Mientras todos hablaban acerca de la desaparición de Alisa, otros comentarios surgían en torno a la aparición de un extraño hombre desnudo en el pueblo. Su identidad era desconocida para todos, ya que, había guardado silencio absoluto desde que había sido encontrado por un par de caballeros, intentando buscar algunas ropas dentro del bar.

—¡Hey, tú! ¿Quién demonios eres?

No hubo respuesta alguna.

—Será mejor que salgas de aquí si no quieres que te rompa las costillas a golpes. Agregó otro sujeto.

El hombre desnudo se dio media vuelta y caminó directamente hacia ellos como si fuese a enfrentarlos. Ambos hombres se sintieron muy intimidados por la mirada penetrante de este sujeto, pero no fueron atacados, el extraño

hombre se abrió paso entre ellos y abandonó el barco. Este fue el primer contacto entre James Crawford y los pueblerinos de aquella localidad de campesinos.

La lluvia y los estragos habían traído al pueblo muchas más cosas de las que las personas habían podido recoger entre los escombros. La aparición de James en aquel lugar había sido parte de aquel fenómeno natural que había traído desde la montaña cosas inimaginables que el pueblo aún no estaba preparado para enfrentar.

Todos los rumores que se crearon alrededor de este sujeto, despertaron la atención de Jack, quien no podía superar aún la muerte de su propio hijo y ya tenía que ocuparse de la desaparición de su nieta.

Cualquiera podía haber visto algo o dar una señal acerca del paradero de su pequeña, pero todo era inútil. Todos sentían cierto temor al entrar en contacto con James, quien se paseaba por el pueblo sin saber realmente qué era aquel lugar a donde había llegado de forma inesperada. Solo había despertado desnudo dentro de un bar mientras una chica acariciaba su cuerpo, era lo único que podía recordar.

Después de hacerse con algo de ropa que le proporcionaron algunos de los pueblerinos, James comenzó a trabajar en una construcción para ganar algunos dólares. Era la única manera de subsistir y obtener un plato de comida al día, lo que se prolongó por al menos una semana.

Su aspecto era tan extraño y misterioso que comenzaron a tejerse rumores alrededor de este hombre. Había una maldad intrínseca en su forma de ver el resto del mundo, inspirando mucha violencia y miedo en los habitantes de aquel pueblo.

Podía vérselo periódicamente tomando una cerveza en aquel bar, completamente solitario al final de la barra, no hablaba con nadie ni compartía conversación con absolutamente nadie. Solo levantaba su mano para dar una señal de que trajeran una cerveza, pagaba y se marchaba.

Jack, en busca de respuestas, intentó interrogarlo en alguna oportunidad, pero sus intentos fueron un completo fracaso, pero esto no quebrantaría el espíritu investigativo de Jack, quien se dejaba llevar por una corazonada que vinculaba a Alisa con este extraño sujeto.

—Sé que tarde o temprano me dirás quién eres. No me gustas para nada, chico. —Dijo Jack una noche en el bar mientras intentaba abordar a James.

Este extraño joven de barba densa y cabello despeinado, solía respirar profundamente para controlar su temperamento. Estaba lleno de cólera por

dentro, estaba dispuesto a dejar salir su furia con aquel que intentara atacarlo o comprometer su integridad. Por suerte, nadie tenía el valor para acercársele, pues con solo una mirada, podía transmitir toda la maldad de la que estaba lleno.

Estaba comenzando a sentirse ahogado en aquel pueblo, por lo que, una tarde, decidió ir a caminar al bosque. Sus pasos avanzan de manera aleatoria sin saber a dónde lo llevarán, solo necesitaba conectarse con la naturaleza y dejar de escuchar las voces molestas de los habitantes de aquel pueblo.

Mientras más se adentraba en aquel lugar, más tranquilidad llegaba a su alma. Disfrutaba del canto de las aves y la tranquilidad y paz que lo rodeaba era un trance del cual no quería salir.

Caminó durante un par de horas, por lo que, se sintió un poco agotado y decidió recostarse en el tronco de un árbol. Hojas crujieron de repente como si alguien hubiese pisado de manera aleatoria cerca de allí. James se ocultó, esperando la aparición de algún atacante o algún animal salvaje que rondaba por la zona.

Fue entonces cuando la vio.

Aquella chica que lo había asistido en el bar había pasado justo frente a él llevando las mismas ropas harapientas y sucias que usaba aquella misma noche.

Alisa no había tomado un baño decente en semanas, y se había ocultado en el bosque comiendo frutas y protegiéndose con hojas y pasto. Durmió cada noche dentro del mismo árbol, el cual se ha convertido en su refugio temporal y que cada vez se fue haciendo mucho más acogedor.

Salía periódicamente en busca de frutos y comida para pasar el día, y no tenía intenciones de volver al pueblo. El río era su lugar de aseo e hidratación, suficiente para ella.

Estaba escapando de sus problemas y había decidido convertirse en una especie de habitante salvaje del bosque, algo completamente descabellado para una mujer tan inteligente y hermosa como Alisa.

James, consumido por la curiosidad, no dudó un solo segundo en seguirla. Intentaba mantener un paso constante detrás de ella y silencioso, evitando ser percibido para no asustarla.

Alisa estaba completamente concentrada en la búsqueda de sus alimentos, por lo que, no notó la presencia de James, pero en un lugar lleno de hojas secas, pisar en el lugar equivocado podría revelar rápidamente la ubicación de algún observador.

Fue entonces cuando Alisa escuchó pisadas que no fueron las de ella. Su corazón latía de manera salvaje al sentirse amenazada por primera vez desde que había llegado qué lugar. Nadie había ido a buscar a Alisa en el bosque, por lo que, se sentía segura durante todo el tiempo que había estado allí.

—¿Hay alguien allí? —Dijo Alisa mientras tomaba una barra de madera afilada del suelo.

James permanecía oculto y reprochándose una y otra vez la torpeza de haber revelado su presencia. Podía verla y sentía algo de gracia al mostrarse tan aguerrida y salvaje. Sabía perfectamente que Alisa no era de ese tipo de chica, y en su aspecto podía leerse fácilmente.

—Te atravesaré los intestinos intentas hacerme daño. —Gritó la joven.

Nadie contestó, solo el sonido de las aves podía escucharse. Pero el ambiente era tenso, Alisa podía sentir una mirada sobre ella, sobre su cuerpo, estudiando y analizándola para saber en qué momento sería ideal atacar.

Se veía firme y decidida, pero por dentro estaba llena de terror. Sus labios temblaban, y sus manos apenas podía sostener la madera afilada que utilizaba con su arma de defensa

Pero esta arma no sería suficiente para poder defenderse contra la embestida repentina que sufrió al descuidarse por solo un segundo. James había conseguido rodearla, por lo que, el ataque había sido desde la parte trasera. Alisa pudo sentir como un par de brazos la rodearon y la derribaron instantáneamente, generando que la barra de madera cayera lejos de ella.

Se escuchó un fuerte alarido en el bosque, producto de la liberación de la frustración de la chica al verse inmovilizada por este hombre. Aún no se encontraban las miradas, y aunque James sabía perfectamente de quién se trataba y la recordaba por su episodio en el bar, la chica aún no podía identificar a quien la había atacado.

—Se defenderme muy bien, así que no creas que soy una mujer débil.

—Te liberaré. Solo tienes que prometerme que no continuarás resistiéndote. —Dijo James.

De pronto, como si se tratara de una orden directa a su cerebro, Alisa dejó de luchar. James cumplió con su promesa y la liberó, permitiendo que la chica se diera media vuelta para encontrarse nuevamente con aquel rostro familiar.

—Eres el hombre desnudo del bar.

—Sí. Me hubiese encantado que nuestro primer encuentro hubiese sido en otras condiciones.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Me seguiste?

—Este encuentro ha sido una completa casualidad. No tenía la menor idea de que encontraría a una mujer como tú en medio del bosque.

Retrocedió un par de pasos y continuó observando al caballero. Era él, aunque esta vez con ropa.

—Puedo traerte algo de ropa del pueblo si quieres. No entiendo cómo has pasado aquí tanto tiempo.

—Nadie debe saber que estoy aquí. Pero me encantaría que trajeras algo de ropa para mí. Aunque no sé si puedo confiar en ti.

Había algo en la actitud de aquel caballero que le inspiraba cierta confianza a la chica. Más allá de eso parecía ser su mirada penetrante que la poseía y dominaba. Era evidente que James sentía cierta atracción por Alisa, no había que ser demasiado inteligente para notarlo.

Alisa era una joven atractiva, y a pesar de su aspecto sucio y desaliñado, seguía despertando fácilmente el deseo de cualquier hombre. Ambos caminaron por el bosque mientras conversaban y se ponían al día, ya que, había pasado suficiente tiempo desde la última vez que Alisa había conversado con alguien.

—¿Cómo es que apareciste desnudo en aquel bar?

—No me creerías, pero no lo recuerdo.

—Es imposible que hayas terminado en ese lugar y no recuerdes nada. Debiste haber sufrido una borrachera increíble.

Ambos rieron a carcajadas después del comentario, pero Alisa sabía perfectamente que algo misterioso había detrás de aquella aparición de aquel hombre.

—Debo volver al pueblo, te prometo que mañana volveré con algo de ropa, comida y lo que desees. Guardaré tu secreto si así lo desees.

No había demasiado que analizar, ambos se desearon desde el primer encuentro y el destino había sido muy benevolente con ellos al encontrarlos una vez más.

Tras esa despedida, James volvió al pueblo como había prometido y regresó durante cada día a conversar con la chica durante un par de horas cada tarde. Era su lugar clandestino para conversar y desconectarse del mundo real.

—¿No piensas volver a la ciudad? He escuchado que el jefe de policía te busca como un loco.

—Es mi abuelo. No se detendrá hasta dar con mi paradero.

—¿Tu abuelo? Ahora entiendo la insistencia. Es un hombre muy particular.

—Nunca me ha dejado vivir a mis anchas. Me limita y me cerca todo el

perímetro. A veces creo que lo odio.

Ambos guardaron silencio ante el desahogo de Alisa. No era la situación más cómoda para James, quien decidió cambiar drásticamente de tema.

—Eres una mujer muy hermosa. Espero que no te moleste el cumplido.

Alisa se sonrojó inmediatamente. Sabía que era peligroso un juego de seducción en aquel lugar, ya que, terminaría follándose a este sujeto en menos de un par de minutos.

Aunque lo deseaba, no quería llegar a ese punto, pues la amistad que estaban desarrollando parecía ser valiosa, por lo que, lucha con esa bestia interior que quiere ser liberada para follar y correrse de forma demente sobre este extraño.

Por un momento su mente se desconectó en medio de la conversación e imaginó que saltaba sobre él y le arrancaba la camisa para morder su pecho. Era un hombre muy masculino y viril, y tan solo su olor la incitaba a quebrantar sus propias normas.

—¡Hey! ¿Estás bien? —Preguntó James, al ver que la chica no prestaba atención a sus palabras.

—¿Perdón, decías algo?

—Debo volver a casa, se hace tarde y la noche y yo no nos llevamos muy bien.

—¿Le temes a la oscuridad?

La chica bromeó para liberar la tensión de su trance de ilusiones.

—No es a la oscuridad, sino a lo que ella representa para mí. No entenderías.

James se despidió de Alisa con un beso en la mejilla, pero sus deseos no pudieron contenerse más y los labios del apareja se encontraron por primera vez. Fue un beso torpe e improvisado, pero el sabor fue delicioso.

Las manos de James se posaron en la cintura de la delgada joven, mientras esta acariciaba el cabello de su compañero. Sus lenguas jugaban descontroladamente sin límites, aunque ambos sabían que iban directo a un desenlace muy particular. Alisa quería ser follada por este semental de hombre, pero el sujeto se veía nervioso y ansioso.

—¿Ocurre algo? No te ves bien.

James vio hacia el cielo y vio que la luz del día prácticamente ya se había ido, por lo que decidió marcharse sin dar explicaciones.

—¡Volveré mañana! —Exclamó desde la distancia.

El acceso al bosque era muy limitado, nadie entraba a este lugar sin

ninguna razón en particular, por lo que, los constantes ingresos de James a la zona prohibida despertaron el interés de un par de hombres que trabajaban para Jack como parte de su grupo de vigilancia en los límites del pueblo.

—¿Dices que lo han visto entrar cada día durante la última semana?

—Cada día y a la misma hora, señor.

—¿Qué podría buscar ese hombre en el bosque?

—Quizá oculta algo o a alguien

Jack pensó inmediatamente en su nieta. Esto lo llevó a tomar su arma y abandonar aquella oficina.

—Sígueme. —Ordenó Jack.

Dirigiéndose hacia la modesta habitación donde dormía James, Jack iba dispuesto a obtener respuestas a todas sus preguntas. Estaba cansado de las evasiones del forastero, quien no estaba en las mejores condiciones para atender la visita inesperada de Jack.

—Abre la puerta, sé que estás allí. Tenemos que hablar.

Jack golpea la puerta con mucha fuerza. Detrás de él se encuentran dos de sus hombres que actúan como respaldo. No se escucha nada en el interior de la habitación, pero saben que está allí.

—Si no abres la maldita puerta, nos veremos obligados a entrar. —Advirtió Jack por última vez.

Al cumplir con sus amenazas, Jack finalmente ingresó al lugar, pero no encontró a nadie, solo prendas de vestir femeninas sin usar y los harapos de un vestido que le pareció familiar.

—¿Es de su nieta, señor?

—Traigan la cabeza de ese mal nacido.

V

Incursión a un nuevo mundo

Luces iluminaban el bosque gracias a los focos de las linternas que utilizaban los hombres de Jack. Avanzaban a un paso lento con la ayuda de algunos perros para olfatear la prenda de vestir perteneciente a Alisa.

Ya estaba completamente seguro de que los constantes ingresos del extraño forastero al bosque estaban vinculados con la desaparición de su nieta. Los animales llevaban rápidamente a los hombres hacia la ubicación desconocida, aunque no era lo más inteligente hacer aquella búsqueda de noche.

No tenía la menor idea de lo que aguardaba la oscuridad de aquel bosque, ya que, nunca en su vida habían enfrentado la verdadera maldad. A un paso constante pero bastante torpe, los hombres consiguen avanzar lo suficiente como para encontrarse a una distancia bastante corta de Alisa. La chica, logró despertar al escuchar los ladridos de los perros, ya que, en el silencio nocturno se podía escuchar todo a muchos metros de distancia.

James no estaba en su casa, y la chica no estaba con él, su ubicación era desconocida tanto para Jack como para Alisa, quienes parecen estar muy cerca de volver a encontrarse después de haber transcurrido largos días de ausencia.

—Quiero que encuentren a Alisa esta noche. Si encuentran a ese desgraciado no duden en actuar. —Exclamó Jack.

Los hombres tenían instrucciones claras de hacer pagar a aquel hombre el hecho de haberse llevado secuestrada a la chica. Eran puras suposiciones, pero había atado todas las pistas para poder determinar aquel veredicto.

El simple hecho de haber llegado recientemente al pueblo y que de pronto todo hubiese comenzado a ir de forma tan extraña, le había dado razones para sospechar. Encontrar la prenda de vestir de Alisa en su habitación había sido la última prueba necesaria para poder embestir en contra de él.

—Los perros están muy nerviosos, señor. ¿Está seguro que debemos avanzar? —Preguntó uno de los hombres.

Los caninos estaban realizando su trabajo de manera efectiva, pero había cierto nerviosismo en su forma de actuar. Era como si percibieran que están acercándose a algo completamente sobrenatural.

—¡No dejen de avanzar! Tenemos que encontrarla.

Alisa se sintió finalmente atrapada, ya que, después de haber sido una prófuga de su propio abuelo, este había logrado dar con ella. Pensó en James,

quien posiblemente la había delatado, pero después de haber escuchado todas sus historias, no era posible que aquel nuevo amigo que había hecho, la hubiese traicionado.

Por la mente de Alisa transcurrieron una gran cantidad de ideas con respecto al hecho de que su abuelo había logrado dar con su ubicación, al menos en el área en la que se encontraba.

Llegó a pensar que habían detenido a James, que lo habían torturado para obtener la información, y cuando pensó en esto, de manera automática salió de su escondite, necesitaba asegurarse de que James estuviese a salvo.

—¡Aquí estoy! —Gritó Alisa en medio de la oscuridad.

Los hombres lograron escuchar aquel grito ahogado en medio de la noche y se dirigieron justo en esa dirección.

—Sabía que ese malnacido la tenía secuestrada en este lugar. Avancen con cuidado y estén alertas.

Alisa lloraba continuamente. Sus ojos se encontraban inundados en lágrimas al asumir una realidad de la que había huido. Nuevamente debería estar bajo el seno de su abuelo y viviría encerrada con más limitaciones de la que tenía antes. La independencia con la que soñaba se estaba esfumando una vez más de sus manos, por lo que, la desolación y la frustración la invaden.

Acaba de descubrir lo importante que es James para ella, ya que, ha puesto el bienestar de este caballero por encima de los deseos de ser libre. Finalmente, los perros llegaron a la ubicación de Alisa, hay unos escasos 50 m lograron divisar a la chica parada en medio de la oscuridad con sus manos cubriendo su rostro al ser encandilada por la iluminación de las linternas.

—¡Alisa, quédate dónde estás! Pronto iremos en tu ayuda.

Uno de los perros se detuvo abruptamente al escuchar algo anormal.

—¿Qué pasa, Spike? Sigue avanzando, chico.

El perro veía en una dirección completamente diferente donde se encontraba Alisa. Se había paralizado este animal a la espera de la aparición de algo desconocido para el resto de los presentes.

El animal parecía temblar de miedo y lloraba con quejidos que evidenciaban el terror que experimentaba el canino. De pronto, corrió tan fuerte en la dirección opuesta que se soltó de la mano de su amo.

—¡Spike, perro estúpido! ¡Ven aquí!

Fue la última vez que vieron al animal, pero no tenían tiempo de ir por él, al llegar la mañana, posiblemente lo encontrarían en el pueblo, ya que, sabía cómo regresar a casa. Jack no dejó de avanzar, ya que, estaba cegado por la

idea de volver a encontrarse con su nieta, pero debió hacer silencio.

—Al fin te encontré, ¿dónde está ese desgraciado? —Preguntó Jack.

—¿De qué hablas? ¿A qué desgraciado te refieres?

—El forastero, te tenía prisionera en este lugar, ¿o no?

—Vine a este lugar huyendo de ti y de tu extremo control y manipulación. Es la única razón por la cual estoy aquí.

—No es posible. Te he dado todo lo que tienes. No puedes ser tan malagradecida. —Afirmó Jack con su acostumbrado temperamento lleno de ira.

El hombre caminó unos pasos para sostener a Alisa de la mano y llevarla de nuevo a casa, pero en ese instante, la imagen más aterradora que hubiesen visto jamás, apareció frente a ellos.

Aquel lugar no era el hábitat de un animal con semejantes dimensiones y características, ya que, era la primera vez que tenían un avistamiento tan cercano con una criatura como esta. Los ojos amarillos veían de forma fija a Jack, mientras avanzaba un paso cauteloso pero firme.

—¿Qué demonios es eso, señor? —Preguntó uno de los hombres, quien había mojado el pantalón ante el terror que había experimentado al ver semejante bestia.

Su tamaño era de aproximadamente 1.5 m de alto, con una cabeza que doblaba en tamaño la de un humano. Sus mandíbulas se veían fuertes y sus dientes goteaban la saliva que evidenciaba el apetito de la criatura. Se veía lista para atacar, destruir y desgarrar, por lo que, ninguno de los presentes era capaz de mover un músculo.

Era la primera vez que Alisa se encontraba con este animal, desde su estadía en aquel lugar, nunca había tenido un encuentro con esta bestia, por lo que, esta se pudo haber visto atraída por el ruido de los perros y las voces de los hombres.

—¡Dispárale! —Ordenó Jack a uno de sus hombres.

Pero, cuando este levantó alarma para apuntar, la bestia saltó sobre él y con su garra creó una herida tan profunda en el pecho, que el hombre cayó inmediatamente. Fue algo casi instantáneo, por lo que, no hubo tiempo de reacción. Acto seguido, las fauces del animal se incrustaron en la garganta del segundo hombre, matándolo instantáneamente.

La bestia con aspecto de lobo, se disponía a atacar a sus próximas dos víctimas, pero por alguna razón, había ignorado completamente a Alisa. Estaba completamente enfocado en Jack, quien se encontraba desarmado. Su

instinto paterno lo llevó a cubrir a Alisa, mientras temblaba de terror al saber que estaba a punto de morir en condiciones similares a las de sus hombres.

Era una guerra de miradas, ya que, la bestia no parecía estar dispuesta actuar aún. Evaluaba a su víctima, calculaba cada uno de sus movimientos, asegurándose de que era una amenaza real.

Jack solo intentaba proteger a su nieta, ya que, no tenía ninguna arma que pudiese servir en contra de aquel animal de pelaje negro. Fue entonces cuando el ataque llegó, Alisa cayó al suelo y golpeó su cabeza contra una raíz del árbol, perdiendo la conciencia instantáneamente.

Fueron las manos del propio Jack que la enviaron al suelo de manera instintiva, mientras la bestia se encargaba de atacar a su tercera presa de la noche. Un aullido desgarrador se escuchó en medio de la noche de luna llena, mientras Alisa perdía la conciencia para no saber qué ocurriría después. Al llegar la mañana, todo parecía haber sido una horrible pesadilla, pero Alisa se encontraba tendida aún con su cabeza sobre la raíz.

Los cuerpos de los hombres ya no estaban, y las pruebas de que algo tan terrible había ocurrido aquel lugar parecían haber desaparecido instantáneamente.

Lo único que quedó como evidencia de que algo había ocurrido en aquel lugar era el golpe en la cabeza de Alisa y una linterna que aún permanecía encendida en el suelo. Sí había pasado, había sido real, por lo que, Alisa comienza a crear una gran cantidad de preguntas en su cabeza en torno a las razones de porque no había muerto esa noche.

Si el animal estaba en búsqueda de víctimas o alimento, todos debieron haber muerto, pero por alguna razón, ella aún se encontraba a salvo. No tenía fuerzas para salir de aquel lugar, ya que, no sabía lo que le esperaba a llegar de nuevo al pueblo.

Caminó durante algunos minutos hasta llegar a la orilla del río, donde podría tomar un poco de agua y lavar su rostro. Era algo completamente nuevo para ella, se sentía confundida, mareada y el golpe en su cabeza palpitaba fuertemente. Algo muy extraño había ocurrido, pero no tenía explicación para ello.

En la distancia, pudo visualizar algo que llamó enormemente su atención, parecía ser un cuerpo, por lo que, corrió hasta allí para asegurarse que no se tratara de su abuelo o alguno de los hombres que trabajaban para él.

Quería asegurarse de que estuviese bien, así que corrió río abajo para encontrarse con algo realmente curioso. Mientras corría, pudo sentir un leve

dolor en el tobillo, por lo que, revisó la zona para visualizar una pequeña mordida que posiblemente había sido del animal.

Estaba fresca, pero no sangraba, así que, Alisa solo rozó con sus dedos la superficie y continuó avanzando. Lo que encontró la dejó sin palabras. Se trataba de James, quien se encontraba a la orilla del río completamente desnudo, como la primera vez que lo había encontrado.

Esta vez, no sintió miedo ni terror, solo necesitaba saber qué le había ocurrido. Posiblemente, los hombres de su padre lo habían encontrado y le habían dado una paliza, no estaba segura de nada en lo absoluto.

Hizo un gran esfuerzo para despertarlo, ya que, parecía estar sumido en una especie de coma. Utilizó agua, dio algunas bofetadas y sacudió su cuerpo pensando que estaba muerto, pero su respiración indicaba lo contrario.

Después de continuos intentos, finalmente aquellos ojos negros se mostraron. James despertó confundido y lleno de miedo, ya que, estaba desnudo en medio de la nada y completamente alterado.

—¿Estás bien? Soy yo, Alisa.

Encontrarse con aquellos ojos verdes tranquilizaron casi de manera instantánea a James, quien en abrazó a la chica de manera inesperada. La necesitaba, era como si hubiesen pasado meses desde la última vez que la vio, por lo que, aquel abrazo había dejado totalmente desconcertada a Alisa. James la apretó de forma tal, que parecía que iba a romper sus huesos. Quería tenerla allí para siempre.

—Gracias al cielo que estás bien. —Dijo James.

En su cabeza había destellos de imágenes confusas y difusas, pero en muchas de ellas aparecía Alisa, por lo que, parecían ser pedazos y fragmentos de alguna pesadilla terrible que había tenido durante el sueño. Pero muchas preguntas surgían en la mente de Alisa, quien estaba más llena de confusión que el mismo James.

—Los hombres de mi padre me encontraron. Al parecer también lo hicieron contigo. ¿Cómo es que has llegado hasta aquí y terminaste desnudo de nuevo? —Preguntó Alisa.

James intentó ponerse de pie e ignoró la pregunta de la chica, se acercó a la orilla del río y lavó su rostro.

Para la joven Alisa era bastante difícil ser discreta, ya que, sus ojos se le iban solos directamente hacia la zona genital de aquel caballero. Visualizaba sus glúteos mientras inclinaba en la orilla del río, y al darse media vuelta, su pene se robó toda su atención.

—Necesitas algo con que cubrirte, vamos al árbol.

James no dudó en seguir a la chica, y al caminar desnudo por el bosque parecía sentirse en un estado natural. No experimenta vergüenza o pudor, mientras que, Alisa se ruboriza al tener a un hombre completamente desnudo frente a ella. No se trata de cualquier hombre, es un hombre que desea y quien despierta una gran cantidad de sensaciones en ella que la tientan a traicionar sus propias reglas.

Tiene a James en un lugar muy especial en su vida, en el poco tiempo que han compartido, ha aprendido valorarlo, por lo que, no quiere arruinar todo con una simple noche de sexo que posiblemente terminará en un gran problema sentimental.

El destino la ha puesto frente a este hombre en dos situaciones similares, por lo que, ya es realmente difícil para ella poder soportar las ganas de ser poseída por un ser tan espectacular como lo es James.

—¿Puedes contarme lo que ocurrió anoche? —Preguntó James

—Tengo imágenes muy confusas. Lo único que puedo decirte es que tengo una herida en la cabeza al caer y una herida en el pie, de lo que parece ser una mordida.

—Déjame verla, por favor. —Dijo James

—No es nada importante, al parecer.

—No es posible. —Interrumpió James.

La chica no pudo evitar alarmarse al ver el rostro de su compañero. Algo lo perturbó de manera instantánea.

—¿Pasa algo malo? —Preguntó Alisa.

—No, no es nada. Solo es una herida.

James sabe algo, pero lo está ocultando. Alisa no le da demasiada importancia y continúan avanzado hasta el gran árbol que ha sido su refugio durante semanas.

Al llegar, extrajo algunas prendas de vestir que rompieron para crear algunas vestiduras para James, quien parecía lucir cada vez más atractivo para la chica. El deseo era latente y mutuo, pero ninguno de los dos parecía estar dispuesto a dar el paso.

—Lo que pasó aquí ayer fue real y lo sabes, ¿no?

—Es difícil de creer, pero creo que no tengo otra opción que creerlo.

James se acercó y acarició la herida en el tobillo de la chica. Alisa se estremeció al sentir como la tocaba este caballero.

—Te molesta si...

—¡Hazlo!

Alisa no estaba segura de a qué le había dado autorización, pero de lo que sí estaba segura es de que el deseo la consumía. Las manos de James comenzaron a ascender por la pierna de la joven, y aunque su mente aún estaba llena de preguntas, estas se vieron nubladas por las ganas de conocer el cuerpo de James en medio de una sesión de sexo al aire libre.

Cuando sintió como los dedos de James llegaban a su zona genital, supo perfectamente que no había marcha atrás, quería ser poseída, ya no había nada que esperar.

Ambos cuerpos se dejaron caer al suelo, y allí, sobre las hojas moribundas que habían caído de aquel enorme árbol de roble, James decidió poseer el cuerpo de la mujer que más había deseado en toda su existencia.

VI

En las garras de la pasión

Por un par de minutos decidieron detenerse y simplemente observarse. La mirada de la joven estaba llena de ilusión y expectativas, mientras que, los ojos negros de James únicamente hablaban de la pasión y el deseo que sentía en ese momento.

Alisa estaba llena de ilusión ante la posibilidad de estar iniciando algo con lo que podría compenetrarse seriamente. No era un hombre similar a lo que conocía en el pasado, era diferente y la compañía de este la hacía sentir como una verdadera mujer.

No era los simples chicos que follaba en un salón de clases, este hombre tenía algo dentro que despertaba lo más ardiente de Alisa. Sincronizados perfectamente, ninguno de los dos estaba dispuesto a romper el silencio y la magia de ese momento que surgió de forma inesperada. La mano de James acaricia el rostro de la chica mientras esta sonríe en señal de agrado.

No hay palabras para describir las emociones y sensaciones que están surgiendo dentro de ellos en ese momento, pues saben a lo que están a punto de enfrentarse. James no ha planificado su llegada a la vida de Alisa, pero ha tomado en cuenta los caprichos del destino que lo han llevado literalmente arrastrado hasta aquel lugar.

Encontrarse con esta joven no ha sido una casualidad, desde que se encontró por primera vez con ella, supo perfectamente que acabaría cavando profundamente en su alma.

Volvía cada día al bosque con la intención de cosechar una amistad con alguien especial, y aunque había un deseo latente que lo consumía por dentro, sabía que debía esperar el momento correcto. No era una relación impulsiva y dominada por el deseo, al menos hasta ese momento.

Ambos respiraban profundamente para controlar esas sensaciones que los obligaban cada día acercarse al otro y simplemente arrancarle la ropa para follarlo en ese momento.

La gran cantidad de resistencia existente entre ambos personajes durante sus continuos encuentros, había demostrado el gran interés que tenían en mantener las cosas en buen término. Pero ese ser primitivo que habitaba dentro de ellos había tomado el control por primera vez.

Como si se tratara de una fiera atacando a su presa, finalmente, James llevó sus labios hacia el cuello de la chica, dando un beso intenso que succionó la piel de la chica, enrojeciéndola inmediatamente.

Alisa se excitó de manera instantánea, era como si hubiesen presionado un botón mágico que activaba todos sus sentidos. Llevó su mano hacia la espalda del caballero y sintió la necesidad de incrustar sus uñas en su piel.

Todo había pasado de ser tierno y dulce a una demostración de pasión y violencia controlada. No era la intención de ninguno de ellos hacerse daño mutuamente, pero los deseos e impulsos que los controlaban los llevaban a comportarse de maneras totalmente diferentes.

Alisa siempre había sido víctima de sus deseos, pero esta vez el control no era de ella. Por primera vez, dejaba que un hombre la dominara y la llevara al lugar que él deseara, poniéndola en una situación de vulnerabilidad en la que sería poseída en múltiples formas. James había logrado introducirse en lo más profundo de la mente de la chica, quien lo pensaba constantemente en todo momento.

Había tocado sus labios y ya estaba enamorado de ellos, sus manos están habituadas a las curvas del cuerpo de Alisa, adoraba su aroma, y el sabor de su piel era indescriptible para el caballero.

Los besos que comenzaron en la zona del cuello de la hermosa joven de piel blanca, se fueron desplazando gradualmente hacia sus senos. Besaba su pecho para finalmente descubrir un par de senos tamaño modesto, pero con la apariencia perfecta. Simetría absoluta y un color rosado en sus pezones lo llevaron a lamerlos con suavidad.

De manera casi instantánea, estos se endurecieron, mientras Alisa cerraba sus ojos para comenzar a gemir. Encontrarse en medio de la nada, sin nadie que los observara o juzgara, le dio la libertad absoluta a Alisa de comportarse por primera vez como realmente quería. Siempre había tenido que solapar sus gemidos para no ser descubierta o escandalizar al oyente, pero esta vez, sería ella misma, sin límites ni restricciones.

Sus piernas y sus manos comenzaron a moverse como si de una danza se tratara, acariciaba su cabello, tocaba la piel de James y sus pies se rozaban uno a otro mientras sentían los besos del caballero.

Una tormenta de sensaciones la recorría completamente desde la punta de sus dedos de los pies hasta el último cabello, llevándola poco a poco hacia una dimensión en la que el placer era la única regla.

La lengua de James hacía movimientos circulares en sus pezones, la mano

del caballero se deslizó de manera inesperada hacia su zona vaginal. Entró sin permiso, pero bien recibido, su dedo medio acaricia su clítoris y sintió como este comenzaba endurecerse progresivamente. Alisa estaba empapada en fluidos, con una temperatura incalculable en su entrepierna que parecía que calcinaría su ropa interior.

Las piernas de la joven se separaron y James tuvo la oportunidad de extraer la pequeña prenda de vestir. La bajó hacia sus rodillas y allí tomó la curva para llevarla hacia sus tobillos.

Alisa colaboró con él y determinó deshacerse de la prenda de vestir para abrir sus piernas como una flor lista para que el colibrí bebiera de su néctar. Cierra los ojos para sentir cada uno de los estímulos que le proporcionaba su compañero, quien mojó sus dedos en la boca de la chica para finalmente introducirlos dentro de la vagina de la misma.

Su dedo medio e índice entraron sin problemas, saliendo completamente lubricados y chorreantes de fluidos. Esta vez los dedos fueron a la boca del caballero, quien degustó el sabor de la hermosa mujer, estaba probando un manjar de los dioses.

Este acto excitó enormemente a Alisa, quien arrancó prácticamente con un movimiento la camisa del hombre. Estaba actuando de forma salvaje y su pulso cardíaco aumentaba cada vez más.

Sentía ganas de morder, de rasguñar, lastimar y gritar, una gran cantidad de sensaciones salvajes que la dominaban. Se sentía poseída por espíritus ancestrales, algo místico que la llevaba hacia algo totalmente diferente.

James se deshizo de vestiduras para finalmente encontrarse completamente desnudo frente a la chica. Su miembro estaba completamente erecto. Estaba duro como un roble y con un color rosado en el cual podría verse claramente cada una de las venas brotadas ante la fuerte irrigación sanguínea.

Estaba listo para follarla, y Alisa prácticamente lo pedía a gritos. El caballero se posó sobre ella y acarició su cabello mientras su glánde acariciaba el clítoris de la chica. La propia Alisa sostuvo el pene con sus delicadas manos y los frotó suavemente contra la superficie de su vagina, este se lubricó lo suficiente para poder entrar de forma suave y deslizante. Cuando lo tuvo completamente adentro, descubrió que este era el hombre que había esperado toda su vida.

Esa cantidad de encuentros casuales en búsqueda de algo que desconocía, había terminado. James había comenzado a penetrarla una y otra vez mientras la chica se sacudía en el suelo como si no tuviese voluntad.

Sus piernas abrazaron la cadera del caballero mientras este se contorsionaba una y otra vez para penetrarla de forma salvaje. Nunca había tenido a un hombre con dimensiones tan grandes dentro de ella, por lo que, sentía como si el miembro fuese salirle por la boca.

Esto es algo inexplicable para ella, ya que, no tenía ningún tipo de participación hasta ese momento en el acto. Siempre había mantenido el control durante el sexo, pero esta vez le había cedido todo el mando a este hombre que estaba haciendo un trabajo espectacular. James sabía perfectamente dónde tocar, cómo besar y donde rozar la piel de la chica para estremecerla.

Era como si se conocieran desde hacía cientos de años, como si dos criaturas milenarias se hubiesen encontrado a través de los cuerpos estos dos seres corrientes. James sujeta las piernas de la chica para mantenerlas abiertas y tener la libertad de penetrarla una y otra vez, Alisa rasguña el pecho del caballero mientras este ve como su piel queda enrojecida ante el acto salvaje de su compañera.

Los gemidos hacen eco en todo lugar, ninguno de los dos tiene límites y van en busca de esa cúspide del placer que saben que no tendrá precedentes. Alisa se dirige hacia un orgasmo explosivo y animal, algo que no había experimentado nunca en el pasado.

Cualquiera de los chicos que deseara compararse con James, quedaría en ridículo completamente. Lo que necesitaba Alisa a su lado lo estaba teniendo justo en ese instante. Un hombre fuerte, seguro de sí mismo y con algo de misterio, listo para darle placer de forma ilimitada hasta hacerla rogar por un descanso.

Cada gemido de Alisa daba una señal perfecta a James de que estaba haciendo un trabajo excepcional. Cada vez que su miembro entraba en lo más profundo de la cavidad vaginal de la hermosa joven de ojos verdes, esta dejaba salir un alarido que parecía el aullido de un lobo.

Dos lágrimas salieron de los ojos de Alisa, quien estaba rebosante de felicidad al haber conseguido finalmente un hombre que complaciera sus deseos tal y como ella quería.

No tuvo que dar instrucciones o indicarle que era lo que quería, el hombre se desempeñaba de manera excepcional sin ningún tipo de guía. De pronto, James se puso de pie para cambiar de posición, ya que, quería experimentar cosas nuevas con su amante.

Toma a Alisa de las manos para ayudarla a ponerse de pie, aunque esta

tenía muy poca fortaleza en sus músculos. Había sufrido dos orgasmos involuntarios de manera inesperada, y estaba segura de que conseguiría un tercero si dejaba que James desempeñará toda la labor.

Apoyándola contra el árbol, la chica incrustaba sus uñas en la corteza de la milenaria planta, mientras el caballero rebotaba contra ella penetrando la una y otra vez mientras sus manos se sujetaban a sus deliciosos glúteos. James tenía una vista espectacular de la espalda de la chica, su cabello negro largo caía sobre esta mientras el sudor comenzaba a gotear del cuerpo de la joven.

Rebotaba cada vez con más fuerza en contra de sus nalgas, mientras la chica jadeaba y disfrutaba del encuentro. Pronto, la mano del caballero sujetó el cabello de la chica, quien por primera vez permitía que alguien la tratara de esta forma.

La llevó hacia su rostro y una lamida en su cuello hizo que se estremeciera absolutamente. Sintió una especie de impulso eléctrico que recorría toda su espalda y allí estaba, su tercer orgasmo llegando de manera inminente, lo que dejó salir una gran cantidad de fluidos.

James sonrió ante la efectividad de sus movimientos, pero las piernas de Alisa estaban dejando de responder. Estaba realmente agotada, quería desplomarse en el suelo y disfrutar de la tranquilidad posterior al orgasmo, pero no, debía seguir allí complaciendo a su compañero, quien aún no había descargado toda su pasión en ella. De pronto, James se sujetó fuertemente a los senos de la chica y la penetró hasta lo más profundo que pudo.

Gimió de una manera irregular, hasta finalmente gritar tan fuerte que, en cada rincón del bosque se escuchó la voz de aquel hombre salvaje. La corrida fue brutal dentro de la chica, las gotas de fluido blanquecino brotaban de la vagina, corriendo por su pierna, sintiendo la temperatura cálida del semen de su compañero, quien ahora sí estaba satisfecho. Alisa se dio media vuelta y se puso de rodillas para succionar hasta la última gota de semen de su compañero.

Quería sacarle hasta lo último, así como lo hacía en su trabajo con las vacas, debía hacerlo de manera perfecta y suave, ya que, la superficie del miembro del caballero había quedado sumamente sensible.

Alisa introdujo el enorme pene hasta lo más profundo de su garganta hasta finalmente extraerlo para succionar con mucha fuerza. James acaricia el cabello de su compañera, se contorsiona ante el estímulo tan fuerte y finalmente, decide ayudar a la chica a ponerse de pie.

—Lo que has hecho no puede describirse con palabras. Eres increíble. —

Susurró James en el oído de la chica.

La joven no tenía aliento para responder a las palabras de su compañero, simplemente dejó que su cabeza reposara en el pecho de su amante para recuperar algo de energía.

Así permanecieron hasta que los rayos de luz proveniente del sol comenzaron a desaparecer. Ambos habían quedado profundamente dormidos y han perdido la noción del tiempo, pero el instinto había despertado a James de forma repentina, descubriendo que el tiempo estaba punto de acabarse.

Al ver que estaba oscureciendo, James decidió tomar rápidamente sus vestiduras y volver a casa. Su nerviosismo despertó la preocupación de Alisa, quien no entendía por qué debía irse de forma tan repentina.

—Pasa la noche conmigo, no tienes que irte.

—Eso me encantaría, pero eso es algo que no puedo discutir. Debo irme.

Los ojos de James estaban llenos de miedo, como si esperara que algo muy malo ocurriera.

—¿Al menos puedes decirme qué pasa?

—Todo ha sido espectacular, y volveremos a vernos mañana, pero debo irme.

No hubo más despedida que esa. James corrió hacia el bosque dejando a Alisa completamente desconcertada y dudando acerca de su desempeño durante el sexo. Se cuestionaba acerca de la posibilidad de haberlo hecho de una forma decepcionante, pero la actitud de James no tenía que ver con decepción.

Los ojos del caballero proyectaban un miedo terrible, por lo que, Alisa no tiene más alternativa que esperar el regreso de James para intentar obtener explicaciones.

La noche finalmente llegó, y con ella una gran cantidad de cambios que parecían ser imposibles. Mientras los escasos rayos de luna llena iluminaban el bosque, Alisa se retorció dentro de su refugio con un fuerte dolor estomacal. La herida en su pie palpitaba, y una gran cantidad de alucinaciones se estaban produciendo en su cabeza.

Mareos, náuseas y una gran cantidad de espasmos se llevaban a cabo, algo muy grave le estaba ocurriendo y estaba muy lejos del pueblo como para intentar pedir ayuda. No quería morir en ese lugar, sola y en medio de la noche, y adicionalmente, sabiendo que había una bestia en los alrededores.

Había comentado su vivencia a James, pero este había evadido el tema por alguna razón.

Reuniendo fuerzas y mucho valor, Alisa decidió salir de su refugio y buscar ayuda en el pueblo, pero solo pudo avanzar unos pasos. Cayó de rodillas mientras su espalda se contorsionaba de forma indescriptible, mientras la sudoración caía a chorros en el suelo.

No tiene la menor idea de lo que está pasando, pero en vez de sentir miedo, experimenta una gran cantidad de adrenalina que acelera su corazón de manera salvaje.

Pierde la conciencia de forma momentánea, pero aún está de pie. Su cuerpo ha cambiado unos minutos después. Lo que puede verse en el bosque con los escasos rayos de luz de la luna, no es humano.

VII

Represalias contra la bestia

Después de haber vagado durante horas por todo el bosque, finalmente, Jack había logrado volver al pueblo. Por alguna razón, aquella bestia que lo había atacado esa noche no lo había matado. Después de haber vivido algo tan aterrador e inexplicable, la muerte hubiese sido la salida más sencilla para el viejo policía.

Tener que lidiar en su cabeza con la existencia de un ser tan terrible en los alrededores del pueblo en el que había crecido, no era fácil de manejar y sabía perfectamente que todos lo catalogarían de loco al narrar lo que había ocurrido. Jack es un hombre respetado en el pueblo, por lo que, cualquiera de sus testimonios siempre era tomado con mucha seriedad, pero después de su aparición, todos dudaban acerca de su cordura.

—Dice que es una bestia con aspecto de lobo y con el tamaño de un toro.

—Pobre Jack, creo que ya se está haciendo viejo.

Los policías bromeaban a las afueras de la sala de interrogación, no daban crédito a nada de lo que una y otra vez narraba de forma precisa el viejo Jack.

—Debemos hacer una revisión en la zona, la desaparición de Rafael y Gerardo, aún no se ha solucionado.

—Intentaré que me diga la verdad una vez más, si no, tendremos que tomar medidas drásticas. —Afirmó el joven policía antes de ingresar nuevamente a la sala interrogación.

Mismas preguntas y mismas respuestas.

—Ya te he dicho que es lo que ocurrió unas siete veces. Sé que piensas que estoy loco, pero no lo estoy.

—Dices que esa bestia mató a los chicos, ¿por qué no lo hizo contigo?

Gran silencio se generó en la sala, lo que generó cierta duda en el joven policía. No se sentía muy bien interrogar a su jefe, pero las condiciones en las que se había dado la desaparición de sus compañeros, ameritaban cierta objetividad para poder solucionar la problemática.

—Debió matarme, eso hubiese facilitado mucho las cosas, pero no lo hizo, creo que haber sobrevivido será una oportunidad para poder eliminar a esa bestia que amenaza la vida de nuestro pueblo.

—Ya fue suficiente, Jack. Mi paciencia se ha terminado. Te lo preguntaré

una vez más. ¿Dónde están los chicos?

—Ve al maldito bosque en la noche y descubrirás que lo que estoy diciendo es cierto. No tengo idea de donde están, solo recuerdo un caos total.

—Creo que estás en graves problemas, Jack. Vas a tener mucho tiempo para pensar en lo que has hecho. —Dijo el joven antes de abandonar la sala.

Las constantes afirmaciones del viejo policía habían hecho dudar a ambos caballeros, quienes habían pensado en la posibilidad de organizar una búsqueda exhaustiva de sus compañeros.

Aunque no daban crédito a nada de lo que decía Jack, aquella sensación en su corazón les decía que algo raro estaba ocurriendo. No creían en monstruos, fantasmas o criaturas extrañas, pero ir de noche al bosque tampoco era una idea que le parecía demasiado atractiva.

Había muchos más peligros en aquel lugar de los que ellos podían imaginar, así que, no era muy inteligente acceder al reto de Jack.

Dos sospechosos están en la lista de búsqueda del modesto departamento de policía, James resalta entre los sospechosos debido a la desaparición de la nieta de Jack y su vínculo con este hecho.

Desde la aparición de este forastero, las cosas en el pueblo habían estado bastante extrañas. Su consumo de licor era frecuente, y cuando se pasaba de copas, solía ponerse agresivo. James intentaba evadir una realidad que lo estaba consumiendo por dentro, pero al no compartir lo que ocurría con nadie, estaba comenzando a enloquecer.

—Busquemos al chico de barba y veamos que tiene que decir.

La pareja de policías abandonó el departamento en busca de James.

James estaba en la mira, pero esto no es importante para él, no hay pruebas que lo vinculen con absolutamente nada, excepto la ubicación de Alisa, algo de lo que no debe preocuparse demasiado, ya que, no fue este quien la llevó hasta allí.

Ha pasado toda la noche encerrado en su habitación, por lo que, a la mañana siguiente fue encontrado por los policías con sus ropas rasgadas tendido en la cama. Habían entrado a la habitación de hotel de forma abrupta, ya que, después de constantes intentos por llamar su atención, no hubo respuestas.

Al ingresar, encontraron algunas condiciones bastante extrañas dentro de aquella habitación, objetos que no habían sido vistos por Jack en su primera visita. Una gran cantidad de cadenas se encontraban en el suelo amarradas a una estructura de hierro, con grilletes liberados que parecían ser sacados de

una película de terror.

La primera impresión que pasó por la mente de ambos caballeros fue que este hombre tenía algunas inclinaciones particulares o fetiches durante el sexo, por lo que, no dieron demasiada importancia a las cadenas y grilletes. Cuando Jack visitó la habitación de James, estos objetos estaban ocultos de manera discreta, pero en esta oportunidad, James no había tenido la oportunidad de esconderlos en su lugar.

—Levántate, debes venir con nosotros. —Gritó uno de los policías, alterando enormemente a James.

Estaba confundido y sus ojos mostraban una mirada perdida, como si buscara identificar el lugar en el cual se encontraba

—Parece que has bebido mucho la última noche. Vístete, debemos irnos.

James estaba confundido y no tenía la disposición de oponer resistencia a los mandatos de la policía. Su última intención era despertar sospechas hacia él, por lo que, la colaboración era determinante.

Los acompañó al departamento de policía y se sometió al interrogatorio habitual. Sus respuestas fueron simples y claras, por lo que, no tenían razones para mantenerlo detenido más tiempo.

Tan pronto fue liberado, James necesitaba ver a Alisa y asegurarse de que se encontraba bien. Por lo que, fue a casa rápidamente y se cambió sus ropas. Al ver las cadenas expuestas, supo perfectamente que la policía las había visto, por lo que, siente algo de miedo ante la posibilidad de que descubran su más oscuro secreto.

Corrió al bosque, pero al llegar al refugio en el cual debía encontrarse Alisa, no estaba allí. Aún estaba en sus cosas, por lo que, no era posible que hubiese abandonado aquel lugar. Los gritos se escuchaban en todo el lugar iniciando una búsqueda exhaustiva por su compañera y amante.

—¡Alisa, respóndeme! ¿En dónde estás?

Gritos ahogados en medio de la nada.

Avanzaba con el corazón acelerado por la desesperación. Sabía que algo había ocurrido, por lo que, busca exhaustivamente por cada rincón de aquel bosque inmenso. Cuando huyó el día anterior, sabía perfectamente que debía ocultarse de algo que estaba por ocurrir. La transformación de Alisa era inminente, y esto era algo que sabía perfectamente que ocurriría, por lo que, decidió marcharse.

James manejaba más información de la que cualquier habitante de aquel pueblo podría entender, por lo que, solo está preocupado por el bienestar de

Alisa y debe estar con ella. Después de tres horas de búsqueda continua, finalmente, James logró dar con su objetivo.

Un cuerpo inerte se encuentra tendido sobre el pasto, desnuda e inmaculada se encuentra Alisa sin conciencia. Su cabello cubre su rostro, por lo que, James siente un terror increíble de acercarse y descubrir alguna realidad desagradable.

Al palpar su cuerpo, puede sentir la calidez de este, aún está con vida. El caballero se quitó la chaqueta y cubrió el cuerpo de la joven, envolviéndola como un capullo, para después cargarla y llevarla en brazos nuevamente al refugio. Pero en su regreso a aquel lugar, pensó que ya era momento de volver al pueblo, ya que, no sabía el estado de salud de la chica y posiblemente necesitaba atención médica.

Miraba fijamente la herida en el tobillo de la chica y sentía una sensación de culpabilidad terrible. Ya era prácticamente de noche cuando James y Alisa llegaron a la habitación del caballero. Se había asegurado de no ser visto por absolutamente nadie, el sigilo era una habilidad que había adquirido con los años.

Unas compresas de agua caliente habían sido colocadas en la frente de la chica, y se había encargado de abrigoarla lo suficiente para estabilizar su temperatura corporal.

Había estado expuesta a la intemperie quizá por un tiempo prolongado, por lo que, debía encargarse de la salud de la joven. Aquella noche, todo transcurrió de manera tranquila, por fortuna no había luna llena.

Despertar en una habitación desconocida para ella, le produjo una gran cantidad de nervios que la descontrolaron. Salió absolutamente desnuda de la cama y caminó hacia la ventana reconociendo el lugar. No tenía la menor idea de cómo había llegado allí y en qué momento lo había hecho, pero debía abandonar ese lugar cuanto antes y volver a su refugio.

El encierro y la tiranía a la que estaría sometida si volvía con su abuelo, si es que aún vivía, era algo que lo podía considerar posible en su vida, debía vestirse y salir de allí. Tomó sus vestiduras de una silla ubicada al lado de la cama, pero cuando se disponía a salir, la puerta de la habitación se abrió.

—¡Despertaste! Qué alegría verte de pie. —Dijo James

Alisa no pudo contener su felicidad y corrió directamente hacia el hombre. Lo abrazó fuertemente y dejó que sus labios besaran a los de su compañero.

—¿Qué está pasándome? —Susurró la chica en medio de los gestos de ternura y amor.

—Será difícil de comprender, pero no tengo más opción que revelarte la verdad acerca de lo que está pasando.

—Lo harás en otro momento. Ahora te necesito. —Respondió Alisa antes de besar profundamente a su compañero.

La intensidad de aquel beso hablaba claramente acerca de lo que deseaba la chica, por lo que, James se dejó llevar por las tentaciones y estaba dispuesto a complacer los deseos de la joven. Ambos caminaron directamente hacia la cama, desplomándose de forma abrupta sobre el colchón. Nuevamente el descontrol y el salvajismo se hizo presente en medio del acto.

James despojada de sus vestiduras a la chica mientras esta libera el pantalón de su compañero. Extrajo su miembro y no dudó un segundo en llevarlo a su boca. Era como si hubiese deseado hacer esto desde hacía siglos.

Cuando tuvo el pene dulce y suave en su boca, comenzó a degustarlo como si se tratara de un postre. Mientras lo tenía dentro de su boca, durante los primeros segundos estuvo flácido, pero rápidamente se endureció, llegando a esas dimensiones que tanto deseaba Alisa.

Sacudía su cabeza de manera brutal, intentando sacar hasta la última gota de semen una vez más. Se sujetaba a los glúteos del compañero mientras su cabeza se movía hacia adelante y hacia atrás, frotando el miembro de James con sus labios.

James se deshizo de su camisa, dándole la libertad a la chica de que acariciara su pecho y su abdominales mientras continuaba la felación. Ambos gemían levemente, pero esta vez debían ser un poco más discretos.

Se encontraban en una habitación de hotel en la cual había algunos huéspedes muy cercanos, y lo último que quería James era despertar la atención de las personas de aquel lugar.

Alisa se masturbaba intensamente mientras sentía el miembro dentro de su boca, empapándose rápidamente en fluidos para preparar su vagina para ser penetrada una vez más. Cuando se puso de pie, James la cargó en sus brazos y separó sus piernas.

Estaba allí, suspendida en el aire en los fuertes brazos de aquel hombre mientras la penetraba una y otra vez hasta hacerla llegar al primer orgasmo. La chica no entendía cómo era posible que aquel hombre la complaciera de manera tan espectacular en tampoco tiempo, ya que solo le tomó algunos minutos hacerla correrse de manera celestial.

Tras su primer orgasmo, James dejó la chica caer en la cama, dirigiéndose esta vez hacia la zona genital de la chica para degustar directamente de

la fuente de sus fluidos, introduciendo su lengua hasta lo más profundo de la vagina de la chica.

La penetraba con fuerza utilizando su lengua, mientras un pulgar hacía movimientos circulares en su clítoris. Alisa se retorció en la cama intentando impedir el movimiento del caballero, ya que, la estaba llevando nuevamente a un segundo orgasmo.

Era inútil, no podía medirse con la fuerza del caballero, así que, Alisa se rindió y dejó que este la llevara nuevamente hacia la cúspide del placer por segunda vez. Una explosión de fluidos empapó la cama, mientras la chica gemía de forma reprimida expresando su placer. Fue entonces cuando James decidió posarse sobre ella nuevamente para penetrarla sin piedad hasta hacerla llegar hasta el tercer orgasmo.

Solo le tomó 10 minutos complacerla nuevamente, dejándola sin fuerzas para finalmente sacudir su miembro de forma tan salvaje que eyaculó sin contemplación sobre los senos de Alisa.

Ambos decidieron descansar un poco antes de continuar con su conversación, era momento de asearse y descansar, ya que, la chica había demostrado claro signos de agotamiento, pero el apetito por sexo era incontrolable, había llegado a ignorar su cansancio.

Al despertar, aún era de día, por lo que, aun James no se mostraba nervioso. De manera casi instantánea, Alisa se dispuso a encontrar respuestas. Había salido de la cama y se había topado con las extrañas cadenas en la habitación de James, por lo que, sabe que algo nada normal está pasando.

—Quiero saber todos los detalles de lo que está ocurriéndome.

—Tranquila, sabrás cada detalle. Solo necesito un poco de café. —
Respondió James.

En medio de una taza del humeante fluido que acompañaba a la pareja durante aquella tarde, James tuvo la posibilidad de revelar las condiciones en las que había llegado al pueblo y su extraño comportamiento durante los últimos días.

Alisa escuchó con atención cada palabra.

La aparición de James en la puerta del bar no había sido voluntaria, la misma naturaleza se había encargado de darle una segunda oportunidad al dejarlo vivir después de que una gran masa de agua lo arrastrara desde las montañas la noche anterior.

James había decidido adentrarse en el bosque y asentarse en las montañas que irónicamente parecían ser las protectoras del pueblo. Allí, en lo más alto

de aquel majestuoso paisaje natural habitaba un hombre solitario que había decidido aislarse del mundo para evitar hacer más daño.

Sus transformaciones en las noches de luna llena lo habían llevado a derramar más sangre de la que podía recordar, por lo que, desaparecer era la única alternativa. No había nacido con esta condición, había sido convertido en condiciones similares a las de Alisa, una mordida que cambiaría su vida para siempre.

James aprendió a vivir con este don o maldición, según el modo en que se vea, pero volver a estar cerca de otras personas representaba un riesgo inminente para ellos. Esta era la razón de las cadenas. Sabe que cuándo la luna se posa sobre el pueblo debe tomar las precauciones de atarse él mismo mientras tenía conciencia, de esta forma, no podría lastimar a nadie.

La noche en que atacó a Jack y a sus hombres, no había tenido tiempo de llegar a casa, por lo que, la bestia afloró mucho antes de que tan siquiera pudiese abandonar el bosque.

Perdía el control de sí mismo, pero al parecer, el amor y deseo que sentía por Alisa, le habían permitido controlar su sed de carne fresca y evitar asesinar a la chica y a su padre.

La mordida en el tobillo de Alisa fue instintiva, algo que no pudo controlar. Había cambiado la vida de la joven para siempre, pero a pesar de ser algo delicado, a Alisa no parece molestarle del todo.

VIII

Lo que enviaron las montañas

La naturaleza había actuado como cómplice para la unión entre James y Alisa, quienes se encontraban separados por una distancia considerable, pero al parecer, sus espíritus ya permanecían juntos desde hacía ya un tiempo.

Todo lo que había deseado tener James en su vida, lo representaba Alisa y viceversa. Aquella lluvia torrencial que había amenazado con borrar del mapa al pueblo, había conseguido traer desde las montañas a un ser sobrenatural que llegaría a transformar la vida de Alisa.

Durante una de sus noches de transformación, James había salido a cazar transformado en aquella bestia enorme que aterrizaba a todas las criaturas de la montaña. Sus fauces destilaban saliva mostrando su apetito en busca de algún animal que saciará el hambre. Se desplazaba con velocidad por el bosque oscuro mientras las criaturas inocentes se escondían para no ser atrapadas por el animal.

El hombre transformado en bestia tenía una fuerza brutal que podía acabar rápidamente con un oso pardo. No había nada que pudiese interponerse entre ese licántropo y sus víctimas, por lo que, acercarse al río simplemente fue instinto.

Mientras se encontraba a las orillas del río, este creció de manera desmedida, llevándose todo a su paso. Arrastraba ramas, grandes rocas, arrancando de raíz una gran cantidad de árboles de cientos de años que habían permanecido en aquel lugar.

Había llovido durante días en la cima de la montaña, lo que había acumulado una gran cantidad de agua que, por efecto de la gravedad, se había precipitado de forma salvaje en dirección al pueblo.

James, transformado en lobo, fue víctima de esta embestida de la gran masa de agua, la cual lo arrastró directamente hacia el centro del pueblo, llevándolo durante toda la noche a través de su cauce, golpeándolo contra rocas y árboles durante todo su viaje.

Lo único que había salvado la vida de James era mantenerse transformado en lobo, ya que, mientras la luna estuviese iluminando con sus rayos la noche, este tendría la habilidad de permanecer convertido en bestia.

Era más fuerte, sus huesos resistían más y sus músculos eran mucho más

sólidos, por lo que, la gran cantidad de golpes que recibió durante su descenso desde las montañas, no había generado tanto daño como si lo hubiese sufrido en su modo humano.

James estaba condenado a una vida solitaria y aislada, ya que, mantenerse cercano a los seres humanos corrientes, ponía en riesgo la vida de ellos y podría iniciar una cacería en su contra.

Era mucho más sencillo para él habitar en las montañas y alimentarse de alguna que otra criatura que se pasaba frente él, esto había simplificado mucho su vida. Pero el aislamiento lo estaba consumiendo, necesitaba una compañera con quien compartir el tiempo y disfrutar de una vida normal, pero esto era completamente imposible.

No existía cura ni solución para el mal que él tenía, por lo que, la única solución era la muerte o encontrar a alguien lo suficientemente dispuesto como para acceder a esta vida y vivirla junto a él eternamente.

Desde el primer momento en que vio a Alisa en aquel bar, supo perfectamente que esta era la chica que siempre buscó. Aquellos ojos verdes con los que se encontró estaban llenos de curiosidad, de ganas de conocer otra vida, aburrida de todos los límites y condiciones que habían sido implantadas por su abuelo.

Alisa era la candidata perfecta, pero James había cometido el error de no consultarle antes de actuar. Dejó que la bestia decidiera por sí misma, mordiendo el tobillo de la chica para convertirla en un licántropo.

Alisa, sin saberlo había sufrido su primera transformación aquella noche, vagando por el bosque convertida en bestia sin saber a dónde ir. Fue hasta la mañana que había logrado convertirse nuevamente en humano, apareciendo desnuda sobre el pasto.

James conocía las consecuencias de esto, y era necesario que conociera cuáles eran las condiciones para poder llevar una vida normal. Se sinceró totalmente con la chica para que esta estuviese consciente de absolutamente todo lo que se venía en el futuro, pero a pesar de alarmarse enormemente durante los primeros minutos, Alisa logró entender que finalmente había encontrado su destino.

Toda la acción, diversión, y adrenalina que necesitaba en su vida, había llegado de la mano de una simple mordida de un ser sobrenatural. Tanto James como Alisa estaban destinados a estar juntos, tanto en su modo humano como en el modo licántropo. No era algo fácil de aceptar, pero las condiciones ya estaban dadas, y lo único que podían hacer era afrontar el futuro juntos.

—Las cadenas... ¿Para qué son? —Preguntó la joven con algo de miedo.

—Suelo encadenarme para no hacerle daño a nadie. Necesitaba mantenerme cerca de ti y no podía huir a las montañas nuevamente.

—Ahora puedo entender por qué no me asesinaste. Eras tú quien atacó aquella noche.

—Sí. No podía controlar absolutamente nada, pero quizás había algo en mí que no quiso hacerte daño. En otras condiciones puede haberte matado sin dudar.

Mientras la pareja se encuentra encerrada descubriendo las condiciones de una nueva vida juntos, una gran expedición había salido hacia el bosque en busca de la chica y pruebas acerca de los testimonios que había brindado Jack. Se habían adentrado más de 50 personas en busca de pruebas y rastros de lo que supuestamente existía en aquel bosque.

Caminaron durante horas en busca de cuerpos, pero estos no aparecieron. Solo encontraron algunas ropas dentro de un árbol, lo que había funcionado como refugio durante todo ese tiempo para Alisa.

—Señor, encontré algo. —Indicó uno de los jóvenes policías.

El zapato de uno de sus compañeros había aparecido justo a la orilla del río, por lo que, era posible que el cuerpo hubiese sido lanzado al agua y esta hubiese lo trasladado río abajo.

—No encontraremos nada aquí. Todo esto es un circo que ha armado Jack que para salirse de su responsabilidad. Ese hombre perdió la cabeza.

Todo parecía indicar que Jack estaba en graves problemas. Sus constantes testimonios que describían a una bestia paranormal que había aparecido en medio de la noche, cada vez lo hundían más. Se encontraba encerrado en la prisión del pueblo, donde pronto debía ser juzgado por el asesinato aparente de dos de sus compañeros de departamento.

Aunque le realizaron preguntas cientos de veces, siempre afirmó exactamente lo mismo y con detalles muy específicos. Esto hacía dudar enormemente a sus compañeros policías, pero no había forma de que algo tan descabellado hubiese podido pasar en aquel pueblo.

Rápidamente, los rumores y comentarios comenzaron a correr por todo el lugar, creándose una pandemia absoluta ante la posible existencia de un animal que podría asesinar a los habitantes de aquella localidad en cualquier momento.

Las noches de luna llena habían cesado, lo que les dio la oportunidad durante algunos días a Alisa y a James de tener una vida parcialmente normal,

aunque en el encierro. Era imposible que la chica se expusiera, ya que, para los ojos de todo el pueblo, la chica había huido o había sido secuestrada.

No podía vincularse con James a los ojos de todos, ya que, esto le generaría graves problemas. Jack era un hombre con influencias, y aunque permanecía encerrado, había hombres que todavía lo apoyaban.

Nunca cambió su discurso, y al no tener la menor idea que había pasado con los cuerpos de sus compañeros, toda la responsabilidad descansaría sobre sus hombros.

Pasaría un largo tiempo para que Jack pudiera volver a ver la luz nuevamente. Permaneció encerrado en un oscuro calabozo húmedo donde una y otra vez repasaba la imagen de aquella bestia atormentándolo en su cabeza.

Alisa, al conocer esta situación, pensó que era la forma más justa de que terminaran los días de aquel hombre, quien había generado, al menos desde su perspectiva, la muerte de su padre.

Jack, siempre había juzgado la forma en que Damián había criado a su nieta, por lo que, ver como aquel granero se despedazada sobre él, era una oportunidad para poder encargarse de la chica, con quien estaba aparentemente obsesionado. Podría moldearla a su gusto.

La relación entre padre e hijo nunca fue la mejor, y Alisa siempre fue la manzana de la discordia en muchas de sus discusiones. Damián estaba muy enfocado en su depresión y la ausencia de su difunta esposa, por lo que, recibía duras críticas por parte de su padre para que retomará las riendas de su vida. Poco a poco todo fue menguando, oscureciéndolo en una vida llena de tristeza y desolación, algo que decepcionó enormemente a Jack.

La muerte de Damián había sido su responsabilidad, ya que, a pesar de que sus heridas habían sido realmente graves, después de recibir el impacto del trozo de madera en llamas, aún tenía una oportunidad de vida y Jack se la arrebató.

Para Alisa, su abuelo había terminado justo donde merecía, por lo que, no experimentaba ningún sentido de remordimiento o culpa al saber que con solo abrir la boca y explicar todo lo que estaba pasando, su abuelo volvería a las calles.

Pero era completamente evidente que ese encierro al que se habían sometido Alisa y James tenía un tiempo límite, ya que, no podrían permanecer encerrados allí para siempre. Tampoco era la mejor opción para el caballero mantener encadenada a la chica durante tiempo indefinido, tenían que salir de allí.

—¿Estarías dispuesta a volver conmigo a mi antiguo hábitat? Las montañas son un lugar más seguro para las personas como nosotros.

Alisa lo dudó por un segundo. Pero la confianza que sentía por James no tenía límites. Si éste le estaba proponiendo algo como eso, tenía una razón de ser.

—Mi intención es quedarme a tu lado durante el tiempo que sea posible. Me gustaría vivir este cambio a tu lado, es una etapa que no sabré cómo manejar. Podría aprender mucho de ti.

—Esta noche será de luna llena, no tendremos tiempo de llegar a las montañas antes de que sea demasiado tarde. Debemos pasar la noche aquí, pero solo tengo cadenas para uno de los dos.

Ambos se quedaron pensativos ante la posibilidad de que algo grave ocurriera aquella noche, pero ante la amenaza de una transformación y una matanza inminente en el pueblo, ambos decidieron volver al bosque y dejar que sus espíritus fuesen libres durante la transformación.

Se adentraron tanto como pudieron en el bosque, con la intención de no estar cerca de otro ser humano cuando el lobo aflorara. Ambos cambiaban completamente su aspecto y su mente parecía apagarse. El animal tomaba el control, y nada era imposible para estas bestias violentas.

Después de tomar algunas cosas para su travesía, ambos se escabulleron del pueblo rumbo hacia lo más profundo del bosque, comprometidos con la idea de permanecer juntos pasara lo que pasara.

Los licántropos eran criaturas solitarias, las cuales no estaban acostumbradas a desenvolverse en manadas o en grupos, por lo que, era la primera vez que James experimentaría una transformación simultáneamente con otra criatura.

Los resultados de aquel experimento se verían en la mañana, si aún permanecían juntos, de lo contrario, tendrían que vivir de forma independiente y solitaria durante el resto de la eternidad. Todas las cartas estaban puestas sobre la mesa, y la propia naturaleza que los había unido, se encargaría de determinar si podrían permanecer juntos o no.

La noche llegó, y con ella los primeros rayos de la luna, los cuales se precipitaron sobre la pareja, la cual se encontraba bajo aquel roble besándose intensamente. El nivel de excitación y adrenalina era incontrolable, y llegó el momento de la transformación, justo en el momento en que llevan a cabo su despedida.

Los cuerpos cayeron al suelo, transformándose lentamente mientras

intentaban mantener el control humano. Gradualmente parecía que todo se iba a negro y la bestia tomaba el control, por lo que, Alisa experimenta un miedo terrible al ver como se aleja progresivamente de su compañero.

—¡No te resistas! ¡Déjalo salir! —Gritó James intentando dar algunas indicaciones a la chica.

Alisa sentía un dolor increíble en todas sus extremidades, no tenía fuerzas para responder.

—¡Prometo que todo va estar bien!

Fueron las últimas palabras de James antes de caer al suelo y terminar su conversión. Cualquier rastro humano había desaparecido de ambos personajes. Eran lobos de dimensiones intimidantes.

Ambos corrieron en direcciones opuestas para comenzar su cacería. Fue una noche larga, violenta y llena de sangre animal, pero tarde o temprano los rayos de luz solar devolverían la claridad del día.

James despertó cerca del río, ese mismo que lo había trasladado desde las montañas hasta ese lugar. Miró hacia los lados y no pudo ubicar a Alisa, por lo que, sintió una gran decepción al saber que su vida de licántropo estaba destinada a la soledad. Por su mente pasó la idea de que posiblemente la había asesinado en un intento por mantener el liderazgo del territorio, pero nada de esto era comprobable.

Pronto, escuchó un sonido proveniente del río, dirigiendo su mirada directamente hacia ella. Se trataba de la hermosa mujer por la que sería capaz de dar la vida, saliendo completamente desnuda del agua tras haber tomado un baño.

—No lo puedo creer. Estás aquí. —Comentó el asombrado caballero

—Desperté a tu lado, pero no quise molestarte. Lamento haberte asustado

James corrió rápidamente hacia el río, abrazando a la chica y propinándole un beso tan profundo como apasionado. Ambos sintieron una enorme felicidad que como humanos y como bestias aún podían permanecer juntos.

Sus instintos no le habían permitido separarse durante aquella noche, se desplazaron por el bosque como una manada mortífera que buscaba saciar su apetito, pero nunca se hicieron daño o comprometieron la seguridad del otro.

Su destino era volver a las montañas, esas montañas que se posaban imponentes sobre el pueblo, guardando secretos oscuros de realidades que ninguno de los habitantes de aquella pequeña localidad podría comprender ni en 1 millón de años.

El amor entre Alisa y James traspasaba formas o especies. Se amaban tan profundamente, que aun en forma de lobos permanecieron juntos hasta el final de sus días.

Título 10

Amor Monstruoso

Romance con el Vampiro y Fantasía Oscura

1

Nunca me había sentido del todo bien, desde la época en la que era un infante era como si no encajase. Algo dentro de mí evitaba que me sintiese a gusto conmigo mismo.

Y vaya que así era.

Un conflicto interno formándose en mi interior, dos partes. Un solo ganador. Y del cual no tenía conocimiento previo alguno. Sin aviso, ni advertencia.

Me costó no sólo tiempo, sino también alguna que otra vida descubrir mi verdadero yo.

Era diferente a los demás.

Y no era ningún ángel.

Una criatura salvaje habitaba en mi interior.

* * * *

Mi madre, una mujer humilde y cariñosa, hogareña con no más propósito en su vida que criar a sus hijos. Vivía para nosotros, día y noche, cual típica sureña. Mi padre, por el contrario, un hombre de negocios, frío y meticuloso.

Aun no comprendo cómo siendo tan diferentes lograron congeniar y aún más concebir y permanecer tanto tiempo unidos.

Mi hermano mayor, Max, una mezcla extraña de ambos caracteres—entre lo sublime y lo ridículo, allí se encontraba Max. Difícil de comprender y de empatizar con él, a menos que quisiese atraerte.

Fue difícil convivir con una persona que se cree un ser superior en todos los aspectos, y a quien por más que quisiese evitar o alejar, era a quien más unido me sentía.

Crecer junto a él se convertía en una tarea más sencilla conforme no dejara que me atropellase su ego, lo cual en cierta forma me ayudó a forjar un carácter fuerte.

Y ser el hombre que ahora soy.

* * * *

Luego de vivir tantas épocas, dejas de contabilizar los años; comienzas a perder la noción del tiempo.

Solo importa el ahora.

Y mi ahora entonces se encontraba en este Instituto, impartiendo clases de Poesía Contemporánea, alcanzando a ser gracioso e incluso irónico. ¿Quién podría saber más de poesía antigua que alguien que ha vivido doscientos años?

Había logrado conseguir este trabajo, lo que me permitiría mantener un perfil bajo y quizás una vida normal.

Al menos por un tiempo, deseaba en verdad algo de normalidad en mi vida. Algo común, aburrido, tener una rutina. Ese tipo de cosas.

Algo para lo que al parecer no había sido traído a este mundo; parecía no estar dentro de mi naturaleza.

Lo supe al ver aquellos ojos color ámbar mirándome con dedicada atención desde su puesto de trabajo. Una mirada tan dulce e inocente que era incluso delicioso mantener el contacto visual con aquella joven.

Su cabello rojizo, amarrado en una coleta con algunos pocos cabellos rebeldes escapando de su amarre; su piel muy clara y cubierta por ligeras pecas que bañaban sus mejillas, tiñéndose de un tenue rubor conforme la miraba; y sus carnosos labios, entreabiertos de forma casi imperceptible. Sentada allí, con su delicado uniforme, falda a cuadros y medias hasta las rodillas, empecé a notar como la sangre se me calentaba.

Lo primero que pude ver al entrar en el salón de clases, y lo único que había robado mi completa atención. Se me hacía imposible apartar mi vista de ella, así que simplemente me quedé mirando los ojos ámbar más grandes que había visto en la vida. Esperando, no sé exactamente qué.

La joven reacomodó un mechón de cabello detrás de su oreja y apartó la mirada. Liberándome con ello, y devolviéndome bruscamente a la tierra.

No cabía duda de que era un peligro para mi estabilidad, y mi autocontrol.

* * * *

Mochila, bien.

Uniforme, todo en orden.

Móvil, con batería.

Repasando mi lista mental, de camino al nuevo instituto en el que mi madre obtuvo toda su formación académica, y en el que ahora yo culminaría mis estudios. No tenía idea de cómo era, más que unas cuantas referencias dadas por mi abuela, y vaya que fue modesta al describirlo.

Observé con los ojos como platos aquella edificación que se situaba en frente de mí, con grandes e innumerables ventanales, y largas paredes grisáceas. Daba la impresión de ser un castillo, o al menos haberlo sido hace muchos años, y una gran población estudiantil en sus alrededores. Estaba sorprendida—sin duda era hermoso.

Me disponía a bajarme del coche, cuando fui interrumpida por mi abuela.

—¿Adónde vas? Yo voy contigo—añadió rápidamente, mientras desabrochaba su cinturón de seguridad.

¿Y yo? Avergonzada ante su insistencia.

¿Por qué no dejarme tomar el autobús como una adolescente normal? O tan siquiera caminar.

Encajaba en el papel de una auténtica abuelita de los cuentos, tal cual. Su cabello grisáceo, en un corte por las orejas y gruesos anteojos retro en color rojo vibrante.

Una vez dentro, nuestros caminos se separaron—agradecí silenciosamente a Dios por ello. Ella iría a la oficina de la directora, vieja amiga de ella.

Así fue como terminé en este lugar. En un nuevo instituto, vistiendo uniforme y tan estricto como una academia militar, lejos de mis amigos y, ah sí, solo de mujeres.

No era ese tipo de personas que hacen amigos con facilidad, siempre fui tímida e introvertida. Ni siquiera se me daba bien entablar una conversación informal.

Supongo que me afectó en gran medida el hecho de perder a mis padres cuando era una pequeña. No fue el fin del mundo, me mudé con mi abuela y

nunca me faltó nada; incluso se convirtió en mi mejor amiga. Pero nada fue igual, claro.

Muy pequeña para asimilar qué había pasado con mis padres, pero lo suficientemente mayor como para recordarlos. Soñaba con sus rostros y sus voces, incluso llegué a imaginármelos jugando cuando era una chiquilla.

Creé mi propio mundo en el que me sentía a gusto conmigo misma, donde podía ser yo. Sin prejuicios, ni escrúpulos. Disfrutaba escuchar canciones en mi reproductor de música; leer, devoraba hasta cinco libros por semana, lo que entonces me convirtió en una escritora. Cuando vives entre libros, te acostumbras a las fantasías e ilusiones.

La campana sonó. Examiné rápidamente mi horario y me apresuré en encontrar el aula en la que tendría mi primera clase. *Poesía contemporánea*.

Subir escaleras, solicitar unas cuantas indicaciones; pero hallé satisfactoriamente el aula. Encontré mi lugar en uno de los asientos del frente, me incorporé en la postura más serena y relajada que me era posible.

Me gustaba el nombre de la asignatura. Me emocionaba incluso poder llegar a usar mi talento con las letras en alguna ocasión para ella y obtener una buena calificación.

Examiné alrededor—el salón comenzaba a llenarse y se escuchaba el parloteo de unas cuantas chicas, como amigas que se encontraban nuevamente tras mucho tiempo de separación.

Y entonces lo vi...

Un hombre de tez pálida, cabello oscuro y una barba abundante, ambos perfectamente arreglados. Vestía un traje azul a juego, chaqueta y pantalón de vestir, incapaces de ocultar sus grandes músculos. Era notable que debajo de ese traje existía un cuerpo en forma.

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos, y creí que había sido atrapada.

Un calor ardiente me incendió la sangre y sentí el ardor subir hasta mis mejillas, por lo que aparté rápidamente la mirada avergonzada, hundiendo mi vista en mi cuaderno vacío.

* * * *

Escribí mi nombre en el pizarrón, lo más despacio que me era posible para tratar de recomponerme. Me volteeé y dirigí la mirada hacia mis estudiantes, parando en seco el bullicio que ambientaba—*Dios, me encantaba esa clase de autoridad, de poder.*

—Bienvenidas, señoritas. Mi nombre es Liam Percefield—expresé, colocándome mis anteojos.

Ya no la estaba mirando a los ojos, pero aún la sentía. Esa electricidad presente entre ambos, como si un cable de tensión vibrara entre el cuerpo de ella y el mío, con ritmo veloz y amenazante.

—Veo unos cuantos rostros conocidos, veamos. ¿Quién puede hablarnos sobre el existencialismo?—pregunté, tratando de ignorar la presencia de aquella joven, por no mencionar el extraño deseo sexual que ahora me retorcía las tripas.

Un angustiante silencio recorrió el pequeño espacio, y no había nada que me desesperase más que eso.

—No hay respuestas malas, no sean tímidas—arrastré las palabras por mi garganta.

Una chica de cabellos dorados y anteojos gruesos levantó su mano, sorprendiéndome, y le concedí la palabra.

—El existencialismo no es más que una filosofía encargada de cuestionar la existencia humana, obteniendo angustia como respuesta—contestó, recomponiendo sus anteojos.

—Muy bien, ¿quién está de acuerdo con nuestra compañera?—pregunté en busca de más argumentos—. Tú, la nueva... Supongo que estás buscando respuestas en tu teléfono móvil, así que hablemos sobre tu descubrimiento.

La joven de cabellos rojizos levantó su mirada asustada y le sonreí en respuesta, mientras una suave risa recorrió el salón en unísono.

—Algunos grandes pensadores han concordado en una misma idea acerca del existencialismo, concluyendo así que el ser humano en su absoluta individualidad es el creador y el único responsable de su vida—contestó ella, casi en murmullo.

—¿Cuál es tu nombre?—pregunté, sin lograr evitar el flote de mi curiosidad.

Necesitaba saber su nombre—necesitaba más de ella, había una vulnerabilidad y una delicadeza en ella que me tenía absolutamente fascinado.

—Lauren Miller—suspiró, como cansada.

—Tu explicación es algo que sostienen algunos filósofos, y aquí se percibe una obsesión existencialista—expliqué—. La libertad del ser humano y la dolorosa responsabilidad que conlleva. La guerra ha convertido al hombre en un monstruo, pero quien ha decidido hacer la guerra ha sido el hombre—concluí con un atisbo desafiante en la voz.

Dando paso con aquel último argumento a que la libertad humana y la elección se convirtieran, así, en temas ineludibles en el aula de clases, e iniciando un buen debate, atiborrado por una cuantiosa participación de casi todas las alumnas.

Excepto de una, que no volvió a hablar.

La clase terminó, y antes de que se fuese de mi vista hasta el día siguiente, la detuve en seco, mientras se colocaba de pie.

—Señorita Miller, que no se repita lo del teléfono móvil en clases.

Un murmullo irritado brotó de su pecho, causando en mí una sonrisa de oreja a oreja—a su pesar. No había alcanzado a entender sus palabras pero no hacía falta. Su lenguaje corporal hablaba por ella; pequeñas cosas como la forma de humedecerse el labio inferior, o cómo se aferraba al asa de su morral, evidenciaban que estaba nerviosa. ¿O sería miedo? ¿Excitación tal vez?

Entonces me miró de frente.

—Yo no saqué mi móvil para conversar. Estaba comenzando a grabar su clase—explicó con una expresión tan seria que parecía ofendida.

Permanecí unos cuantos segundos en silencio, reflexionando su confesión. Quizás había hecho mal en juzgarla apresuradamente, pero no podía fiarme de su testimonio.

—Aunque lo que dices sea cierto, que no lo creo. Buen argumento el de hoy—respondí colocándome de pie, y entonces me di cuenta de cuán pequeña era Lauren.

—Gracias, que tenga un buen día—contestó cordialmente sin lograr ocultar el dejo de molestia en su voz.

Reacomodó su morral en su hombro e inició su camino de salida, hecha una furia.

Resultaba tentador saber que la señorita, por muy inocente que luciese por fuera, tenía carácter.

Sentía como si ardiera por dentro. Lauren había encendido la incómoda chispa de mi consciencia sexual y no tenía idea alguna de ello.

Ella era demasiado dulce e inocente para pensar en semejantes cosas.
Yo estaba bien antes de su llegada, con mi autocontrol y mi disciplina.
Solo ella tenía la culpa, aunque la verdad tenía ya demasiado tiempo sin
compañía femenina.

Ahora estaba desesperado y cada vez más deseoso de solo una cosa.

O alguien...

Lauren.

* * * *

El resto de mis clases, la migaja de día que transcurrió, fue tan fastidiosa
que terminó por dejarme exhausto.

No lograba concentrarme, no conseguí apartar de mi mente la silueta de
Lauren, su dulce inocencia y su maravilloso aroma.

Maldita sea, estaba jodido.

Y ella también.

Cuando por fin crucé la puerta de mi cuarto, me dejé caer sobre la cama
recordando cuándo había sido la última vez que una mujer me había puesto el
mundo de cabeza.

Me sentía como un adolescente.

Ese recuerdo desencadenó otros, y fui recuperando fragmentos escapados
de aquel día. Lauren se había mostrado callada, pero muy educada y muy
inteligente—tenía una mente bien informada, e incluso había alcanzado a
exponer un poco de carácter. Había sido un interludio agradable.

Sin embargo, seguía siendo un desconocido para ella, pues no sabía nada
de mi forma de pensar ni de mis sentimientos, y ella una extraña para mí. Pero
me gustaba la intriga, el misterio.

Cerré los ojos saboreándome, hasta que caí en un profundo sueño.

* * * *

Desperté acelerado, bañado con una gruesa capa de sudor. Observé el

reloj—ya era tarde. Por alguna extraña razón, la alarma de mi despertador no había sonado.

Me desperté de salto de la cama, y corrí a gran velocidad hacia la ducha. La casa hervía de actividad.

Corrí a la cocina en busca de algo rápido para picar.

O en su lugar, encontrarme con mi hermano Max, sentado en uno de los taburetes de la cocina, mientras me dedicaba una de sus falsas sonrisas al encararnos.

—¿Cómo está mi hermano favorito?—expresó Max caminando hacia mí.

Lo observe atentamente y asentí con aprobación, sin lograr emitir palabra alguna.

Max tenía una contextura delgada, mi mismo cabello oscuro, piel pálida cubierta en su abundancia por tatuajes y unos grandes ojos verdes.

—Pareces sorprendido. O molesto—agregó Max, ladeando la cabeza a un lado.

Ja, molesto era poco para describir lo que estaba sintiendo. Me encontraba hirviendo de furia. ¿Quién sabe cuánto tiempo tenía allí este cabrón? En mi casa, mi cocina, mi propiedad.

Apreté mis nudillos a mis costados y me coloqué rígido.

—¿Qué buscas, Max?—expresé apretando los dientes

—Quería saber cómo estabas... Y necesito dinero, Liam—espetó golpeando la encimera.

Me relajé al descubrir que mi amado hermano estaba buscando lo mismo de siempre. Aunque sabía que sus intenciones eran buenas, cada visita de Max lograba encresparme y acabar con mi buen humor. Me disgustaba la idea de que siempre lograra entrar tan sencillamente a mi casa. Me disgustaba mucho.

Comencé el lento proceso de emitir otro de tantos cheques a Max, ignorando mi propio consejo acerca de mantenerme firme y no consentir a Max.

—Será mejor que ésta vez, sea la última vez—expresé, mirándolo duramente, entregándole el trozo de papel.

Max se encogió de hombros y se permitió una sonrisa de satisfacción antes de retirarse rápidamente. Miré el reloj de mi muñeca y vi que restaba apenas un cuarto de hora antes de mi primera clase.

Maldije silenciosamente a Max durante todo el camino hacia el instituto, acelerando el motor del coche a todo lo que daba.

* * * *

Primera semana de clases, he sobrevivido. Aún sin compañía, sin amigas.

No tenía grandes expectativas, era la chica nueva. Siempre era duro comenzar en un nuevo instituto, pero al menos una sonrisa cordial esperaba recibir de vuelta cuando yo las otorgaba—gran error.

Quizás huelo mal. Examiné disimuladamente mis axilas, asfixiándome el fuerte olor del desodorante.

Eso no era, por lo pronto.

Estaba haciendo un gran esfuerzo, en verdad. No quería ser el bicho raro, o estar sola en el receso. Ahogué un quejido en mi garganta dentro de mi casillero, más fuerte de lo que esperaba.

—¿Estás bien?—preguntó una chica de tez morena, con preocupación en sus ojos.

—Sí, no te preocupes—respondí riendo para mis adentros.

Buena manera de pasar desapercibida, Lauren.

—Creo que te he visto en clases. Eres Lauren, ¿no?—preguntó educadamente—. Si necesitas algo puedes preguntarme. Es duro ser nueva en este lugar, soy Ava—sostuvo con una sonrisa, tendiéndome la mano.

—Quizás será mejor que me instruyas sobre lo que me cabe esperar. Han sido duros estos días—confesé, sin lograr detener las palabras salir de mi boca.

Ella me miró expectante. Su cabello castaño caía sobre sus hombros, más encantador que cualquiera.

—Prepárate para el hecho de que las grandes mansiones inglesas son frías—Ava se estremeció—. Olvídate de tus dedicados pasatiempos y tiempo libre, porque estos idiotas creen que solo vivimos para atiborrarnos de tareas y proyectos—concluyó, colocando sus ojos en blanco.

Por un segundo pensé que se trataba de alguna mansión embrujada. Me tranquilizaba saber que se refería a los quehaceres porque soy el ser más miedoso que existe.

—Pero el palacio no puede ser tan malo—comenté sorprendida y un poco divertida.

—¿Palacio?—preguntó Ava con una mueca, extrañada ante mis palabras.

—Venga, tú le acabas de llamar Mansión, yo puedo llamarle palacio—expresé riéndome sorprendida con mis propias palabras.

Ava levantó una mano.

—Un palacio construido hace casi doscientos años y en el que aún vagan algunas almas en pena—agregó en un susurro tenebroso.

—Sí dices una palabra más, bajaré y anularé mi inscripción en este instituto—dije sin saber si reír o llorar.

Entonces la campana detuvo nuestra conversación, señalando que era hora de ir a clases.

Esta vez me senté en uno de los puestos de atrás, luego de ser presentada por Ava a sus amigas. Todas tan simpáticas y lindas que ahora me sentía estúpida al no acercarme tiempo atrás.

Me incluían en sus conversaciones, demostrando importarles mi opinión y preguntándome uno que otro dato personal. Mucha más tranquilidad, mucha más paz.

Todas listas para ser esfumadas con el ligero sonido de la manilla de la puerta girando, erizando los vellos de mi cuello.

Batallé en contra de mis instintos para no voltear en dirección a ella.

Y el alboroto del aula se aplacó con su llegada.

Todo mientras yo fallaba en mi intento de enfocar mi mirada en mis apuntes, encontrándome con su feroz mirada cada vez que fallaba.

—Cuidado, Lauren, no te enamores del profesor—susurró Ava para que solo yo escuchase.

Me puse colorada como un tomate y restregué mi frente con la palma de mis manos en desesperación.

—No pretendía asustarte —me aseguró—. Solo es para que, ya sabes, estés preparada.

—No, estás equivocada—murmuré—. Él me ha regañado el primer día, luego de que la clase terminase, bajo el estúpido argumento de que me ha visto con el móvil. Aún estoy molesta—agregué rápidamente.

Sin darme cuenta de que el salón se encontraba en completo silencio, y todos los ojos se volvieron hacia nosotras, mientras que el profesor clavaba su dura mirada en nosotras.

—Insisto, el resto de la clase y yo estamos ansiosos por escuchar lo que tienen para contarnos el día de hoy—declaró—. Ha de ser más interesante que

mi clase al parecer.

La ira se desprendía de sus ojos—estaba verdaderamente molesto.

Ava permaneció mirándolo, sosteniendo su quijada como si estuviese cansada de oírlo, mientras que yo por dentro me moría de miedo. *Muy mal, Lauren, como si no hubiesen empezado con el pie izquierdo.*

* * * *

Recogía con rapidez mis libros cuando sentí a Lauren acercando su pequeño cuerpo hacia mí, siendo separados únicamente por un estúpido escritorio de madera. *Tenía tantas ganas de tomarla allí mismo, tirar al piso los papeles y sustituirlos entonces por su cuerpo desnudo.*

No se lo iba a poner fácil. Su conducta había estado muy mal.

—Quería pedirle disculpas ante todo—comentó Lauren apenada.

Sabía que en el momento en que la mirase, sería mi pérdida. Debía enfocarme en mi salida, cuanto antes.

—Mi comportamiento está lejos de ser parecido a lo que ha visto hasta ahora—agregó.

Y con esa última frase logró que levantase mi vista hacia sus dulces ojos color miel. Tenía ganas de verla comportarse de tantas maneras. Inapropiadas, claro está.

Mi expresión cambió de reprobatoria a alegre en segundos. No podía evitarlo, me resultaba imposible enfadarme con ella.

—¿Siempre eres tan maleducada?—pregunté, entornando los ojos, reprimiendo una sonrisa.

—Siempre—contestó—. En mi antigua escuela, teníamos toda una asignatura para ello.

Respiré hondo para tratar de ocultar mi buen humor, en vano. Un estallido de risa brotó de mi pecho e intenté recomponer mi seriedad, pero era una batalla perdida.

—Es peligroso hablar con usted, señorita Miller. No debería haber hecho eso—volví a sonreír inconscientemente.

—No tema, su secreto está a salvo conmigo —me aseguró ella, dedicándome una sonrisa que me llegó al corazón.

Por un instante de locura, me sentí como si fuera la única persona que existía en el mundo de ella. Aquella chica tenía encanto, tan linda y sutilmente coqueta.

Su dulce boca parecía suplicar un beso. Quería tomarla en mis brazos y besarla con tanta fuerza que nos hundiéramos el uno en el otro. Apreté los dientes con fuerza reprimiendo el deseo que albergaba mi cuerpo y tensé en una fina línea mis labios.

—Dos de tus conductas son consideradas grandes faltas de respeto en apenas una semana—respiré hondo y continúe mi tarea de recoger los pocos libros que restaban—. A la tercera, no se quedará en sólo un regaño. Te daré una última oportunidad. Puedes irte tranquila esta vez, Lauren.

Y salí a toda prisa de allí, dejándola atrás antes de que fuera demasiado tarde para un imprevisto.

* * * *

—¡Oye, Lauren!—el grito de Ava a la salida me detuvo.

Cuando llegó hasta donde estaba, tomó mi brazo y comenzó a caminar conmigo.

—¿No te vas en el autobús?—pregunté, tratando de iniciar una conversación.

—No, el autobús no es cool. La mayoría de las veces me buscan, la otra prefiero caminar—contestó guiñándome un ojo—. ¿Y tú?

¿Quién iba a pensar que el hecho de que te buscasen era mejor que tomar el autobús? Éste lugar sin duda me demostraba cada vez más cuán diferente era. Haciendo una lista comparativa en mi cabeza, por un segundo olvidé responder a la pregunta de Ava.

—Te he visto quedarte en el aula después de clases con el profesor...—dijo, con una expresión curiosa en su rostro.

Pensé en mentirle, y negarme a su argumento, debido a lo que me había dicho antes de que nos regañasen.

—Estaba disculpándome—expresé finalmente, decidiendo ser honesta antes que todo.

—Tranquila, no debes de darme explicaciones—dijo, apretando mi brazo

—. Ya te he advertido.

Puesto que se había impuesto la franqueza, pregunté.

—¿A qué te referías con estar preparada?

Ava dudó un momento.

—Lauren, esto te lo comento debido a que nosotras hemos llegado a entendernos bastante bien mutuamente a pesar del corto tiempo. No quiero que te lleves una desilusión.

—¿De qué hablas?—insistí, puesto que no lograba entender del todo sus palabras.

—Ha habido épocas en las que te habría dicho que sí, pero luego de un par de años conociendo al señor Percefield sé que es un muro impenetrable—aseguró Ava, dirigiendo su mirada al cielo—. Nadie ha llegado a algo más allá de lo profesional con él. Todas creemos que es homosexual.

Suspiré pesadamente. Era todo muy confuso.

Si bien el señor Percefield se había comportado de la manera más profesional y cortés humanamente posible, algo me atraía a él constantemente. Algo que ni siquiera yo misma era capaz de comprender, y no era nada que hubiese llegado a crear en mi mente o me imaginase. No podía ser posible que compartiésemos el gusto por los hombres, después de todo.

En el fondo, sabía que él también la sentía.

2

Las dos semanas siguientes fueron un torbellino de actividad. No me daba cuenta de lo rápido que transcurrían los días, o la noción del tiempo.

Me costó darme cuenta de ello, pero gran parte del trabajo sin duda era orquestado por el profesor Percefield.

Encargó una investigación tan larga y completa, que era necesario leer siete libros para completarla, con el único propósito de mantenernos lo suficientemente ocupadas y centradas, pues creía que no tomábamos en serio su cátedra.

Nos agrupó en grupos de tres personas, otorgando distintos libros y corrientes filosóficas. También pretendía que hiciésemos un ensayo aunado a algún bosquejo sobre los autores dados.

Y todo debía ser entregado la clase siguiente. Es decir, apenas siete días para completar todo el trabajo, una completa locura.

Cuando no estaba ocupada leyendo, estaba preparando el ensayo o alguna otra actividad de las otras materias. O quizás solo cocinando o ayudando en la limpieza a mi abuela, porque aunque ella pudiese con todo, mi deber como su nieta era alivianarle su carga.

Todo, en conjunto, sumaba un buen número de acciones.

¿Qué era lo que quería hacer Liam? ¿Explotarnos? ¿Qué pasaría si no podríamos terminarlo? ¿Reprobaríamos? Tales pensamientos me mantuvieron preocupada y nerviosa hasta el día de la entrega final. Era un hecho, había perdido los estribos.

Había visto al profesor solo una vez en esa semana, y había sido el día siguiente a la clase en que llegó hecho un demonio.

Los dos nos habíamos sentido incómodos y habíamos tenido poco que decirnos.

Como Ava había predicho, a muy pocos grupos les alcanzó el tiempo para tener todo el proyecto listo. No era muy grande, pero sí más que suficiente para apenas tres personas.

La gran entrega tuvo lugar al día siguiente, y había sentido más nudos en el estómago que nunca durante todo el preparativo previo al instituto.

Miré mi reflejo en el espejo y pensé que, efectivamente, estaba bastante decente ese día. Había tejido mi cabello hacia atrás, dejando caer algunos rizos sueltos alrededor de mi cara. Mis mejillas estaban algo sonrosadas y mi rostro irradiaba vida.

Sonreí y me aparté ante mi imagen en el espejo. ¿El profesor Percefield me encontraría hermosa? De pronto me encontré deseando eso más que ninguna otra cosa en el mundo.

Mi dulce abuela bajó por las escaleras—era la señal de que era hora de irse.

Cuando llegábamos al frente de la escuela, contuve el aliento. La entrada estaba abarrotada de estudiantes.

Me bajé del coche y sentí un frío en el estómago. ¿Cómo podía haber tanta gente allí? Mis nervios se encargaron de multiplicar la cifra hasta que me pareció una multitud.

Caminé vacilando en cada paso que daba, hasta que alcancé a agarrarme de la barandilla de los escalones. Subí los últimos sintiéndome aún más nerviosa en cada pisada.

Mis ojos se posaron en una amiga de Ava, llamada Katty, que estaba de pie junto a la puerta del salón. Katty tenía una tez pálida y cabellos finos de color dorado. Llamaban la atención sus largas piernas, proporcionándole una estatura mucha más alta que lo que mayoría de las mujeres suele llevar.

Ella me sonrió y me calmó un tanto, y eché a andar hacia ella. Un poco más serena, concentrada en ella, venciendo mi miedo a caerme.

Llegué a la puerta y Katty me recibió con un abrazo. Sus manos estaban congeladas. Todas comentaban cosas sobre el gran proyecto.

Cuando, de repente, el profesor Percefield atravesó la puerta por medio de nosotras, al paso en que nos ofrecía los buenos días.

—¿Y ahora qué se le ocurrirá a este lunático?—preguntó Ava, haciéndome un espacio a su lado.

—Espero que estén preparadas para su entrega final, muchachas—comenzó él, con voz seria, y un atisbo de sonrisa en su rostro. Parecía tener buen humor esta mañana—. Supongo que alguna de su grupo podrá darnos una pequeña conclusión o resumen sobre su investigación, a todos.

Sus palabras cayeron como un balde agua fría para todas; las preguntas de Ava habían sido respondidas con rapidez, de manera fuerte y segura.

Los nombres de los integrantes de cada grupo fueron escritos en papelillos

y metidos en un recipiente, para que luego el profesor sacase uno de ello y fuera de manera imparcial. O al azar, mejor dicho.

¿Y adivinen quien fue elegida para representar a mi grupo?

Pues sí, yo.

Como si fuera la joven con más suerte en el mundo.

Parecían perseguirme las cosas que más trataba de alejar de mí, como especie de una maldición.

Luego, de pronto, terminó todo. El profesor me sonreía y volví a mi puesto de trabajo, aliviada de que le gustase nuestro proyecto. Había trabajado como una loca en él la última semana.

Tenía miedo de tropezar con las palabras u olvidar lo que decía, pero conseguí pronunciarlo todo, aunque en voz bastante baja.

Ava se acercó a mí para estrecharme en sus brazos un par de segundos. Ella sabía la dificultad que representaba para mí. Estaba orgullosa de mí misma, del resultado, y llena de felicidad.

Más tarde, cuando terminaron las pequeñas exposiciones, salí observando de reojo el perfil de Liam.

El levantó la mirada, mirándome directamente a los ojos, como si hubiese sentido mi mirada.

¡Qué atractivo era! Me pregunté en mi cabeza por qué empezaba a llamarlo por su nombre de pila, y por qué estaba pensando eso ahora.

Pero no, no era atractivo exactamente. Su cabello era demasiado oscuro y sus rasgos demasiado duros. Parecía un hombre que había visto más de la vida de lo que debería haber visto nadie a su edad, y sin embargo... debajo de esa gruesa capa había cierta vulnerabilidad en sus ojos, que negaba su parte salvaje. Parecía no solo atractivo, no, era poco. Alcanzaba a ser... atrayente. Deseable.

Aparté rápidamente la vista ante aquel pensamiento, regañando a mi estúpido subconsciente.

* * * *

Al borde del colapso. Así me sentía.

Al momento en que Lauren apartó la mirada de mí, tan sencilla y sutil

como ella solo alcanzaba a serlo. Sabía, por mucho, que ella no debía ser para mí. Sin embargo, no impedía que el fuerte deseo me consumiese.

Deseaba saborearla, tenerla conmigo. O debajo de mí. Pero parecía que ese momento no iba a llegar nunca. Cada paso me costaba más que el anterior. Cada mirada, cada sonrisa.

Entorné los ojos para poder ver algo entre la cuantiosa lluvia y reconocí que había una gran valla que indicaba que estaba dejando la ciudad.

Para bien o para mal, estaba cada vez más cerca del paradero de Max.

Sentía que debía advertirle del peligro que estaba corriendo y debía asegurarme de que estaba bien.

Maldije entre dientes al escuchar la voz de mi conciencia que me recordaba el hecho de que Max había pasado a ser mi responsabilidad, cuando es él quien debería estarme cuidando como hermano mayor.

El olor a asfalto me pareció más penetrante de lo usual. El fuerte olor a gasolina y goma de neumáticos se me incrustó en las fosas nasales, tan intenso que comencé a marearme un poco por lo que aceleré el motor del coche a toda velocidad, para llegar cuanto antes.

En pocos segundos llegué a la puerta de la habitación del mugroso motel donde se hospedaba Max, observando una suave luz amarilla a través de la cortina desgastada.

Me detuve en frente de ella, con miedo a tocar, sin saber qué hacer.

Levanté mi puño magullado y llamé con los nudillos a la puerta, cuya madera estaba deteriorada y manchada. No sabía qué iba a decirme cuando me abriera. Quizás me lanzaría un buen golpe en la mandíbula si se molestaba por mi presencia.

—Pensé que nunca tocarías—expresó Max, abriendo la puerta casi de inmediato.

—¿Me dejarás pasar?—pregunté, observando con detenimiento su aspecto desarreglado.

Max se apartó, dejándome el paso libre para que entrase a su asquerosa habitación. Examiné la pequeña sala de estar en búsqueda del lugar menos sucio para sentarme. Decidí mantenerme de pie—tampoco tenía muchas ganas de permanecer allí mucho tiempo.

Las palabras giraban y giraban en un caótico torbellino de dolor y rabia que estaban a punto de volverme loco, sin saber por dónde comenzar.

—¿A qué has venido, hermanito?—preguntó por fin Max, dándose cuenta

de que no diría nada.

—Estoy en peligro, Max—respondí finalmente, liberando un suspiro.

—¿De qué hablas? ¿Han vuelto?—Max pestañeó varias veces, incrédulo de mis palabras, poniéndose nervioso e intranquilo.

—No han vuelto—le aseguré.

Levantó la vista y me miró.

—¿Estás seguro?—preguntó temeroso Max.

—Sí, ahora escúchame. Hay una joven que está a punto de hacerme perder el control—tragué saliva para continuar—. Sabes que es grave para decírtelo. Ayúdame o ayúdala a ella.

—Así que una pequeña está a punto de liberar el monstruo sediento de sangre... Siempre supe que no serías capaz de controlarte con tantas faldas a tu alrededor. Afróntalo, Liam—espetó Max, irritándome sobremanera.

Enarqué las cejas en señal retadora, pero decidí no comenzar una pelea que no quería ganar. Sacudí la cabeza y mi súbito ataque de ira se convirtió en una risa sorna.

—No hace falta que te diga que no te acerques a la pobre. Mantén tu distancia y todos estaremos bien—prosiguió Max.

—Lo sé. Y si pasa algo, no te llamaré. No te preocupes por ello—dije.

Le di la espalda, y tiré la puerta tras de mí. No era el hermano mayor ejemplar, jamás lo había sido. Ni lo sería.

* * * *

Cuando Ava y yo llegamos al instituto, a la hora de costumbre, todo el jardín se encontraba bañado en una luz dorada. Era hermoso.

Nos sonreímos mutuamente de perfecto acuerdo. Ava era la única a la que le había contado mi sueño.

Aunque había crecido rodeada de comodidades, nunca había sentido nada como propio, excepto mis libros. Escribir mi propio libro era mi pequeño proyecto bebé y lo que había avanzado hasta ahora era como un tesoro para mí. Y esto sería perfecto para describirlo en él.

—¡Vamos!—exclamó Ava, tirando de mi brazo.

—Espera—respondí. Aún necesitaba seguir apreciando aquella escena.

—Debo hacerte entrar o estaremos en problemas, ya vamos tarde—dijo Ava, soltando una risita traviesa.

Cedí a su suplica, y me moví entonces, rompiendo así el trance en el que me había sumergido la luz fogosa.

Esperándonos una mañana interminable de clases y nuevos contenidos.

En alguna que otra ocasión saqué mi pequeña libreta en donde garabateaba las ideas de mi libro para lograr narrar a la perfección la escena de la mañana, mientras la recordaba.

Mala idea.

Al final del día, por obra divina de Dios, tenía la costumbre de repasar que todo estuviese en orden. Y que no hubiese perdido nada.

Pero esta vez, así había sido.

Mi libreta no estaba.

Sacaba las cosas una y otra vez. Vacié mi morral en busca de ella, me sentía como una tonta. Estaba al borde de soltar a llorar.

Mientras que Ava y sus amigas trataban de consolarme.

—¿Por qué no recorrer de nuevo los salones en donde tuviste clases?—preguntó una de ellas, mirando con sus pequeños ojos azules a través de sus anteojos.

—Gracias Lucy, pero, ¿qué probabilidad hay de que lo consiga? Seguramente ya se lo han llevado—respondí con pesimismo.

—¡Venga! No pierdes nada —me animó Ava.

* * * *

Mientras recogía mis cosas para salir de la última aula en la que había dado clases, algo en el piso llamó mi atención.

Me acerqué y lo tomé en mis manos. Una libreta de espiral y tapa roja. La abrí para poder ver si algún nombre o teléfono estaba escrito.

Y en la primera página estaba, escrito con tinta dorada y rosa—*Lauren Miller*.

Ahora la curiosidad se apoderaba de mí, solo con saber que era de ella. Y antes de darme cuenta me encontraba leyendo todas sus páginas.

Sus letras, sus ideas.

¿Era acaso su diario?, me pregunté silenciosamente.

No, era más que eso.

Encontré una página llena, en donde narraba a un hombre con mi aspecto y contextura.

En todo párrafo, describía a hombres oscuros, dominantes, fríos.

Vampiros.

Tenía una manera de escribir, rica, exquisita. Estaba deslumbrado con su habilidad para describir y narrar tan pura. Nunca imaginarías que una chica de dieciocho años tiene la habilidad para escribir de aquella manera.

Entre más leía, más la deseaba.

Empezaba a conocer todas sus expresiones, su mirada divertida y vaga que lanzaba cuando mi voz la apartaba del libro que leía, la rabia que agrandaba sus ojos y como se iluminaban cuando hablaba de algo que le apasionaba. Comenzaba a aprender sobre sus pensamientos y sueños con cada página, descubriendo la fascinante amplitud de su imaginación.

Había llegado a oír que entre más conocías a alguien, más cariño sentías por él. Y eso estaba pasando conmigo, cuanto más conocía de Lauren más crecía en mí un amor más fuerte y profundo, y un deseo voraz.

Escuché el golpeteo de unas pisadas por el pasillo y sabía de quien se trataba. Su aroma tan característico siempre la delataba.

Desesperada, atravesó la puerta del salón, y se detuvo en seco al encontrarme recostado al escritorio, con su libreta en mis manos.

Me encogí de hombros y la invité a pasar.

— Tal parece esto te pertenece, Lauren.

Ella me miró con curiosidad, y liberó un suspiro contenido.

— Pensé que la había perdido—dijo ella al cabo de un instante, secando una ligera gota de sudor que corría por su frente—. ¿Lo ha leído?—preguntó con suspicacia.

Un sudor que nada tenía que ver con el calor del clima, sino con nerviosismo. Y lo sabía porque me sentía del mismo modo.

Lauren se acercó a mí, sentándose en uno de las sillas en frente de mí, haciendo cada vez más difícil contener las ganas que me generaba su dulce y delicioso aroma. Teniéndola de frente, tan cerca...

—Tienes un gran talento, Lauren—respondí, acariciando la tapa de la pequeña libreta.

—¿Escribiendo? Es lo único que se me da bien, además de leer y soñar

despierta—dijo ella, con un atisbo de sarcasmo en su voz.

Pensé que se molestaría al decirle que violé su privacidad. Leí sus secretos, sus pensamientos más íntimos. Pero Lauren había reaccionado muy serenamente ante ello. Tan delicada y amable... quizás no se había percatado de todo lo que significase que leyese su pequeña libreta. O quizás no le importaba porque para ella no significaba gran cosa.

—No digas eso, muchas personas desearían tener tu talento—le aseguré—. Aquello que surge de ti, con tanta naturalidad.

Dejé las palabras en el aire, sin estar seguro si está última vez me refería a la escritura.

La forma en que me miró con aquellos grandes ojos color miel, hicieron que casi perdiese los estribos y la tomase en el escritorio.

Lauren desvió su mirada hacia el piso, y mordió su labio inferior con nerviosismo.

Tendí mis manos hacia ella, ofreciéndole la libreta, a lo que Lauren respondió alzando la vista y me sonrió con timidez.

—Gracias—dijo en un murmullo.

Permanecí un momento inmóvil, mirándola a los ojos, como si buscase algo en ellos. Y la tomé del brazo para acercarla a mí.

—Lo digo en serio, no te avergüences de tu talento.

Mis palabras brotaron en un tono tosco y grave, pero Lauren no se alejó...

* * * *

Por algún motivo, jamás pensé que el profesor Percefield fuera el tipo de hombre agresivo o violento. En clases parecía ser todo un caballero, comprensivo y amable. Con razón Ava y sus amigas habían concluido en que era homosexual.

Pero esta vez, me tomó del brazo con posesividad, dominante, duro, a toda potencia.

Como los hombres de mis fantasías—ese pensamiento me hizo estremecerme.

Era muy consciente de nuestro contacto. Su mano parecía muy grande para mi delgado brazo. Sentía su calor incluso a través del uniforme, en mi vientre.

Y resultaba curiosamente excitante.

La cabeza comenzaba a darme vueltas. Me sentía patética, la verdad es que el contacto físico de Liam Percefield me impedía pensar con claridad.

De cerca era mucho más hermoso.

Atractivo, enigmático, misterioso, todo lo que debía tener un hombre. Todos sus rasgos físicos, desde sus oscuros cabellos, hasta su piel suave y clara, y aquellos profundos ojos castaños. De cerca era mucho más hermoso.

—Si—musité, siendo lo único que logré gesticular.

El tenso agarre de Liam se suavizó. Hasta que finalmente soltó mi brazo.

Y me ofreció una sonrisa triunfante y su rostro se iluminó; sus ojos brillaban y de pronto parecieron muy verdes. Parecía distinto... Más joven e incluso más travieso, con un encanto acechante interponiéndose entre su dureza y seriedad.

Sentí fuegos artificiales explotando en mi interior, y miles de mariposas revoloteando en el estómago.

Entonces uno de los conserjes tocó a la puerta, asustándome y sorprendiéndome. Indicándonos que ya era hora de salir de las instalaciones.

—Debes irte—musitó él, dándome la espalda.

Guardé en el interior de mi morral la pequeña libreta, y salí del salón rápidamente.

—De nuevo, gracias—dije en voz baja.

* * * *

Caminé de vuelta a mi casa, aún con el corazón acelerado. Si cerraba los ojos, aún podía sentir la fuerza de sus músculos tomando mi brazo.

Me pregunté si Liam Percefield se habría dado cuenta del efecto que causó en mí; pero me imaginaba que no, y me sentía decepcionada al respecto.

¿Seré anormal? Había oído a otras chicas hablar de amor, de sensaciones de desmayo o de que les faltaba la respiración.

Pero jamás llegué a escuchar a nadie hablar sobre el calor de su piel, o la sensación cálida en la boca del estómago. Y, sin embargo, la sensación no me asustaba, en lo absoluto. Sino todo lo contrario, llegaba hasta a excitarme.

Me sonrojé al instante, y apresuré mi paso para llegar a mi hogar.

Fui recibida por mi abuela en un dulce abrazo, con mi comida en la mesa. Su voz era un poco ronca y tuvo que carraspear, pero allí siempre estaba ella para mí.

Los años comenzaban a pesarle, aunque su espíritu seguía siendo de una veinteañera.

Sus ojos se movieron por mi rostro, evaluándolo, y me pregunté en qué estaría pensando.

—¿Estás enamorada?—preguntó, entrecerrando los ojos, estudiando cómo reaccionaría a sus palabras.

Miré la casa, y después a ella.

—De mi vida, abuela—le sonreí con dulzura—. De ti, de mi hogar. ¡De tu comida!—respondí animada, introduciendo una buena cucharada de arroz a mi boca.

Mi abuela sonrió con satisfacción. Nada complace más al que cocina, que saber que ha gustado su comida.

—¿Eres feliz? ¿Los extrañas?—preguntó con un dejo de tristeza en sus ojos cafés.

Estaba orgullosa de cómo habían resultado las cosas después de todo, y llena de amor por nuestro hogar, pero en el fondo de mi corazón temía que mi abuela se atribuyera culpa que no le correspondía. Pero ¿cómo negarme a esa pregunta?

—Por supuesto, abuela, pero soy muy feliz contigo. Estaré agradecida eternamente por todo lo que has hecho por mí.

Sabía que ella sería demasiado buena para decir algo malo, pero su cara mostraba decepción ante mi respuesta, incapaz de ocultarla.

Pero ni siquiera una disposición tan dulce como la de ella, habría podido fingir la alegría evidente que se veía en su rostro cuando me miraba y observaba la casa.

* * * *

No lograba conciliar el sueño, a pesar de sentirme extremadamente cansado.

Así que decidí caminar, con el objetivo de respirar aire fresco y despejar

mi mente.

Un par de cuadras y lo que menos había conseguido era que me diese sueño. En cambio, empecé a sentir cada vez más cerca a Lauren. Desesperándome con su aroma y su cercanía.

Seguí mis instintos confiando ciegamente en ellos, y entonces ahí estaba. A media noche, en frente de una linda y hogareña casa, con paredes color crema, techos de madera y un lindo jardín adornando su entrada.

Respiré profundamente, debatiéndome sobre si seguir o devolverme a mi cama. Entonces vi su silueta a través de la ventana del segundo piso.

Tenía insomnio al igual que yo...

Era demasiado consciente de la presencia de ella, el deseo tensaba mi entrepierna solo por el hecho de verla.

Sabía que debía marcharme, estaba invadiendo nuevamente su intimidad, pero la situación era cada vez más insostenible, haciéndome incapaz de alejarme.

Y ahora era imposible pelear contra mi instinto animal.

Escalé hacia su ventana, con natural agilidad dada por la naturaleza, y sonreí al verla.

Observe con dedicada atención su pequeño espacio, con osos de peluche en sus repisas y gruesos libros junto a ellos.

Y así permanecí observándola por largo tiempo, mientras escribía y desarrendaba su cabello, hasta que volteo instintivamente hacia la ventana, posando su mirada preocupada sobre mí. *Mierda*.

Se acercó a mí y abrió la ventana. Me miró con los ojos muy abiertos y sobresaltados, pero luminosos.

—¿Míster Percefield?—preguntó con un hilo de voz temblorosa—. ¿Cómo...?

Ella sacudió la cabeza, incapaz de comprender la situación. Y jamás podría explicársela; ni siquiera era capaz de apartar la mirada de los provocativos detalles de su figura, poniéndome cada vez más excitado. Más deseoso.

Abrí mi boca para intentar explicar, pero sabía que sería nefasta cualquier explicación que se me cruzara por la mente.

Así que me abalancé sobre ella, cayendo sobre el piso, y presioné con mis manos su garganta. Su pecho subía y bajaba con el ritmo frenético de su respiración, cada vez más agitada y desesperada.

Y clavé mis colmillos en su cuello. Absorbiendo su sangre.

Un áspero gruñido surgió de ella, pero no gritó. Ni se asustó.

Sentía el calor punzante en mi entrepierna, y su dulce sangre descender por mi faringe, satisfecho ante su conducta.

Le solté entonces la garganta y la tomé por las muñecas, consciente de que no gritaría, y comencé a frotarme contra ella para que sintiese mi dura y firme erección.

Ella no retrocedió, ni trató de zafarse de mi agarre. Siguió tendida en la alfombra, hermosa, con sus cabellos rojizos cayendo sobre sus hombros, similar a la apariencia de un ángel caído del mismísimo cielo. La lujuria comenzaba a espesarse en mí.

Quería hacerle tantas cosas, quería tomar de ella tantas cosas... Desde aquella mañana en que la había visto, mi vida había sido un infierno viviente de deseo.

Pero no lo hice.

Tomé una larga respiración y resoplé. No debía dejarme llevar por mis instintos y tomar toda la sangre de Lauren por mucho que quisiese.

O tomarla a ella, de muchas otras formas.

Ninguna de las opciones era una buena opción, o yo confiable.

No sabía cuánto tiempo más podría durar así. Parecía que últimamente solo podía pensar en hacer el amor con Lauren. Aun a sabiendas de que sería desastroso si lo hacía, rompiendo todas las promesas hechas y poniendo en verdadero peligro la vida de Max y la de Lauren.

Pero estaba llegando a un punto en el que la necesidad era tan fuerte, que casi no me importaban las consecuencias.

Siempre que pudiese satisfacer, al fin y al cabo, mis ansias de sexo y sangre.

Mientras debatía subconscientemente sobre mis no tan buenas intenciones, Lauren se había desmayado, y no había alcanzado a darme cuenta. Muy ocupado ensimismado, pensando en su seguridad y mis deseos.

Conseguí controlarme, y calmar el hambre que rugía en mi interior. Sabía mejor que nadie que no podría tenerla, ni siquiera era capaz de tocarla sin querer seducirla, besarla, o matarla en un intento fallido.

No podía permitirme pensar aquello.

Decidí que lo mejor para todos era borrar su memoria.

Y alejarme de ella, para siempre.

3

Desperté, y al poner un pie en el piso, los mareos y la fatiga se apoderaron de mi cuerpo y corrí hasta el baño para vomitar restos de tomates y pasta que habían sido mi cena.

Nada mejor que comenzar el día vomitando.

Por alguna extraña razón, no recordaba el momento en que me había quedado dormida la noche anterior. Me sentía hecha trizas, como si mi cuerpo hubiese sido pisoteado o sometido a un maratón.

Un extraño ardor brotaba de mi cuello y me examiné en el espejo, para encontrarme con una picada de algún extraño animal; quizás a ello se debía las náuseas y el cansancio.

Parecían colmillos clavados en mi cuello. Reí ante el pensamiento fantasioso lanzando una mirada burlona a mi propio reflejo.

Me vestí y arreglé, sin lograr terminar mi desayuno y sin ánimos de nada.

—La educación es un sueño para muchos, y un fastidio para otros— recalcó mi abuela, de camino al instituto.

Suspiré con cansancio—no era un fastidio para mí pero esta vez, de verdad hubiese deseado quedarme en cama. Ella asintió como si esperara aquella respuesta de mi parte.

Mi abuela recibió educación en casa, y nunca fue a la universidad, pero eso no impidió que le hubieran enseñado bien.

Miré el paisaje por la ventana del coche y pensé que era apropiado que lloviera ese día, al menos para tener una excusa más decente y creíble con mi abuela. Tragué saliva con fuerza, aún con malestar en mi cuerpo, y me quedé dormida unos cuantos minutos antes de llegar.

Desde el día anterior me sentía animada y encantada con la expectativa de encontrarme de nuevo con el profesor Percefield. Al menos una vez durante la mañana, o quizás más, si tenía suerte.

Aunque se comportara de un modo impecable en público, en dos ocasiones se había mostrado más que amable. Aunque sabía que, quizás, solo estaba haciendo conjeturas inexistentes en mi cabeza, no podía evitar sentirme esperanzada.

Cuando salí de una de mis clases, caminaba por el pasillo e intenté

calmarme al ver a Liam Percefield salir de la oficina de administración, pues sabía que sonreía como una idiota.

Me sonrió amablemente y continuó su camino.

Al parecer me había enamorado de mi profesor y no me iba a ser nada fácil guardar el secreto.

Creí sentir mariposas nuevamente en mi estómago. Pero estaba muy equivocada.

Bañé el piso en una gruesa y asquerosa capa de vómito.

Ahora sí estaba segura de que debí haberme quedado en casa.

* * * *

En dos semanas Liam había cambiado por completo. Ya no sentía la chispa o la electricidad fluir entre nuestros cuerpos.

Nunca había sido otra cosa que inexorablemente educado, civilizado y amable, pero su comportamiento ahora era tan distante y remoto, al grado en que parecía haber sido sustituido por un robot. El extremo opuesto a su habitual actitud.

—¿Está bien?—pregunté antes de salir del aula.

Liam me observó serio e impenetrable.

—Sí, señorita Miller. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarle?

Acto seguido negué con la cabeza. Él se levantó y avanzó hasta sostener la puerta en su mano. Lo miré incrédula —me estaba pidiendo implícitamente que me retirase. Entendía alto y claro las señales.

Lo intercepté con una sonrisa al pasar por su lado.

Cuando me acerqué más a él, noté que su expresión era sombría. Lo miré a los ojos y me di cuenta de que estaba tan nervioso como yo.

Entonces Liam me tomó del brazo y cerró la puerta tras de sí, plantando un salvaje y ardiente beso en mis labios.

Me besó de una manera tan posesiva como solo había leído en los libros—introducía su lengua en mi boca en cada oportunidad que tenía, chocando con la mía y sintiendo cada una de sus papilas gustativas. Y yo respondiendo a él de la misma manera, olvidándome de fingir que no sentía el deseo que florecía dentro de mí.

Sus dedos comenzaron a deslizarse por mi cuerpo, alcanzando mi cintura y luego mi espalda baja. Pero de repente Liam se separó de golpe, aun con sus labios enrojecidos.

* * * *

Sabía que debía parar, que debía retroceder, pero era como si mi cuerpo se negase a entender razones. La deseaba tanto que creía que iba a morir.

No podía pensar en nada que no fuera Lauren—la belleza de su cuerpo, la dulce inocencia de su rostro y el gran anhelo de hacerla mía.

El deseo palpitaba dentro de mí, y mi erección se sentía cada vez más apretada en mis pantalones. Me sentía atraído por Lauren de un modo que superaba a la razón y al pensamiento.

Quería tumbarla en el piso, y subirme encima de ella para hundirme en su suavidad deliciosa.

Lauren parpadeaba, incapaz de creer lo que veía, y me acerqué de nuevo a ella, abriendo mi boca y dejando al descubierto mis colmillos.

Esperando que se apartara, que dijera que no podía ser en serio o que echara a correr. Que hiciera más sencilla mi tarea para ambos.

Pero no, no lo hizo, simplemente se quedó inmóvil. Mirándome con los ojos muy abiertos.

Entonces llevó una de mis manos a su cuello, rozando la herida de la noche anterior.

—¿Has sido tú?—preguntó suavemente.

Asentí, incapaz de seguirle mintiendo. Había jurado que después de eso controlaría mis pasiones con más firmeza. Pero, por mucho que me esforzaba, el anhelo en mí crecía cada vez más. Lauren parecía más guapa y más deseable cada día que pasaba.

Seguramente a consecuencia de mi deseo, pero todo lo que hacía Lauren me parecía lleno de atracción sexual. De que se acercaba más con el cuerpo cálido y oliendo a rosas; que cuando me sonreía, sus ojos eran cálidos y llenos de promesa sexual.

—Lo siento—murmuré, soltándola y haciendo distancia entre nuestros cuerpos.

Lauren se detuvo a pocos centímetros de mí. Debía de estar pensando que existía un monstruo terrorífico dentro de mí.

Puso sus manos en mis hombros y me miró con el rostro tenso y sus grandes ojos brillantes, inclinándose despacio y besándome pausadamente. Un beso ansioso y profundo.

No sabía si sería correcto volver a recorrer su cuerpo con mis manos, así que permanecí inmóvil. Se movió contra mí y lanzó un gemido ahogado a través de nuestros labios.

Sentí instantáneamente calor—era extraño y excitante. Quería recorrerle con los labios la piel enfebrecida, tan sedosa, tersa, y descender poco a poco por su delicioso cuerpo. Pero no estaba tan loco como para olvidar dónde estábamos. No era el lugar adecuado para esto.

Me alejé y la tomé por las muñecas para apartar sus brazos, y se los sujeté a lo largo de los costados.

—Aquí no—pronuncié, mirándola fijamente a los ojos.

Lauren asintió, posando su mirada entre mis ojos y mis labios.

Y se quedó mirándome como si estuviese hechizada.

—Te buscaré después de clases.

Ella se sonrojo violentamente y bajó un poco los parpados para defenderse de mi dura mirada.

Di media vuelta y salí del aula de clases, dando un portazo tras de mí. Frustrado conmigo mismo, y a la vez sintiendo cierta satisfacción, como un niño que hace una travesura aún sabiendo las consecuencias que le esperan.

* * * *

Mis piernas temblaban, y me costaba respirar.

Debía de haber sido un sueño, no podía ser real.

Y si así era, deseaba nunca despertar, porque los labios de Liam eran exquisitos. Sus besos se sentían como un paraíso y cada vez que me miraba sentía que podía caer desmayada en sus brazos.

En cualquiera de los casos, de algo estaba muy segura. Ya no era la misma, el deseo en mi interior había sido despertado y ahora tenía un hambre feroz.

Fui al baño del instituto, vacilando frente al espejo entre peinado y

peinado, entristecida por mi aspecto; tratando de parecer más sexy o madura. Mis hormonas rugían en mi interior proclamando por la supremacía.

Tarea que resultó no solo un fracaso sino absurda—era imposible hacer que mi cara no luciese como la de una niña, lo único que había logrado fue disimular con un poco de maquillaje las marcas de colmillos en mi cuello.

Era como si no estuviese programada para ello. Mis grandes mejillas y mi pequeña nariz solo alcanzaban a ser dulces. Intenté pintar mis labios de rojos, pero parecía que me había besuqueado con un payaso, así que deseché la idea.

Y ni hablar de mi cuerpo. La naturaleza no me había concedido buenos pechos, ni un trasero de diosa sexual. Me preguntaba cómo podría conseguirme sensual o atractiva Liam.

Pero aún así, sabía que no podía dejarme vencer por el pánico. Me obligué a tomar el control de mi respiración y repasar de nuevo las cosas con mayor relevancia.

Al salir del baño sentí una ráfaga de frío recorrer el pasillo, y volteé instintivamente en dirección a ella para ver a Liam dar la vuelta y atravesar el pasillo.

—Señorita Miller...—se dirigió a mí con tranquilidad, mientras yo sentía su voz como una caricia que causó que me estremeciese.

Le ofrecí una sonrisa tímida y sentí el rubor comenzar a correr por mis mejillas.

Acto seguido, apresuró su andar, pasando por delante de mí.

—Lo siento—su voz sonaba ronca y parecía estar ansioso.

Pero, ¿es que entonces se había arrepentido? Daba la impresión de ser una señal para demostrarme de que estaba pasando de mí.

Sentía que mi corazón había sido invitado a volar hasta lo más alto, para luego dejarlo caer y disfrutar verlo desplomarse.

* * * *

El sol empezaba a ocultarse y el cielo se encontraba bañado entre los suaves colores del atardecer, entre rosados y morados.

Estacioné mi coche frente a la pequeña y pintoresca casa de Lauren. Y me recosté en la capota, esperando que saliese. Sabía que no podía llamar con la

bocina si quería mantener el perfil bajo.

Hasta que alcancé a ver su cabello brillante aproximándose hacia mí. Sin duda, combinaba a la perfección con todo el ambiente.

Parecía molesta y un tanto sorprendida. Y yo sabía exactamente por qué.

Le abrí la puerta del coche cuan típico caballero y ella se introdujo en él sin dirigirme palabra o mirada alguna.

Un silencio templado embriagaba el interior del coche, que ni siquiera la música era capaz de alejar o disimular. Hundí mis puños en el volante, molesto con todo.

—Entonces, ¿no dirás nada?—preguntó Lauren con desazón.

No respondí. Volteé a verla en el asiento a mi lado y Lauren frunció los labios con disgusto cuando hicimos contacto visual. Enterré nuevamente mi mirada en la carretera.

—¿Crees que puedes venir aquí y pretender que nada ha pasado?—preguntó nuevamente Lauren, con la molestia creciendo en su interior.

—Joder, no. No pretendo nada, Lauren—respondí, pisando el acelerador.

—¿Entonces por qué me has ignorado en el pasillo?—preguntó Lauren, tratando de obtener contacto visual, pero fallando. No podía apartar mi mirada del camino.

—Sé que preferirías que nada de esto estuviese pasando, y mucho menos conmigo. Una chiquilla de instituto—espetó.

—A veces casi me gustaría hacerlo—repliqué.

Y con ello, las lágrimas de Lauren comenzaron a rodar por sus mejillas de porcelana.

—No es cierto...—dije, rompiéndome el alma ver a Lauren llorar.

Desaceleré y estacioné a la orilla de la calle.

Me puso las manos en los hombros y se abrazó a mi pecho llorando. Ardía en deseos de ayudarla, de consolarla, e infundirle confianza. Quería que supiese que podía confiar en mí, pero más que nada deseaba que lo hiciese.

Claro, también sentía el mismo deseo de estrecharla contra mí y pasear libremente mis manos por todo su cuerpo, despojarla de toda prenda de ropa que llevase.

Ella dejó de llorar y emitió un suspiro, alejándose de mi cuerpo, y obligándome a aflojar los brazos y apartarme un poco de ella.

Lauren retrocedió y alzó la cara hacia mí. Tenía los ojos enrojecidos logrando que se viesan más claros, grandes y luminosos.

Me contenté con verla recompuesta e inhalar su delicioso aroma.

—Aun no me has contestado. ¿Hice algo mal?—preguntó en susurro Lauren. Se sorbió la nariz y limpió las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Me quedé mirándola un momento y percibí en ella una fuerza interior obstinada y rocosa. Respire con fuerza y me aparté.

—Ojala pudiese no importarme el hecho de que estuviésemos aún en el instituto, pero así fue. Corríamos demasiado peligro con aquello, Lauren—le expliqué—. Te he dicho que te buscaría después de clases y eso hice, ¿o no?

Ella pestañeó varias veces seguidas, como si fuera a llorar de nuevo. Apreté la mandíbula con fuerza, sin saber qué decir.

—No pasa nada, estoy aquí—fue lo que salió, tratando de tranquilizarla. Dirigí mi mirada a sus ojos. Deseaba consolarla y hacerla sentir mejor.

Ella fijó su mirada en el frente de la carretera y asintió.

—Lo siento—respondió con aspereza en su voz.

Y con ello, metí la llave en el contacto, encendí el motor del coche y pisé el acelerador.

* * * *

Una vez llegamos a mi departamento, Lauren parecía estar en extremo nerviosa.

—Puedes sentarte donde gustes—expresé, intentando hacerla más cómoda.

Ella me miró con seriedad. Empezaba a irritarme su actitud, pero trate de disimularla.

—Gracias, pero no—contestó Lauren.

Mi expresión se volvió sombría en un instante, alejando de mi todo rastro de buen humor, y Lauren se dio cuenta de que su respuesta había sido todo menos amable.

—No sé exactamente con qué clase de idea has venido, si temes hasta tomar asiento en alguno de mis muebles—mascullé con ira—. Si te espanto o aterrorizo, entonces creo que lo que mejor será llevarte de nuevo a tu casa...

Y tiré las cosas que se encontraban en la mesa de la sala.

Lauren se agachó y comenzó a levantar con suavidad cada una de ellas.

Reflexioné al instante, y supe que había actuado en un arrebato de impulsividad.

Doblé mis rodillas y me acerqué a ella para ayudarla.

—Lauren, no creo que seas consciente de la alta estima que te tengo—dije por fin, rompiendo el silencio entre nosotros.

Ella sonrió complacida, pero no respondió nada.

—No puedo seguir reprimiendo mis sentimientos—dije, tomando su cara entre mis manos.

Y besándola fervientemente.

Ella respondía a mi beso con la misma intensidad y aquello me animaba a seguir. Quería devorarla.

Imprimí tanta fuerza en su pequeño cuerpo que cedió hasta caer encima de uno de los muebles; aquellos en los que no había querido sentarse segundos atrás. Reí para mis adentros.

Dejó al descubierto su cuello para mí, liberando su delicioso aroma, y con él mis ganas de comérmela viva. Planté suaves besos a lo largo de su cuello y, sin poder contenerme, en un segundo clavé mis colmillos en aquel pequeño espacio entre su cuello y su hombro —Sentía el ardiente calor de su sangre descender por mi garganta, casi olvidando que la vida de Lauren dependía de mi control.

Me aparté de ella y le introduje una mano en el cabello, tirando de él para mirarla fijamente, y me encontré con una expresión ardiente en sus ojos. Me recorrió la cara con la mirada, extrañada, como si comenzase a temerme.

Pero aquello solo me excitaba aún más. Tiré de su blusa, dejando al descubierto sus muy redondos pechos para mí. Sus pequeños pezones rosados estaban duros y se veían deliciosos, y no pude aguantarme para introducir uno de ellos a las oscuridades de mi boca, girando mi lengua a su alrededor, y se endurecieron al contacto, causando un ligero gemido en Lauren. Intentó alejarse de mí, así que clavé mis manos en su cadera, obligándola a permanecer inmóvil debajo de mí.

Descendí por su abdomen hasta su vientre y liberé el botón de su pantalón. Su cuerpo parecía esculpido hecho a la perfección, parecía traída del propio cielo. Lauren no podía hacer otra cosa más que mirar boquiabierta mis movimientos.

Ella no había experimentado este tipo de placer que le estaba proporcionando—la pasión emergía de su cuerpo y comenzaba a correrse por

su entrepierna. Lo supe porque apretó las piernas para aliviar la sensación, pero eso no era lo que quería.

Jalé su pantalón y una nueva ola de deseo golpeó con furor mi sien, tan fuerte que sentí que iba a perder la cabeza. *Aléjate* —me susurró mi conciencia, pero decidí ignorarla y seguir.

* * * *

Liam suspiró azorado, y concentró la mirada en la bragueta de mi pantalón —En pocos segundos se deshizo de él y de mi ropa interior, con desmesurada habilidad y tirando de ambos al piso, dejando al descubierto mi vagina.

Un frío tremendo recorría mi cuerpo, incrementando mis ganas de cubrirme, pero el gran cuerpo de Liam impedía cualquier movimiento que él no quisiese.

Traveseó por mi monte de venus, acariciándolo con su índice, y descendiendo lentamente hasta los pliegues de mi vagina. Su toque me sobresaltó, y cerré instintivamente las piernas—pero él las abrió de par en par delante de él, e introdujo su dedo entre mis piernas con facilidad y comenzó a jugar con él dentro de mí, explorándome, causando que mis gemidos se descontrolaran, mordiendo mi labio inferior tratando de contenerlos.

Alzó su cara y me miró mientras sacaba con suavidad su dedo para volver a introducirlo. Parecía deleitarse con la escena. Se inclinó y acarició con su otra mano uno de mis pezones, mientras me volvía loca entre jadeos y la pasión que nos bañaba.

Poniéndose de rodillas, tiró del borde de su camiseta por encima de su cabeza, deleitando mis ojos con sus maravillosos músculos y su deliciosa V marcada hasta el comienzo de la cintura de sus pantalones.

Él sonrió de oreja a oreja mientras abría su cinturón, y yo no pude evitar sonrojarme al notar el bulto que se formaba en su entrepierna. Tomó una de mis manos, llevándola hasta su miembro para que la acariciase. Se sentía extraño y nuevo para mí. No sabía que se suponía que hiciera, pero me gustaba.

El labio inferior comenzó a temblarme, y noté cómo el calor y la humedad comenzaban a concentrarse entre mis piernas. Sentía por debajo de esa tela la

dura insistencia del deseo. Entonces Liam liberó el botón y bajó rápidamente el cierre de su pantalón, de manera tal que su erección quedase completamente liberada.

Su sonrisa se hizo más amplia—se acercó a mí para colocar una de sus manos en la parte baja de mi nuca y me llevo hacia él.

Pensé que había algo terrorífico en él. Irradiaba poder, calor y algo más.

Nuestras bocas se encontraron nuevamente en un salvaje beso, entrelazando nuestras lenguas. Liam apartó su boca y elevó mis piernas hasta mi abdomen, explorando con gentileza mis profundidades, acariciando mi vagina con su pene. Empujó dentro de mí y la presión que sentía era tanta que grité al contacto. Liam se removió y se posicionó nuevamente, penetrándome de prisa, sin darme tiempo de recuperarme.

Un gran gemido fluyó de las profundidades de mi garganta—sentía la presión de su carne dentro de mí. Gemí y respiré despacio, mientras Liam retrocedía y me penetraba nuevamente, enterrándose dentro de mí hasta lo más hondo. Podía sentir la base de su miembro acariciándome el clítoris cada vez que se clavaba dentro de mí, enviando con cada embestida ondas de placer entre los cuerpos de ambos.

Nunca había sentido nada tan placentero, tan bueno.

Era como si hubiera encontrado mi hogar.

* * * *

Lauren me miraba jadeante, el suave rostro sonrosado y su deliciosa piel cubierta por una ligera capa de sudor. No podía creer que fuese tan inocente como parecía, era virgen antes de mí. Era innegable, luego del baño de sangre en que se encontraba mi miembro.

Observándola con detenimiento, salí un poco de su interior y volví a hundirme suavemente para que lograra sentir cada pequeña parte de mí. Lauren abrió los ojos como platos, llenos de aturdimiento y sorpresa—era el dolor que solo podía verse en la mirada de una mujer cuando la poseían por completo.

Ella por fin lo sabía. Sabía quién era Liam Percefield. El hombre que la estaba penetrando y le tenía clavada su erección.

El poder de aquella mirada recorrió mi interior rápidamente, acabando con mi autocontrol y nublando mi vista con pura y exquisita lujuria. Sabía que tenía una mirada enloquecida pero no me importo en lo absoluto. Era imposible lograr disfrazarla o disimularla.

El placer se volvió demasiado intenso, retomando nuevamente las fuertes embestidas cada vez más fuertes, más rápidas, necesitando cada vez más de Lauren con cada una de ellas, con cada uno de sus gemidos. Su deseo multiplicándose en conjunto con el mío, como si fuese uno solo.

Me adentraba en Lauren con toda la fuerza de mis caderas, decidido a hacerla pura y sencillamente mía. Ella sollozó, un quejido más de dolor que de placer, y satisfecho solté un grito de liberación al correrme en el interior de Lauren.

Ella respiraba agitadamente y me miraba con timidez. Acto seguido saqué mi miembro, y me coloqué de pie para limpiar los restos de fluidos, y secar un poco la gruesa capa de sudor que cubría mi cuerpo. Me ardía la piel, me dolían los músculos y un arrebató de mirada hacia Lauren bastó para saber que estaba en una situación que con cada segundo que pasaba empeoraba para ambos.

Era la última persona a la que querría hacerle daño, pero su vida corría peligro mientras estuviésemos juntos.

Arrastré una mano temblorosa por mi cabello, tratando de esfumar la exasperación y el estado de agitación que albergaba mi cuerpo. No acertaba a comprender por qué Lauren había aceptado todo tan sumamente tranquila. Probablemente lo hiciera por su frágil incredulidad.

O quizás deseaba morir.

No, nada encuadraba en el contexto de la situación.

Entorné los ojos en dirección a Lauren y gruñí furioso.

—¿Qué quieres de mí?—pregunté con los dientes apretados y mi agarre tenso en su nuca—. ¿Quién te ha enviado?

—Yo... No, no sé de qué me estás hablando—respondió ella titubeando—. Me mordiste... Y puedo... todavía siento el ardor en mi vagina.

Lauren tragó saliva y se llevó los dedos a un lado del cuello. Me los mostró, y se encontraban manchados de sangre roja vibrante.

—¡De eso hablo!—exclamé exasperado—. Cualquiera otra mujer habría salido huyendo, soy un monstruo, un ser malvado. Nada más encontrar marcas de colmillos en su cuello, habría bastado. Y sin embargo tú vienes hasta

aquí... Tienes que estar loca.

Negué con la cabeza y me acerqué a ella, cubriendo sus costados con mis brazos para impedir que se moviese, presionándola a responder.

—No eres un ser malvado—sostuvo ella, con una suave voz—. Aun cuando te esfuerces por asustarme, no lo harás. No voy a ninguna parte.

Me aferré a su confesión mirándola fijamente, buscando respuestas o sinceridad en sus ojos, mientras sus rizos rojizos enmarcaban a la perfección su rostro.

Ella creía en mí, no sé cómo, ni por qué. No había necesitado pruebas o demostraciones para que creyese en mí, lo hacía de corazón. Sabía que sus palabras estaban llenas de sencillez y franqueza.

Acto seguido, plantó un suave beso en mis labios y con ello logró que mi cuerpo se relajase y mi tensión empezara a difuminarse.

Tomé en brazos a Lauren para cubrirla en brazos y acostarla encima de mí, tumbándome en el mueble de cuero.

La sensación era tan buena que casi suspire de placer. Sentía la larga presión de su cuerpo, sobre el mío y con ello logré quedarme dormido.

Lauren Miller nunca había hecho nada tan atrevido. Ni siquiera algo verdaderamente malo.

Y ahora estaba aquí, escapándome con mi profesor de poesía contemporánea en cada oportunidad que se nos presentaba para apaciguar nuestras ganas.

Éramos amantes a tiempo completo.

Una mirada, un gesto y sabía lo que se venía. Solo debía seguirlo o esperar instrucciones. Me había convertido en una máquina sexual complaciente de los deseos de Liam Percefield.

De descubrirnos, nos expulsarían a ambos del instituto y capaz mi abuela no hubiese permitido seguir viviendo con ella—habría tachado tal comportamiento de indecoroso, pero sabía que no sería así.

Siempre me habían considerado simplemente una chica inocente y callada—era una buena chica, no el tipo de mujer que podía inducir un acto de pasión desenfrenada en un hombre.

Ese pensamiento liberó una furia en mi interior. Me deprimía saber que todos me encontraban como una pequeña tonta y con una personalidad aburrida, tranquila y sensata.

Pero estaban muy equivocados, ahora estaba rompiendo muchas reglas de la sociedad. Y me sentía bien. Proporcionaba una chispa de picante extra a mi vida—*justo lo que le hacía falta*.

Por mucho que me gustase leer todo lo que caía en mis manos, desde historias aburridas hasta libros de filosofía, nada preponderaba por encima de la ficción y las novelas románticas de vampiros y criaturas mitológicas, aquellas que releía hasta el cansancio todas las noches.

Por ello, cuando Liam me había besado y enseñado sus colmillos, no solo tuve la fuerte necesidad de aceptar, sino que me sentía excitada al respecto.

El pulso me latía con violencia solo con observar a Liam. Era un hombre sumamente atractivo, cuya apariencia parecía salida de una de mis novelas, con un cierto aire de melancolía y misterio impregnado.

Me emocionaba que un hombre como él se hubiese fijado en una joven como yo. A lo lejos escuché risas y pisadas de un par de chicas al final del

pasillo, pero dejé el sonido atrás, siendo suplantado por la proximidad de Liam acercándose a nuestro encuentro en el laboratorio de ciencias.

Él atravesó la puerta y sonrió amablemente.

Y solo con ello, me sentía envuelta por su oscuridad y mareada por su presencia.

* * * *

Allí estaba Lauren, tan linda y serena como siempre.

Tan puntual en cada encuentro que era exquisito saber cuán entregada estaba a mí. Sabía que cualquier cosa que le pidiese ella estaría dispuesta a dármela.

Me acerqué a ella rápidamente, al paso en que desabotonaba mi pantalón, con un aliento áspero y errático para besarla fuertemente.

Acaricié su delicioso trasero y planté una nalgada, Lauren gimió—era como música para mis oídos.

Giré el cuerpo de Lauren, de manera que su espalda y su trasero estuviesen frente a mí, y la obligué a pegar su pecho en una de las frías mesas de metal. Su cuerpo se contorsionó al contacto con el frío, incrementado mi deseo. Quería desarmarla por completo.

Levanté su pequeña falda a cuadros y bajé su pequeña braga hasta la altura de sus rodillas. Su trasero era exquisito y mi erección crecía cada vez más. Planté una suave mordida en una de sus nalgas y ella soltó una risilla divertida.

Me incorporé entre sus muslos separados, sujetándome a sus caderas, y así comencé a embestirla con un ritmo frenético, porque necesitaba correrme dentro de Lauren hoy más que nunca.

Lauren se agarraba con fuerza de la mesa, con una respiración entrecortada, y enterró las uñas de su mano derecha en mi muslo. Apreté la mandíbula en respuesta al dolor y empujé con ahínco mi miembro dentro de ella, mientras Lauren movía al compás sus caderas hacia atrás.

Me sorprendió su nueva conducta, y una sensación intensa se apoderó de mí, al borde de correrme en su interior, pero decidí que no quería hacerlo. Deseaba que durase más, que Lauren me suplicase que parase.

Casi salía del interior de Lauren, pero tras observar el pequeño punto en que nuestros cuerpos se unían, volví a hundirme en su interior con más potencia.

Lauren negaba con la cabeza entre jadeos y gemidos a medida que la intensidad crecía, mientras yo me deleitaba con su desenfreno. Con cada potente empujón, iba entregándole más de mí a Lauren, mucho más de lo que debía.

Introduje mis dedos entre sus rizos y la obligué a que girara la cabeza para verla a los ojos.

—Oh, Lauren, siempre tan tímida y reservada —me dirigí a ella con voz baja y ronca—. El tipo de chica que hace solo lo correcto. Pero conmigo, no es así, no sabes cuan excitado me pone eso...

—Basta... —me suplicó con un hilo de voz. Sus ojos brillaban, asomando un par de lágrimas contenidas y me suplicó.

Así que con una última embestida me dejé correr en su interior, sintiendo las paredes de su interior relajarse. Pero no, eso no era lo que necesitaba, había algo más. Aún me sentía intranquilo e insatisfecho.

Necesitaba más de Lauren, de repente lo supe. Necesitaba su sangre, sentía un hambre aún más potente que antes. La fuerza de mi deseo por primera vez llegó a asustarme, sabía que de hacerlo perdería el control. De nuevo, una bestia se estaba despertando en mi interior.

Un grito ronco y potente brotó de mi interior, como si algo dentro de mi cuerpo batallara por salir a la superficie. Estaba aterrado, temeroso por Lauren.

Apreté la mandíbula y mis puños con semejante fuerza y salí de ella.

Me subí rápidamente los pantalones y huí a toda prisa de ahí.

El pánico comenzaba a incrementarse en mi interior y sabía lo que aquello significaba—estaba hambriento y era capaz de hacer lo que fuera por calmar mi apetito.

* * * *

Permanecí mirándolo con incertidumbre mientras salía del laboratorio, hasta que su silueta se perdió de mi vista al atravesar la puerta.

De nuevo la situación se repetía.

Liam me abandonaba sin decir palabra alguna, dejándome enredada y confundida. Y no, no podía acostumbrarme a ello.

Pero esta vez, algo cambió. Liam parecía estar luchando con algo, como si le hubiesen dado una terrible noticia.

Recompuse mi uniforme, peiné mi cabello desarreglado y me detuve un momento a pensar.

Me gustaba la atención que Liam me ofrecía. Ningún otro hombre había coqueteado conmigo jamás.

Sabía que era mucho más que indecente cómo me comportaba con él, un hombre mayor—y no solo eso, mi profesor. Pero no podía renunciar a él, parecía estar embriagada por el peligro de la situación, y no podía soportar cada vez que se alejaba de mí de aquella manera.

La sensación de haberlo estropeado me invadía inconscientemente y daba vueltas en mi cabeza hasta que Liam se dignara a aparecer nuevamente. Sentía la constante necesidad de darle a Liam lo que me necesitara de mí, todo aquello que estuviese en mis manos, por el profundo miedo de que pasara de mí.

Pero en el fondo, lo que sentía por él era mucho más profundo. Rompía barreras y fronteras esquemáticas y, por el contrario, lo poco que sabía de Liam era que le gustaba follarme.

El día transcurrió pesadamente. Ava intentaba animarme en cada oportunidad que tenía, al tanto de que algo me pasaba, pero no estaba preparada para decirle.

—Has llevado esta aura triste todo el día, Lauren, ¿estás bien?—preguntó Ava, mientras caminábamos de vuelta a nuestras casas.

—Estoy cansada, Ava. No es nada por lo que debas preocuparte—le aseguré.

—Luces como el día en que vomitaste y pasaste toda la mañana en la enfermería—dijo Ava, con una expresión de náuseas en su rostro.

Ambas reímos ante el recuerdo, y el mal ánimo se difuminó poco a poco, siendo sustituido por la plática amistosa que me ofrecía Ava.

Llegamos a casa de Ava, un par de cuadras antes que la mía, y nos despedimos cariñosamente. No sin antes prometerle conservar el buen ánimo.

Era una suerte haber conseguido una buena amiga como Ava.

Seguí mi camino y tomé un pequeño desvío antes de llegar a casa—tenía

un par de asuntos pendientes.

* * * *

—Ten cuidado, hermanito —me advirtió—. Ya sabes cómo tu rabia... puede conducir a otras cosas si no la controlas bien.

Resoplé y escuché las extrañas palabras de Max a mi espalda, mientras apoyaba los codos en la encimera de la cocina. Me pregunté cómo demonios había entrado de nuevo y cómo iba a soportar no partirle la cara esta vez.

Me volteé en dirección a él y comencé a ponerme de pie, pero mi cuerpo se sentía demasiado débil incluso para ello. Me quedé mirándolo un momento y tuve que recostarme en uno de los pequeños taburetes de madera, sacudiendo la cabeza incapaz de comprender que pasaba conmigo.

Max se acercó a mí y colocó sus manos en mis hombros.

—Así qué... lo has hecho, ¿no?—dijo en susurró.

Me cubrí los ojos con la palma de mi mano y levanté la otra en un gesto de súplica. Lo último que quería era estar escuchando su crispante voz.

—Que maravilla. ¡Estamos jodidos!—exclamó Max, al tiempo en que se apartaba de mí—. Muy bien hermanito.

Aplaudió con ambas manos, en sarcasmo, incrementando el dolor de cabeza que palpitaba en mi sien. Estaba a punto de explotar y darle el buen puñetazo que se tenía merecido.

Entonces el timbre de mi puerta sonó, tomándonos por sorpresa a ambos. Si bien mi primer pensamiento había sido que el imbécil había pedido una pizza, la expresión de Max me demostró que esté no era el caso. Max me miró confundido, y yo aún con más extrañeza le devolví la mirada.

Max entreabrió la puerta con los seguros puestos, resopló con irritación y los quitó; poniendo mis nervios de punta con cada movimiento. Se apartó y dejó que el pequeño cuerpo atravesase la puerta.

Mierda.

Era Lauren.

Solo lograba observarla detenidamente. No me atrevía a respirar, pestañear o hablar tan siquiera.

Esto armaba el peor de los escenarios que podría imaginar.

Lauren me miraba temerosa y tímida, y me sonrió de aquella manera que solo ella sabe hacerlo.

—Hey... Soy Max, mucho gusto—interrumpió Max, tendiéndole la mano.

Lauren se la apretó con una expresión confusa en su rostro. Entrecerró los ojos observándolo de pies a cabeza, y dirigió su mirada a mí.

—Soy su hermano—sostuvo Max, notando el miedo que sentía Lauren—. Tú debes de ser... ¡La razón de nuestro fin!

Noté el gesto de preocupación en el rostro de Lauren y su luminosa mirada fija en mis ojos. Pero seguía allí, Max no había logrado intimidarla...

Por ahora.

—No te preocupes, Lauren. Él no te hará daño—expresé, con un esfuerzo trémulo en gesticular cada una de las palabras.

Mi garganta se sentía seca y áspera, y mis ojos ardían solo con parpadear.

—Por muy tentador que sea—masculló Max, gruñendo en su cara—. No soy quien me preocupa—y dirigió su mirada hacia mí.

Dando una señal de advertencia alta y clara.

Lauren sacudió la cabeza, permitiendo que sus pequeños rizos acariciaran sus hombros. Desesperada, se acercó a mí y me acarició el rostro. *Lauren parecía que se tomaba la tarea de hacerme perder el control, muy en serio.*

—Ya te lo he dicho, no tengo miedo de ti, Liam—dijo ella, con su voz suave y deliciosa—. Por eso estoy aquí. Estaba muy preocupada, tenía que asegurarme de que estabas bien.

Parecía tan amable, dulce y generosa. Su presencia ampliaba aún más el deseo que hormigueaba bajo mi piel, no sabía si tenía deseos de cogerla allí mismo en la cocina y chupar toda su sangre. Y eso me ponía incluso más furioso.

Mojé los labios con mi lengua y Max se apresuró en apartar lejos de mí a Lauren. Él sabía que la forma en la que la estaba mirando no era nada buena.

Volví a removerme en la silla, aferrándome al mármol de la encimera.

—Pues deberías, Lauren. Estoy a muy poco de perder el control y quien sabe qué consecuencias pueda traer—espeté, mirándola con la expresión más dura que me permitía mi debilidad.

—No te preocupes por mí, puedo cuidarme sola. No necesito niñera, sin ofender—respondió al paso en que se zafaba del agarre de Max.

Me sorprendí al ver lo pequeña que lucía al lado de Max y no pude evitar pensar lo frágil que era.

Sacudí la cabeza, alejando los pensamientos de mí y rogando por una señal que me dijera qué hacer.

—Necesito que te alejes de mí Lauren—dije con un gruñido de frustración—. Solo haces todo más difícil.

Las palabras rodaron por mi garganta en un impulso precipitado, envuelto en frustración y miedo.

Lauren enarcó las cejas, como si no se creyese lo que estaba escuchando.

Joder, Lauren pensaba que era un juego o una de las historias ficticias que amaba leer. Esto era la vida real. Ella podía resultar herida, podría terminar muerta incluso.

Permanecí en silencio y tiré con molestia un vaso de vidrio al piso, templando el silencio de la sala. Sacudió la cabeza, y su atisbo de sonrisa se convirtió en una mueca irónica.

—Supongo que debo de ser una buena chica y hacer lo que me ordenes—masculló molesta.

—Gracias—respondí en voz baja y ronca. Al fin estaba entendiendo.

Ella me miró de nuevo y negó con su cabeza.

—No, no estoy aquí para cumplir tus peticiones—espetó Lauren.

Max ahogó una risa burlona en su garganta y yo resoplé, exhausto de Lauren.

Supe que, aunque estuviera ante un peligro inminente, como era el caso—rodeada por una criatura salvaje—, no se daría cuenta del riesgo que corría.

—Si la chica se quiere suicidar, dejémosla. Es incluso poético. Te cuidarás por ti misma, ¿cierto?—dijo Max a Lauren

Lauren asintió, observándome sigilosamente.

—Tienes que estar bromeando, Max—dije, soltando una risa áspera y amarga.

Y entonces fuimos interrumpidos por una ráfaga de viento estridente que golpeó el cristal de las ventanas, anunciando su proximidad cada vez más latente.

Aparté la mirada y tomé una larga bocanada de aire, intentando tranquilizarme para pensar con más claridad.

—Tenemos que irnos de aquí ya—espeté.

* * * *

Una hora más tarde, estábamos sentados en la mugrienta residencia de Max, sudando como unos malditos cerdos.

—Ahora sí que estamos en verdaderos aprietos—dijo Max, mientras bebía un sorbo de una de sus cervezas de lata—. Gracias—masculló en dirección a Lauren.

Con un profundo suspiro, Lauren levantó la vista y lo miró.

—Así que, ¿cuál es el plan? ¿Cómo pretendes salir de esta?—preguntó, ignorando la mirada inquisitiva de Lauren.

—Ella no tiene la culpa—murmuré, mojando mis labios.

—Claro que sí, te ha hecho perder el control y ahora mírate. Estás hecho un desastre. Necesitas más sangre.

Lauren tragó saliva, como si algo se le estuviese atascando en la garganta. Cerró los ojos, y noté que sus lágrimas estaban a punto de comenzar a caer.

—Debes alimentarte, Liam. Él tiene razón—contestó ella con un hilo de nerviosismo en su voz.

—Joder, ¿estás sugiriendo que me alimente de ti, Lauren?—pregunté, sorprendido con mis propias palabras. Y de repente un miedo intuitivo se apoderó de la boca de mi estómago, y sentía las gotas de sudor correr por mi frente.

Un grosero sonido de impaciencia centelleó en la garganta de Max.

—Sí, Liam, maldición. Es lo que he estado tratando de decirte, pero no me escuchar. Debes de tomar su sangre—arguyó exasperado.

—Por favor, cállate. ¡No lo haré!—contesté con un gruñido, molesto y temeroso, con un hambre que cada vez más devoraba mis entrañas.

Pasé la mano por mi cabello mojado. Comenzaba a sudar como un condenado debido al gran calor que había en el pequeño departamento de Max. Por muy mugriento que fuese, era el único lugar donde estaríamos a salvo, al menos por un tiempo. Dejamos el coche a mitad de la carretera y debimos caminar casi medio kilómetro para no dejar rastros, bañados por la escasa luz de la noche.

El estómago de Lauren crujió, rompiendo el denso silencio que se había creado entre Max y yo.

Una áspera carcajada retumbó en la pequeña sala de estar, y sin poderse guardar un solo comentario.

—Parece que no eres el único que se muere de hambre—masculló Scott con el tono más ácido que había conseguido.

—¿Podrías dejar de ser un capullo? No sabes cuantas ganas tengo de partirte la cara en este instante—contesté rechinando los dientes.

Lauren, que había fijado su mirada a través del vidrio de la ventana, giró su cabeza hacia mí abriendo los ojos como platos.

—Quizás podrían dejar de pelear y explicarme qué diablos está pasando—comentó ella en voz baja y temerosa.

Max maldijo en voz baja y le dedicó una mirada hostil a Lauren. La odiaba desde el primer momento y la culpaba una y otra vez de toda la maldita situación, pero el único verdadero culpable era yo.

Comprendía el miedo de Max. Yo también lo sentía, e incluso Lauren. Pero debía de cambiar su mala actitud.

—¿De qué hablas?—pregunté, fingiendo demencia para desviar su pregunta.

—Pues, veamos, no lo sé. Quizás al hecho de que estás tan débil que pareces que estuvieses a punto de morir—Lauren comenzaba a subir la voz y necesitó tragar saliva, para continuar—. O al hecho de que algo allá fuera parece que los asusta, y no tengo ni la menor idea de qué diablos es.

—¿Lo harás tu o lo hago yo?—dijo Max, fingiendo tranquilidad en su voz. En ello tiró la lata vacía a la basura—. Ya que está aquí, y considerando el poco tiempo que nos resta, creo que le vendría bien.

Asentí, sosteniendo la mirada con él. Y Max sonrió con crueldad, solo para fastidiarme.

—Ya sabes qué somos, no hace falta que te lo diga—comencé, pasando mi mirada a Lauren—. Tenemos más de doscientos años, Lauren. Nuestra vida ha sido concedida por última vez, luego de pasar veinte años en el exilio, siempre que nos mantuviésemos al margen.

Mi garganta se secó con aquellas últimas palabras y supe que no podría continuar. Incluso hablar disminuía rápidamente mi energía.

—¿Somos? Entonces, ¿tú también...?—preguntó ella a Max, con miedo en su voz.

—Así es, chiquita—dijo Max, imitando un gruñido para Lauren—. Pero a diferencia de mi hermano, estoy controlado. Verás... puedes abstenerte de la sangre el tiempo que tú quieras y puedas, claro está. Solo basta con que pruebes una mínima gota de nuevo, para volverte adicto a ella nuevamente y

sufrir las consecuencias de no darle a tu cuerpo lo que pide. Como evidentemente ha pasado con Liam.

Sabía que Lauren dedicaba su mirada a mi débil cuerpo apoyado en la pared, aun con los ojos cerrados. Podía sentir esos profundos ojos.

—Ya está—concluyó ella de inmediato—. Debes de alimentarte, Liam. No hay discusión sobre eso—sentía el calor de su cuerpo acercándose hacia mí, y eso no traería nada bueno.

Max la detuvo a mitad de camino y la empujó detrás de sí.

—No es tan sencillo...—alcancé a susurrar.

—Es verdad—agregó Max con frustración—. Existe gente observando cada uno de nuestros movimientos, esperando un mínimo de equivocación para apartarnos de la tierra para siempre. Ya deben de saber que Liam ha probado sangre nuevamente, y ahora están tras nosotros.

—Dios mío...—susurró Lauren con voz temblorosa—. ¿Qué pasaría si nos encontrasen?

—De vuelta al exilio. Esos tíos sí que son extremistas—dijo Max al paso en que soltaba una carcajada sorna.

—¿Entonces por qué has estado insistiendo con ello a sabiendas del riesgo que implica? ¿Quieres matarnos a todos?—preguntó ella con verdadera molestia en dirección a Max.

—No es solo eso, aunque me gustaría—contestó Max enarcando una ceja, y su boca se curvó en una expresión picara y acida—. Si Liam bebe de tu sangre, recuperaría fuerzas y tal vez, existiría la posibilidad de vencerlos. Claro, sacrificando tu pequeña e insignificante vida de por medio.

—Tienes que haberte vuelto loco para pensar en esa posibilidad—contesté con voz áspera, dedicándole una mirada oscura.

—Lo digo en serio. Es nuestra única oportunidad—insistió Max.

—Tómala—dijo Lauren con determinación.

Trató de emitir una sonrisa, pero sabía que estaba muerta de miedo. No podía ocultarlo.

—No, Lauren, ya encontraremos otra solución—espeté.

* * * *

Y así fue como terminamos en un banco de sangre a medianoche.

Brillante idea, Max.

Debía de estar mal. Debía de ser un delito, estaba casi segura de ello, a pesar de no saber mucho sobre leyes.

Si la policía nos conseguía, no sabía exactamente qué explicaciones daríamos. O qué le diría a mi pobre abuela. Vaya Dios en qué clase de problema estaríamos metiéndonos.

El exterior del banco de sangre lucía abandonado y tétrico, como una gran advertencia del universo de que era un error entrar allí. Tenía un par de vigilantes en las entradas, pero ambos eran lo bastante ancianos como para estar rendidos ya a esas horas.

Una vez estábamos adentro, el lugar estaba limpio, impecable. Casi daba la impresión de ser futurista. Jamás había tenido la oportunidad de entrar allí antes, y sin duda no lo habría hecho basándome en su aspecto deteriorado.

—Esté lugar está demasiado oscuro. No veo nada—dijo Max, y deslizó uno de los interruptores.

Cerré los ojos, respiré y conté mentalmente, con el objetivo de no perder los estribos. Pero este hombre se merecía un premio a las peores ideas.

—Maldita sea, Max. Parece que le atinaras a ser imbécil—masculló Liam.

—Oh, cuidado, nos podrían ver los ancianos dormidos—bufó Max—. ¿Cómo se supone que encontraremos algo a ciegas?

—Tomando en cuenta que tiene más de doscientos años, citando las palabras de Liam—comenté—.creo que tú eres más viejo que ellos. Incluso un vejstorio.

—Pero luzco mucho mejor que ellos—masculló Max, chasqueando sus dedos.

—Al parecer alguien no se ha visto en un espejo...—susurré, poniendo los ojos en blanco.

Max llevaba una apariencia desprolija, cabello largo casi a la altura de los hombros oscuro como el de Liam, y rasgos faciales similares, pero con una gran diferencia de temperamentos, y una inmensa cantidad de tatuajes que cubrían la mayor parte de su piel. Llevaba puesto una franela de algodón blanca y unos jeans desteñidos—parecía un hippie. Muy diferente a su hermano.

—Así que ahora se dedicarán a pelear como un par de niños...—preguntó Liam con voz cansada—. Pinta demasiado bien para un moribundo que sus

únicos acompañantes se maten entre ellos.

Bajé la mirada avergonzada, y Max golpeó uno de los cubos de basura con rabia.

—Lo siento—le ofrecí la mano a Max, como señal de tregua.

—¿Dónde carajo guardan la sangre en este lugar?—preguntó Max, ignorando mi disculpa y mi ofrenda de paz.

Resoplé molesta, y Liam me ofreció una sonrisa de consuelo a lo lejos. Al menos aquello había servido para demostrarle a Liam que no era una basura de persona.

Seguimos a Max por los pasillos hasta toparnos con una grande y gruesa puerta de metal.

Max intentó girar la manilla, pero estaba sellada. Me sentí decepcionada y pensé que todo había acabado allí.

Entonces Liam alcanzó un extintor y se lo ofreció a Max, comenzando a golpear la manilla una y otra vez con una fuerza increíble. No podía ser así de fácil, claro que no. Estábamos rompiendo más leyes, deteriorar propiedad privada.

Hasta que cedió, y al abrir la puerta nos encontramos con un anaquel de sangre gigantesco, se encontraban acomodados como si fueran prendas de ropa y aquello una tienda gigante de ropa departamental.

Max le ofreció una pequeña bolsa de sangre a Liam, y la devoró como una criatura hambrienta en cuestión de segundos. Debí hacer un gran esfuerzo en disimular mi cara de asombro, pero no era nada común observar en ese estado tan bestial y salvaje a Liam.

—Espero que hayas traído un bolso, debemos de llevarnos algunas—masculló Max, observándome—. Lo siento, no puedo estar mucho tiempo aquí, tú entenderás. Cuida que no acabe con todo esto en segundos.

Asentí sin lograr apartar mi vista de Liam.

—Si necesitas ayuda, llámame—concluyó Scott, y sus ojos comenzaban a lagrimear como si estuviese cortando un kilo de cebollas.

Y así Max se apartó y la vida volvió al cuerpo de Liam, logrando verse tan atractivo como siempre, aún con toda la sangre que escurría de sus labios.

Liam acabó con cuatro bolsas de sangre en un pequeño instante, y no sabía en qué punto debería haber llamado a Max, pero él solo se detuvo y me pidió salir de allí cuanto antes.

Por lo que me apresuré en tomar un par de bolsas de sangre rápidamente,

eligiendo las que consideré se sentían más frías. No tenía idea si eso influiría en algo, pero tampoco me detuve a preguntarles, considerando el estado de mis acompañantes.

—Todo un hombre renovado. ¿Cómo te sientes, hermanito?—preguntó Max, entornando los ojos.

Liam le ofreció una sonrisa triunfal, en la que enseñó incluso sus encías. Era exquisito verlo con ese estado de ánimo.

Demasiado pronto para cantar victoria, o celebrar.

El suelo de la edificación comenzó a temblar, como si la tierra fuera a partirse en dos. Los cristales se estallaron y las alarmas comenzaron a resonar por todo el alrededor.

—Mierda—espetó Max.

5

¿Cómo logró hacerlo? ¿Cómo seguimos con vida?

Aun no tenía claro cómo es que habíamos logrado sobrevivir.

Mi mente trataba de recuperar fragmentos de recuerdos, pero era imposible. Un nuevo día había dado comienzo y quizás aquello significaría que logramos vencer a lo que sea que acechaba a Liam y Max, pero no sabía nada con seguridad, más que habíamos pasado la noche ocultos entre el bosque.

Temía hacerle preguntas a Liam sobre ello. Temía hablarle en general y punto.

Pero debía obligarme a ello, por mucho que me costase.

—¿Liam?—arrastré mis palabras por mi garganta, mientras él clavaba su mirada en el cielo, entrecerrando los ojos por la claridad.

No conseguí ninguna respuesta por su parte, así que me acerqué a él y le acaricié el hombro para reconfortarlo.

De repente, miré alrededor y noté que Max no estaba. No había rastro de que él hubiese pasado la noche con nosotros tan siquiera.

—¿Dónde está Max?—pregunté inquisitivamente.

Liam rio con sorna y mostrando un dejo de tristeza en su gesto, antes de ofrecerme una mirada y contestar.

—De eso se trata, Lauren—sus ojos enrojecidos amenazaban con desbordar un mar de lágrimas en cualquier momento—. Esa maldita cosa se lo ha llevado. En lugar de llevarme a mí, quien ha quebrantado las normas.

Ahogó un sollozo ronco en su garganta y sorbo su nariz.

¿Cómo es que no tenía recuerdos de eso? Lo último que recordaba de Max fue un vistazo rápido cuando las alarmas comenzaron a repicar en nuestros oídos.

—Pero, ¿cómo sucedió?—pregunté tratando de conseguir más información.

—Eso es lo que lo hace peor, sucedió delante de mis narices. ¿Y yo? Yo no he podido hacer nada—dijo Liam en voz baja y entrecortada. Cerró la boca y ahogó un gemido de dolor.

Bien, Liam al parecer estaba teniendo una crisis y no me proporcionaba mucha información, y así no sé cómo diablos se supone que lo ayudaría.

—¿Qué quieres decir?—insistí, hurgando en caminos peligrosos, pero necesitaba que Liam comenzase a cooperar de una buena vez.

—Quiero decir que esa cosa nos ha encontrado en el banco de sangre, ha emergido de la tierra y en un arrebato se ha llevado a Max—explicó en un murmullo grave, esforzándose notablemente con no perder el control.

Asentí ofreciéndole mi lado más compasivo a aquel hermoso hombre que había descubierto que quería, porque su dolor se sentía como mío.

—Se han equivocado de hermano, o quizás este es el castigo—Liam se estremeció solo con el pensamiento—. Tú no recuerdas nada, ¿cierto?

—No... Estoy tratando de comprender—admití, avergonzada.

No recordaba nada en absoluto de la noche anterior, pero necesitaba comenzar a armar el rompecabezas.

Él reprimió un gruñido de frustración y le acaricié el hombro, confiando en que la ternura de mi gesto le ofreciera la tranquilidad que necesitaba.

—Debe de haber algo que podamos hacer—dije tratando de animarlo.

—No puedo—gruño él de repente, apretando con furia los dientes—. Hablo en serio, no puedo ocuparme de este asunto ahora mismo. He estado toda la maldita noche partiéndome la cabeza en busca de soluciones y ninguna es fiable.

Lo último que necesitaba era que Liam se comportara como un gilipolla con la única persona que le ofrecía ayuda; no estaba dispuesta a soportar más de eso. Así que comencé mi camino, dejándolo atrás.

Si quería quedarse solo, eso iba a tener.

* * * *

Así la observé alejándose cada vez más de mí, echando furia hasta por los oídos.

Ella no tenía la culpa de nada de lo que estaba pasando y aun así había estado allí desde el día anterior.

Antes de ser consciente de toda la importancia que tenía para mí, un animal se abalanzó sobre ella, hundiéndola en la tierra húmeda y espesa.

Lauren emitió un grito de terror que desgarró la paz que ofrecía el pequeño bosque, mientras trataba de zafarse de su agarre por debajo de él.

Triplicaba al menos el tamaño de Lauren, su pelaje era de un tono café oscuro y tenía una fuerza abismal. Sus ojos eran de un amarillo intenso y tenía una enorme mandíbula, capaz de destrozarse cualquier cosa, sus enormes garras aprisionaban el cuerpo de Lauren acabando con su respiración.

No podía dejar que se repitiese la misma situación, no podía quedarme de brazos cruzados y verla sufrir.

Corrí y embestí a la bestia con toda mi fuerza, liberando a Lauren de su agarre. Enterré mis dientes en su lomo y gimió adolorida, tratando de deshacerse de mí con grandes zancadas, por lo que debí apretar aún más mis colmillos en su interior. Tan fuerte que incluso un músculo de mi mandíbula vibró.

No podía permitir que la cosa siguiera con vida y acabase con Lauren, no podía permitirme más pérdidas. Dejé que la impotencia de mis miedos se apoderara una vez de mí, pero no volvería a pasar.

Se estrelló de espaldas contra uno de los árboles, y el impacto del golpe logró liberar mi mordida, sacando el aire de mis pulmones y dejándome desorbitado.

Cuando logré ponerme de pie nuevamente, la criatura corrió hacia mí y clavó su gran cabeza a mitad de mi pecho. Deseaba aplastarme con todo el peso de su cuerpo, pero la detuve en seco, arrastrando mis pies contra la tierra.

Cuando de repente Lauren apareció por atrás, tratando de llamar la atención de la extraña criatura—*¿qué diablos trataba de hacer?* Estaba a punto de comenzar a pensar que sí era una chica suicida.

La criatura se volvió hacia ella y se abalanzó nuevamente con una velocidad sorprendente, hasta que ambos estaban en el piso. Ahora sí que estaba decidido a pelear sucio.

Me lancé sobre ella ofreciéndole un par de golpes y clavando mis uñas en su piel, y yendo directo hacia su garganta para acabar con esto de una buena vez. Abrí mi boca, dejando al descubierto mis largos y letales colmillos y se los clavé en el cuello, con una fuerza asesina que nunca antes había experimentado. Sentía su sangre espesa recorrer mi garganta cada vez más rápido. Ya casi estaba.

Sentí el cuerpo de la bestia relajarse cada vez más y mi presión disminuía

con ello, hasta caer desmayada. Ya no más resistencia, ya no más fuerza.

Observé a Lauren, quien tenía los ojos clavados en la bestia. Me acerqué a ella con la sangre hirviendo en mi interior. Solo pensar que aquella criatura habría podido acabar con su vida... Sacudí la cabeza, enviando lejos de mí los pensamientos.

Levantó la mirada hacia mí, y entonces abrió la boca sorprendida al mirar por encima de mi hombro. Me giré en dirección a su mirada, preparado para lo peor, y nos encontramos con un espacio vacío.

El cuerpo de la criatura había desaparecido.

Era como si jamás hubiese estado allí.

* * * *

Max había desaparecido, igual que la extraña criatura por la que fui atacada en el bosque.

Todo comenzaba a ser más extraño de lo que ya era.

Solo recordarlo me ponía los pelos de punta.

—Lauren, ¿podría pedirte algo?—preguntó Liam, sentado en una piedra para recuperar el aliento.

Asentí, sosteniendo nuestras miradas fijamente, atrapada por las profundidades ocultas de sus ojos.

—No te separes de mí—expresó, mientras se colocaba de pie—. Haré todo lo que tenga que hacer para mantenerte a salvo, pero si no estás cerca la tarea se hace más difícil. ¿Entiendes?

Le ofrecí una ligera sonrisa, inevitable por la fuerza de sus palabras.

Tomó mi cara entre sus manos y posó sus labios sobre los míos con increíble suavidad. Una sensación tan buena después de todo—extrañaba su proximidad, su calor. Le devolví el beso que me ofrecía con una increíble fuerza. El deseo salía por mis poros y sabía que Liam se sentía de la misma manera.

Sus manos comenzaron su camino a través de mi espalda baja, hasta llegar a mis muslos, proclamando el control de mi cuerpo a su voluntad. Respirando agitadamente contra mi boca, y haciendo sus besos y sus toques cada vez más agresivos y devoradores.

Ambos caímos al suelo, inmovilizándome con el peso de su cuerpo.

Separé los muslos en respuesta, suplicándole entre breves gemidos ahogados que entrase en mi cuerpo y tomase de mí lo que quisiese. Liam se percató de mi desesperación y sonrió en complicidad, luego de plantar un rápido y tierno beso sobre mis labios.

Apoyó sus rodillas sobre la tierra húmeda y pastosa y apartó mi ropa interior. Y de pronto se cernió sobre mí, introduciéndose lentamente con movimientos cuidadosamente calculados, haciéndome sentir la suavidad de su piel, su calor, perdiéndose cada vez hundiéndose en mi interior. Liam se concentró en sus poderosas embestidas, una seguida de otra.

Sus músculos comenzaban a temblar debido al esfuerzo que estaba haciendo. Me miró con los ojos oscurecidos, llenos del mismo deseo que los míos, hasta que nos envolvió a ambos, y gimiendo al unísono se removió dentro de mí y explotó en mi interior.

—Nunca jamás me había sentido así con alguien—murmulló él, entrecortadamente, como aturdido.

Cerré los ojos, ahogando un gemido cuando Liam salió de mí, rozando mi húmedo e inflamado clítoris.

Aun temblando, se inclinó hacia adelante y pegó su rostro lleno de sudor al mío, liberando el agarre de mis manos. Y las llevé hasta su cabello húmedo, acariciándolo con dulzura, tratando de tranquilizarlo.

Liam levantó la cabeza y examinó mi rostro con la mirada, viéndose hermoso bajo los tenues rayos de sol que se colaban entre los árboles.

Cuando, de repente, un viento estridente recorrió el bosque, y el sol se ocultó entre nubes grisáceas.

—Es hora de irnos—espetó Liam, recuperando su postura.

El corazón me latía con fuerza y miré nerviosa a mí alrededor.

La misma sensación que la noche anterior. Un mal presentimiento.

Pero, ahora con un poco más de esperanza y serenidad.

* * * *

Lauren tomó mis manos entre las suyas mientras caminábamos por el bosque. Y agradecía que ella hablara sin cesar en el trayecto, porque con todo

el remolino de cosas que estaban pasando, no tenía muchas palabras que ofrecer.

—Liam... sigo sin comer nada desde ayer y necesito ir a mi casa. Hablar con mi abuela, asearme—dijo Lauren, con una expresión de cansancio en su rostro.

Maldije en mi mente. No sé cómo había olvidado que Lauren se moría de hambre desde la noche anterior.

—De acuerdo—murmuré, irritado conmigo.

Saliendo del bosque, seguimos el camino que la angosta carretera nos ofrecía.

Sabía que, aunque habíamos dejado atrás a los malditos, no tardarían en encontrarnos en donde sea que estuviésemos. Y temía llevar la situación a la ciudad, temía incluso por mi vida.

Estábamos encima de un sobre aviso que había entendido alto y claro. No estaba seguro si Lauren estaba al tanto, y temí asustarla si le comentaba.

De pie, frente a su pequeña casa, lucía diferente al último recuerdo que tenía. Un par de patrullas estacionadas en la calle y un perímetro marcado con cinta policial.

Lauren jadeaba, mientras un par de gotas de sudor descendían de su hombro. Y se apresuró en entrar. Permanecí detrás de ella como una sombra, tratando de que no se sintiese presionada.

Su abuela la cogió en brazos, soltando un par de lágrimas desesperadas.

—No soportaría perderte a ti también—dijo, cubriendo su cabeza en besos—. ¿Dónde has estado? ¿Quién es él?—preguntó, entornando los ojos hacia mí.

Aquellas preguntas comenzaron a desesperarme, y de repente me sentía claustrofóbico. Como si quisiese salir huyendo de allí.

Lauren me ofreció una cálida sonrisa que me desarmó el alma y dirigió la vista de regreso a su abuela. Abrió la boca como si estuviese a punto de escupir toda la verdad.

Y por supuesto que la interrumpí, tomando las orejas de su abuela, para hacerla olvidar que su nieta había desaparecido y que era un extraño en su casa.

Acto seguido, su abuela parpadeó varias veces, aturdida con el golpe mental, y me saludó naturalmente. Lauren me miraba con sorpresa y confundida, pero decidió no hacer preguntas.

Los policías tomaron declaraciones de Lauren. Y a mí era como si no me viesen. Lauren explicó que se había quedado encerrada en el instituto y tuvo que esperar hasta el día siguiente, porque sus gritos eran inservibles.

Los despedimos y observamos a las patrullas alejarse.

Su abuela comenzaba a ofrecernos comida, cuando el timbre de la puerta nos interrumpió. Pensé que era de nuevo la policía municipal para decirnos que habían olvidado algo.

Al abrir la puerta me llevé con la sorpresa de un par de viejos amigos indeseables.

La APVIHU había llegado.

Les cerré la puerta en su cara y examiné rápidamente rutas de escape.

Era una asociación de un par de idiotas que se habían autodenominado “*protectores de la vida humana*”. Cumplían con el papel de policías del mundo subnormal, y se encargaban de vigilar que conviviéramos en armonía con los humanos.

Y de no ser así, devolvernos al exilio.

Tocaron de nuevo, y en instantes Lauren apareció corriendo por uno de los costados para abrirla. No tuve tiempo para apartarla.

—¿Nos permites pasar, cariño?—preguntó una mujer de tez morena, labios gruesos y un corte de cabello moderno a la altura de las orejas.

Acompañada a su lado por un hombre de alta estatura, tez pálida y cabellos rubios; quien observaba a Lauren como si fuese un filete de carne. Apreté los puños a mis costados, deseoso de clavarle un buen puñetazo en la mandíbula.

—Yo no lo haría si fuera tú—añadí, manteniendo el contacto visual con él.

—¿Y qué harás?—preguntó él, dedicándome una sonrisa pícaro—. La perderás, al igual que a tu hermano.

Su compañera lo tomó del brazo y lo alejó de la puerta.

—Solo queremos hablar contigo, Liam... Y con Lauren—dijo ella.

—Pues yo no quiero hablar con ustedes. Y no tienen nada que hablar con ella—espeté, cerrando la puerta en sus rostros.

Un cuchillo atravesó la fina capa de madera deteriorada hasta el final de ella, gruñendo en cada centímetro.

—Necesito respuestas, ahora—dijo Lauren, con una mirada llena de pánico.

—Después—respondí, tomándola del brazo apresuradamente.

* * * *

—Estoy cansada de huir de algo que no conozco, Liam. ¿Vas a decirme qué está pasando?—pregunté, con voz jadeante.

Estaba exhausta luego de correr kilómetro y medio de nuevo por el bosque. Debimos cubrir nuestra piel con lodo para disimular nuestro aroma. Y, por encima de todas las cosas, estaba harta sin duda de mentirle a mi abuela. O manipular su mente, lo que fuera que hiciese Liam. Aun no lo tenía claro.

—A su tiempo. Por ahora estás a salvo, entre menos sepas—respondió.

—¡No! Quiero que me digas ya mismo qué está pasando, o no pienso dar un paso más.

Una suave brisa recorrió el ambiente, golpeando las hojas de los árboles entre sí.

—No podemos detenernos, Lauren. Nos encontrarán—dijo Liam, evaluando su alrededor.

—¿Quiénes? ¿Por qué esas personas han querido hablar conmigo? No entiendo la mitad de lo que me dices—un sollozo estaba apenas ahogado en mi garganta.

Liam suspiró y se acercó a mí, tomando mi cara entre sus manos.

—Ellos se han llevado a Max...—admitió—. No tengo idea de qué quieren hablar contigo y no pienso siquiera permitir que lleguen a hacerlo, Lauren.

—¿Ellos quienes? Me estás dando información a medias—mi tono se hizo más severo. Era la única manera—. No más mentiras, no más omisiones. Necesito que seas transparente conmigo.

Liam suspiró cansado. Se había dado cuenta de que no daría ni un paso más hasta saber a qué me estaba enfrentando.

No podía pretender que estuviese inconsciente de lo que pasaba.

—Tal cómo Max ha comenzado a explicarte, nuestra vida ha sido *concedida* por última vez—comenzó a explicar—. Al tomar de tu sangre, he quebrantado la regla más importante, y ahora están detrás de mí los protectores, para llevarme de vuelta al exilio.

—¿Y qué tal si explicamos como sucedió todo? Podrían tener compasión y

ser menos duros...—respondí.

—No pienso rendirme sin luchar, Lauren. No es opción—dijo Liam, negando con su cabeza como si lo que hubiese escuchado fuese una locura.

Entonces eso significaba que si nos alcanzaban, no vería de nuevo a Liam con cualquiera de las dos alternativas. O bien terminaría muerto o desterrado de la tierra.

—Tarde o temprano, llegarán a nosotros—concluyó, solemne, casi aceptando el oscuro destino—. Solo... Solo necesito estar preparado.

Pero tiempo era lo que menos teníamos.

Una nueva brisa fría nos abrazó en el interior del bosque, haciendo que mis vellos se pusieran de punta.

—Estás cada vez más guapa—susurró una voz masculina detrás de mí.

Liam gruñó en respuesta y antes de abalanzarse sobre mí, la mujer de tez morena lo tomó de los brazos, y empujó sus rodillas por la espalda—logrando que Liam terminara sobre sus rodillas.

Debía de tener bastante fuerza para lograr eso.

—Lauren, si cooperas con nosotros no te haremos daño—sostuvo ella, tensando su agarre sobre Liam.

Sus palabras se contrariaban frente a sus acciones. No me sorprendió que supiera o usara mi nombre.

—Ni a él... Si te preocupa su seguridad o bienestar—agregó—. Solo necesitamos que respondas unas cuantas preguntas.

Asentí con un grave dolor en el pecho. Lo único que me importaba era que Liam estuviese bien.

—¿Y bien? Estoy impaciente esperando sus preguntas—mascullé al fin.

—Así me gusta—dijo el hombre de cabellos castaños y ojos azul intenso. Mientras

* * * *

—Nosotros conocemos tu nombre, lo justo es que ahora conozcas los nuestros—propuso la chica—. Mi nombre es Scarlett, y él es Jack.

Asentí, repitiendo sus nombres en mi subconsciente.

—Liam te ha mordido, ¿no?—preguntó, fijando su mirada en las cicatrices

de mi cuello.

No pude responder su pregunta, ni siquiera logré asentir.

El hombre pateó a Liam en el abdomen, y un quejido de dolor brotó de su pecho.

—Sí—susurré.

No sabía si estaba haciendo lo correcto al responder sus preguntas, pero era lo único que estaba en mis manos para frenar el sufrimiento de Liam.

—¿Algo en ti ha cambiado desde entonces?—preguntó Scarlett inquisitivamente—. Apartando todas las situaciones fuera de lo común que has vivido últimamente.

No sabía de qué estaba hablando.

Me detuve a pensar. ¿Algo en mi cuerpo o mi interior había sido alterado desde entonces,? La respuesta fue no.

Negué con la cabeza y me encogí de hombros, sin saber si aquella era la respuesta que esperaban. Probablemente no.

Scarlett dirigió una mirada nerviosa a su acompañante y mojó sus labios con su lengua.

—Sé que pensarás que es una locura lo que estás a punto de escuchar—dijo—. Pero debes abrir tu mente.

Entrecerré los ojos con algo de recelo—*locura...* Tomando en cuenta todo lo que estaba viviendo, de veras dudaba que algo pudiese seguirme sorprendiendo.

Pero estaba equivocada.

—Tu sangre lleva una mezcla extraña, entre dos criaturas mitológicas—comenzó Scarlett—. Y no de vampiro exactamente. Quizás por ello no te has transformado en una con la mordida de Liam. No sabemos cómo has podido permanecer oculta para nuestros ojos tanto tiempo.

—Lo que queremos saber, sin más rodeos, es ¿quiénes son tus padres?—preguntó Jack, con voz irritada.

—¡No, Lauren!—gritó Liam con voz ronca—. No tienes que seguir contestando sus preguntas.

Entonces Scarlett se acercó a él, y le estrelló el rostro contra una piedra—haciendo que la sangre comenzara a descender de sus heridas.

Restregué mi cara contra mis manos, deseando que lo que estaba escuchando no fuese más que el reflejo de una horrible pesadilla.

Pero todo era real.

—Mis padres fallecieron cuando era apenas una pequeña... No tengo mucha información sobre ellos—expliqué.

—Entiendo, ¿qué edad tienes?—preguntó Scarlett.

—Cumplí dieciocho hace tres semanas—respondí.

Un quejido de dolor escapaba del cuerpo herido de Liam. Y supe qué debía hacer.

—Eso no es importante—expresó Jack—. Siempre has llevado el linaje en tu sangre, y por alguna extraña razón no ha brotado.

—Aún no has hecho nada malo, pero podrías llegar a hacerlo, ¿me entiendes?—concluyó Scarlett.

—¿Dónde está Max?—pregunté, sintiendo como la furia comenzaba a aglomerarse en mi interior.

Entonces sentí como todos los aromas—los podía percibir más intensos, más puros. Lograba escuchar las respiraciones jadeantes de Liam, aun cuando estaba lejos de mí.

En mis entrañas algo amenazante afloraba. Liam alzó la vista y nuestras miradas se encontraron a mitad de camino.

Sentí como algo salvaje rugía en mi interior por salir a la luz.

—¿Lauren...?—preguntó ella, con una voz temerosa.

—Debemos irnos. No tenemos tiempo para seguir contestando a sus preguntas—dije.

Y entonces empujé al asqueroso hombre que sostenía el cuerpo de Liam, con una fuerza que hasta a mí logró tomarme por sorpresa.

Apoyé su cuerpo sobre mi hombro, tratando de llevarlo a cuestas, pero se sentía demasiado pesado y Liam se encontraba muy débil para valerse por sí mismo.

Las horas sin sangre comenzaban a hacer efecto.

—Estás cometiendo un error. Solo harás todo más difícil—dijo Jack, tomándome del brazo y quemando mi piel con su toque.

—Déjala ir—espetó Scarlett—. Ya nos volveremos a ver...

Jack soltó mi brazo.

Y en un arrebato de furia, Liam logró recomponer su postura con dificultad, para luego cubrirme con sus brazos y desaparecer.

* * * *

—Creo que sé dónde puede estar Scott—dijo Lauren, con un brillo de esperanza en su voz.

Los párpados comenzaban a pesarme y mi visión comenzaba a nublarse por pequeñas luces brillantes. Lo que significaba que venía en camino una buena migraña.

Mi propio pulso me retumbaba e la cabeza, violento y agitado como una fuerte tormenta.

Sabía que no iba a permanecer mucho tiempo bien. Necesitaba dormir. Ya había perdido la cuenta de cuándo fue la última vez que había descansado.

—¿No piensas contestarme?—preguntó nuevamente Lauren.

—Solo mírate Lauren. Tu piel...

Ella observó su piel para darse cuenta de a lo que me refería. Un tenue azul la estaba colorando.

—Y es una ilusión pensar que podríamos rescatar a Max—lo siguiente sería difícil, pero debía intentarlo—. Creo que lo mejor es que vuelvas a casa.

—¿Me estás echando?—preguntó, con dolor en su voz.

—Yo me preocupo por ti, Lauren—admití—. Intenté con todas mis fuerzas no sentir nada, pero no logré evitarlo. Y no puedo permitir que te quedes aquí, donde corres peligro.

Detestaba tener que confesarle aquello.

—Estás asustado por mí, ¿verdad?—preguntó ella, colocando mi cara entre sus manos.

Asentí nervioso, sin lograr mirarla a los ojos.

—Pero no va a pasar nada, ya verás—siguió Lauren—. Encontraremos a Max y todo saldrá bien.

Logré el contacto visual con Lauren y ella me recibió con una lenta sonrisa, dulce, y un poco temblorosa, en su preciosa y tierna boca.

—Puedo sentir un rastro de Max, es como si me atrajera su aroma. Y para fortuna de ambos, está cerca—dijo Lauren con una fuerza decisiva en su voz.

* * * *

Lauren caminaba con naturalidad siguiendo un rumbo fijo por el interior del bosque, mientras yo solo la seguía, avanzando con movimientos torpes y espasmódicos. Me sentía extraño con este cambio de roles, pero no había nada que pudiese hacer.

Me pareció una eternidad el tiempo que tardamos en llegar a una pequeña laguna al final del bosque, cada segundo más aterrado; hasta que por fin Lauren alargó la mano por encima de mis hombros y me sacudió un poco para señalarme dónde estaba Max.

Apresuré mi paso con grandes zancadas y me arrodillé junto a él.

Max se encontraba inconsciente atado bajo un árbol. Alargué mis manos hacia él, sin atreverme a tocarlo.

—Max—dije con voz tan áspera como quebrada por la emoción.

Seguía sin comprender qué demonios le ocurría a mi voz, hasta que me di cuenta —me estaba atragantando con mis lágrimas. Ardían en mi garganta y en los ojos. En cuestión de segundos comenzaron a caer por mis mejillas mezclándose con el sudor.

—Esta inconsciente, pero está bien. Ya despertará—contestó Lauren.

Todo el miedo y rabia que había sentido cayó sobre mí como un yunque, hasta que Lauren se acercó a mí y me ofreció un tierno beso en los labios—calmando mi pulso desbocado, mientras una sonrisa radiante asomaba a sus labios.

En ese momento, todo lo que hasta entonces había estado sumido en caos, pareció recobrar sentido.

Por un segundo, nada más. Lauren alzó la vista tras de mí y su pequeña sonrisa se esfumó al instante.

Entonces supe que no estábamos solos.

Me giré para encontrarme con Scarlett y Jack, observando el panorama, pero manteniéndose a cierta distancia.

—Han venido—susurró Scarlett—. Buen trabajo, Lauren. Veo que comienzas a familiarizarte con tu forma mítica.

Observé a Lauren. Su piel ahora era de un azul más intenso, y comenzaban a formarse unas pequeñas alas en su espalda. Era... increíble.

Respondí con un gruñido a las palabras de Scarlett, estrechando contra mí el pequeño cuerpo de Lauren en un gesto posesivo.

—¿Qué está pasándome?—preguntó Lauren atemorizada.

Al menos ambos teníamos la misma pregunta. Nunca había visto nada

siquiera parecido.

—Lauren, eres semihumana físicamente—explicó, maravillada, Scarlett—. Verás, tu apariencia luce como la de una humana, con rasgos hermosos y delicados. Pero en tu interior habita un ser mágico. Eres producto de una mezcla entre un elfo y una ninfa. Eres como un milagro.

—Así que por ello no se ha transformado en vampira—murmuré, mientras las piezas encajaban en mi cabeza.

—Así es—contestó Scarlett—. Sin embargo, habéis roto vuestras normas, Liam. Es hora de volver.

Era el momento de pelear y entregar todo de mí en la lucha, incluso mi vida. Se lo había dicho a Lauren.

Pero, aún en medio de todo, seguía estando Lauren.

Y su vida valía mucho más que la mía.

La observaba por el rabillo del ojo—parecía totalmente relajada, concentrada, como si no estuviera a punto de enfrentarse a la experiencia más aterradora de su vida.

Me pregunté que tenía aquella mujer que despertaba un deseo tan salvaje en mí, y no solo físico. No era por el hecho de beber de su sangre o por el sexo. Nada de lo que había vivido se podía llegar a comparar con lo que Lauren me había hecho experimentar en poco tiempo.

Y se merecía paz, tranquilidad.

Tenía tanto miedo de perderla que no quería —mejor dicho, no podía— soportar perder a la mujer que amaba.

Porque la amaba.

Ella notó mi tensión y también mi preocupación, pero no había más que hacer. Lo único que quería era que Lauren y Scott estuviesen a salvo. El resto poco importaba.

Volteé en dirección a Scarlett, y tragué saliva.

El rostro de Lauren se tornó en una mueca de pánico—¿cómo podía hacer para leer con tanta facilidad mis pensamientos? Pero yo estaba preparado para lo que se venía. No tenía las fuerzas suficientes para pelear o seguir escapando, así que solo me tocaba una cosa.

Asentí levemente a Scarlett y Jack.

Lauren entrelazó sus dedos entre los míos, colocándose en una postura rígida.

—¿Qué pasará con Max?—pregunté.

—¡Liam!—gritó Lauren.

Le sostuve la mirada, contemplando sus hermosos ojos llenos de lágrimas.

—Permanecerá aquí. Somos conscientes de que no ha violado las normas de seguridad. En cambio, tú...—explicó Jack, con un tono de voz autoritario y distante.

—Pero... pero si no me ha hecho nada. ¿Por qué llevárselo?—interrumpió Lauren, con las lágrimas tildando en su garganta.

—Quédate quieta, Lauren—le respondí, cerrando los ojos, acunándola aún más entre mis brazos.

Lauren se removió, limpiándose las lágrimas con mi pecho, a la vez que dejaba en mi estómago una sensación de felicidad desconocida.

A pesar de todo, estaba feliz de haber compartido mi tiempo con Lauren. Los recuerdos eran algo que jamás podrían quitarme.

Planté un pequeño beso en su cien, marque un poco de distancia entre nuestros cuerpos y con voz entrecortada le ofrecí un adiós lleno del más sincero amor que había conocido. Gracias a Lauren.

Mis pasos se enrumbaron hacia Jack y Scarlett. Mis nuevos dueños.

—Puede que solo llegue a ser un tiempo, pero eso lo decidirá la corte—masculló Jack—. Aunque hay muchas probabilidades de que así sea...

Entonces corrí de vuelta hacia Lauren y la tomé nuevamente entre mis brazos, estrechándola contra mi pecho, donde el corazón me latía desbocado, rebosante de tanta felicidad y amor que no sabía cómo me cabía dentro.

Ella sonrió de oreja a oreja, con una expresión pícaro en la cara, y seguidamente me besó con pasión desenfrenada.

—Te quiero...—admití, con todas las intenciones de dejar de huir de todo mi pasado oscuro. Solo correr hacia el brillante futuro que me esperaba junto a Lauren.

Con la certeza de que en poco tiempo nos volveríamos a encontrar y sería mía para siempre.

“*Bonus Track*”

— *Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —*

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que

una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de

cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras —mías o de otras personas —que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

La Mujer Trofeo – Laura Lago

Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Esclava Marcada – Alba Duro

Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)